

EL EVANGELIO EXPLICADO

INTRODUCCIÓN - CONCORDIA
COMENTARIO-LECCIONES MORALES

POR EL EMMO. Y REVMO. SEÑOR

Dr. D. ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS

CARDENAL - ARZOBISPO DE TOLEDO

PRIMADO DE ESPAÑA

SEGUNDA EDICIÓN

VOL. I

INTRODUCCIÓN
INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS
PREPARACIÓN DE SU MINISTERIO PÚBLICO



RAFAEL CASULLERAS
LIBRERO - EDITOR
Clarís, 15 - BARCELONA
1940

BIBLIOTECA SEMINARIO
SAN VITALIANO PAPA

Ubicazione..... 1402

Sezione..... Fotocopie Spirituali

Numero..... 14002



PREFACIO

Aquí tienes, lector piadoso, este nuestro libro sobre el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, del que empezamos por decirte que pesa mucho menos su mérito que las largas horas de labor paciente que en componerlo hemos empleado. Y apelamos a tu piedad, porque nuestro fin principal al redactarlo ha sido promover en el pueblo cristiano la piedad, hacia el mismo Evangelio, tan desconocido y tan poco amado en nuestros días, hacia la Persona santísima de Jesús, cuya fisonomía histórica, vida y doctrina nos dan a conocer los Evangelios, y hacia todas las cosas de nuestra religión, que no son más que una floración secular y espléndida de este grano, de virtud acérrima, que llamamos Evangelio y que el divino Sembrador echara en los días de su vida mortal en esta tierra, que lo era de miseria antes que lo recibiera y fructificara en ella.

Ni hubiesen sido bastantes los ruegos insistentes de personas respetadas y queridas para dar a la imprenta estos centenares de cuartillas, escritas antes de nuestra promoción al Episcopado, si no hubiese mediado como razón principal la de la edificación espiritual del pueblo fiel. Porque ni es libro éste que pudiera aspirar al rango de científico en su clase — ya señalaremos más abajo sus características—; ni debíamos añadir uno más a los numerosos que en nuestros tiempos se han publicado, de investigación erudita, de crítica, de exégesis, en el campo de la literatura evangélica; ni creemos, tratándose de las Divinas Escrituras y del meollo de ellas que es el Evangelio, que sean sabias elucubraciones escripturísticas lo que el pueblo necesita, sino obras or-

denadas principalmente a producir en las almas un santo enamoramiento de Jesús, centro de la Biblia, y un deseo ardiente de llenarse de su doctrina y de copiar sus santísimos ejemplos.

Fueron varias las razones que en su día nos movieron a tratar el tema eternamente simpático del Evangelio. Nuestra antigua labor de cátedra, en la de exégesis general, primero, y luego en la de exégesis homilética, nos había hecho concebir grandísima estima *práctica* de los Evangelios; habíamos observado en nuestros alumnos entusiasmo férvido en su estudio; se nos habían acumulado considerable número de notas, puntos de vista, proyectos, referencias, etc., que parecían requerirnos para un esfuerzo definitivo de redacción; no nos faltaba entonces un tiempo, que echamos hoy de menos, para la tranquila labor de composición; y de aquí nació este libro. "Todo lo que (en las Escrituras) se ha escrito, para nuestra enseñanza ha sido escrito, a fin de que mediante la paciencia y el consuelo que de las Escrituras se saca, sostengamos la esperanza" (Rom. 15, 4). Nos pareció, aun reconociendo nuestra insuficiencia en esta clase de trabajos, que sería muy sacerdotal hacer a los demás partícipes de los frutos de doctrina y de espiritual consolación que del estudio de los Evangelios habíamos sacado.

Es, además, el tema de los Evangelios fuertemente sugestivo. Amigos y enemigos de Jesús, el Héroe divino de esta sagrada epopeya que se desarrolla en los cuatro breves libros evangélicos, se han sentido atraídos por su figura y por su historia, dulce y trascendental. Signo de contradicción en la realidad de su persona y de su obra, lo es asimismo en los libros que las describen. ¿Por qué los que somos amigos de Jesús por haber sido asociados al apostolado de su reino — *vos autem dixi amicos* (Ioh. 15, 15)—, y los que queremos serlo por la unión espiritual con Él, no haríamos cuanto de nuestra parte esté para iluminar su figura en medio de un mundo que le desconoce, que le ha visto ultrajado en libros sacrílegos, y más cuando el conocimiento de Dios y de su Cristo es el principio de la vida eterna? (Ioh. 17, 3).

Ni nos es dado, a los amigos y apóstoles de Jesucristo,

desaprovechar la corriente que hacia Él se observa en nuestros días. Se ha hablado de Jesús que vuelve: es que vuelve porque las almas sedientas de ideal no saben adónde volverse fuera de Jesús. Porque fuera de Él no hay ideal digno de la grandeza del hombre. Un día dijo Él que lo atraería todo a Sí: *Omnia traham* (Ioh. 12, 32): ésta es la función secular de Jesús: levantar al mundo hacia Él; y esta función la ejerce Jesucristo tanto más reciamente cuanto más hondas son las caídas del hombre en el andar de la historia. Es entonces cuando reacciona el hombre en el sentido de Dios, porque es entonces cuando más siente la miseria de estar fuera de Dios o contra Dios. Creemos que este libro podrá ser útil a cuantos quieran acercarse a Jesús y a cuantos tengan la misión de empujar hacia Él a los hombres y a las humanas cosas.

Razón de más que nos ha movido a publicar este libro es su misma factura. No tenemos la pretensión de haber escrito un libro nuevo, pero sí que hemos procurado dar forma nueva a lo que cien veces se ha escrito sobre Jesús y los Evangelios de Jesús. En tan delicada materia como es el depósito sagrado de los Evangelios, intangibles, y el comentario secular que el sentido y la tradición eclesiástica le han puesto, toda novedad es peligrosa. En la intención y en el fondo del libro debe predominar el precepto paulino: "Guarda el depósito": *Depositum custodi* (1 Tim. 6, 20). El expositor de los libros sagrados debe seguir el lema del Liricense: "No enseñes más que lo que aprendiste, de tal manera que, cuando digas con novedad, no digas cosas nuevas": *Ut cum dicas nove, non dicas nova*. Cosas son muy sabidas todas las que en este libro se consignan; pero — es parecer de personas doctas — la disposición y la medida de su texto pueden hacerle utilísimo. Ni es el libro tan extenso como los comentarios fundamentales y clásicos, al alcance de pocos y cargados de material adyacente a los Evangelios; ni tan breve que deje al lector en la obscuridad o en la perplejidad al interpretar los textos sagrados; ni es un comentario sabio, a lo que no hubiésemos alcanzado y que sería para pocos; ni es, como ha ocurrido en la redacción de algunas *Vidas de*

Jesús, una proyección de algo subjetivo fundado en los textos evangélicos y a veces desarrollado al margen de ellos. Al lector dejamos el juicio definitivo de la obra y de la utilidad que pueda prestar.

Por fin, nuestro reciente viaje a Palestina, durante el que hemos sentido como un contacto vivo e íntimo con la historia evangélica, y en el que pudimos estimar y admirar la eficacia de los relatos evangélicos para aleccionar y santificar las almas de los devotos peregrinos que nos acompañaban, y a los que, en los mismos lugares donde ocurrieron los hechos memorables de la vida de Jesucristo, tuvimos la dicha de comentarlos, siguiendo la forma de este libro, ha sido fuerte acicate para su publicación. En él hallará el lector algunas impresiones personales de nuestra visita a los Santos Lugares.

Éstas son las *razones* que nos han inducido a publicarlo.

En cuanto al *fin* que con ello nos proponemos no podría ser otro que *evangelizar*, palabra y función tan grata al Apóstol que a ella reduce toda su misión (Cfr. Gal. 1, 8. 9.16; 4, 13; 1 Cor. 1, 17; 9, 16; Eph. 3, 8, etc.). Evangelizar es difundir por el mundo la Buena Nueva que del cielo nos trajo Jesucristo; es ilustrar la divina palabra que cayó de los labios del divino Evangelizador de la paz, y explicar la vida histórica y, cuanto cabe por lo que Él nos manifestó, la vida íntima y esencial del que vino a dar a los hombres la vida abundante en el orden sobrenatural. Y esto se hace explicando lisa y llanamente el Evangelio y sacando de él los tesoros, nuevos y antiguos, que en sus entrañas escondió el gran Padre de familias.

El fin de este libro no es, repetimos, científico, sino de edificación espiritual. Hemos procurado entrar en el fin que el mismo Dios, autor de las Escrituras, se propuso al inspirarlas, según el Apóstol: "Toda Escritura inspirada de Dios es útil para enseñar, para convencer, para corregir, para dirigir en la justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercebido para toda obra buena" (2 Tim. 3, 16). Lo hemos amoldado, cuanto hemos sabido, a toda exigen-

cia de carácter científico en el orden histórico-crítico-exegético; pero no nos ha guiado ninguna intención científica, ni podíamos abrirla. Para esto, son ya muchos, casi demasiados, los libros de literatura bíblica en circulación; tal vez haya que lamentar que los estudios bíblicos en nuestros días se hayan ladeado con exceso hacia el puro científicismo.

Fomentar la estima de los mismos Evangelios, presentando un comentario breve, transparente, que no haga más que abrir, o entreabrir, la flor aromosa del Evangelio conservando todo su perfume, de ingenuidad, de santidad, de verdad, es otro fin que nos propusimos. Nuestro pueblo casi desconoce el Evangelio; por esto no lo estima. Y no lo conoce porque no se lo explican muchas veces los mismos que tienen por misión principal evangelizar al pueblo. En el templo, ven las multitudes con indiferencia estoica, en las grandes solemnidades, la pompa que tiene la Liturgia para el Evangelio: la solemne procesión con que se acompaña el Evangelionario, los honores con que se lee en lugar prominente, las luminarias, el beso reverencial del celebrante, que antes le daba también toda la asamblea. El mismo predicador de la "palabra de Dios", que substituye al diácono en el mismo lugar de la lectura del Evangelio para explicarlo al pueblo, anda casi siempre absolutamente divorciado del texto sagrado que se acaba de leer, tal vez muy lejos del mismo espíritu del Evangelio. El pueblo no lee el Evangelio: ha caído en desuso la santa práctica de nuestros antepasados — no es oportuno ahora indagar las causas —, aunque, gracias a Dios, se nota en nuestros días reacción favorabilísima en pro de la difusión y lectura de los santos Evangelios.

Y ¿por qué no fomentar esta saludable corriente, cuando el Evangelio, en frase de San Clemente de Alejandría, representa al mismo Jesucristo, que en él nos adoctrina sobre sus misterios y sus enseñanzas, y que desde él hace oír su voz, a través de los siglos, para que todos sus hijos aprendan las cosas que quiso un día personalmente confiar a su santa Iglesia? El Evangelio debe ser una necesidad espiritual de todo cristiano: quien no la siente, no puede tener fuerte vida espiritual. "Yo siento que hay dos cosas que

me son necesarias, dice el Kempis, y de las que no podría prescindir sin hacérseme la vida insoportable. Encerrado en esta prisión de mi cuerpo, necesito alimento y luz. Vos, Señor, me dais vuestra carne sagrada para sustento de mi alma y hasta de mi cuerpo; y me dais vuestra palabra como una lámpara que ilumina mis pasos. No pudiera yo vivir si me faltaran estas dos cosas; porque vuestra palabra es la luz de mi alma, y vuestro Sacramento es el pan de que ella vive" (1). Y la medula de la palabra de Dios, palabra de la Palabra substancial de Dios, que ya no nos habla por sus profetas, sino por Sí mismo, es el santísimo Evangelio de Jesucristo.

El Evangelio es el fin de la Escritura, como Cristo es el fin de la Ley: todo el Testamento Viejo es preparación del Evangelio, como los escritos apostólicos son como su explicación y primer comentario. Por esto es el "Evangelio de Dios" (Rom. 1, 1), porque es la suma de la revelación de Dios y de la caridad de Dios para con el hombre; "Evangelio de paz" (Ephes. 6, 15), en cuanto en él y por él se ha realizado la concordia entre Dios y el hombre; "Evangelio de la gracia de Dios" (Act. 20, 24), porque es como la síntesis de sus larguezas para con nosotros; "Evangelio de la gloria de Cristo" (2 Cor. 4, 4), "Evangelio de la gloria del Dios bendito" (1 Tim. 1, 11) y "Evangelio eterno" (Apoc. 14, 6), porque por él se nos han abierto de par en par las puertas de la gloria bienaventurada y eterna. Difundir el Evangelio y hacer penetrar su luz en el pensamiento y en el corazón del pueblo cristiano es obra utilísima de apostolado.

Cuando hablaba Dios por los profetas en el Antiguo Testamento todos inclinaban sus oídos para oír la palabra de Dios que se pronunciaba en medio de Israel, sacerdotes, reyes, la aristocracia y la plebe. Es que cuando Dios habla tiene derecho a que se le oiga, como tiene el hombre, criatura de Dios, el deber de oírle. "Últimamente nos ha hablado por su Hijo" (Hebr. 1, 1), y la palabra del Hijo de

(1) KEMPIS: lib. 4, 11, 4.

Dios es el Evangelio. Tienen Dios y su Cristo derecho a que oigamos esta palabra, y más cuando, para que la oyeran los hombres, el mismo Dios se hizo hombre y usó las mismas formas humanas de locución. Al derecho de Dios responde el deber del hombre, y más cuando se atraviesa expreso mandato de Dios: "Oídle" (Mt. 17, 5). Será más fácil oír y penetrar la palabra de Jesucristo haciéndola vibrar, por decirlo así, en medio de los adyacentes históricos en que se produjo cuando salió de los labios del Redentor y dándola desleída en breve comentario, que no hará más que desvanecer la tenue neblina que cubre a veces la letra de los Evangelios.

Es, además, el Evangelio como la llave de la humana historia, y será siempre obra de caritativo apostolado meter sus enseñanzas en la entraña del pueblo. El Apóstol habla del "misterio del Evangelio" (Ephes. 6, 19); lo es porque es el libro que contiene las cosas más profundas de Dios; pero lo es asimismo porque por él se descifran las cosas humanas, inexplicables sin las divinas revelaciones que el Evangelio contiene: las cosas humanas en el desarrollo secular de la historia, desde el Edén hasta el fin del mundo, y las cosas humanas íntimas, que misteriosamente se producen y conjugan en este abismo que es nuestro corazón. Las primeras, porque, como dice San Agustín, toda la historia humana se reduce a dos hombres, el Adán primero y el segundo, que es Cristo: todos los nacidos del primer Adán a él pertenecen; los nacidos del segundo, por el nacimiento misterioso del espíritu, pertenecen a Cristo (1); y éste es el núcleo de la historia universal y cifra de su filosofía, que explicaba el mismo Obispo de Hipona en los libros de *La Ciudad de Dios* y Bossuet en su *Discurso*. Y las segundas, porque el Evangelio nos ha enseñado las rutas definitivas del pensamiento y del corazón, nos ha dado razón de nuestras luchas íntimas, ha descubierto las úlceras de donde mana nuestra miseria y los resortes que obrarán nuestra grandeza, y ha promulgado para cada uno de nosotros la ley de gracia,

(1) S. AUGUST.: *Contra Iul.*, 2, 163.

que es ley de paz espiritual, de perfección en todo, de progreso seguro en Dios, que en el Evangelio se nos promete si somos fieles a su doctrina y a sus preceptos: "Venid, benditos de mi Padre..." (Mt. 25, 34).

Tiene el Evangelio especialmente un aspecto sacerdotal, y para con él tenemos los sacerdotes especiales deberes. Es palabra del Maestro divino, pero lo es principalmente del Sacerdote Sumo, porque es palabra de reconciliación y de paz, y porque todo él se reduce, como en suprema síntesis, a la gran función sacrificial del Testamento Nuevo, que es la muerte de Jesús. Se ha llamado al Evangelio el *Sanctum* de la revelación bíblica; el *Sanctum Sanctorum*, lo más sagrado y recóndito de las Escrituras, son los últimos discursos de Jesús contenidos en los capítulos 13-17 de San Juan, cuando acababa de instituir el sacrificio nuevo y se disponía a ofrecerse al Padre en holocausto y víctima de propiciación. Por ello debe el Evangelio ser el maná cotidiano del sacerdote; para perfeccionarse en el espíritu sacerdotal y para prolongar por sus ministerios, especialmente por la predicación, las funciones sacerdotales de Jesús. Un comentarista del Evangelio ha notado que el pueblo cristiano, por una especie de instinto del Espíritu Santo, oye con mayor placer y provecho a los predicadores que explican el Evangelio que a los que de él se desvían en el ministerio de la palabra, aunque digan muy bien cosas muy grandes: "El que es de Dios, oye la palabra de Dios", decimos con el mismo Jesús (Ioh. 8, 47); y podemos añadir que el sacerdote de Dios, el "hombre de Dios" (1 Tim. 6, 11), toma el Evangelio como base de su predicación, porque a él se reduce toda la palabra de Dios.

Indiquemos las *características* del libro.

Tal como lo ofrecemos hoy en estos cuatro volúmenes —y mientras esperamos dar, en uno o dos más, nuestros *Proyectos Homiléticos* en calidad de complemento, destinado a los sacerdotes—, nuestro libro viene definido en el título que le hemos puesto: EL EVANGELIO EXPLICADO.

Su primera parte es la **Introducción**. — La hemos

desarrollado en forma que por ella se expliquen y resuelvan todas las cuestiones generales sobre los Evangelios. Carece de algo que suelen tener las introducciones al Evangelio, como es el aparato crítico y la documentación histórica y bibliográfica, porque no nos hemos propuesto al redactarla más que recoger las conclusiones y afirmaciones comúnmente admitidas en los puntos que se desarrollan, sin controversia y con argumentación escasa, que no es difícil acumular en estos tratados introductorios. Tiene, en cambio, algo que rebasa los límites ordinarios de las introducciones, como es la sección tercera relativa a los aspectos de Jesús en los Evangelios y algunas cuestiones generalísimas de las otras dos secciones: esto último, porque la mayoría de los lectores no habrán con seguridad cursado la hermenéutica, y era preciso acumular aquí todos los datos que puedan poner de relieve la trascendencia del Evangelio e ilustrarlo en su contenido general; y lo primero, para reunir en unos pocos títulos representativos de los aspectos de Jesús la luz dispersa en los textos evangélicos correspondientes y lograr con ello una visión de conjunto de la Persona adorable del Señor que no se logra en un comentario de detalle. Algo prolija es la Introducción, pero ayudará mucho a la total inteligencia del santo Evangelio.

Sigue a la Introducción el cuerpo de la obra, que constituye la segunda parte. Hay que distinguir en él tres elementos fundamentales: la *Concordia*, el *Comentario o Explicación* y las *Lecciones morales*.

Concordia. — Sabido es que los cuatro Evangelios ofrecen numerosos puntos de semejanza, a veces casi de identidad, en el fondo y forma de los relatos, como presentar copiosas divergencias. Partiendo del hecho de la divina inspiración y de la consiguiente inerrancia de los cuatro relatos y de la absoluta verdad histórica de los mismos, hemos de admitir una concordia que podríamos llamar fundamental, de tesis, es decir, que los cuatro Evangelios dicen la verdad, sin ápice de discordia con ella, ni entre sí, que en este caso sería un error. Pero cada uno dice la verdad a su

manera, y la manera de cada uno de ellos difiere en muchos puntos de la de los otros, hasta el punto de que haya dificultad suma, de orden histórico, literario y cronológico, en reducir los cuatro Evangelios a un relato único, fundiendo las cuatro narraciones en una sola que contenga todo lo de todos y en la que desaparezcan las divergencias que los separan y que a veces parecen irreductibles. Este relato único, este Evangelio único compuesto con los elementos de todos, es lo que se llama *Concordia* o *Armonía* de los Evangelios.

Dos caminos se nos ofrecían al redactar este comentario de los Evangelios: explicarlos uno después de otro, lo que nos hubiese obligado a muchas repeticiones o llamadas a anteriores comentarios, con aumento desmesurado de volumen del libro o falta de continuidad al hallarnos de nuevo con pasajes ya comentados; o redactar una concordia que consintiese llevar de frente las cuatro narraciones en una. Hemos optado por esta última forma: primero, por las razones contrarias al comentario singular de cada Evangelio; segundo, porque a pesar de las dificultades de una concordia, que somos los primeros en reconocer, no creemos irreductibles los cuatro textos, hasta el punto de que el mismo P. Lagrange, aunque en su reciente obra *Jésus-Christ* parece desconfiar de la verdad de las concordias, nos ha dejado una, que es modelo de ellas, en su *Synopse*; y últimamente, porque aun adoptando el sistema de concordia como base del comentario, creemos haber hallado una disposición tipográfica que consiente en cualquier momento ver las diferencias de cada uno de los Evangelistas en sus lugares paralelos.

Para tejer la concordia, hemos tenido al frente las conocidas del P. Bover, Cornély, Vigouroux en su *Dictionnaire*, Méchineau, Hetzenauer, Fillion, Fouard, De Vence, Rosadini, Lépiciér y otras. Nos complacemos en reconocer y agradecer los buenos servicios que en su redacción definitiva nos ha prestado el Ilre. Sr. Lectoral de esta Catedral de Tarazona, D. Gregorio Modrego.

La manera de disponer nuestra concordia ha sido ésta: la hemos fraccionado en tantos capítulos o lecciones como

nos han parecido ser las perícopes evangélicas con argumento completo, indicando su serie con numeración correlativa, de 1 a 234. Sigue al número el enunciado del argumento de la perícopa, y a éste la cita del Evangelio de donde se ha tomado el fragmento, si es singular, en letra versalita: si hay concordia, se pone en versales la cita del fragmento que sirve de base del comentario, que suele ser el más completo, y entre paréntesis y en redondo las citas de los paralelos, uno, dos o tres. Todo ello forma la cabecera de la lección.

Sigue luego la concordia, dispuesta así: el Evangelio que sirve de base se transcribe completo y en redondo, conservando la serie de versículos en números volados: los demás Evangelios en concordia con éste se transcriben sólo en los elementos que completan el fundamental, en letra cursiva y con indicación de la pertenencia del texto con versales voladas, M., Mc., L., I., con las que se señalan los cuatro Evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. Tanto si es singular el texto como si tiene concordia, se divide en tantos apartados como son los episodios o ideas fundamentales que contiene; apartados que en el comentario se traducen en otros tantos fragmentos o artículos encabezados con epígrafes en versales, con la síntesis de lo que el apartado contiene.

Entre la cabecera y la concordia se ha indicado la utilización litúrgica de los Evangelios correspondientes del Misal Romano, con los tiempos o fiestas en que se leen.

Dos palabras sobre la versión. Hemos optado por la de Scio con preferencia a la de Torres Amat, porque ésta es demasiado parafrástica y libre a veces, lo que la hacía menos apta para servir de base a un comentario, aun reconociendo en ella mayores méritos literarios que en la del célebre escolapio. Pero como quiera que esta última, por exceso de literalidad, resulta a veces poco clara y precisa, y por no haber tenido en cuenta el traductor los textos originales peca en algunos pasajes de inexacta, la hemos dado algunos retoques, literarios y de puntuación, con lo que ha ganado algo la tersura y vigor de aquel texto, que alguien ha cali-

ficado de "bárbaro", precisamente por la escrupulosidad en pegarse a la Vulgata latina.

Comentario. — Sigue al fragmento del Evangelio, singular o en concordia, precedido del epigrafe *Explicación*, cuyo primer apartado suele contener el encuadramiento histórico o ideológico de la perícopa que se va a comentar.

El comentario es estrictamente literal, ceñido y claro, pero con aportación de todo elemento de carácter histórico, teológico, cronológico, geográfico, arqueológico, etc., que pueda ilustrar el texto del Evangelio que se comenta. Éste cae de nuevo, en su totalidad y en cursiva, dentro del comentario, con él entretelado y formando parte de él, de modo que la lectura de la cursiva sin el comentario dé la reconstrucción del fragmento. Así no se divaga, ni tiene el lector que releer el texto para hacerse cargo del sentido de cada una de sus partes.

Nada nuevo hemos puesto en el comentario, si no es su disposición general, utilizando para redactarlo a exégetas puramente ortodoxos y tradicionales, particularmente a nuestros Maldonado y Salmerón, Knabenbauer, Fillion, Lagrange, Curci y Sales. De todos ellos, Knabenbauer es el que más hemos utilizado, por ser el que mejor respondía a la finalidad de este libro.

Lecciones morales. — Las hemos separado del comentario literal para que fuera éste más claro y sin soluciones de continuidad. Oscila el número de ellas entre cuatro y ocho para cada fragmento, según la importancia y utilidad ascética de los versículos que se han comentado. A cada lección precede en cursiva el versículo de que deriva y de que es comentario parenético, algunas veces teológico o apologético. Muchas de ellas están tomadas a la letra de los comentarios patrísticos, o son la explicación de algún pensamiento que tienen los grandes exégetas sobre aquel versículo. Nos hemos servido para ello de la *Catena Aurea*, de Santo Tomás. Otras muchas son originales. En todas ellas hemos procurado se encierren documentos de vida cristiana

abundantes y sólidos. Creemos que los predicadores hallarán en ellas buena mies donde espigar para sus homilias, aun descontando los *Proyectos Homiléticos* en preparación

Terminamos este prefacio con unas simples *indicaciones para el mejor aprovechamiento* en la lectura de este libro.

Su objeto inmediato es dar a conocer el Evangelio; y el Evangelio, dice el Apóstol, es "la fuerza de Dios para salvar a todos los que creen" (Rom. 1, 16). El fin primordial de su lectura y meditación, que facilitarán estos modestos comentarios, debe ser ponernos en contacto con esta fuerza divina para que nos lleve a Dios. Tomemos, pues, los santos Evangelios con la reverencia que se debe a este instrumento de la virtud de Dios, a esta palabra que, en frase hiperbólica de Orígenes, es una encarnación continuada del Verbo de Dios; especie de sacramento, dice Ludolfo de Sajonia en su clásica *Vita Christi*, que nos ha dado Dios para obrar nuestra salvación. Ni la curiosidad ni el espíritu de crítica deben guiar a nuestro lector al recorrer esta *Via sacra* de los Evangelios, escritos por Dios para llevarnos a Él.

En los Evangelios hay que considerar las palabras y los hechos de Jesús. Las primeras son palabras de Dios pronunciadas por el Hombre-Dios: son una comunicación inefable del mismo Verbo de Dios a la inteligencia humana de Jesús, y por ésta, por los medios humanos de locución, a los hombres. La doctrina de Jesús no es de Jesús-Hombre: "Mi doctrina no es mía" (Ioh. 7, 16), sino de Jesús Hombre-Dios. Recibamos las palabras de Jesús como si nos las dijera el mismo Dios, absorbámoslas, meditémoslas, guardémoslas en el reconditorio de nuestra memoria y de nuestro corazón, para que sean luz de nuestra vida. Los segundos, los hechos de la vida de Jesús son como la proyección humana de la santidad de Dios, que quiso tomar una naturaleza humana y manifestar, en ella y por ella, la perfección máxima en el orden humano, porque Jesucristo es el Hombre-tipo. Sean estos hechos como el espejo de nuestra vida; toda ella, si ha de ser ordenada a su fin último, no ha de gobernarse por

otra ciencia ni ha de tener otra norma que la imitación de Jesucristo.

Insistamos en el simpático aspecto de *Vida de Jesús* que los Evangelios nos ofrecen. En ningún libro la hallaremos más fielmente reproducida, ni con el fragante perfume de aquellas páginas ingenuas. Va envuelta la vida de nuestro Señor en copiosos episodios que parecen distraer algo la atención de la divina figura de Jesús. El piadoso lector procurará, a medida que lea los Evangelios, fijar en su memoria y en su imaginación los hechos que constituyen el nervio de esta vida, en su ordenación general, primero, y luego en cada una de las etapas y hechos principales. Recapacitar esta vida es poner en orden la nuestra, estimularla en su penoso camino, elevarla hacia el ideal. "Vida buena y fecunda — dice de la de Jesús el piadoso Ludolfo de Sajonia—, que limpia a los pecadores y los hace amigos de Dios. Vida dulce y amable para recordarla, porque no tiene amargura ni tedio, sino gozo y alegría. Vida que nutre y refocila, porque cuando ella se mete en el alma produce en ella todo gusto y placer. Vida llana y sencilla para contemplar al Criador, de la que nadie puede excusarse, como de la majestad de Dios, a cuyo conocimiento no llegamos sino por la contemplación de la vida histórica del Hijo de Dios..." (1).

Lector: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo y a quien el Hijo quisiere revelar" (Mt. 11; 27). Como medio de conocerlo, lee el libro del Evangelio que el Hijo, y en su nombre la Iglesia, han puesto en tus manos. Léelo con atención, con piedad y devoción, con pausa, deteniéndote más donde más pábulo hallen tu pensamiento y corazón.

No pares en esto: obliga a tu libertad a que se pliegue a los preceptos y consejos del Evangelio. Vive lo que leas y medites, que la vida del imitador de Cristo no es sólo luz, sino acción, o mejor, es acción-luz en el Señor: *Lux in Domino* (Ephes. 5, 8).

Para ello, y ésta es la última indicación, ora cada vez que leas el Evangelio. Te servirá a este fin la breve fórmula

(1) LUDOLPHUS SAXO: Prolog. in *Vitam Christi*, Venetiis, 1581, 8.

que hemos puesto como lección moral en la primera de este comentario, o la más sentida y devota con que termina su prólogo Ludolfo de Sajonia y que dice así: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, concédeme, frágil y pobre pecador como soy, que lleve siempre ante los ojos de mi corazón tu vida y costumbres, y que las sepa imitar según mi posibilidad; y haz que progrese y crezca en ellas hasta ser varón perfecto y templo santo en el Señor. Ruégote ilustres mi corazón con la luz de tu gracia, que me prevenga siempre y me acompañe para que, teniéndote siempre por guía en mis caminos, pueda hacer lo que te agrade y evitar lo que te desplace. Te pido, oh Altísimo, dirijas mis pensamientos, palabras y obras según tu ley y tus preceptos y consejos, para que, haciendo en todo tu voluntad, merezca ser hecho salvo por Ti ahora y en la eternidad. Amén."

EL AUTOR

Tarazona, diciembre de 1929.

BIBLIOGRAFÍA

En la composición de esta obra hemos utilizado de una manera especial las siguientes de otros autores, entre otras muchas:

Para la 1.^a Parte:

Cuestiones generales sobre los Santos Evangelios:

- AVENEL: *Les aspects de la prédication de Jésus d'après les trois premiers Évangiles*, Paris, 1918.
- BAINVEL: *De Scriptura Sacra*, Paris, 1910.
- BATTIFOL: *Six Leçons sur l'Évangile*, Paris, 1907.
- BILLOT: *De inspiratione Sacrae Scripturae*, Romae, 1903.
- BLANC: *L'Agneau de Dieu*, Romae, 1913.
- CELLINI: *Propaedeutica Biblica: Ripaetransonis*, 1908.
- CHAUVIN: *Leçons d'introduction générale*, Paris, 1904.
- CORNELY: *Historica et critica introductio in U. T. Libros sacros*, 1894, 1897.
- FILLION: *Atlas d'histoire Naturelle de la Bible*, Lyon, 1884.
— *Atlas Archéologique de la Bible*, Lyon, 1886.
— *Atlas Géographique de la Bible*, Lyon, 1890.
— *L'Étude de la Bible*, Paris, 1922.
- FRANZELIN: *Tractatus de divina Traditione et Scriptura*, Romae, 1896.
- GRANDMAISON: *Jésus-Christ*, Paris, 1929.
- GRANNAN: *Questions d'Écriture Sainte*, Paris, 1903.
- HANNEBERG: *Histoire de la révélation biblique*, Montréjeau, 1855.
- HUBY: *L'Évangile et les Évangiles*, Paris, 1929.
- JACQUIER: *Histoire des Livres du Nouveau Testament*, Paris, 1906.

- JANSSENS: *Hermeneutica Sacra*, Augustae Taurinorum, 1884.
 LAMY: *Introductio in Sacram Scripturam*, Mechliniae, 1877.
 MARCHINI: *De divinitate et canonicitate Sacrorum Librorum*, Taurini-Romae, 1873.
 PESCH: *De inspiratione Sacrae Scripturae*, Friburgi Brisgoviae, 1906.
 PONS: *Geografia Biblica della Palestina*, Firenze, 1922.
 RIESS: *Atlas Scripturae Sacrae*, Friburgi Brisgoviae, 1906.
 SCHIFFINI: *Divinitas Scripturarum*, Augustae Taurinorum, 1905.
 SIMON: *Praelectiones Biblicae*, Matriti, 1920.
 SMIT: *De Daemoniacis in historia Evangelica*, Romae, 1913.
 SZÉKELY: *Hermeneutica Sacra*, Friburgi Brisgoviae, 1902.
 VIGOUROUX, BACUEZ ET BRASSAC: *Manuel Biblique*, Paris, 1920.
 VIGOUROUX: *Dictionnaire de la Bible*, Paris, 1895 à 1912.
 WOUTERS: *Dilucidationes selectarum S. Scripturae Quaestionum*, Coloniae, 1776.
 ZSCHOKKE: *Historia Sacra Antiqui Testamenti*, Vindobonae, 1903.

Para la 2.ª Parte:

Discepción analítica de los Evangelios:

- CORNELY: *Synopses omnium Librorum Sacrorum U. T.*, Parisiis, 1899.

Indicaciones litúrgicas:

- GRAMATICA: *Bibliorum Sacrorum*, Mediolani, 1914.

Texto de los Evangelios:

- SCIO: *La Sagrada Biblia*, Barcelona, 1841 a 1845. Con las modificaciones que hemos creído oportunas.

Concordias:

- BOVER: *Evangeliorum Concordia*, Matriti, 1921.
 CORNELLY: *Synopsis vitae D. N. J. Christi secundum quatuor Evangelia: Introductio*, vol. 3, pág. 285.
 CURCI: *Lesioni esegetiche e morali sopra i quattro Evangelii concordati*, Torino, 1887-1889.

- CHESNAIS: *Concordance analytique des quatre Évangiles*, Paris, 1910.
 DEHAUT: *L'Évangile expliqué*, Paris, 1904.
 FILLION: *Vie de N. S. Jésus-Christ*, Paris, 1922.
 FOMENT DE PIETAT: *Concordia dels quatre Evangelistes*, Barcelona, 1926.
 FOUARD: *La Vie de N. S. Jésus-Christ*, Paris, 1920.
 LAGRANGE: *Synopse des quatre Évangiles*, Paris, 1927.
 LEPICIER: *Diatessaron*, Taurini, 1926.
 MÉCHINEAU: *Vita Jesuchristi*, Parisiis, 1896.
 ROSADINI: *Introductio in Libros N. T.*, Romae, 1919.
 RUFFINI: *Chronologia V. et N. Test.*, Romae, 1924.

Comentarios y tratados especiales:

- CORNELIUS A LAPIDE: *Commentaria in Scripturam*, Parisiis, 1881.
 CURCI: Obra citada.
 DEHAUT: Obra citada.
 DELATTE: *L'Évangile de N. S. Jésus-Christ*, Tours, 1922.
 FILLION: *La Sainte Bible*, Paris, 1921.
 KNABENBAUER: *Commentaria in quatuor Evangelia*, Parisiis, 1905-1907, 1922.
 LAGRANGE: *L'Évangile de Jésus-Christ*, Paris, 1928.
 LÉPICIER: Obra citada.
 LESÈTRE: *Notre Seigneur Jésus-Christ*, Paris, 1902.
 LUDOLPHUS SAXO: *Vita Christi*, Venetiis, 1621.
 MALDONATI: *Commentarii in quatuor Evangelistas*, Lugduni, 1615.
 PERDRAU: *Les Saints Évangiles Commentés*, Paris, 1897.
 CALMES: *Évangile selon Saint Jean*, Paris, 1906.
 CELLINI: *Gli ultimi capi del Tetramorfo*, Roma, 1906.
 — *Saggio... sulla interpretazione del sermone escatologico*, Firenze, 1906.
 FILLION: *Les Miracles de N. S. Jésus-Christ*, Paris, 1909.
 FONCK: *Le parabole del Signore nel Vangelo*, Roma, 1924.
 — *I Miracoli del Signore nel Vangelo*, Roma, 1914.
 MURILLO: *San Juan*, Barcelona, 1908.
 OLLIVIER: *Les paraboles*, Paris, 1908.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN: CUESTIONES GENERALES
SOBRE EL SANTO EVANGELIO

500

RAZÓN Y OBJETO DE ESTA INTRODUCCIÓN

Para amar a Jesús no hay como meditar su santo Evangelio. Dios, que inspiró los sagrados libros que lo contienen, ha puesto una eficacia especial en sus páginas divinas en orden a la difusión e intensificación de su reino, que no es otra cosa que el conocimiento y el amor de su Hijo. "Toda la Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, plenamente apercebido para toda obra buena" (2 Tim. 3, 16.17). Mejor que a ningún otro texto de las divinas Escrituras deben estas palabras del Apóstol aplicarse al de los Evangelios, que contienen la verdadera medula de la revelación bíblica y la misma palabra del Verbo de Dios, pronunciada cuando "se le vió en la tierra, y trató con los hombres" (Bar. 3, 38).

Pero el Evangelio de Jesucristo está contenido en unos libros que, si por parte de Dios, su autor principal, son absolutamente divinos, contienen, por otra, un cúmulo de elementos humanos que les hacen semejantes a los demás libros por meros hombres escritos. Hombres fueron quienes los redactaron, en un momento de la humana historia, valiéndose del lenguaje humano y de los medios humanos de redacción, en el sentido literario y en el material. Sus páginas están llenas de narraciones de hechos humanos, de metáforas, de ingeniosísimas parábolas cuyos elementos están tomados de la naturaleza, tal como el hombre la siente, de la vida y de las costumbres humanas. Sus diversos episodios, traducen a cada momento la realidad de un país, de un lugar, de unos mo-

numentos, de instituciones civiles, políticas y religiosas de una nación cuya existencia nos atestigua la historia. El mismo Jesucristo aparece en los Evangelios como hombre, en todo semejante a los hombres, menos en el pecado (Hebr. 4, 15); como ellos habla y ora y trabaja, tiene sus relaciones sociales y de familia, ejerce un magisterio, lucha y muere.

Por ello, al tomar en nuestras manos estos sacratísimos libros, y antes de interpretar sus páginas y de nutrir pensamiento y corazón del divino manjar de luz y santidad que atesoran, surgen alrededor de ellos una serie de cuestiones, en todo análogas a las que se ventilan acerca de los libros famosos que los hombres escribieron, relativas a *los mismos libros*, como producción literaria de unos hombres y de una época; a *el ambiente histórico y geográfico* en que se desarrollaron los hechos que los Evangelios refieren; a *la Persona de Jesucristo*, del cual se refiere la historia y se expone la doctrina.

De aquí deriva la natural división de esta parte en tres secciones:

I. — LOS SANTOS EVANGELIOS.

II. — EL AMBIENTE HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS.

III. — ASPECTOS GENERALES DE LA VIDA DE JESÚS SEGÚN LOS EVANGELIOS.

SECCIÓN PRIMERA LOS SANTOS EVANGELIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Generalidades

I. QUÉ ES EL EVANGELIO. — Etimológicamente equivale esta palabra a *buena nueva*, aunque los antiguos escritores griegos llamaron *evangelio*, ya al don o merced que se hacía al portador de una buena nueva o fausto anuncio, ya al sacrificio que a la divinidad se ofrecía en acción de gracias por el feliz suceso.

Esta acepción general ha venido concretada por los escritores sagrados del Nuevo Testamento en el sentido de la *Buena Nueva* por antonomasia, que es la salvación lograda al mundo por el Mesías, Hijo de Dios: "Buena nueva de verdad, dice el Crisóstomo, porque ella anuncia a todos los hombres desgraciados, enemigos de Dios, sumidos en las tinieblas de la ignorancia, el término de la cólera divina, el perdón de los pecados, la santificación, la justicia, la redención, la fraternidad con Jesucristo y la herencia del cielo" (1). Y como la salvación por Cristo ofrece distintos aspectos, "Evangelio" equivale a veces a *doctrina de Cristo*: "Predicad el Evangelio a toda criatura" (Mc. 16, 15; Cfr. Act. 15, 7; Rom. 1, 16): otras a la *predicación* de la misma doctrina (Rom. 2, 16; 10,

(1) S. CHRYSOST.: *Homil. 1 in Mt.*

16): o a la fausta nueva de la *reconciliación de los hombres con Dios por Cristo* (Mt. 4, 23; Mc. 1, 14): o, por fin, a la *historia que refiere la encarnación, nacimiento, predicación, muerte y resurrección de Jesucristo*: "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios" (Mc. 1, 1).

Por una evolución muy natural, dice Jacquier, la palabra que indicaba el contenido ha servido para denominar el continente; la "Buena Nueva" predicada, la doctrina de la salvación, ha dado su nombre al escrito que la encierra. Es decir, que *los Evangelios* han tomado su nombre del *Evangelio*, o fausta nueva, cuyos diversos aspectos y episodios refieren: metáfora que prevaleció en los mismos comienzos del Cristianismo. Ya San Justino llamaba *Evangelios* a las memorias de la vida del Mesías escritas por los Apóstoles y por sus discípulos (1).

Bajo esta acepción eclesiástica del Evangelio, podríamos definirlo, con Maldonado: *La historia inspirada, y aprobada como tal por la Iglesia, de la vida y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo* (2). Es "historia inspirada", porque fué escrita bajo el influjo de la inspiración de Dios, en el sentido que más abajo diremos: "aprobada como tal por la Iglesia", porque sólo ella tiene derecho a inscribir un libro en el catálogo de los divinamente inspirados: "de la vida y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo", porque la narración y explicación de las mismas es la nota específica de los santos Evangelios.

Con todo, aunque en los Evangelios predomine la historia y se computen entre los libros históricos, su fin es más alto que el de una simple historia, aunque sea ella tan excelsa y tan maravillosa como lo es la historia del Verbo humanado. La intención de los Evangelistas es dogmático-moral-apologética. Los hechos puramente históricos entran en ellos como soporte de un nuevo sistema de verdades religiosas que creer y de preceptos que practicar, con una general tendencia a hacer resurgir de entre la multiplicidad de episodios la verdad de la divinidad de Jesucristo. Ni se na-

(1) *Apol.*, 66, y *Dial.*, c. 103. — (2) MALDONADO: *Praefatio in Evangel.*

rran todos los hechos de la vida de Jesús, para lo cual "si se escribiesen uno por uno, dice San Juan, creo que no cabrían en el mundo los libros que hubiesen de escribirse (Ioh. 21, 25); sino que cada Evangelista selige aquellos que más conducen al fin de espiritual edificación que se propone.

2. NÚMERO DE LOS EVANGELIOS. — Fueron muchos los autores que en la primera generación cristiana se empeñaron en narrar la vida y doctrina de Jesús, según testimonio del evangelista Lucas (Lc. 1, 1-4); pero la Iglesia sólo ha admitido cuatro Evangelios, o mejor, como dice San Agustín, "cuatro libros de un mismo Evangelio" (1); la razón de que no sean más ni menos los libros del Evangelio es decretoria: así lo ha dispuesto la Santa Iglesia; y el decreto de la Iglesia responde a un hecho de carácter histórico y divino, a saber: Dios no ha inspirado más que a cuatro escritores para que consignaran por escrito la vida y doctrina de su Hijo, Jesucristo.

¿Razones de conveniencia de la pluralidad de Evangelios? Aparte la voluntad de Dios, quizás la principal de ellas sea conciliar en pro de estos escritos la máxima autoridad humana que deriva de la autenticidad y veracidad de la narración de un hecho. El hecho es "el Evangelio", es decir, la Buena Nueva, única en su manifestación histórica y en su expresión doctrinal, múltiple en su anuncio y promulgación. Que cuatro hombres escriban el Evangelio por inspiración de Aquel que lo había predicado, dice Lacordaire, y a pesar de la diferencia personal de su carácter y genio, se halle en los cuatro el mismo natural sublime y simple, el mismo acento, la misma verdad, el mismo amor y el mismo Dios, hasta el punto de que sea siempre el mismo Evangelio, porque es siempre el mismo Jesucristo, no deja de ser cosa estupenda, inexplicable fuera de la hipótesis de la verdad absoluta de los hechos narrados (2).

Del hecho de que sean cuatro los Evangelios, ni más ni

(1) S. AUGUST.: *Tract. 36 in Ioh.* — (2) LACORDAIRE: *Lettres à un jeune homme*, 2.^o

menos, da la tradición algunas razones de mística congruencia. Como hay cuatro puntos cardinales y de ellos soplan los cuatro principales vientos, dice San Ireneo, así debían ser cuatro los Evangelios, a guisa de cuatro columnas que sostienen la Iglesia y cuatro anhelitos que infunden la vida espiritual a las almas. San Jerónimo compara los cuatro Evangelios a los cuatro ríos del Paraíso y a los cuatro ángulos de que constaba y a las cuatro asas por donde se suspendía el Arca del Testamento. Otros han visto simbolizados los cuatro Evangelios en los cuatro elementos en que se comprende la totalidad de las cosas materiales; o en los cuatro animales que arrastraban el carro de Ezequiel y que lo llevaban en todas direcciones, símbolo de la universalidad de la predicación evangélica.

Todo este aparato simbólico responde al hecho inconcuso del testimonio de la más vieja tradición cristiana en favor del número cuaternario de Evangelios.

3. SÍMBOLOS ICONOGRÁFICOS DE LOS EVANGELISTAS. —

A los cuatro Evangelios se les ha dado ya de antiguo el nombre de *Tetramorfo*, por ser ellos las cuatro formas oficiales de un mismo Evangelio. A estas formas literarias la tradición artística cristiana ha aplicado la representación simbólica de los cuatro animales del carro de Ezequiel y del trono del Apocalipsis: el león, el toro, el hombre y el águila (Ez. I, 10; Apoc. 4, 7). Los antiguos testimonios de la tradición difieren en la forma de aplicar estos símbolos a cada uno de los Evangelistas. Prevalece hoy en el arte cristiano la opinión de San Jerónimo, que así aplica la visión de Ezequiel a los Evangelistas: "Estos cuatro Evangelios, ya de tiempo vaticinados, vienen asimismo anunciados en el libro de Ezequiel, cuya primera visión dice así: "Y en medio de él había semejanza de cuatro animales, y el aspecto de ellos era de cara de hombre, y cara de león, y cara de toro, y cara de águila." La cara de hombre representa a Mateo, quien, mirando el aspecto humano de Jesús, empieza escribiendo: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham." La segunda, a Marcos, en quien se oye la voz del león que ruge en el de-

sierto: "Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor: enderezad sus veredas." La tercera, de toro, es figura de Lucas evangelista, que empieza por el sacerdocio de Zacarías. La cuarta representa a Juan evangelista, que, "tomando alas de águila, se remonta a las alturas para hablar del Verbo de Dios" (1).

4. TÍTULOS DE LOS EVANGELIOS. — Los cuatro van encabezados con la misma fórmula, variando sólo el nombre del autor: "El Santo Evangelio de Jesucristo según..." Quiso Fausto el maniqueo, y recientemente algunos racionalistas, entre ellos Renán, que la preposición "según" significara aquí analogía o conformidad, equivaliendo por lo mismo a esta expresión: "Santo Evangelio... según la predicación de..." Pero entonces no nos explicamos por qué no se inscribieron los Evangelios de Marcos y de Lucas con los nombres de Pedro y Pablo, etc. En cambio, la tradición cristiana ha interpretado la preposición en el sentido de causalidad o eficiencia, significando por lo mismo que los nombres que siguen a la preposición son los de los autores de los Evangelios.

Nunca los escritores sagrados encabezaron sus libros con su nombre, dice el Crisóstomo: tampoco lo hicieron los Evangelistas (2). Con todo, las inscripciones de los Evangelios se remontan a los mismos tiempos apostólicos. Ya a fines del siglo II Tertuliano argüía contra Marción por los títulos de los Evangelios: y antes de él, San Ireneo y Clemente de Alejandría usaban de estas fórmulas para indicar la pertenencia literaria de los Evangelios a cada uno de sus autores. Harnack afirma que pertenecen a la primera mitad del siglo II. Lo probable es que desde los mismos comienzos de la Iglesia se encabezaron los Evangelios en esta forma, a fin de que los fieles, en las reuniones litúrgicas, supiesen a qué autor correspondían los fragmentos que en los divinos oficios se leían. Por ello siempre se atribuyó gran autoridad a estos títulos.

(1) S. HIER.: *Prol. in Mt.* — (2) S. CHRYSOST.: *Homil. 1 in Epist. ad Rom.*

5. **ORDEN DE LOS EVANGELIOS.** — En la actualidad se admite universalmente el orden con que vienen dispuestos en la Vulgata: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La mayor parte de los testimonios de la antigüedad los coloca en la misma forma. Con todo, San Ireneo los ordena así: Mateo, Lucas, Marcos, Juan: y Clemente de Alejandría consigna la tradición de los primitivos presbíteros que ponían en primer lugar los Evangelios que contienen las genealogías, Mateo y Lucas, y luego Marcos y Juan. Ha prevalecido el actual orden sin duda porque responde al orden cronológico con que fueron escritos.

6. **ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.** — Jêsucristo no escribió. Nos refiere el Evangelio el hecho de unos signos misteriosos que trazó Jesús en tierra con un dedo (Ioh. 8, 6): y una vieja tradición, de que se hace eco Eusebio, atribuye a Jesús una carta dirigida a Abgaro, rey de Edesa: la crítica la rechaza como apócrifa. La Iglesia nunca propuso escrito alguno como obra de Jesús. Es que su ministerio fué totalmente oral. No echó el divino sembrador su semilla en las páginas de un libro, sino que sembró su divina palabra en la inteligencia y en el corazón de las multitudes que le oían: "La fé entra por el oído", dirá más tarde el Apóstol (Rom. 10, 17).

Tampoco los Apóstoles recibieron misión de escribir, sino de predicar de viva voz: "Predicad el Evangelio..." "Quien a vosotros oye, a Mí me oye" (Mt. 10, 7; Mc. 16, 15; Lc. 10, 16). No cuidaban de escribir libros, dice Eusebio, porque tenían que ejercer un ministerio mucho más noble, y superior a las humanas fuerzas (1).

Es, pues, un hecho absolutamente histórico que la predicación oral precedió a la redacción de los Evangelios: que éstos vienen a ser una múltiple forma escrita del único Evangelio predicado: que los Evangelios escritos nacieron en un ambiente histórico y doctrinal formado por la predicación apostólica: "Y saliendo ellos (los Apóstoles), predicaron

(1) EUSZB.: *Hist. Eccles.*, 3, 24.

en todas partes, cooperando el Señor con ellos y confirmando su palabra con los prodigios que la acompañaban" (Mc. 16, 20).

¿Qué origen tuvieron, y cómo se elaboraron las actuales narraciones evangélicas? Difieren profundamente en este punto las escuelas llamadas de la alta crítica y el sentir de los autores católicos, fundados en la tradición y en las enseñanzas de la Santa Iglesia. No haremos más que indicar someramente el estado de esta cuestión.

Todos los críticos, dice Jacquier, están conformes en afirmar que los Evangelios tienen como fondo común una enseñanza oral, una tradición: por consiguiente admiten un Evangelio oral primitivo. Objeto y ámbito de este Evangelio oral los fijarían los mismos Apóstoles, en los comienzos de su predicación. Testigos de la predicación de Jesús y de sus obras maravillosas, así como de su muerte y resurrección, forman un cuerpo de enseñanza, un catecismo de doctrinas y hechos, que constituye el tema de sus enseñanzas y que no es más que la reproducción de las líneas principales de la historia y de las enseñanzas del Maestro.

No cuidan los predicadores de formular por escrito su catequesis. Ni tenían necesidad de ello las multitudes a quienes se predicaba la Buena Nueva, mientras viniese la predicación garantida por el testimonio vivo de quienes "con sus ojos vieron y fueron ministros de la palabra" (Lc. 1, 1); ni les era necesario a los catequistas fijar por la lectura la memoria de hechos y doctrinas que habían "visto y oído", ya que profundamente llevaban grabado en el alma "lo que oyeron, y lo que vieron con sus ojos, y lo que miraron, y lo que palparon sus manos de la palabra de vida" (1 Ioh. 1, 1-3). Ni siquiera, como nota Batiffol, se conocía esta especie de exigencia actual de la lectura, fiándose más los oyentes de la exactitud y pureza de una tradición oral viva que de la letra muerta de un escrito. Es elocuentísimo en este punto el testimonio de Papias, obispo de Hierápolis en el siglo II, y de quien se dice haber oído a Juan evangelista: "Si hallaba yo quien había seguido a los presbíteros, le preguntaba sobre los discursos de los presbíteros. ¿Qué decía Andrés? ¿Qué

decía Pedro? ¿Qué decían Felipe, Tomás, Jacobo, Juan, Matías y demás discípulos del Señor?... Porque pensaba yo que ni todos los libros podían reportarme tanto provecho como las verdades recogidas de una voz viva y permanente" (1).

Pero esta pura tradición podía adulterarse: de hecho, San Pedro, San Pablo y San Judas manifiestan el temor de que las divinas enseñanzas se mancillen (2 Petr. 3, 16; 2 Cor. 2, 17; 4, 2; Iud. vv. 3.4). A la muerte de los Apóstoles la invasión del error será fatal: ni podrá rectificarse sino por el magisterio oficial de la Iglesia. La divina Providencia dispondrá en tal forma las cosas, que no tengan los discípulos de Jesús que acudir para cada detalle del Evangelio predicado al supremo recurso de una declaración auténtica por parte del magisterio eclesiástico.

Fué entonces cuando, espontáneamente o a petición de los fieles, algunos Apóstoles, Mateo y Juan, y varios discípulos del Señor consignarían por escrito los hechos y enseñanzas de Jesús.

¿Cómo se elaboraron los actuales Evangelios? ¿Utilizaron sus autores sólo la catequesis oral a que hemos hecho referencia, de tal manera que nuestros Evangelios sean como el texto escrito de aquel otro texto hablado en que se fijarían los principales rasgos de la vida y predicación de Jesús? ¿O preexistieron a los Evangelios de hoy ensayos o memorias, más o menos extensas, en que muchos escritores hubiesen recogido distintas fases o aspectos de la primera catequesis oral y que hubiesen sido posteriormente utilizados por nuestros Evangelistas para componer sus libros? ¿Utilizáronse mutuamente los actuales Evangelistas? En el capítulo V de esta sección consignaremos las hipótesis que se han emitido sobre este particular.

Las tres hipótesis, llamadas respectivamente de la tradición oral, de los documentos y de la dependencia mutua, tiene sus fautores o patronos en el campo católico, especialmente la primera y la segunda. Todas ellas tienen algo aceptable, aunque de ellas y más de la de la mutua dependencia,

(1) EUSEB.: *Hist. Eccles.*, 3, 39, 4.

han abusado los modernos racionalistas. Quizás las tres hipótesis fueron, hasta cierta medida, un hecho en la elaboración de los tres primeros Evangelios, salvando siempre el otro hecho, de orden carismático y sobrenatural, de la inspiración divina. Y no puede ponerse reparo a estas palabras de Jacquier, con que formula las conclusiones generales que derivan del examen de la copiosa literatura que en ambos campos, católico y racionalista, se ha producido en los últimos años en este punto: "Hubo en un principio una catequesis oral en lengua aramaica. Esta catequesis se tradujo pronto en griego, y por muchos. Los Evangelistas utilizaron documentos escritos que reproducían, más o menos, la misma catequesis oral, o recuerdos aislados de la predicación apostólica. Estos documentos diferían, así por el idioma como por los hechos narrados y el orden de los mismos: no estaban éstos aglomerados para formar un evangelio completo: más bien estaban reunidos en agrupaciones los distintos fragmentos. Los discursos o sentencias del Señor debían hallarse en el mismo estado de dispersión, y, además, diferían los textos, a causa sobre todo de los traductores múltiples. Es imposible determinar el número y carácter de estos documentos. Los Evangelistas han escogido sus materiales y los trabajaron según su particular mentalidad y hábitos literarios, pero especialmente para adaptarlos a su objeto: corrigieron asimismo el lenguaje y la disposición literaria general. Es probable que también utilizaron narraciones o detalles de carácter todavía oral. Parece más probable que los Evangelistas se sirvieron de documentos escritos" (1).

¿Cómo se verificó, dice por su parte Huby, el paso de la catequesis oral a la redacción por escrito de las enseñanzas y ejemplos de Jesús? ¿Bajo qué forma se presentaron estos primeros ensayos? ¿Cuál era la extensión de su contenido? Y después de confesar la falta de documentos que nos permitan resolver esta cuestión, opina que tan pronto salvó la Buena Nueva los estrechos círculos arameos de Jerusalén para llegar, en el mundo grecorromano, a interesar a los gentiles temerosos

(1) JACQUIER: *Histoire des Livres du Nouveau Testament*, 2, 355.

de Dios que gravitaban en torno de las sinagogas, y a los judíos de la Dispersión que no hablaban cómodamente más que el griego, se sintió la necesidad de redacciones escritas y de traducciones griegas de la catequesis oral. No es probable, añade, que todos estos ensayos fuesen estrictamente evangelios completos, conteniendo toda la historia del ministerio de Cristo, desde el bautismo de Juan hasta la resurrección. Es más verosímil admitir que antes de abordar una narración continua del ministerio de Cristo se hubiese procedido a la redacción parcial de sus palabras y hechos: mandamientos de la Nueva Ley reunidos según el estilo del Sermón de la Montaña en el primer Evangelio; parábolas del reino de Dios; avisos a los discípulos enviados a misionar; la serie de discusiones habidas por Jesús con los fariseos y saduceos durante los últimos días en Jerusalén; las descripciones o cuadros proféticos relativos al fin del mundo judío y del universo mundo, etc.; era todo ello como otros tantos bloques ya cortados, que bastará más tarde disponer en determinado orden y trabarlos con narraciones de milagros y otros sucesos de la vida de Cristo, para obtener así nuestros Evangelios sinópticos. La composición de éstos y la cuestión complejísima de sus semejanzas y divergencias, se explican mejor si se concede a sus autores la utilización, no sólo de catequesis orales estereotipadas, sino también de documentos escritos (1).

7. LENGUA EN QUE FUERON ESCRITOS LOS EVANGELIOS. Jesucristo habló el arameo, que era la lengua popular en Palestina por aquel tiempo. En la misma lengua predicaron los Apóstoles, antes de dispersarse por todo el mundo grecorromano. Pero los Evangelistas, excepto San Mateo, que escribió en arameo, redactaron sus obras en griego vulgar o *coíné*, que difiere algún tanto, especialmente por su más sencilla estructura, del griego clásico y viene a ser como el primer paso hacia el griego moderno. No puede decirse, sin embargo, que en los Evangelios se encuentre puro el dialecto *coíné*. Los escritos evangélicos están como salpicados de vocablos,

locuciones y giros aramaicos, fruto de la lengua nativa de sus autores. Además, las nuevas y sublimes ideas creadas por la revelación de Jesucristo revistieron de nuevas y más profundas significaciones a muchos vocablos, por ejemplo, las palabras *pistis* = fe, *jaris* = gracia, etc.

8. AUTÓGRAFOS DE LOS EVANGELIOS. — Han desaparecido totalmente: tan sólo un milagro de la divina Providencia pudo evitar su desaparición. Escritos los autógrafos de los Evangelios en volúmenes formados de hojas sutilísimas y de fácil deterioro, extraídas de una caña muy abundante en Egipto, llamada "papyrus"; dado, además, el uso frecuentísimo que, sin duda, de ellos se hizo para su lectura y extracción de copias, naturalmente hubieron de deteriorarse en breve lapso de tiempo. De hecho ninguno de los Padres Apostólicos menciona ya los autógrafos inspirados.

Podrá causar maravilla que los primitivos cristianos no rodearan de toda clase de cuidados tan preciado tesoro para evitar su destrucción; pero hay que tener presente que a la primera generación cristiana constábale ciertamente de la plena conformidad de las copias con los autógrafos, por cuya razón éstos perdían mucho de su interés; ni hay por qué olvidar que nosotros apreciamos la suma trascendencia de los primeros ejemplares de nuestros Evangelios a través de la inmensa e ingrata labor de crítica textual, que un simple cotejo de nuestros códices con los autógrafos nos hubiera ahorrado, con incalculables ventajas que los primeros cristianos no pudieron apreciar. También los primeros apógrafos o copias han desaparecido. Datan los códices griegos más antiguos — el Vaticano y el Sinaítico — del siglo IV de nuestra era, cabalmente del tiempo en que se generalizó el uso de los códices de pergamino, de mucha más duración que los volúmenes de papiro.

(1) HUBY: *L'Évangile et les Évangiles*, 56.

CAPÍTULO II

Autoridad divina de los Evangelios

I. NATURALEZA ÍNTIMA DE LOS SANTOS EVANGELIOS.—

Es lo que primero interesa conocer de un libro: qué libro es. Se han tributado a los Evangelios elogios, nunca desmedidos, porque nadie ha podido sondear el profundo abismo de verdad y de misterio que encierran, pero que rebasan la medida de todo elogio tributado a los más famosos escritos. Los mismos adversarios de la doctrina evangélica han debido confesar la trascendencia de estos libros sobre todos: "Libro divino, dice Rousseau, del Evangelio, el único necesario a un cristiano... Jamás habló la virtud lenguaje tan dulce: jamás la sabiduría más profunda se expresó con mayor energía y sencillez" (1). Es el Evangelio escrito el fermento que ha hecho crecer en la masa de la humanidad la virtud divina: la sal de la tierra, que la ha preservado de la corrupción. Excelso con la misma excelsitud de Jesús, cuyo nombre, Persona y doctrina, al decir de un protestante de la escuela liberal, predominan del principio al fin de estos sagrados libros, es el Evangelio el punto de referencia donde fijan sus ojos los hombres y pueblos que quieren ser grandes.

Pero lo que mayor autoridad les da es el ser libros *divinos*, en la propia acepción de la palabra: no sólo porque contengan la verdad divina y narren la historia del Hijo de Dios, sino porque, aun en el orden literario, son la obra de Dios que los inspiró a sus autores.

Toda la Escritura admitida como tal por la Iglesia es

(1) ROUSSEAU: *Emile*, édit. Flammarion, 2, 71.

divinamente inspirada. Bajo el concepto general de inspiración bíblica, no aventajan los Evangelios a ninguno de los libros sagrados. Prescindiendo de la cuestión secundaria de si tiene grados la inspiración — que sí los tiene según parecer de los teólogos —, tan inspirados son los libros de los Reyes, en el Antiguo Testamento, en los que predomina la narración de hechos totalmente humanos, como los Evangelios, repletos de lo sobrenatural, en el orden doctrinal e histórico.

Pero la cuestión, siempre grave y difícil — aunque llena de espiritual consuelo para el hombre —, de la inspiración escrituraria, adquiere un matiz profundamente simpático cuando se trata de la divina inspiración de los Evangelios. Porque, si "Dios habló en otros tiempos muchas veces, y de muchas maneras, a los Padres por los Profetas, nos ha hablado en estos últimos días por su Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos" (Hebr. 1, 1): y si fué grande su misericordia por haber querido quedara la voz profética como estereotipada por Él mismo en los libros del Antiguo Testamento, no ha sido menor al querer que tuviéramos escrita en los Evangelios parte de la historia y del código de su Hijo Jesús, de cuando vivió entre los hombres "Él, que está en el seno del Padre, y nos le reveló" (Ioh. 1, 18).

Por ello, y porque la generalidad de los lectores no conocerán tal vez este aspecto interesantísimo de los Evangelios, damos en este capítulo someras nociones sobre su divina inspiración.

2. LA INSPIRACIÓN BÍBLICA: NOCIÓN. — "La Biblia está escrita por el Espíritu de Dios", dice Orígenes. Las Escrituras son "cartas enviadas por Dios a los hombres desde el cielo", según San Agustín. Y San Gregorio Magno añade: "Es el Espíritu Santo quien escribió... porque dictó lo que debía escribirse: Él mismo escribió porque fué el que inspiró a quienes escribieron aquellas obras" (1).

(1) ORIG.: *Cont. Cels.*, 5, 60; S. AUGUST.: *Serm. 11 in Psalm. 90*; S. GREG. MAGN.: *Proef. in Job*, 1.2.

En estas afirmaciones categóricas, que podrían multiplicarse, se insinúa la naturaleza de la inspiración, cuyo concepto negativo y positivo vamos a exponer brevemente.

¿Qué es la inspiración bíblica?

¿Equivale inspiración a *revelación*? Las Sagradas Escrituras son palabra de Dios; consiguientemente, todo cuanto en ellas está escrito nos ha sido revelado y es objeto de nuestra fe. Pero la acción del Espíritu Santo sobre el hagiógrafo, el influjo inspirativo, no es necesariamente una revelación. Inspiración y revelación son dos conceptos distintos que no se excluyen, pero que tampoco se reclaman necesariamente. Revelación importa locución de Dios; inspiración es sugestión divina de algo cuya noticia ha podido adquirirse por cualquiera de las fuentes naturales de conocimiento: raciocinio natural, experiencia, investigación científica, tradición oral o escrita, etc. Así, pues, todas las Escrituras son inspiradas: no todo fué en ellas revelado.

En efecto, ¿qué necesidad tenía, por ejemplo, San Mateo de que se le revelase la genealogía de Jesús, hecho completamente humano, del dominio de una tradición doméstica que él por sí mismo pudo conocer? San Juan Evangelista, cuando nos refiere las maravillas del Verbo encarnado, no apoya su testimonio en revelación alguna, sino en que él fué testigo ocular de lo que narra: "Quien vió, dió testimonio" (Ioh. 29, 35). El mismo San Juan, en su primera carta, que guarda relación estrecha con el cuarto Evangelio, apoya también la autoridad de su testimonio en la experiencia personal: "Lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que... nuestras manos palparon, os testificamos y anunciamos" (1.ª Ioh. 1, 1, sig.) San Lucas expresamente cita, como fuente de sus conocimientos para la redacción de su Evangelio, las referencias "de aquellos que desde el principio fueron testigos de vista y predicadores del Evangelio" (Lc. 1, 2). Conocido es el caso del autor del segundo libro de los Macabeos, el cual atestigua (2 Mach. 2, 27) cuán laborioso le fué redactar su libro, sin duda por compendiar en él la obra voluminosa de Jason. Finalmente, la Comisión Bíblica en algu-

nos de sus Decretos y la Encíclica *Spiritus Paraclitus* dan por supuesta la existencia de fuentes naturales de conocimiento en los hagiógrafos.

Tampoco es la inspiración simple asistencia del Espíritu Santo, *negativa o positiva*, cuyo único efecto fuese salvaguardar la verdad, evitar que el escritor inspirado cayese en error. De ser así, podrían llamarse divinamente inspiradas las definiciones de los Concilios Ecuménicos y del Sumo Pontífice.

Ni es la inspiración una *aprobación oficial*, hecha por la Iglesia, de un libro humano. Decir esto sería herético. Aunque tal libro fuera aprobado por el mismo Dios, no podría decirse divinamente inspirado sin errar manifiestamente en materia de fe.

La inspiración es moción, energía divina, iluminación; no en el sentido modernista, condenado por la Encíclica *Pascendi*, de vehemente impulso de Dios, semejante a la inspiración poética, en virtud del cual el creyente es impelido por Dios a manifestar por escrito su fe, sino en el sentido católico de influjo sobrenatural y extraordinario del Espíritu Santo, de orden carismático. Influjos que ha de concebirse de forma que, como ha creído constantemente la tradición católica, y la Iglesia ha definido por su magisterio extraordinario repetidas veces, desde los primeros siglos, en virtud de él Dios sea en verdad *autor de las Sagradas Escrituras*; hasta poder decirse que "cuanto el hagiógrafo afirma, enuncia, insinúa, deba decirse afirmado, enunciado e insinuado por el Espíritu Santo, como se dice en la Carta del Santo Oficio al General de los Sulpicianos (1), reproduciendo textualmente palabras de la Comisión Bíblica en su Decreto de 15 de junio de 1915.

León XIII, en la Encíclica *Providentissimus*, y Benedicto XV en la *Spiritus Paraclitus*, explicando auténticamente el dogma por el que creemos que Dios es autor de las Sagradas Escrituras, nos han dado la definición exacta del influjo inspirativo. "El Espíritu Santo, dice León XIII, con

(1) 22 dic. 1923.

virtud sobrenatural, de tal manera los excitó y movió a escribir (a los hagiógrafos), de tal manera les asistió mientras escribían, que todo y sólo lo que Él mandó entendieron rectamente, quisieron escribir con fidelidad y expresaron en forma conveniente con infalible verdad: si así no fuera, no sería Él autor de toda la Sagrada Escritura" (1). Aclarando estas palabras Benedicto XV, en la Encíclica *Spiritus Paraclitus*, afirma por un lado que los escritores inspirados cooperan libremente, cada uno según la naturaleza e ingenio, con Dios que inspira, y que Dios, por su parte, confiere su gracia e ilumina la mente del escritor sagrado para que en nombre de Dios anuncie la verdad a los hombres, mueve además su voluntad y la impele a escribir, y finalmente asístele de un modo peculiar y constante hasta haber terminado el libro (2).

Digamos dos palabras sobre la acción del Espíritu Santo en las facultades del hagiógrafo.

La inspiración es un influjo sobrenatural y extraordinario del Espíritu Santo, de orden carismático, que ilumina el entendimiento y las facultades cognoscitivas de orden sensitivo, mueve la voluntad y dirige la energía ejecutiva del autor sagrado en tal forma, que éste escribe todo lo que Dios quiere y sólo lo que Él quiere.

Es la inspiración un misterio profundo del poder de Dios obrando en la psicología del hombre. Es una gracia del misericordiosísimo Dios que se digna acercarse a su criatura, al hombre, para componer con él un libro, en forma que Dios y el hombre son autores, cada uno de ellos, de la totalidad del libro: Dios como autor principal, el hombre como instrumento de Dios. "El efecto de la inspiración (el libro) se atribuye todo al instrumento y todo asimismo al agente principal, aunque el libro procede de los dos, según distinto respecto..." (3).

Dios no anula al hombre sometido al carisma de la ins-

(1) *Enchiridion Bibl.*, núm. 110. — (2) *Enchiridion Bibl.*, núm. 461. — (3) D. THOM.: *Cont. Gent.*, 3, 70.

piración; hasta el punto de que el autor inspirado puede desconocer que escriba bajo el influjo de Dios inspirador. Pensamiento, voluntad, imaginación, memoria, las mismas fuerzas de orden fisiológico, conservan su autonomía, porque Dios es sabio y poderoso para utilizar a su criatura en orden a sus fines sin menoscabo de su naturaleza y del funcionamiento de sus facultades, antes saliendo de la divina acción a que se le ha sometido con ventaja de su pensamiento y libertad, con mayor perfección de sus facultades de escritor.

Para el *pensamiento* del autor inspirado, la gracia de Dios es luz que ilumina los conceptos y robustece y hace ágil la inteligencia para emitirlos. Luz que revela, si se trata de un concepto nuevo; que aclara, si el autor lo tiene oscuro o impreciso; que lo hace presente para su inmediata utilización si preexiste ya en la mente del autor. Así la palabra mental del hombre traduce la Palabra de Dios en lo que Dios quiere sea su palabra escrita: el Verbo de Dios se hace verbo del hombre, *verbum mentis*, que pasará luego a ser palabra de Dios en los escritos humanos. De aquí las semejanzas múltiples que hallan los teólogos entre el Verbo de Dios encarnado y la Palabra de Dios escrita (1). León XIII concreta este efecto iluminativo de la inspiración en estas palabras: "De tal manera asistió Dios con su energía a los escritores, que hizo concibiesen rectamente en su inteligencia todas y solas las cosas que Él mandaba" (2).

Para la *voluntad* del autor sagrado, la inspiración es moción, impulso, fuerza imperiosa que la avasalla, levantándola al propio tiempo al orden superior de las cosas divinas. Bajo la acción de la energía divina, la voluntad del escritor, libremente, pero de una manera infalible, se resuelve a escribir fielmente todo y sólo lo que Dios manda. "Escribe en un libro todas las cosas que te he hablado", dice Dios a Jeremías. "Y me dijo: Escribe", dice San Juan en su Apocalipsis (Ier. 30, 9; Apoc. 9, 9). Estas frases son en cierto modo aplicables a todas las Escrituras.

(1) Cfr. CELLINI: *Propaedeutica Biblica*, 2, 4; HURTER: *Theologia General.*, 144-145. — (2) LEÓN XIII: Encíclica *Providentissimus*.

Las *facultades sensitivas*, especialmente la imaginación, desempeñan importantísimo papel en la redacción de un escrito, ya como colaboradoras del pensamiento en la aportación de lo que podríamos llamar la materia primera de donde la inteligencia arranque sus conceptos, ya como plasmadoras de las diversas formas de expresión: palabras, metáforas; ejemplos, parábolas, no se forjan sólo en las alturas del pensamiento, sino que se cortan, por decirlo así, de la cantera viva de las facultades de orden espiritual, sensitivo y emotivo del escritor, tomadas en su conjunto, según el temperamento, la educación literaria y el predominio que en su alma ejerza alguna de ellas. La energía de la inspiración llega a todas, y las pone todas al compás del pensamiento de Dios y del hombre, para que la palabra de Dios logre, en el alma del autor y más tarde en el escrito, aquel matiz y aquella forma de expresión que ha intentado Dios al moverlas.

Tal es, en sus líneas generales, la maravillosa acción del Espíritu de Dios sobre la psicología del autor inspirado. Acción tan compleja como lo reclama la complejísima actividad de un escritor cuya vida entera se siente percutida por esta gracia extraordinaria de Dios. Acción divina, que no elimina ninguna de las funciones del hombre que escribe. Estudio personal, recuerdos, utilización de otros escritos, compulsas de autores, notas, pareceres, incluso la tortura que ocasiona a veces la dificultad de la visión intelectual, de la ordenación de un plan, de la disposición de materias, de la selección de palabras y tropos; del pulimento de estilo: todo cabe dentro de la inspiración, como caben en ella todos los géneros literarios y todos los estilos en los que pueda darse íntegra y perfecta la verdad divina (1); como puede ser ella la fuerza de Dios que avasalle al escritor desde las cumbres del pensamiento hasta la mano que maneja la pluma, para que corra ésta veloz, sin tropiezos, sobre las membranas, para estampar en ellas los divinos pensamientos.

Así todos los libros de la Escritura, siendo libros de

(1) *Enchiridion Bibl.*, núm. 474.

hombres, son libros de Dios: o mejor, la divina Escritura es el libro de Dios escrito por muchos hombres: "Libro en el cual veinte autores distintos se pasan la pluma de mano en mano, escriben bajo el impulso de una sola idea y se encuentran en la unidad de un plan idéntico: donde se halla en todo, a pesar de la diferencia de tiempos, el mismo sello, el mismo soplo: donde Moisés habla igual que David, y tiene Job el mismo lenguaje que el apóstol de Corinto y de Éfeso: libro que tiene veinte estilos y no tiene más que un carácter" (1).

Y esta acción divina de la inspiración tiene en la Iglesia una finalidad social. Dios inspiró los libros sagrados para que tuvieran carácter oficial y público y para que fueran tenidos como fuente y regla de fe en la Iglesia universal; y en este sentido la intención del Espíritu Santo es también esencial a la inspiración de las Sagradas Escrituras. El Concilio Vaticano afirmó que la Iglesia tiene por sagrados y canónicos los libros catalogados en el Concilio de Trento, con todas sus partes, "porque inspirados por el Espíritu Santo, es Dios su autor y como tales fueron entregados a la misma Iglesia". Siendo así, pues, que la revelación pública, según enseña la teología católica, fué cerrada con la muerte del último de los Apóstoles, síguese que la inspiración, en el sentido en que venimos exponiéndola, no pudo darse después de esta fecha.

3. LA INSPIRACIÓN: EL HECHO. — La creencia en la divina inspiración de las Escrituras es un dogma de nuestra fe. El Concilio Vaticano dijo anatema contra quienes no admitieran como sagrados y canónicos los libros cuyo catálogo puntualizó el Concilio de Trento, con todas sus partes, o que negasen ser ellos "divinamente inspirados" (2). Esta auténtica declaración del magisterio eclesiástico, hecha en el siglo XIX, es como la síntesis de todos los anatemas de la Iglesia pronunciados en los pasados siglos contra los detractores de las Escrituras y una concreción de la tradición cristiana,

(1) FENELON: "Diálogos sobre la elocuencia", 3. — (2) Cánones: II, *De Revelat.*, 4.

manifestada en mil elocuentísimas formas desde los mismos comienzos de nuestra religión.

¿Cómo podrá conocerse el hecho de la inspiración y cuáles sean los libros escritos bajo su influjo? Sólo el testimonio de Dios es el criterio auténtico, seguro y universal del hecho de la inspiración bíblica y de los libros que por su inspiración hayan sido escritos. Quiso Lutero poner el criterio normativo para conocer los libros inspirados en cierto gusto espiritual: "La Escritura, decía, se conoce por su sabor especial." Los calvinistas ponen el Espíritu Santo al servicio de cada uno de los lectores de la Biblia para ilustrarlos en este punto capital de sus creencias. Algunos católicos han tomado como norma para conocer los libros inspirados el criterio del apostolado: un libro escrito por un Apóstol sería por este hecho inspirado. Los dos criterios protestantes son la ruina de la Biblia: Dios no podía dejar la regla de fe asentada sobre la veleidad de los individuos, sobre el muelle sentimentalismo o las particulares conveniencias. El apostolado tampoco es criterio seguro y universal para conocer el hecho de la inspiración: el carisma de la inspiración no es consecuencia necesaria del apostolado: Marcos y Lucas no fueron apóstoles y Dios les inspiró sus Evangelios.

Y ¿quién sale garante del testimonio de Dios? De la totalidad de los libros de la Escritura, sólo la tradición oficial y pública de la Iglesia, expresada por una serie no interrumpida de testimonios de todos los siglos, y especialmente por la misma Iglesia en funciones solemnes de su magisterio. Ella ha recibido, junto con los libros inspirados, el testimonio divino de su inspiración: y ella sola puede ser el testigo autorizado de este hecho dogmático en que se asienta la verdad de la mayor parte de nuestras creencias. Parcialmente, la misma Escritura del Nuevo Testamento nos ofrece varios testimonios de la inspiración.

No cabe en este libro tejer una demostración del sentir tradicional de la Iglesia en pro de la inspiración: ella es llena y de formidable fuerza demostrativa. Nos ceñimos a la reproducción de los pasajes clásicos de San Pablo: "Toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar y argüir,

etcétera": y al de San Pedro: "Toda profecía de la Escritura (toda la Escritura profética, es decir, toda la Escritura, según sentir de los judíos) no se explica por una interpretación particular: porque no fué por una voluntad humana que en otro tiempo fué traída la profecía, sino que inspirados por el Espíritu Santo hablaron los santos hombres de Dios" (2 Tim. 3, 16; 2 Petr. 1, 20.21). Las mismas citas que Jesús y los Apóstoles hacen de las Escrituras, la trascendencia dogmática y moral que les atribuyen y la aprobación del canon de la Sinagoga, hecha por los mismos en distintos pasajes, constituyen una prueba general de la inspiración de los libros del Antiguo Testamento.

Por fin, supuesta la inspiración de los sagrados libros y su demostración por los criterios objetivos e históricos, en los mismos libros de la Escritura hallamos altísimas conveniencias que nos persuaden su origen divino. Ellos tienen tal eficacia, que su lectura ha hecho germinar en la tierra los sublimes pensamientos y las heroicas virtudes. Teófilo de Antioquía, Justino, Jerónimo, Agustín, los dos Antonios son, por así decirlo, los hijos de las divinas Escrituras. Estos libros divinos han tenido fuerza para nutrir todas las literaturas de los pueblos más gloriosos de veinte siglos acá. La grandiosidad de su plan, su prodigiosa variedad dentro de la unidad más absoluta, la elevación y pureza de su doctrina dogmática y moral, hacen de la Biblia un libro trascendental, con el que no sufren comparación los más famosos libros de los más famosos genios. La misma sublimidad de la elocuencia de muchas de sus páginas, escritas por otra parte en tiempos de decadencia mental y hasta de ignorancia: esta continuidad de quince siglos de escritura, en cada uno de los cuales han aportado su contribución mental sacerdotes y profetas, reyes y pastores, en tiempos de opulencia y de desgracia, en medio de la santidad y de la prevaricación, del desierto de Sinaí a los fastuosos días de Salomón, de la cautividad de Babilonia a la dispersión del pueblo de Dios, sin que se rompa la trama misteriosa que en el fondo de estos misteriosos libros aparece, son fenómenos únicos en la historia de la literatura universal, y cada uno de ellos parece indicar que sólo

el pensamiento de Dios podía triunfar en tal forma, y sólo su divina inspiración podía levantar este monumento, como testigo fiel de la misericordia de Dios para con la humana criatura.

El Santo Evangelio es el punto culminante de esta serie de luminosísimos libros. Y lo es, porque el Evangelio es el libro de Jesucristo, y Jesucristo es la razón de ser de la Escritura. Sin los Evangelios, como sin Jesús, la Biblia no sería más que un enigma indescifrable: con los Evangelios, la Escritura es el sol de la humanidad, que la vivifica con el calor de la paternidad de Dios y alumbra sus caminos con los inefables resplandores de su Verbo. El Evangelio es, hasta cierto punto, toda la revelación de Dios, porque es el meollo de ella y porque es la revelación definitiva de las opacidades y misterios de las viejas Escrituras: "El Nuevo Testamento estaba velado en el Viejo: el Viejo queda revelado en el Nuevo", dice San Agustín (1).

4. CONSECUENCIAS DE LA INSPIRACIÓN: APLICACIÓN A LOS EVANGELIOS. — a) *Divinidad de las Escrituras.* — Como la palabra del hombre es palabra humana, la de Dios es divina; y las Escrituras son la palabra de Dios. Son palabras de Dios porque han sido escritas "dictándolas el Espíritu Santo", dice León XIII en la Encíclica *Providentissimus*. Sin tocar la cuestión, tan debatida entre los teólogos, de la extensión de la inspiración a las palabras o sólo a los conceptos de la Biblia, es un hecho que el pensamiento de Dios, en la misma disposición, forma y matiz que Él quiso, está expresado en la Escritura, por la eficacia de una acción divina, en un todo semejante, aunque de un orden superior, a la acción de un escritor humano que imprime en la escritura su pensamiento y que le constituye "autor" del escrito. Dios es el único autor principal de las Escrituras.

Bajo este aspecto, los Evangelios ofrecen una nota característica: gran parte de sus palabras son divinas por otro concepto a más de la inspiración; porque ellos nos refieren

(1) S. AUGUST.: *Serm.*, 160.

la misma palabra de Jesús, que es Dios. El discurso de la Montaña, que contiene en esbozo el futuro reino de Dios, las parábolas, las increpaciones y diálogos de Jesús habidos en sus choques con sus enemigos, los capitales discursos que tuvo con Nicodemos y la Samaritana, el gran discurso del pan de la vida en la sinagoga de Cafarnaum, los exquisitos razonamientos de la última Cena, las palabras de la Cruz, son "palabras de Dios escritas por el mismo Dios".

b) *Su infalibilidad o inerrancia.* — Es natural consecuencia de su divinidad. Dios es la suma verdad y la veracidad infinita: los errores que las Escrituras contuviesen le serían imputables por falta de ciencia o por voluntad de engañarnos, lo que es impiísima blasfemia. Si en las Escrituras divinas cupiese un mínimo error, toda ella sería sospechosa; dice San Agustín: "Una vez admitida en tan alta cumbre de autoridad una sola mentira oficiosa, no quedará una sola partícula de estos Libros a la que no se aplique, según el parecer de cada cual, siempre que se trate de cosas difíciles en orden a las costumbres o a la fe, la perniciosísima regla de la posibilidad de yerros por parte de sus autores" (1).

Todo esto ha de entenderse, claro está, de los autógrafos de las Sagradas Escrituras y de los apógrafos y versiones en cuanto concuerdan con aquéllos. Y hasta tal punto ha de admitirse esta inerrancia, que no es lícito afirmar que el escritor sagrado, si bien bajo la inspiración del Espíritu Santo no enseña error alguno, pueda, no obstante, expresar su humano sentir que implique error o engaño (2).

c) *Su autoridad en materia de fe.* — Todos los textos auténticos de los santos Libros son objeto de fe: esencialmente, si pertenecen a la substancia de nuestra fe, como los misterios de la divinidad de Jesús, de la Encarnación, etc.; secundariamente, si no pertenecen a las cosas necesarias de la fe, como son muchas historias.

Es capitalísima la importancia de los Evangelios bajo este aspecto, porque en ninguna parte como en ellos es más

(1) S. AUGUST.: *Epist.*, 28, n. 3. — (2) COM. PONT. "De Re Biblica", 19 junio 1915.

copiosa, más clara y fundamental la expresión de las verdades de nuestra fe: contienen ellos la suma de la revelación cristiana en el orden dogmático y moral.

d) *Su santidad*. — La palabra de Dios es santa, porque es la expresión de su verdad y bondad. La palabra es como una prolongación de quien habla: es como un vínculo con que el que la profiere áta a sí a quien la oye. Por ello es santa la Escritura, por razón de Dios que por ella habla. "Creo en el Espíritu Santo, que habló por los Profetas", decimos en el Credo; por razón de su contenido, que es la expresión de la verdad y del amor, lo que podríamos llamar, con la misma Escritura, la "santidad de la verdad" (Eph. 4, 24); por razón del fin, que no puede ser otro que la santificación de los hombres por la revelación de la verdad: "Santificalos en la verdad" (Ioh. 17, 17).

De aquí la singular reverencia con que trató siempre la Iglesia las divinas Escrituras, especialmente los Santos Evangelios. Éstos vienen representados en antiquísimos objetos del culto. En las Basílicas y otros monumentos se hallan los Evangelios representados bajo la figura de cuatro ríos que salen de la roca viva, sobre la cual aparece la Cruz, el Cordero, o la misma imagen del Salvador. En los Concilios de Nicea y Éfeso, el Santo Evangelio ocupaba un trono que era el asiento más distinguido de la asamblea. Ya de antiguo los fieles acostumbráronse a jurar "por los santos Evangelios de Dios". Su lectura se hace estando la asamblea en pie, descubierta siempre la cabeza, incluso los jerarcas. En las misas solemnes la procesión del Evangelio es el episodio litúrgico más importante, después de la elevación del Cuerpo del Señor. El Evangelio ha sido el tema principal de la predicación sagrada, desde los tiempos apostólicos.

CAPÍTULO III

Autoridad eclesiástica de los Evangelios

I. OBJETO DE ESTE CAPÍTULO. — Los Evangelios, como toda la Escritura, son divinamente inspirados: ello les da la autoridad divina que corresponde a unos libros escritos por el mismo Dios. Pero el hecho de la inspiración es oculto: se realiza, de una manera invisible y misteriosa, en el impenetrable secreto de las facultades anímicas del escritor sagrado. Aun éste puede ignorar el fenómeno sobrenatural que dentro de sí mismo se realiza. Pero hasta en la hipótesis de que el autor de un libro inspirado tenga conciencia del hecho de la inspiración, no venimos obligados, por su solo testimonio, a creer que le haya Dios favorecido con este carisma. Lo contrario sería abrir la puerta, para que entraran en el sagrado campo de la verdad divina, a todos los desvaríos del iluminismo personal.

Es, pues, preciso un criterio para distinguir los libros divinos de los que no lo son. Si no lo tuviéramos, inútilmente hubiese hecho Dios con nosotros la gran misericordia de darnos escrita su palabra: no sabríamos dónde hallarla, o correría el peligro de ser suplantada por la palabra de un fanático o falsario.

Diremos sumariamente en este capítulo por dónde conocemos los libros divinamente inspirados: o, lo que es lo mismo, cómo unos libros "ontológicamente" divinos, pero que no llevan siempre en sí mismos la marca de su divinidad, logran estado público, oficial, "jurídico", de su carácter divino.

2. TRADICIÓN Y ESCRITURA. — Un concepto de estos dos grandes y fundamentales elementos de nuestra religión y de nuestra fe nos permitirá comprender cómo se nos ha podido imponer la aceptación del hecho de la inspiración divina de los sagrados Libros que vienen hoy comprendidos en la denominación general de Biblia o Escritura divina.

Tradición, en su sentido general y objetivo, es el conjunto de todas las verdades de la divina revelación: Dios, por los Profetas y Apóstoles, y especialmente por su Hijo, Jesucristo, manifestó a los hombres un cúmulo de verdades que forman la totalidad del cuerpo de doctrina, de orden especulativo y práctico, que es el objeto de la fe para quienes quieran salvarse, es decir, verle un día cara a cara. Así considerada la tradición, abarca también las divinas Escrituras. Dios entregó a su Iglesia en depósito "toda su palabra", la que quiso manifestar a los hombres; y esta palabra está contenida en los libros escritos del Viejo y Nuevo Testamento y, "fuera de lo escrito, en las Tradiciones", dice el Concilio de Trento. Por ello hablan a veces los Padres de la Tradición "escrita" y "no escrita": y Clemente de Alejandría llama a la interpretación tradicional de la Escritura "la Tradición no escrita de la Tradición escrita" (1).

Pero la Tradición, en cuanto se contrapone a la Escritura, es un medio distinto de propagación y conservación de la doctrina cristiana; y, en cuanto a su objeto, que son las verdades en ella contenidas, pueden ser otras que las contenidas en los Libros sagrados, aunque unas mismas verdades pueden hallarse contenidas en el depósito de la Tradición y en el de la Escritura simultáneamente.

No sólo es la Tradición un medio distinto de las Escrituras, si se consideran ambas como órgano parcial de la transmisión de la palabra de Dios de una a otra generación, sino que bajo cierto aspecto la Tradición lleva ventaja sobre la misma Escritura divina.

Porque Jesucristo fundó su Iglesia, no sobre un código escrito, sino sobre un magisterio vivo y personal, de carácter

(1) Cfr. FRANZELIN: *De divina Traditione et Scriptura*, Thesis I.

perpetuo, cuya forma de sucesión señaló, para que, bajo la asistencia carismática del Espíritu Santo, fuese el legítimo custodio e intérprete de la totalidad de la doctrina que le dió en depósito. El magisterio eclesiástico es, pues, el representante jurídico de Jesucristo en la definición de lo que sea palabra de Dios, tomándola en el sentido de la totalidad de la revelación. Magisterio que puede manifestarse en forma de consentimiento universal de toda la Iglesia o en la más solemne de una declaración conciliar o pontificia. Magisterio que es regla inmediata de fe para todos los que pertenezcan a este organismo religioso, universal y perpetuo, que llamamos la santa Iglesia Católica.

Las Escrituras aparecerán, por decirlo así, en el seno de la Tradición; y deberán someterse a su examen y contraste, para ser aceptados o rechazados, todos los libros que aspiren a ser tenidos como Escrituras de Dios.

No se hace con ello injuria a Dios inspirador. El mismo Espíritu Santo que inspira los divinos libros es el que, por promesa de Cristo, está con los Apóstoles y con sus sucesores hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 18-20), para la custodia e interpretación de toda la verdad que a los hombres, en toda la sucesión de los tiempos, habrá revelado el "Espíritu de verdad". Y este Espíritu divino no ha querido manifestarnos cuál sea su palabra escrita, ni por un catálogo de libros que Él mismo hubiese dispuesto, con garantías bastantes de credibilidad, ni por la misión personal de los escritores que utilizara como instrumentos, ni por manifestación personal hecha por el mismo Espíritu a los lectores de los divinos Libros, sino por el magisterio vivo, por Él mismo instituido en ambos Testamentos, que diese testimonio del hecho de la inspiración para cada libro particular de las Escrituras divinas.

Es, pues, la Tradición, como nota Billot, tomada en el sentido de magisterio vivo y actuante, regla inmediata de fe, anterior y superior a la Escritura: anterior en orden cronológico, porque ya desde los comienzos del mundo hubo alguna regla, cuando aun no existían las Escrituras, según la cual conformaban su fe los santos hombres de Dios: anterior asi-

mismo en orden de conocimientos, porque la existencia de la Tradición se demuestra como regla de fe por los mismos argumentos con que se demuestra la institución y constitución de la Iglesia; no así la de las Escrituras, posteriores a la misma institución y que pudiesen no haber existido sin menoscabo de la esencia de la Iglesia. Superior, por fin, la Tradición a la Escritura, en orden a la comprensión o volumen de verdades, ya porque la misma Escritura apela a la Tradición como fuente de algunos dogmas (1 Cor. 11, 2; 2 Thess. 2, 14; 2 Tim. 1, 13; 3 Joh. v. 13); ya porque la aparición circunstancial y contingente de las Escrituras revela que no se propuso Dios en ellas darnos un depósito completo de la revelación, como lo es la Tradición, primitivo, principal y primario instrumento de doctrina fundado por Jesucristo (1).

3. EL CANON BÍBLICO. — En virtud de esta suprema autoridad de magisterio, que es el órgano vivo de la Tradición, la Iglesia ha formado una lista o "regla", que tal significa la palabra *canon*, en la que se indica cuáles son los libros divinamente inspirados.

El canon bíblico, tomado formalmente o en cuanto es función del magisterio de la Iglesia, es esta indicación de todos los libros de la Biblia. Materialmente, es la colección auténtica de los libros inspirados, reconocidos como tales por la Iglesia, y por ella propuestos a los fieles como libros que contienen la regla de fe y costumbres.

Libro "canónico" es el que está incluido en el canon, y equivale a libro divinamente inspirado, reconocido como tal por la Iglesia, infalible en materia de fe y costumbres, y de uso oficial y público en la misma Iglesia.

La "canonicidad" de un libro es el reconocimiento oficial de su inspiración por la Iglesia al incluirlo en el canon.

No entra en este sencillo esbozo la descripción de la historia del canon. Sólo nos hemos propuesto dar el debido relieve a esta altísima función de la Iglesia, que nos indica, en el hecho histórico de la aparición de un libro, si es o no es-

(1) Cfr. BILLOT: *De immutabilitate Traditionis*, 28.

crita por Dios; para derivar de aquí, en orden especialmente a nuestros Santos Evangelios, la suma importancia de su canonicidad. Es la consagración de un libro en la suma autoridad eclesiástica que pueda un libro gozar.

Los Santos Evangelios han tenido, desde los primitivos tiempos de la Iglesia, esta suma autoridad. Escritos los cuatro desde mediados a últimos del siglo I, y en medio de una exuberante vegetación de otros, apócrifos, según acredita San Lucas, bien pronto logran autoridad canónica, pues medio siglo más tarde San Ireneo afirma con la mayor precisión que hay cuatro Evangelios canónicos, que son los actuales, siendo máximo el valor de este testigo por cuanto, oriundo del Asia Menor, discípulo de San Policarpo de Esmirna y Obispo de Lión, en las Galias, es como la voz de las Iglesias de Oriente y Occidente. "Son vanos, ignorantes y atrevidos, dice el Santo, los que desfiguran la belleza del Evangelio y admiten más o menos Evangelios que los enumerados..." (1).

Concuerdan con San Ireneo, Clemente de Alejandría, Tertuliano y el famoso canon de Muratori. Tan vieja es la autoridad canónica de los cuatro Evangelios, que el racionalista Strauss, en su "Vida de Jesús", ha debido decir: "Al final del siglo II de nuestra era, nuestros cuatro Evangelios estaban reconocidos entre los ortodoxos como obra de los Apóstoles y de los discípulos de los Apóstoles, y, en su calidad de documentos auténticos sobre Jesús, habían sido separados de una multitud de producciones análogas."

Porque gozaban de esta suprema autoridad que da a los Libros sagrados el reconocimiento oficial y público de su inspiración, los Santos Evangelios entran en la literatura patristica de la más remota antigüedad como elemento copioso de demostración dogmática y moral, como tema inagotable de predicación cristiana y como poderoso recurso de apologética contra gentiles y herejes. Ellos suministran sus primordiales elementos al arte ingenuo de las catacumbas,

(1) S. IRENEO: *Cont. Haeres.*, 3, 11, 7-9. Cfr. VIGOUROUX: *Les Livres Saints et la critique rationaliste*, t. 5, p. 249 y sigs.

para ser luego el más abundante motivo de inspiración para el arte severo de las basílicas y el más expansivo y universal de las góticas catedrales.

Y, sobre todo, los Evangelios son leídos en las asambleas litúrgicas, en las que se nutre la inteligencia y el corazón del pueblo cristiano con el pan sobresubstancial de la divina doctrina y ejemplos que contienen, juntándose en el sacrificio cristiano, desde los tiempos más remotos, las dos comuniones: la de la palabra y la del Cuerpo del Verbo de Dios hecho hombre.

4. LOS EVANGELIOS EN LA LITURGIA Y PREDICACIÓN. — La santa Liturgia y la predicación, tan íntimamente unidas en las manifestaciones oficiales de la vida cristiana, ya desde los mismos tiempos apostólicos, son los instrumentos que con mayor eficacia han derivado al pueblo los tesoros de la palabra de Dios, contenida en la revelación.

Nacida la Liturgia católica, o mejor, injertada en el viejo tronco de la Sinagoga, recibió de ella no pocas de sus costumbres. El rito cambió esencialmente, porque esencialmente había cambiado el culto, pero en las sinagogas judías fué donde paulatinamente se introdujo la práctica de la religión nueva, que más tarde debía suplantar definitivamente las costumbres litúrgicas de la religión mosaica.

La lectura de los Evangelios no tardó en introducirse en los oficios cristianos antiguos con un carácter oficial, substituyendo, a lo menos en parte, las lecturas del Viejo Testamento; y a la explicación de los Profetas y la Ley por el escriba sucedió la palabra pontifical, santa y grave, que desentrañaba el sentido dogmático y moral de los Santos Evangelios. Ello es prueba inconcusa de la suma autoridad eclesiástica que en los mismos orígenes de la Iglesia gozaron estos libros divinos. En las "Constituciones Apostólicas" se manda al Obispo recién ordenado que después de la lectura de la Ley, Profetas, Epístolas y Hechos, lea los Evangelios, y salude a la asamblea con estas palabras: "Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios Padre y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros."

En la *Peregrinatio Sylviae*, documento que data de fines del siglo IV, sobre el año 386, Eteria, virgen española, describe los divinos oficios tal como se practicaban en la Iglesia de Jerusalén, y en ella se ve claro el lugar preferente que en las mismas tenía la lectura y predicación del Santo Evangelio. Describe Eteria el orden de la vigilia en el oficio dominical, y dice entre otras cosas: "Y entonces, estando de pie el Obispo dentro de las cancelas (de la cripta de la Anástasis o Iglesia de la Resurrección), toma el Evangelio, se acerca a la puerta y lee la Resurrección del Señor: así que comienza a leerla, es tal rugido y mugido de los hombres y tanto el llanto, que el más durísimo tiene que moverse a lágrimas, (al pensar) que tantas cosas hubo de sufrir el Señor por nosotros." En la misa que seguía después también se predicaba el Evangelio por los presbíteros primero y a continuación por el Obispo "para que el pueblo fuera instruido en las Escrituras y en el amor de Dios". También en los demás días y festividades se leía y predicaba el Evangelio apropiado. Véase lo que dice a propósito de la fiesta de la Presentación que se celebraba en Jerusalén el 14 de febrero: "En tal día, dice, se celebra una solemne fiesta en el Anástasis y se celebran los oficios con la misma solemnidad que en la Pascua. Predican también todos los presbíteros y luego el Obispo (hablando) siempre de aquel lugar del Evangelio que narra cómo a los cuarenta días José y María llevaron al Señor al Templo y le vieron Simeón y la profetisa Ana, hija de Fanuel, y luego de lo que éstos dijeron al ver al Señor y de la oblación que ofrecieron los padres" (1).

En Cesarea, Antioquía, África y Roma se leen los Santos Evangelios en los oficios divinos. San Basilio nos indica las fórmulas y el ceremonial que se observa en su Iglesia para la lectura de los Evangelios en los oficios litúrgicos. San Juan Crisóstomo da a entender que en su Iglesia de Antioquía se había ordenado una tabla de lecturas evangélicas que se ponía a disposición del pueblo: el santo y elocuentísimo Obispo

(1) Versión del profesor Dr. Galindo, de la Universidad de Zaragoza, en su obra "Eteria". Zaragoza (1924), p. 63.

invita a sus oyentes a preparar el pasaje que les explicará en una próxima reunión. En Milán, el día de la traslación de las reliquias de los Santos Gervasio y Protasio, San Ambrosio dice una homilía sobre el ciego de nacimiento, cuyo Evangelio se había leído en los oficios litúrgicos. En Hipona se leen los Evangelios en tiempo de San Agustín. Hablando Tertuliano de la Iglesia Romana, dice que en ella se leen la Ley y los Profetas, con los Evangelios y Cartas de los Apóstoles.

La práctica es universal, en las Iglesias de Oriente y Occidente; y es frequentísimo el hecho de que la homilía sea comentario del Evangelio leído en los oficios litúrgicos. Lo revela el hecho de la homilía de la hemorroisa que predica Orígenes, por mandato del Obispo, después de la lectura del pasaje correspondiente del Evangelio: el célebre exégeta se ve obligado a interrumpirla, embargado de emoción. Lo revelan asimismo las fórmulas, tan frecuentes en San Gregorio y San Agustín: "Como se nos refiere en el Evangelio leído..."; "Esta lección del Santo Evangelio no requiere exposición, pero para que lo sepan los ignorantes y no sea pesado a quienes saben..." San Crisóstomo tiene 90 homilias sobre San Mateo y 88 sobre San Juan. De San Agustín nos quedan sus 124 tratados sobre el Evangelio de San Juan, a más de otras homilias sobre otros Evangelios.

En todas partes los Santos Evangelios no sólo se equiparan en las lecturas litúrgicas a los otros libros canónicos, sino que vienen a ser el tema primordial y más copioso de las instrucciones de los pastores.

Cuanto al ceremonial, ninguna lectura lo tiene tan solemne como la de los Evangelios: son honores verdaderamente divinos los que se tributan al libro que los contiene y a su lectura. Luces y perfumes cuyo olor se difunde por toda la basílica, lágrimas y gemidos del auditorio, acompañan la lectura del Evangelio en Jerusalén, en los tiempos en que la visitó Eteria. En la liturgia alejandrina, se levantan todos los asistentes menos el Obispo, mientras el arcediano lee el Evangelio. Los cristianos etíopes rezan el Trisagio antes de

su lectura, terminada la cual el santo Libro es besado por todos los asistentes.

El ceremonial que aun hoy observamos en la lectura del Evangelio es de humildad profunda por parte de quien tiene el honor de leerlo: la súplica y la bendición del diácono antes de la lectura son de una delicadeza exquisita en orden a expresar su humillación antes de tomar en sus labios la palabra evangélica. Por parte de la asamblea, es de religioso respeto: la señal de la Cruz, la situación en pie, la orientación hacia el lector, revelan las disposiciones del alma que oye la misma palabra de Jesús. Para el libro y el Evangelio que contiene, la más alta glorificación: se le coloca sobre la mesa del altar, se le inciensa y acompaña con luminarias, se le besa: el pueblo recibe su anuncio con el *Gloria tibi, Domine*, y alaba a Cristo cuando se ha terminado la lectura: *Laus tibi, Christe*.

La historia de los "Evangelarios", de los cuales se conservan aún más de mil diferentes; la contribución de las pequeñas artes a la decoración de estos libros, algunos de ellos de alto valor histórico y artístico, y esta otra literatura copiosísima que se ha formado alrededor de los Evangelarios y de las perícopes del Misal Romano, desde los "Homiliarios" de Carlomagno, hasta los actuales manuales de predicación acomodada a la liturgia del Misal, son otra prueba interesantísima de la alta estima en que la Iglesia y el pueblo fiel han tenido estos divinos libros, verdadera glosa secular de su divina inspiración y canonicidad (1).

5. LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS. — "Apócrifo", en el lenguaje bíblico, equivale a "no canónico", pudiendo decirse que libros apócrifos son aquellos que, ya por su título, o por el nombre de su autor, o del argumento que desarrollan, podrían computarse entre los libros divinos, y tal vez como tales han sido propuestos algún tiempo; con todo, la Iglesia, ya por no constar el hecho de su inspiración, ya porque contienen algún error, los ha rechazado siempre de su canon.

Hay libros apócrifos correspondientes a ambos Testa-

(1) Cfr. BAUDOT: *Les Évangélistes*.

mentos: cuéntanse por algunos 115 libros apócrifos del Antiguo Testamento y 99 del Nuevo, entre ellos 47 sobre el Evangelio. La mayor parte de ellos se han perdido.

He aquí los principales:

Evangelio según los Hebreos. Parece ser una ampliación aramaica del Evangelio de San Mateo. San Jerónimo lo tradujo el año 390 al griego y al latín, y atestigua que muchos lo tenían por el Evangelio auténtico de San Mateo. Harnack opina que fué escrito en el siglo I, del año 60 al 100.

Evangelio de Pedro. Se resiente de docetismo y parecé escrito a mediados del siglo II, según Harnack del 110 al 130, en las Iglesias griegas de Siria. Tal vez para su redacción el autor usó los cuatro Evangelios canónicos.

Evangelio según los Egipcios. Escrito a mediados del siglo II. Muchos heresiarcas (Encratitas, Valentinianos, Sabelianos, etc.) abusaron de él para confirmar sus errores. Orígenes lo enumera entre los Evangelios heréticos. Por eso lo que dice Harnack, que fué recibido por todas las Iglesias étnicocristianas del Egipto, es falso.

Evangelio de los doce Apóstoles. Escrito también, según parece, a mediados del siglo II, depende, como ya notó San Epifanio, del Evangelio de San Mateo y está salpicado de errores de la secta ebionita de los Elcasaitas, por lo que se le llama también Evangelio de los Ebionitas.

El Protoevangelio de Santiago, que en 24 capítulos narra la historia de la infancia del divino Salvador, desde la nati- vidad de la Santísima Virgen hasta la matanza de los Inocentes por Herodes. Es escrito ortodoxo, si bien no faltan en él algunas inconveniencias, por ejemplo, el modo cómo se prueba la inviolada virginidad de la Madre de Dios. Parece haber sido escrito por la misma época, a mediados del si- glo II, pues es probable que usaron ya de él San Justino y Clemente Alejandrino. No debe confundirse con otro Evan- gelio que depende de él y que también narra los hechos de la infancia, desde la natividad de la Virgen, escrito muy posteriormente.

Por esta misma época, hasta el siglo V y VI, aparecieron numerosísimos Evangelios apócrifos. De muchos de ellos nada

se conserva: el Evangelio de Tomás, de Felipe, de Matías, según Bartolomé, de la Infancia del Salvador, Historia de José el Carpintero, del Sueño y Tránsito de la Santísima Vir- gen María. En el decreto llamado Gelasiano se hace mención, entre otros, del Evangelio de Eva, de Judas Iscariote, de Bernabé, de Gamaliel, etc.

Tiene su explicación natural la aparición de los apócrifos, especialmente los Evangelios. La atmósfera en que el pueblo cristiano vivía en los dos primeros siglos estaba saturada del vivo recuerdo de los prodigios de la vida de Jesús: la curiosidad natural acuciaba la imaginación popular para llenar los vacíos que la tradición y los mismos Evangelios canónicos habían dejado en algunas épocas, especialmente la infancia, y algunos episodios de los hechos prodigiosos autén- ticos ocurridos en la vida del Salvador: de aquí la invención de hechos totalmente nuevos o la mixtificación de los his- tóricos.

A esta curiosidad malsana, que fué la causa de la falsi- ficación de la historia de Jesús en estas narraciones apócri- fas, hay que añadir la malicia de los primeros herejes — los Gnósticos y Docetas en especial —, que se aprovecharon de esta literatura espuria para entremezclar con los hechos más o menos fabulosos sus errores, cubriendo la mercancía con el nombre de los Apóstoles u otros personajes venerables para facilitar su difusión entre el pueblo crédulo.

Una sencilla comparación de los Evangelios canónicos con los apócrifos es la mejor demostración de la inferioridad de éstos: los mismos racionalistas han debido reconocerlo. Con todo, en algunas Iglesias de los primeros tiempos figu- raron en el canon al lado de los auténticos, bien que jamás, en teoría, se les admitió entre los libros divinamente inspira- dos. Si un Padre o una Iglesia particular pudieron titubear en este punto, la Iglesia universal no los admitió nunca, y fueron paulatinamente eliminados de la literatura propia- mente eclesiástica, cuanto más de la lista de los libros canó- nicos.

Aunque pueda su lectura reportar alguna utilidad, por-

que pudieron ser ellos el receptáculo de tradiciones legítimas relativas a la vida de Jesús no recogidas en el Tetramorfo, y en cuanto son a veces la expresión de la fe del pueblo cristiano en aquellos remotos tiempos, y algunos de ellos puntualizan detalles sobre usos y opiniones del pueblo judío en los comienzos de la era cristiana, debe procederse en su lectura con la cautela que recomendaba San Jerónimo a Leta. "Requiere gran prudencia buscar el oro en el lodazal." En algunos lugares tuvo la autoridad que prohibir en absoluto su lectura.

En verdad que nada gana en ella, antes mucho pierde, el concepto que de la persona e historia de Jesús nos dan los Evangelios canónicos. "En estos escritos, dice Fillion (1), el carácter del Niño Dios nada tiene de la gracia y sencillez que conquistan todos los corazones para el Hijo de María. Todo, o casi todo, es en él artificial, teatral, a veces singularmente raro. Aparece altanero, caprichoso, vengativo. Desobedece a sus padres y responde con insolencia a sus maestros. Los habitantes de Nazaret le temían con razón... San Juan Evangelista dice que el primero de todos los milagros de Jesús fué el de Caná de Galilea, en los comienzos de su vida pública; los evangelios apócrifos le hacen multiplicar los milagros ya en su edad primera. Y ¡qué milagros! No sólo forman ellos un montón de maravillas inútiles, sino que, con frecuencia, son realizados sin ningún fin moral, o, lo que es peor, con un fin egoísta. El lector se siente bien pronto fatigado, más que deslumbrado. Es una exhibición interminable, insensata, chocante a veces, de un poder sobrehumano que no intenta sino excitar la admiración. Así, el Niño Jesús, cuando le toma en sus brazos el viejo Simeón, es luminoso y resplandeciente como una columna de fuego. En su viaje a Egipto, los árboles se inclinan a su paso y los ídolos se derrumban por sí solos. En Nazaret, habiéndosele roto el ánfora al ir a la fuente, trae el agua en su manto. Hace pajillos de barro, y les da vida. A través de todo ello se advina una preocupación dogmática: quería demostrarse que,

(1) *Vie de Jésus*, I, 31.

hasta tierno niño, era Jesús verdadero Hijo de Dios. Análoga intención hace que se refieran otros prodigios para manifestar la virginidad de María y de José."

Al proscribir la Iglesia esta literatura, que tan fácilmente pudo falsear la figura de Jesús y ofrecer a los hombres un modelo — y tal vez unas doctrinas — que hubiese deformado el espíritu cristiano, no sólo dió una prueba de su sagacidad crítica, expurgando de la tradición popular estas superfetaciones de la historia evangélica, sino que demostró que la asistía este instinto divino del Espíritu Santo, en virtud del cual supo señalar, en medio de las vicisitudes y fluctuaciones de tiempos, hombres y doctrinas, los únicos libros que, inspirados por el mismo divino Espíritu, contenían el verdadero Evangelio y esta historia luminosísima de Jesús que, si no con toda intensidad, nos llega, tamizada a través del Tetramorfo, con toda su divina verdad.

6. SENTENCIAS DE JESÚS EXTRAEVANGÉLICAS. — Es indudable que no todas las maravillas que el Divino Salvador obró y dijo fueron consignadas en los Evangelios canónicos. San Juan lo nota expresamente, al menos por lo que a su Evangelio se refiere, al fin del mismo (Ioh. 20, 30; 21, 35). Los sinópticos en diversos lugares insinúan muchas cosas que Jesús dijo e hizo y que ellos callan (Mt. 4, 23; 8, 16; 9, 35; 12, 15, etc.). Muchos de esos dichos y sentencias se conservaron y propagaron de viva voz: la mayor parte se perdieron en el olvido, pero otros se han conservado en los libros del Nuevo Testamento, en algunos códices antiquísimos de la Sagrada Escritura, en los documentos de papiro que en estos últimos tiempos se han encontrado, principalmente en Egipto, en los escritos de los Padres y escritores antiquísimos, en los apócrifos del Nuevo Testamento y en los del Antiguo retractados por cristianos.

A esos dichos o sentencias se ha dado en llamar *agrafa*, "no escritos", o *logia*. Las más preciosas, que llevan la garantía de la divina inspiración, son las consignadas en los libros del N. T.: la que San Pablo, en su sermón en Mileto a los presbíteros de Éfeso, nos recuerda (Act. 20, 35); los

últimos mandatos de Jesús antes de su ascensión, que San Lucas consigna en Act. I, 48; las palabras que San Pablo trae en I Cor. II, 25: "Siempre que bebáis haced esto en mi memoria." Respecto a las otras *agrafa* o *loguia*, conviene andar con cautela, antes de aceptarlas como auténticas de Jesús, pues también aquí, como en las narraciones de los apócrifos, anda el oro mezclado con el lodo.

El ilustre profesor de la Universidad de Madrid doctor don Miguel Asín Palacios, espigando en los escritores árabes, principalmente en los ascetas, ha coleccionado más de doscientas *loguia*, publicadas en *Patrologia Orientalis* (I) con su versión latina y oportunas notas. Es indudable que muchas de ellas no pasan de ser una adulteración de dichos y hechos narrados en nuestros Evangelios canónicos; otras parecen depender de la literatura apócrifa; pero quedan algunas que bien pudieran ser eco de sentencias o hechos extraevangélicos y que, por tanto, nos suministrarían elementos valiosos para la determinación de nuevas *loguia*. No obstante, el profesor Torrey, en la revista *The American Journal of Theology* y el P. Power, en *Biblica*, niegan rotundamente la autenticidad de esas *loguia* y consiguientemente afirman que el trabajo del doctor Asín Palacios puede ser útil en orden a aumentar el catálogo de *loguia*. Les contestó el docto profesor español en *Revue Biblique*, número de enero de 1927, defendiendo la utilidad de sus investigaciones a este fin.

(1) ASÍN PALACIOS: *Loguia et agrapha Domini Jesu apud moslemicos scriptores, asceticos praesertim, usitata* (1926).

CAPÍTULO IV

Autoridad humana de los Evangelios

I. NECESIDAD DE VINDICARLA. — En la Encíclica *Providentissimus* recomendaba León XIII la necesidad de vindicar la autoridad humana de las Sagradas Escrituras con estas palabras gravísimas: "Como quiera que el divino e inefable magisterio de la Iglesia se funda también en la autoridad de la Sagrada Escritura, debe antes que todo afirmarse y vindicarse la autoridad a lo menos humana de la misma, con cuyos libros, en cuanto son probadísimos testigos de la antigüedad, se demostrará de manera inconcusa la divinidad y misión de Cristo nuestro Señor, la institución de la eclesiástica jerarquía y el primado conferido a Pedro y sus sucesores."

Es, pues, fundamental el estudio de los santos Evangelios desde el punto de vista de su autoridad meramente histórica, prescindiendo de su inspiración divina y de su canonicidad. Sin las garantías de orden puramente humano en pro de la verdad de los Evangelios, faltaría la base de la demostración de su autoridad divina y eclesiástica: porque la Iglesia ofrece como títulos de su origen divino los milagros y profecías, especialmente los que se refieren en nuestras narraciones evangélicas.

Ciertamente nuestra fe tiene suficiente garantía de su credibilidad, y la Iglesia de su divinidad, en la rapidez con que se propagó en medio de un ambiente completamente hostil, en la radical mudanza de costumbres que operó en todo el mundo grecorromano, en su admirable y vivífica santidad, en la constancia de sus mártires, etc.; pero sin la ga-

rantía de orden puramente humano en pro de la verdad de los Evangelios, nos veríamos privados de poderosos argumentos históricos — los únicos que admite cierto sector de adversarios — probativos de la verdad de la misión de Jesucristo, de la institución de su Iglesia, etc., argumentos suministrados por muchos milagros y profecías cumplidas como se refieren en nuestras narraciones evangélicas.

Además, si bien la historicidad de un libro no se destruye porque en él haya pequeños errores respecto a algunos puntos accidentales (si así no fuera no subsistiría historia alguna humana), no obstante, admitida, como no puede menos de admitirse, la divina inspiración de los Evangelios, si se llegara en el simple orden de la historia a convencer de falsedad, en un punto cualquiera, a nuestros libros, éstos, lejos de ser piedra firme en que se asentara la divinidad de la Iglesia, sería formidable ariete que la arruinaría; y parecería también el concepto de la divinidad de los mismos Evangelios, por haber sido sorprendidos en flagrante delito de falsedad.

En este respecto los Evangelios deben someterse a las mismas leyes y al mismo método que sigue la crítica para conocer la autoridad histórica de cualquier libro, de Homero, de Horacio, de Suetonio. ¿Son los Evangelios auténticos, incorruptos, veraces? Entonces tenemos en ellos una garantía de la verdad de los hechos sobrenaturales que contienen: y en estos hechos tenemos a su vez una prenda de la divinidad de Jesucristo y su Iglesia. Es lo que vamos a demostrar sucintamente, poniendo como base esta triple afirmación: Los Santos Evangelios son libros auténticos, íntegros, dignos de crédito.

2. AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS. — La autenticidad de un libro dice relación a su autor, como de efecto a causa. Decir que los Evangelios son auténticos es afirmar que fueron escritos por los autores cuyos nombres llevan: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. Dejamos aquí la cuestión de la identidad, o falta de ella, entre los nombres y la persona de los autores: un libro puede absolutamente ser auténtico si per-

tenece a la época en que se fija su aparición, aunque haya el autor tomado un nombre supuesto, como lo hacían a veces los antiguos para conciliar al libro mayor autoridad, siempre que no hubiese sido fraudulenta la suposición. El "Quijote" de Avellaneda no es auténtico, aunque es de su época, porque es una suplantación fraudulenta del nombre de Cervantes. En cambio, el libro de la Sabiduría se dice de Salomón, y "los más doctos no dudan que no es de él", dice San Agustín.

Para nosotros, aun desde el punto de vista de la crítica, después de los Decretos de la Comisión Bíblica de 29 de mayo de 1907, de 19 de junio de 1911 y de 26 de junio de 1912, en los que se afirma rotundamente la genuinidad de los cuatro Evangelios y se añade, en cuanto al cuarto, que los argumentos de la crítica no debilitan los múltiples argumentos de tradición que atribuyen al apóstol Juan y no a otro su redacción, no puede haber lugar a duda sobre este punto.

Y en verdad que son convincentes los argumentos de orden externo, que suministra la historia, como los que derivan de la crítica interna de los mismos Evangelios.

Los primeros son los más concluyentes: la aparición de un libro y su adjudicación a un autor determinado son hechos históricos, cuya mejor prueba es la historia misma. Y ésta da en favor de la autenticidad de los Evangelios un testimonio irrefragable.

"Hacia el año 200, una convicción universalmente establecida en toda la Iglesia y tan firme y segura de sí misma que no se teme oponerla como un hecho incontestable a los herejes que adulteran la fe, proclama la existencia de los cuatro Evangelios canónicos, y cita como autores suyos: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. ¿Representantes de esta tradición? En Asia es Papias, Obispo de Hierápolis, hacia el año 130; en Siria, Taciano, que hacia el año 170 compone su "Armonía Evangélica" o *Diatessaron*; en Egipto, Clemente de Alejandría, quien entre 190 y 208 escribe sus *Stromata* y sus *Hipotyposes*; en el África septentrional es Tertuliano, de Cartago, quien diserta contra los herejes entre 190 y 220; en la Galia es Ireneo, el gran Obispo de Lión, que publica

entre 177 y 189 su "Tratado contra las Herejías"; en Roma, por fin, es el Canon de Muratori, que ofrece la lista oficial de las Escrituras, hacia los años 175-190" (1). Es moralmente imposible que toda la Iglesia se engañara en cosa tan capital como es ésta; y lo es históricamente, porque en el siglo II había no pocos discípulos que trataron con los Apóstoles, y las mismas Iglesias, por ellos fundadas, hubiesen rectificado el error.

Confirman el argumento tradicional los hechos siguientes:

Los herejes — Marcionitas, Valentinianos, Encratitas, etcétera — amparan siempre sus errores en la autoridad apostólica de los Evangelios; y, constreñidos por los escritores católicos, jamás apelan, para eludir la fuerza de sus argumentos, a la negación de su autenticidad.

Los mismos paganos hacen honor a nuestros Evangelios en este punto. Uno de ellos, Celso, habla de los Evangelios como de libros escritos por los "discípulos de Jesús", y echa en cara a los cristianos el que, según él, los hayan falsificado.

Los Padres apostólicos aluden con frecuencia a nuestros Evangelios; y la alusión supone su conocimiento difundido entre el pueblo que leía sus escritos.

A estos copiosos testimonios externos de la autenticidad de los Evangelios hay que añadir los argumentos que aporta la crítica interna de los mismos libros.

Hay, en primer lugar, la adaptación minuciosísima del texto del Evangelio a la geografía, usos y costumbres, monumentos, instituciones religiosas y políticas, personajes y acontecimientos de la época correspondiente a los hechos narrados. Los Evangelios son un libro trascendental en el orden de doctrina y de los hechos sobrenaturales en ellos descritos: pero ningún libro es más humano que los Evangelios, en cuanto son un conjunto de narraciones anecdóticas, de escenas complejas, de situaciones a veces inverosímiles, con la descripción circunstanciada de los más diversos episodios. Milagros, fiestas populares, banquetes, costumbres

(1) E. VALVEKENS: *Foi et raison*, 283.

raras, doctrinas de las sectas judías, medidas y monedas, arquitectura del país, faenas del mar y del campo, ciudades y poblados, llanuras y montañas, todo desfila, a su turno, ante los ojos del lector, sin que las exigencias más refinadas de la geografía, arqueología e historia hayan podido hallar un detalle narrativo disconforme con la realidad: sin que jamás se haya hallado a los Evangelistas en oposición con los autores profanos que se ocupan de las cosas del pueblo judío contemporáneo de los Evangelios: Flavio Josefo, Filón, Tácito, Suetonio, etc.

Emplean los Evangelistas la lengua griega para sus narraciones, excepto Mt., que escribe en arameo su Evangelio: escritores ingenuos, iliteratos, excepto Lc., que en su calidad de médico sabe más de literatura griega y del arte de componer un libro, dejan todos ellos entrever su origen judío. Su estilo, dice Lamy, tiene un color aramaizante, copioso en vocablos, locuciones, metáforas y estructuras derivadas de la índole de la lengua hebrea, cuales podían usarlas unos judíos que escribían en griego.

La misma manera de narrar es la característica de los testigos oculares y que no se preocupan más que de la fiel descripción de los hechos. Podríamos decir que los Evangelios están escritos sin más pasión que la de la verdad. Los hechos más estupendos, las conmociones populares, la exposición de doctrinas peregrinas, nunca oídas, la conducta, noble o villana, de los personajes que intervienen en la historia, nada de ello arranca de estos escritores un comentario apasionado, una reflexión de carácter religioso o político, un aplauso o anatema, una imprecación o un apóstrofe. Los Evangelistas no enjuician: sólo se proponen vaciar en sus escritos lo que vieron y palparon, o, tratándose de Marcos y Lucas, lo que les refirieron "los que desde el principio vieron las cosas ocurridas, por sus ojos, y fueron ministros de la palabra" (Lc. 1, 2).

Comparando este carácter de "historicidad" de nuestros Evangelios con la fisonomía de los apócrifos, el mismo Renan ha tenido que escribir de éstos: "Los autores de los Evangelios apócrifos dicen poco nuevo: imitan y exageran: añaa-

den lo que habría podido suceder, lo que les parece verosímil... Cuanto al detalle, es imposible concebir nada más mezquino, más miserable. Es la molesta palabrería de una vieja comadre, el tono bajamente familiar de una literatura de amas y nodrizas... El Jesús verdadero les espanta y rebasa" (1).

3. SU INTEGRIDAD. — Es íntegro un libro cuando no ha sido adulterado o corrompido, con añadidos, subtracciones o mutaciones notables del texto. Tales son nuestros Evangelios, cuya concordancia con los originales es tal, en el orden doctrinal e histórico, que pueden decirse substancialmente conformes con los autógrafos. Y decimos substancialmente, no para significar que de los primitivos Evangelios queda tan sólo la substancia o esqueleto, el mismo plan e idénticas líneas generales, la misma doctrina y los mismos hechos; sino, salvando pequeños detalles que no afectan a la integridad total de la narración, nuestros Evangelios de hoy son, literariamente, los mismos Evangelios que escribieron sus autores. Es decir, que nos dan la misma fisonomía de Jesús, los mismos detalles doctrinales e históricos, en el mismo orden y formas de decir.

No obstan a este concepto de la integridad las incontables variantes de los códices en que se hallan reproducidos los Evangelios. En todo el Nuevo Testamento se cuentan unas *doscientas mil* variantes: más que palabras hay en él. Pero si se tiene en cuenta que muchas de ellas se refieren a una misma palabra y que la inmensa mayoría no afecta al sentido, consistiendo únicamente en faltas gramaticales, substitución de palabras sinónimas y cambio de orden, fruto del descuido de los copistas, se llega fácilmente a estas dos conclusiones: 1.ª Que existe admirable concordancia entre la infinidad de códices en cuanto a la inmensamente mayor parte del texto; los editores ingleses Westcott y Hort, de ocho partes del Nuevo Testamento admiten siete como indudables. 2.ª Quitadas las variantes gramaticales apenas quedan doscien-

(1) RENAN: *L'Eglise chrétienne*, 505.

tas que afecten al sentido y de éstas solamente quince tienen alguna importancia, aunque por su adición o subtracción ni se añade ni se quita verdad alguna dogmática de nuestra fe, quedando en cualquier hipótesis intacto el depósito de la revelación. De las quince variantes indicadas, afectan a los Evangelios las siguientes: Mc. 1, 1; 16, 9-20; Lc. 22, 19.20. 43-44; Ioh. 5, 3-4; 7, 53; 8, 11. La controversia se ha agitado en torno de estos pasajes, habiéndose aducido de una y otra parte los argumentos críticos favorables y desfavorables a la autenticidad de los mismos. El triunfo, podemos decirlo sin temor de ser desmentidos, ha sido de la autenticidad. Todos y cada uno de los lugares citados pertenecen críticamente a sus respectivos Evangelios. Desde luego, después de los Decretos de la Comisión Bíblica, es incuestionable para los católicos la autenticidad de la final de San Marcos (16, 9-20) y de la aparición del ángel en la piscina (Ioh. 5, 3-4).

Causaron el sinnúmero de variantes la ignorancia o la negligencia de los amanuenses, a través de tantos siglos de transcripciones y copias. Pocas menos hubiesen tal vez caído utilizando para las reproducciones, durante diez y nueve siglos, nuestro arte de imprimir.

Fuera de ello, la integridad de nuestros Evangelios está fuera de duda. Los que la niegan, debieran probar la corrupción del texto: nosotros estamos en posesión de esta convicción y del hecho en que se funda, por una prescripción casi dos veces milenaria.

A más, la corrupción de los Evangelios se hubiese consumado antes del año 200 de nuestra era, ya que el texto de las versiones correspondientes a esta época es el mismo que nuestro texto actual: pero antes del siglo II no era posible la adulteración. ¿Quién se hubiese atrevido a tocar estos libros, reputados divinos, viviendo los testigos de los hechos o sus inmediatos sucesores? ¿Hubiesen sido los cristianos? Pero la historia nos dice que el más sencillo retoque levantaba en el pueblo tremenda indignación. El mismo San Jerónimo, al recibir de San Dámaso la orden de traducir las Escrituras, teme hacerlo, porque le espanta se le tome como

un falsario. ¿Serían los herejes? El celo de los cristianos les hubiese echado en cara la falsificación.

Obstaban asimismo a cualquier atentado contra la integridad las numerosísimas copias de los Evangelios, de las que se calcula había ya 30.000 al comenzar el siglo II: cada una de ellas tenía su custodio, fidelísimo, porque tenía la convicción de tener consigo la verdadera palabra de Dios.

Ni era posible falsificar el texto de los Evangelios sin hacer lo mismo con las obras de los Santos Padres antiguos que de ellos se valieron en sus escritos, cuyas citas evangélicas concuerdan con nuestro texto actual.

Si los textos evangélicos hubiesen sido adulterados, llevarían los actuales el estigma de la falsificación: y nada la delata; ni disonancia de estilo, ni lagunas, ni postizos. ¿Cómo, por fin, se explicaría esta admirable concordancia de nuestros Evangelios con los textos de tantas versiones como de ellos se hicieron a través de los siglos, algunas de las cuales, como la siríaca y la itala, datan tal vez del siglo primero?

4. SU VERACIDAD. — Aun siendo los Evangelios la obra de los evangelistas a quienes se adjudican, y hasta en la hipótesis que hubiesen llegado incorruptos hasta nosotros, podría claudicar la autoridad histórica o humana de estos libros si sus autores no hubiesen sido dignos de crédito, por ignorantes o falsarios. Quien ignora la historia no puede escribirla: quien conoce los hechos que narra, pero sea por fanatismo o exaltación, por preocupaciones de orden político o religioso, los adultera; o puede encubrir una ficción literaria con el ropaje de la verdadera historia; o, lo que sería peor, es capaz de contar una fábula para engañar a crédulos lectores, no merece fe. Nuestros Evangelistas, ¿sabían la verdad de lo que contaban? ¿Fueron veraces y honrados al escribir sus libros? Ciencia y veracidad son las dos condiciones de todo historiador: nuestros Evangelistas las tuvieron cual ninguno.

Ellos conocieron perfectamente los hechos narrados: no pudieron sufrir engaño. Los hechos narrados en los Evange-

lios son extraordinarios y de orden sensible: por ser extraordinarios, debían llamar la atención de quienes los narraron; por ser sensibles, era imposible se engañaran sobre su naturaleza. Se alega contra esta razón la sencillez e ignorancia de los Evangelistas: pero no se requiere sabiduría para deponer lealmente sobre lo visto y oído.

A este valor de ciencia de un testigo presencial hay que añadir el hecho de que los mismos Evangelistas hayan intervenido personalmente en no pocos de los hechos que narran. Dos de ellos, Mateo y Juan, convivieron con Jesús por espacio de tres años: ambos pueden decir las palabras de este último: "Os anunciamos lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la vida..." Marcos escribe directamente inspirado por Pedro: podríamos decir que el Evangelio de Marcos es el Evangelio de Pedro, desde el punto de vista de la ciencia de los hechos. Lucas es el inteligente compilador, que somete a minuciosa crítica las distintas recensiones del Evangelio, pero que, sobre todo, utiliza el testimonio vivo de "quienes desde el principio vieron las cosas por sus ojos". ¿Cómo podría dudarse de la ciencia de Pedro, inspirador de Marcos, sobre tantos episodios en que intervino; o la de Juan, al describirnos los discursos de Jesús, que oyó de sus propios labios, y las escenas de la pasión a que asistió; o la de Mateo, que después de su vocación es el compañero inseparable de Jesús, el amigo de Jesús, como les llama a sus Apóstoles el divino Redentor?

Se objetará quizás que los Evangelios refieren hechos capitales no conocidos directamente por los Evangelistas: la Encarnación, la Visitación, los misterios de la Santa Infancia y de la adolescencia de Jesús. A lo que responde San Agustín que los Evangelistas pudieron saber de labios del mismo Jesús, o de su Madre y parientes, o por otros cualesquiera fidelísimos testimonios, todos los prodigios obrados por Dios en la vida de Jesús, dignos de memoria (1).

Escriben, además, los Evangelistas, sobre todo los tres primeros, en un ambiente saturado del recuerdo de los hechos y enseñanzas de Jesús. Ningún contemporáneo desmintió ni

(1) S. AUGUST.: *De Cons. Evangelist.*, 1, 1.

desautorizó sus narraciones. Puluñaron en gran número las historias apócrifas de Jesús; pero todas se basaban en los verdaderos Evangelios, de los que eran una deformación y arbitrario complemento. Del contraste con los apócrifos se refuerza la veracidad histórica de los verdaderos, como se discierne la falsa moneda al comparársela con la legítima.

De la comparación mutua de los Evangelios resulta asimismo la armonía de su verdad. Son cuatro narraciones de testigos oculares o de oídas, tan acordes, que sólo una mala voluntad, como la de Renan, puede sentar la tesis de su disconformidad. Si en ellos hay lagunas y algunos lugares difíciles de concordar, es una prueba más, de orden humano, de que cada cual depuso con claridad las cosas que sabía. ¿Cómo hubiesen podido escribirse, sin chocar en continuas contradicciones, cuatro historias distintas de unos mismos hechos, ignorados o mal sabidos? ¿No es maravilla que acusa la absoluta historicidad de los hechos y su conocimiento por parte de los Evangelistas el que en las narraciones homogéneas se completen uno al otro, proyectando cada uno su luz especial sobre los hechos narrados? Si la resurrección del Cristo es, en expresión de Volkmar, uno de los hechos más ciertos de la historia del mundo, a pesar de que la narración tetramorfa del capitalísimo hecho ofrece serias dificultades de concordia, ¿qué diremos de los otros hechos, más simples, realizados a la luz del sol, en que la coincidencia y la compenetración llevan a su máximo la veracidad objetiva de los hechos?

Digamos algo de la veracidad subjetiva de los Evangelistas. Éstos no pudieron ni quisieron engañarnos.

No pudieron. Rudos y sencillos como fueron ellos — no tanto como han exagerado los racionalistas—, eran, con todo, incapaces de inventar una figura tan trascendental como Jesús, su doctrina y los hechos de su vida maravillosa. Se necesita ser genio para sostener sin decaimientos el carácter de un personaje a través de los mil episodios de una epopeya: y los Evangelistas, distando mucho del nivel de los genios, describen un Jesús incomparable, trascendental en su vida y en su doctrina: "Jamás, ha dicho Strauss, en ningún tiempo,

será posible elevarse sobre Él, ni concebir otro que le sea igual." "Los Evangelios son, a juicio de Goethe, como un reflejo de la persona de Cristo, reflejo divino de una naturaleza más divina que todo lo que se ha visto jamás sobre la tierra" (1). Por esto pudo decir Rousseau que los Evangelios ofrecen caracteres de verdad tan sorprendentes y extraordinarios, tan inimitables, que el inventor de los mismos sería más portentoso que el mismo héroe.

Ni hubiesen podido engañar por la publicidad de los hechos narrados. Toda una generación de judíos fué testigo de los milagros y predicación de Jesús, hasta el punto de que éstos llegaron a tener lo que se llama estado social: el sermón de la Montaña, la multiplicación de los panes, dos de las tres resurrecciones, las públicas controversias con escribas y fariseos, los episodios de la pasión y muerte: todo fué público. El mismo Jesús arguye en su favor por esta publicidad, ante el Sinedrio que le juzga (loh. 18, 20). ¿Cómo los enemigos de Jesús, el pueblo mismo, no hubiesen deshecho la impostura?

Tampoco quisieron engañar los Evangelistas. Delata su sinceridad el mismo estilo de sus narraciones, sencillas, sobrias, ingenuas, en las que se transparenta la diafanidad del alma de los escritores. La casi total carencia de recursos de emoción y de sugestión; la ausencia de todo dramatismo que no sea el que brota naturalmente de la descripción de los hechos; la simplicidad con que cuentan sus propios defectos y las reprensiones que esto les origina por parte de Jesús, son garantías de sinceridad que no se hallan en ningún historiador. No hay historia más objetiva, más independiente, menos personal que la que los Evangelios narran: si algo se ha vaciado en ella del alma de sus autores es la despreocupación de todo cuanto no tenga un valor "realista". Tratándose de unos libros que han merecido casi veinte siglos de

(1) STRAUSS: *Du passager et du permanent dans le Christianisme*, 127; GOETHE: *Entretien avec Eckermann*, 3, 171, citados por VALVERKENS, obra citada, 297.

comentario y que han preocupado a la mayor parte de los grandes pensadores, es un fenómeno que no tiene igual.

Concuerta el carácter personal de los Evangelistas con el de sus obras. Son probos, integérrimos, identificados con el divino Modelo que traducen en sus libros. No les mueve la ambición ni el deseo de fama: no la hubiesen logrado como escritores, si no hubiesen escrito del Hombre más famoso de los siglos. Se dejan matar por la verdad de los hechos que narran; y no se muere por hechos que son mentira, ni por doctrinas que sobre tales hechos se fundan.

CAPÍTULO V

Los Evangelios sinópticos y la cuestión sinóptica

Los tres primeros Evangelios, de Mateo, Marcos y Lucas, se llaman ordinariamente *sinópticos*. Así se denominan de la voz griega *sinopsis*, "lo que puede verse de una sola mirada", porque los tres Evangelios disponen los hechos y los narran en forma semejante; hasta el punto de que, transcritos en tres columnas paralelas, se nos ofrecerían en sus líneas generales tan homogéneos, que podríamos abarcar en una sola lectura el contenido de los tres. El de San Juan, por el fin que se propone, por los hechos que selige y por el modo de narrar, forma una literatura totalmente aparte. Daremos en este capítulo una sucinta idea de los autores y de sus libros, añadiendo algo de la llamada cuestión sinóptica y de los principios que puedan facilitar su solución.

I. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO. — *El autor*. — San Mateo fué un publicano de origen judío, galileo. Llámánle los Evangelios también Levi, hijo de Alfeo, no el padre de Santiago el Menor. Era cobrador de impuestos en Cafarnaum, a orillas del lago de Genezaret, cargo que ejercía en nombre de los romanos, cuando le llamó Jesús al apostolado. Cambió su nombre por el de Mateo, "don de Dios", que le recordaba la gracia que había de Dios recibido (Mc. 2, 14; Lc. 5, 27; Mt. 9, 9.10). Predicó el Evangelio en la Palestina, después de la muerte de Jesús, por quien sufrió el martirio, según la tradición, hacia el año 70: en la Etiopía, según el Breviario Romano; en Persia, Siria, o Macedonia, según

otros. Clemente de Alejandría nos le presenta llevando una vida austerísima, con abstinencia perpetua de carnes y alimentándose de frutas, raíces y legumbres (1).

Destinatarios. — “Escribió Mateo su Evangelio para las iglesias de la Palestina, donde lo había predicado, a fin de que, al salir para tierras extrañas, supliese el libro su presencia personal” (2). Que fuesen los judíos los destinatarios del libro, lo afirma unánime la tradición patristica, y lo confirman los caracteres internos del libro. Es el Evangelista que cita más a menudo los libros del Antiguo Testamento, que supone conocidos de los lectores; no explica, como Marcos y Lucas, los usos y costumbres de los judíos, harto sabidos de éstos; y cuenta por menudo los vicios de escribas y fariseos y sus maquinaciones para perder a Jesús, así como precisa minuciosamente su propio oficio de exactor de impuestos.

Objeto y fecha del libro. — No intentó Mateo escribir una historia completa de Jesús, sino más bien una serie de narraciones en que se agrupan hechos, parábolas, discursos, milagros, más o menos homogéneos, para demostrar el carácter mesiánico de Jesús y la necesidad de formar parte de su reino, tan ansiosamente esperado por los judíos. Sobre la fecha de su redacción, dice Cornely que pesadas y consideradas todas las razones puede fijarse entre los años 40 y 50, muy probablemente el año 42.

El original aramaico del Evangelio de San Mateo y su versión griega. — Como quiera que los ejemplares del texto original aramaico del Evangelio de San Mateo solamente se leían en las Iglesias palestinenses y éstas, después de la destrucción de Jerusalén por Tito el año 70, y principalmente en tiempos del emperador Adriano el año 135, fueron destruidas y dispersas entre las Iglesias de la gentilidad, no es extraño que tampoco aquéllos sobreviviesen mucho tiempo a la catástrofe. Pero si ha desaparecido el original, tenemos en cambio su versión griega, que es antiquísima, pues la citan ya *Didake*, San Clemente Romano y otros es-

(1) Véase CLEM. ALEX.: *Ped.*, 11. — (2) EUSEB.: *Hist. Eccles.*, 3.

critores apostólicos. De la conformidad substancial de esta versión, cualquiera que sea su autor, con el original aramaico, de tal manera que pueda decirse en verdad San Mateo autor del actual Evangelio griego, no cabe dudar, puesto que únicamente de esta versión usaron desde el principio los Padres apostólicos y los escritores eclesiásticos, tanto al afirmar las verdades reveladas como testigos de la fe, como al refutar los errores de los herejes, y en sus predicaciones y catequesis. La Comisión Bíblica, en la respuesta V de su Decreto de 19 de junio de 1911, así lo afirma por las mismas razones.

2. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS. — *El autor.* — Por el título y por el testimonio de la tradición podemos afirmar que Marcos fué el que escribió el segundo Evangelio. Se cree que no conoció a Jesús y que fué convertido a su fe por Pedro, que le llama “su hijo” Fué judío de origen, como lo demuestran los hebraísmos de que su Evangelio está lleno. No fué del número de los setenta discípulos, pero parece les conoció desde su infancia. La casa de su madre es uno de los lugares donde aquéllos se reunían en Jerusalén.

Que Marcos es el mismo Juan Marcos de que nos hablan los Hechos Apostólicos, parece fuera de duda, según la mayor parte de los críticos modernos. En este caso, era Marcos primo de Bernabé, el compañero de San Pablo en sus correrías apostólicas, a quien acompañó asimismo Marcos, de quien dice el gran Apóstol que “le era útil para su ministerio”. Más tarde fué el compañero, intérprete y redactor de San Pedro. Sería un gran varón, dice Cornely, cuando mereció ser compañero de los dos príncipes de los apóstoles, y por ambos alabado. Una tradición refiere que fué Marcos enviado por Pedro a Egipto, donde fundó la célebre iglesia de Alejandría. No lejos de esta ciudad, y junto al mar, fué martirizado hacia el año 68 de Jesucristo. Descansa su santo cuerpo en Venecia, en la basílica de su nombre, adonde fué trasladado el año 815.

Destinatarios. — La tradición, salvo rarísimas excepciones, está conteste en que Marcos escribió su Evangelio en

lengua griega. Dice San Jerónimo que el segundo Evangelio fué escrito en Roma, a petición de los cristianos de aquella ciudad, que querían conservar por escrito la predicación de San Pedro. Éste, oída su lectura, lo aprobó, en virtud de su autoridad apostólica, y publicólo para ser leído en las asambleas de los fieles. Por ello llamaron los antiguos al Evangelio de Marcos la "Predicación de San Pedro". Varios detalles demuestran que los romanos eran los destinatarios de este libro. El hecho de que aluda pocas veces al Antiguo Testamento, de que no refiera más que cuatro parábolas, en las que tanto se deleitaban los judíos, ni explique la relación entre la Ley y el Evangelio, ni hable de los fariseos apenas, demuestra que escribió no para los judíos, sino para paganos recién convertidos. Y varias alusiones a cosas conocidas de los romanos, la moneda llamada "cuadrante" (12, 42), la palabra latina *centurio* (15, 39), y la narración del episodio de Simón el Cirineo, padre de Alejandro y Rufo (15, 21), que se hallaba entonces en Roma, manifiestan el sabor local del lugar en que el Evangelio fué compuesto.

Objeto del libro. — El fin que el segundo Evangelista se propuso no fué dar un resumen del primer Evangelio, ni completarlo, ni disponerlo según el orden cronológico, como pretendén algunos críticos modernos. Hay muchas semejanzas entre los dos primeros Evangelios, pero resultan más bien de la misma naturaleza de los hechos y del origen catequético de los sinópticos, que del fin que se propusieron los Evangelistas.

Como el fin primordial de Mateo es la demostración de la mesianidad de Jesús, el de Marcos es el de su divinidad por el supremo dominio que ejerce sobre todas las cosas, visibles e invisibles. En sus mismos comienzos parece delatar su intención el Evangelista: "Principio del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios"; y al final refiere aquel solemne acto de fe del Centurión: "En verdad, este hombre era Hijo de Dios" (Mc. 15, 19); y en su proceso aparece en tal forma la manifestación taumatúrgica de Jesús, que se le ha llamado con razón el "Evangelio de los milagros del Señor". Refiere todos los de San Mateo, excepto cuatro, y añade otros nuevos,

no obstante ser el Evangelio más breve de los cuatro canónicos.

Ni sólo se contenta con la simple relación de los prodigios, que ocupan la parte principal del libro, sino que hace notar la admiración que en las multitudes producían. La misma minuciosidad y la viveza extraordinaria con que el Evangelista refiere los sucesos milagrosos, como quien los había oído de labios de un testigo presencial, de natural vivo y arrebatado, como era San Pedro, añaden credibilidad a las narraciones, en las que, por otra parte, aparece mayor orden cronológico que en el primer Evangelio.

Tiempo en que fué escrito el Evangelio de San Marcos. — Solamente los racionalistas, por sus prejuicios contra el orden sobrenatural y la profecía, afirman que fué escrito después de la destrucción de la Ciudad Santa el año 70, que se vaticina en el segundo Evangelio. Los católicos, y también muchos acatólicos, afirman que fué escrito antes de esa fecha; pero mientras unos, apoyados en una falsa interpretación de los testimonios de San Papias y de San Ireneo, dicen que fué escrito después de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo, otros, más conformes con la tradición, sostienen que San Marcos escribió su Evangelio en vida de San Pedro. Esta segunda sentencia ha de abrazarse, pues contra una tradición unánime nada valen dos testimonios, insignes sí, pero de dudosa interpretación. Además, hay que tener presente lo que la Comisión Bíblica en su Decreto de 26 de junio de 1912 afirma; que no es lícito diferir la composición del Evangelio hasta la destrucción de Jerusalén el año 70. Parece lo más probable que fué escrito del año 52 al 61.

3. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS. — *Su autor.* — Fué San Lucas natural de Antioquía y de origen pagano. Ejerció en su ciudad natal la medicina: San Pablo dice que era médico: "Os saluda Lucas, el médico amado" (Col. 4, 14). Los mismos caracteres de su Evangelio le delatan como conocedor de esta profesión, pues mientras los demás Evangelistas designan las enfermedades por sus nombres vulgares, Lucas les da el nombre técnico, o le delatan como médico

algunas circunlocuciones (Cfr. Lc. 4, 38; 5, 31; 7, 10; 8, 44; 9, 11; 13, 11). Una tradición, que se remonta al siglo VI, le hace también pintor: los Bolandistas llaman respetable a la tradición, aunque se ignoran sus remotos fundamentos. Las imágenes que se dicen pintadas por San Lucas no parecen remontarse más allá de la época bizantina.

Fué San Lucas fidelísimo compañero de San Pablo, como San Marcos lo fué de San Pedro. Convertido probablemente cuando la fundación de la Iglesia de Antioquía, capital de la Siria, por la predicación de los cristianos judíos que abandonaron Jerusalén a la muerte de San Esteban (Act. 11, 27), se encontró con San Pablo en Troade, durante el segundo viaje del Apóstol, que le hizo su compañero. Siguióle en sus viajes (Act. cc. 16-20), estuvo con él en Roma durante su prisión (2 Tim. 4, 11), pero no es probable estuviese prisionero con su maestro. Dónde estuvieron durante el tiempo que medió entre el primero y segundo cautiverio de San Pablo, no se sabe ciertamente. Tal vez acompañó al Apóstol en sus viajes por España y por el Oriente. En el segundo cautiverio, sobre el año 67, San Pablo escribe a Timoteo: "Sólo Lucas está conmigo" (2 Tim. 4, 11).

De la actividad de San Lucas después de la muerte de San Pablo, poco se sabe. Según unos, fué a predicar el Evangelio en la Dalmacia, en las Galias, en la Italia y en Macedonia; otros creen que evangelizó el Egipto. Murió mártir en la Acaya, a los setenta y cuatro años de edad, habiendo sido célibe toda su vida. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla el año 357.

Destinatarios. — Como el libro de los Hechos Apostólicos, San Lucas dedica su Evangelio al "excelente Teófilo", en quien creen algunos viene designado un conspicuo cristiano contemporáneo del Evangelista, aunque opinan otros es un nombre fingido para motivar o dar interés al Evangelio. Éste puede llamarse con razón el libro de la infinita misericordia de Dios, en cuanto se le considera como el Evangelio de los paganos conversos y, bajo este aspecto, el libro de Lucas es el libro de la predicación universal del Evangelio.

Denuncian este fin primordial del Evangelista, según Knabenbauer, los hechos siguientes. En el tercer Evangelio se calla o disimula todo lo que pudiese motivar ofensa a los gentiles: así, Mateo refiere las palabras de Jesús relativas a la primera misión de los Apóstoles: "No andéis por camino de gentiles" (Mt. 10, 5), y el tercer evangelista las calla. Suprime asimismo la historia de la mujer cananea, a la que pudo parecer a los paganos había Jesús dirigido frases duras como ésta: "Yo no he sido enviado sino para las ovejas que perecieron de Israel" (Mt. 15, 24). Tratando del amor a los enemigos dice Jesús por Mateo: "Si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿no lo hacen también los paganos?" Pero Lucas dice: "También los pecadores hacen esto" (Mt. 5, 47; Lc. 6, 32-33). Es el mismo Lucas quien hace remontar la genealogía de Jesús hasta Adán, padre común de todos los hombres, mientras Mateo no la hace subir más allá de Abraham, padre del pueblo judío. Él es quien cuenta que en el nacimiento de Jesús los ángeles anunciaron la paz a todos los hombres de buena voluntad, y en su presentación en el templo nos le ofrece, en el cántico de Simeón, como luz de todas las gentes, preparado ante la faz de todos los pueblos. Es un samaritano quien representa al hombre de misericordia en la ternísima parábola que Lucas nos refiere; como de los diez leprosos curados sólo un samaritano volvió para dar rendidas gracias a Jesús, su médico divino.

Al redactar su Evangelio tuvo también San Lucas presente al pueblo judío convertido. En sus dos primeros capítulos alude con frecuencia a las Escrituras del Antiguo Testamento, y supone el conocimiento de las ceremonias de la religión judaica. Narra los episodios de la infancia de Jesús, tan impregnados de los recuerdos y de la historia del pueblo judío. Él solo es quien nos refiere que Jesús amó tanto a su pueblo, que lloró a la visión profética de la futura destrucción de Jerusalén. Léanse los episodios que se relatan en 7, 37 y siguientes, el de Zaqueo, 19, 1, etc., las parábolas de la oveja y del dracma perdidos, 15, 3 y siguientes, la del hijo pródigo, referida por nuestro Evangelista, y podrá el lector deducir que el tercer Evangelio es como la magnífica

demostración de la consoladora sentencia del Apóstol: "Dios quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2, 4).

Objeto del libro y tiempo de su redacción. — De lo dicho ya se infiere el fin dogmático del tercer Evangelio: la universalidad de la redención y la vocación de todo el mundo al reino de Dios, en la tierra y en el cielo. El fin que podríamos llamar literario nos lo indica el mismo San Lucas en el comienzo de su libro: "Me ha parecido también a mí, después de haberme informado de todas las cosas desde el principio, escribírtelas por orden, oh dignísimo Teófilo" (1, 3). Tal es el doble fin del historiador en este Evangelio: descubrir la verdad entre tantos como se han atrevido a escribir la historia de Jesús, y disponer los hechos según el orden cronológico. Ello hace que el Evangelio de Lucas sea el más rico en episodios de la vida de Jesús, hasta el punto de que, según Plummer, si los Evangelios sinópticos se dividiesen en 72 secciones, corresponderían 47 a Lucas, 20 a Mateo y 5 a Marcos como propias de cada Evangelista; y al propio tiempo es el más conforme a las leyes de la historia, por cuanto generalmente narra según el orden con que sucedieron. Como obra literaria es de las mejores que haya producido el ingenio humano: "El más bello libro que existe", dice Renan. Siendo, como es, verdadera historia lo que en él se refiere, viene este Evangelio iluminado por la dulce luz que sobre sus páginas sabe derramar este "escritor de la mansedumbre de Cristo", como le llama a Lucas el Dante. Fué escrito este Evangelio probablemente en Roma, hacia el año 60 de Jesucristo. Según el Decreto de la Comisión Bíblica de 26 de junio de 1912, no es lícito diferir su composición hasta la destrucción de Jerusalén, ni siquiera afirmar que, cuando se redactó, había ya comenzado el asedio de la Ciudad Santa.

4. LA CUESTIÓN SINÓPTICA: EXPOSICIÓN DEL PROBLEMA. — Cada uno de los tres primeros Evangelios tiene sus propios caracteres, derivados principalmente de la diversidad de destinatarios y del objeto que sus autores se proponían y que más arriba hemos insinuado. Pero fuera de estas

características, y atendiendo solamente a los hechos narrados y a la manera de hacerlo, se notan a primera lectura grandes semejanzas y no pocas diferencias en las tres historias.

Convienen los tres Evangelistas en el argumento, en el orden y en la forma de narrar. Entre los hechos de la vida de Jesús, de los que certísimamente muchos no han sido consignados por escrito, los tres Evangelistas seligen poco más o menos los mismos; y en cuanto a la vida pública de Jesús, los dos primeros en su totalidad y el tercero en su primera parte, sólo relatan lo que hizo y enseñó el Señor en la Galilea. Siguen el mismo orden: la historia de la infancia de Jesús, su bautismo, su ministerio en la Galilea, seguido del último viaje a la Judea, la entrada triunfal en Jerusalén, su pasión y resurrección. En cuanto a la forma, hay en los tres sinópticos no pocos hechos descritos casi con las mismas palabras e idénticos giros.

Cuanto a las discrepancias, no son menores. Siendo el mismo el argumento de los tres Evangelios, cada Evangelista tiene sus narraciones peculiares. Según el cuadro dispuesto por Reuss, dice Jacquier, cada Evangelista tiene sus perícopes especiales: Marcos, 2; Mateo, 17; Lucas, 38. La disposición no es igual: unos tienen añadidos que a los otros faltan; a veces un Evangelista trunca un hecho que se halla en otro con todos sus episodios y detalles: se sigue la disposición general del argumento, pero se altera el orden de las cosas narradas. También la forma ofrece a veces gran desemejanza; nótese, como ejemplo interesante, la diversa manera de transcribir la oración dominical (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 2-4), las bienaventuranzas (Mt. 5, 3-10; Lc. 6, 20-22) y las palabras de la consagración del Cuerpo y Sangre del Señor (Mt. 26, 26; Mc. 14, 22; Lc. 22, 19).

El nudo del problema sinóptico está en explicar el origen de estas semejanzas y desemejanzas de las tres narraciones. Problema que ya atisbó el genio de San Agustín, que se estudió algún tanto en el siglo VI, pero que no ha adquirido todo su relieve ni se ha estudiado a fondo hasta estos últimos tiempos; problema que ha intrigado e intriga aún a

do lugar a la cuestión sinóptica, que tiene por objeto explicar el origen de las semejanzas y diferencias que los mismos ofrecen, así ha nacido la cuestión juanista de este carácter único que presenta el cuarto Evangelio si se le compara con los tres primeros.

Ésta es la razón de que se dedique ordinariamente al Evangelio de San Juan un capítulo aparte en casi todos los estudios sobre la literatura evangélica.

2. EVANGELIO DE SAN JUAN. — *El autor.* — Fué natural de Betsaida, en la Galilea, junto al mar de Genezaret, siendo sus padres Zebedeo y Salomé, una de las mujeres que siguieron a Jesús en sus viajes y le ayudaron con sus bienes (Mt. 27, 56; Mc. 1, 20; 3, 17), que estuvieron junto a la cruz en su agonía y fueron al sepulcro con aromas para ungirle. Fué discípulo del Bautista: cuando oyó a éste que decía de Jesús: "Éste es el Cordero de Dios", siguióle, con Andrés, hacia Caná y Jerusalén (Ioh. 1, 36, sig.). Llamado más tarde junto con su hermano Jacobo, nuestro Santiago el Mayor, para acompañar continuamente a Jesús, fueron luego ambos elegidos Apóstoles, imponiéndoles el Señor el nombre de "hijos del trueno" (Mt. 4, 21; 10, 3; Mc. 3, 17), por su carácter impetuoso y vehemente (Mc. 9, 37; Lc. 9, 54).

Fué Juan discípulo predilecto de Jesús. Estuvo presente en la transfiguración, en la resurrección de la hija de Jairo y en la agonía del huerto. Él solo aparece, de entre los Apóstoles, al pie de la cruz, donde, a la recomendación del Hijo de Dios moribundo, "recibió a la Madre de Jesús en su casa". Ya en la última Cena había podido reclinar su cabeza sobre el pecho de Cristo, y mereció de Él la confianza de quién debía ser el que le entregara a sus enemigos.

Después de Pentecostés se consagró a la evangelización de varios lugares de la Palestina: en Jerusalén primero, con San Pedro, donde aparece con el príncipe de los Apóstoles curando a un cojo junto a la puerta del templo (Act. 3, 6), por lo que fué encarcelado y castigado con azotes; y luego en Samaria, con el mismo Pedro.

Ignórase la época de su salida de Jerusalén. Predicó la

fe en el Asia Menor, y fijó su residencia en Éfeso. En tiempo de Domiciano fué llamado a Roma, donde sufrió el martirio del aceite hirviendo, del que salió milagrosamente ileso, siendo relegado a la isla de Patmos, donde escribió su Apocalipsis, volviendo más tarde a Éfeso, donde pasó los últimos años de su vida, que acabó cerca de los cien, el año 101 de Jesucristo, según Eusebio.

Fué Juan de alma apasionada y dulcísima: es el Apóstol del amor, que bebió seguramente del Corazón de Cristo, cuyos latidos tan de cerca pudo oír. Sus cartas rezuman la quinta esencia del amor cristiano. Dice San Jerónimo que, llegado el Apóstol a su extrema vejez, y quejándosele sus discípulos de que siempre les hablase de la caridad fraterna, respondió el Santo: "Es precepto del Señor y, si lo observáis, es bastante."

Destinatarios. — No sólo no se escribió este libro para los judíos, sino que, según Calmes, es el más antijudío de los escritos del Nuevo Testamento: en él se presenta siempre a los judíos como enemigos de Jesús. Ni lo redactó Juan con destino a los paganos conversos de la Palestina: pruébalo el hecho de que se traduzcan en él algunas palabras arameas al griego: *Rabbi*, dice, significa "Maestro": *Mesías*, quiere decir "Cristo" (Ioh. 1, 38; 4, 25); a más de que se dan muchos detalles de la Palestina que hubiesen sido inútiles para los lectores de este país. Lo más probable es que escribiera San Juan su Evangelio para los étnicocristianos instruidos en la fe, a ruegos de los obispos del Asia Menor, según se desprende del fragmento muratoriano. Cuanto al lugar, afirman unos que lo escribió en Éfeso, fundados en el testimonio de San Ireneo: otros pretenden que fuese escrito en la isla de Patmos, como el Apocalipsis, pero que fué posteriormente publicado en Éfeso.

Objeto y fecha del libro. — Indican el objeto las mismas palabras del Evangelista: "Esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es el Cristo Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis la vida en su nombre" (Ioh. 20, 31). Dedúcese de ello que el fin primordial de San Juan fué la demostración de la divinidad de Jesús, verdadero Mesías e Hijo

de Dios prometido al pueblo judío. Ésta es la tesis fundamental del libro, que aparece en todas sus páginas, después que en el capítulo primero se ha sentado la afirmación de que Jesús es el Verbo de Dios hecho hombre.

Podría parecer otro el fin del autor, por cuanto prescindía de otros poderosos argumentos, utilizados ya por los sinópticos, para la demostración de la divinidad de Jesús, como su poder sobre los demonios, y la multitud de los milagros, de los que se hallan pocos descritos en el cuarto Evangelio. Pero lo más probable es que San Juan prescindió del elemento taumatúrgico de los sinópticos, así como de muchos otros hechos relativos a la vida de Jesús y a su doctrina, porque escribió para quienes conocían los tres primeros Evangelios, que seguramente se habían ya difundido en la cristiandad a la que nuestro Evangelista destinó el suyo. Éste tiene un carácter dogmático-apologético, para combatir los errores de Cerintianos, Nicolaitas, Ebionitas, etc., que, contra la divinidad de Jesús, comenzaban a pulular en aquella cristiandad.

Knabenbauer es de opinión que San Juan no trató tanto de impugnar directamente a los herejes de su tiempo como a los príncipes de los judíos y a los jefes de la Sinagoga, los cuales, después de la ruina de Jerusalén, trabajaron denodadamente para obligar a los judíos a seguir en las viejas tradiciones de sus padres, promulgando para ello leyes e instituyendo escuelas en diferentes regiones, manifestándose en todas partes acérrimos enemigos del nombre cristiano. Escribió San Juan su Evangelio estando desterrado en Patmos o poco tiempo después de volver a Éfeso; por tanto, en el último decenio del primer siglo: es imposible precisar más la fecha de la redacción del libro.

3. LA CUESTIÓN JUANISTA: EXPOSICIÓN. — Difiere, como hemos notado, el Evangelio de San Juan de los sinópticos hasta el punto de constituir él solo una literatura aparte. Puntualicemos estas diferencias.

La primera de ellas se refiere a la cronología de la vida pública de Jesús. Tal como la cuentan los tres sinópticos, la

vida pública de Jesús no hubiese durado más que unos meses, un año a lo más. Vemos en ellos a Jesús recibir el bautismo, prepararse con un retiro para su ministerio, salir para la Galilea, donde predica el reino de Dios y cura los enfermos. Centro de sus predicaciones es la ciudad de Cafarnaum, y teatro de su evangelización es la región occidental del lago de Genezaret. Aparece unos días solamente en la Judea, en su predicación jerosolimitana. Los sacerdotes le denuncian por haber pretendido arrogarse el título de Rey y de Mesías, y la autoridad romana le entrega a la muerte en cruz ignominiosa.

Según el cuarto Evangelio, el ministerio de Jesús empieza, es verdad, en la Galilea, pero luego se dirige el Señor a Jerusalén, predicando en el centro de la teocracia judía y ante las autoridades romanas su doctrina por espacio de tres años. No permanece allí continuamente, pero se presenta en la ciudad judía con ocasión de las fiestas, hasta el punto de que mencione el cuarto Evangelio cinco viajes de Jesús a la ciudad santa (2, 13; 5, 1; 7, 10; 10, 23; 12, 1-16). "Resulta de todos estos datos, dice Calmes, que el cuadro señalado por el cuarto Evangelio al ministerio del Salvador importa una duración de más de tres años: porque, entre la vocación de los Apóstoles y la primera Pascua, se sitúa un episodio del ministerio de la Galilea, las bodas de Caná, que supone un cierto lapso de tiempo. No nos alejaremos mucho de la verdad si admitimos que, en el espíritu del Evangelista, la vida pública de Jesucristo duró tres años y medio" (1).

Esta diferencia en el encuadramiento cronológico importa la de los hechos narrados en el cuarto Evangelio, si se comparan con la historia referida por los sinópticos. Falta en San Juan una serie de hechos importantísimos que narran los tres primeros: la genealogía, la concepción virginal, el nacimiento, la infancia, el bautismo, la tentación, la transfiguración, la agonía, la ascensión, la institución del bautismo y de la Eucaristía, etc. Por lo que atañe a los mi-

(1) CALMES: *Évangile selon S. Jean*, VI.

lagros, el cuarto Evangelio refiere siete de ellos, de los cuales sólo dos son comunes con los de los sinópticos, a saber, la multiplicación de los panes y la aparición en el lago. Tiene, en cambio, el cuarto Evangelio una serie de episodios de gran trascendencia, de los que nada se dice en los sinópticos: como la entrevista de Jesús con Nicodemos, la conversación con la mujer samaritana, el lavatorio y muchos incidentes de la pasión, la división de las vestiduras, el sorteo de la túnica, el místico legado de Jesús moribundo (19, 23-27), el *crurifragium* y la lanzada.

No es menor la diferencia que se nota en cuanto a los discursos. En su fondo, los discursos de los sinópticos dan más bien la doctrina moral del Salvador que la dogmática: en cambio, ésta es la que predomina en el cuarto Evangelio. Lo que en los sinópticos es el "reino de Dios", en San Juan es "la vida eterna". En los sinópticos, "Jesús predica la buena nueva, anuncia el advenimiento del reino mesiánico e invita a sus oyentes a prepararse a él por la penitencia. Su enseñanza es de las más sencillas: nada de síntesis teológicas, ni de teorías abstractas, ni doctrinas trascendentales: su lenguaje es el del profeta, que se distingue de sus predecesores por su sencillez más bien que por su profundidad".

Por el contrario, en San Juan aparece "un verdadero curso de teología cristiana, que da Jesús a sus interlocutores, ya les exponga la teoría del nacimiento espiritual, ya se proponga a sí mismo como fuente de la gracia y principio de la vida divina; ya revele la relación trascendental que le une al Padre, ya trate del pan de vida: que demuestre la divinidad de su misión y su superioridad sobre el judaísmo oficial, o se manifieste como foco de luz, buen Pastor o dispensador de la vida... Todo es, en verdad, el reino de Dios, pero es el reino de Dios transfigurado y dilatado" (1).

Cuanto a la forma, los discursos de los sinópticos son generalmente simples, populares, muchas veces envuelta la doctrina en las deliciosas y tangibles parábolas. Pero en San

(1) CALMES: *ob. cit.*, p. 11.

Juan no hay parábolas: sólo algunas alegorías que son parábolas en germen (c. 10; 15, 1; 16, 21; 3, 8; 19, 20; 5, 35); la exposición de las profundas doctrinas es sabia en el cuarto Evangelio, que está lleno de discusiones sutiles y de un vocabulario de alto sentido espiritual y místico.

Iguales diferencias notamos en el mismo retrato de Jesús que nos dan los sinópticos y San Juan. En todos ellos es el mismo Jesús trascendente, obrador de grandes prodigios, con una misión divina que cumplir en el mundo. Pero mientras en los tres primeros Evangelios se nos ofrece más bien el lado humano de Jesús, que se deja tentar por el demonio, y se sienta a la mesa del fariseo y del publicano, y trata familiarmente con sus discípulos; en el Evangelio neumático Jesús se nos ofrece desde un principio como el Verbo de Dios encarnado, más del cielo que de la tierra, que parece tiene un designio especial en demostrar su divinidad. Sus milagros, más que la obra de su misericordia, aparecen como demostración de su omnipotencia y como misteriosos símbolos de significación ultraespiritual. Tanta es la diferencia entre el Jesús de los sinópticos y el de San Juan, que ello ha dado base a algunos racionalistas para negar la autenticidad del cuarto Evangelio, por cuanto no es posible, dicen, que hubiese convivido San Juan con Jesús por espacio de tres años con la convicción íntima de que trataba con una persona divina encarnada. ¡Como si la divinidad de Jesús no apareciera, si no con tantos resplandores, a lo menos con tanta verdad en los tres sinópticos!

4. SOLUCIONES A LA CUESTIÓN JUANISTA. — a) *La de los racionalistas.* — Las diferencias que hemos puesto de relieve entre los tres primeros Evangelios y el cuarto han sido en tal forma exageradas por los racionalistas, que los han considerado inconciliables en la hipótesis de la absoluta historicidad del Evangelio de San Juan. Por ello han sentado la tesis, admitida con mayor o menor amplitud por los distintos sectores del racionalismo, de que el libro de San Juan es más bien una obra de tendencias, filosófica o histórica, que una verdadera historia. "Un libro que contiene tan ele-

vadas enseñanzas místicas; dicen, no puede ser la obra de un compañero de Jesús. No es una historia, es una exposición de filosofía envuelta en una forma histórica: o bien, si es una historia, es una historia tal como la comprendería un alejandrino del siglo II." Según Loisy, "las narraciones de San Juan no son una historia, sino una contemplación mística del Evangelio: sus discursos son meditaciones teológicas sobre el misterio de la salvación... El autor ha concebido a Cristo como una manifestación temporal del Ser divino, y su libro mismo es una manifestación. Como el Cristo juanista es el Verbo encarnado, así el Evangelio de Juan es una encarnación, una representación figurada del misterio de salvación que se consumó y se prosigue por el Verbo-Cristo" (1).

Esta teoría es absolutamente inadmisibles: en ella no se salva ni la historicidad del Evangelio de San Juan, ni el hecho de la inspiración, ni la divinidad misma de Jesús. En esta hipótesis, el cuarto Evangelio no sería más que la concreción del pensamiento cristiano de la tercera generación, desgajado ya de la verdad histórica sobre Jesús y de la simplicidad de su doctrina: sería la obra de la "evolución" del pensamiento cristiano, substancialmente distinto del de Cristo y de la primera generación.

No hay necesidad de refutar la aserción gratuita del mero simbolismo del cuarto Evangelio. Toda la tradición admite, junto con su autenticidad, su absoluta verdad histórica. Es hipótesis gratuita, fundada sobre la arbitraria negación de la posibilidad de la convivencia del autor con Jesús.

No hay duda que hay en el cuarto Evangelio su parte de simbolismo, pero fundado sobre hechos absolutamente históricos. Tampoco falta en los sinópticos. Que diga San Juan, por ejemplo, que cuando salió Judas del Cenáculo "era de noche" (13, 30), dando a entender la semejanza de las tinieblas espirituales del traidor con las de la atmósfera: que indique que del costado divino de Jesús muerto "salió san-

(1) Cfr. VIGOUROUX: *Dictionnaire de la Bible*, 3, 1189; BRASSAC: *Manuel Biblique*, 3, 185, 12.^a edic.

gre y agua" (19, 34), significando con ello un misterio que ha interpretado con profunda piedad la tradición cristiana, no significa que el Evangelista no quiso hacer historia, sino puro simbolismo. Toda la tradición ha admitido un profundo sentido simbólico en los mismos milagros de Jesús, dentro de su más absoluta verdad histórica.

La misma naturaleza de las descripciones del cuarto Evangelio persuade su total verdad histórica. Si es cierto que el cuarto Evangelio encierra menor contenido histórico que los sinópticos, en cuanto predomina en él la especulación sobre la simple historia, no lo es menos que el evangelista San Juan es en sus narraciones tan detallista y minucioso como sus tres antecesores. El Señor llama a dos discípulos, y "les dijo: Venid y ved: Vinieron, y vieron dónde moraba, y quedáronse con Él aquel día, porque era cerca de la hora décima" (1, 39): Jesús iba y venía en el pórtico de Salomón (10, 22.23); el siervo a quien Pedro cortó la oreja se llamaba Malco (18, 10). Las costumbres judías, los detalles topográficos, los episodios históricos son minuciosamente descritos y concuerdan plenamente con la historia profana. Algunas escenas, como la de Nicodemos, la de la Samaritana, la curación del ciego de nacimiento, las ocurrencias de la última cena, etc., son tan vivas no sólo desde el punto de vista literario, sino bajo el aspecto circunstancial en que tuvieron lugar, que excluyen toda interpretación de carácter exclusivamente simbólico. A lo menos debíerose demostrar que el autor se propuso ordenar una ficción simbólica que sirviera de soporte a una doctrina, y no una pura historia, como ha creído siempre la tradición cristiana.

b) *Solución progresista.* — Entre esta solución racionalista, de todo punto inadmisibles, y la tradicional que exponemos luego, hay una intermedia que llama Vigouroux "progresista", adoptada por varios críticos católicos de no escasa nota, entre ellos Calmes, Corluy y Batiffol. Transcribamos de este último unos conceptos que sintetizan esta teoría: "Estas palabras de Jesús (las relativas a la misión del Espíritu Santo) (Ioh. 16, 12-15) suponen que hay dos mani-

los modernos críticos católicos y protestantes y que ha dado lugar a numerosas hipótesis.

SISTEMAS PARA RESOLVERLO. — Cualquiera que sea la hipótesis que se acepte para explicar las semejanzas y divergencias de los sinópticos, no deben perderse de vista los siguientes principios: 1.º La cuestión sinóptica no es simplemente literaria o crítica: de ella dependen las cuestiones fundamentales de la genuinidad y veracidad de los Evangelios; por lo mismo, el criterio católico no puede abstraerse a las orientaciones y enseñanzas de la Iglesia en este punto. 2.º Ninguna de las hipótesis es capaz, por sí sola, de dar cumplida solución al problema si se prescinde del elemento personal que cada uno de los Evangelistas pudo aportar en la composición de su Evangelio. Mateo, en la redacción del suyo, debió utilizar sus recuerdos personales del tiempo en que convivió con Jesús. Marcos pudo servirse de las referencias personales de San Pedro y tal vez del original aramaico del Evangelio de San Mateo. Lucas, a más de las narraciones escritas a que hace alusión en el comienzo de su libro, pudo saber mucho por mediación de San Pablo, quizá de la misma Madre de Jesús. 3.º No puede prescindirse, en ninguno de los sistemas, de la inspiración divina, que es la que da su carácter al libro y que debió presidir su redacción, cualquiera que fuese el método usado por los Evangelistas para el ordenamiento y redacción de sus libros. 4.º Hay que tener presente que esta cuestión es histórica y que, por tanto, en su solución deben prevalecer los argumentos propiamente históricos a los de carácter interno. 5.º Importa dejar siempre a salvo la autenticidad e integridad de los tres Evangelios; la identidad substancial del Evangelio griego de San Mateo con su original aramaico; el orden cronológico Mateo, Marcos, Lucas, y todo lo decretado por la Comisión Bíblica (1) respecto a la historicidad de los tres primeros Evangelios, tiempo de su redacción y demás circunstancias. Sistema que no deje a salvo todo esto, es inadmisibile.

(1) Véanse sus Decisiones del 19 junio 1911 y 26 junio 1912.

a) *Hipótesis de un Evangelio primitivo.* — Propúsole por vez primera Lessing (1778), y después de él Eichorn. Según ella, en los mismos comienzos de la Iglesia se escribió en aramaico un compendio de la vida y doctrina de Jesús. Los Apóstoles se sirvieron de ella para sus catequesis y predicaciones. Hiciéronse varias recensiones de este compendio, en arameo y griego. Nuestros Evangelistas utilizaron distintas recensiones para la composición de sus Evangelios: de aquí las semejanzas y desemejanzas que en los mismos aparecen.

Es inadmisibile esta hipótesis. No se halla en la tradición vestigio alguno de este Evangelio primitivo, cosa inexplicable, por la reverencia en que hubiese sido tenido tal escrito, como adoptado por los apóstoles y fuente de los escritos canónicos posteriores. Ni tiene racional explicación el hecho de las distintas recensiones o ediciones del Evangelio primitivo: más bien se explicaría su inviolabilidad, en el fondo y en la forma, por la autoridad máxima que tal escrito hubiese logrado. Tampoco nos explica la utilización del Evangelio primitivo el fenómeno de la unidad literaria de cada uno de los Evangelios, que llevan el sello personal de sus autores, no el de un escrito común, que en todos ellos hubiese aparecido con sus características.

b) *Hipótesis de varios fragmentos o documentos primitivos.* — Substituyen algunos críticos el único Evangelio primitivo por muchos fragmentos o documentos escritos, en que los primitivos cristianos hubiesen consignado diversos hechos o discursos de Jesús. Los actuales Evangelistas hubiesen utilizado estos documentos, pocos según unos, muchos según pretenden otros. La utilización de unos mismos documentos explicaría las consonancias de los sinópticos; la de diversos escritos daría la razón de las divergencias de nuestros Evangelistas.

Militan contra esta hipótesis las mismas razones aducidas contra la anterior. Además, dice Jacquier, ¿cómo podríamos imaginarnos unos autores que toman los elementos de sus narraciones ora de aquí, ora de allá, utilizando una expresión de éste, una frase o sentencia del otro, para produ-

cir finalmente una narración ordenada, con tanta unidad bajo todos sus aspectos, con la misma lengua del principio al fin, con idénticos caracteres doctrinales e históricos?

c) *Hipótesis de los dos documentos.* — Merece punto aparte la hipótesis llamada de los *dos documentos* porque es la que ha prevalecido entre los acatólicos. Consiste esencialmente en afirmar que los tres primeros Evangelios traen su origen de dos documentos escritos que llaman *Marcus* y *Logia*. Existió, dicen, al principio un escrito que contenía los discursos y parábolas de Jesús, tal vez salpicadas de algunas circunstancias históricas: sería éste el documento *Logia* que menciona San Papias en su celeberrimo testimonio y que atribuye a San Mateo; al principio escrito en arameo, pero del cual pronto se hicieron muchas redacciones griegas. El otro documento sería el que el mismo Papias atribuye a San Marcos y que unos identifican con nuestro segundo Evangelio, afirmando otros que era muy distinto del mismo.

La Comisión Bíblica rechaza de plano esta hipótesis como contraria a lo que la tradición afirma del origen, orden cronológico, integridad, etc., de los sinópticos (*Enchiridion*, núm. 418). El testimonio de San Papias a que se refieren los adversarios, lejos de ser su confirmación, es la mejor refutación de esa teoría, pues interpretado rectamente, como lo interpreta Eusebio de Cesarea, que nos lo ha conservado y que tuvo en sus manos toda la obra de San Papias, se ve claramente que se refiere a nuestros Evangelios canónicos y no a otros documentos que dieron pie a los mismos. Finalmente es teoría completamente inepta para la solución del problema sinóptico.

d) *Hipótesis de la mutua dependencia.* — Católicos y protestantes la han adoptado. Según ella, los sinópticos se utilizaron mutuamente, tomando uno del otro lo que les convino para sus particulares fines. No todos admiten el mismo orden de redacción; por lo mismo, difieren en el modo de explicar la forma de utilización mutua.

No explica esta hipótesis, ni con mucho, todas las cuestiones que plantea la cuestión sinóptica. Nos explicaría las semejanzas, pero no las divergencias. Ni da razón del hecho de que a veces un Evangelista copie literalmente a su predecesor y otras abrevie, altere, añada o trastrueque hechos y episodios.

e) *Hipótesis de la tradición oral.* — Según ella, la catequesis apostólica no se escribió en los mismos comienzos de la Iglesia. Los apóstoles predicaron, no escribieron. Igual en el fondo histórico y doctrinal, esta catequesis, a medida que se iba extendiendo la predicación, se adaptaba a los distintos medios en que se había predicado. La misma enseñanza adquiriría distintos caracteres según los auditorios. No era idéntica en Roma, por ejemplo, Jerusalén o Antioquía. Por ello no es de maravillar, dice Calmes, que en nuestros Evangelios se hallen tres formas de una misma doctrina, explicándose así las semejanzas y diferencias de los sinópticos, tanto en las cosas narradas como en la forma de referirlas. La identidad de forma y estilo en los lugares paralelos se explicaría por el hecho de que algunas narraciones de hechos o discursos del Señor hubiesen llegado a estereotiparse en tal forma, que se hubiesen conservado las mismas en toda predicación apostólica, transmitiéndose uniformemente de boca en boca.

Han adoptado esta hipótesis la mayor parte de los críticos católicos modernos. Fillion la reputa capaz de resolver todas las dificultades. Cornely, bien que la estime la mejor de todas, no se atreve a proponerla como históricamente cierta. Según Calmes, el sistema de la tradición oral es suficiente para explicar las divergencias, pero no las semejanzas de los sinópticos.

En resumen, por lo que atañe a la posición doctrinal de críticos y exégetas en este particular, la Comisión Pontificia *De Re Biblica*, por Decreto de 21 de junio de 1912, deja en libertad a los exégetas para acudir a la hipótesis de la tradición, ya oral, ya escrita, o bien a la dependencia del precedente o precedentes Evangelistas, con el fin de dar solu-

ción a la llamada cuestión sinóptica, salvo la excepción arriba apuntada sobre la hipótesis de los dos documentos.

Parécenos que no puede resolverse plenamente con los actuales elementos de juicio, y dudamos se ofrezcan otros. Pero el sistema de la tradición oral templado o, mejor, completado por el de la utilización de documentos primitivos, y por la mutua dependencia de cada uno de los Evangelios, del precedente o precedentes, así como del Evangelio griego de San Mateo del de San Marcos, parece el más oportuno para la resolución del difícil problema, sin que pueda concretarse la amplitud del elemento tradicional o escrito en ninguno de los casos.

CAPÍTULO VI

El Evangelio de San Juan y la cuestión juanista

I. RAZÓN DE ESTE CAPÍTULO. — El cuarto Evangelio es de tal naturaleza, que por sus características de fondo y forma difiere en gran manera de los sinópticos. No es preciso ahondar mucho en la lectura de los Evangelios para notar la profunda diferencia: cualquier lector atento, aunque no sea teólogo o crítico, se sentirá sobrecogido de un estupor nuevo al pasar de los sinópticos al Evangelio de San Juan, dice Cellini: porque si todos nuestros Evangelios llevan la marca de lo divino, el Evangelio de San Juan es tanto más divino que los demás cuanto que parece ha bebido los altísimos misterios de la divinidad directamente en las fuentes de la divinidad misma, sobrepujando este escritor todas las humanas fuerzas en la redacción de su libro. Por ello hasta los mismos filósofos gentiles debieron expresar su pasmo ante el hecho de que un hombre iliterato lograra tales alturas de pensamiento (1). Es el Evangelio espiritual, "neumático", como le ha llamado la antigüedad, siguiendo a Clemente de Alejandría, porque entra en los más profundos misterios del Verbo encarnado para hacernos ver las relaciones del mismo con el Padre, mientras que los tres primeros Evangelios, "somáticos" o corporales, porque se fijan principalmente en el carácter externo del ser y de la vida de Jesús, nos hacen ver de un modo particular las relaciones del Verbo humanado con los hombres.

Como los sinópticos, al ser comparados entre sí, han da-

(1) S. AUGUST.: *De Civit. Dei*, 10, 29.

festaciones de su persona: una histórica, la otra "en Espíritu". Estas dos manifestaciones no son contemporáneas. Jesús promete el Espíritu, y que este Espíritu les enseñará a los discípulos lo que ellos no son capaces de entender de los labios mismos de Jesús... Las palabras de Jesús que reproduce el Evangelista revelan a lo menos que éste sentía en sí mismo un Espíritu capaz de recordarle todo lo que decía Jesús, capaz de introducirle en la verdad integral, capaz de dar testimonio de Jesús mejor aún que un testigo ocular, porque es testimonio que procede no de hombre, sino del Padre... La obra del Espíritu será no sólo recordarle al Evangelista lo que Jesús ha dicho y hecho, sino sugerirle asimismo el sentido profundo de las palabras y actos de Jesús. Esto explica la presencia del elemento simbólico en el cuarto Evangelio... ¿No podríamos suponer que muchas expresiones atribuidas por San Juan al pensamiento de Jesús son traducciones de "proverbios" al lenguaje abierto?... Hay aún un tercer elemento. Ciertos discursos de Jesús en San Juan no pueden leerse sin que se sienta uno tentado de acotarlos continuamente con comillas, sin cesar abiertas y cerradas. Tomad la conversación de Jesús con Nicodemo (Ioh. 3, 1-22). ¿Podríamos decir que tenemos ante los ojos la conversación de Jesús con Nicodemo parafraseada por el Evangelista? Exégetas tan graves como el R. P. Corluy responden afirmativamente" (1).

Como aparece de lo transcrito, en el Evangelio de San Juan habría, a más del elemento histórico, tres elementos distintos: la significación simbólica dada por el mismo Evangelista a algunos hechos y doctrinas, la interpretación de sentencias, y el comentario o paráfrasis del mismo escritor. Con ello, es claro, se explican fácilmente algunas de las diferencias que hemos notado entre el cuarto Evangelio y los sinópticos. Quedan desde luego a salvo, en esta opinión de los críticos católicos, el hecho de la inspiración, la infalibilidad del Evangelio de San Juan y su absoluta correspondencia con el pensamiento de Jesús, ya que simbolismo, interpretación

(1) BATTIFOL: *Six leçons sur l'Évangile*, 127-130.

y paráfrasis fueron hechos bajo la acción inspiradora y reveladora del Espíritu Santo. Lo que no aparece tan claro es la sinceridad del Evangelista, que nos da por entero los discursos de Jesús como pronunciados, tal cual están en el cuarto Evangelio, por nuestro Redentor. Con razón dice Brassac, tratando de esta opinión, que una paráfrasis y una interpretación, aun siendo infalibles, no son los mismos discursos de Jesús. Además, aplicada la teoría en forma amplia a la divina Escritura, sería funesta en orden a su veracidad histórica. Ni hay necesidad de acudir a esta sutil explicación para darnos cuenta de las divergencias que han dado lugar a la cuestión juanista.

Finalmente, esta teoría no se aviene bien con la afirmación de la Comisión Bíblica, según la cual los discursos del cuarto Evangelio son verdadera y propiamente los discursos de Jesús; y parece reprobada por la Encíclica *Spiritus Paraclitus* (1) cuando reprende a los que admiten en los Evangelios, principalmente en el cuarto, dos elementos, el propiamente histórico de que los Evangelistas, como testigos, dan fe, y el añadido que resulta parte de la reflexión de los mismos Evangelistas, parte de la narración de los fieles de edad posterior; juntando así y confundiendo en un mismo cauce aguas de distintas fuentes.

c) *Solución tradicional*. — Es la única que puede admitirse. No atenúa las diferencias entre los sinópticos y San Juan, que arriba quedan expuestas; pero tampoco las exagera, colocándose en el justo medio y explicándolas sin el menor quebranto del carácter histórico y de la autenticidad del cuarto Evangelio, decretadas por la Comisión Bíblica y en las proposiciones 16, 17, 18 del Decreto *Lamentabili*, de 3 de julio de 1903.

Desde luego conviene tener presentes los múltiples puntos de contacto entre el cuarto Evangelio y los sinópticos, tanto en los hechos narrados como en la doctrina que exponen. En cuanto a los hechos baste notar los siguientes: el

(1) *Enchiridion Bibl.*, 475

Bautismo y el testimonio de San Juan Bautista (Ioh. 1, 30-34; Mt. 3, 13, sigs.); el ministerio de Jesús en Galilea, Perea y Samaria (Ioh. 5, 43, sig.; 6, 7; 10, 40, sigs.; 4, 5-42; con Mt. c. 4, 12 al c. 20; y Lc. 9, 51-17, 11); el milagro de la multiplicación de los panes (Ioh. 6, 1-14; con Mt. 14, 13-21); la entrada triunfal en Jerusalén (Ioh. 12, 1, sig.; con Mt. c. 25); la última cena (Ioh. 13, 4, sig.; con Mt. 26, 17-35). Además, toda la historia de la Pasión, con pocas excepciones, es común con los sinópticos; y como en los sinópticos así en San Juan, Jesucristo resucita, aparece a las mujeres y a los discípulos, etc.

Las verdades fundamentales en los cuatro Evangelios son las mismas. Uno es el verdadero Dios (Ioh. 17, 3; Mt. 12, 28). Este Dios es llamado Padre frecuentemente en el cuarto Evangelio y en los sinópticos; basta recordar la oración dominical. Igualmente Jesús es llamado Hijo de Dios en sentido especialísimo. El Hijo tiene todas sus cosas comunes con su Padre. Una es la doctrina sobre el Espíritu Santo. La muerte de Jesucristo es la redención del género humano (Ioh. 3; coloquio con Nicodemo, y Mc. 10, 45). En Mt. (16, 18) promete Jesús el Primado a San Pedro, y en Ioh. (c. 21) se lo confiere. En el cuarto Evangelio, c. 6, promete la Eucaristía y en los sinópticos la instituye (Mt. 26, 26, sig.). La fe es nuestra salvación (Ioh. 3, 36), como en Mt. 28, 19; también es necesario el bautismo (Ioh. 3, 3; Mt. 28, 19). La redención de Jesucristo es universal y alcanza a todo el género humano (Ioh. 10, 12; Mt. 28, 18).

Todas estas semejanzas entre el cuarto Evangelio y los sinópticos, dice Brassac, "se explican por el fondo común de la historia evangélica. Cuanto a las divergencias, de fondo y forma, ya hemos observado que han sido exageradas. Ellas tienen su explicación, según los críticos católicos, en el fin que se propuso San Juan de completar los sinópticos, en la necesidad de escoger argumentos especiales para demostrar la divinidad de Jesús, así como en las diferencias de personas y de localidad: el auditorio a que Jesús se dirige no es el mismo: de aquí las diferencias de tono y de lenguaje... Hay que añadir que había diferentes aspectos de la

fisonomía del Salvador, y que San Juan reprodujo el del lado más elevado" (1).

Si a ello se añade que cada escritor tiene su especial psicología y temperamento; que, por ello, no todos los apóstoles verían bajo un mismo prisma a Jesús, ni conservarían de Él el mismo recuerdo; que San Juan fué hombre de vida interior y contemplativa, de corazón afectuoso y puro; que su virginal pureza daba a su espíritu una particular aptitud para la meditación y un especial empuje hacia la luz; que su amor por Jesús pudo hacer que le dispensara Él más altos favores que a los demás y le revelara lo que a los demás ocultó; que convivió con la Santísima Virgen por espacio de mucho tiempo después de la Ascensión del Señor, y que había recibido las estupendas revelaciones de Patmos, tendremos una serie de factores a los que racionalmente podremos atribuir la manera especialísima con que redactó San Juan su espiritual Evangelio. Todo ello persuade que no hay necesidad alguna, de orden literario, o exegético, o de alta crítica, que nos obligue a abandonar las posiciones tradicionales. A más de que, según queda dicho, es decretoria la fuerza del magisterio eclesiástico, expresada en la resolución dada sobre la absoluta historicidad del cuarto Evangelio por la Comisión Pontificia *De Re Biblica*, a 29 de mayo de 1907.

(1) BRASSAC: *Manuel Biblique*, 3, 181, 12.^a edic.

SECCIÓN SEGUNDA

AMBIENTE HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS

Se ha dicho con verdad que la geografía y la cronología son los ojos de la historia: sin su conocimiento es imposible formarse concepto cabal de los hechos ocurridos en una época y en un lugar determinados. Junto con estos auxiliares de carácter universal, tratándose de la narración histórica de unos hechos de los que nos separan veinte siglos, ocurridos en el corazón de un pueblo de raza y civilización diferentes de las nuestras, como lo eran las del pueblo judío, con instituciones políticas y religiosas peculiares, con leyes y costumbres que en su mayor parte no perduran y que tan poco tienen de común con los hábitos civiles y sociales de nuestros pueblos, es preciso hacer revivir todos los adjuntos históricos en medio de los cuales se produjeron los hechos que constituyen la trama histórica de nuestros Evangelios. Sin ello, estos libros divinos quedarían incomprendidos en muchos lugares. En cambio, la aportación de todo adminículo histórico a que puedan hacer referencia las narraciones evangélicas, no sólo dará a éstas el interés que resulta de la visión integral de un hecho, y más si son los hechos en que intervino el Hijo de Dios hecho hombre, sino que difundirán extraordinaria luz sobre la misma persona adorable de nuestro Redentor y sus divinas enseñanzas. Se ha notado muy bien que Dios ha querido envolver su revelación, a través de los siglos, entre los pliegues de la

humana historia: así ha querido hacerlo también en la novísima revelación del Evangelio, que nos hizo por su Hijo: cuanto más se conozca la historia, mejor se conocerá la revelación misma. Para ello se formula este breve bosquejo del elemento circunstancial contemporáneo de los Evangelios en el país en que ocurrieron los hechos en los mismos narrados.

CAPÍTULO PRIMERO

Geografía de los Evangelios

1. LA PALESTINA. — Es la parte meridional de la Siria. Corresponde al antiguo país de Canaán y a lo que nosotros llamamos "Tierra Santa", nombre que le da en diversos lugares la Escritura (Sap. 12, 3; Zach. 2, 12; 2 Mac. 1, 7), y que tan bien corresponde al lugar de la tierra donde ha realizado Dios las grandes maravillas de su misericordia para con los hombres.

Esta región está limitada al norte por el Líbano y Anti-Líbano, la estepa de Siria al este, la península sináitica al sur y el Mediterráneo al oeste. Su mayor extensión, de norte a sur, es de 260 kilómetros; su anchura máxima, de este a oeste, de unos 140, y su superficie comprende 25.124 kilómetros cuadrados, área que no llega a la de nuestra Cataluña, que tiene 32.000. Pequeño pueblo si se atiende a su extensión territorial, grande, más que ningún otro, "porque no hay en él un solo paso de tierra que no haya sido iluminado o santificado por el cuerpo o la sombra del Salvador, o por la gloriosa presencia de la Santa Madre de Dios, o que no le hayan recorrido los pies de los apóstoles o empapado la sangre de los mártires", como dice Urbano II. "Tierra santa" de verdad, donde se encarnó el Santo Hijo de Dios y de cuya sangre bendita y santificadora se embebió.

2. DIVISIÓN GEOGRÁFICA DE LA PALESTINA. — Ofrece la Palestina una particularidad única en el globo: está dividida en su sentido longitudinal, de norte a sur, por una hen-

didura enorme por cuyo fondo corre el río Jordán. Esta hendidura, verdadera fosa que divide la Palestina en dos mitades, la "transjordánica" o de la otra parte del Jordán, al oriente, y la "cisjordánica" o de la parte de acá, hacia el Mediterráneo, empieza en la parte superior a una profundidad de 563 metros sobre el nivel del mar, para descender hasta 394 metros debajo del nivel del Mediterráneo, en el Mar Muerto. Atraviesa el Jordán esta hendidura formando tres rehenchimientos o lagos, el *Merom*, casi al mismo nivel de nuestro Mediterráneo, 2 metros más alto; el de *Tiberiades* o de *Genezaret*, a 208 bajo el mismo nivel, y el *Asfaltites* o *Mar Muerto*, a 394 metros bajo el mar en su superficie y a 800 en el fondo y en su parte septentrional. En este lago se pierde el Jordán, por rápida evaporación de sus aguas. A una y otra parte del Jordán se levantan grandes macizos de montañas, surcadas por torrentes, secos la mayor parte del año, algunos de ellos de corriente perpetua, que rinden sus aguas al río central o Jordán.

3. DIVISIÓN POLÍTICA DE LA PALESTINA. — En tiempo de Jesucristo estaba la Palestina dividida en cuatro provincias: la *Perea*, que abarcaba toda la región transjordánica y que se dividía en varios departamentos: Perea propiamente dicha, al sur; *Decápolis*, a la altura del Mar de Galilea o Tiberiades; *Gaulanítide*, *Auranítide* o *Iturea*, *Traconítide* y *Abilene*, hacia el norte, desde oriente a la Arabia; y en la región cisjordánica, de sur a norte, *Judea*, *Samaria* y *Galilea*. Jesús recorrió las cuatro provincias de la Palestina de su tiempo, aunque no estuvo más que de tránsito en la Samaria y Perea, siendo el principal teatro de los hechos narrados por los Evangelios la Galilea y la Judea.

Perea. — Extendiase desde la fortaleza de Macheronte, al sur, no lejos del Mar Muerto, donde, según Flavio Josefo, mandó Herodes decapitar al Bautista, hasta la ciudad de Pella, al norte. Fuera de los pasajes en que refieren los Evangelistas que de todas partes acudían los habitantes de la Palestina hacia Jesús, incluso de la transjordánica (Mt. 4, 25; Mc. 3, 7.8), pocas referencias hallamos de esta

región en el Evangelio. Sus habitantes, bien que judíos de origen, parece que durante los tres siglos anteriores a la era cristiana mezcláronse con los pueblos vecinos, moabitas, amonitas, árabes, etc. Por ello los judíos de raza les tenían en poco, manteniendo con ellos escasas relaciones mercantiles, separación que favorecía el obstáculo del Jordán. En el Talmud se leía este proverbio: "Judá representa el trigo; Galilea, la paja; el país transjordánico, la cizaña."

Más arriba de la Perea propiamente dicha está situada la *Decápolis*, "diez ciudades", confederación de diez villas de la Perea superior, de las que una sola, Escitópolis, la capital, se hallaba en la región cisjordánica. También de aquí vinieron los habitantes a Jesús (Mt. 4, 25), quien se trasladó a la Decápolis dos veces: cuando curó los dos posesos de Gerasa (Mt. 8, 28; Mc. 5, 1; Lc. 8, 26), y luego cuando pasó de la Galilea a Tiro y Sidón, junto al Mediterráneo, a Cesarea de Filipo, al pie del Hermón, límite norte de la Palestina, para descender a los confines de la Decápolis (Mc. 7, 31). De las demás circunscripciones de la Perea no hay referencias en los Evangelios, si se exceptúan las precisas que nos da Lucas (3, 1) sobre el año en que empezó la predicación del Bautista en el desierto.

Judea. — Es la provincia meridional de la Palestina cisjordánica, encerrada entre Samaria y el desierto de la Arabia Pétreá, el Mediterráneo y el Jordán. Recibió su nombre de la tribu de Judá que la habitó. Su suelo es rocoso y pobre. Tiene en el centro una meseta cuya altitud oscila entre 660 y 800 metros. En ella está situada la capital, Jerusalén, verdadera fortaleza, sólo atacable por el norte: excepto por este lado, se baja de Jerusalén en todos sentidos, al Mediterráneo, al Mar Muerto, a la Arabia.

Las principales ciudades de esta provincia eran: *Jerusalén*, con una población actualmente de 80.000 habitantes, que parece alcanzó en otros tiempos la cifra de 200.000 y la de 35 a 40.000 en tiempo de Jesucristo; con su templo fastuoso, su red de carreteras que salían de ella en todas direcciones, su sanedrín e innumerables sinagogas, con legiones de sacerdotes, levitas y doctores. Vivía la ciudad a la sombra de

su templo, verdadero corazón de la Judea y de la Palestina. Se preocupaban poco del comercio los moradores de la Judea: "Si alguien quiere ser sabio, decía el Talmud, que vaya a la Judea: para hacerse rico, a la Galilea." *Betania*, que se hallaba a tres kilómetros al este de la capital: *Belén*, a siete kilómetros al sur: *Jericó*, a unos veinticuatro al nordeste. En la misma dirección e igual distancia se hallaba el *Desierto de la Cuarentena*, donde se retiró Jesús por espacio de cuarenta días: *Hebrón*, a treinta y seis al sur: *Cesarea de la Palestina*, *Arimatea*, *Lida* y *Jope*, puerto de Jerusalén en el Mediterráneo, a más de cincuenta kilómetros de la capital.

Samaria. — Es la provincia central de las tres de la Palestina cisjordánica. Aunque más fértil, su suelo se asemeja al de Judea. Extranjeros venidos de la Asiria, idólatras, la poblaron siete siglos antes de Jesucristo: por ello era considerada por los judíos casi como un país pagano. Había entre ambos países una profunda antipatía: "Los judíos no se tratan con los samaritanos", díjole a Jesús la mujer de Samaria (Ioh. 4, 9). Tanto se odiaban, que era un verdadero peligro para un judío o galileo atravesar la Samaria; y preferían a veces unos y otros, en sus mutuas relaciones, hacer el viaje dando la vuelta por la Perea. Un judío que se viese precisado a tratar con samaritanos, se consideraba legalmente impuro.

Había en esta provincia estas ciudades y lugares evangélicos: *Samaria*, la capital; *Siquem* y *Sicar*, a unos cincuenta kilómetros al norte de Jerusalén, y cerca de *Sicar* el *Pozo de Jacob*, lugar de la conversación de Jesús con la samaritana. A corta distancia de *Siquem* se halla el *Monte Garizim*, donde se levantó un santuario, centro del culto y de la nacionalidad de los samaritanos, en competencia con el de Jerusalén. Jesús pasó dos veces por la Samaria durante su vida pública, según los Evangelios: cuando de retorno de la Judea, cuatro meses antes de la siega, se paró junto al pozo de Jacob (Ioh. 4); y cuando en el último viaje a Jerusalén, habiendo entrado en la provincia, los habitantes de una ciudad samaritana no quisieron recibir a sus discípulos (Lc. 9, 51-56), dando entonces la vuelta por la Perea, hacia el sur.

Galilea. — Era la provincia septentrional, al oeste del Jordán y del mar de su nombre. País risueño y fértil en tiempo de Jesús, que aun conserva vestigios de su belleza nativa, a pesar del régimen de abandono de los mahometanos que allí moran. Abierta la Galilea por el norte a los países idólatras vecinos, la Fenicia y la Siria, fué ello causa de que no fuesen los galileos tan meticulosos, en cuestión de formalidades legales, especialmente de las prescripciones farisaicas, como hubiesen querido los hombres de la pura tradición que moraban en la Judea. Por ello eran también tenidos en poco por los judíos de pura sangre: "De la Galilea no puede salir ningún profeta", decía uno de los doctores de Jerusalén a Nicodemus (Ioh. 7, 52). Especialmente hacia el norte de esta provincia, llamada ya por Isaías "la Galilea de los gentiles" (Is. 8, 2; Mt. 4, 15), se habían instalado muchos idólatras.

Eran los habitantes de la Galilea, según Josefo, trabajadores, impulsivos, valerosos, fácilmente irritables y pendencieros; más celosos del honor que del caudal, según el Talmud. Vivían de la agricultura y de la pesca: en sus llanuras y montes se cosechaba abundante aceite y trigo, y el pescado del Tiberiades era abundante y sabroso.

Es la Galilea la patria de Jesús, que en ella pasó casi toda su vida, y de sus Apóstoles, excepto Judas Iscariote. Después de la ruina de Jerusalén fué el centro de la vida religiosa y civil de los judíos, que allí tuvieron sus famosas sinagogas. Tiberiades vino a ser la ciudad santa, residencia de famosos rabinos. Allí nació la *Mischna*, o segunda ley, completada más tarde por la *Gémara*, formando ambas el *Talmud* de Jerusalén.

El dialecto de los galileos era rudo: los jerosolimitanos se mofaban de ellos por esta causa: Pedro es por ello fácilmente conocido en el patio del palacio de Caifás (Mt. 26, 73).

Los sinópticos están llenos de referencias a este bendito lugar de la Galilea: en ella están situadas las ciudades de *Nazaret*, a ciento veinte kilómetros de Jerusalén; *Caná*, a seis de Nazaret; *Cafarnaum*, a treinta y seis; *Tiberiades*, *Corozain*, *Betsaida*, *Magdala*, patria de la Magdalena, el monte

Tabor y el de las *Bienaventuranzas*. En su parte occidental, y formando promontorio sobre el Mediterráneo, está el *Carmelo*.

4. CLIMA, FAUNA Y FLORA DE LA PALESTINA. — Por la configuración y relieve de la Palestina no es uniforme el clima. Desde las estribaciones del Hermón, donde es fría la temperatura a causa de las nieves acumuladas en el monte, hasta las llanuras inmediatas al Mediterráneo y al lago de Genezaret, de clima dulce y templado, hasta las hondonadas del Jordán y del Mar Muerto, donde en parte del año dominan tórridas temperaturas, el termómetro oscila más que en nuestras latitudes, atendiendo sobre todo el área escasa del país. La temperatura media de invierno es, según Fillion, de 11, 8 y 9 grados en diciembre, enero y febrero, de 21 a 25 de mayo a agosto; por ello, como en todos los países meridionales, la vida es poco casera. Predomina en aquel país el régimen seco de mayo a octubre, y el lluvioso, de noviembre a abril. Dan las lluvias los vientos predominantes del oeste, por venir saturados de la humedad del Mediterráneo. En cambio, los vientos de mediodía, caldeados en los desiertos de la Arabia, producen calores a veces insoportables: "Cuando veis asomar una nube de poniente, decía Jesús al pueblo, inmediatamente decís: Agua viene, y es así. Y cuando sopla del austro, decís: Hará calor, y así sucede" (Lc. 12, 54-55). Templan los calores las brisas marinas y el airecillo del Hermón, que produce el abundante rocío de que nos habla el Salmista (132, 3; Cant. 2, 17; 5, 2).

La variedad de clima explica la variadísima flora de Tierra Santa: sus altos montes veíanse en otros tiempos coronados del cedro y el ciprés, propios de las regiones nortefías, y en sus llanuras crece la palma y se cosechan sabrosos frutos. La Galilea tiene nogales y madroños; en hondonadas y llanuras se da abundante trigo, cebada y maíz: olivos, higueras y viñedos se hallan en toda la región: a ellos alude con frecuencia el Señor. Y no faltan parajes, en las inmediaciones del Mediterráneo, en la hondonada del Jordán y especialmente en Jericó, donde se crían delicadas flores de pin-

tados pétalos y en cuya llanura hemos visto recientemente un campo de bananos cargados de fruto. Con todo, abundan extremadamente las plantas espinosas, que invaden con rapidez los mismos terrenos de cultivo: la Biblia hebrea tiene hasta veintisiete nombres para designarlas: sabido es el papel que juegan en la parábola del sembrador (Mt. 13, 3 y siguientes).

Por lo que atañe a la fauna, poco parece haber variado desde los tiempos de Jesús. Entre los animales domésticos se cuentan el camello, el caballo, el asno, el mulo, el buey, la cabra, el carnero y las abejas. En el Evangelio se sacan ejemplos y comparaciones de algunos de estos animales. Es más difícil entren los ricos en el cielo, que pase un camello por el ojo de una aguja (Mt. 19, 24). Juan el Bautista llevaba un vestido tejido de pelo de camello (Mc. 1, 6). Los fariseos colaban el mosquito y se tragaban el camello (Mt. 23, 24). El buey y el asno, que son conducidos al abrevadero, le ofrecen a Jesús argumento ingenioso para hacer callar a sus enemigos (Lc. 13, 15; 14, 5): monta una asna en su entrada en Jerusalén (Lc. 19, 30). Él es el buen Pastor, que conoce a sus ovejas (Ioh. 10, 14). La oveja entra como elemento en deliciosos pasajes del Evangelio (Mt. 12, 11; Ioh. 10, 3-27; Mt. 10, 6-16; Lc. 15, 4). El Bautista se alimentaba de la miel silvestre (Mt. 3, 4). Los perros, a que se hace referencia en el episodio de Lázaro el pobre (Lc. 16, 21), apenas si se hallan en la Palestina en estado de domesticidad: forman repugnantes bandadas que recorren las calles para hartarse de desperdicios e inmundicias, como en la mayor parte de países del Oriente.

Hay variedad de pájaros, a que hace alusión Jesús en la parábola del sembrador y en el sermón de la Providencia (Mt. 13, 3; 6, 26): los cuervos, "que no siembran ni siegan ni tienen graneros, y Dios los alimenta" (Lc. 12, 24); y las aves de rapiña que se juntan para devorar los cadáveres (Mt. 24, 28). Es prodigioso el número de serpientes y escorpiones: Jesús da a sus discípulos el poder de andar impunemente sobre las serpientes, y de cogerlas: a ellas son comparados los fariseos (Lc. 10, 19; Mc. 16, 18; Mt. 23, 33):

al que pide un huevo no se le dará un escorpión (Lc. 11, 12). La zorra, a la que compara Jesús a Herodes (Lc. 13, 32), tiene sus guaridas, mientras el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza (Mt. 8, 20; Lc. 9, 58).

Basten estas someras nociones sobre el venturoso país en que vivió el Hijo de Dios hecho hombre; que le dió el cotidiano sustento y el aire que respiraba; cuyos lagos y fuentes reflejaron su rostro divino; en cuyos prados y montes enseñó la doctrina que debía ser la salvación del mundo; cuyas costumbres fueron las mismas costumbres adoptadas por el Verbo humanado en su trato con los hombres. Se darán nuevos detalles a medida que la explicación del sagrado texto lo reclame.

Por lo demás, dentro de su pequeñez, y si se quiere de su miseria, el país de Jesús ofrece particularidades providenciales. Se atribuye a Cicerón la frase de que "pequeño Dios debería ser el Dios de país tan insignificante". San Jerónimo se ruborizaba, escribiendo a Dardano, de indicar la extensión de la Palestina, para no dar pie al escándalo de los gentiles, acostumbrados a las humanas grandezas, mayormente tratándose de un pueblo contiguo a los antiguos y poderosísimos imperios de la Asiria, Caldea, Persia y el Egipto.

Con todo, la Palestina ofrece caracteres de universalidad que no se hallarían en ninguna otra parte del globo. Ella ocupa casi el centro geográfico entre las más poderosas naciones y las civilizaciones más florecientes. Unida por el oriente con las civilizaciones del Asia; con la Asiria por el norte; a corta distancia del Egipto por el sur; lindante con el Mediterráneo por el occidente, que le consentía ponerse en contacto con la poderosa Roma y Grecia la florida, la Tierra Santa es el verdadero punto central desde donde la estrategia divina debía dirigir los ejércitos de los evangelizadores para llevar al mundo la luz de Cristo. Su inmediatez con la Fenicia, pueblo de espíritu mercantil y aventurero, la misma naturaleza del pueblo judío, que tenía su corazón en Jerusalén, pero que se hallaba disperso por todo el mundo entonces conocido, formando la *Diáspora*, debían

facilitar la expansión del Evangelio que, introducido primero en las sinagogas judías, debía luego derivarse hasta las mismas entrañas del paganismo en que aquéllas se hallaban instaladas. "Esto dice el Señor Dios, dice el profeta: Ésta es Jerusalén: la puse en medio de las naciones y de los países que están a su derredor" (Ez. 5, 5).

El mismo cuadro geográfico en que se formaron la Biblia y el Evangelio, tiene este carácter universal que le hacen familiar con el genio de todos los pueblos y razas. Con razón se ha dicho que ningún país como éste era capaz de ilustrar unos libros que debían ser leídos y comprendidos por los hombres del norte y los del sur, y enseñar la verdad al habitante de los trópicos como al de las regiones polares. La misma historia del pueblo que habitó el país de la Palestina por más de quince siglos, de Josué a la ruina de Jerusalén, pasó por todas las vicisitudes por que puede un pueblo pasar. Sobre él se cernieron días de prosperidad y de inauditos desastres: la bendición de Dios le exaltó hasta lo sumo, y su maldición le abatió hasta ser el ludibrio de todos los pueblos. Pasó por todas las formas de gobierno. Siendo el pueblo de Dios, cayó en los más execrables excesos. Sus profetas son aún los doctores del mundo, y su plegaria no cesará sino con los siglos de iluminar el pensamiento y enardecer el corazón de las razas creyentes. El Dios de todos los hombres quiso hacer de la tierra y del pueblo judíos como un resonador, universal y eterno, de todos los pueblos a quienes desde allí derivó la verdadera vida del espíritu, que es la vida del verdadero Dios.

CAPÍTULO II

Estado político de la Palestina en tiempo de Jesucristo

I. EL PUEBLO JUDÍO. — Llámanse así el pueblo singular, por sus caracteres raciales, por su historia, por sus destinos, salido del patriarca Abraham. "Raza somos de Abraham, y nunca servimos a nadie", le decían a Jesús en cierta ocasión los judíos de Jerusalén (Ioh. 8, 53). El nombre nacional de "pueblo de Israel", que abarcaba las doce tribus, salidas de los doce hijos de Jacob, nieto de Abraham, fué substituído más tarde por el de "pueblo judío", apelativo peculiar de la tribu de Judá, en la que estaban vinculadas la realeza y las grandes promesas que había hecho Dios a su pueblo de predilección.

En tiempos de Jesucristo constituían el pueblo judío dos grandes sectores: los judíos que llamaríamos indígenas, que habitaban en la tierra de Palestina y que formaban el cuerpo de la nación, y los de la Dispersión, o *Diáspora*, que por causas políticas o económicas habían salido de la Palestina, formando numerosas colonias en todo el mundo entonces conocido.

Más fácil es determinar el número de judíos que formaban el núcleo de la nación que el de los que, por azares de la vida, y por especialísima providencia de Dios, constituían la *Diáspora*. Aquéllos llegaban a formar una población, en todo el territorio de Palestina, de dos a dos y medio millones de habitantes. No puede aventurarse un cálculo de los de la *Diáspora*. Solamente en Egipto, según testimonio de Filón, contemporáneo de Jesucristo, se contaban un millón, de los que la mitad moraban en la ciudad de Alejandría.

Judíos de la Palestina y de la Dispersión estaban estrechamente unidos, no sólo por la unidad de sangre, sino por comunidad política y religiosa. Jerusalén era el centro político-religioso de esta nación peregrina, cuyos súbditos, rebasando los estrechos límites territoriales de las antiguas tribus, se habían diseminado por todo el mundo, formando un pueblo que trascendía en cierta manera sobre los otros pueblos, y que por su tenacidad, por su don de gentes, por su astucia, llegó muchas veces a dominarlos.

El Templo de Jerusalén era como la casa solariega y el fundamento de la unidad del pueblo judío, de los de la Palestina y de los de fuera. La *Diáspora* no tenía templos: el de Leontópolis, en Egipto, y el que parece tuvieron los judíos de Elefantina, cerca de la Etiopía, son una excepción. Los cultos religiosos se celebraban en las sinagogas, y se decían las preces de cara a Jerusalén. Esta comunión espiritual con el culto del Templo único, la unidad de ley y la comunidad de esperanzas daban a este raro pueblo una cohesión de la que no se halla ejemplo en la historia. La visita anual al templo de Jerusalén con motivo de la gran fiesta de la Pascua, en la que, según testimonio de Josefo, exagerado sin duda, se agolpaban en la Ciudad Santa hasta tres millones de judíos, mantenía vivo el fuego del amor patrio y era como un fuerte latido de la vida política y religiosa del centro teocrático que sostenía en la unidad a los dispersos.

Fué esto una gran providencia de Dios. En Jerusalén, y con motivo de la Pascua, oírán los judíos de la *Diáspora* a los apóstoles predicar el Evangelio cada uno en su propia lengua, en medio de la estupefacción de todos (Act. 2, 7-12); y cuando se distribuyan los discípulos del Señor la tierra para evangelizarla, hallarán en las sinagogas de las colonias judías fácil manera de predicar la Buena Nueva que substituya las observancias de la Ley caduca.

Cumplida esta misión providencial se romperá definitivamente la unidad política y religiosa del pueblo judío. Cuando aparece Jesús sufre este pueblo la última de sus crisis políticas, de la que no podrá ya rehacerse. El idumeo Herodes ha suplantado a los reyes de Judá: su mano dura, cruel,

tal vez su sagacidad política, que parece le ha conquistado el sobrenombre de "el Grande", habrá podido mantener las apariencias de unidad nacional en la Palestina. De hecho, ni él ni los que puso él a su muerte como reyezuelos que gobernarán las distintas provincias de la Palestina, tuvieron la autonomía de verdaderos reyes. Menos la tuvo aún aquel pueblo que había llegado a las postrimerías de su historia.

Porque "cuando Jesús vino a hacerse bautizar por Juan, el pueblo israelita, que ocupaba la Tierra Santa, estaba distribuido en circunscripciones políticas distintas, sometidas a diferentes regímenes: en el norte, regiones gobernadas por dos hijos de Herodes; en el sur, el control inmediato del Procurador romano; en todas partes la hegemonía imperial. Pero este alto poder dejaba ancho campo a los partidos, a las agrupaciones, a las costumbres locales. Roma toleraba así las relaciones, el tributo anual, las peregrinaciones de las juderías de la Dispersión a Jerusalén, y, a condición de ser la dominadora, concedía de buen grado a las colonias israelitas dispensas, derechos, a veces envidiables privilegios. Es en la Inglaterra imperial donde podemos hallar un tipo que nos permita darnos cuenta de la realidad de la situación del pueblo judío" (1).

Para conocerla algo, vamos a dar someramente idea de los diversos factores políticos que condicionaron la vida del pueblo judío en tiempo de Jesucristo.

2. CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE ISRAEL: LA TEOCRACIA. Desde sus mismos comienzos el régimen de Israel fué teocrático, en la estricta significación de la palabra. Dios era el rey, legislador y juez de Israel, como Israel era el pueblo de Dios. Para ello lo fundó Dios, con la vocación de Abraham; lo sacó de la servidumbre del Egipto, con manifestaciones asombrosas de su poder, y le concedió la tierra de Canaán, la actual Palestina, para que la habitase, destruyendo previamente, en virtud de su supremo dominio sobre tierras

(1) GRANDMAISON: *Jésus-Christ*, I, 249-250.

y naciones, a los moradores de aquella tierra, prometida a los israelitas.

Fundamento de la teocracia fué el Decálogo, con las leyes religiosas, civiles y judiciales que le completaron. De esta suerte la Iglesia y el Estado o república estaban tan íntimamente unidos en este pueblo, que cualquier ley e institución política tenía un carácter religioso, y toda potestad, de cualquier orden, era considerada como una participación de la autoridad y del poder de Dios. La circuncisión era como el sacramento de iniciación en el pueblo de Dios. A éste había vinculado Dios las promesas de la futura redención y le había hecho depositario de la doctrina revelada. El pueblo, en cambio, debía observar fidelidad con respecto a su Dios, apartándose de la idolatría. Fin de la teocracia era la santificación del pueblo.

El Dios invisible venía en el pueblo de Dios representado por las personas que en su Nombre gobernaban la teocracia de Israel. El régimen patriarcal primero, representado por Abraham—el hijo de Sem trasplantado por orden divina a tierra extraña donde debía constituir el pueblo de Dios—, Isaac, Jacob y José: los patriarcas desconocidos que le rigieron durante su permanencia y maravillosa multiplicación en Egipto, por espacio de cerca de tres siglos y medio: Moisés, Josué y los Jueces, hasta el último de ellos, Samuel, durante el viaje por el desierto y los cuatrocientos años primeros de la posesión de la tierra de Canaán: los reyes de las doce tribus, Saúl, David y Salomón durante ciento diez y nueve años de gobierno bajo un solo cetro real: los reyes de Judá, en cuya rama estaban vinculadas las divinas promesas, hasta la emigración a Babilonia, destruido que fué dicho reino: el régimen pontifical iniciado por Esdras y Nehemías después de la cautividad de Babilonia, hasta el advenimiento de los Macabeos o Hasmoneos, que entroncaron con las dinastías de los Herodes: he aquí rápidamente esbozada la serie de personas que en nombre de Dios gobernaron la nación teocrática, hasta que llegase quien había de recibir el trono de David, su padre, es decir, el Hijo del Altísimo (Lc. I, 32).

3. LOS HASMONEOS: DINASTÍA DE LOS HERODES. — La monarquía de Judá cesó con la destrucción de este reino por Nabucodonosor: Sedecías fué el último de la serie de veinte reyes que ocuparon el trono de las dos tribus después de Salomón. Durante la cautividad de Babilonia quedó como en suspenso el régimen teocrático, bien que jamás faltó la sucesión de la casa de Judá, de la cual, al cesar de nuevo la monarquía restablecida, debía salir el Mesías prometido al pueblo de Dios.

Resurgió la monarquía teocrática con los Macabeos, que más tarde entroncaron con los Herodes, en cuyo reinado nació Jesús. Es interesante conocer la forma cómo se introdujeron los Herodes en el régimen del pueblo de Dios. A más de que ocurre mención de los Herodes en distintos lugares del Evangelio, el hecho de su aparición en el trono de Judá fué la señal de que había llegado el tiempo de cumplirse la profecía de Jacob: "No será quitado de Judá el cetro, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la esperanza de las naciones" (Gen. 49, 10).

Después de la cautividad de Babilonia y restaurado el pueblo de Israel bajo el régimen de los pontífices, no pudo gozar en paz de la libertad que Ciro le había concedido. Enclavada la Palestina entre dos poderosos imperios, el Egipto, al sur, gobernado por la dinastía de los Tolomeos, y la Siria, al norte, bajo el cetro de los Seléucidas, vióse obligado a balancearse políticamente entre los dos colosos, según la preponderancia que cada uno de ellos obtenía. Hacia el año 170 antes de Jesucristo, el Seleuco Antíoco IV Epifanes quiso paganizar la Palestina: irritado por la resistencia de los judíos, irrumpió en el territorio, se apoderó de Jerusalén y de su templo, profanó el santuario con la sangre de inmundos animales y con la erección de una estatua a Júpiter Olímpico sobre su altar, verificándose la profecía de Daniel sobre la "abominación de la desolación" (Dan. 11, 31; 1 Mac. 1, 20-57).

Fué entonces cuando *Matatías*, el padre de los Macabeos, se levantó contra el invasor en una pequeña ciudad de las montañas de Judea, continuando y dilatando la insurrección

nacional contra el intruso sus hijos Judas, Jonatás y Simón, quienes, después de una épica lucha de varios años, descrita en los libros de los Macabeos, lograron la libertad de su pueblo: éste, agradecido, en plebiscito habido el año 141 antes de Jesucristo, declaró la realeza y el sumo sacerdocio vinculados por derecho hereditario en la familia de los Macabeos o Hasmoneos (1).

No fué larga la dinastía de los Macabeos: a *Simón*, hijo de *Matatías*, sucedió su hijo *Juan Hircano* (135-104); a éste, *Aristóbulo I* (104-103), que fué el primero en denominarse rey después de Sedecías y que no gobernó más que un año, dejando el reino a su hermano *Alejandro Janeo* (103-76), que casó con *Alejandra*, de la misma familia de los Macabeos, única mujer en toda la serie de los jefes de la teocracia de Israel, a la que dejó la administración del reino a su muerte (76-67), dejando dos hijos, *Hircano II* y *Aristóbulo II*, cuyas querellas dieron lugar a la intromisión de los Herodes en el reino de Judá.

Correspondía la corona a Hircano, el mayor de los dos hermanos, pero se la arrebató *Aristóbulo*, junto con la dignidad pontificia, en lucha por ambos sostenida. Fué entonces cuando intervino *Antipas*, padre de Herodes el Grande, en la cosa pública de Judea. Era *Antipas*, o *Antipater*, idumeo y gobernador de su país: hombre rico, ambicioso y astuto, persuadió a Hircano se levantara otra vez en guerra contra *Aristóbulo*; pero fué aquél vencido por segunda vez por su hermano, ayudado de Emilio Scauro, legado de Pompeyo en Oriente. Llegado a Damasco el mismo Pompeyo en persona, y siéndole sometida a su decisión la cuestión de la realeza de los dos hermanos, la decidió en favor de Hircano: resistió *Aristóbulo* a Pompeyo, quien puso sitio a Jerusalén y se apoderó de la ciudad y del templo: instituyó a Hircano pon-

(1) "Macabeo" equivale a "martillo", o martilleador: así fué llamado el primero, Judas, hijo de *Matatías* el Hasmoneo, por las fulgurantes victorias obtenidas contra sus enemigos, de los que más tarde fué víctima. Recuérdese a Carlos Martel, o "martillo". "Hasmoneo" es el nombre gentilicio de los Macabeos, pues *Matatías* era oriundo de *Hasmón*, de la tribu de Judá.

tífice y etnarca y se llevó consigo a Roma a Aristóbulo. De esta suerte perdió la Judea su libertad, siendo tributaria de Roma aunque no fué de momento reducida a provincia romana. Era el año 65 antes de Jesucristo.

Entretanto el idumeo Antipas que, sin abandonar completamente a Hircano, se había inclinado del lado de los romanos triunfantes en Palestina, lograba para sí el título de gobernador de Judea, e instituía a sus hijos *Fasael* y *Herodes*, al primero gobernador de Jerusalén y al segundo administrador de la Galilea. Lucharon aún los Hasmoneos entre sí para recuperar la realeza y pontificado perdidos, y en estas luchas murieron casi todos ellos de modo violento. También Antipas murió envenenado. *Antígono*, hijo de Aristóbulo II, ayudado por los Partos, venció a su tío Hircano y le envió, después de amputarle las orejas, a Babilonia; encarceló a Fasael, quien se suicidó en la prisión. Herodes, temeroso de su suerte, huyó a Roma, donde logró que por decreto senatorial se le nombrara rey de la Judea.

Herodes había casado con Mariamna, hasmonea, nieta de Aristóbulo II; ambicioso y sanguinario a la vez, ante la posibilidad de perder su reino, acaba de exterminar a los hasmoneos. A Hircano, desterrado en Babilonia, le manda venir a Judea y le mata: obtiene también por soborno la muerte de Antígono, sobrino de Hircano e hijo de Aristóbulo II; entrega asimismo a la muerte a su propia esposa Mariamna, falsamente acusada de adulterio, y ahoga en el baño al hermano de ésta, *Aristóbulo III*, último de los Hasmoneos y con derecho al supremo pontificado.

De esta suerte salió definitivamente de la casa de Judá el cetro, viniendo a parar en manos del extranjero Herodes. Arrogóse éste, como lo hicieron en lo sucesivo los romanos, el derecho de crear y deponer a su albedrío los pontífices, por lo que mandó fuesen custodiadas las vestiduras pontificales en la fortaleza Baris. Durante su reinado se cumplieron las setenta semanas de Daniel y nació el Mesías.

4. LOS HERODES EN LOS EVANGELIOS. — Para evitar fáciles confusiones en la lectura de los Evangelios, damos la

sucinta historia de los individuos de la familia de Herodes de los que hacen mención los sagrados libros.

1.º *Herodes el Grande*. — Es el hijo de Antipas y de quien se ha hecho ya mérito. Fué rey de toda la Palestina, desde el año 40 al 4 antes de Jesucristo. Ya se verá en su lugar que Jesucristo no nació el año primero de la era vulgar, sino cinco, seis, o tal vez siete años antes. Como fué el matador de sus propios hijos, habidos de su esposa Mariamna, así lo fué de los Santos Inocentes. A él se refieren Lc. 1, 5, cuando dice que "en los días de Herodes rey vivía un sacerdote llamado Zacarías...", y Mt. 2, 1:13.15.19, en la narración del nacimiento de Jesús, matanza de los Inocentes y huida al Egipto. Fué crudelísimo monarca, oprimió con extraordinarios tributos al pueblo, aunque, astuto, trató de bienquistarse con él repartiendo profusamente víveres en tiempo de miseria y levantando suntuosos castillos y palacios en distintos lugares de la Palestina, especialmente el fastuoso templo de su nombre, que sobrepujo en esplendor al mismo templo de Salomón. Fué el único rey, después de los Hasmoneos, con dominación sobre toda la Palestina.

2.º *Hijos de Herodes el Grande*. — Se mencionan cuatro en los Evangelios. *Filipo I*, primer marido de la famosa Herodías (Mc. 6, 17); *Arquelao*, que reinó con el título de etnarca sobre la Judea, Samaria e Idumea, desde la muerte de su padre hasta el año 6 de nuestra era, y a quien se refiere Mt. 2, 22, al hablar de los temores de José de reintegrarse a la Palestina desde Egipto; César Augusto le relegó a Viena, en las Galias, y anexionó la etnarquía de Arquelao a la provincia de Siria, viniendo entonces a la Palestina el primer procurador romano, Coponio: *Filipo II*, que gobernó con el título de tetrarca la Batanea, Traconítide, Iturea y Auranítide, durante treinta y siete años. A su muerte su tetrarquía fué asimismo anexionada por Tiberio a la provincia de Siria. Hace de él mención Lc. 3, 1, al puntualizar el momento histórico en que apareció el Bautista predicando penitencia: *Herodes Antipas*, tetrarca de la Galilea y Perea desde la muerte de su padre hasta el año 39 después de Jesucristo. De él hablan especialmente los Evangelios: era tetrarca de la Galilea cuan-

do el comienzo de la predicación del Bautista (Lc. 3, 1): vivió incestuosamente con su cuñada Herodías y encarceló al Bautista (Lc. 3, 19.20; Mt. 14, 3 y sigs.; Mc. 6, 17 y sigs.): tuvo por procurador a Cusa, cuya esposa Juana fué de las santas mujeres que siguieron y ayudaron a Cristo con sus bienes (Lc. 8, 3): a su orden fué degollado el Bautista: Jesús le llama "zorro", y es el que hace escarnio de Jesús en su pasión (Mc. 6, 27; Lc. 13, 32; 23, 8 y sigs.).

3.º La *Herodías*, del Evangelio, fué nieta de Herodes el Grande, sobrina de su primer marido Filippo I, de quien tuvo a su hija Salomé, la saltatriz, y asimismo sobrina de Herodes Antipas, con quien, por lo mismo, vivió unida en doble incesto.

5. LOS PROCURADORES ROMANOS. — Al ser desterrado Arquelao, el hijo mayor de Herodes el Grande, la Judea y Samaria, que constituían sus estados, fueron agregados, como hemos dicho, a la provincia romana de Siria: ello significaba la caída definitiva de estos países bajo la dominación romana, que paulatinamente se había apoderado de todo el mundo entonces conocido. Sólo que estos países de la Palestina, por razón del carácter levantisco de los judíos, por su arraigado espíritu nacional y por lo excepcional de su religión monoteísta y espiritualista, sentimientos en que se concretaba la tradición de sus mayores, no estuvieron directamente gobernados por los presidentes o gobernadores romanos de la Siria, sino que fueron designados gobernadores con poderes especiales para este pueblo y que recibieron el nombre de "procuradores": ellos representaban en el antiguo reino de Judá el poder imperial de Roma. Tuvo la Palestina catorce procuradores romanos desde la deposición de Arquelao hasta la ruina de Jerusalén, por Tito, el año 70 de nuestra era. De ellos sólo uno mencionan los Evangelios, *Poncio Pilatos*, y dos los Hechos Apostólicos, *Félix* y *Festo*.

Más o menos hábiles, más o menos tolerantes con la religión y costumbres de aquel pueblo veinte veces secular, orgulloso de su pasada grandeza y con la firme esperanza en un pronto y glorioso resurgimiento, los procuradores roma-

nos no hicieron más que retardar un choque violento, que no debía tardar en producirse, para que quedara definitivamente aplastado el antiguo pueblo de Dios. Del templo de Herodes, que representaba el corazón de las instituciones políticas y religiosas de Israel, no debía quedar piedra sobre piedra, según la solemne profecía de Jesús. Con Jerusalén y el templo se deshizo políticamente el reino teocrático fundado por Dios con la vocación de Abraham. Ni se necesitaban ya la ciudad santa y su santuario desde que se habían llenado los designios de Dios sobre ellos, y había sido el templo visitado por el Dominador Jesús, cuyo Evangelio debía ser la carta magna sobre que se fundara el nuevo reino del espíritu, universal y eterno.

6. EL SANEDRÍN O SINEDRIO. — No sería completo el esquema de la constitución política de Israel si no describiéramos sumariamente la naturaleza y funciones de este altísimo Tribunal, único resorte que conservó alguna fuerza en los últimos tiempos de la nación.

Cuanto a su origen, los rabinos hacían remontar su fundación a los tiempos de Moisés, aunque mejor diríamos que fué instituido después del destierro de Babilonia y consentido por los Seléucidas, a fin de que tuvieran los judíos un organismo por el que se gobernarán autónómicamente. La falta de sacerdotes, la cesación del culto, las dificultades de una restauración política y religiosa, la decadencia de la casa de David, fueron otros tantos factores que determinaron la constitución de esta gran asamblea, que seguramente se calcó sobre el consejo de los ancianos instituido por Moisés (Num. 11, 16 y sigs.).

Constaba el Tribunal de un presidente, ordinariamente el Sumo Sacerdote en funciones, y de setenta miembros integrados por estas tres categorías de personas: 1.º Los *principes de los sacerdotes*: eran éstos los que habían ejercido el cargo de Sumo Sacerdote (desde que éste dejó de ser vitalicio), miembros de las familias de ellos y, según algunos, lo que rotundamente niega Kortleitner, los jefes de las veinticuatro familias sacerdotales. 2.º Los *escribas* o peritos en

la ley, cuya influencia en el Sanedrín era muy grande. 3.^a Los *ancianos*, nombre que, en toda su amplitud, comprende sacerdotes y no sacerdotes. Era, pues, el Sinedrío una institución aristocrática compuesta de la aristocracia sacerdotal, intelectual y civil. Los escribas casi todos pertenecían a la secta de los fariseos, mientras que el Sumo Sacerdote y los príncipes de los sacerdotes pertenecían a la de los saduceos. De esta circunstancia se valió San Pablo para promover una discusión entre los miembros del Sanedrín, cuando compareció ante éste, proponiendo la cuestión sobre la resurrección, en la que saduceos y fariseos andaban divididos (Act. c. 23).

Eran de la jurisdicción del Sinedrío el supremo magisterio, la alta administración de la república, así en el orden civil como en el religioso, y el máximo poder judicial. Era el Sinedrío a la vez una asamblea de doctores, un parlamento nacional y un tribunal de justicia, todo en sus supremas facultades y funciones. Por espacio de cuatrocientos años mantuvo este tribunal su autoridad absoluta. Herodes trató de enervarla y en parte lo consiguió: pero los secretos resortes que mueven a un pueblo estuvieron siempre en manos de los sinedritas.

En tiempo de los romanos vió el Sinedrío perecer su autoridad política: conservó, con todo, su autoridad doctrinal y judicial, incluso la de sancionar los grandes crímenes con sentencia de muerte, aunque no la podía mandar ejecutar sin autorización especial del procurador: "No nos es lícito matar a nadie", le decían los judíos a Pilatos, recalitrando contra esta ley prohibitiva (Ioh. 18, 31). El Sinedrío fué el que, en virtud de sus poderes doctrinales, envió una embajada al Bautista pidiéndole explicaciones sobre su predicación y su bautismo (Ioh. 1, 19 y sigs.): y en sus altas funciones de magisterio y judicatura a la vez, juzgó y condenó a Jesús en el proceso, ilegal e inicuo, a que sometió al divino Redentor.

El lugar del Sinedrío no era el templo, salvo para dictar sentencia capital cuando disfrutaba el Sinedrío la facultad de sancionar los crímenes con la pena de muerte. Fué una ex-

cepción el que se reunieran los sinedritas en la casa del Pontífice para juzgar a Jesús, debida tal vez a la premura del tiempo. El lugar ordinario parece haber sido una sala o dependencia situada en el declive de la colina en que se levantaba el templo.

A más de este Sanedrín había otros formados de 23 miembros en las localidades que contaban a lo menos 320 habitantes. En los lugares de menor importancia había sinedrios formados por tres jueces. Jerusalén, a más del gran Sinedrío, tenía otros dos menores para evacuar los asuntos menos importantes.

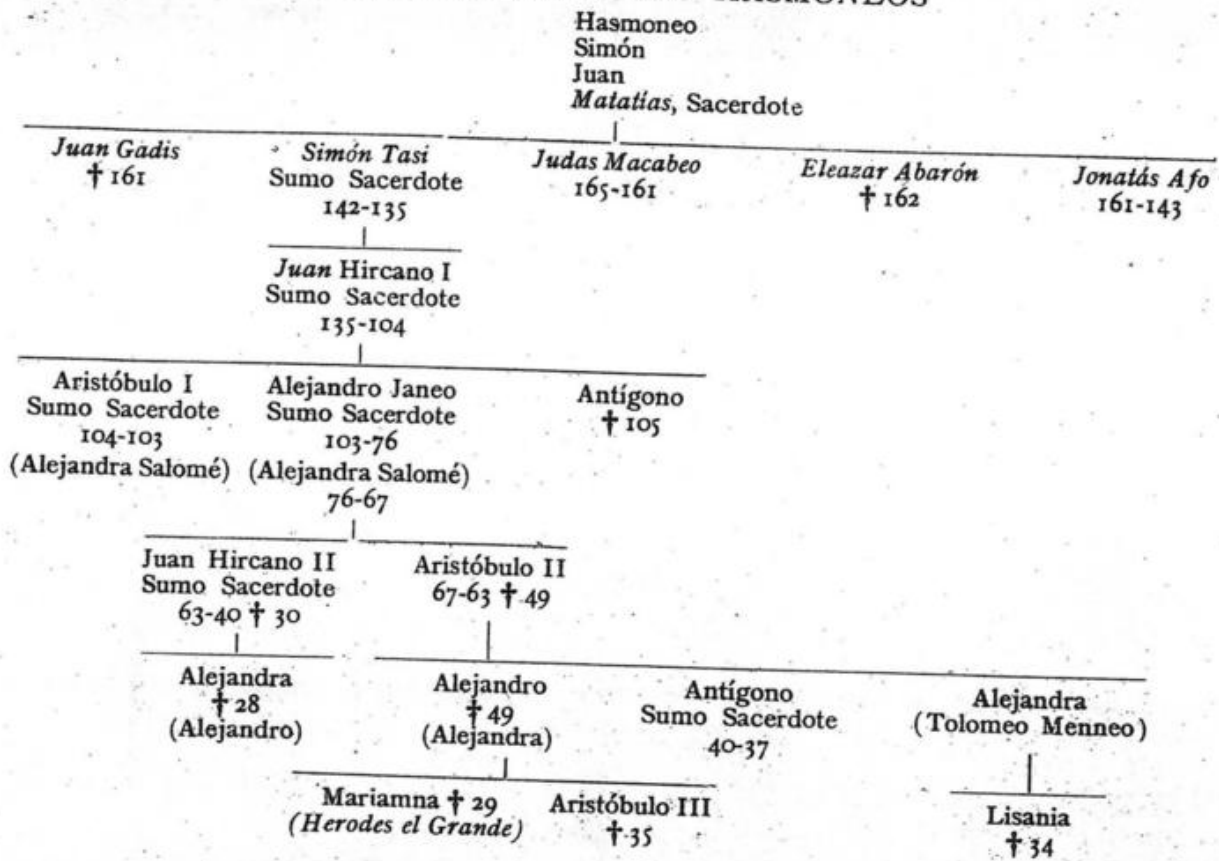
Para facilitar el conocimiento de la situación política de la Palestina en tiempo de Jesucristo y aclarar no pocos pasajes de los Evangelios con ella relacionados, damos las siguientes tablas, en las que aparece en síntesis el movimiento de los jefes políticos contemporáneos de Jesús o inmediatos a Él.



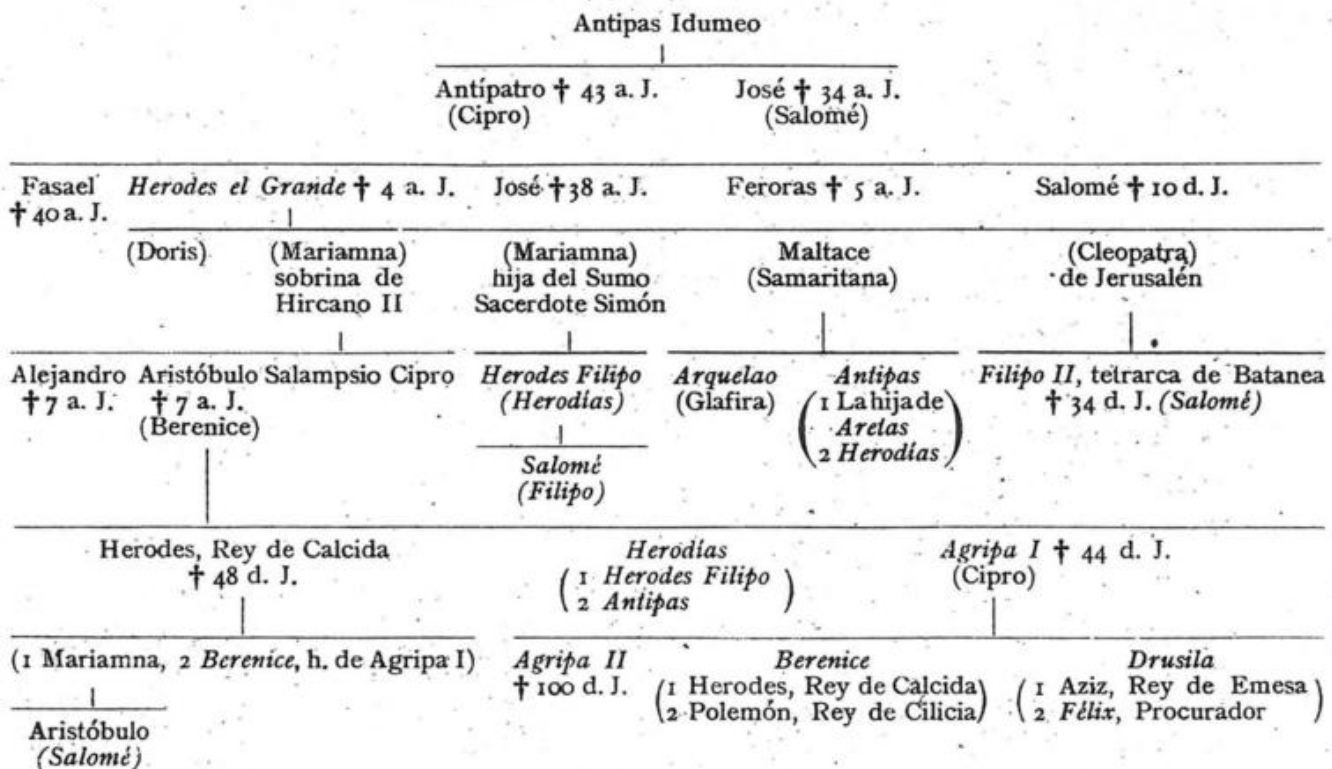
**TABLA GENERAL DE LA HISTORIA DEL PUEBLO JUDIO
DESDE HERODES EL GRANDE HASTA LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN**

	ROMANOS			JUDÍOS			PONTÍFICES
	EMPERADORES	PREFECTOS DE SIRIA	PROCURADORES DE PALESTINA	REYES O PRÍNCIPES			
714 (-40)	Augusto 723-767 (-31 - +14)	Saturnino Quintilio Varo		Herodes el Grande, rey de toda la Palestina 714-750			Ananelo Aristóbulo
723 (-31)				Quirino (vez 1. ^a)	Coponio Marco Amhivio Annio Rufo Valerio Gunato	Idumea Samaria Judea	
750 (-4)	Quirino (vez 2. ^a)	Poncio Pilato	Arquelao 750-759 (-4 - +6)				Filipo 750-786 (-4 - +33)
767 (14)	Tiberio 767-790 (14-37)			Calpurnio Pisón C. Sentio Saturnino Elio Samia Flaco	La Palestina se anexiona de nuevo a la provincia de Siria 759-794 (6-41)		
786 (33)	Vitelio	Marcelo	Ismael Eleazar Simón José Caifás				
	Calígula 790-794 (37-41)	Petronio			Agripa I 790-797 (37-44)	Agripa I 793 (40)	Simón Matías Elioneo
793 (40)	Claudio 794-807 (41-54)	Marso Casio Longinos Umidio Qua- drado	Cuspido Fado Tiberio Alejan- dro Cumano	Agripa I 794 (41)	Reina sobre las dos pro- vincias.	José	
794 (41)				Félix	Reina sobre toda la Palestina. Muerto Agripa I, a. 797 (44), la Palestina se anexiona de nuevo a la provincia de Siria.		Agripa II, que habíasido rey de Cal- cida, 801-806 (48-53), obtie- ne de Claudio la provincia de Filipo.
797 (44)	Domicio Cór- bulo	Porcio Festo Albino Gesio Floro	Agripa II obtiene de Ne- rón las regiones septen- trionales de la Galilea y de la Perea, y reina hasta el tiempo de Ves- pasiano.			José Anano Jesús Damneo	
806 (53)				Gestio Galo	Jesús Gamaliel Matías		
807 (54)	Nerón 807-821 (54-68)	Muciano					
821 (68)	Galba 821 (68)			Vespasiano enviado por Nerón lucha contra los judíos rebeldes hasta ser aclamado por sus soldados Empera- dor.	Fañías		
822 (69)	Otón 822 (69)	Marco Antonio Juliano	Destrucción de Jerusalén por Tito, hijo de Vespasiano, año 70.				
822 (69)	Vitelio 822 (69)						
822 (69)	Vespasiano 822-832 (69-79)						

GENEALOGIA DE LOS HASMONEOS



FAMILIA DE HERODES



NOTAS.— Los nombres de estos dos últimos cuadros incluidos entre paréntesis denotan los cónyuges. Los nombres en letra cursiva designan las personas bíblicas.

CAPÍTULO III

**Instituciones religiosas de los judíos
en tiempo de Jesucristo**

Los Evangelios están llenos de alusiones a los lugares sagrados, personas y costumbres religiosas del tiempo de Jesús. Describiremos sucintamente lo más notable en este particular y que dé más luz para la interpretación del texto sagrado.

I. LUGARES SAGRADOS: EL TEMPLO. — El pueblo de Israel no tuvo más que un templo. Próximo Moisés a introducir a los hebreos en la tierra prometida, mandó que al entrar en ella fuesen destruidos todos los templos de Canaán, y se dedicara al culto de Dios un solo lugar, sin duda para conservar la integridad y la unidad de la religión verdadera (Deut. 11, 31.32; 12, 2-6.13-16). El primer templo de Israel fué móvil, el Tabernáculo; luego levantó Salomón el primer templo fijo, suntuosísimo, que fué destruido el 587-6 por Nabucodonosor: *Zorobabel*, en el mismo lugar del anterior, levantó el segundo, más humilde, al retorno de los judíos de Babilonia, habiéndose celebrado solemnemente en él, ya el año 516, la fiesta de la Pascua; y *Herodes el Grande* erigió el tercero, pocos años antes de Jesucristo, y es el que se indica en diversos lugares de los Evangelios. Aunque introdujo Herodes grandes modificaciones en el templo de Zorobabel, respetó el plan primitivo, por lo cual los judíos siguieron llamándole el "segundo templo", o segunda casa de Dios: a él debía venir el Dominador Jesús, cumpliendo la profecía de

Malaquías: "Y luego vendrá a su templo el Dominador a quien vosotros buscáis..." (Mal. 3, 1).

Era realmente soberbio el templo de Herodes. Estaba emplazado en el monte Moria, al este de Jerusalén, frente al monte de los Olivos y dominando el valle de Cedrón, ofreciendo soberbio golpe de vista a los que visitaban la ciudad. Más de diez y ocho mil obreros trabajaron en él por espacio de muchos años, especialmente los ocho primeros, que eran los tiempos de la infancia de María, madre de Jesús. Flavio Josefo, testigo ocular de la magnificencia del templo herodiano, da de él interesantes detalles. Formaban sus muros enormes bloques de piedra de nueve metros de largo por cerca de tres de ancho y más de dos de alto. Así se comprende que los discípulos del Señor, gente ruda, que se dejaba impresionar más por la enormidad de la masa que por la delicadeza del arte, exclamasen a la salida del templo: "Maestro, mira qué piedras y qué construcciones" (Mc. 13, 1). Josefo nos ha dejado esta descripción de la gran fábrica: "Todo en el exterior del Templo era admirable a los ojos y al espíritu. Su fachada estaba enteramente cubierta de gruesas láminas de oro. De esta suerte, a la salida del sol resplandecía el templo con destellos de fuego, y cuantos querían mirarle debían volver los ojos como heridos por los rayos solares. A los viajeros que venían de lejos, les aparecía como montaña de nieve, porque donde no estaba revestido de oro era completamente blanco. Su arista superior estaba erizada de agujas finísimas de oro, para que no se posaran en él las aves y le ensuciaran." Tácito dice del Templo de Herodes que era de una "inmensa opulencia" (1).

Las referencias que del Templo hallamos en los Evangelios no nos permiten formar idea de su estilo (Mt. 24, 1; Lc. 21, 5). Dada la predilección de Herodes por el griego, como es de ver en sus mismas construcciones de la Palestina, es de suponer que, respetando las exigencias generales del culto judío, dominaría en el Templo el gusto clásico. La totalidad del área destinada a santuario estaba cerrada por

(1) VIGOUROUX: *Dict. de la Bible*, 5, 2067.

los llamados *pórticos*, en cuadrilátero, dos de ellos llamados el *real* y el de *Salomón*, vastísimos deambulatorios cuya techumbre soportaban gran número de columnas de ocho metros de alto y de más de once en el pórtico "real". Cerraban estos pórticos el recinto del templo, formando un cuadrilátero de 185 metros de ancho por unos 450 de largo, en uno de cuyos ángulos se levantaba la *fortaleza Antonia*, o Baris. Servían los pórticos para resguardarse del sol y de la lluvia, y en ellos estaban instalados los puestos de venta y cambio para los sacrificios, así como el lugar donde se reunían los doctores (Ioh. 2, 14; 10, 23; Lc. 2, 46).

En el vasto recinto cerrado por los pórticos había varios *atrios* o patios a cielo abierto, situados a diferente nivel y que comunicaban unos con otros por graderías. El más amplio de ellos era el de los *gentiles*, accesible a todo el mundo y contiguo a los pórticos. Dentro de él se levantaba un muro de 1,35 metros de altura, formando cuadrilátero, con trece aberturas y otras tantas columnas en que se leía una inscripción prohibitiva de pasar aquellos límites a quienes no fuesen judíos, bajo pena de muerte. En el centro del rectángulo formado por este muro y sobre una gradería de quince peldaños quedaba otro espacio rectangular en que se levantaba el templo propiamente dicho. Daba acceso a él, a más de otras cinco inferiores, la puerta llamada *hermosa*, *Speciosa*, o de *Nicanor*, que introducía al *atrio de las mujeres*, donde se hallaba el gazofilacio o tesoro señalado por los Evangelistas (Ioh. 8, 20; Mc. 12, 41.43; Lc. 21, 1). En el mismo plano, pero separado por muros, se hallaba el *atrio de Israel* o de los hombres, parte del cual estaba reservado a los sacerdotes, en el que se levantaba el *Altar de los holocaustos* y que tocaba ya a la casa de Dios o del culto divino, con sus tres partes: el *Vestíbulo*, al que daban acceso doce gradas y en el que había una mesa de mármol donde se depositaban los panes que debían ser colocados ante el Santísimo, y otra de oro en que se colocaban los que habían sido ya sacados de allí; el *Santo*, separado del vestíbulo por un velo, y en que se hallaban el *Candelero* de siete brazos, la *Mesa de oro*, para los panes de la proposición, y el *Altar de oro de los perfumes*;

y el *Santo de los Santos*, o Santísimo, separado del Santo por un segundo velo, riquísimo, que es el que se desgarró a la muerte de Jesús (Mt. 27, 51; Mc. 15, 38; Lc. 23, 45).

El ángulo sudeste del vasto recinto, formado por los pórticos "real" y de "Salomón", se levantaba en forma imponente y en roca cortada a pico sobre el torrente Cedrón, a 180 metros de altura: daba vértigo mirar al fondo, dice Josefo. Es probablemente el lugar donde emplazó el demonio a Jesús en su tercera tentación (Mt. 4, 6; Lc. 4, 9).

2. LAS SINAGOGAS. — *Sinagoga* equivale a "casa de reunión". religiosa para los judíos. Su origen no parece remontarse más allá de los tiempos del destierro de Babilonia, y quizás de los de Esdras. En toda localidad en que hubiese a lo menos diez israelitas mayores y libres, debía levantarse una sinagoga. En las poblaciones numerosas podía haber varias, según la posibilidad de levantarlas y cuidarlas decorosamente. Donde había número bastante de israelitas de distintas procedencias, debía haber una sinagoga a lo menos para los de un mismo origen: así se explica el pasaje de los Hechos en que se habla de las sinagogas de los Libertos, de los de Cirene, Alejandría, Cilicia, etc. (Act. 6, 9). El Evangelio nos habla de algunas sinagogas, especialmente de Nazaret y Cafarnaum en la Palestina (Mt. 13, 54; 12, 9). Las había, y las hay aún, dondequiera que hay judíos con organización para el culto. Cuando la destrucción de Jerusalén por Tito, había en la ciudad, según el Talmud, más de 400 sinagogas.

Estaban las sinagogas dispuestas a semejanza del Templo de Jerusalén: Una sala, ordinariamente rectangular, a veces dividida en varias naves, y con lugares separados para varones y hembras. Había sitios de distinción para personas de respeto: escribas y fariseos los ambicionaban (Mt. 23, 6; Mc. 12, 39; Lc. 11, 43; 20, 46). En el fondo del recinto había el *Santuario*, o armario cubierto por un velo, dentro del cual se guardaban los rollos de las Escrituras. Ante el armario, el *Candelero de siete brazos*: y más hacia la entrada, la *Bima*, o tribuna para el lector. Junto a la puerta había

una pila para lavarse las manos antes de entrar en la sinagoga alumbrada por muchas lámparas, una de las cuales no debía extinguirse.

Reduciase el personal oficial de la sinagoga al *archisina-gogo*, o jefe de la asamblea (Lc. 8, 49; 13, 14), que tenía a su cuidado todo lo concerniente al servicio religioso: el *seliah*, o ministro, que a las órdenes del príncipe de la sinagoga recitaba las preces en nombre de la asamblea; y el *has-san*, especie de sacristán que cuidaba de los libros sagrados, de entregarlos al lector, de mantener el orden y de enseñar a leer a los niños.

Las asambleas religiosas tenían lugar los sábados y fiestas, mañana y tarde. Siempre era lícito entrar en la sinagoga para orar en común.

El orden de los oficios religiosos era ordinariamente el siguiente: Se empezaba por una *oración* a Jahvé, en pie los asistentes y la cara vuelta a Jerusalén (Mt. 6, 5; Mc. 11, 25; Lc. 18, 11): seguía la *lectura* del texto sagrado, que el lector hacía asimismo en pie (Lc. 4, 16), previa la designación por el archisina-gogo: a la lectura, que era ordinariamente de varios pasajes y por varios lectores, seguía la *homilía* o explicación popular del texto para provecho espiritual de los asistentes. El jefe de la sinagoga llamaba a esta función a quien creía apto, quien se sentaba y desarrollaba el pasaje leído. Jesucristo desempeñó esta función distintas veces (Mt. 4, 23; Mc. 1, 21; Lc. 4, 15:20; Ioh. 6, 59; 18, 20). Se terminaba con una *bendición*, por un sacerdote, si lo había, o por el *seliah*.

3. PERSONAS SAGRADAS. — Entre las tribus de Israel, la de Leví fué la selegida para el ministerio sagrado después de la salida de Egipto. La jerarquía sacerdotal estaba compuesta por el Sumo Pontífice, los Sacerdotes y Levitas.

El *Sumo Pontífice* representaba en Israel la suprema autoridad religiosa. Todos los sacerdotes debían ser de la familia de Aarón: pero el Sacerdote Sumo debió pertenecer, a lo menos en su principio, a los descendientes del hijo mayor de Aarón. Eleazar. Al regreso de Babilonia, los Sumos Pon-

tífices fueron elegidos por el pueblo o por los reyes. En tiempo de Jesucristo había caído en gran desprestigio la primera dignidad pontifical, y se nombraba al mejor postor. Siendo el cargo vitalicio por su institución, vinieron al fin a mudarse casi todos los años los Pontífices. Dos de ellos vienen mencionados en los Evangelios, *Anás* y *Caifás*: el primero ejerció sus funciones del año 6 al 15 de Jesucristo, siendo depuesto a la muerte de Augusto, y sucediéndole cuatro de sus hijos y su yerno Caifás, que tuvo el Pontificado desde el año 18 al 36. A pesar de no ser pontífice Anás cuando el proceso de Jesús, se llevó el divino reo a su presencia antes de conducirlo al Sinedrio, sin duda por la influencia que gozaba, aun depuesto (Ioh. 18, 12; Cfr. Lc. 3, 2).

Tenía el Sumo Sacerdote la suprema administración del culto nacional y ejercía sus especiales funciones el gran día de la Expiación cuando, por única vez en el año, entraba en el Santo de los Santos, vestido de blancos ornamentos, a ofrecer a Dios la sangre de la víctima expiatoria para obtener el perdón de los pecados del pueblo.

Los *Sacerdotes* debían asimismo ser todos de la familia de Aarón. Vinieron a ser numerosísimos en tiempo de David, que los dividió en 24 clases. Los "príncipes de los sacerdotes" (Mt. 2, 4) no parecen ser los jefes de ellos, sino los ex pontífices. Su principal oficio era ofrecer los sacrificios a Dios. Prestaban sus servicios por turno semanal de familias: así Zacarías, el padre del Bautista, era del turno de Abías (Lc. 1, 5): y dentro de los turnos, los de una misma clase se repartían por suerte los distintos oficios, colocar las víctimas sobre el altar, cambiar los panes de la proposición, quemar el incienso, etc. El mismo Zacarías se nos presenta ofreciendo por suerte el incienso cuando se le aparece el ángel del Señor (Lc. 1, 9 y sigs.). Vivían los sacerdotes de lo que la ley les reservaba de los sacrificios, de los diezmos y primicias, de multas y votos.

En el grado inferior de la sagrada jerarquía estaban los *Levitas*. Eran los auxiliares de los sacerdotes: cuidaban especialmente de la guardia y del orden del templo, así como del canto y la música. Tampoco tenían, al igual de los

sacerdotes, porción de tierra señalada, como las demás tribus: como ellos, vivían del altar, y corría su sustento a cargo de la nación a la que representaban ante Jahve. El Evangelio sólo se refiere a ellos dos veces: en la parábola llamada del samaritano (Lc. 10, 32), y en la misión de los judíos al Bautista para preguntarle quién era (Ioh. 1, 19).

4. FIESTAS. — Tenían los judíos una fiesta semanal, el *Sábado*, de institución divina (Ex. 20, 8-11): en él descansaban hombres y animales de los trabajos de los seis días anteriores y se ocupaban en dar culto especial a Dios. En el Templo se sacrificaban diariamente dos corderos en holocausto, uno por la mañana y otro por la tarde: era el *Holocausto perpetuo*: pero el sábado se sacrificaban seis corderos. Fuera del Templo, los judíos debían congregarse en las sinagogas este día para la plegaria y la lectura de la Biblia. Estaba absolutamente prohibido todo trabajo: los doctores tenían minuciosamente señaladas las cosas que eran permitidas sin infringir el descanso sabático. Tal importancia había dado Dios al descanso semanal, que sus infracciones eran castigadas con pena de muerte (Ex. 31, 14).

En los Evangelios ocurre mención del sábado con frecuencia. Jesús entra en las sinagogas el sábado para adoctrinar al pueblo (Mc. 1, 21; 6, 2; Lc. 4, 16.31; 13, 10). Es de trascendencia dogmática el pasaje de Lc. 6, 1-5, cuando, con motivo del escándalo farisaico producido por la acción de los discípulos que cogieron unas espigas en un campo de trigo, pone Jesús la ley natural sobre las estrechas interpretaciones de los doctores (Cfr. Mt. 13, 1-8; Mc. 2, 23-28). Cura Jesús a los enfermos en sábado, y a uno de ellos le manda que tome su camilla y ande, lo que escandaliza a los judíos (Mt. 12, 9-14; Mc. 3, 1-6; Lc. 6, 6-11; Ioh. 5, 8-10).

Todos los meses había un día especialmente dedicado al Señor: era el de la *Neomenia* o *luna nueva*. Era el día primero de mes, ya que el año judío constaba de doce meses lunares, que empezaban el mismo día de la luna nueva. Cada tres años se añadía a los doce meses otro intercalar, también lunar. Las neomenias no eran festivas sino en orden a los

especiales cultos con que se honraba a Dios. La luna, como regulaba el calendario civil, así también el religioso. Por ello el día del novilunio se ofrecía en el Templo el sacrificio de dos toros, un carnero y siete corderos: en las sinagogas se recitaban preces especiales. La neomenia del séptimo mes, septiembre-octubre, era día de descanso, como el sábado: por ella empezaba el año económico y civil, que se anunciaba a son de trompetas: de ello le vino el nombre de *Fiesta de las trompetas*. De las neomenias no ocurre mención en los Evangelios: a ellas alude el Apóstol (Col. 2, 16).

Las tres fiestas anuales principales eran: la *Pascua*, *Pentecostés* y la *Fiesta de los Tabernáculos*, las tres de institución mosaica. Posteriormente a la cautividad fueron instituidas las fiestas de los *Purim*, o de las *Suertes*, en recuerdo de la preservación de los judíos de Persia por la intervención de Ester, y la *Fiesta de la Dedicación*. De ellas sólo se mencionan en los Evangelios las tres siguientes:

Pascua. — Llamábase también *Fiesta de los Azimos*. Fue la Pascua instituida por Moisés, en recuerdo de la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto. Se celebraba en el plenilunio del mes de Nisán, que era el primero del año sagrado. Duraba la fiesta siete días, del 14 al 21: en estos dos no se consentían obras serviles, sí en los demás. Durante todos ellos, se alimentaban los judíos de pan sin fermentar: por lo que se llamaba esta fiesta de los *Ázimos*. A más de esta observancia del pan sin levadura, se celebraban otras dos ceremonias: la manducación del cordero pascual, que se describirá en su lugar, y la ofrenda de un manojo de espigas, que se hacía el segundo día, y que era señal de la inauguración de la siega. A más del sacrificio cotidiano, se ofrecían durante la Pascua, cada día, los mismos sacrificios que en el día de la Neomenia, añadiéndose un macho cabrío en expiación de los pecados.

Varias veces se menciona la Pascua en los Evangelios. Es la primera en ocasión de describirse la pérdida de Jesús en el Templo (Lc. 2, 41-44). San Juan menciona tres Pascuas en el curso de la vida pública de Jesús: la primera a la que asistió el Señor (Ioh. 2, 13); la segunda, a la que no

concurrió (Ioh. 6, 4); y la tercera, que coincidió con la Pasión (Ioh. 11, 55). Se hallarán en su lugar los detalles relativos a la última Pascua que celebró Jesús en Jerusalén.

Fiesta de los Tabernáculos. — Se celebraba del 15 al 22 del séptimo mes, el de la Neomenia solemne. Duraba ocho días, de los que era el último el más solemne. Prohibíanse las obras serviles el primero y último día. Llamábase Fiesta de los Tabernáculos, porque durante aquellos días los israelitas debían vivir en cabañas de follaje, que se levantaban en las azoteas de las casas, en las plazas públicas y en el Templo. El día primero debían salir todos los judíos llevando sendos ramos en sus manos. Tenía la fiesta doble objetivo: dar gracias a Dios por las cosechas, que habían ya terminado en aquella fecha, y recordar los cuarenta años en que el pueblo de Israel vivió vida nómada bajo tiendas en el desierto. La sombra y el follaje simbolizaban el bienestar de la posesión pacífica de la tierra prometida y de la abundancia con que Dios les bendecía. Llamábase también esta fiesta *Scenopegia*, o "plantación de tiendas".

Hay en el Evangelio de San Juan una alusión a la fiesta de los Tabernáculos: sus parientes invitan a Jesús a subir a Jerusalén para la celebración de la fiesta: Jesús se niega; pero luego sube solo y ocultamente (Ioh. 7, 2 y sigs.): aparece en la gran ciudad y enseña en público: el último día de la *Scenopegia*, el más solemne, es cuando el divino Maestro, desde lo alto del Templo, haciendo alusión a las libaciones de los pasados días, clamaba: "Si alguien está sediento, véngase a Mí..." (Ioh. 7, 35).

La Dedicación. — Era fiesta instituida para conmemorar la purificación del Templo que tuvo lugar después de las profanaciones de Antíoco Epifanes, el año 168 antes de Jesucristo. Se celebraba el 25 y siguientes del mes Casleu, el noveno del año sagrado, y coincidía con los días medios de nuestro diciembre. Duraban las fiestas de la Dedicación siete días. Llamóse también *Fiesta de las Luces*, por la profusión de ellas en las públicas iluminaciones: San Juan alude a esta fiesta, a la que da el nombre de *Encenias*, "reno-

vación", cuando nos presenta a Jesús paseando en invierno por el pórtico de Salomón (Ioh. 10, 22.23).

5. IDEAS RELIGIOSAS DEL PUEBLO JUDÍO EN TIEMPO DE JESUCRISTO. — El fondo de las ideas religiosas de los judíos del siglo primero estaba constituido por la dogmática y moral de las Escrituras del Viejo Testamento, verdadero código de institución religiosa del pueblo de Dios. Con todo, como la revelación nueva debía proyectar no poca luz sobre la revelación contenida en los libros del Viejo Testamento, las mismas verdades capitales que allí quedan consignadas, estaban como veladas o en penumbra para el pueblo de Dios. Añádase a ello la acción de escribas y fariseos, intérpretes de la ley, que recargaron excesivamente la ideología religiosa del pueblo de Dios en los últimos tiempos, y se comprenderá que las ideas religiosas de la Palestina en tiempo de Jesús no fuesen tantas ni tan precisas como podría suponerse dado el caudal de doctrina que sus libros sagrados atesoraban.

Con todo, tenían clara idea de un Dios único y espiritual, lo que caracterizaba y distinguía su religión de la de todos los pueblos de aquel tiempo. Ni siquiera se observaban aquellas tendencias a la idolatría que se habían manifestado en varias épocas de su historia. Las enseñanzas de Jesús en este punto hallaron la tierra abonada, y no tuvo que deshacer prejuicios.

Creían los judíos en la existencia de los ángeles, numerosísimos. Jesucristo, al reprender a Pedro que acababa de cortar una oreja al siervo del Pontífice; le habla, como de cosa sabida, de las doce legiones de ángeles que puede mandar en su auxilio su Padre (Mt. 26, 53). La misma intervención de los ángeles en diversos episodios del Evangelio, la anunciación, por Gabriel, los que anuncian el nacimiento del Señor, o avisan en nombre de Dios a José, las mismas tentaciones de Jesús por el espíritu malo, el que aparece en la agonía de Getsemaní, etc., suponen conocida del pueblo judío la teología de los ángeles cuando no se da de ella enseñanza teórica alguna.

Con respecto al hombre, profesaban la doctrina de su libertad y debilidad, el nacimiento maculado por el primer pecado, la necesidad de la fe y de las buenas obras para merecer la gracia de la misericordia y los bienes prometidos por Dios a los justos. Bajo el aspecto de estas líneas generales, las enseñanzas de Jesús concordaban con las creencias de sus oyentes. Recuérdense los episodios de la curación del ciego de nacimiento, sobre la influencia del pecado en el hombre (Ioh. c. 9), y el del maestro de la ley que desea ser perfecto para lograr la vida eterna (Lc. 10, 25 y sigs.).

La idea de un Mesías o enviado llenaba el pensamiento y las esperanzas de aquel pueblo, especialmente en tiempos de Jesús. El episodio de la samaritana (Ioh. 4, 25) y las ansias que revelan las preguntas oficialmente hechas por los primates del pueblo al Bautista (Ioh. 1, 19 y sigs.), y al mismo Jesús en la fiesta de los Tabernáculos (Ioh. 7, 26), prueban no sólo la esperanza, sino la creencia en el próximo advenimiento del Mesías.

Tenían de él, no obstante, imperfectísima idea. Debía ser un rey temporal, un fortísimo dominador, al que revestiría Dios de la santidad: "¡Qué hermoso es el Rey Mesías que debe salir de la casa de Judá!", se lee en el Targum de Jonatás: "Ciñe sus lomos, avanza en la llanura, entra en liza con sus enemigos y da muerte a los reyes..." Era una interpretación torcida de las profecías de Isaías (cc. 10 y 11). Esta falsa concepción del Mesías aparece en distintos lugares del Evangelio: en el temor de Herodes, que manda sacrificar a los Inocentes (Mt. 2, 13): cuando, después de la multiplicación de los panes, quiere el pueblo hacer rey a Jesús (Ioh. 6, 15): cuando se le acusa de sedición y de que se hace a sí mismo rey, etc. (Ioh. 8, 33; 19, 12). La inscripción de la Cruz: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos", es una prueba elocuente de la idea de un Mesías magnífico y poderoso que predominaba en aquel pueblo. Jesús, humilde y vencido en la apariencia por sus enemigos, no podía aspirar a los honores de Mesías: por falsario se le crucifica.

Porque en el fondo de la ideología religiosa del pueblo judío, y como soporte de su teología, alma de su historia y

esperanza fundamental de sus gloriosos destinos, se hallaba el concepto del *Reino de Dios*, que por ministerio del pueblo judío debía implantarse en el mundo. Tan fundamental era esta idea en la teología del pueblo judío, que cuando Jesús empieza a predicar la Buena Nueva de su Evangelio la sintetiza en estas expresiones: "Se aproximó ya a vosotros el reino de Dios"; "Ha llegado a vosotros el reino de Dios"; "El reino de Dios está dentro de vosotros" (Lc. 10, 9; Mt. 12, 28; Lc. 17, 21). Es Dios mismo quien establece un pacto con Abraham, que se reproduce en sus descendientes, que se reitera por boca de los profetas, en virtud del cual el pueblo israelita es el pueblo de Dios y está como desposado con Dios (Is. 54, 5; Os. 2, 19). En las evoluciones y vicisitudes de su historia siempre el alma de Israel se orientará en el sentido de las promesas de Dios, quien hará de su pueblo una raza de privilegio, por la que se adueñará de todas las gentes y las hará su reino. Y el mundo será una tierra nueva y serán creados unos cielos nuevos, donde se gozará de alegría y exultación eterna (Is. 65, 17-19). Adormecido el pueblo judío en largos siglos de vida lánguida, triturado a veces bajo el peso de la dominación extranjera, leía y releía los oráculos de sus profetas, recordaba su historia y sus tradiciones y soñaba en futuras grandezas de orden temporal; y no pensaba que el Pacto de Dios con sus progenitores tenía por objeto la constitución de un reino espiritual de carácter universal; ni se había fijado en su megalomanía en el humilde *Siervo de Jahvé*, cuyas humillaciones y triunfos maravillosamente se describen en el capítulo 53 de Isaías, que debía conquistar para todos los hombres el perdón de los pecados, el logro de las virtudes y la realidad estupenda de la gloria futura, todo como precio de su sangre, vertida en cruz ignominiosa. El pueblo judío no comprenderá el misterio del Reino de Dios, establecido en forma tan peregrina: la sangre de Jesús, verdadero Siervo de Jahvé, caerá sobre él a petición suya, y quedará temporalmente excluido del Reino que no comprendió, hasta que la misericordia de su Dios le llame a él en los últimos tiempos.

CAPÍTULO IV

**Partidos político-religiosos en Palestina
en tiempo de Jesucristo**

En virtud del principio teocrático ya expuesto, religión y política se compenetraban entre los judíos; la religión era la ley, y viceversa. Las relaciones con Dios, el régimen ciudadano y la conducta personal no debían ser en la práctica más que la proyección, en el hecho de la vida, de la ley escrita en sus manifestaciones múltiples. Toda facción o partido debía, por lo mismo, encarnar la doble tendencia político-religiosa; porque un partido no es más que una agrupación de ciudadanos alrededor de unos principios de orden vital-social con la natural tendencia a hacer que encarnen en la vida ciudadana y nacional. Los partidos, en Israel, debían participar de la constitución fundamental de la teocracia.

Con todo, fuera de los partidos político-religiosos que manejaban la cosa pública en tiempo de Jesucristo, vivía el sencillo pueblo, juguete siempre de los más poderosos, en la severidad de las costumbres patriarcales de la nación, dedicado en general a la observancia de la ley, con la esperanza viva de un Mesías poderoso que debía próximamente levantarlo de su postración.

Porque "si hacia el fin de la tercera década de nuestra era no es difícil trazar la carta política del mundo judío, no puede decirse lo mismo cuando se trata de su estado social e intelectual. Hay que distinguir ante todo entre los directores y el pueblo. Había en la Judea de entonces, menos tal vez que en otras partes, pero como en todas partes, ricos e indigentes, grandes y pequeños, gente de calidad y vulgo. Los primeros

nos son más conocidos; ellos son los que juegan la parte preponderante en la historia, y ellos son siempre los que la escriben; por ello tratamos especialmente de ellos en este capítulo. Pero nos expondríamos a no comprender los Evangelios si olvidáramos los otros, de los que los Evangelios nos ofrecen los tipos más vivos. Artesanos de holgado vivir, pescadores más fáciles de separar de su barca que los labriegos de ser arrancados de su tierra, los Apóstoles de Jesús pertenecían casi todos a este pequeño mundo de verdaderos Israelitas, sin dolo y sin artificio, formados según el modelo que nos han hecho familiar los Salmos y los Libros de la Sabiduría" (1).

1. LOS ESCRIBAS. — No constituían propiamente un partido, aunque todos ellos estaban afiliados a alguno de los dos preponderantes, fariseos y saduceos. El escriba, llamado también en los Evangelios *Legisperito* y *Doctor de la ley* (Lc. 7, 30; 10, 25; 11, 45; Mt. 22, 35), no fué primitivamente más que un secretario o copista que cuidaba de la transcripción y conservación de los libros sagrados. Designó más tarde al que, en virtud de la debida preparación y tal vez de una institución tradicional o legal, ejercía oficialmente el magisterio de la ley. De aquí el nombre de *Rabbi*, "maestro", o "mi maestro", que a los escribas se daba (Mt. 23, 7). El Bautista y el Salvador fueron llamados *rabbi* (Ioh. 3, 26; Mt. 26, 25, 49; Mc. 9, 4, etc.).

Trabajaban los escribas en la constitución tradicional y en el desarrollo del derecho. El escriba era a un tiempo comentarista, legislador y juez: no cada uno de ellos en particular, sino por la contrastación mutua de opiniones y pareceres que daban por resultancia un acuerdo que era ley.

Ley fundamental e invariable para el pueblo judío, en el orden político y religioso, era la contenida en los sagrados libros. Pero era ley de carácter general, que no podía bajar a toda la casuística de la vida, y que debía aplicarse a la natural evolución del pueblo que la había recibido de

(1) GRANDMAISON: *Jésus-Christ*, 1. 250.

Dios. La labor primera de los escribas era el comentario legal, para poner en buena luz el texto: luego venía lo que podríamos llamar legislación secundaria, que era la derivada, por extensión de la ley fundamental, a los nuevos casos que se ofrecían. El código fundamental, o ley escrita dada por Dios, se llamaba *Thora*: la ley oral o tradicional que la servía de comentario y extensión, se llamó *Halakha*. Pero como en los libros sagrados además de la Ley hay la historia, los comentarios de los escribas sobre la misma, y las nuevas historias, ejemplos y parábolas que la ilustraban, formaron la *Haggada*. Este conjunto de leyes e historias conservadas por la tradición oral consignáronse más tarde por escrito, constituyendo la *Mischna*, o "repetición de la Ley", parte principal del *Talmud*.

Eran los escribas maestros natos de la ley, y tenían a gloria verse rodeados de numerosos discípulos, quienes tenían la obligación de repetir las enseñanzas de sus maestros en las mismas fórmulas. El mejor discípulo era el semejante a una cisterna alisada con cemento, que no deja escapar gota de agua, decían ellos. Enseñaban los escribas en las escuelas y en el Templo (Lc. 2, 46; Mt. 21, 23; Mc. 14, 49).

El conocimiento que de la ley tenían los escribas les daba aptitud especial para la judicatura, que ejercían en los distintos tribunales de la nación.

Por desgracia, como todo valor espiritual se había rebajado entre los judíos en los últimos tiempos, también se habían envilecido la profesión y las funciones de los escribas. Tenían todos los defectos de los partidos a que estaban afiliados, más los derivados del mal ejercicio de su magisterio. Hombres de espíritu estrecho, puesto al servicio de un exagerado legalismo, llegaron a entenebrecer el texto de la ley, en vez de aclararlo, con cavilosas sutilezas inverosímiles, hasta el punto de oprimir las conciencias con el peso inmenso de los granos de arena sobre ellas acumulados. De ellos decía Jesús que "ataban cargas pesadas e insoportables y las ponían sobre los hombros de los hombres..." (Mt. 23, 4). Eran petulantes y soberbios: "Más amables que la palabra de la Ley son las palabras de los escribas, de-

cian: porque las palabras de la ley unas son graves y otras leves, pero las de los escribas todas son graves." Según sus propias enseñanzas, el mayor honor para una hija era el ser casada con escriba. Puestos en trance de muerte el padre y un escriba, el hijo debía antes prestar socorro al escriba. Les halagaba el nombre de *rabbi*, y buscaban los puestos de honor en los banquetes y sinagogas, complaciéndose en los públicos saludos y en amplios y lujosos vestidos (Mt. 23, 6.7; Mc. 12, 38; Lc. 20, 46). Eran ambiciosos y duros de corazón: "devoraban las casas de las viudas" (Mc. 12, 40; Lc. 16, 14; 20, 47).

Están llenos los Evangelios de alusiones a los escribas. A ellos se refiere el episodio de Jesús con los doctores en el Templo, cuando mancebo (Lc. 2, 46.47). Venían de todas partes los escribas a Jesús, ora para instruirse (Lc. 5, 10.25; Mt. 22, 35), ora para ponerle a prueba con impertinentes cuestiones (Ioh. 8, 3; Lc. 20, 20-26).

Jesús, en cambio, pronunció contra los escribas tremendas diatribas: "Guardaos de los escribas", decía Jesús (Mc. 12, 38): a ellos, en apóstrofes tremendos, llamó "sepulcros blanqueados", "serpientes", "raza de víboras", en aquellos terribles *vae!*, de la semana de Pasión, condenación perpetua de toda audacia hipócrita, de todo magisterio venal. Respondieron los escribas con las repugnantes imprecaciones contra Cristo clavado en Cruz (Mc. 15, 31; Mt. 27, 41)

2. LOS FARISEOS. — *Fariseo* equivale a "separado" o segregado, porque el fariseo hacía profesión de no contaminarse, ni en el orden doctrinal ni en el práctico, con nada que no fuese absolutamente judío, y entre lo judío, que no fuese del todo conforme a las tradiciones más puras de los mayores.

Fué muy honroso el origen de los fariseos y se remonta probablemente a la época del levantamiento de los Macabeos contra la impiedad de Antíoco Epifanes. La monstruosa profanación del Templo y la prevaricación de no pocos judíos, que secundaron la acción paganizadora de aquel rey, fué causa de que los buenos judíos se juntaran en haz apretado

para resistir al invasor y salvar las viejas tradiciones de Israel. Llamáronse éstos *asideos*, "hombres piadosos", y fueron los que prestaron su celoso concurso a los Macabeos en las reivindicaciones nacionales. Lograda la reconquista del territorio y la restauración de la teocracia, parte de los judíos vencedores creyeron debían continuar el intercambio con los pueblos vecinos, aun a riesgo de que se quebrantara el rigor de la doctrina y de la misma constitución nacional: otra parte se negó a todo trato con los pueblos paganos, siguiendo una tendencia absolutamente separatista. Éstos fueron los fariseos: aquéllos vinieron a ser los "piadosos" o asideos liberales que formaron más tarde el partido de los saduceos.

Pero el espíritu farisaico, si fué entonces la encarnación de la pureza de la religión y de la ley y del derecho del pueblo de Dios, vino con el tiempo a degenerar en forma tal, que se ha hecho el prototipo de la falsía, del orgullo, de la piedad deformada, de la insidia, del formalismo estrecho y abrumador. Más: alguien ha dicho que todo lo que queda en la raza judía, después de la destrucción de su nacionalidad, no es más que lo que pudo infiltrar en ella el farisaísmo, secta religiosa y partido político a la vez, que había logrado el máximo de su poder y eficacia en los tiempos de Jesús y de la destrucción de Jerusalén por Tito

Formaban los fariseos una agrupación, estrechamente unida, de 6.000 a 7.000 miembros. Su influencia era formidable: según testimonio de Josefo, fariseo él también, nada les resistía, ni en el pueblo ni en las supremas autoridades, que por otra parte tenían monopolizadas, excepto la realeza, que tampoco les resistía. Distinguíanse por su amor y adhesión a las tradiciones de sus mayores: eran los puritanos de la ley. Su manera de interpretarla era la de los escribas más rigurosos, cuyas sutilezas y cavilosas se esforzaban en llevar a la práctica. La imposibilidad de observar las menudas y embarazosas prescripciones de los escrupulosos comentaristas de la *Thora* les hizo hipócritas y supersticiosos. Los talmudistas han dejado consignado que las cinco séptimas partes eran falsos devotos: "Hay siete cla-

ses de fariseos: los que aceptan la ley como pesado yugo: los que obran por interés: los que dan de cabeza contra la pared para evitar la vista de una mujer: los que obran por vana ostentación: los que piden se les indique una buena acción a realizar: los que obran por temor y los que lo hacen por amor de Dios." Recurrían a ingeniosos subterfugios para romper las mallas estrechísimas de la ley que ellos mismos habían labrado: por ello les condenaba el Señor: "Enseñan y no cumplen" (Mt. 23, 3).

Esta tenacidad en conservar las viejas tradiciones, como les llevó al formalismo rigorista de su nombre, así fué un medio para conservar el fondo doctrinal dogmático en su primitiva pureza. Profesaban la inmortalidad del alma, la resurrección de la carne, el libre albedrío, la necesidad de la gracia para obrar el bien, la existencia de los ángeles y las sanciones ultramundanas.

Los Evangelios, en gran parte, pueden llamarse una epopeya en la que se describen las luchas formidables habidas entre los fariseos y Jesús, en el orden doctrinal y en el de la influencia popular. El desenlace es la muerte de Jesús en el Calvario. En los mismos comienzos de la predicación de Jesús se evidenció la discrepancia profunda, en ideología y procedimientos, entre Jesús y los fariseos. Compárese la diaphanidad, la anchura de horizontes, la lealtad nobilísima, la novedad de doctrina del Sermón del Monte pronunciado por Jesús, el primer año de su predicación, con la enrevesada y estrecha casuística de los fariseos; la exigencia de una profunda restauración espiritual que era la tesis del divino Maestro, con la profesión de una justicia que los fariseos hacían consistir en la observancia escrupulosa de preceptos legales de carácter externo.

El pueblo, con instinto sagaz, adivinó prontamente la grandeza del magisterio de Cristo en comparación con las prácticas farisaicas, encarnación de la moral de los escribas: "Y se admiraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mc. 1, 22). El mismo Jesús les desautorizaba públicamente, mucho antes de que pronunciara contra ellos las requisitorias de la

seniana de Pasión: "Yo os aseguro que si vuestra justicia no es más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5, 20). La actitud del Señor, por una parte, y la envidia y temor que les daba verle seguido de entusiastas multitudes, fueron, a más de la novedad de su doctrina, la causa del odio que concibieron contra él los fariseos.

Escandalizábales, por otra parte, la conducta personal del mismo Jesús. Le tenían como blasfemo: un día, al curar a un paralítico, le dice Jesús: "Perdonados son tus pecados"; y los fariseos responden: "¿Quién es este blasfemo? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?" (Lc. 5, 20.21). Ellos, que se tenían por incontaminados, le acusan porque trata con pecadores y publicanos: "¿Por qué, dicen los fariseos a los discípulos de Jesús, vuestro maestro come con publicanos y pecadores?" (Mt. 9, 14). El descanso sabático era sacratísimo para los fariseos: contaban ellos hasta trescientos sesenta y cinco preceptos negativos y muchísimos positivos sobre la observancia del sábado: y Jesús cura a un ciego en sábado, cuando la ley no consentía curaciones sino en caso de inminente muerte, y los fariseos se lo reprochan: no sólo esto, sino que a raíz de la curación se confabulan para perderle (Mt. 12, 9-14; Mc. 3, 1-6; Lc. 6, 6-11).

Para desprestigiar a Jesús acuden los fariseos a todo recurso, siempre en nombre de la ley. Jesús les desenmascara y les confunde: escudriña sus pensamientos con sus ojos de Dios y hace públicas sus malévolas intenciones (Mc. 8, 11 y sigs.; 10, 2-12; 12, 13-17).

Las continuas derrotas por ellos sufridas en el orden doctrinal y personal llevaron a un estado agudo las relaciones de Jesús con los fariseos. La semana de Pasión debió ser de lucha tremenda entre las dos partes, que culmina en los apóstrofes que contra ellos y los escribas pronuncia Jesús en el Templo. Llenos, sin duda por ello, de coraje es cuando los fariseos acuden a sus representantes en el Sanedrín: júntanse a la acción de los fariseos los mismos saduceos, representados en el Sinedrion por los príncipes de los sacerdotes. La acción contra el Señor ya no es pública, pero

es más autorizada y oficial. El Tribunal supremo de la nación hallará medio de vengar a los enemigos de Jesús, prendiéndole aquellos mismos días de la celebración de la Pascua, y sometiéndole a un proceso en que el poder se pondrá a contribución de la hipocresía y de la envidia para perder al Justo en nombre de la religión y de la justicia.

3. LOS SADUCEOS. — Eran los adversarios políticos y religiosos de los fariseos. Ya hemos indicado su origen, debido a un espíritu de transacción y de acomodación con los otros pueblos en todo aquello que no fuese inconciliable con la constitución fundamental del pueblo de Dios. En este punto se distinguieron especialmente los sacerdotes, y más los altos dignatarios, quienes, en los tiempos de decadencia del poder judío y de intervención extranjera en los negocios de la nación, se inclinaban del lado de las autoridades civiles para tenerlas propicias. De aquí que los primates del saduceísmo perteneciesen en gran parte a la alta jerarquía sacerdotal. Caifás fué saduceo.

No formaban los saduceos un partido numeroso y bien organizado, como los fariseos: tenían, con todo, a su lado a la gente rica y poderosa, mal avenida con las impertinencias legales del fariseísmo. Su influencia era debida, por lo mismo, a su preponderancia en el orden jerárquico y económico del país. Hacían poco caso del pueblo.

Doctrinalmente, representaban los saduceos un cierto laxismo, no con respecto a la ley escrita, que se gloriaban de guardar escrupulosamente, pero sí en orden a las minuciosas prescripciones de escribas y fariseos. Aunque de raza sacerdotal muchos de ellos, se interesaban más por las cosas políticas que por las religiosas. Representantes oficiales de la religión y del culto, vinieron paulatinamente a la negación de dogmas fundamentales de la religión misma, como la Providencia, la existencia de los ángeles, la inmortalidad del alma y el libre albedrío. Por ello han sido considerados como los racionalistas de su tiempo, aunque mejor se dirían deístas o materialistas.

En los Evangelios no aparecen los saduceos con la fre-

cuencia que los fariseos. En primer lugar, eran menos en número; ni estaban organizados como sus adversarios; ni tampoco les interesaban tanto las cuestiones de orden doctrinal o especulativo. Además, sus mismas funciones sacerdotales y las comodidades de su vida les retenían en Jerusalén, lejos del pueblo al que menospreciaban: y la predicación de Jesús era ordinariamente a la gente del campo, en castillos y poblados.

Aparecen por primera vez como adversarios de Jesús los últimos días de la vida del Señor, en sus predicaciones en el Templo. Después que los fariseos hubieron dejado a Jesús, triunfante de sus insidias, se acercaron a él los saduceos, proponiéndole un grave problema para el caso de que los muertos resucitaran: "¿De quién será entonces la mujer que en vida haya tenido siete maridos?" Jesús les responde en tal forma que desbarata y reprueba todo su sistema doctrinal (Mt. 22, 23-33; Mc. 12, 18-27). En la muerte de Jesús fueron a lo menos tan culpables como los fariseos: los ancianos y príncipes de los sacerdotes que aparecen en la narración de la pasión, soliviantando al pueblo, pertenecen a este partido, cuyas orientaciones pesaban tanto más en el ánimo de Pilatos cuanto que eran ellos quienes se inclinaban del lado del poder civil.

Después de la Ascensión del Señor, fueron los saduceos adversarios formidables del nombre cristiano: contaban entonces con la mitad de los votos del Sanedrín. Léense en los Hechos Apostólicos algunos de los episodios en que intervinieron los saduceos (Act. 4, 1 y sigs.; 5, 17; 23, 6 y sigs.).

4. LOS HERODIANOS. — Tres veces se nombran en los Evangelios (Mt. 22, 16; Mc. 3, 6; 12, 13). Ignórase a punto fijo lo que representaban los herodianos en fuerza, doctrina y tendencias, en el orden político o religioso. Algunos han pretendido que fueran creyentes de Herodes Antipas, o del mismo Herodes el Grande, como Mesías. Lo más probable es que se tratara de un partido político adicto a la dinastía de los Herodes porque viesan en ella la única manera de salvaguardar la independencia de la nación contra

las tendencias absorbentes de los romanos, o bien por natural simpatía a la causa de una evolución del judaísmo hacia una civilización helenista o romana.

5. LOS ESENIOS. — De ellos no ocurre mención ni alusión alguna en los Evangelios: ni se consignara aquí su nombre si algunos críticos modernos no hubiesen pretendido derivar el Cristianismo del esenismo. Fueron los esenios una raza de hombres de vida austera, que vivían en pequeñas comunidades o en las soledades de los montes, dedicados a la oración, a la meditación de la ley y al trabajo manual. Su origen no es exclusivamente hebreo, según Felten, y se remonta más arriba del siglo II antes de Jesucristo. Guardaban continencia, diciéndose desposados con la Ley; explicaban en sentido alegórico las Escrituras; fantaseaban mucho sobre angelología, y eran de trato sencillo y amable, aunque retirados completamente del mundo. De una parte, dice Hanneberg, su vida austera y apacible les hace simpáticos; de otra, las danzas sagradas con que acompañaban sus ágapes en las solemnidades, sus pretendidos éxtasis proféticos, sus fantasías sobre los ángeles y su separatismo, les hacen sospechosos. No es improbable que de ellos derivaran las primeras sectas judío-cristianas: como tampoco es inverosímil que su manera de vivir les predispusiera a abrazar la religión de Cristo.

Pero es absurdo pretender que de ellos haya salido la magnífica concepción religiosa de Jesús, de carácter universal y expansivo, eminentemente práctica, de horizontes dilatados que no se compaginan con la estrechez del espíritu judío. Por otra parte, Jesús no frecuentó su trato: apenas si eran conocidos los esenios en su tiempo. Bien que el espíritu del Cristianismo se funde en el propio renunciamiento y en la mortificación, jamás en el Cristianismo se ha preconizado como ley universal de perfección el absoluto y personal separatismo que constituía la esencia de la vida de estos hombres raros. Calcúlese la enorme distancia que separa la ley de la caridad, en el sentido de unión con Dios y con el prójimo, que constituye la base de nuestra religión, de esa

platónica adhesión a la ley y de las abstractas meditaciones del esenismo.

Un fenómeno hay que notar, producido por la encontrada lucha de estas sectas en el orden de la doctrina y de la práctica de la ley. El fondo religioso-doctrinal que Dios había confiado a este pueblo con sus Escrituras, en frase del Apóstol (Rom. 3, 2), se había conservado casi intacto en la masa, que sentía profundo respeto a la ley y que se comunicaba con Dios por la oración. Pero el ritualismo farisaico por una parte y el escepticismo de los saduceos por otra, producían en el pueblo, realmente aplastado por la influencia de unos y otros, un estado de hipertensión espiritual que se manifestaba en ansias de inmediata redención. Si a ello se añade el cumplimiento de los tiempos proféticos, las enconadas luchas de los príncipes judíos, la influencia cada día creciente del poder romano, el absolutismo de los Herodes y las gabelas insoportables, se tendrá la explicación de la inmensa emoción que en el país produjo la predicación del Evangelio de Jesús, que llevaba por otra parte una garantía de su sobrenaturalismo en la Persona del predicador divino, en la excelsitud de la doctrina y en las maravillas estupendas que la acompañaban.

CAPÍTULO V

Usos y costumbres del pueblo de Jesús

I. EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA. — La familia era entre los hebreos tenida en gran honor, aunque jamás llegó la familia israelita, ni con mucho, a la dignidad de la cristiana. Fundada por Dios en el paraíso en la indisoluble unión de un varón con una mujer, vino al poco tiempo a caer, esta institución fundamental de la sociedad civil, en todos los rebajamientos de la poligamia. Moisés, al promulgar el código de la nación teocrática, no se atrevió a suprimir la poligamia en el pueblo de Dios, y si sólo a refrenar sus excesos (Deut. 21, 15-17). Decreció, con todo, la costumbre con el tiempo, y si bien vemos a los reyes, David y Salomón entre ellos, casados simultáneamente con varias mujeres, y el Talmud autoriza a los judíos para contraer hasta con cuatro mujeres a un tiempo, el contacto posterior del pueblo judío con griegos y romanos, entre los que apenas si era conocida la poligamia, hizo que el pueblo de Dios volviera de hecho a la monogamia antigua. En tiempo de Jesús aparece Herodes el Grande casado hasta con diez mujeres, varias de ellas a un tiempo: pero no sería una costumbre corriente la poligamia, cuando Jesús no la condena, como lo hizo con el repudio o divorcio.

En la constitución de la familia hebrea la voluntad de la mujer se computaba en poco: eran sus padres los que la escogían esposo. Al matrimonio precedían los esponsales, que duraban uno o varios meses, y producían casi los mismos efectos legales que el mismo matrimonio, hasta el punto que la mujer que conocía varón distinto de aquel con quien había

contraído esponsalicio era condenada a morir lapidada, como una verdadera adúltera. El desposado debía pagar una cantidad, según su posibilidad, a los padres de la prometida: esto, que tenía un cierto aspecto de compra de la mujer, rebajaba la condición de ésta en el seno del hogar.

Caída en desuso la poligamia simultánea, sufría la familia judía en tiempo de Jesús otro mal gravísimo: el divorcio. Moisés consintió que el varón pudiese dar el libelo de repudio a su mujer, si ésta "no fuere agradable a sus ojos por alguna fealdad" (Deut. 24, 1-4): ello daba libertad a marido y mujer para pasar a otras nupcias. La mujer jamás podía repudiar al marido. En tiempo de Jesús era muy viva la cuestión del repudio o divorcio, aun desde el punto de vista doctrinal: ¿hasta dónde se extendía la "fealdad", o "desnudez" según el texto hebreo, a la que se refería Moisés en la ley para autorizar el repudio? La escuela liberal o laxa, representada por el escriba Hillel, interpretaba la ley en el sentido de que cualquier cosa que al marido no agradara en la mujer fuese causa bastante para el repudio: un plato mal guisado, por ejemplo, una simple desavenencia, o que otra mujer pluguiera más que la suya al marido. Con esta interpretación estaba casi siempre en manos del marido la disolución del matrimonio. En cambio, la escuela rigorista, representada por otro escriba no menos famoso, Schammai, no consentía el divorcio sino por adulterio de la mujer. Esta doble tendencia fué la que dió margen a que los fariseos pusieran a Jesús la famosa cuestión: "¿Puede el hombre dejar a su mujer por cualquier causa?" (Mt. 19, 3 y sigs.): Jesús les responde en forma que restituye el matrimonio a su unidad e indisolubilidad primeras.

En los Evangelios hallamos varios detalles relativos a la ceremonia nupcial: en las bodas de Caná, en la parábola del rey que prepara un banquete en las bodas de su hijo y en la de las diez vírgenes (Ioh. 2, 1-10; Mt. 22, 2-13; 25, 1-13). Durante los esponsales no podían comunicarse los esposos sino por medio del "amigo del esposo" (Ioh. 3, 29), que era el encargado de preparar la fiesta de bodas. Llegado el día de celebrarlas, la esposa, vestida de fiesta, coronada sus

sienes y velado el rostro, acompañada de sus amigas, era llevada a la casa del esposo por este mismo, al que acompañaban también sus amigos: animaban el cortejo los cantos y los instrumentos músicos. Como el traslado de la esposa a casa del esposo se hacía a la entrada de la noche, precedían a la comitiva otros acompañantes llevando sendas lámparas suspendidas de unos palos. Al llegar a la casa se celebraba el banquete nupcial, se bendecía luego el tálamo y se daba por terminada la ceremonia. Estos detalles nos explican la hermosa parábola de las diez vírgenes.

La fecundidad del matrimonio era tenida como una bendición de Dios, como les avergonzaba a los judíos la esterilidad. Podían, con todo, permanecer en la virginidad los varones y hembras que se dedicaban totalmente al estudio de la ley.

Cuidábase en la familia hebrea de la educación de los hijos: en ella recibían las primeras lecciones de virtud (Prov. 1, 8; 4, 1-3): los padres debían cuidar de la educación de sus hijos (Eccli. 7, 24-30; 30, 1-13). La instrucción literaria y el complemento de la educación corrían a cargo de las escuelas públicas, llamadas "casas del libro". Las había, desde 64 años antes de Jesús, dondequiera hubiese a lo menos veinticinco niños. Si era insuficiente el número, o no consentían los recursos de la población tener una escuela, la sinagoga suplía. En ellas aprendían a leer, raramente a escribir, y los rudimentos de la Ley. "A los cinco años, decían los rabinos, deben los niños comenzar los estudios sagrados: a los diez, deben estudiar la tradición: a los trece, deben saber y cumplir los mandamientos de Jehová: a los quince, deben perfeccionar sus estudios." "El aliento de los niños que frecuentan la escuela, decían en otra parte, es el más firme sostén de la sociedad."

2. HABITACIÓN Y AJUAR. — Eran ordinariamente modestísimas las casas de los judíos. Ofrecían exteriormente el aspecto de un gran cubo regular blanqueado con cal. Los materiales de construcción eran piedra y barro, en la parte montañosa del país, ladrillos cocidos o simplemente secados

al sol donde no había piedra. Muchas casas ordinarias tenían los muros de barro mezclado con paja: ello nos explica la facilidad con que los ladrones podían perforar la casa y entrar en ella mientras dormían sus moradores (Mt. 24, 43; Lc. 12, 39).

Constaban las casas regularmente de una sola planta, y en ella había una sola pieza, con puerta a la calle o a un patio, con algunas ventanas o sin ellas. Algunas casas tenían un piso sobre la planta baja: en él había la habitación o sala de respeto, llamada "cenáculo". En una de estas salas se celebró la Última Cena (Mc. 16, 15) y vino sobre los Apóstoles el Espíritu Santo (Act. 1, 13).

Cubría la casa un terrado plano, que la ley mandaba rodear de una balaustrada para evitar accidentes (Deut. 22, 8). El piso del terrado lo formaban cañizos con barro, o anchas tejas planas sostenidas por maderamen entrecruzado. Se subía a la terraza por una escalera exterior, de mampostería o tierra, adosada a un muro de la casa. Esta disposición nos explica la forma de la curación del paralítico de Cafarnaüm: no pudiendo entrar, los que le llevaban, en la casa, llena de multitud, lo subieron por la escalera de la terraza, quitaron de ésta unas piezas para hacer una abertura suficiente para pasar un hombre, y por ella introdujeron al enfermo en la casa (Mc. 2, 4; Lc. 5, 18.19). Servía la terraza para tomar el sol y el fresco; a veces para dormir en verano; otras, cubierta de un velamen o ramaje, para celebrar los banquetes; en ella se levantaba la tienda en la fiesta de los Tabernáculos: desde ella se comunicaban fácilmente los habitantes de la casa con los vecinos situados en sus terrazas (Mt. 10, 27) o con los que pasaban por la calle (2 Reg. 16, 23; Lc. 12, 3). Jesús advierte que cuando se realicen los futuros males que vendrán sobre Jerusalén, los que se hallen en las terrazas no bajen a su casa para tomar algo de ella, lo que significa la rapidez de la catástrofe (Mt. 24, 17; Mc. 13, 15; Lc. 17, 31). Estaban a veces las casas rodeadas de un patio, cerrado por una cerca. En las ciudades, especialmente en Jerusalén, cerrada por muros, la escasez de lugar obligaba a levantar las casas de varios pisos: causaba ello

admiración a los judíos que visitaban la ciudad santa: "¡Jerusalén, decían en uno de los salmos graduales, cuyas partes se sostienen mutuamente!" (Ps. 121, 3).

Por lo que atañe al mobiliario de las casas modestas del tiempo de Jesús, era muy simple, lo que se explica en un país cuya vida ordinaria se hacía en su mayor parte al aire libre. En los Evangelios se hace mención de la *cama*: "No me molestes", le dice del interior de la casa el dueño al amigo importuno; "la puerta está ya cerrada y los siervos están ya conmigo en la cama..." (Lc. 11, 7). Eran algunas portátiles, a guisa de parihuelas, para trasladar a los enfermos (Ioh. 5, 8). Los asientos o *sillas* vienen mencionados en el pasaje en que Jesús las derriba, junto con las mesas, al arrojar a los mercaderes del templo (Mt. 21, 12; Mc. 11, 15). En las Sinagogas había asientos de honor, cerca del lugar donde se conservaban los Libros sagrados (Mt. 23, 6; Lc. 11, 43). Usábanse *capazos* o cestas, como aparece en el milagro de la multiplicación de los panes (Mt. 14, 20; 16, 10): *vasos* pequeños para uso casero (Mt. 25, 4); otros más grandes, o *tinajas*, en que se conservaba el agua para abluciones y usos domésticos, como aparece en las bodas de Caná (Ioh. 2, 6.7); y *cántaros* más portátiles para llevar el agua: Jesús da la señal a sus discípulos de un hombre que llevará un cántaro de agua en la mano (Mc. 14, 13). Había *lámparas* de mano, como se ve en el pasaje de las vírgenes necias y prudentes (Mt. 25, 1) y en la parábola de la mujer que enciende la luz para hallar el dracma perdido (Lc. 15, 8): *candelabros*, que se emplazaban en lugar prominente, en medio de una estancia, para iluminar a todos los de la casa (Mt. 5, 15); y *linternas* portátiles para andar por la noche, protegida la luz contra el viento (Ioh. 18, 3). En el pasaje de la negación de Pedro aparece probablemente el *brasero* (Mc. 14, 54; Ioh. 18, 18), ante el cual estaba en rueda, calentándose, la guardia del pontífice. Para la molturación de los granos, especialmente el trigo, había en el ajuar doméstico las *muelas* de mano, que accionaban ordinariamente dos mujeres: de ellas, en el día final, dice Jesús, "una será arrebatada y otra quedará" (Mt. 24, 41): para el servicio público las había llamadas *asinarias*, o movi-

das por un jumento, muy pesadas: "el escandaloso debería ser echado al profundo mar con una muela asinaria colgada al cuello" (Mt. 18, 6; Mc. 9, 41).

3. VESTIDO Y COMIDA. — Era entre los hebreos, como en todos los pueblos orientales, desconocido el continuo variar de las formas y colores de los vestidos en nuestra civilización. Las principales piezas de la indumentaria masculina en tiempo de Jesús eran: La *túnica*, vestido interior, semejante a nuestra camisa, con mangas y que llegaba desde el cuello a los pies, de lana o lino: en las Escrituras el *ir* vestido con la sola túnica se llama *desnudo*: así estaría San Pedro cuando la aparición de Jesús en el mar de Genezaret (Ioh. 21, 7). Jesús recomienda a sus discípulos que den el manto a quien les quite la túnica (Mt. 5, 40; Lc. 6, 29). El predicador del Evangelio no debe tener dos túnicas (Mt. 10, 10; Mc. 6, 9): el que tenga dos, dé una al que carece de ella (Lc. 3, 11).

Para ceñir al cuerpo la túnica, que era holgada, se utilizaba el *cíngulo*, de cuero para los pobres, ordinariamente de lino, a veces adornado de oro y piedras preciosas. En el viaje y en el trabajo manual se levantaba la túnica a la altura de las rodillas y así la sostenía el cíngulo: formaba con ello la túnica una bolsa en el cinto, en que el viajero llevaba su dinero y provisiones: "Llenarán vuestro seno con llenísima medida", dice Jesús, aludiendo a ello y hablando de los dadivosos (Lc. 6, 38).

Sobre túnica y cíngulo llevaban los hebreos la capa o *manto*, que parece era cuadrangular y que se adaptaba al cuerpo de diversas maneras. En sus ángulos tenía la capa unas cintas encarnadas, símbolo de la sujeción a la ley (Num. 15, 38), que los fariseos agrandaban en demasía, con hipócrita ostentación (Mt. 23, 5).

Cubrían los judíos la cabeza con una especie de turbante, el *cuffiéh*, del que se desprendía, a guisa de amplia cogotera, un velo que cubría cuello y espaldas, resguardándoles así de los ardores del sol, para evitar fáciles insolaciones, dado el seco calor del país.

Protegían los pies con *sandalías* de cuero, atadas con correas. Resguardaba este calzado las suelas del peligro de los cuerpos agudos o duros, no del fango ni del polvo: de aquí la costumbre de lavar los pies a los huéspedes: Jesús se queja de que Simón el fariseo no le haya dado agua para los pies (Lc. 7, 38-44); en otra ocasión recomienda a sus discípulos que sacudan hasta el polvo de sus pies contra aquellos que no les recibieren (Lc. 9, 5).

La indumentaria femenina asemejábase a la de los hombres, aunque confeccionada con más elegancia y riqueza. A más de que usaban las mujeres con profusión de toda suerte de joyas y aditamentos: zarcillos, pulseras, diademas, anillos, gargantillas, peines, etc.

En señal de dolor o indignación rasgaban los judíos sus vestiduras: así lo hizo el príncipe de los sacerdotes en el juicio de Jesús (Mt. 26, 65).

Comían de ordinario los judíos frugalmente, por la pobreza del país y las limitaciones de la ley, que no consentía ciertos manjares. Era el alimento principal el *pan*, de trigo y a veces de cebada, o mezclado: tal era el que sirvió para la multiplicación de los panes (Ioh. 6, 9, 13). Eran éstos delgados, oblongos o circulares, y se rompían, no se cortaban. Jesús rompió el pan al multiplicarlo en el desierto y al consagrarlo en la Última Cena (Mt. 14, 19; Lc. 24, 36). Comíase el pan ordinariamente fermentado: alude a esta costumbre Jesús en la parábola de la levadura (Lc. 13, 21). Los siete días de Pascua el pan era ázimo.

Bebían *vino* los judíos: abundaba la vid en la Palestina: en los convites se servía primero el vino mejor, luego el más ordinario: así lo revela la exclamación del arquitrículo en las bodas de Caná (Ioh. 2, 10). Usaban también la *cerveza*, producto de la cebada fermentada, y el vino de dátiles. Del vino y cerveza mezclados resultaba una especie de vinagre que bebían los segadores para lograr fuerza (Ruth 2, 14). Semejante a esta bebida parece ser la que se propinó a Jesús en su Pasión (Ioh. 19, 29).

El *aceite* servía a los judíos para el condimento de los manjares, para preparar golosinas, alimentar las lámparas

y ungir a los convidados. Jesús se queja con Simón de que no haya ungido con aceite su cabeza (Lc. 7, 46).

Usaban con mucha moderación de *carnes* en sus comidas, por lo ardiente del clima: y aun de ellas no podían comer más que las legalmente puras: lo que nacía de vaca, oveja o cabra. Les era prohibida por la ley la carne de los cuadrúpedos no rumiantes, como el cerdo, y de los que no tenían el pie hendido, como el camello, caballo, etc. Asimismo no podían comer aves de rapiña, peces sin espina ni escama, ni reptiles, ni insectos, excepto la langosta, manjar muy corriente entre gente pobre: San Juan se alimentaba de ellas (Mc. 1, 6): los pobres, aun hoy, las comen asadas o secadas al sol, aderezadas con agua y sal, o molidas y mezcladas con polvo con harina y leche.

La primera refección parece que la tenían los judíos cerca del mediodía, no siendo en ellos costumbre el desayuno. La principal comida era la cena, cerca de la noche. Las cenas del sábado, como entre nosotros la comida del domingo, solían ser más solemnes. Gustaban los judíos de honrar a los amigos y personas distinguidas con espléndidas cenas: a ellas van unidos no pocos relatos de los Evangelios. El mismo Jesús aprovecha una cena a que está invitado para proponer la parábola de la gran cena (Lc. 14, 16). En la Última Cena instituye el gran Sacramento de la Eucaristía. Como todos los comensales tomaban la comida de un plato común con los dedos, acostumbraban lavarse las manos antes de comer (Mt. 15, 2; Mc. 7, 1-5; Lc. 11, 37); se lavaban asimismo los pies antes de sentarse a la mesa (Lc. 7, 8).

Ésta, en tiempo de Cristo, era baja, y ante ella se disponían unos divanes o sofás, en que los comensales se tendían, reclinado el cuerpo sobre el lado izquierdo, los pies en el suelo. Cada sofá era capaz para tres personas: la más digna ocupaba el centro del sofá, también central: era éste el lugar que ambicionaban los fariseos (Mt. 23, 6; Lc. 14, 7-10); del número tres se llamaban los divanes triclinios, y arquitricino el ceremoniero del convite. Los más íntimos solían reclinarse sobre el pecho del que presidía la mesa. Esta

disposición nos explica algunos episodios interesantes ocurridos en la Última Cena (Ioh. 13, 23 y sigs.).

4. RELACIONES SOCIALES. — Descendientes todos los judíos de un mismo tronco y formando por lo mismo una dilatadísima familia, con las mismas leyes y la misma religión, con iguales tradiciones y costumbres, se trataban todos con mucho afecto, sobre todo las clases populares. La hospitalidad ha sido siempre el honor de los pueblos orientales: lo fué también de los judíos. No sólo se auxiliaban ellos mutuamente, sino que nunca extranjero alguno fué recibido entre ellos como enemigo, si se exceptúan los samaritanos, de los que un odio tradicional les separaba. "Quien ejercita la hospitalidad de buen corazón, se gana el paraíso", decían los doctores; y en otra parte: "Es mejor recibir a un viajero que gozar de la aparición de la presencia de Jehová." Jesús, que en cierta ocasión pudo experimentar repulsa por parte de los samaritanos (Lc. 9, 53), fomentó en sus predicaciones y con su ejemplo este espíritu de fraternidad. La hospitalidad que se ejerza con un extranjero es como si se prestara a Él mismo (Mt. 10, 42; 25, 35-44): quiere que los predicadores del Evangelio hallen hospitalidad entre aquellos que deban recibir su predicación: quien les reciba a ellos recibirá a Él mismo que los envía (Mt. 10, 9-14; Lc. 10, 16).

Eran los judíos muy ceremoniosos en sus saludos: la palabra ordinaria de saludo era: "¡Que la paz sea contigo!", a lo que respondía el saludado: "¡Contigo la paz!" "Paz a esta casa", se decía al entrar en ella. "¡Bendita sea tu madre!", se decía al amigo. La mujer del pueblo le dijo un día a Jesús: "¡Benditas las entrañas que te llevaron y los pechos que te dieron de mamar!" (Lc. 11, 27). Acompañaban a las palabras a veces prolongadas ceremonias; el beso era frecuente hasta entre los hombres: se abrazaba el cuello, las rodillas y se manifestaba el respeto con profundas inclinaciones y genuflexiones, que no se compadecían a veces con la prisa de los negocios: por ello recomienda Jesús a sus discípulos que cuando vayan a predicar el Evangelio no se entretengan con saludos en el camino (Lc. 10, 4).

5. **CONDICIONES ECONÓMICAS: PESAS, MEDIDAS Y MONEDAS.** — El pueblo judío era trabajador: en los libros sagrados se tenía en gran estima el trabajo manual: "No odies la labor penosa, ni el trabajo de los campos, instituido por el Altísimo" (Eccli. 7, 15). A esta y otras prescripciones y consejos de la Escritura se añadía la enseñanza de los rabinos, muchos de ellos trabajadores de manos: "Es precioso el trabajo a los ojos de Dios", decían: "Quien no enseña un oficio a sus hijos, les hace ladrones de camino real."

Eran diversos los oficios manuales, como en toda sociedad bien organizada. Del Evangelio consta que había barqueros (Mc. 6, 48), pescadores (Lc. 5, 5), banqueros o cambistas (Mt. 25, 16), albañiles (Mt. 21, 42), tejedores (Ioh. 19, 23), labradores, como aparece de las parábolas del sembrador y de los viñadores, bataneros (Mc. 9, 2), sastres (Mc. 2, 21), carpinteros (Mc. 6, 3), etc. La construcción del templo de Jerusalén concentraría en la gran ciudad numerosísimos obreros de toda condición, entre los cuales habría hábiles artistas, orfebres, doradores, tallistas, todos cuantos se necesitaban para aquella soberbia fábrica y su ajuar. Jesús y sus apóstoles tuvieron todos su profesión mecánica: San Pablo fué también trabajador de manos, ocupándose en la fabricación de lona para tiendas (Act. 8, 3).

Todos estos oficios importaban el pequeño comercio ciudadano en virtud del cual se proveía cada uno de lo necesario para la vida, habitación, vestido, comida, lujo. Fuera de este comercio interior, en tiempo de Jesús empezó a manifestarse el espíritu mercantil de la raza judía en grande escala, en lo que debían revelar posteriormente su aptitud sin igual. Josefo dice terminantemente que su pueblo no es mercantil, y lo atribuye a su situación especial, a más de otras causas. Pero, precisamente la situación de la Palestina es envidiable bajo este punto. No es mejor la de la Fenicia, y de allí salieron antiguamente los conquistadores de los grandes mercados de Europa, Asia y África. La razón del antiguo estancamiento del pueblo judío está en su espíritu eminentemente nacionalista. Dedicado el judío a la observancia de la ley y a la educación de sus hijos en la misma, temía todo contacto

con los pueblos gentiles que pudiese mancillar o poner en peligro el patrimonio espiritual que Dios le había confiado. Fué ello una especial providencia de Dios para la conservación de su revelación. Cuando la misión religiosa del pueblo teocrático hubo acabado, y las circunstancias políticas le obligaron a salir del país, el pueblo judío se dedicó con ardor al comercio, que le puso en los siglos posteriores en condiciones económicas que le han permitido a veces aherrojar a los mismos pueblos de los que recibieron hospitalidad generosa.

Para las transacciones mercantiles usaban los judíos, como todos los pueblos, pesas, medidas y monedas, de las que ocurre mención diversas veces en los Evangelios y cuya equivalencia con las nuestras es como sigue:

A) **PESAS Y MONEDAS.** — Antes del cautiverio de Babilonia, los hebreos, probablemente, ni siquiera usaron moneda, pues la ley les prohibía todo lucro. Durante el destierro se sirvieron sin duda de la moneda de los babilonios, y, acabado aquél, emplearon la de los Persas, Macedonios, Tolomeos y Seléucidas, hasta la época de los Hasmoneos en que acuñaron moneda propia, según unos a mediados del siglo II antes de J. C., en tiempo de Simón Macabeo, opinando otros por los años 66-70. Por eso, porque los antiguos hebreos no contaban por dinero, sino que se servían de pesas comprobadas, corresponden los nombres de las monedas a los de las pesas. Se colocaban en un platillo de la balanza fragmentos de oro, plata o cobre, y en el otro las pesas de valor conocido, que se acostumbraban a llevar en el cingulo, recibiendo así el precio de un objeto el nombre y número de las pesas equivalentes a la cantidad de metal con que se equilibraban. En el templo se habían conservado antiguamente las pesas-tipo con que se debían contrastar las que servían para las transacciones: de aquí la frase de "peso del santuario", o "según la medida del templo" (Ex. 30, 13; Lev. 27, 25; Num. 3, 47). Posteriormente, batida ya la moneda, conservó ésta el nombre de las pesas a que equivalía.

He aquí las monedas mencionadas en los Evangelios, con la equivalencia aproximada en pesetas o fracciones:

Estatera, o siclo: era la unidad monetaria, como el siclo era la unidad de peso (14'20 gramos); una sola vez se nombra en el Evangelio (Mt. 17, 26); se llamaba también *tetra-dracma*, por valer cuatro dracmas. Su valor era de 3'88 pesetas, si se trataba de la estatera hebrea, 3'83 si era la estatera griega ordinaria.

El *dracma* (Lc. 15, 8.9). Hay que distinguir tres clases: el ático = 3'9 gr. = 1'07 ptas.; el fenicio o tirio = 3'55 gramos = 0'97 ptas., y el asiático = 3'25 gr. = 0'89 ptas.

Didracma (Mt. 17, 23) = 0'50 siclos = 7'10 gr. = 1'94 pesetas. En tiempo de J. C. era la moneda con que los judíos pagaban como tributo para el Templo.

A más de estas monedas, que eran más bien griegas que hebreas, se nombran en los Evangelios estas cuatro, romanas:

Denario (Mt. 18, 28; 20, 2.9.10.13, etc.): moneda de plata cuyo valor equivalía a un cuarto de siclo o estatera = 0'97 pesetas. Era la moneda del censo (Mt. 22, 19).

As (Mt. 10, 29): era de bronce = 6 ó 7 céntimos de pta.

Dipondio (Lc. 12, 6) = 2 as = 12 ó 14 céntimos de pta.

Cuadrante (Mc. 12, 42) = 0'25 as = poco más de un céntimo.

Las grandes cantidades de moneda se valoraban por:

El *mna* o *mina* (Lc. 19, 13-25) = 100 dracmas = unas 100 pesetas.

El *talento* (Mt. 18, 24; 25, 15-18) = 60 minas = 6.000 dracmas = unas 6.000 pesetas.

La mina y el talento áticos, que parece son los del Evangelio, valían respectivamente 87 y 5.560 pesetas.

B) MEDIDAS. — Las había de longitud y de capacidad, para áridos y líquidos.

a) *Medidas de longitud*:

Estadio, entre los Romanos (Lc. 24, 13; Ioh. 11, 18) = 185 metros.

Milla, o mil pasos (Mt. 5, 41) = 8 estadios = 1.480 metros.

Codo (Mc. 6, 27) = 0'52 metros.

No se nombran en el Evangelio la *brasa* = 1'85 metros, el *paso* = 2 codos, y el *camino del sábado* = 6 estadios = 1.110 metros.

b) *Medidas de capacidad para áridos*:

Coro (Lc. 16, 7): era la más grande medida y servía para sólidos y líquidos: equivalía a 388'80 litros.

Bath o *metreta* (Ioh. 2, 6) = 0'10 coros = 38'88 litros.

Modio (Mt. 5, 15) = tercio del bath = 12'99 litros.

Satum (Mt. 13, 33): según algunos, igual al modio; otros le hacen igual a modio y medio.

c) *Para los líquidos*, servían asimismo el coro y el bath, que la Vulgata traduce, en Lc. 16, 6, por *cadus*. De otras medidas no ocurre mención en los Evangelios.

6. ENFERMEDADES Y MEDICINA: MUERTE Y SEPELIO.—

El clima de la Palestina es en general muy salubre: por ello no abundaban las enfermedades en el pueblo judío, a lo que ayudaba la frugalidad y la honestidad de costumbres. Se conceptuaban las enfermedades como castigo de Dios: "No peques más, le dice Jesús al paralítico de Bethesda, que no te suceda peor" (Ioh. 5, 14).

En el Evangelio se nombran varias enfermedades, más o menos características del país: la *ceguera*, en las curaciones de los ciegos del camino de Cafarnaum (Mt. 9, 27-32); de Betsaida (Mc. 8, 22-26); del ciego de nacimiento en Jerusalén (Ioh. 9, 1-7), de los de Jericó (Mt. 20, 29-34) y otros. La *cojera* (Mt. 11, 5; Lc. 7, 22; Mt. 15, 30.31; 21, 14). La *parálisis* (Mt. 12, 10; Mc. 3, 1; Lc. 6, 6). La *epilepsia*, o mal de los *lunáticos*, el *morbus divinus* de los latinos (Mt. 4, 24; 17, 14). La *fiebre* (Mt. 8, 15; Ioh. 4, 52; Lc. 4, 38.39). La *hidropesía* (Lc. 14, 2). El *flujo de sangre* (Mt. 9, 20-22; Mc. 5, 25-34; Lc. 8, 43-48). La *lepra* (Mt. 8, 2-4; 26, 6; Mc. 1, 40-45; Lc. 5, 12-16). La *sordera*, la *mudez* y otras.

De todas estas enfermedades, la lepra es la más carac-

terística. Para evitar la propagación de este terrible mal, a cuyo desarrollo era favorable el clima de aquel país, Moisés había promulgado leyes severísimas para el diagnóstico, aislamiento y readmisión de los leprosos en la sociedad (Lev. 13, 2-46); no se declaraba curada la lepra sino por un reconocimiento oficial del enfermo, hecho por los sacerdotes. Atacaba la lepra principalmente los nervios y la piel, aunque paulatinamente roía todos los tejidos, sobre todo en sus últimas etapas, ofreciendo los leprosos lamentable aspecto. Tiénese por incurable la lepra, aunque no hace muchos años pudo descubrirse el bacilo que la produce. Las víctimas de esta dolencia pueden vivir hasta los cincuenta años, si son leprosos de nacimiento: unos veinte, si la han adquirido posteriormente. Vivían los leprosos en cuevas y asilos fuera de poblado, y tenían obligación de clamar a todo transeúnte revelando su estado, para evitar el contagio.

Cuanto a la medicina, era arte atrasadísimo entre los judíos, como en todos los pueblos antiguos: desconocedores de la anatomía del cuerpo humano, ya que era impuro legalmente el que tan sólo tocaba un cadáver, sin el conocimiento de las enfermedades más que por sus manifestaciones externas, cargados muchas veces de supersticiones, no pasaban los médicos de simples curanderos: "El mejor de ellos está destinado al infierno", decía el Talmud. No obstante, en el Eclesiástico se honra mucho la profesión de la medicina (Eccli. 38, 1-3.11-15). Los sacerdotes tenían un médico a su servicio en el santuario: el andar descalzos en sus ministerios y con una simple túnica, y su alimentación ordinaria de las carnes de los sacrificios les ocasionaban frecuentes enfermedades intestinales: por ello se llamaba el médico del Templo "médico de las entrañas".

Cercana la muerte, el jefe de familia distribuía entre sus hijos su herencia. Al difunto le cerraban los ojos sus deudos, e inmediatamente se lavaba el cadáver, se envolvían con vendas las extremidades, el cuerpo con una sábana y la cabeza con un sudario, poniendo aromas entre cuerpo y tela: mirra y áloes de un modo especial. Para ungir el cuerpo de Jesús vino Nicodemus al sepulcro con unas cien libras de aromas,

como 32 kilos (Ioh. 19, 39). Colocábase al difunto en el centro de la única pieza de la casa o en el cenáculo si lo había, con el rostro descubierto. Deudos y amigos le velaban en medio de demostraciones de dolor. El clima excesivamente cálido no consentía se guardasen en casa los cadáveres, como en nuestro país: pasadas pocas horas de la muerte era llevado al sepulcro, no en ataúd cerrado, sino en parihuelas abiertas que la Escritura llama "lecho" (Lc. 7, 14).

Iban en el acompañamiento deudos y amigos: los sacerdotes no podían acompañar más que a la esposa, padres, hijos, hermanos y hermanas doncellas; ni a éstos podía acompañar el Sumo Sacerdote. Solían alquilarse mujeres lloronas, que daban lastimeros gritos (Mc. 5, 38), y tañedores de flauta, que tocaban aires lúgubres (Mt. 9, 23); según el Talmud, el judío más pobre debía alquilar por lo menos una llorona y dos flautistas. Los sacerdotes no tenían intervención alguna en las ceremonias fúnebres, no pasando de una manifestación doméstica y civil, como el matrimonio.

No tenían los judíos cementerios generales. Los cadáveres eran llevados fuera de la ciudad o villa y enterrados en cuevas o criptas, en los huertos, bajo los árboles frondosos: en tierra los pobres, en las criptas los ricos y magnates. Se dedicaban monumentos fúnebres a los famosos personajes. Las criptas tenían una puerta de entrada, baja, y en el recinto de la cripta varios hoyos o nichos en las paredes para recibir los cadáveres de toda la familia. Era gran deshonor ser excluido de la sepultura doméstica. La puerta se cerraba con una gran piedra, ordinariamente en forma de disco o muela, que se hacía resbalar hasta obturarla. El sepulcro del Señor era el que para su familia había labrado en un huerto de su propiedad José de Arimatea: estaba cavado en la roca viva y, como sepulcro de rico, tenía una puerta exterior, que era la que se cerraba, un vestíbulo al que se bajaba por algunas escaleras, y una puerta más baja que daba acceso a la tumba propiamente dicha. Esta disposición nos explica alguno de los detalles del Evangelio (Ioh. 19, 41; 20, 5-8).

7. **IDIOMA: RELACIONES INTERNACIONALES.** — En tiempo de Jesús no se hablaba ya el hebreo en la Palestina: era lengua muerta, conocida sólo de los doctores; y si en ella se hacían las lecturas litúrgicas, por estar escritos en hebreo los sagrados Libros, el escriba debía traducirlas y explicarlas al pueblo. El lenguaje corriente en tiempo de Jesús era el arameo o aramaico, que los judíos desterrados en Babilonia importaron de la Caldea, donde se hablaba aquel idioma, lo mismo que en la Siria y en Aram, de donde ha tomado su nombre. En los Evangelios quedan vestigios de esta lengua, de que se sirvió el Hijo de Dios para comunicarse con los hombres: las palabras *mammona*, *raca*, *talitha cumi*, *ephpheta*, *Eli, Eli, lamma sabacthani* y otras, son aramaicas. Como el hebreo, pertenece el arameo a la familia de las lenguas semíticas.

A pesar del aislamiento en que vivía el pueblo judío, debido principalmente a los prejuicios nacionales y de religión, que les llevaban a rehuir todo trato con gente pagana, llegó en tiempo de Jesús a extender su influencia, social y política, a las más dilatadas regiones. Favorecieron este cosmopolitismo de la raza judía varios factores. Era el principal la diseminación, por todo lugar conocido, de este raro pueblo, debida a las deportaciones de carácter militar o a la emigración, más o menos voluntaria, determinada por el temor de las luchas internacionales o civiles en la Palestina. Así los judíos se dividían en dos grandes ramas: los que podríamos llamar indígenas, que moraban en la Palestina, y los de la "dispersión" o *diáspora*, que formaban colonias en todo el mundo civilizado, constituyendo una raza dentro de otras razas, pequeñas ciudades dentro de ciudades más grandes: "No hay lugar donde no se halle esta raza, decía Estrabón, y donde no haya dominado a las que la han recibido."

En segundo lugar, el carácter tenaz, astuto, paciente, fraternal y amable de los judíos les daba paulatinamente gran preponderancia dondequiera que se establecían.

Facilitaba este internacionalismo la misma situación geográfica de la Palestina y la espesa red de carreteras que

la unían con los pueblos más densos y ricos, la Siria, la Fenicia, Egipto, por la gran ruta que bajando de Damasco atravesaba todo el país hasta el África, y por los caminos militares que la ponían en comunicación con Grecia y Roma, hasta la Galia y España. Todo ello favoreció no sólo sus empresas mercantiles, sino sus relaciones políticas con los grandes centros de la civilización, constituyendo como un sistema arterial que debía providencialmente coadyuvar a la rápida difusión de la nueva vida espiritual que trajo Jesucristo al mundo, al nacer en esta tierra, tan colmada de privilegios como de maldiciones del cielo.

CAPÍTULO VI

Cronología de los Evangelios

I. LA ERA CRISTIANA Y EL NACIMIENTO DE JESÚS. —

En los primeros siglos cristianos, hasta mitad del sexto, no se utilizó la fecha del nacimiento del Señor como punto de partida para los cálculos cronológicos: se contaban los años según la era de Diocleciano, llamada también la "era de los mártires". Fué a mediados del siglo VI cuando un presbítero romano oriundo de la Escitia, llamado Dionisio el Pequeño o Menor, por su corta talla, tuvo la feliz idea de introducir el actual sistema de computar los años, partiendo de la fecha del natalicio de Jesús. Pero Dionisio no hizo comenzar el primer año de nuestra era el 25 de diciembre, fecha en que según la tradición nació el Señor, sino el primero de enero del año del nacimiento: y además, por un error de cálculo, reconocido por todos los cronologistas, situó el nacimiento del Señor no en el año de su ocurrencia, sino algunos después, suponiendo que la fecha memorable en que el Hijo de Dios fué visto por vez primera en la tierra fué en el año 754 de la fundación de Roma, cuando, según testimonio del Evangelio (Mt. 2, 1), Jesús nació viviendo Herodes el Grande, que murió el año 750.

Siendo cierto el error de Dionisio el Exiguo y, por lo mismo, la discrepancia material de nuestro actual cómputo con la fecha de la Natividad del Señor, no es menos cierto que es imposible valorar fijamente el error sufrido por Dionisio, siendo por ello imposible asimismo fijar el año en que nació el Señor: hasta el punto de que los diversos autores hagan oscilar dicha fecha entre los veintidós años anterio-

res a nuestra era y los nueve posteriores a la misma. No son, con todo, racionales los límites extremos de las opiniones discordantes.

2. FECHA MÁS ANTIGUA QUE PUEDE ADJUDICARSE AL NACIMIENTO DE JESÚS. — No nació el Señor antes del año 747 de la fundación de Roma, es decir, antes del séptimo de la era vulgar o dionisiana. Dice San Lucas: "En aquel tiempo se publicó un edicto de César Augusto para que todo el mundo fuese empadronado: y este primer empadronamiento tuvo lugar siendo Cirino gobernador de la Siria" (Lc. 2, 1.2). Para cumplir con el mandato imperial suben José y María desde la Galilea a Belén, para empadronarse allí, ya que era José de la casa y familia de David. Fué entonces cuando la santísima esposa de José dió a luz a su primogénito. Luego nació Jesús cuando se ejecutaba en Judea el edicto imperial de empadronamiento dado en Roma por Augusto. Pero éste no lo dió antes de la pacificación universal del imperio, hecho cuya declaración oficial tuvo lugar en verano del año 746 en que se cerraron las puertas del templo de Jano: los historiadores están contestes en estos puntos. Si a esto se añade que el edicto no pudo ser promulgado, o a lo menos ejecutado, en Judea, tan distante de Roma, hasta el año siguiente, tendremos el límite más antiguo de la fecha del nacimiento del Redentor.

3. FECHA MÁS RECIENTE POSIBLE DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR. — Otro factor que los Evangelios nos ofrecen para determinar la fecha del nacimiento del Señor es que fué en vida de Herodes el Grande: "Y después que hubo nacido Jesús en Belén de Judea, en los días de Herodes el Grande..." (Mt. 2, 1). Según el testimonio de Josefo, Herodes reinó treinta y cuatro años a contar desde su entrada en Jerusalén, el año 717 de la fundación de Roma, o 37 antes de nuestra era, tres años después que el senado romano le había reconocido su realeza sobre la Palestina. Por lo mismo, el último año del reinado de Herodes fué el 750 de Roma, 4 antes de nuestra era. Murió Herodes probabilísimamente,

si se cuenta la duración de los reinados de sus hijos y sucesores, en marzo o abril de dicho año 750. Si Jesús nació el 25 de diciembre, debió ser, como fecha más alta, en el año 749, cinco años antes de la era cristiana, según el cómputo de Dionisio. Quedan, por lo mismo, como fechas admisibles para el nacimiento del Señor los años 747, 748 y 749 de la fundación de Roma, es decir, siete, seis o cinco antes de nuestro cómputo actual. Ni puede precisarse más la fecha, ni tiene este punto más objeto que evitar posibles dificultades y errores en la interpretación de los hechos evangélicos.

4. DÍA DEL NACIMIENTO DE JESÚS. — Tampoco es unánime la tradición en lo relativo al día en que nació el Señor, ni se puede precisar con cálculos de orden cronológico. Ya en la más remota antigüedad se celebraba en las iglesias de Occidente el divino Natalicio el 25 de diciembre: San Agustín llama ya vieja tradición a la de la Iglesia romana que en tal fecha celebraba aquella fiesta. El Oriente cristiano no la celebró hasta fines del siglo III, adoptando la fecha de 6 de enero, según testimonio de Duchesne, conmemorándose en ella, junto con el natalicio, las tres epifanías del Señor, adoración de los Magos, milagro de Caná y bautismo de Jesús. Prevalció posteriormente el criterio de la Iglesia romana, que parece concordar mejor con la tradición más remota y con la realidad de la historia.

5. COMIENZO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. — Para precisar la fecha de la inauguración del ministerio público de Jesús, los Evangelios nos ofrecen tres datos distintos, que no nos consienten fijarla sino de una manera aproximada. "El año décimoquinto del imperio del César Tiberio... vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto: y apareció en toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia" (Lc. 3, 1-3); transcurridos unos meses, Jesús es bautizado por Juan: "Y el mismo Jesús tenía, al empezar (su ministerio), como unos treinta años" (Lc. 3, 23). San Juan añade a estos dos datos el epi-

sodio de Jesús que dice a los judíos: "Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres días"; y los judíos le responden: "Cuarenta y seis años que se está construyendo este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días?" (Ioh. 2, 19.20). Fácilmente puede darse una fecha aproximada de la inauguración del público ministerio de Jesús con estos factores cronológicos.

Cuanto a las indicaciones de San Lucas relativas a Tiberio, a la aparición de San Juan en el Jordán y al bautismo de Jesús, nos dan como fecha de la inauguración del ministerio público de Jesús los años 26-27 ó 28-29 de la era vulgar, según que se computen los años de Tiberio desde que su padre Augusto le asoció al trono imperial, o bien, lo que parece más probable, se cuenten desde la muerte de éste.

Igual resultado nos da la indicación de Juan. Herodes el Grande empezó la restauración y engrandecimiento del templo de su nombre el año 734 de Roma, 20 antes de la era vulgar, según Josefo, continuando los trabajos hasta poco antes de la destrucción de la magnífica obra. Añadiendo a los años de la inauguración de los trabajos los 46 a que se refiere el cuarto Evangelio, nos da para los comienzos del ministerio público de Cristo el año 480 de Roma, 27 de nuestra era, cuando contaba Jesús sus treinta de edad aproximados.

6. DURACIÓN DEL MINISTERIO PÚBLICO DEL SEÑOR. — La imprecisión de los datos cronológicos que los Evangelios nos ofrecen en este punto, y la incertidumbre sobre la fecha en que inauguró el Señor su ministerio público, hacen que tampoco pueda fijarse de modo preciso el tiempo que duró la predicación pública de Jesús. Tres son las opiniones de historiadores y comentaristas sobre este particular.

Reducen unos el ministerio público de Cristo al tiempo de un año, fundándose en una interpretación excesivamente literal de Isaías: "Envióme el Espíritu del Señor... para predicar el año de reconciliación con el Señor..." (Is. 61, 1.2); pasaje que interpretó Jesús, aplicándose a Sí mismo, en la sinagoga de Nazaret (Lc. 4, 18.19). Pero además de

que la frase de Isaías no es más que una alusión al año jubilar de los judíos, que era año de remisión y de indulgencia en todos los órdenes, sin que pretendiera precisar la duración de las funciones ministeriales del futuro Mesías, es absolutamente imposible, sin simultanear hechos y violentar textos, reducir todos los episodios de los Evangelios, especialmente del cuarto, dentro de los límites de un año. El hecho, que parece favorecer este sentimiento, de que los sinópticos no aludan más que a una Pascua celebrada por el Señor, viene contrarrestado por otras indicaciones de los mismos sinópticos en que se suponen dos primaveras, tiempo en que se celebraba la Pascua, a más de la última, que fué la de la Pasión.

Según otros, duró la predicación de Jesús sólo dos años, o dos y medio. Fúndanse en que, si bien en el Evangelio de San Juan se mencionan tres Pascuas, la primera de ellas fué próxima al bautismo (Ioh. 2, 13), la segunda un poco anterior a la multiplicación de los panes (Ioh. 6, 4); y la tercera fué la de la pasión (13, 1).

Pero la tradición ha señalado siempre la duración de unos tres años a la predicación pública de Jesús: tradición que vendría confirmada por el mismo texto del cuarto Evangelio si entre la primera y la segunda de las Pascuas indicadas se sitúa, como fiesta también pascual, el "día de la fiesta de los judíos" (Ioh. 5, 1), en que el Señor subió a Jerusalén. Ésta es la interpretación más natural, ya porque la Pascua es el día de la fiesta de los judíos por antonomasia, ya porque es improbable que Jesús, que salió de la Judea para evitar las asechanzas de los judíos, dirigiéndose a la Samaria y Galilea, volviese a Jerusalén para las dos fiestas anteriores a la siguiente Pascua, que eran la de la Dedicación y la de las Suertes o Purim. Ésta es la interpretación de los antiguos Padres, entre ellos San Ireneo, a más de que en algunos códices antiguos se lee "día de la fiesta de la Pascua".

Según este cómputo, el ministerio de Jesús duraría como unos tres años y medio, celebrándose durante él tres Pascuas y muriendo el Redentor inmediatamente antes de la

cuarta. A más de ser éste el sentir tradicional, tiene la mayor parte de los votos de los modernos historiadores e intérpretes.

Infiérese de esto que la cronología de los Evangelios es imprecisa, ignorándose a punto fijo la fecha del nacimiento, la duración de la vida privada y pública del Redentor y el año de su muerte, bien que podemos situar las fechas culminantes de su vida dentro de los límites de tiempo siguientes:

Nacimiento: Del año 7 al 5 antes de nuestra era.

En medio de los doctores: Del 6 al 8 de nuestra era.

Bautismo: Del 24 al 26.

Muerte: Del 27 al 29.

Duración de la vida del Señor: Un mínimo de 33 años, un máximo de 35.

Que haya dejado Dios en esta penumbra, en orden al cómputo histórico, los sucesos trascendentales de la vida de Jesús, que lo son para toda la humanidad, cosa es para confundir al hombre, sin que en lo más mínimo afecte a la gran misericordia de Dios y a la misión que vino su Hijo a cumplir en la tierra, ya que en un tiempo, que fué de bendición para los hombres, aunque éstos no puedan precisamente fijarlo, se realizaron todos los designios del amor de Dios sobre su criatura.

Damos a continuación una tabla en que a simple vista aparezcan los diversos sistemas cronológicos sobre la vida de Jesús.

Sinopsis de los sistemas acerca de la Cronología de la vida de Nuestro Señor Jesucristo

De la fundación de Roma	De la era vulgar	AÑOS			Desde Tiberio asociado al trono de Augusto	De la predicción de Jesús
		De la edad de J. C. según que se ponga nacido el				
		747	748	749		
747		0				
748		1	0			
749		2	1	0		
750		3	2	1		
751		4	3	2		
752		5	4	3		
753		6	5	4		
754	1	7	6	5		
755	2	8	7	6		
756	3	9	8	7		
757	4	10	9	8		
758	5	11	10	9		
759	6	12	11	10		
760	7	13	12	11		
761	8	14	13	12		
762	9	15	14	13		
763	10	16	15	14		
764	11	17	16	15	1 (1)	(1) Comienzo al fin del año
765	12	18	17	16	2	
766	13	19	18	17	3	
767	14	20	19	18	4	
768	15	21	20	19	5	
769	16	22	21	20	6	
770	17	23	22	21	7	
771	18	24	23	22	8	
772	19	25	24	23	9	
773	20	26	25	24	10	
774	21	27	26	25	11	
775	22	28	27	26	12	
776	23	29	28	27	13	
777	24	30	29	28	14	
778	25	31	30	29	15	
779	26	32	31	30	16	
780	27	33	32	31	17	
781	28	34	33	32	18	
782	29	35	34	33	19	
783	30	36	35	34	20	
784	31	37	36	35	21	
785	32	38	37	36	22	
786	33	39	38	37	23	

Resumen: Murió, pues, Jesucristo el año 782 de la fundación de Roma, el 29 de la era vulgar, a los 35, 34 ó 33 de su vida, según que se admita que nació el 747, 748 ó 749.

Admitida la opinión de que los años de Tiberio se cuentan desde la muerte de Augusto, habría de colocarse el comienzo de la vida pública de Jesús el año 781-2 de la fundación de Roma.

SECCIÓN TERCERA

ASPECTOS DE JESÚS SEGUN LOS EVANGELIOS

RAZÓN DE ESTA SECCIÓN. — Como en las dos anteriores hemos dado una rápida ojeada sobre los divinos libros que contienen el Evangelio y sobre el conjunto de condiciones históricas en que se desarrolló la vida del Salvador, así vamos en esta sección a fijarnos en la misma persona adorable de Jesús, considerándola, como en síntesis orgánica, bajo los principales aspectos con que en los Evangelios se nos ofrece.

El Evangelio no es un estudio o descripción de la personalidad de Jesús: es un cuadro amplísimo en que se exhiben todos los elementos para definir a Jesús y su obra. A medida que en la segunda parte de este libro se vaya ilustrando con sencillo comentario el texto de los Evangelios, lograrán, con el favor de Dios, su circunstancial relieve los dichos y hechos del Señor: pero los tránsitos súbitos a que obliga la narración evangélica, en que aparecen en rápida sucesión discursos, milagros, parábolas, viajes, cambios de escena que dan amenidad al texto y responden mejor a la historia, no consienten una visión de conjunto de la trascendental figura de Jesús desde los distintos puntos de vista en que nos le presentan los Evangelios.

Por otra parte, la personalidad histórica de Jesús se agiganta si a los elementos de juicio que el Evangelio nos ofrece se añade la luz que el Viejo Testamento proyecta sobre él y la que el mismo sentido cristiano, al ahondar en el estudio

de los Evangelios, ha recogido de aquellas páginas luminosísimas, ya que no inútilmente ha incubado el Espíritu Santo el pensamiento de las generaciones posteriores a Jesús para que mejor conocieran al enviado del Padre, en expresión del mismo Salvador.

Recogeremos en los siguientes capítulos la luz dispersa de las narraciones evangélicas, junto con la luz de la profecía y la que, siendo conforme con el sentido del mismo Cristo (1 Cor. 2, 16), haya logrado el pensamiento tradicional cristiano, para que se vea así de un golpe al divino Redentor en cada uno de los distintos aspectos de su persona histórica y de los oficios que desempeñó al vivir entre los hombres.



CAPÍTULO PRIMERO

Jesús, Hijo de Dios

Vindicamos para Jesús, en este capítulo, su título más glorioso y en el que se funda toda la grandeza de los demás que se le atribuyen; el que le ha conquistado más seguidores y más acérrimos enemigos; quizá el que con mayores fulgores brilla en las páginas de los Evangelios: el título de Hijo de Dios, no en el sentido de una mera relación moral, como lo serían, por ejemplo, la adopción o una especial predilección de Dios a un mero hombre, sino en el sentido estricto de la palabra. Jesús es el Hijo natural de Dios, y, por lo mismo, es Dios.

Si Jesús es Dios, los Evangelios son los libros que iluminan toda la historia de la humanidad, de todos los siglos: si no lo fuese, no sólo sería un enigma la revelación del Viejo Testamento, sino que la historia humana, anterior y posterior a Él, no sería más que una ficción espantosa.

Con todo, la moderna crítica ha torturado en mil formas los textos del Evangelio demostrativos de la divinidad de Jesús. Jesús sería un soñador, un superhombre, un genio, un hombre enviado de Dios, de ninguna manera el mismo Dios. Concentremos la luz de los Evangelios sobre la persona de Jesús para evidenciar su divinidad.

I. EL TÍTULO "HIJO DE DIOS" EN LAS ESCRITURAS. — En los sagrados Libros de ambos Testamentos aparece el título de "Hijo de Dios" aplicado a personajes distintos de Jesús. Así se llama a los ángeles en dos pasajes de los Salmos (28, 1; 88, 7) y en Job (1, 6); el ángel que acompaña a

los tres jóvenes en el horno de Babilonia es semejante a un "hijo de Dios" (Dan. 3, 92); los descendientes de Set, porque debían formar el pueblo de Dios, por contraposición a los hijos de Caín, son también llamados "hijos de Dios" (Gen. 6, 2). Asimismo en el Nuevo Testamento, el mismo Jesús llama hijos de Dios a los pacíficos (Mt. 5, 9), a los que devuelven bien por mal (Mt. 5, 45) y a los justos resucitados: "Son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección" (Lc. 20, 36).

La filiación divina que adquieren los hombres por la graciosa adopción de Dios es un punto cardinal de la teología de los escritores apostólicos: "Ved qué caridad nos tuvo el Padre, que quiso llamarnos y que fuésemos en realidad hijos de Dios" (1 Joh. 3, 1); cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo "para que recibiésemos la adopción de hijos de Dios" (Gal. 4, 5); debemos ser los cristianos como "sencillos hijos de Dios, sin nada reprehensible en medio de gente mala y perversa" (Phil. 2, 15).

En los cuatro Evangelios se encuentra el apelativo "Hijo de Dios" unas treinta veces aplicado a Jesús, veinte en los sinópticos y diez en San Juan. ¿Tiene el mismo valor de designación de una cualidad moral, de una descendencia a la que van vinculadas las promesas de Dios, o de una simple adopción como la que hemos logrado los cristianos por la fe y la gracia? Analicemos brevemente algunos textos de los sinópticos y del cuarto Evangelio.

2. JESÚS "HIJO DE DIOS" EN LOS SINÓPTICOS. — Llamaban a Jesús Hijo de Dios en los tres primeros Evangelios: Satanás en el desierto: "Si tú eres el Hijo de Dios..." (Mt. 4, 3.6); los demonios en distintas ocasiones: "Viéndole los espíritus impuros, se arrojaban a sus pies, y decían: Tú eres el Hijo de Dios" (Mc. 3, 12; 5, 7; Lc. 8, 28); Caifás le pregunta a Jesús en ocasión solemne si es el Cristo, Hijo de Dios vivo (Mc. 14, 61.62); Pedro le confiesa Hijo de Dios en un momento en que Jesús solicita de sus discípulos el parecer sobre su persona (Mt. 16, 16). Ya en la Anuncia-

ción, en el bautismo y en la transfiguración de Jesús el ángel y el Padre habían llamado a Jesús Hijo de Dios.

¿Qué valor probatorio de la divinidad de Jesús debe concederse a estos textos?

Ya nadie defiende la posición de Franzelin, dice Richard (1), que admite en todas las apelaciones de Hijo de Dios que dan los Evangelios a Jesús la significación de Hijo de Dios eterno y por naturaleza; y todos están acordes en que buen número de los calificativos de Hijo de Dios que dan los Evangelistas al Señor no son más que sinónimos de Mesías.

Con todo, notaremos con el mismo autor que tal vez en todas las ocasiones en que se llama en los Evangelios a Jesús Hijo de Dios, se va más allá de su simple mesianidad: es decir, que cuantos aplicaban la denominación a Jesús reconocían en Él una superioridad y trascendencia que si no le hacía Dios, le acercaba a la divinidad. No estaba el pueblo judío en condiciones de creer en la divinidad de un hombre visible, cuando era aún rudimentario el concepto de la distinción de personas en Dios único y se desconocía el hecho y la doctrina de la encarnación. Por ello se presentan con cierta ambigüedad algunos de los testimonios de los sinópticos en este punto.

Pero en algunos pasajes de los mismos sinópticos aparece clarísima la consubstancialidad de Jesús con Dios en la denominación de "Hijo de Dios". Cinco veces, por lo menos, se declara Jesús explícitamente a sí mismo Hijo de Dios. "Todo me lo ha confiado el Padre, dice Jesús, y nadie sabe quién sea el Hijo sino el Padre; ni quién sea el Padre sino el Hijo" (Lc. 10, 22). En la parábola de los viñadores homicidas, sólo Él es el hijo natural del Padre, el Primogénito; los demás viñadores son siervos (Mc. 12, 1-9). Delante del Sumo Sacerdote, y en la hora suprema de su enjuiciamiento, dice, a requerimientos de la máxima autoridad religiosa y doctrinal de Israel: "Es cierto como tú dices que soy el Hijo de Dios bendito, y vosotros veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios venir sobre

(1) VACANT-MANGENOT: *Dictionnaire de Théologie catholique*, 5, 2393.

las nubes del cielo" (Mc. 14, 61.62). En el discurso escatológico, refiriéndose Jesús al día último del mundo, dice: "Nadie conoce el día ni la hora; ni los ángeles, ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mc. 13, 32). Por fin, resucitado ya, dice a sus discípulos que bauticen a todas las gentes, "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt. 28, 19).

De estos pasajes en que Jesús se dice a sí mismo Hijo de Dios, la fórmula bautismal y la expresión "nadie sabe quién sea el Hijo sino el Padre..." revelan con tanta claridad la distinción y la consubstancialidad del Padre y del Hijo, que constituyen una demostración ineluctable de la divinidad de Jesús.

Hay, además, en los Sinópticos gran número de textos que revelan la preexistencia, la misión trascendental, las especiales relaciones que unen a Jesús con el Padre, distintas de las de los demás hombres. De todo el conjunto de estos textos se desprende un convencimiento por parte de Jesús, la certeza por parte de sus interlocutores y de los Evangelistas que reprodujeron sus dichos, y la misma evidencia objetiva, de que Jesús era más que un puro hombre, y que le unían a Dios lazos íntimos que le colocaban, con respecto a Dios, en situación que no ha gozado ningún mortal.

3. EL "HIJO DE DIOS" EN SAN JUAN. — Podríamos llamar al cuarto Evangelio el Evangelio de la divinidad de Jesús: toda su finalidad dogmática y apologética se concentra, como en una tesis escolástica, en estas palabras: "Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo Hijo de Dios..." (Ioh. 20, 31). Por ello no es de extrañar que el Evangelista Juan precisara de una manera especial la naturaleza y propiedades del "Hijo de Dios".

Jesús, en el cuarto Evangelio, es "el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre" (1, 18): Dios le envía al mundo "para que juzgue al mundo y por Él se salve el mundo" (3, 17): "Todo lo que hace el Padre, lo hace asimismo el Hijo": el Hijo obra siempre como el Padre (5, 17.19): Él y el Padre "son una misma cosa", idéntica en realidad (10, 30): "El que en mí cree, dice, no cree en mí, sino en quien

me envió..." "Y el Padre que me envió me dió el mandato de lo que he de decir y hablar" (12, 44.49).

En la oración sacerdotal de Jesús, después de la Cena, es tan claro el pensamiento del Señor sobre su identificación con el Padre, que la teología de los siglos posteriores no ha podido añadir a aquellos textos nueva claridad. El resplandor o gloria de Jesús es la misma del Padre, ya antes de que el mundo fuese (17, 5): Todas las cosas del Padre son del Hijo, y todas las del Hijo son del Padre (17, 10): Él está en el Padre, y el Padre está en Él (17, 21): Es una misma cosa con el Padre (17, 22).

Esta unidad de Jesús con el Padre, esta inmanencia recíproca, esta solidaridad de vida, de acción, de pertenencia, eliminan toda hipótesis de un intermediario, por trascendental que se le suponga: son evidentemente, en el pensamiento del Evangelista, una misma naturaleza, aunque con distinción personal.

4. OTRAS PRUEBAS DE LA DIVINIDAD DE JESÚS EN LOS EVANGELIOS. — Jesús es el Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, único. Alrededor de esta afirmación, que sale de los labios de amigos y enemigos, pero que es especialísima afirmación del mismo Jesús, pueden agruparse otras pruebas de la divinidad de este Hijo de Dios, sacadas de las mismas páginas de los Evangelios.

Están en primer lugar los milagros y profecías del mismo Jesús, no en cuanto son obras de un poder o de una ciencia sobrehumanos, sino en cuanto son motivos de credibilidad de las enseñanzas de Jesús. Taumaturgos y profetas hubo antes de Jesús, y no fueron Dios ni se llamaron Hijos de Dios: eran hombres de Dios, a quienes hacía Dios partícipes de su fuerza o de su ciencia, para que obraran en su nombre milagros o predijeran cosas futuras. Pero como sus milagros y profecías fueron la confirmación de la verdad de sus dichos, así los milagros y profecías de Jesús atestan la verdad de su filiación divina, con tanta insistencia y claridad por Él mismo predicada.

La misma forma con que Jesús realiza los milagros es ar-

gumento decisivo para demostrar su divinidad. Los hace por virtud propia, sin atribuirlos a ningún ser ni poder superior y sin declararse dependiente de él, como hicieron los demás taumaturgos. Por esto la mayor parte de veces no ora, sino que impera. La misma facilidad y prodigalidad de sus milagros, y la naturaleza de la mayor parte de ellos, le colocan a una distancia inmensa sobre todo taumaturgo en la historia de los milagros. Mirados en su conjunto los milagros de Jesús, le proclaman Señor de las fuerzas, de las naturalezas, de las leyes, es decir, Dios verdadero de Dios verdadero.

La preexistencia y la preeminencia de Jesús, antes de todas las cosas y sobre todas ellas, son otro título de su divinidad. Él es el Verbo de Dios que existe en Dios mismo desde la eternidad y por quien han sido hechas todas las cosas (Ioh. 1, 1.3). Antes de que Abraham fuese, Él ya existe (Ioh. 8, 58). El Padre le ha dado poder sobre toda carne (Ioh. 17, 2). Le ha sido dado todo poder, en el cielo y en la tierra (Mt. 28, 18): es el Señor del sábado, es decir, está sobre la misma ley (Mt. 12, 8): se dice a sí mismo más grande que Jonás y Salomón (Mt. 12, 41.42).

En el orden espiritual y moral se atribuye cualidades y poderes que sólo tiene Dios. El demonio nada puede sobre él (Ioh. 14, 30). Está absolutamente libre de pecado (Ioh. 8, 46). Perdona los pecados, con escándalo de quienes saben que ello es atribución de Dios (Lc. 7, 49). Se llama a sí mismo "Luz del mundo" (Ioh. 8, 12): "camino, verdad y vida" (Ioh. 14, 6). Se arroga, como el mismo Dios, el primer lugar en la jerarquía de los objetivos del amor humano: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí: y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10, 37).

La misma trascendencia de la doctrina dogmática y moral de Jesús lleva la marca de su divinidad. Pudo Jesús, como enviado del Padre, aun en la hipótesis de que fuera puro hombre, enseñarles a los hombres cosas excelsas y divinas: así lo hizo Moisés: así lo hicieron los Profetas de Dios. Pero Jesús enseña un sistema total, orgánico, de doctrina religiosa: lo que deja de enseñarles a sus discípulos perso-

nalmente, lo hará el divino Espíritu, que el Padre les enviará en su nombre, y que Él mismo les enviará (Ioh. 14, 26; 15, 26; 16, 7). Y, sobre todo, lo enseña en nombre propio, como Maestro autónomo, aunque ejerciendo las funciones que le ha confiado el Padre, que le ha enviado a la tierra, y en cuyo seno lo ha aprendido todo (Ioh. 17, 8).

Jesucristo funda una sociedad religiosa, la Iglesia, y lo hace sobre un pobre pescador, como sobre firmísima roca (Mt. 16, 18): le instruye, a él y a los demás apóstoles, de amplísimos poderes, en el orden doctrinal, judicial y de santificación (Ioh. 20, 21-23; Mt. 28, 19; 18, 18): les promete su asistencia hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20): y les traza maravillosos cuadros de sus tribulaciones y triunfos futuros (Ioh. c. 16), todo ello en forma que dista infinitamente de los temores, vaguedades, presunciones, etc., que acostumbran acompañar las instituciones hechas por hombres, aun siendo insignificantes si se comparan con esta obra gigantesca de Jesús, que se agranda a medida que crecen los siglos.

Ante esta visión de conjunto de los argumentos que los Evangelios nos ofrecen en demostración de la divinidad de Jesús, es inútil la estrategia de sus enemigos, de todos los tiempos, de ponderar la grandeza del lado humano de Jesús disimulando o combatiendo abiertamente su divinidad. Jesús es absolutamente trascendental. Cuando se hayan sobre Él acumulado todas las alabanzas que pueden rendirse a un hombre, nada se le ha dicho si no se le confiesa Dios, porque hay infinita distancia de las más elevadas cumbres que puedan conquistar los hombres hasta el pedestal inmovible sobre que descansa la persona y la obra de Jesús, Hijo de Dios.

CAPÍTULO II

El Hijo del hombre

Jesús en los Evangelios es llamado Hijo de Dios: más repetidamente se le llama aún en los mismos "Hijo del hombre". Es que en Jesús hay, en cuanto es Dios, la plenitud de la naturaleza y de la vida divina: pero, en cuanto hombre, posee asimismo la plenitud de la naturaleza y de la vida humana. Es perfecto Dios y perfecto hombre; engendrado de la substancia del Padre ante todos los siglos, nacido en el tiempo de la substancia de la madre, como dice el Símbolo de San Atanasio. Es Jesús Dios verdadero de Dios verdadero: pero es, al propio tiempo, verdadero hombre como nosotros, compuesto de alma y cuerpo, con las mismas facultades espirituales, con los mismos elementos orgánicos, con iguales sentimientos, bien que todo estaba en Él sublimado a la máxima altura de perfección, porque era el Hombre-tipo. Bosquejemos la figura humana de Jesús según se desprende de los textos evangélicos.

I. EL "HIJO DEL HOMBRE" EN LAS ESCRITURAS. — En distintas ocasiones se emplea en el Antiguo Testamento la locución "hijo del hombre", y en todas ellas, excepto una sola, tiene la significación simple de "hombre". "No es Dios como el hombre, que mienta, o como el *hijo del hombre*, que se mude" (Num. 23, 19; Cfr. Iob 16, 22; Ps. 8, 5, etc.). Por primera vez emplea el profeta Daniel la locución "hijo del hombre" en el sentido concreto de alguien que es el Hijo del hombre por antonomasia. En la famosa visión de los cuatro imperios, se le presenta al profeta como un Hijo

de hombre, que debía fundar el quinto imperio, indestructible, que no será otro que el reino mesiánico: "Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí que venía uno como Hijo de hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano... Y dióle la potestad y el honor y el reino... Su potestad es potestad eterna, que no será destruída..." (Dan. 7, 13.14). Desde esta célebre profecía, el "Hijo del hombre", entre los hebreos, es sinónimo de "Mesías": es un hombre que será Dios al mismo tiempo: la naturaleza humana viene manifestada por el apelativo ordinario "hijo del hombre": la naturaleza y el poder divinos se expresan con la forma con que en el Antiguo Testamento se presenta Dios a los hombres: "sobre las nubes del cielo" (Ex. 14, 24; 16, 10; 19, 9; Num. 9, 15; Ps. 17, 10). De hecho, los judíos del tiempo de Cristo hacían sinónimas las dos locuciones: "Hijo del hombre" y "Mesías": Caifás, a la respuesta de Jesús: "Veréis al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo...", entendió la alusión de Jesús a la profecía de Daniel y se rasgó las vestiduras, por creerle blasfemo, pues se atribuía la naturaleza divina (Mt. 26, 64.65) (1).

El "Hijo del hombre" representa, pues, en la teología judía el sumo abajamiento de Dios que viene a la tierra en forma humana. El concepto no será preciso hasta que venga la novísima revelación de la encarnación del Verbo; pero todo el pueblo espera el advenimiento de un "Hijo de hombre" que no será simple hombre como los demás.

2. EL "HIJO DEL HOMBRE" EN LOS EVANGELIOS. — Jesús se llama a sí mismo en los Evangelios Hijo del hombre 82 veces: 31 en Mt., 14 en Mc., 25 en Lc., 12 en Ioh. Nadie más que Él le llama así mientras vive en la tierra: San Esteban le verá, en pleno Sinedrio, al "Hijo del hombre" en pie a la diestra de Dios (Act. 7, 55).

¿Qué fin se propone Jesús al presentarse como "Hijo del hombre"? Demostrar en primer lugar que tiene una naturaleza humana como los demás mortales. Es el "Hombre"

(1) Cfr. KNABENBAUER: *In Mt.*, p. 379.

por excelencia: un hombre-tipo, cuya perfección sobrepasa la de todos los hombres; pero que, en lo tocante a los constitutivos esenciales de la naturaleza humana, no difiere de los demás. Dar, en segundo lugar, testimonio de su mesianidad. Pronuncia Jesús esta palabra a menudo con cierto énfasis, como para dar cuerpo vivo a la idea que del Mesías se han formado los judíos después de la profecía de Daniel.

Con razón nota Lesêtre que del examen de los textos en que Jesús se llama a sí mismo "Hijo del hombre" se deduce esta conclusión: Jesucristo se presenta a los hombres como Verbo encarnado: es por su Humanidad, personalmente unida a su Divinidad, que Jesús obra, sufre y triunfa: por ello aparece como Hijo del hombre en todos los textos que se refieren a sus funciones de Redentor, de Dios hecho hombre (1).

3. LA NATURALEZA HUMANA DE JESÚS. — Todo cuanto puede decirse de la naturaleza humana de Jesús viene encerrado en las breves y sublimes palabras de San Juan: "El Verbo se hizo carne", es decir, se hizo hombre (Ioh. 1, 14): el que era Dios, sin dejar de serlo, sin sufrir mutación alguna, vino a ser hombre también, por cuanto tomó la naturaleza humana íntegra y la unió a su Persona divina.

Quiere ello decir que tomó Jesús un cuerpo como el nuestro. Como si quisiese Jesús prevenir las objeciones futuras contra la realidad de su carne, les dice, ya resucitado, a los discípulos: "Palpad, y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lc. 24, 39). Los Evangelistas nos dan la genealogía de Jesús, y nos ofrecen su línea de ascendientes, hasta Adán, primer tronco de la humanidad, y la genealogía no es de las almas, sino de los cuerpos. Nace y es envuelto en pañales, es circuncidado, ejerce una profesión, come y duerme recostado en una barca, habla y recorre los lugares de la Palestina, sufre dolores indecibles, y muere y es sepultado "su cuerpo" (Ioh. 20,

(1) VIGOUROUX: *Dictionnaire de la Bible*: Art. *Fils de l'homme*, t. 2, col. 2258.

12): la noche anterior al día de su muerte había encerrado este su cuerpo en un pedazo de pan: "Esto es mi cuerpo" (Mt. 26, 26). La realidad del cuerpo de Jesús es el fundamento de toda su obra y de toda su gloria: de su obra, porque la muerte de su cuerpo, que sobreviene al derramamiento de su sangre, es el precio de la remisión de los pecados de los hombres (Mt. 26, 28): de su gloria, porque Jesús entró en ella por los padecimientos de su cuerpo (Lc. 24, 26).

Tomó Jesús un alma como la nuestra: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mt. 26, 38): "Yo pongo mi alma para volverla a tomar" (Ioh. 10, 17). Un alma que es el principio de donde arrancan sus potencias: su inteligencia, que crecía en sabiduría ante Dios y los hombres (Lc. 2, 52), porque el conocimiento experimental y circunstancial de las cosas aumentaba el caudal de sus ideas: su voluntad, que se manifestaba en mil formas, y que siempre se acomodaba a la voluntad suprema del Padre: "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc. 22, 42): su memoria, que le recordaba sucesos anteriores: "Por esto os dije..." (Ioh. 6, 66; 16, 15).

Alma y cuerpo de Jesús eran el fundamento de su actividad emocional y afectiva. Su ternura por su santísima Madre (Ioh. 19, 27): la predilección por Juan el Evangelista (Ioh. 21, 20): la pena por la muerte de su amigo Lázaro (Ioh. 12, 33): la compasión que sentía por las turbas hambrientas (Mt. 15, 32): el menosprecio que le inspiraban escribas y fariseos (Mt. 23, 3 y sigs.): las congojas de Getsemaní (Mt. 26, 38): la santa ira que le inspira la profanación del templo (Mt. 21, 13): todo son movimientos sincrónicos de alma y cuerpo de Jesús, cuya actividad convergía en esta región sensitiva de la vida, como percutidos ambos por los hechos en que Jesús tomaba parte, o excitados por el pensamiento o por la imaginación del Señor.

Quienes miran sólo el lado humano de Jesús, considerando los Evangelios como la historia de un grande hombre, entran en minuciosos detalles de la psicología de Jesús, llegando a empequeñecer su grandiosa figura. No dan una visión de Jesús completa, porque le mutilan en lo que tiene de trascendental y divino. Humanizar a Cristo "con exceso"

es peligroso y abusivo, porque se le deforma al desgajar sistemáticamente el aspecto humano de su ser y de sus funciones de Dios. Pero una visión integral de la persona y de las obras del Señor, tal como aparecen en los Evangelios, es altísima lección de teología y psicología a la vez, porque ella agranda la idea de Dios al proyectarse sobre Él la luz del pensamiento de Cristo, como se agranda la figura de este Hijo del hombre al resplandor de la divinidad que en Él mora y que con tanta fuerza se descubre en los Evangelios.

4. LAS RELACIONES DE JESÚS. — No se hizo hombre el Verbo de Dios para vivir en la soledad, distanciado de los demás hombres, e imponerles desde las alturas de su trascendencia sobre todo lo humano su doctrina, sus preceptos, su religión. Una de las características de Jesús, tal como nos le ofrecen los Evangelios, es la intimidad con que trata a muchos contemporáneos suyos del país en que vivió. En verdad que Jesús realizó el concepto mesiánico de *Emanuel*, "Dios con nosotros", porque, como predijo Baruch, "se le vió en la tierra y trató con los hombres" (Bar. 3, 38). Es éste un punto de vista interesantísimo, que pone de relieve, con detalles deliciosos, el amor inmenso de Dios a los hombres. Mucho se ha escrito sobre este aspecto de Jesús en los Evangelios: no haremos más que simples insinuaciones, por no consentir detalles este estudio.

a) *Con su Madre*. — Serían ternísimas, que otra cosa no cabía entre tal Hijo y tal Madre. Pero, dejando este punto a la contemplación mística, notaremos que en los diversos pasajes evangélicos en que concurren Jesús y su Madre María, se nota una dulce y serena amabilidad por parte del Hijo, una caritativa abnegación por parte de la Madre. Así aparece de las palabras de Jesús al ser hallado en el templo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo yo estar donde me llama el interés de mi Padre?" (Lc. 2, 49). Así la escena de las bodas de Caná: María es la dulce suplicante: Jesús es el Hijo que accede a la petición de la Madre, después de pronunciar unas palabras de grave respeto (Ioh. 2, 3 y sigs.). En la sinagoga de Cafarnaum, en medio de una es-

cena violenta que tiene Jesús con los fariseos, una voz dice al Maestro: "Vuestra Madre y hermanos están fuera que os llaman." Jesús responde: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Mi madre y mis hermanos son los que oyen y practican la palabra de Dios" (Mt. 12, 46-50): profundas palabras en las que, sin menoscabo del amor y del respeto entre la Madre y el Hijo divino, se encierra una lección de vida espiritual. Análoga a ella es la que da el mismo Jesús, cuando una mujer del pueblo dice en alta voz: "Dichosas las entrañas que te llevaron y los pechos de que te amamantaste": y Jesús responde: "Más bien son dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (Lc. 12, 27.28). En las palabras de la Cruz: "Mujer, he aquí tu hijo", dichas a su Madre, y en las que dirige inmediatamente al discípulo Juan, se abren, junto con los senos amorosos del Hijo, que no quiere dejar sin consuelo a su Madre, los amorosísimos de una nueva maternidad que se promulga al pie de la Cruz, y que abarcará a todos los cristianos de todos los siglos (Ioh. 19, 26.27).

Sobre las relaciones de Jesús con el santísimo José, tan íntimamente unido a Él durante los años de su infancia y adolescencia, el Evangelio es sumamente sobrio: pero, ¡qué amorosas profundidades ha sabido descubrir el genio cristiano en estas sencillas palabras del sagrado texto!: "Toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto" (Mt. 2, 13): "Toma al Niño y a su Madre, y vuelve a la tierra de Israel" (Mt. 2, 19): "Les estaba sujeto..." (Lc. 2, 51). Y, ¡qué intimidades supone la simple afirmación de que a Jesús se le conocía por el "Hijo del artesano"! (Mt. 13, 55).

b) *Con sus "hermanos" y "hermanas"*. — Así se llama en los Evangelios a los primos y primas de Jesús (Mt. 13, 55.56; Mc. 6, 3). Eran estos primos, según San Mateo, Jaime (el Menor), José, Judas (no el Iscariote) y Simón. Eran hijos de Cleofás y María: Cleofás probablemente hermano de San José, y María, "hermana" (cuñada) de la Madre de Jesús, como la llama el Evangelio (Ioh. 19, 25). De Cleofás y María hubo, además, dos hijas, llamadas ordinariamente María y Salomé, esposa ésta del Zebedeo y madre

de Santiago el Mayor y de Juan, el discípulo amado. Así, en el Colegio apostólico hubo tres "hermanos" de Jesús, Jaime, Judas y Simón, primos hermanos legales del Señor, y dos hijos de una prima legal, Salomé, a quienes impuso el mismo Jesús el nombre de "hijos del trueno" (Mc. 3, 17).

Vivirían la mayor parte de los parientes de Jesús en Nazaret, como Él. Fuera de los nombrados, no parece que los demás parientes de Jesús estuviesen muy afectos a Él, a lo menos por lo que se desprende de algunos episodios de la vida pública. "Y cuando lo oyeron los suyos, salieron para echarle mano, porque decían: Se ha puesto enajenado" (Mc. 3, 21). Antes de la fiesta de los Tabernáculos, le invitan a que vaya a la Judea para obrar milagros, como los había hecho en la Galilea; pero añade el Evangelista que ni sus hermanos creían en Él, es decir, no le tenían como Mesías e Hijo de Dios (Ioh. 7, 3-5). Quizá estos parientes sean los mismos que más tarde, convencidos ya, ingresaron en el Colegio apostólico. Sea lo que fuere, estas relaciones de Jesús con sus parientes revelan que sobre la carne y la sangre estaban, en la mente de Jesús, los altos intereses que el Padre le había confiado.

c) *Con los Apóstoles.* — Los Apóstoles debían ser el fundamento de la Iglesia: ellos debían a su vez descansar sobre la piedra angular, Cristo Jesús (Ephes. 2, 20). De aquí se colige la cariñosa solicitud con que Jesús formaría la mente y el corazón de sus elegidos, en todo el tiempo de su vida pública. Él mismo los elige y les da admirables documentos que observar en su ministerio (Mt. c. 10): les otorga estupendas prerrogativas y les confía altísimas misiones: serán jueces de las doce tribus de Israel (Lc. 22, 30): luz del mundo y sal de la tierra (Mt. 5, 13-15): pescadores de hombres (Mt. 4, 19): maestros de todas las naciones (Mt. 28, 19).

Tiene para ellos especial predilección: son sus amigos (Ioh. 15, 15): en la oración sacerdotal de la última Cena, tiene para ellos acentos de un amor tan santo como profundo (Ioh. c. 17): quien les oye, a Él oye: quien les recibe, a Él recibe: quien les desprecia, a Él desprecia (Mt. 10, 40;

Lc. 10, 16; Ioh. 13, 20). Les forma a solas, después de adoctrinar a las muchedumbres, haciendo para con ellos las veces de un verdadero e íntimo pedagogo: "A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de Dios, a los demás, en parábolas" (Mt. 13, 11).

Para algunos de ellos tiene pruebas especiales de amor: a Pedro, después de exigirle triple profesión de amor, le hace pastor de ovejas y corderos, es decir, de Obispos y fieles (Ioh. 21, 15-16): deja que Juan recline su cabeza sobre su divino pecho en la última Cena (Ioh. 21, 20): a Pedro, Santiago y Juan les quiere testigos de su Transfiguración y de la resurrección de la hija de Jairo (Mt. 17, 1; Mc. 5, 37): tiene con Tomás la condescendencia de dejar meter el dedo en la llaga de su costado (Ioh. 20, 27).

Con todo, a veces se queja de ellos: les arguye por su falta de comprensión (Mt. 15, 16; 16, 9-11; Mc. 6, 52, etc.): por su indiscreción (Mt. 20, 22): por su intemperante celo (Lc. 9, 55). A Pedro, porque le aconseja huir de los trabajos de la pasión, le dice: "Quitáteme de delante, Satanás, porque no sabes las cosas que son de Dios" (Mc. 8, 33). La profunda condescendencia que tuvo Jesús con sus apóstoles en la última Cena, la deserción de éstos durante las afrentas de la pasión y la solicitud y amor inmenso con que les trata ya resucitado, son ejemplos únicos en la historia de las relaciones entre maestro y discípulos y más aún en la historia de la simple amistad.

d) *Con las autoridades.* — Las vicisitudes de su ministerio y especialmente los episodios de su enjuiciamiento, pusieron a Jesús en contacto con las diversas autoridades de la Palestina. Hay que notar en este punto que Él, que había venido a enseñar los verdaderos fundamentos de la autoridad; que dió la fórmula definitiva según la cual debe moverse toda jerarquía y toda obediencia: "Dad al César lo que es del César..."; que dió admirables ejemplos de sujeción a su Madre y a su padre legal: "Les estaba sujeto" (Lc. 2, 51); se nos presenta ante las autoridades no sólo con entereza, sino con verdadera superioridad espiritual, teniendo para con ellas palabras y gestos duros. Un día los fariseos

le dicen: "Sal de aquí, que Herodes (Antipas, tetrarca de Galilea) te quiere matar"; y Jesús responde: "Id, y decid a aquella raposa que yo lanzo demonios, y hago curaciones hoy y mañana y otro día; porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalén" (Lc. 13, 32). Ante el mismo Herodes, a cuya jurisdicción pertenecía (Lc. 23, 7) y que oficialmente le interroga, se niega a responderle (Lc. 23, 9). La noble serenidad de Jesús ante Pilatos, el Procurador romano, a quien le entregan sus enemigos para juzgarle, raya en lo sublime (Ioh. 18, 33 y sigs.). Ante la suprema autoridad religiosa, representada por el Pontífice Caifás, Jesús es el de siempre: responde con valor a las imputaciones de sus enemigos, y no teme, aun sabiendo las enormes consecuencias de su respuesta, declararse Mesías y Dios ante un tribunal inapelable formado de poderosos egoístas e hipócritas (Mt. 26, 62-64; Ioh. 18, 19).

e) *Con los niños y piadosas mujeres.* — Sentía Jesús especial predilección por los niños: les bendecía, imponiéndoles las manos, señal de los bienes que sobre ellos atraía su poder (Mt. 19, 13-15): les señala como modelos que imitar, por su inocencia e ingenuidad (Mt. 18, 3.4): y profiere tremendas amenazas contra quienes les escandalizaren (Mt. 18, 6).

Con respecto a las santas mujeres, distinguió Jesús con especial amor a las hermanas Marta y María: "Amaba Jesús a Marta, a su hermana María y a Lázaro" (Ioh. 11, 5). Es deliciosa la escena que pasa en un pueblecito de la Galilea, en una casa propiedad de la familia de Lázaro, en la que Jesús recibe hospitalidad con sus apóstoles, cuando Marta se queja de que su hermana María, embebida en pláticas con Jesús, no la ayude en las tareas domésticas (Lc. 10, 38-42): como es de emoción profunda la ocurrida en Betania, en casa de los santos hermanos, con motivo de la resurrección de Lázaro (Ioh. c. 11).

Menciona el Evangelio otras santas mujeres que seguían a Jesús en sus correrías y le proveían, a Él y al Colegio apostólico, de lo necesario con sus propios bienes: "María, que se llama Magdalena, de la cual había echado siete demonios,

y Juana; mujer de Chusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, que le asistían de sus haciendas" (Lc. 8, 2.3). También vemos en el cortejo de Jesús a la madre de los hijos del Zebedeo, que pide para sus hijos los dos mejores puestos en el reino del Mesías (Mt. 21, 21).

f) *Con el pueblo.* — Gozó Jesús de inmensa popularidad entre los suyos: su fama de taumaturgo, la elocuencia de su predicación y las prodigiosas curaciones que obraba hacían que llevase Jesús ordinariamente un gran séquito de gentes de toda clase: "Y corrió su fama por toda la Siria, y le trajeron todos los que lo pasaban mal, poseídos de varios achaques y dolores, y los endemoniados, y los lunáticos, y los paralíticos, y los sanó. Y le fueron siguiendo muchedumbres de la Galilea, y de la Decápolis, y de Jerusalén y de Judea, y de la otra ribera del Jordán" (Mt. 4, 24.25).

Como suelen las multitudes, no siempre usaron con el Señor de la corrección debida: a veces le apretujaban (Mc. 5, 24): o no le daban tiempo de comer (Mc. 3, 20): o se arrojaban inconsideradamente sobre Él para tocarle y sanar (Mc. 3, 10): o le importunaban, para que no se apartase de ellos (Lc. 4, 42): o invaden la casa donde mora, hasta el punto de que no puedan entrar en ella su Madre y parientes (Lc. 8, 19): o le siguen a lugares desiertos adonde se dirigía Jesús clandestinamente para descansar con sus discípulos (Mt. 14, 13-15; Mc. 6, 31-33). La amabilidad de Jesús corresponde a la impertinente solicitud de las turbas curando sus enfermos, apacentándolas con la divina doctrina, saciándolas de pan milagroso.

Desentonaba en este cuadro de amoroso entusiasmo de las muchedumbres el odio, la astucia, la cicatería de los fariseos, cuyas relaciones con Jesús se han puntualizado ya al tratar de esta secta.

Una ojeada de conjunto sobre las especiales relaciones de Jesús con sus contemporáneos, en sus diversos estados y condiciones, nos permite formular una conclusión, que es del mismo Evangelio, a saber: "Que Jesús pasó por todas partes haciendo el bien": a todos y en todas las formas, en el orden corporal, espiritual y social. Si alguna vez aparece,

en el trato de Jesús con los hombres, algo que pudiese parecer una estridencia, es motivada por la ignorancia o por la malicia de sus interlocutores: y aun en estos momentos aparece siempre el amabilísimo Hijo del hombre sacando el bien que el rigor de la increpación, la aparente dureza del celo, o los animados episodios de una controversia pueden causar en las almas dóciles y sencillas.

5. LA VIDA ORDINARIA DE JESÚS. — Nacido en Belén de Judá y vecino, la mayor parte de su vida, de Nazaret, donde ejerció la profesión de artesano como su padre legal, pues el Evangelio le llama "hijo del artesano" (Mt. 13, 55) y "artesano" (Mc. 6, 3), Jesús, una vez salió de su vida oculta para empezar su ministerio, no tuvo punto fijo de residencia. Moraba, con todo, la mayor parte del tiempo, en Cafarnaum, a orillas del mar de Genezaret, hasta el punto de que la llame el Evangelio "su ciudad" (Mt. 9, 1). Aquí obró la mayor parte de sus milagros, y puede llamarse el centro de donde irradiaba su ministerio a todas las regiones vecinas. Hospedábase probablemente en casa de Simón (Pedro), quien, aunque originario de Betsaida, tenía en Cafarnaum una casa (Mc. 1, 29). Conocida es la hospitalidad de los orientales.

Esta misma ley de hospitalidad era la que proporcionaba hospedaje a Jesús y sus apóstoles dondequiera que entrasen a predicar el reino de Dios. Pudo Él decir que "las raposas tienen madrigueras y nidos las aves del cielo, mas el Hijo del hombre no tiene donde reclina la cabeza" (Mt. 8, 20): porque era en realidad un pobre viandante que predicaba el reino de Dios: pero a más de los solícitos cuidados de las santas mujeres que le acompañaban, no le faltaba la casa honorable de los pueblos o ciudades en que entraba donde residir durante la estancia en ellas, sin vagar de casa en casa, como lo recomendaba a sus apóstoles.

Pasaba Jesús los días de su santísima vida, durante el tiempo de su predicación, enseñando a las multitudes, curando sus enfermos y cumpliendo sus obligaciones de religión y ciudadanía como todo judío. Consagraba las noches

a la oración: "Pernoctaba en la oración de Dios" (Lc. 6, 12). "Una página del Evangelio, dice Vigouroux, nos permite seguir al Salvador durante un día de sábado en Cafarnaum, de la mañana a la noche, y hasta la madrugada del día siguiente (Mt. 8, 14-17). Puede este día considerarse como el resumen de toda su vida. Nada falta en él: enseñanza pública y privada, oración intensa y solitaria, obras de misericordia. Por la mañana, asistió Jesús a la función religiosa de la sinagoga. Acabada la oración, instruyó a la concurrencia, como lo había hecho en Nazaret. Antes de salir, curó a un poseso. Hacia el mediodía, según costumbre de la época, entró en casa de Pedro para comer. Allí curó a la suegra del Apóstol. Es probable que pasó todo lo restante del día bajo este techo hospitalario: los apóstoles, según costumbre, escucharon de la boca del Maestro la explicación del discurso de la sinagoga. Al ponerse el sol, acabado ya el reposo sabático, los que tenían enfermos y endemoniados los llevaron a Jesús, que los curó. Salió el último enfermo cuando era ya el alba del siguiente día. Sin entregarse al sueño, retiróse a un lugar desierto para orar. Habitualmente era al anochecer que se retiraba a la vecina colina, refocilando su alma y fortaleciéndola en prolongada oración" (1).

Vestía Jesús como se acostumbraba en Galilea en su tiempo, sin la afectación de quienes deseaban llamar la atención y que Él mismo condenaba (Mt. 23, 5). Sus vestidos no eran blancos, ya que en la transfiguración se mudaron en este color (Mt. 17, 2): serían pardos o azules, o tendrían el fondo blanco con rayas de color. La túnica era de una pieza, sin costura (Ioh. 19, 23). Calzaba sandalias, y cubría su cabeza el turbante flotante o *cuffiéh*. En sus viajes llevaría el bordón de caminante, ceñida la túnica con el cingulo usual.

Su alimento sería el común de las gentes del pueblo: pan, huevos, pescado (Mt. 7, 9.10). No rehusaba asistir a las solemnes cenas a que alguna vez se le invitaba, aprovechando estas coyunturas para dar interesantísimas instrucciones a los comensales.

(1) VIGOUROUX, BACUEZ ET BRASSAC: *Manuel Biblique*, 11.ª ed., 3, 393.

A la lectura de los copiosos datos que nos ofrecen los Evangelios sobre la vida del Señor, una legítima curiosidad acucia nuestra imaginación, para hacérsenos ver tal cual sería el Hijo del hombre: su rostro divino, sus ojos, sus ademanes, su continente. Mucho se ha escrito sobre la belleza "del más hermoso de los hijos de los hombres". El Evangelio nos da solamente algunos indicios de los movimientos de Jesús: "abrió su boca" (Mt. 5, 2): "levantó sus ojos al cielo" (Ioh. 17, 1): "se ciñó una toalla, quitadas sus vestiduras" (Ioh. 13, 4), etc.

Lo que no nos dicen los Evangelios, son conjeturas sobre este punto. Pero, discurrendo según razones de alta conveniencia, nadie habrá tenido jamás el atractivo dulcísimo, el aspecto imponente, la dignidad y nobleza de fisonomía y continente de Jesús. Y del rostro del Hijo del hombre, como dice San Jerónimo, saldría un resplandor que, sin ofrecer caracteres de sobrenaturalismo en el orden físico, excepto en el momento de la Transfiguración y su Resurrección y episodios que la siguieron, denunciaría la presencia de una Persona divina substancialmente unida a la naturaleza humana más perfecta que pudo salir de las manos de Dios. Era Jesús el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

CAPÍTULO III

El Mesías

I. EL MESÍAS, CRISTO DE DIOS. — La esperanza en un redentor futuro es el árbol maestro de la historia de los antiguos pueblos, esperanza que responde a la solemne promesa hecha por Dios a nuestros progenitores en el paraíso, renovada con reiteración durante la historia del pueblo de Dios, y que se adulteró, como otras tantas verdades primitivas, en los pueblos de la gentilidad. En el mismo pueblo judío sufrió el concepto del Mesías lamentables deformaciones.

En el pueblo de Dios el futuro salvador de las naciones se llamó "Mesías", palabra que equivale a "Cristo" o "Ungido". Como se ungió a los sacerdotes, a los reyes y a veces a los profetas (3 Reg. 16, 16) y por ello eran llamados "Cristos", como señal de la misión teocrática que debían ejercer en Israel, así debía ser el futuro redentor el "Mesías" o Ungido por antonomasia, por cuanto debía recibir la plenitud de la unción, no la unción litúrgica o material, sino lo por ella simbolizado, que no es otra cosa que la efusión, sobre el ungiendo, de los dones del divino Espíritu.

En este sentido dice David que el futuro Mesías será ungiendo "con aceite de exultación o alegría" (Ps. 44, 9): Isaías le llama Ungido por el Espíritu de Jahvé que vendrá sobre él (Is. 61, 1); y Daniel anuncia que pasadas setenta semanas será ungiendo el Santo de los Santos, es decir, el Mesías (Dan. 9, 24).

Dos veces ocurre en el Nuevo Testamento mención del Mesías, poniéndose este nombre como equivalente de Cristo.

"Sé que viene el Mesías (que se llama Cristo)", dice la Samaritana a Jesús (Ioh. 4, 25); y Andrés le dice a su hermano Pedro: "Hemos hallado el Mesías (que quiere decir el Cristo)" (Ioh. 1, 41).

"Mesías" es, pues, un nombre representativo de todos los títulos que reunirá el futuro redentor. El Mesías, porque deberá ser el ungido con la plenitud de todos los Dones de Dios, será el Rey, el Sacerdote, el Profeta, el Doctor del pueblo redimido: será el Hijo de Dios, el Hijo del hombre, el Hijo de David, el Enviado, el Admirable, el Padre de la raza futura, el Emmanuel, etc.

2. LAS PROFECÍAS MESIÁNICAS. — Un hecho insólito, en la literatura universal, es el de la redacción, en un espacio de más de mil años, de una serie de libros escritos por varios hombres, de diferente cultura y temperamento, que cultivaron distintos géneros literarios, y que no obstante conservan la más absoluta unidad de pensamiento. Y dentro de este hecho hay el otro hecho de una serie de predicciones, recogidas unas de tradiciones antiquísimas, recibidas otras por especial revelación hecha a los mismos que las consignaron por escrito, relativas a un personaje futuro y que definen perfectamente no sólo su carácter personal, sino las circunstancias históricas en que debía aparecer y la obra grandiosa que debía realizar. Son las profecías mesiánicas, así llamadas por referirse a la persona y a la obra del Mesías.

Jalonan ellas todos los siglos anteriores a Cristo, desde las puertas del Paraíso hasta el mismo momento en que aparece Jesús a la vida pública, señalándole el Bautista, último de los antiguos profetas, como el Esperado de las naciones. Forman un trazo de luz espléndida, que guía a la humanidad desde el Edén hasta Jesucristo. A través de las profecías mesiánicas se ve el pensamiento de Dios, manifestado en mil formas a los hombres, relativo al que debía ser el Salvador de las naciones. Aun podríamos decir que el elemento profético relativo al futuro Mesías es en el Antiguo Testamento como el aglutinante y el soporte de los factores heterogéneos que integran los sagrados libros, historia, religión, literatura,

constitución política del pueblo de Dios, sus relaciones, etc.

La importancia capital de la literatura profética está en que en ella se basa, según el mismo Leibnitz, la prueba más importante de la religión, después de la demostración de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. La fuerza demostrativa de los vaticinios mesiánicos estriba en su claridad estupenda, considerados en su conjunto, y en su convergencia absoluta en la persona histórica de Jesús. Estriba asimismo en la suma perfección del tipo que en su conjunto anuncian, no obstante la distancia que les separa unos de otros, la contraposición y hasta la inverosimilitud de algunos detalles, quizás la incomprensión de los mismos que profirieron algunos de los vaticinios: como si cien pintores, que vivieron en distintas épocas, hubiesen inconscientemente cooperado a la ejecución de un magnífico retrato, sin modelo, sin la visión individual de la totalidad de la figura a reproducir.

Es el Mesías el hijo de la mujer que aplastará la cabeza de la serpiente (Gen. 3, 15); el Dios que habitará en las tiendas de Sem (Gen. 9, 27); el descendiente de Abraham, Isaac y Jacob (Gen. 22, 18; 26, 4; 28, 14); el hijo de Judá que vendrá al mundo cuando salga el cetro de Israel de la casa de este Patriarca (Gen. 49, 10); la estrella de Jacob que viera Balaam (Num. 24, 17); el Profeta anunciado por Moisés (Deut. 18, 15).

La idea del Mesías, que en el período patriarcal pudo aparecer como un simple hombre, evoluciona en el período de los reyes en el sentido de que será el mismo Jehová quien revestirá la forma del Mesías. David le ve de lejos, dice Bossuet, y le canta con una magnificencia que nadie podrá igualar: es el Hijo de Dios: "El Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy" (Ps. 2, 7); el Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (Ps. 109, 4); se ofrecerá Él mismo en holocausto a Dios (Ps. 39, 7.8); y, cosa que parece inverosímil, este Hijo de Dios y Sacerdote Sumo sufrirá los dolores de una pasión atrozísima, que describe el real Profeta como si se hallara presente en el Calvario al pie de la Cruz de Jesús (Ps. 21). Todo el Salterio está im-

pregnado del pensamiento del Mesías y lleno de episodios de su vida futura.

En los comienzos del reinado de Joram, ocho siglos y medio antes de Jesucristo, empieza con Abdías el período llamado propiamente profético: florecen durante él, por espacio de trescientos años, diez y seis profetas, algunos de los cuales viven simultáneamente. Cada uno de ellos aporta a la obra divina de la descripción del Mesías una serie de rasgos de precisión portentosa. Su madre será virgen (Is. 7, 14); nacerá en Belén, no obstante haber ya nacido del seno del Padre desde toda la eternidad (Mich. 5, 2); se fija, año por año, el de su nacimiento (Dan. 9, 20-27); visitará el templo de Zorobabel (Ag. 2, 9); será poderoso taumaturgo y a un tiempo el tipo de la dulzura y mansedumbre (Is. 35, 5 y sigs.; 42, 1-3); cuéntase el episodio de su venta y el número de monedas en que se le estima (Zach. 11, 12.13); se describen minuciosamente los oprobios de la pasión (Is. 50, 6; 53, 3 y sigs.; Ps. 21); la gloria de su sepulcro (Is. 11, 10); la dilatación de su reino (Is. 60, 1-4). Todos estos trazos, y cien otros que podrían añadirse, de tal manera forman, en el pensamiento de Israel, la idea del futuro Mesías, que cuando llegue el Esperado de las naciones no habrá más que proyectar la luz de la profecía sobre él para reconocerle de manera inconfundible y aclamarle Hijo de Dios e Hijo del hombre.

Porque la interpretación de los copiosos pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento no es arbitraria. No se han aplicado las profecías a Jesús buscando en la literatura de Israel los rasgos que coincidiesen con Él y con los episodios de su vida, como han pretendido los racionalistas. Antes de que viniese Jesús la tradición judía había reunido como en un foco toda la luz dispersa del elemento mesiánico-profético para formar en la mente del pueblo un tipo bastante preciso, aunque deformado por el espíritu nacionalista de aquella raza. Las paráfrasis que de los Libros sagrados escribieron Jonatás, poco antes de Jesucristo, y Onkelos, contemporáneo del Señor, son la expresión del sentido de la teología judía de su tiempo, y en ambos intérpretes la mayor

parte de los vaticinios de los tiempos patriarcal, real y profético, se aplican taxativamente al Mesías. Así, por ejemplo, las palabras: "El cetro no saldrá de Judá hasta que venga el que debe ser enviado" (Gen. 49, 10), Onkelos las explica así: "Hasta que venga el Mesías." — "Una estrella saldrá de Jacob": Onkelos: "El Mesías será ungido en Israel." — "El príncipe de la paz" (Is. 9, 6): Jonatás: "El Mesías de la paz." — "He aquí mi siervo" (Is. 42, 1): Jonatás: "He aquí mi siervo el Mesías", etc. (1).

3. EL MESIANISMO EN TIEMPO DE JESUCRISTO. — Algunos vaticinios mesiánicos, especialmente de las épocas real y profética, ofrecían al futuro Mesías como un rey conquistador y poderoso, que debía subyugar al mundo por la fuerza de las armas: "Cíñete tu espada sobre tu muslo, oh poderosísimo", había dicho David (Ps. 44, 3); e Isaías había dicho del Mesías: "Humillará las naciones en su presencia, y le hará superior a los reyes: los entregará a su espada como polvo, y a su arco como pavesa que el viento arrebatara" (Is. 41, 2). El espíritu eminentemente nacionalista de los judíos, las sucesivas catástrofes, políticas y guerreras, en que la independencia de Israel sucumbió bajo el poder de asirios y caldeos, y una tradición secular de grandeza fundada en las promesas divinas, hizo que tomara cuerpo en el pueblo judío la idea y la esperanza de un Mesías que sería un capitán invicto, que llevaría sus huestes a la conquista del mundo, y a Israel a la hegemonía sobre todos los pueblos. Jerusalén sería la gran ciudad, centro y cabeza de la teocracia universal. Era ello un sueño de revancha con que Judá esperaba desquitarse de sus pasadas humillaciones.

Tomó mayor incremento esta idea en tiempo de Jesucristo. Se había ya cumplido la casi totalidad del vaticinio de Daniel: tocaban ya a su término las setenta semanas de años por él anunciadas como prefacio histórico al advenimiento del Mesías. Había el cetro salido de la casa de Judá y pasado al idumeo Herodes. Los romanos oprimían toda la Pa-

(1) Cfr. HANNEBERG: *Histoire de la révélation biblique*, 2, 163.

lestina con el peso de su dominación férrea. Coincidió el tiempo señalado para la llegada del Mesías con la pérdida de la nacionalidad y de la autonomía política. Fué entonces cuando el sentido tradicional de independencia y de grandeza tomó cuerpo en violentas revoluciones contra los poderes constituídos, que fueron ahogadas en sangre de las multitudes fanatizadas por falsos mesías que, como Barcokebas, y más tarde Teudas y el mismo Simón Mago, soliviantaban el pueblo contra sus dominadores.

Tan profundamente arraigado se hallaba este sentimiento en el pueblo de Dios, que más de un episodio de los Evangelios nos revela esta hipertensión espiritual producida por la inminencia de la venida del Mesías y por las humillaciones a que al mismo tiempo se veía sujeto. Herodes, temiendo el poder del niño nacido en Belén, ordena la matanza de los inocentes. En Galilea, después de la multiplicación de los panes, el pueblo quiere hacer rey a Jesús (Ioh. 6, 15). En Jerusalén, Jesús es recibido por el pueblo, unos días antes de su muerte, a los gritos jubilosos de: "Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor..." "Bendito el reino de nuestro padre David, que ya llega: Hosanna en las alturas" (Mt. 21, 9; Mc. 11, 10). Los mismos enemigos de Jesús le acusan porque se hace rey, frente al poder del César, reconociendo con ello el carácter político del futuro Mesías, según los prejuicios populares, y la inminencia de su venida. Hasta los mismos Apóstoles, aun después de la resurrección de Jesús, sienten las ansias de la restauración política de Israel: "Señor, le dicen a Jesús, ¿será ahora que restaurarás el reino de Israel?" (Act. 1, 6).

Concordaban con los judíos los samaritanos, como lo demuestra el episodio de la mujer que habla con Jesús en el pozo de Jacob. Y concordaba la literatura apócrifa, como los Salmos de Salomón y el libro de Henoch, que tienen pensamientos bellísimos sobre el Mesías, mezclados con la exuberante literatura de las proezas del futuro Rey y de la colmada felicidad de los pueblos que gobernará.

4. JESÚS MESÍAS. — Este sentimiento popular, tan hondamente arraigado, de la esplendorosa grandeza del Mesías futuro, fué quizás la causa principal de que Jesús no se presentara abiertamente, ya en los comienzos de su predicación, como el Mesías esperado por Israel, bien que ya aparece su dignidad mesiánica en la confesión de Natanael (Ioh. 1, 49) y en la insinuación hecha a la Samaritana por el mismo Jesús (Ioh. 4, 25.26). El hijo del artesano, el pobre carpintero de Nazaret, se hubiese acarreado la indignación popular al proclamarse públicamente Mesías. Los judíos tenían en poco a los galileos: los mismos galileos se burlaban de los nazaritas: "¡Qué!, le decía Natanael a Felipe, que le anunciaba haber hallado en Jesús al Mesías, ¿puede acaso salir algo bueno de Nazaret?" (Ioh. 1, 46). Tal era la convicción de que el Mesías no debía ser galileo, que a pesar de los milagros y de la sublime predicación de Jesús, al manifestar algunos del pueblo sospechas de si sería el Cristo, responden otros: "¿Acaso viene el Cristo de la Galilea?" (Ioh. 7, 41) y los fariseos le dicen a Nicodemos: "Revuelve las Escrituras, y verás que de la Galilea jamás se levantó profeta alguno" (Ioh. 7, 52).

A este primer motivo de las reservas de Jesús, tocante a la manifestación de su mesianidad, se añadía el de la situación política de la Palestina. Dominada ésta por los romanos, pero inquieta e indócil al yugo, afrentoso para la teocracia de Israel, todo conato de reivindicación nacionalista provocaba sangrientas represiones por parte del invasor. Jesús, al proclamarse Mesías, hubiese debido encarnar las aspiraciones de orden temporal de sus coetáneos y lanzarse a una imposible reconquista de orden territorial y político. El fracaso hubiese sido fulminante, si no es que hubiese querido Dios violentar el orden natural de las cosas. El triunfo del Mesías debía ser de orden espiritual, y por ahí debía empezar la siembra del grano de mostaza que es el reino de Dios. Cuando a fuerza de tiempo y de gracia se imponga Cristo a los espíritus, el mismo orden temporal de las cosas se le sujetará. Es suave y fuerte la estrategia de Dios, y el Mesías, Jesús, era el Hijo de Dios.

Por esto Jesús sólo reivindica para sí el título de Mesías en los lugares y ocasiones en que la declaración de su mesianidad no fomentará equivocados prejuicios ni pondrá en peligro su obra. A la Samaritana la dice claramente: "Yo, que hablo contigo, soy el Mesías" (Ioh. 4, 26). A Pedro, que en momento solemne y a requerimiento propio le confiesa Mesías o Cristo: "Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo", le responde Jesús confirmando plenamente la verdad de su confesión, pero inmediatamente impone el silencio a sus discípulos sobre su mesianidad: "Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeren que Él era Jesús Cristo" (Mt. 16, 20). En general puede afirmarse que rehuye el título y la consideración de Mesías en los lugares y ante auditorios en que dominaba el prejuicio de un Mesías político que debiese restaurar el antiguo esplendor de Israel. Así le vemos imponer en Galilea el silencio sobre los milagros que obra.

Pero cuando Jesús ha realizado ya su obra de evangelización y ha puesto los cimientos de su reino espiritual, deja todo reparo y se presenta claramente como Mesías. Cuando pocos días antes de su última Pascua entra con solemnidad en Jerusalén, y las turbas le reciben como Mesías a los gritos de "Hosanna al hijo de David", al ruego de los fariseos que le pedían hiciese callar a sus discípulos, responde Jesús: "En verdad os digo que si callasen éstos, hablarán las piedras" (Lc. 19, 40). Y la noche antes de morir, al solemne conjuro del Sumo Sacerdote que le exige, en el nombre de Dios vivo, que diga si es el Cristo Hijo de Dios, responde Jesús: "Tú lo has dicho", es decir, sí, lo soy: y añade un rasgo que en la mente de todo judío era inseparable del carácter de Mesías-Dios, a saber, el presentarse un día Él, sentado a la diestra del Dios poderoso, viniendo sobre las nubes del cielo (Mt. 26, 63.64).

Después de su resurrección afirma reiteradamente su carácter de Mesías o Cristo. A los discípulos que se dirigen a Emaús, les dice, deshaciendo a la vez el prejuicio de un Mesías político, lleno de gloria y glorificador de Israel: "¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! Pues qué, ¿no convenía que el Cristo pa-

deciese estas cosas, y así entrase en su gloria?" (Lc. 24, 25.26). Y cuando se halla en medio de sus apóstoles y discípulos en Jerusalén reitera la declaración de su mesianidad, "porque era necesario que se cumplieran todas las cosas que de mí fueron escritas en la Ley de Moisés, en los Profetas y Salmos" (Lc. 24, 44). Así Jesús presenta sus sufrimientos y humillaciones no sólo compatibles con su carácter de Mesías, sino como una condición esencial de la mesianidad, porque así estaba profetizado de antiguo. Sólo que Israel había desviado la idea del Mesías tomando de las profecías, y exagerándolas en su sentido temporal, aquellas que fomentaban el espíritu de reivindicación política del pueblo judío.

Por lo demás, después de la Ascensión de Jesús, en los mismos tiempos apostólicos y por los mismos apóstoles, se unirá definitivamente a su nombre patronímico el de Mesías o Cristo. Jesús será para siempre *Jesús-Cristo*, o *Jesucristo*. San Mateo y San Marcos, al redactar sus Evangelios le llamarán así desde las primeras líneas: "Libro de la genealogía de Jesucristo..." "Principio del Evangelio de Jesucristo". San Pablo llamará a Jesús en sus Epístolas trescientas noventa y nueve veces con el nombre de Cristo, según Fillion. Y las generaciones sucesivas ya no esperarán, en ningún pueblo, el advenimiento del Mesías, porque no podía venir en otro tiempo que en el de Jesús, ni podía ser otro que Jesús.

CAPÍTULO IV

Jesús, Maestro

I. — EL MESÍAS DEBÍA SER MAESTRO DE LOS HOMBRES

1. RAZONES DE ORDEN ANTROPOLÓGICO E HISTÓRICO.—

Para el creyente es un hecho la elevación de nuestros primeros padres a un orden sobrenatural que importaba, por lo que al pensamiento respecta, la revelación, por parte de Dios, de un cúmulo de verdades que el hombre por sí solo jamás hubiese podido alcanzar. Háblele Dios creado en "santidad de verdad" (Ephes. 4, 24), es decir, en posesión de una verdad santa que iluminaba con destellos divinos su inteligencia, que por ello quedaba unida con la misma inteligencia de Dios.

El pecado acarrió sobre el hombre toda ruina: pero la primera de todas fué la ruina de su inteligencia. No sustrajo Dios del pensamiento del hombre las divinas verdades que en él había depositado; pero la falta de comunicación directa con Dios, la profunda herida que en su parte superior había recibido el hombre y las mismas pasiones que se sustrajeron al dominio de la razón, fueron las causas de que se adulterara y perdiera la revelación primera y de que al imperio de la verdad, clara y plena, sucediera el reino del error.

No dejó Dios, en el decurso de la historia, que pereciera por completo su verdad, ni dejó a la humanidad entregada a sus solas fuerzas. Dios se hizo un pueblo, el de Israel, con el que mantuvo comunicación constante durante varios siglos, revelando su verdad divina a los Patriarcas y Profetas, que a su vez la comunicaban al pueblo, manteniéndose de esta

suerte la noción del Dios verdadero y las obligaciones del hombre para con Él, hasta que llegase la plenitud de los tiempos prometidos, en que viniese a la tierra el Enviado de Dios y llenase otra vez personalmente de la divina verdad el pensamiento humano.

Ésta es la exigencia fundamental del magisterio del futuro Mesías. La redención importa la restauración del orden primero: y la restauración no era posible sin que se reanudara otra vez la relación intelectual del hombre con Dios, porque la inteligencia es la facultad fundamental y normativa de la vida del hombre. Al magisterio circunstancial de los enviados de Dios debía seguir el magisterio del *Doctor* por antonomasia que había Dios de enviar en su nombre a los hombres.

Porque es de notar el carácter de magisterio externo que quiso Dios tuviese su revelación en la serie de los siglos. Dios pudo hablar a Adán directamente y llenar su pensamiento de las divinas verdades que debían ser luz y norma de su vida. Pero en los siglos posteriores no quiso que sus comunicaciones con el hombre tuviesen este carácter personal e íntimo, sino que, acomodándose a la razón de ser del hombre, estableció un magisterio público, que fuese el depositario primero de su revelación, para luego participarla a los demás. Sólo Israel tuvo semejante institución, y sólo en este pueblo se conservó la luz de la verdad. El Mesías había de ser como la culminación de este magisterio, que debía ser lleno y definitivo. Después de la revelación del N. T. ya no habrá más revelación que la que Dios haga de Sí mismo a sus elegidos en el reino de la verdad, absoluta y eterna.

2. EL ANTIGUO TESTAMENTO Y EL MAGISTERIO DEL MESÍAS.—

En los siglos premesiánicos era un anhelo universal el de la venida de un maestro que disipara las tinieblas del pensamiento humano. Platón, el divino, sintió el pesimismo que engendra la imposibilidad de hallar la verdad necesaria al hombre para el logro de sus destinos, y decía: "La verdad debe venirnos del cielo." Lo que el filósofo pagano reconoció en un momento de sinceridad, era

profunda persuasión del pueblo de Dios. La institución del profetismo no fué más que supletoria y preparatoria del magisterio universal y eterno del Maestro divino que debía venir al mundo.

Moisés anuncia al Mesías como *profeta*, por antonomasia: "El Señor tu Dios hará surgir de tu nación y de entre tus hermanos un profeta como yo: a él oirás..." "Y el Señor me dijo: Levantaré para ellos un Profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti: y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare..." (Deut. 18, 15-18). Un profeta, según locución de las mismas Escrituras, no es sólo el que anuncia las cosas venideras, sino que es el intermediario, el que expresa el pensamiento de otro (Ex. 7, 1). El Mesías será el profeta de Dios. Los profetas del A. T. no fueron más que los mensajeros del Profeta por excelencia. De hecho, los Evangelistas llaman a Jesús "Profeta" (Mt. 21, 11; Lc. 7, 16; Ioh. 6, 14).

El Mesías debía ser el *Emanuel*, es decir, Dios con nosotros, Verdad esencial que debía comunicarse a los hombres por un magisterio personal. Como bajo las frondas del paraíso hablaba Dios al primer padre y llenaba de verdad su pensamiento, así vendrá Dios otra vez para dirigir el pensamiento del hombre (Is. 7, 14). Será como monte altísimo en el que estará la casa de Dios, y subirán a él muchedumbres copiosas, que dirán: "Venid y subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus senderos, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios, de Jerusalén" (Is. 2, 3). El futuro pueblo de Dios tendrá a perpetuidad un Maestro que le guíe: "Y haré que jamás te falte tu doctor, y verán siempre tus ojos a tu preceptor" (Is. 30, 20). Vendrá ungido con la plenitud de los dones de la sabiduría del Espíritu, y será un predicador acérrimo de la verdad divina: "Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios matará al impío" (Is. 11, 4). Será maestro "de lengua erudita", que adoctrinará a los débiles de entendimiento (Is. 50, 4).

¡Qué bella visión la de Nahum, cuando nos pinta en la

lontananza de los tiempos al Mesías haciendo obra de evangelizador! "Ya sobre los montes están los pies del evangelizador y anunciador de la paz. Celebra, Judá, tus fiestas, y cumple tus votos, porque nunca más pasará por ti Belial: pereció en absoluto" (Nah. 1, 15).

Estas visiones espléndidas de una estrella que deberá salir de Jacob (Num. 24, 17); de esta luz gloriosa que iluminará a Jerusalén, luz del Señor dentro de cuya estela caminarán las naciones todas de la tierra (Is. 60, 1 y sigs.), ¿qué otra cosa son sino el resplandor del pensamiento de Dios que vendrá a la tierra con el Mesías para disipar sus tinieblas?

Tan arraigada estaba la convicción del magisterio del Mesías entre el pueblo judío, que cuando se acercan los tiempos mesiánicos se espera una explosión de la verdad que llene con su claridad el pensamiento del hombre. La voz de la Samaritana, en su coloquio con Jesús, es la voz apremiante de todo Israel: "Sé que llega ya el Mesías, que se llama Cristo, y cuando Él llegue, nos lo declarará todo" (Ioh. 4, 25). San Pablo, que, como buen discípulo de Gamaliel, había esperado con pasión la venida del Maestro, exclama con entusiasmo, al ver realizado el ensueño de todo hijo de Abraham: "Apareció la gracia de nuestro Dios Salvador a todos los hombres, adoctrinándoles..." (Tit. 2, 11.12).

3. EL EVANGELIO Y JESÚS MAESTRO. — En el Evangelio, el primer aspecto que se nos ofrece es el de Jesús Maestro. Más que la grandiosa epopeya de un poderoso taumaturgo, la narración evangélica es la historia de las correrías apostólicas de un predicador de las multitudes. Los discursos de Jesús ocupan en ella las tres cuartas partes. Los pueblos corren tras él, verdad que a veces movidos por la fama de sus milagros, obedeciendo a la ley de las necesidades materiales o de la curiosidad de los sentidos; pero casi siempre por la fama de sus enseñanzas, por la elocuencia de sus palabras.

Es frecuente en los Evangelios el apelativo *rabbi* aplicado a Jesús. El Rabbi es un maestro: es nombre de gran-

deza, de pensamiento, de sabiduría, de palabra. Jesús, que rechazaba los honores que para sí buscaban los *rabbi* de su tiempo, no rechaza el calificativo de maestro, antes lo aprueba y acepta: "Vosotros me llamáis Maestro... y decís bien, porque lo soy" (Ioh. 13, 13). El magisterio de Cristo recibe la sanción del mismo Padre celestial: cuando el bautismo de Jesús, se abren los cielos, baja sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma, y el Padre clama: "Éste es mi Hijo amado en quien me complazco: *Oídle*" (Mt. 3, 5; 2 Petr. 1, 17).

Los más clamorosos episodios de la vida de Jesús se deben al ejercicio de su magisterio. Por él le siguen las multitudes al desierto, dando ocasión al milagro de la multiplicación de los panes. Porque en la sinagoga de Nazaret, donde era de todos conocido, se aplica las palabras de Isaías relativas a la plenitud de la sabiduría del futuro Mesías, se declara el pueblo tumultuosamente contra Él (Lc. 4, 16 y siguientes). Sus enseñanzas son las que suscitan la envidia y el encono de escribas y fariseos, ocasionándose aquellos choques, que podríamos llamar de escuela, en que la astucia y la sabiduría de los doctores de la ley se estrellan contra la palabra, alta y serena, de Jesús. Por su predicación es acusado, prendido, juzgado y condenado. En sus enseñanzas se hacía Dios: por ello es abofeteado ante el Pontífice y burlado en la cruz por sacerdotes y doctores. El mismo título de la cruz es un atributo que derivaron los judíos de la predicación de Jesús: "Porque él mismo dijo: Soy Rey de los judíos" (Ioh. 19, 21).

II. — CARACTERES PERSONALES DE JESÚS MAESTRO

I. ASPECTO TEOLOGAL DE LA PREDICACIÓN DE JESÚS.—

No nos referimos en este apartado al contenido teológico de las predicaciones de Jesús, sino a la función teologal o divina de Cristo en el ejercicio de su magisterio.

Jesús es el Verbo del Padre, la Sabiduría, la Idea substancial, Luz de Luz, Palabra eterna de Dios, que vino a po-

nerse en contacto con el pensamiento del hombre para que éste reentrara otra vez en el campo de la verdad de Dios. Esta divina misión de orden intelectual está soberanamente indicada en los Evangelios. Jesús es la "luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo": como "por Moisés vino la ley, así por Jesucristo han venido la gracia y la verdad" (Ioh. 1, 9.17).

Es la Luz, es decir, la verdad substancial, que no estaba en el mundo y que a él quiso venir: "Yo, luz, vine al mundo": "Yo soy la luz del mundo", dice el mismo Jesús (Ioh. 8, 12; 12, 46). Cualquiera que sea la interpretación que se dé a las palabras de Jesús: "Yo soy el principio que os hablo" (Ioh. 8, 25), siempre aparece en el fondo de ellas la idea de que Jesús es Dios que habla.

Bajo este aspecto, difiere profundamente la misión de Jesús de la de los profetas enviados por Dios. Éstos no son más que los intermediarios entre Dios y los hombres: Jesús es el mismo Dios que habla a los mortales. En el Antiguo Testamento era de ordinario un solo hombre, el profeta, el que recibía la comunicación intelectual de Dios, y luego les decía a los demás hombres, en el nombre del Dios que le había hablado: "Esto dice el Señor...": "El Señor me habló..." La locución profética es múltiple, psicológica e históricamente. Jesucristo representa la etapa nueva y definitiva del magisterio de Dios para con el hombre. La función de su magisterio es esencialmente teologal, porque es función del mismo Dios que enseña cosas divinas a los hombres. Es la culminación de la función doctrinal de Dios que ya no habla por medio de puros hombres, sino que se hace hombre para conversar con los hombres. Por ello San Pablo se goza en la descripción de este magisterio del Hijo de Dios, diciendo: "Habiendo Dios hablado en otros tiempos a los Padres muchas veces y en diversas formas, nos ha hablado en estos últimos días por su Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos" (Hebr. 1, 1.2).

La aparición de Jesús en la humana historia es la gran teofanía de los siglos, más luminosa y universal que las de

Horeb y el Sinaí, porque es la máxima manifestación de Dios, en su forma más directa, porque es personal; más simpática al hombre, porque es según la misma forma humana; y más eficaz, porque la palabra, sobre todo si es elocuente como la de Jesús, es el mejor vehículo del pensamiento. El magisterio divino de Jesús es preparación y prelude de la visión definitiva de la Verdad esencial en la gloria bienaventurada.

2. ASPECTO PSICOLÓGICO DE LA PREDICACIÓN DE JESÚS. Jesús era en la apariencia un orador como los demás, distinto de todos ellos por la rareza y trascendencia de su doctrina y por su santísima vida, pero semejante a ellos porque utilizaba los ordinarios recursos humanos de comunicación ideológica y de fuerza de persuasión. Como Dios, hubiese podido adoptar cualquiera de los medios representativos de la verdad, en la medida que quiso comunicarla a los hombres. Pero como quiera que la locución oral es la forma más "humana", si así cabe decirlo, de manifestación del pensamiento, porque es la más viva, la más completa, la más homogénea con la psicología de nuestros semejantes, quiso condescender con nosotros para que con más suavidad nos asimiláramos las divinas enseñanzas.

Sería interesante un estudio de Jesús orador, tal como nos le sugiere la lectura atenta de los Evangelios. No podemos hacer sino sencillas insinuaciones sobre este simpático aspecto de la vida pública del Redentor.

Si el orador, según definición de Quintiliano, es "un varón bueno, perito en el arte de hablar", a nadie se podrá aplicar el nombre de orador como a Jesús, por las cualidades de su alma y por lo maravilloso de sus discursos. "Nunca hombre alguno habló como habla este hombre", decían los que le oían (Ioh. 7, 46).

La inteligencia humana de Jesús recibe directamente la luz de la misma inteligencia de Dios, porque Él mismo es la inteligencia del Padre y "una misma cosa con el Padre" (Ioh. 10, 30). De aquí proviene esta claridad estupenda del pensamiento de Jesús: es la misma claridad del pensamiento de

Dios, porque Jesús "no habla de lo suyo, sino que todo lo que habla se lo ha dicho el Padre" (Ioh. 12, 49.50). Y de aquí deriva asimismo la profundidad insondable de su doctrina: porque si bien a veces la diafanidad de su palabra deja ver todo el alcance de su pensamiento, hasta el punto de que los discípulos, como saciados del dulce pábulo de la doctrina, le digan: "Ahora sí que hablas abiertamente..." (Ioh. 16, 29); otras, penetrando en la mente de sus apóstoles, agobiada por el peso de la verdad que les ha enseñado, se ve como obligado a decirles: "Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no las podéis soportar ahora" (Ioh. 16, 12). Con todo, la diafanidad del pensamiento de Jesús es una de las rarísimas notas de su elocuencia, hasta el punto de que jamás ningún hombre haya podido igualarle en vaciar en fórmulas transparentes una doctrina que por su fuerza y profundidad ha podido llenar la inteligencia humana de todos los siglos.

Sensibilidad e imaginación son los grandes auxiliares de la elocuencia. Jesús posee un alma de sensibilidad exquisita: hallan en ella eco todos los seres de la naturaleza, todos los fenómenos, todos los episodios de la vida ordinaria, todos los matices del alma de sus oyentes; y todo lo utiliza habilísimamente para dar plasticidad y relieve a su doctrina. Y la imaginación le presta su fuerza de combinación y de colorido, resultando sus discursos, especialmente cuando habla al pueblo, de una fuerza gráfica, de un subido y sano realismo que sólo pueden lograr los espíritus selectos poseedores de grandes ideas, con genio bastante para ver las profundas relaciones que las atan al mundo visible y con fuerza de expresión para vaciar en el tropo, en la comparación, en la parábola, con gusto delicadísimo, las más altas y abstrusas concepciones de la mente. Así, halla en las aves del cielo y en los lirios del campo la filosofía y el hecho de la Providencia de Dios sobre todas las cosas (Mt. 6, 26 y sigs.); representa el delicado secreto de la limosna en la mano izquierda que ignora lo que hace la derecha del dadivoso (Mt. 6, 3); las almas de los fariseos son engendros de viboras (Mt. 3, 7); las obras de los buenos deben resplandecer en la sociedad como la luz del candelero en medio de la casa

(Mt. 5, 15); los mercaderes hacen del templo de Dios "cueva de ladrones" (Mc. 11, 17); Herodes es un "zorro" (Lc. 13, 32), etc.

Esta misma fuerza sintética de su pensamiento, ayudada de sus poderosos auxiliares, la sensibilidad y la imaginación, afinadas en la minuciosa observación de la naturaleza y de la vida, le consienten a Jesús emitir sus ideas en forma sentenciosa, tan recia de contenido como ceñida de expresión. "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Lc. 20, 25). "Donde está tu tesoro, allí tienes el corazón" (Mt. 6, 21). "Hipócrita, arroja primero la viga de tu ojo, y verás luego claramente para sacar la motita del ojo de tu hermano" (Mt. 7, 5). "Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo" (Mt. 18, 9). "Sed sencillos como la paloma y prudentes como la serpiente" (Mt. 10, 16). La fuerza ideológica contenida en estas y otras cien expresiones, fáciles de comprender y retener, ha contribuido, al popularizarse entre los seguidores de Cristo, en la sucesión de los siglos, a entrañar en la masa de los creyentes la enseñanza dogmática y moral que muchas de ellas encierran. Son como centros luminosos que sirven de punto de referencia al pensamiento cristiano.

3. CARACTERES DE LA ELOCUCIÓN DE JESÚS. — Podemos puntualizar entre otros la *originalidad*, que dió a su predicación un carácter totalmente distinto de las peroraciones de los escribas de su tiempo. Ceñíanse éstos a la glosa material, a veces pueril de las Escrituras; género de elocución servil y sin vuelo, por falta de horizontes intelectuales y por el mezquino espíritu que informaba a los intérpretes de la ley. Jesús se movía, en cambio, en amplísima y diáfana atmósfera intelectual y moral, lo que daba mayor holgura, frescor, viveza y fuerza a sus enseñanzas.

Comparado Jesús, bajo el aspecto de la originalidad, con los famosos oradores de todos los tiempos, tiene un puesto único en la historia de la elocución, no sólo por la absoluta originalidad de sus enseñanzas, sino por su método y por la forma literaria de sus discursos. Habla al pueblo, pero

jamás ejerce de tribuno de la plebe, porque no utiliza los recursos pasionales sino en el sentido del bien; ni halaga a las multitudes, sino que las obliga a aceptar doctrinas difíciles y preceptos penosos. Educa a las inteligencias, altas y bajas, sin adoptar jamás las fórmulas ampulosas de la academia o del peripato. No reviste sus peroraciones de aparato científico, pero es inflexible en su lógica, oportunísimo en la réplica, siempre concreto, preciso y vivo, jamás vacilante ni vago de pensamiento.

La *autoridad* es otro de sus caracteres. Ella le hace superior a todo prejuicio de escuela, y da a sus discursos este carácter magistral y absoluto, que no sólo no se compadece con la doctrina de sus contrarios, sino que importa muchas veces su reprobación enérgica. "En verdad, en verdad te digo que hablo lo que sé..." (Ioh. 3, 11). "En verdad, en verdad os digo que el que guarda mi palabra no morirá jamás" (Ioh. 8, 51). "Se dijo a los antiguos: No matarás...; pero yo digo que el que se enojare contra su hermano será llevado a juicio..." (Mt. 5, 21.22). "Por la dureza de vuestro corazón os consintió Moisés dar el libelo de repudio...; pero yo os digo que el que dejare a su mujer..." (Mt. 19, 8.9). Este carácter asertivo, categórico, de sus enseñanzas aparece en estas palabras del Evangelio: "Les hablaba como con poder para ello, y no como los escribas" (Mc. 1, 22). Por ello le admiraban las turbas.

Es *dulce* y *serena* la elocución de Jesús. La hipocresía y la maldad de sus enemigos le obligan a veces al apóstrofe violento, a la amenaza, al discurso rápido y ceñido para confundir al adversario, pero el tono general de los discursos de Jesús es de una paz espiritual, de una mesura, de una afabilidad y unción que no se encuentran en ningún otro maestro ni orador. Recuérdense su conversación con la mujer samaritana (Ioh. 4, 9-26), el Sermón de la Montaña (Lc. 6, 17-49), y el argumento general de sus parábolas.

Otro de los caracteres de la elocución de Jesús es la *universalidad*, que ha hecho de sus discursos y de la doctrina que contienen el patrimonio intelectual de toda raza, de toda potencia mental, de todo tiempo. "Estas lecciones tan particu-

lares, tan bien datadas y localizadas, dadas a algunos millares de oyentes en un paraje del mundo que fácilmente puede conocerse y que es poco hospitalario a las ideas y gentes forasteras, son comprendidas y son conquistadoras en todo tiempo, bajo todo cielo. Brilla en ellas el espíritu en forma tal que casi podemos prescindir de su inteligencia literal y detallada. A diferencia de las palabras místicas ordinarias, siempre algo confusas, en las que no se logra la profundidad sino a expensas de la claridad... estas simples notas evangélicas, llenas de detalles familiares, de visiones precisas, de palabras luminosas, van a encender y a alimentar la llama religiosa en el corazón de los creyentes de toda raza. Ningún hombre verdaderamente hombre está ni por encima ni debajo de su alcance" (1).

4. FUENTES DE LA PREDICACIÓN DE JESÚS. — Quienes no ven en Jesús más que un puño hombre, vense obligados a buscar la genealogía de las doctrinas que expone, en discursos públicos y privados, en orígenes puramente humanos. Pero como argumento general de la novedad de la doctrina de Jesús podemos afirmar que acoplado todas las ideas puramente humanas de los predecesores de Jesús que hayan podido entrar en la redacción de los Evangelios, son fracción insignificante comparada con el cuerpo de doctrina absolutamente nueva predicada por el divino Maestro.

La doctrina de Jesús no viene del Bautista. Éste pasó casi toda su vida en el desierto: cuando salió de él para predicar el bautismo de penitencia, consta de él que ningún contacto espiritual tuvo con Jesús. La convergencia de la doctrina de ambos en ciertos puntos se debe a la influencia de las doctrinas de la Ley y los Profetas de que estaba embebido todo judío. Como afirmación fundamental puede decirse que no hay más semejanza entre las enseñanzas del Bautista y de Jesús que hay entre los rudimentos y la perfección de la doctrina. Calcúlese la distancia que va desde la predicación del Bautista, tal como aparece en el capítulo 3 de

(1) GRANDMAISON: *Jésus-Christ*, 2, 112.

San Lucas, a las altísimas doctrinas del sermón del Monte y a las sublimes enseñanzas del Evangelio de San Juan.

Ni tomó Jesús su doctrina de los esenios. Casi desconocidos eran éstos en tiempo de Jesús, y vivían alejados de todo humano contacto. Las semejanzas que pudiese haber entre ambas doctrinas es puramente superficial: en cambio, las distancias son infranqueables. Al nimio cuidado de la observancia de las purificaciones legales, opone Jesús la necesidad de la pureza interior. Las prácticas de mayor rigor de los esenios no son en la doctrina de Jesús más que simples consejos, aunque elevados a un plano de perfección que los esenios ni pudieron sospechar. Ni Jesús ni los apóstoles hacen mención alguna de los esenios en sus predicaciones.

La doctrina de Jesús le viene de su Padre. La iluminación de su santísima alma por la luz de la divinidad a que estaba substancialmente unida es la que da su ciencia a Jesús. Nada dicen los sinópticos del origen de la doctrina de Jesús: pero en la Judea, en Jerusalén y ante los escribas y doctores que le exigían la razón de su predicación, Jesús dice paladinamente que lo que enseña le viene del Padre: "No es mía mi doctrina, sino de quien me envió" (Ioh. 7, 16). "Quien me envió es veraz, y yo hablo en el mundo lo que de Él oí" (Ioh. 8, 26).

Fuera de lo que enseña Jesús de su propio fondo, la Sagrada Escritura es la principal fuente de sus enseñanzas. No vino a abolir la ley, sino a completarla (Mt. 5, 17): por ello la base de sus enseñanzas es la revelación hecha a los Profetas sus antecesores. Conocía Jesús a fondo los Sagrados Libros: lo demuestra la frecuencia, la oportunidad y la facilidad de sus alegaciones bíblicas. En las sinagogas comentaba los textos sagrados después de su lectura (Lc. 4, 20.21; Mt. 13, 54; Mc. 6, 2).

5. OBJETIVO DE LA PREDICACIÓN DE JESÚS. — La idea central de la predicación de Jesús es la fundación y dilatación del reino de Dios: "El reino de Dios está dentro de vosotros..." (Lc. 17, 21). "Vino Jesús a la Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios..." (Mc. 1, 14). Lo que en

los sinópticos se llama "reino de Dios", en San Juan se llama "vida". En el Evangelio cuarto se describe minuciosamente el origen, naturaleza, condiciones y término de la vida espiritual, que es el equivalente del reino de Dios: léanse especialmente los capítulos 1, 3, 6, 14 y 15.

El reino de Dios no es más que la vida eterna, de que con tanto énfasis habla San Juan, ya se la considere en la posesión individual por la gracia santificante, ya en la sociedad religiosa depositaria de esta vida, que es la Iglesia, ya en el término, "vida eterna", que no es más que la consumación definitiva de la gracia en el individuo y la expansión espléndida del reino social de la gracia. En cambio, la vida eterna o cristiana es el reino de Dios, porque Dios reina en el mundo por la expansión y comunicación de su propia vida, por la participación a los hombres de la vida de Cristo, Hombre-Dios: "Yo vine para que tengan vida..." (Ioh. 10, 10).

6. RESUMEN DE LA ENSEÑANZA DOGMÁTICA Y MORAL DE JESÚS. — *Dogma.* — Jesús supone como indiscutible el dogma de Dios, único y creador (Mc. 12, 29.32). Hace la revelación completa y clara del misterio de la *Trinidad* (Mt. 28, 19), que en el Antiguo Testamento no se reveló claramente. Señala en diversos lugares las atribuciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El mismo Jesús se presenta como *Mesías* (Ioh. 4, 26); y se aplica en diversos pasajes las profecías antiguas (Lc. 4, 18-21; Mt. 11, 4.5; Lc. 7, 21.22).

La *vida sobrenatural* no es sólo una sociedad que viene a constituir, sino una vida nueva que comunica a las almas el mismo Jesús y que brota de Él mismo, que es fuente de vida (Ioh. 1, 4; 3, 3-8; 5, 40; 6, 33; 8, 12; 20, 31, etc.).

Sobre la *redención* enseña Jesús que ha venido a salvar las almas (Lc. 4, 18.19). El precio de la redención es su sangre, que es la sangre de la nueva alianza, que será derramada para la remisión de los pecados (Lc. 22, 20; Mt. 26, 28). Con ella conquista Jesús para los hombres un lugar que él

mismo prepara, y quiere estar en él junto con los hombres (Ioh. 14, 2 y sigs.).

Acerca de los *destinos humanos*, enseña Jesús que es locura no pensar más que en los bienes que se atesoran en la tierra (Lc. 12, 19.20): que después de la muerte vendrá un juicio (Mt. 12, 36): los buenos obtendrán la vida eterna en el cielo (Mt. 5, 12; Lc. 6, 23): los malos serán condenados a los eternos tormentos (Mt. 5, 29.30; Lc. 12, 5).

Supone repetidas veces la existencia de *ángeles* buenos, cuyas funciones señala (Mt. 26, 53; Mc. 12, 25; Lc. 15, 10), como asimismo la de los *demonios*, espíritus impuros (Mt. 12, 43; Lc. 11, 24), que pueden posesionarse del cuerpo del hombre (Mt. 12, 43-45).

Cuanto a las relaciones entre *Jesús y los hombres*, Jesús es su camino, verdad y vida (Ioh. 14, 6); con su doctrina y ejemplos ilumina al mundo (Ioh. 8, 12); es la resurrección y la vida de los hombres: el que crea en Él, aunque muera, vivirá, porque Él es la resurrección y la vida (Ioh. 11, 25).

Abundan, además, en los Evangelios, enseñanzas precisas sobre la fe, la jerarquía, los sacramentos, la Iglesia, etc.

Moral. — La moral de Jesús sobrepuja sin comparación a la moral de Moisés, y ya no hay que decir a la de todos los filósofos y moralistas anteriores y posteriores a Él. Los mismos preceptos de la moral mosaica, que no vino a abolir, sino a perfeccionar, son por Jesús desgajados del formalismo preceptista de las escuelas rabínicas, siendo Jesús desde este punto de vista verdadero libertador de las conciencias, hasta de las conciencias rectas.

El fundamento de la moral de Jesús es el *amor de Dios* sobre todas las cosas, y el *amor al prójimo* (Mt. 5, 23.24.44; 10, 37). El amor de Dios importa la *obediencia* al mismo y la confianza en su *Providencia* (Mc. 3, 35; Lc. 12, 4-12), la *oración* (Mt. 6, 7.8), la *fe* en Jesucristo (Ioh. 7, 38) y el *respeto a la casa de Dios* (Mt. 21, 12-17).

Del precepto del amor al prójimo derivan la *tolerancia* (Mc. 9, 37-40), el *perdón de las injurias* (Mt. 18, 21-35), la *limosna* (Mt. 6, 2-4).

Se recomienda, además, en los Evangelios la vigilancia,

la penitencia, la obligación de trabajar para la salvación eterna, la humildad. Se establece la indisolubilidad del matrimonio, el respeto debido a los padres y a la jerarquía de orden social.

La suma armonía de la moral evangélica, como la del dogma, no se explican sino en la hipótesis de la divinidad de Jesús. Sus mismos enemigos han debido reconocerlo.

III. — LOS DISCURSOS DE JESÚS

I. GÉNEROS DE ELOCUCIÓN DE JESÚS EN EL EVANGELIO. — Jesús, durante su vida pública, ejerció su divino magisterio en toda ocasión oportuna y en todas formas. Era el Verbo encarnado que, en su contacto con los hombres, aprovechaba toda coyuntura para iluminar las inteligencias con la luz que, como Unigénito lleno de verdad, había derivado del seno del Padre (Ioh. 1, 18). Bajo este aspecto, aparece en los Evangelios, explicación de la vida y doctrina de Jesús, entrelazando su doctrina maravillosa con los hechos, aún los más insignificantes en la apariencia, en que intervino en los días de su vida pública.

Es el método que ha seguido la pedagogía divina en todos los siglos de la revelación para adoctrinar a los hombres: concretar la doctrina en historias vivas, para hacerla más interesante, más simpática y fácil a los hombres que deben aprenderla. Nada hay más luminoso e interesante y que más se grave en la memoria del hombre que aquellos hechos en que han intervenido sus semejantes y que constituyen lo que llamamos historia. Es ésta la maestra de la vida: Dios ha querido que fuese también la maestra de la vida espiritual de los hombres.

Así le vemos a Jesús enseñar, v. gr., de una manera circunstancial, el respeto que se debe a la casa de Dios, echando de ella a los mercaderes (Mt. 21, 13): que una necesidad natural perentoria está sobre las minucias de la detallista explicación de la ley (Lc. 6, 1-5): que es peligroso vanagloriarse de los dones carismáticos de Dios (Lc. 10, 17-20), etc.

A veces aparece Jesús vaciando en tal forma sus enseñanzas en un hecho histórico, que sus razonamientos llegan a tener todo el valor de un verdadero discurso, por el desarrollo de la doctrina, por los horizontes que abre, por el carácter sistemático de sus enseñanzas. Tal sucede en su conversación con Nicodemo (Ioh. 3, 1-21), en que le inculca la necesidad de la regeneración espiritual; y la que sostuvo, junto al pozo de Jacob, con la mujer Samaritana (Ioh. 4, 7-26) sobre la gracia y la adoración de Dios en espíritu y verdad.

Pero, otras veces, Jesús ejerce su magisterio en forma que podríamos llamar didáctica; no porque siga procedimientos de escuela en la explicación de su doctrina, porque el divino Maestro, hasta en sus lecciones dogmáticas y morales más encumbradas siempre matizó su pensamiento con detalles de carácter más o menos intuitivo que las sensibilizaran, historias, comparaciones, metáforas, etc.; sino porque ofrece un conjunto doctrinal más o menos completo, o da mayor solemnidad al momento oratorio, o entona el pensamiento y la frase dando mayor relieve a sus enseñanzas. Tal se ofrece, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña, en la sinagoga de Cafarnaum al prometer el pan de la vida, en la extensa y altísima conferencia que les dió a sus discípulos en la última Cena (Mt. cc. 5-7; Ioh. 6, 26-60; 13, 31-16, 33).

Esta última forma es la que entendemos al ocuparnos de los discursos de Jesús. Son sermones o razonamientos, más o menos extensos, en que el Maestro divino explana con cierta solemnidad uno o varios puntos de su doctrina, en el orden dogmático o moral.

No se ciñó, con todo, Jesús a un género de elocución. Su forma o género característico es la *parábola*, en cuyo género, aun desde el punto de vista literario, ocupa Jesús indudablemente el primer lugar. De ellas nos ocuparemos más abajo. A veces adoptan sus discursos la forma de verdaderas *Homilias*, por la abundancia de alegaciones de la Escritura y los comentarios que a ellas añade, no a la manera de escribas y fariseos, prisioneros del sentido material y de las pequeñeces de la tradición escrita, sino en forma extraordinaria, como correspondía a la elocución de un Dios autor

y glosador, al mismo tiempo, de las Escrituras (Mt. 15, 1.9; 19, 4-9; 22, 24 y sigs., etc.). Otras veces emplea el discurso *gnómico* o sentencioso, como ocurre en algunos pasajes del Sermón de la Montaña, que recuerda algo del gusto de los Proverbios y del Eclesiástico. En los tiempos postreros de su ministerio, se expresó Jesús en discursos de carácter *apocalíptico*: tal es su discurso escatológico del capítulo 24 de San Mateo y 13 de San Marcos: el 16 de San Juan ofrece análogos caracteres.

2. FORMA LITERARIA DE LOS DISCURSOS DE JESÚS. —

De lo que nos resta de los discursos del Señor podemos colegir que su forma era eminentemente *popular*. Nunca halagó Jesús a las muchedumbres para llevarlas por el derrumbadero de las revueltas populares; pero su lenguaje, sin perder jamás la nobleza que convenía a su persona y a su doctrina, era el mismo lenguaje del pueblo, sencillo, sumamente transparente, lleno de metáforas, matizado de episodios de hechos y de costumbres populares. Sólo así se explica que se levantaran las multitudes y le siguieran a todas partes. Casi no se concibe a Jesús orador sino rodeado de multitudes ingentes. El Evangelio tiene formas muy expresivas para demostrar la multitud de los oyentes de Jesús. El episodio de la multiplicación de los panes, el de Zaqueo, que no podía ver a Jesús porque la multitud se lo estorbaba, el de la mujer que en medio de la turba clama: "Bendito el vientre que te llevó..."; el hecho de que tuviera que subir a una barca y separarse de la playa para predicar al pueblo, etc., confirman la popularidad inmensa de Jesús. Y ésta no se logra sino hablándole al pueblo su lenguaje.

Los discursos de Jesús pueden, además, calificarse de piezas de *corte libre*, desde el punto de vista literario. La elocuencia de Jesús no está en su forma externa sujeta a las exigencias de los modelos clásicos de Grecia y Roma: no tiene divisiones, ni transiciones artificiosas, ni siquiera, a veces, un punto fundamental de doctrina que los reduzca a la unidad de un pensamiento. El genio oriental no soporta la fijeza de un largo discurso que se mueva alrededor de un

mismo pensamiento: es más ágil, libre y movedizo: prefiere la concreción en figuras e historias a los abstractos razonamientos. De aquí que en un mismo discurso hable Jesús de cosas múltiples, que tienen su trabazón más bien en las circunstancias del momento o en el estado psicológico del Señor que en la relación ideológica de sus elementos.

Otro carácter de la forma exterior de los discursos de Jesús es la *unción*, es decir, esta cualidad mezcla de lo divino y humano, de pensamiento y de corazón, que se traduce en una fuerza de amabilidad persuasiva y que no se halla, fuera del Evangelio, sino en los que en el Evangelio se inspiran. Es el pensamiento amoroso de Dios, que en formas de benignidad exquisita sabe penetrar, como el aceite en el mármol, en el corazón de quienes le escuchan. Léanse las parábolas del Samaritano (Lc. 10, 30-37), del hijo pródigo (Lc. 15, 11-32) y el capítulo 17 de San Juan.

3. SU NÚMERO. —

Al concretar el número aproximado de los discursos de Jesús, no nos referimos a los que pronunciaría el divino Maestro en el curso de su predicación: fueron, indudablemente, muchos más de los que en nuestros Evangelios aparecen: "Otras muchas cosas hizo Jesús, que si se escribiesen detalladamente creo que ni en todo el mundo cabrían los libros que hubiesen de escribirse", dice San Juan (21, 25).

Tratamos de los discursos de Jesús tal como vienen redactados en los Evangelios. Por la forma como se escribieron éstos, es fácil colegir la posibilidad de que la doctrina expuesta en distintas ocasiones por el Señor, se agrupara en nuestros Evangelios en unos pocos versículos; como no es inverosímil la hipótesis de que simples episodios de carácter doctrinal que aparecen en ellos, no sean más que remembranzas de más extensos razonamientos del divino orador. Confirma esta hipótesis el mismo hecho de la radical diferencia que ofrece el Evangelio de San Juan con respecto a los Sinópticos, puesto que, ciñéndose el cuarto Evangelio a describir la historia y doctrina de Jesús en un corto espacio de su vida pública, contiene más discursos y mucho

más extensos que los tres Sinópticos juntos: y, entre éstos, abunda más el discurso doctrinal propiamente dicho en Mateo que en Lucas y Marcos: especialmente este último, tiene un carácter episódico y pintoresco.

a) *En los sinópticos.* — Los principales son: 1.º El Sermón de la Montaña (Mt. cc. 5-7; Lc. 6, 17-49). 2.º Instrucción de Jesús a los apóstoles sobre su vocación (Mt. 9, 36-10, 42). 3.º Sobre la indisolubilidad del matrimonio (Mt. 19, 3-12; Mc. 10, 2-12).

b) *En el Evangelio de San Juan.* — 1.º Discurso sobre el pan de vida (6, 25-72). 2.º Discurso de Jesús después de la Cena (13, 31-17, 26). Son, además, importantísimos fragmentos del cuarto Evangelio, que encierran puntos capitales de la doctrina cristiana y que pueden computarse entre los discursos de Jesús, las conversaciones del Señor con el fariseo Nicodemus y con la Samaritana, ya mencionados; el discurso pronunciado después del milagro de la piscina probática (5, 17-42); los que pronunció en la fiesta de los Tabernáculos, contenidos en el capítulo 7 hasta el versículo 21 del 10; y el habido en la fiesta de la Dedicación (10, 22-42).

Los discursos de los sinópticos se distinguen especialmente por su carácter moral, que es el que en ellos predomina, sin que dejen de encerrar un fuerte contenido dogmático. La preocupación de los tres primeros evangelistas es, principalmente, la narración histórica de los hechos de la vida de Jesús: los discursos entran en ellos en un plano secundario. San Lucas, en los primeros versículos de su Evangelio, concreta el pensamiento que preside a la redacción de los tres sinópticos: "Porque son muchos los que han intentado ordenar la narración de las cosas entre nosotros sucedidas..."

En cambio, el cuarto Evangelio, sin dejar la narración de interesantísimos episodios de la vida de Jesús, ocúpase principalmente de la parte doctrinal, y ésta en su aspecto dogmático, más que moral; hasta el punto de poder afirmarse que los mismos hechos históricos referidos en el Evangelio de Juan, sirven de base para exponer las profundidades de la doctrina contenida en los discursos a que segura-

mente dieron lugar aquellos sucesos. Así aparece a lo menos en los episodios de Nicodemus y la Samaritana, en el discurso eucarístico sobre el pan de la vida, en la curación del ciego de nacimiento y otros.

IV. — LAS PARÁBOLAS

I. OCASIÓN DE ELLAS. — Durante el año primero de su predicación, Jesús daba a las multitudes su doctrina sin velar su pensamiento: su lenguaje claro y transparente, como se ofrece, v. gr., en el Sermón de la Montaña, permitía al pueblo entender directamente, sin metáfora, sus divinas enseñanzas.

Pero escribas y fariseos, celosos de la preponderancia del divino Maestro, a quien, además, consideraban como blasfemo, endemoniado, amigo de pecadores y corruptor de la ley, soliviantaron contra Él a las multitudes, que se pusieron en guardia contra sus enseñanzas, al aparecer de nuevo en Cafarnaum, lugar de su residencia ordinaria. La escena que se refiere en Mt. 12, 38 y sigs., en que los escribas y fariseos le piden un milagro, que Jesús de momento no hace, y el temor que se revela en la aparición, entre la multitud, de su Madre y parientes que le buscan y llaman (ibíd., v. 46), da a entender que Jesús, en el concepto de aquel pueblo, desviado por las predicaciones y la influencia política y religiosa de sus enemigos, ya no era el Maestro de verdad infalible, confirmada por la innumerable multitud de milagros realizados en la primera época de su predicación.

Fué entonces cuando Jesús cambió de procedimiento pedagógico en sus predicaciones. Sus milagros se hicieron menos frecuentes y su predicación, sin perder nada de su fuerza, dejó de ser la exposición clara y propia de los conceptos para vestir el ropaje de la parábola, escondiendo su doctrina espiritual bajo el envoltorio de este género de apólogo, en que se demostró consumadísimo maestro. A esta razón, que podríamos llamar histórica, hay que añadir las razones de carácter pedagógico que más abajo se indicarán.

2. **NOMBRE.** — Parábola es palabra griega que significa comparación, yuxtaposición, colocación, semejanza. Lo que llaman parábola los sinópticos, San Juan lo llama *paroimia*, que tiene la significación nativa de "proverbio".

Corresponde la parábola al hebreo "maschal", que significa asimismo comparación y semejanza. En el Antiguo Testamento se toma a veces esta palabra en un sentido general y amplio (Num. 23, 7.18; Job 27, 1; Prov. 1, 1.6); en 3 Reg. 4, 32, se dice que Salomón compuso tres mil parábolas, debiendo entenderse proverbios o sentencias. Algunos computan entre las parábolas el apólogo de Natán a David (2 Reg. 12, 1-4); el de la mujer de Tecua (ibid. 14, 4-7); aunque no son más que simples apólogos. Más caracterizadas son las del águila y el cedro (Ez. 17, 3-21), y la figura del gran cocodrilo que representa al rey de Egipto (ibid. 32, 3-12).

Es curioso notar, dice Lesêtre, que de "parábola", pasando por "paravla" y "paraula", ha nacido la palabra francesa "parole". En catalán conservamos aún "paraula", pudiendo deducirse que las parábolas son las "paraules" o "palabras" por excelencia.

3. **NATURALEZA.** — Es, pues, la parábola "la narración de una cosa fingida, como realmente sucedida, con el fin de proponer de una manera vívida y persuadir o prohibir con más eficacia alguna verdad", dice Cornely. O, según Vigouroux, es "la expresión simbólica de una verdad religiosa, por medio de una narración más o menos fingida, pero verosímil, tomada siempre de la naturaleza o de las costumbres de la vida humana". De donde se deduce que la parábola no es más que la comparación entre dos objetos, uno material y otro espiritual, semejantes uno al otro, de tal manera que el mayor conocimiento que tenemos del material nos ayude a comprender mejor el espiritual.

Es la parábola, dice Lesêtre, como un compuesto de alma y cuerpo: el cuerpo es la narración misma, que ideológicamente se sostiene por sí sola y no contiene más elementos que los que pertenecen a las realidades ordinarias. El alma

es una serie de ideas paralelas a las primeras y que se desarrollan en un mismo orden, pero en un plano superior, de manera que es preciso estar advertido y fijar la atención para comprenderlas.

De manera que el rasgo esencial de la parábola es que, siendo pura invención, reproduce un fenómeno o una escena de la vida humana tal como en realidad ocurren o pueden ocurrir, con objeto de simbolizar una verdad religiosa.

4. **ELEMENTOS DE LAS PARÁBOLAS.** — El P. Fonck señala cuatro elementos esenciales a toda parábola: a) La narración del hecho ficticio, con las características de integridad e independencia de toda otra narración. b) Una verdad más elevada y de orden sobrenatural, para cuya aclaración o comprensión se usa el discurso parabólico. c) El sentido traslaticio del discurso o narración. d) La comparación entre la verdad significada por la imagen o representación parabólica y esta misma imagen.

5. **SU DIFERENCIA.** — a) *De la alegoría.* — En la alegoría la verdad y la imagen se *identifican*; en la parábola sólo se *comparan*. La alegoría no es más que una metáfora continuada y desarrollada, en la que las palabras no se toman en su sentido propio, sino que son como la encarnación viva y pintoresca de la idea que encierran: mientras que en la parábola no hay metáfora propiamente dicha, y para su interpretación literal no hay que recurrir al sentido tropológico o traslaticio.

Nótese la diferencia que hay entre la alegoría de la viña (Ps. 79, 9-18) y la parábola del grano de mostaza, por ejemplo: aquélla no tiene ningún sentido si se la separa de su contenido ideológico; en cambio, la parábola sigue siendo un pequeño poema o composición, en que se pinta una realidad de la naturaleza, aunque ideológicamente se prescinda del reino de los cielos con el que se establece comparación.

La alegoría es una figura retórica en que la imagen se "sobrepone" al concepto, en cuanto ambos coinciden men-

talmente para la manifestación de una misma cosa: "Yo soy el Buen Pastor... El Buen Pastor da la vida por sus ovejas... El mal pastor ve venir al lobo y abandona las ovejas..." (Ioh. 10, 11 y sigs.). En cambio, la parábola no es figura retórica, sino un género especial de literatura pedagógica, en que la imagen y el concepto se "yuxtaponen", estableciéndose entre ambos una especie de paralelismo que tiene por objeto aclarar el concepto con la luz natural de la imagen.

b) *De la fábula.* — Dos caracteres principales distinguen la parábola de la fábula: en primer lugar, que las cosas o personas se representan en la parábola según su naturaleza, hasta el punto de que una parábola puede confundirse con un hecho absolutamente histórico: el sembrador siembra su semilla, y la cizaña crece entre el trigo, y las redes son echadas al mar, en la misma forma con que se refiere en las respectivas parábolas. La fábula, en cambio, no guarda muchas veces las conveniencias naturales: los animales hablan o las escenas humanas son inverosímiles, etc. Además, la fábula tiene por objeto deducir una moraleja en orden a la vida ordinaria, a la ética natural: mientras que la parábola tiene por fin la instrucción en el orden de las verdades sobrenaturales.

c) *Del mito.* — Éste no es más que una narración que tiene las apariencias de la historia, sin la realidad de ella. Toda la verdad del mito está en la idea que le ha inspirado y de la cual es como el vestido, o en el hecho primitivo que le ha servido de punto de partida y del cual ha llegado a ser como la ilustración o comentario. Fondo y forma se confunden de tal suerte en el mito, que se hace necesario un intenso trabajo para distinguirlos, o mejor, para substituir poco a poco un sentido aceptable a una antigua leyenda reconocida como absurda.

Por ello el mito lleva la marca de la falsedad histórica, o en parte o en su totalidad. Es invención literaria o doctrinal, de carácter puramente legendario, con que se agrandan sucesos a veces insignificantes, que son a la base de la formación de pueblos, de instituciones tradicionales, de siste-

mas filosóficos o religiosos. El mito llega a veces al absurdo de la fábula: convence de ello la *mitología*.

Ya se ve cuánto dista de él la parábola, que nada tiene de inverosímil; que tiene por objeto la enseñanza de una verdad de orden sobrenatural; que está tomada siempre de los fenómenos de la naturaleza o de las escenas de la vida humana, en la que la parte de ficción está claramente separada de la realidad doctrinal que con ella se trata de dilucidar.

6. FUNDAMENTO Y FIN DE LA PARÁBOLA. — a) *Fundamento.* — 1.º La parábola se funda, en primer lugar, en la profunda semejanza que hay entre el orden natural y el sobrenatural. Todas las criaturas son obra de Dios, que imprime en ellas alguna semejanza de su naturaleza y de sus perfecciones. Es una consecuencia natural de la acción creadora de Dios: el artífice imprime en su obra algo de su idea: Dios, Artífice Sumo, deja impreso en sus criaturas, "artificios de Dios", como las llama el Angélico, el sello de su Verbo, que es su pensamiento y su idea. Por ello ha dicho alguien que todas las criaturas son hermanas, porque la semejanza con Dios que cada una de ellas tiene, importa la semejanza de ellas entre sí.

El mundo de la naturaleza es asimismo semejante al mundo de la gracia, por la misma razón. Ambos son obra de Dios, y reproducen un aspecto imitable del Verbo de Dios, de los infinitos con que el Verbo puede ser imitado.

Confirman esta teoría: la ley del sacramento, que no es otra cosa que la aplicación, al mundo sobrenatural de los espíritus, de las leyes y propiedades de la materia; el agua lava, el aceite cura y conforta, el pan nutre, etc.: muchas metáforas bíblicas, como la vid que representa a Jesús, y su jugo, que es la vida sobrenatural: es asimismo Jesús la puerta, el olivo, etc.: la misma teología saca no pocos elementos de prueba, y hasta teorías enteras, de estas profundas analogías de la naturaleza y de la gracia: *Gratia Dei pulchrificat sicut lux*, dice el Angélico...: recuérdese la tropología y las semejanzas, tan frecuentemente usadas por el Ángel de las

Escuelas: la misma metáfora, que se funda en esta ley universal, es tan antigua y tan natural como el mismo lenguaje, como lo demuestra el uso que de ella hacen todos los pueblos y todos los ingenios.

2.º Otro fundamento de la parábola es el modo de ser peculiar a los pueblos orientales, que gustan en sus conversaciones y escritos el lenguaje vivo, sentencioso, animado con el colorido de la imagen, semejanza y tropo, a veces matizado de los secretos del enigma. Es cosa familiar a los sirios, dice San Jerónimo, y más aún a los palestinos, adornar con parábolas sus discursos, a fin de que los oyentes conserven con mayor facilidad, por medio de semejanzas y ejemplos, las enseñanzas que no retendrían dándoselas con el nudo precepto. En la literatura rabínica son copiosas las parábolas.

3.º La parábola pertenece al género intuitivo, y está muy acomodada a la manera con que se forman las ideas en nuestra mente, que no se levanta a la generalización y a la abstracción sino por los elementos que le suministra el sentido. La pedagogía moderna reconoce la eficacia de la enseñanza por intuición.

4.º El mismo corte y naturaleza de la parábola, narración completa, viva, sencilla, interesante, de alguna escena de la vida humana o hecho de la naturaleza, ayuda a la memoria para que retenga la lección. Y no sólo la memoria se beneficia de la invención ingeniosa de la parábola, sino que el mismo juicio o raciocinio se ejercita, grabándose más profundamente la lección espiritual. Es que la parábola encierra siempre algo enigmático, sin la obscuridad del enigma, porque el mismo que propone la parábola da la llave para su interpretación: "El reino de los cielos es semejante...": y esto importa una gimnasia mental, en el que interpreta la parábola, que hace se ahonden más en el alma los trazos y matices de la doctrina.

b) *Fin de la parábola.* — Preguntado Jesús en cierta ocasión por qué hablaba y enseñaba por medio de parábolas, responde: *Ut videntes non videant, et audientes non intelligent...*: "De modo que viendo vean, y no vean; y oyendo

oigan, y no entiendan" (Mc. 4, 12; Lc. 8, 10). Algunos racionalistas han querido que las parábolas fuesen primitivamente claras y fáciles de entender, y que posteriormente se hicieron obscuras. Para excusar esta obscuridad y dar al mismo tiempo razón de la protervia de los judíos, los cristianos de la segunda generación dijeron que ello se debía a la justicia de Dios, para que se realizara así el vaticinio de Isaías, de la ceguera mental del pueblo de Dios (Is. 6, 9). No tiene fundamento serio esta opinión que, por otra parte, es contraria a la doctrina católica de la inspiración de los sagrados Libros.

No hay, con todo, dificultad alguna en admitir lo que llaman algunos la *tesis de la justicia*, esto es, la intención explícita que tendría Jesús de negar su luz, por medio de las parábolas, a los espíritus protervos que se habían hecho indignos de ella por el incumplimiento de la Ley antigua. La literatura patristica abona esta interpretación.

Otros católicos, en cambio, son partidarios de la *tesis de misericordia*; esto es, Jesús, para no herir la susceptibilidad espiritual de sus oyentes, desviados de la verdad por las enseñanzas de escribas y fariseos, apela a la pedagogía por parábolas, envolviendo su doctrina en apólogos agradables que cubren de una semiobscuridad sus enseñanzas. Si a pesar de estas precauciones del divino Maestro el pueblo no quiere comprender la divina doctrina, vendrá la ceguera, no intentada, sino temida por el Señor.

Salmerón, Le Camus, Simón y otros concilian las dos tesis con esta fórmula: No es por voluntad antecedente de Dios que se condena a los judíos a la ceguera, como pudiese creerse del texto de Isaías, ni por voluntad subsiguiente a la protervia judaica, sino por un decreto intermedio, por un juicio de su Providencia. Si Jesús inaugura un nuevo procedimiento de enseñanza por medio de parábolas, es que no han querido comprender sus discursos más claros: retira la luz: es un castigo que empieza, pero que no es completo ni definitivo. Podrían aún los judíos, aplicándose a la verdad que se les predica en la nueva forma, solicitar a la bondad divina a manifestarse de nuevo con toda la luz de su ver-

dad. Si no lo hacen, es que sus corazones de carne están definitivamente condenados a la ceguera y a la muerte. Esta opinión parece prevalecer hoy entre los exégetas, aunque militan entre los defensores de la tesis de la justicia Schanz, Fillion, Knabenbauer, Fonck.

Prescindiendo de estas opiniones, podemos decir que el fin de Jesús al enseñar por medio de parábolas fué transmitir a sus discípulos si no la totalidad de su doctrina, a lo menos los puntos más esenciales de ella. El pueblo quedaba adoctrinado en lo que comprendía de la parábola: luego Jesús las explicaba a sus discípulos en su trato particular con ellos: a medida que la doctrina se vaya desarrollando en los tiempos sucesivos, y sobre todo por las luces del divino Espíritu, se irán desentrañando las parábolas y conociéndose los insondables misterios de luz y de verdad que encierran.

7. NÚMERO DE LAS PARÁBOLAS. — No están de acuerdo los autores sobre el particular: cuentan un número mayor o menor, según que computen entre las parábolas algunas comparaciones más breves o solamente las descripciones o narraciones que tienen mayor desarrollo. Cuentan algunos hasta cien: el P. Fonck admite setenta y dos, distribuidas así: 28 que se refieren al reino de los cielos, su existencia, desarrollo, acción; 35 que pertenecen a los súbditos del reino de los cielos y a sus deberes; y 9 que dicen relación al Cabeza del reino de los cielos y a sus relaciones con sus súbditos.

He aquí las principales parábolas, según la clasificación del P. Fonck:

1. *Parábolas relativas al reino de Dios:* La semilla (Mt. 13, 3-23 y paralelos); La semilla que crece espontáneamente (Mt. 4, 26-29); La cizaña (Mt. 13, 24-30); El grano de mostaza (Mt. 13, 31-32); La levadura (Mt. 13, 33); El tesoro oculto (Mt. 13, 44); La perla (Mt. 13, 45-46); La red (Mt. 13, 47-50); los dos hijos enviados a la viña (Mt. 21, 28-32); Los obreros de la viña (Mt. 20, 1-16); Los colonos homicidas (Mt. 21, 33-46); El vestido nupcial (Mt. 22, 1-14); La gran cena (Lc. 14, 15-24).

2. *Relativas a los miembros del reino y sus deberes:*

La higuera estéril (Lc. 13, 6-9); El fariseo y el publicano (Lc. 18, 9-14); El rico insensato (Lc. 12, 16-21); Las diez vírgenes (Mt. 25, 1-13); Los cinco talentos (Mt. 25, 14-30); Las diez minas (Lc. 19, 12-27); El buen samaritano (Lc. 10, 30-37); El administrador infiel (Lc. 16, 1-9); El mal rico (Lc. 16, 19-31); El siervo sin entrañas (Mt. 18, 21-35); Los dos siervos, bueno y malo (Lc. 12, 35-48); El juez inicuo (Lc. 18, 2-8); El amigo impertinente (Lc. 11, 1-8); Los dos deudores (Lc. 7, 40-48).

3. *Relaciones entre el jefe del reino y sus súbditos:* La oveja perdida (Lc. 15, 3-7); el dracma perdido (Lc. 15, 8-10); El hijo pródigo (Lc. 15, 11-32).

8. DIFICULTADES DE SU INTERPRETACIÓN. — Proviene de las siguientes causas:

a) La misma naturaleza de la parábola y la distancia enorme que hay entre la parte narrativa o descriptiva de la misma y las altísimas verdades de orden sobrenatural que en ella se encierran. Las parábolas de Jesús son claras y simples, es verdad: pero ello debe entenderse de la parte material o literaria: son piezas expuestas con una facilidad y con una viveza extraordinarias, que hacen que a la simple lectura se comprenda la parte material del apólogo. Pero la aplicación total a la doctrina es difícil. Es la imperfección del instrumento que, aun manejado por el Señor de la palabra, no deja ver la profundidad de luz que en él encerró Jesús.

b) La dificultad de separar en la parte literaria de la parábola las partes que son de simple adorno y que contribuyen a la estética del trozo literario, de las que tienen un fin directamente pedagógico. "No todo lo que en ellas se narra debe creerse que tenga alguna significación, sino que se añaden algunas cosas en razón de aquellas otras que están destinadas a significar. Sólo con el arado se rotura la tierra, pero siendo la reja la que abre el surco, lleva otros aditamentos que son necesarios. Solamente las cuerdas producen sonidos en la cítara y demás instrumentos de esta clase, mas lleva la cítara otros aparejos a que van unidas las cuerdas. Así en el lenguaje profético se refieren cosas que nada

significan, pero a las que se juntan las que significan" (1).

c) Aunque ordinariamente se da en el Evangelio la llave para la interpretación de la parábola, y algunas de ellas fueron auténticamente interpretadas por el mismo Jesús, a veces puede la parábola aplicarse a varios asuntos de orden espiritual: dar con el pensamiento fundamental de la parábola, facilita su interpretación; como aumenta las naturales dificultades de la misma adoptar un principio de interpretación más o menos desviado de la idea maestra que debe presidir el sentido espiritual del apólogo.

9. LEYES DE INTERPRETACIÓN DE LA PARÁBOLA. —

Siendo la parábola la narración de un hecho que pertenece al mundo fenomenal de la naturaleza o a alguna escena de la vida humana, pero que es como el envoltorio material de una verdad de orden espiritual sobrenatural, la función del exégeta se reduce a tres puntos: a) Desentrañar el sentido literal de la parábola. b) Considerar la doctrina espiritual que encierra. c) Relacionar el sentido literal con el espiritual.

a) *Sentido literal.* — Deben tenerse en cuenta para conocerlo, además de las leyes de hermenéutica general, gramatical y lógica, las condiciones en que se desarrolla el fenómeno natural o la escena de costumbres que sirven de soporte histórico a la parábola. Las comparaciones que sirven de parábolas representan realidades de orden natural, efectuadas o posibles: ¿qué cosa más verosímil que la escena de la pesca, o de las bodas con las diez doncellas, o del samaritano? Por lo mismo es preciso que el exégeta conozca lo que sea preciso de la naturaleza, del arte, de las costumbres en que las parábolas se inspiraron, y que tenían las características históricas del país y tiempo en que vivió Jesús. Si se ignora el ceremonial de las bodas entre los judíos contemporáneos de Jesús, no podrá interpretarse la letra de la parábola de las diez vírgenes. Y así de las demás, del dracma, de los talentos, de la cizaña, etc.

(1) S. AUG.: *De Civit. Dei*, 16, 23.

b) Conocido y fijado ya el sentido literal se procede a investigar el *parabólico* o *espiritual*. La llave de la interpretación la da la misma parábola o el contexto. No hay parábola alguna, dice Tertuliano, que o no sea explicada por el mismo Cristo, como la del sembrador sobre la difusión de la palabra; o aclarada por el redactor del Evangelio, como las del juez orgulloso y de la viuda, que da el ejemplo de la oración perseverante; o que no ofrezca ella misma su significación, como la de la higuera, de la que se prorroga la esperanza, a semejanza de la esterilidad judaica. Cuando no bastan estas indicaciones, se recurre al sentido tradicional, aunque casi nunca es necesario.

c) Procede luego *cotejar* la parte literal o histórica de la parábola con la doctrina y hacer las oportunas aplicaciones de los detalles de la una a las particularidades de la otra. Es la parte más delicada de la exégesis de la parábola.

Dos excesos deben evitarse en ello: es el primero el querer dar un sentido espiritual a todos los detalles, hasta los más nimios, de la parábola. El Crisóstomo censura las interpretaciones excesivamente minuciosas que acostumbraban darse en su tiempo (1). Otro exceso o abuso es el de quienes no conceden más sentido espiritual que al núcleo de la parábola, dejando sin él a todos los adjuntos de la misma. No sería buen intérprete quien prescindiera del aceite y del vino de la parábola del samaritano, del denario entregado a los obreros de la viña, de las lámparas de las diez vírgenes, etc. El mismo Jesús, en la interpretación auténtica que nos dejó de las parábolas del sembrador y de la cizaña, da una aplicación espiritual a no pocos detalles de las mismas: las espinas son las riquezas y placeres, las aves del cielo son el diablo que se lleva el fruto; el sol que seca la semilla representa las pruebas y persecuciones, etc. En este punto debe servirnos de guía la tradición, representada principalmente por la interpretación patristica.

(1) CHRISOST.: *In Mt.*, Homil. 47, 1; 64, 3.

Para concluir, notemos:

a) Que aunque las parábolas no puedan utilizarse en una demostración dogmática propiamente dicha, tienen con todo una luz especial que se proyecta sobre las cosas de la Iglesia, como las enseñanzas de la Iglesia contribuyen a ensanchar el campo doctrinal de las parábolas. La del buen Samaritano es magníficamente aplicada por Billot a la teología sacramentaria.

b) El sentido espiritual que se encierra en cada una de las parábolas es único. Con todo, se puede cada parábola aplicar a diversos puntos de la doctrina cristiana, con el criterio debido. Así, la semilla es la palabra de Dios, pero puede aplicarse la parábola a la gracia, a la Eucaristía, a la Iglesia, etc.

CAPÍTULO V

Jesús, taumaturgo

I. — JESÚS Y EL MILAGRO

I. EL MESÍAS TAUMATURGO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. — El milagro juega importantísimo papel en la historia de la humanidad. No hay pueblo que no haya vivido en un ambiente de hechos sobrenaturales, o a lo menos reputados tales; lo cual, como todas las ideas universales que se hallan como consubstanciadas con el pensamiento del hombre, de todos los tiempos y de todas las latitudes, supone una verdad fundamental y primitiva, tal vez adulterada en la serie de los siglos.

La historia del pueblo de Dios está llena de lo maravilloso sobrenatural. Recuérdense las maravillas del paraíso terrenal, el diluvio y su historia, la confusión de lenguas, los castigos de la Pentápolis y, más tarde, los hechos sorprendentes que en Egipto precedieron a la liberación de los israelitas, los prodigios del desierto y de la conquista de Canaán y los que acompañaron la misión de la mayor parte de los profetas.

Es que Dios ha querido por el milagro, que no es otra cosa que "un hecho de orden sensible, extraordinario, que supera todas las fuerzas de la naturaleza", demostrar perpetuamente al hombre su existencia y providencia, como también confirmar con hechos maravillosos la verdad de su revelación y la misión de los hombres que han sido como sus enviados y representantes en los diversos periodos de la historia.

Acostumbrado el pueblo de Israel a esta intervención maravillosa de Dios en los sucesos culminantes de su historia, y a ver a sus grandes hombres, Moisés, Elías, Eliseo, Isaías, investidos del poder taumatúrgico, esperaba que su Mesías sería gran obrador de milagros. Así, por otra parte, lo representaban algunos pasajes de las Escrituras. Isaías lo presenta como *Emmanuel*, Dios con nosotros, dando a entender que manifestará entre los hombres su divino poder. El mismo profeta dice que en tiempo del Mesías "serán abiertos los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos: saltará el cojo como un ciervo y se desatará la lengua de los mudos" (Is. 35, 5.6): en otros órdenes, se verán estupendos prodigios que realizará el enviado de Dios (Is. c. 11).

En la teología judía, en la conciencia popular, en los mismos escritos apócrifos de los tiempos inmediatos a Jesús, había prevalecido la idea de un Mesías taumaturgo, que asombraría al mundo por sus estupendos milagros. El libro de Henoch, hablando de la admiración que al mundo causará el poder del Mesías, dice: "Todos los que están sobre la tierra caerán de rodillas, le adorarán, le alabarán y le cantarán alabanzas al Señor de los espíritus."

A esta convicción de los contemporáneos de Jesús responden algunas preguntas que le dirigieron durante su ministerio: "Maestro, le dicen algunos escribas y fariseos: queremos que obres un milagro" (Mt. 12, 38); y Jesús les promete el milagro de su resurrección bajo la figura de Jonás. Cuando echaba a los mercaderes del templo le dicen los judíos: "¿Qué milagro nos ofreces en prueba de que tienes poder para esto?" (Ioh. 2, 18): Jesús les promete asimismo el milagro de su resurrección, bajo la figura del templo destruido y reedificado en tres días.

2. JESÚS DEBÍA OBRAR MILAGROS. — Hablamos de una necesidad de conveniencia. Las razones que la abonan son poderosas. Si Jesús era la realización de las figuras del Antiguo Testamento y, como tal, el antitipo de los famosos personajes que se llamaron Noé, Abraham, Isaac, José, Moisés, Job, Jonás: ¿por qué no debía tener, como la mayor

parte de ellos, el poder que les concedió Dios de obrar milagros?

Jesús era, además, el *Emmanuel*, es decir, Dios con nosotros. Como se ha notado muy bien, el poder taumatúrgico de Jesús es consecutivo a su mismo ser divino. La persona del Verbo, por quien han sido hechas todas las cosas, era conveniente se mostrara en obras divinas. Los taumaturgos obran milagros por poder participado de Dios: mejor debía obrarlos el Dios hecho hombre, en quien radicalmente reside el poder absoluto sobre todas las cosas. Así vemos que Jesús comunica a sus apóstoles el poder de hacer milagros: "Os he dado poder de andar sobre las serpientes y escorpiones y sobre todo poder enemigo" (Lc. 10, 19).

En los milagros debía Jesús buscar la garantía de la verdad que enseñaba a los hombres, no por la verdad misma que, como dice el Profeta, era purísima y justa en sí misma como los juicios de Dios; sino para llamar la atención de los hombres sobre ella y porque, en todos los siglos y para todos los pueblos, ha sido el milagro prueba ineluctable de la intervención de Dios en favor de una doctrina: y Dios no puede engañarse ni engañar. Jesús, es verdad, no venía a abolir la ley, sino a completarla; pero este complemento de la ley importaba la abrogación de muchas cosas que el pueblo judío consideraba como esenciales a su vida, la promulgación de muchos preceptos nuevos, algunos de ellos costosísimos, la imposición de dogmas que excedían la capacidad de la mente humana. ¿Cómo Jesús, aunque hubiese llevado santísima vida y hubiese hablado, como habló, en tono magistral y en nombre de Dios, hubiese podido sojuzgar el pensamiento y la voluntad de sus oyentes sin acompañar sus enseñanzas con prodigios que avalaran su verdad?

Hasta las generaciones futuras necesitaban esta garantía. Con razón ha notado Sanday que no es concebible la adhesión a las doctrinas de Cristo en las generaciones posteriores a Él sin los milagros obrados por el Redentor. Si prescindimos de lo maravilloso en la vida de Jesús, no nos queda en ella más que lo meramente humano. Ciertamente su doctrina es divina, como su ser y su vida; pero la verdad no se hubiese

¿qué garantías de autenticidad nos ofrecen? ¿Son los evangelistas testimonios fidedignos en este punto?

Valen a este propósito los mismos argumentos aducidos al tratar de la autoridad humana de los Evangelios. Ningún hecho se nos ofrece en la historia antigua tan debidamente constatado como los hechos milagrosos del Evangelio; y ha sido necesario todo el perverso ingenio y la mala fe de los incrédulos de todo tiempo para negar su verdad histórica. Para vindicarla sólo insinuaremos las siguientes razones.

Jesús obró sus milagros en público, en su mayor parte: algunos de ellos, como las multiplicaciones de los panes y la curación del paralítico de la piscina de Bethesda (Ioh. 5, 2 y sigs.), lo fueron en circunstancias de una publicidad extraordinaria; en el primer caso, por las multitudes que presenciaron el milagro; en el segundo, por la controlación del hecho por el elemento oficial de la nación. El pueblo, entusiasmado, quiere hacer rey al gran Taumaturgo (Ioh. 4, 15), y dice paladinamente que "jamás cosa semejante se ha visto en Israel" (Mt. 9, 34). A veces impone Jesús a los testigos de sus milagros el sigilo, por razones que ya hemos apuntado en el capítulo anterior, pero puede más la admiración de las multitudes que la recomendación del Maestro, y "cuanto más mandaba que no lo dijesen, tanto más lo divulgaban" (Mc. 7, 36). En la testificación de hechos patentes, clamorosos, no es posible que todo un pueblo se engañe.

Estos hechos son referidos por los Evangelistas con total independencia: dos de ellos fueron testigos presenciales: los otros dos los recogieron de la memoria viva de quienes vieron los prodigios. Podemos afirmar que originariamente los Evangelistas son cuatro testigos distintos de unos mismos hechos. Con todo, son tan armónicas las narraciones, que mutuamente se completan con los detalles que aportan relativos a un mismo hecho. Las divergencias, que a veces llegan a producir verdadero embarazo al exégeta, son la máxima prueba de su independencia mutua y de su veracidad.

Los milagros de Jesús tienen tal resonancia en la época en que los realizó, que llaman la atención del tetrarca Herodes; que se alegra se lo lleven a su presencia "porque había

oído de él grandes cosas y esperaba verle hacer algún milagro" (Lc. 23, 8). Los jefes de la nación se juntan en concilio, y dicen: "¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros?" (Ioh. 11, 47).

Jesús, en quien los mismos adversarios de los milagros del Evangelio reconocen a lo menos, ya que no la divinidad, la suma inteligencia y probidad, alega el hecho de sus milagros como argumento contra sus enemigos (Mt. 12, 28).

Los mismos racionalistas no llegan a negar los hechos milagrosos, tal como se narran en los Evangelios: sólo los tergiversan o adulteran, o los atribuyen a agentes de orden natural.

II. — LOS MILAGROS DEL EVANGELIO EN GENERAL

I. NOMBRES Y NATURALEZA DE LOS MILAGROS DE JESÚS. Tienen en los Evangelios distintos nombres los milagros de Jesús, y cada uno de ellos ofrece un aspecto especial del hecho milagroso. Un milagro, toda vez que es una cosa extraordinaria de orden sensible, produce en quien lo observa el efecto psicológico de la admiración o pasmo. A este efecto del milagro se debe la denominación de "prodigios" o "portentos" que les dan los Evangelios. Nótese, con todo, que esta denominación, que subraya especialmente lo que el milagro tiene de espectáculo, raramente se atribuye a los milagros de Jesús, si no es acompañada de algún otro determinativo: "Si no viereis signos y prodigios, no creéis" (Ioh. 4, 18). En cambio, la usa el mismo Jesús para designar los falsos milagros de los seudoprofetis (Mt. 24, 24), como queriendo significar que el verdadero milagro no tiene por objeto la curiosidad del sentido, sino algo más profundo que no aparece.

Otras veces los milagros de Jesús se llaman en el Evangelio "fuerzas" (Mt. 11, 21; 13, 54), designando con ello la causa eficiente de los milagros, que no es otra que la misma fuerza de Dios.

También se llaman "signos", y ésta es la denominación

más usada, por la que se atiende la finalidad demostrativa, de orden teológico o apologético, que tenían muchas veces los milagros de Jesús (Mt. 16, 1.4; Mc. 8, 11.12; Lc. 23, 8; Joh. 6, 2.14).

Por lo que atañe a la naturaleza íntima de los milagros de Jesús, eran ellos, considerados en su entidad objetiva, como todo milagro: es decir, efectos de orden sensible, insólitos, debidos a la fuerza divina, y, por lo mismo, de orden sobrenatural. Sólo que esta fuerza divina residía en Jesús por su misma naturaleza, y en los demás taumaturgos es una participación circunstancial del poder de Dios.

2. CARACTERES DE LOS MILAGROS DE JESÚS. — Es el más saliente de todos la suma *caridad* que en ellos revela el Hijo de Dios. Es notable que Jesús inaugure la manifestación de su poder taumatúrgico en circunstancia tan apurada y de carácter íntimo como unas bodas en Caná. Recuérdense las multiplicaciones del pan para saciar a las turbas hambrientas, las curaciones y sus circunstancias, las resurrecciones que obró. La totalidad de sus funciones de taumaturgo cabe en la frase: "Pasó haciendo bien" (Act. 10, 38). Una sola vez, cuando maldice y seca la higuera que no tiene fruto (Mt. 21, 19), deja de manifestar su profunda bondad en la apariencia, aunque encierra en el milagro una lección severa que le dicta su misericordia. Nunca realiza milagros en provecho personal suyo: fatigado junto al pozo de Sicar, espera que la Samaritana saque el agua de su profundidad: hambriento después del ayuno, vienen los ángeles a servirle, negándose a los requerimientos de Satanás que le invita a que haga de las piedras pan: en las ignominias de la pasión no se defiende, y se deja anonadar bajo el peso de todo mal.

Otro carácter es lo que podríamos llamar *justeza* de los milagros de Jesús: obra los prodigios según la medida de las necesidades, sin prodigarlos jamás, aunque haciéndolos en número extraordinario para afianzar la fe en su misión. Por ello no quiere satisfacer la curiosidad insana de sus paisanos (Lc. 4, 23), ni de Herodes (Lc. 23, 8).

Como complemento de esta justeza y sabia medida en

el número de los milagros, es de notar la *dignidad* serena, casi siempre la suma sencillez, con que Jesús obra sus prodigios. Sólo en contadas ocasiones, como en la resurrección de Lázaro y en la multiplicación de los panes, reviste Jesús de algún aparato el hecho milagroso: aun así ¡cuánta sobriedad, y cuán divina intención en cada uno de los episodios o detalles del prodigio!

Nótese también la *autonomía* de Jesús en la manifestación de su poder taumatúrgico. Compárese la manera de obrar milagros de Jesús con la de otros taumaturgos: éstos aparecen casi siempre como mandatarios de Dios y subordinados a su poder: oran, preparan, prometen, amenazan: recuérdense los milagros de Moisés, de Elías y Eliseo. Jesús obra sus prodigios casi siempre con sublime sencillez: con una palabra (Mt. 8, 3); con un gesto y un mandato (Lc. 7, 14); con un acto solo e íntimo de su voluntad, como cuando cura a la hemorroisa (Lc. 8, 44).

La múltiple *variedad* de los milagros es asimismo una nota característica de los de Jesús: los hizo en todos los órdenes de la naturaleza y demostró su absoluto dominio sobre las substancias, las fuerzas y las leyes: sobre las substancias, como al cambiar el agua en vino y multiplicar los panes; sobre las fuerzas, al calmar la tempestad en el mar; sobre las leyes, al andar sobre las aguas.

3. OBJETO DE LOS MILAGROS DE JESÚS. — El fin primordial de los milagros de Jesús es confirmar la verdad de su palabra, especialmente en cuanto se declaraba Hijo de Dios y Mesías. Los prodigios obrados por Jesús no nos prueban directamente su divinidad: otros taumaturgos han hecho milagros análogos a los del Evangelio, y hasta mayores que muchos de ellos, según promesa de Jesús: "Quien cree en mí hará las obras que yo hago, y mayores que éstas" (Joh. 14, 12); y no fueron más que instrumentos de Dios. Pero prueban la verdad de su testimonio, y el testimonio de Jesús es que es Hijo y Enviado del Padre (Joh. 8, 16).

Así vemos que el mismo Jesús alega sus milagros como prueba perentoria de su divina misión: "¿Hasta cuándo ten-

drás suspenso nuestro espíritu?, le preguntan los fariseos: Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente." Y Jesús responde: "Os lo digo y no me creéis. Las obras que hago yo en nombre del Padre, éstas dan testimonio de mí" (Ioh. 10, 24). En la resurrección de Lázaro, declara Jesús que ha obrado el milagro "para que crean ellos que sois vos (Padre), el que me ha enviado" (Ioh. 11, 42).

Esta relación entre los milagros y la divina misión de Jesús la señala Nicodemos, cuando visita de noche a Jesús: "Nadie puede hacer los milagros que tú haces si Dios no estuviese con él" (Ioh. 3, 2): el ciego de la piscina de Siloé: "Si no viniese de Dios este hombre, no pudiese hacer cosa alguna" (Ioh. 9, 33); las mismas turbas, al ver resucitado al hijo de la viuda de Naim, exclaman: "Un gran profeta ha surgido en medio de nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo" (Lc. 3, 16).

Dentro de esta finalidad general de los milagros de Jesús, cabe admitirlos como pruebas de verdades secundarias, dice Lesêtre. Para demostrar Jesús que tiene poder para perdonar pecados, cura a un paralítico (Mt. 9, 6); para que se sepa que ha venido para echar del mundo a Satanás, empieza por echarlo de los cuerpos de los hombres; multiplica los panes, porque él es el pan de vida, etc. (1).

4. SU SIMBOLISMO. — A más de ser testimonio de la misión y de la verdad que predica Jesús, los milagros por él obrados, en virtud de esta íntima y misteriosa relación que hay entre el mundo visible y el invisible, el orden natural y sobrenatural, y que ya hemos notado al hablar de la parábola, son verdaderos símbolos del orden moral y como lecciones de cosas del espíritu. Podríamos decir hasta cierto punto que los milagros de Jesús son parábolas en acción. Desde este punto de vista, los milagros de Jesús, como su misma predicación, tienen algo de universal y perdurable, no sólo en el sentido apologético de ser ellos una vindicación de

(1) Cfr. VIGOUROUX: *Dictionnaire de la Bible*, Art. *Jésus-Christ*, t. 3, col. 1506.

la divinidad de Jesús, sino en cuanto son una lección perpetua de verdades que atañen a la vida sobrenatural.

En este punto es unánime el sentir de los Padres: resume la tradición esta bella sentencia de San Agustín: "Porque el mismo Cristo es el Verbo de Dios, también los hechos del Verbo son verdad para nosotros"; y en otra parte: "No en vano se obraban los milagros, y son para nosotros figura de algo pertinente a la vida eterna" (1). Quizás en la exposición y enseñanzas derivadas del milagro se ha incurrido en los excesos del alegorismo; pero el abuso no puede destruir lo que el mismo Jesús puso en la naturaleza de los prodigios que obró.

Así nos da Jesús a entender que la pesca milagrosa es el símbolo de las conquistas que entre los hombres lograrán los apóstoles: "Os haré pescadores de hombres" (Mt. 4, 19). Cuando el ciego de nacimiento recobra la vista por el poder de Jesús, se postra ante él, y le dice: "Señor, creo" (Ioh. 9, 38): es que la visión corporal es el símbolo de la visión intelectual por la fe. En la nave agitada por la furiosa tormenta, mientras trabajan con denuedo los apóstoles y duerme Jesús, toda la tradición ha visto figurada la Iglesia y sus enemigos que la combaten, los trabajos de sus ministros y la inesperada intervención del poder de Dios en su favor.

La legítima exposición del simbolismo moral de los milagros de Jesús ha sido siempre de gran provecho para las almas en la lectura de los comentarios y en la predicación del Evangelio.

5. CLASIFICACIÓN Y NÚMERO DE LOS MILAGROS DE JESÚS. — Jesucristo realizó milagros en todo orden de cosas y en todas circunstancias. La forma de obrarlos es también variadísima. Se han clasificado los milagros de Jesús en dos grandes categorías: milagros de amor y de poder, según sea el concepto que más predomine en su realización. La clasificación más racional y más admitida es la que los agrupa por categorías, según su objeto exterior, en esta forma:

(1) S. AUG.: *Tract. 24 in Ioh., Serm. 124, 1.*

1.º MILAGROS SOBRE LOS ELEMENTOS Y SERES NO DOTADOS DE RAZÓN. — El agua trocada en vino en las bodas de Caná (Ioh. 2, 2-11). Las dos pescas milagrosas, la primera antes de la resurrección (Lc. 5, 1-11), la segunda, después (Ioh. 21, 3-11). La tempestad calmada (Mt. 8, 24-27). Dos multiplicaciones de panes (Mc. 6, 30-44; 8, 1-9). Marcha de Jesús sobre las aguas (Mt. 14, 22-23). La higuera seca (Mt. 21, 18-19).

2.º MILAGROS OBRADOS SOBRE LOS HOMBRES. — a) *Curación de enfermedades.* — El hijo del régulo de Cafarnaum (Ioh. 4, 43-54). La suegra de San Pedro (Mc. 1, 29). El leproso (Lc. 5, 12). El paralítico de Cafarnaum (Lc. 5, 17). El hombre de la mano seca (Lc. 6, 6). El siervo del Centurión (Mt. 8, 1). La hemorroisa (Mc. 5, 25). La hija de la Cananea (Mt. 15, 21). El sordomudo (Mc. 7, 32). El ciego de Bethsaida o Bethesda (Mc. 8, 12). El ciego de nacimiento (Ioh. 9, 13). Los dos ciegos (Mt. 9, 27). El hidrópico (Lc. 14, 1). Los diez leproso (Lc. 17, 11). Los ciegos de Jericó (Mt. 20, 29). La curación de Malcos (Lc. 22, 51).

b) *Lanzamiento de demonios.* — El poseso de la sinagoga de Cafarnaum (Mc. 1, 23). El demoníaco ciego y mudo (Mt. 12, 22). Los posesos de Gerasa (Mt. 8, 28). El demoníaco mudo (Lc. 11, 14). El joven poseso (Mc. 9, 16). La mujer encorvada (Lc. 13, 10).

c) *Muertos resucitados.* — El hijo de la viuda de Naim (Lc. 7, 12). La hija de Jairo (Mt. 9, 18). Lázaro (Ioh. 11, 43) (1).

Clasificados por orden cronológico, corresponden siete al primer año de la vida pública de Jesús, once al segundo y diez y siete al tercero.

Por lo que al número se refiere, son incontables, según testimonio de San Juan (21, 25). Los Evangelios tienen variadas fórmulas para expresar globalmente las muchas curaciones obradas por el Señor: "Y andaba Jesús... sanando

(1) Cfr. VALVEKENS: *Foi et raison*, 340.

toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt. 4, 23; 8, 16.17; Mc. 1, 32-34, etc.). Con todo, los Evangelistas no nos refieren más que la producción de treinta y nueve milagros obrados por Jesús, de los que sólo uno es referido por los cuatro Evangelistas: la primera multiplicación de los panes; doce lo son por tres evangelistas; seis, por dos; y veinte, por uno solo.

No están comprendidos en estos cómputos los milagros que llama con razón el P. Uriarte de orden divino-humano, obrados en Jesús mismo, como son la Transfiguración, la Resurrección y la Ascensión del Señor.

III. — DE LOS DEMONÍACOS EN PARTICULAR

Ninguno de los milagros del Evangelio se ha librado de los ataques de los enemigos de la fe. En el nombre de una filosofía naturalista se les ha rechazado en globo, por reputarse absurda la misma noción de milagro. La crítica los ha analizado uno a uno y les ha atribuido una génesis legendaria, con base totalmente histórica de orden natural y ordinario; o los ha reducido a simples fenómenos comunes que la imaginación popular tergiversó. La ciencia, especialmente la fisiología y la medicina, se han empeñado en explicar naturalmente los milagros del Evangelio relativos a curaciones de enfermedades normales: para la explicación de los llamados en el Evangelio lunáticos y posesos se ha acudido a todos los recursos de la psiquiatría y neuropatía, tan en boga en nuestros días.

Damos en este artículo someras nociones de la posesión diabólica, con los principios de solución a las dificultades más corrientes, para vindicar la verdad de las curaciones de posesos narradas en los Evangelios (1).

(1) Los conceptos de este artículo son un somero extracto de la primera parte de la obra *De Daemoniacis*, de JUAN SMIT, copioso estudio exegetico-apologético, sobre esta materia: ROMAE, *sumptibus Pontificii Institutii Biblici*, 1913.

drás suspenso nuestro espíritu?, le preguntan los fariseos: Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente." Y Jesús responde: "Os lo digo y no me creéis. Las obras que hago yo en nombre del Padre, éstas dan testimonio de mí" (Ioh. 10, 24). En la resurrección de Lázaro, declara Jesús que ha obrado el milagro "para que crean ellos que sois vos (Padre), el que me ha enviado" (Ioh. 11, 42).

Esta relación entre los milagros y la divina misión de Jesús la señala Nicodemos, cuando visita de noche a Jesús: "Nadie puede hacer los milagros que tú haces si Dios no estuviese con él" (Ioh. 3, 2): el ciego de la piscina de Siloé: "Si no viniese de Dios este hombre, no pudiese hacer cosa alguna" (Ioh. 9, 33); las mismas turbas, al ver resucitado al hijo de la viuda de Naim, exclaman: "Un gran profeta ha surgido en medio de nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo" (Lc. 3, 16).

Dentro de esta finalidad general de los milagros de Jesús, cabe admitirlos como pruebas de verdades secundarias, dice Lesêtre. Para demostrar Jesús que tiene poder para perdonar pecados, cura a un paralítico (Mt. 9, 6); para que se sepa que ha venido para echar del mundo a Satanás, empieza por echarlo de los cuerpos de los hombres; multiplica los panes, porque Él es el pan de vida, etc. (1).

4. SU SIMBOLISMO. — A más de ser testimonio de la misión y de la verdad que predica Jesús, los milagros por Él obrados, en virtud de esta íntima y misteriosa relación que hay entre el mundo visible y el invisible, el orden natural y sobrenatural, y que ya hemos notado al hablar de la parábola, son verdaderos símbolos del orden moral y como lecciones de cosas del espíritu. Podríamos decir hasta cierto punto que los milagros de Jesús son parábolas en acción. Desde este punto de vista, los milagros de Jesús, como su misma predicación, tienen algo de universal y perdurable, no sólo en el sentido apologético de ser ellos una vindicación de

(1) Cfr. VIGOUROUX: *Dictionnaire de la Bible*, Art. *Jésus-Christ*, t. 3, col. 1506.

la divinidad de Jesús, sino en cuanto son una lección perpetua de verdades que atañen a la vida sobrenatural.

En este punto es unánime el sentir de los Padres: resume la tradición esta bella sentencia de San Agustín: "Porque el mismo Cristo es el Verbo de Dios, también los hechos del Verbo son verdad para nosotros"; y en otra parte: "No en vano se obraban los milagros, y son para nosotros figura de algo pertinente a la vida eterna" (1). Quizás en la exposición y enseñanzas derivadas del milagro se ha incurrido en los excesos del alegorismo; pero el abuso no puede destruir lo que el mismo Jesús puso en la naturaleza de los prodigios que obró.

Así nos da Jesús a entender que la pesca milagrosa es el símbolo de las conquistas que entre los hombres lograrán los apóstoles: "Os haré pescadores de hombres" (Mt. 4, 19). Cuando el ciego de nacimiento recobra la vista por el poder de Jesús, se prostra ante Él, y le dice: "Señor, creo" (Ioh. 9, 38): es que la visión corporal es el símbolo de la visión intelectual por la fe. En la nave agitada por la furiosa tormenta, mientras trabajan con denuedo los apóstoles y duerme Jesús, toda la tradición ha visto figurada la Iglesia y sus enemigos que la combaten, los trabajos de sus ministros y la inesperada intervención del poder de Dios en su favor.

La legítima exposición del simbolismo moral de los milagros de Jesús ha sido siempre de gran provecho para las almas en la lectura de los comentarios y en la predicación del Evangelio.

5. CLASIFICACIÓN Y NÚMERO DE LOS MILAGROS DE JESÚS. — Jesucristo realizó milagros en todo orden de cosas y en todas circunstancias. La forma de obrarlos es también variadísima. Se han clasificado los milagros de Jesús en dos grandes categorías: milagros de amor y de poder, según sea el concepto que más predomine en su realización. La clasificación más racional y más admitida es la que los agrupa por categorías, según su objeto exterior, en esta forma:

(1) S. AUG.: *Tract. 24 in Ioh., Serm. 124, 1.*

1.º MILAGROS SOBRE LOS ELEMENTOS Y SERES NO DOTADOS DE RAZÓN. — El agua trocada en vino en las bodas de Caná (Ioh. 2, 2-11). Las dos pescas milagrosas, la primera antes de la resurrección (Lc. 5, 1-11), la segunda, después (Ioh. 21, 3-11). La tempestad calmada (Mt. 8, 24-27). Dos multiplicaciones de panes (Mc. 6, 30-44; 8, 1-9). Marcha de Jesús sobre las aguas (Mt. 14, 22-23). La higuera seca (Mt. 21, 18-19).

2.º MILAGROS OBRADOS SOBRE LOS HOMBRES. — a) *Curación de enfermedades*. — El hijo del régulo de Cafarnaum (Ioh. 4, 43-54). La suegra de San Pedro (Mc. 1, 29). El leproso (Lc. 5, 12). El paralítico de Cafarnaum (Lc. 5, 17). El hombre de la mano seca (Lc. 6, 6). El siervo del Centurión (Mt. 8, 1). La hemorroisa (Mc. 5, 25). La hija de la Cananea (Mt. 15, 21). El sordomudo (Mc. 7, 32). El ciego de Bethsaida o Bethesda (Mc. 8, 12). El ciego de nacimiento (Ioh. 9, 13). Los dos ciegos (Mt. 9, 27). El hidrópico (Lc. 14, 1). Los diez leprosos (Lc. 17, 11). Los ciegos de Jericó (Mt. 20, 29). La curación de Malcos (Lc. 22, 51).

b) *Lanzamiento de demonios*. — El poseso de la sinagoga de Cafarnaum (Mc. 1, 23). El demoníaco ciego y mudo (Mt. 12, 22). Los posesos de Gerasá (Mt. 8, 28). El demoníaco mudo (Lc. 11, 14). El joven poseso (Mc. 9, 16). La mujer encorvada (Lc. 13, 10).

c) *Muertos resucitados*. — El hijo de la viuda de Naim (Lc. 7, 12). La hija de Jairo (Mt. 9, 18). Lázaro (Ioh. 11, 43) (1).

Clasificados por orden cronológico, corresponden siete al primer año de la vida pública de Jesús, once al segundo y diez y siete al tercero.

Por lo que al número se refiere, son incontables, según testimonio de San Juan (21, 25). Los Evangelios tienen variadas fórmulas para expresar globalmente las muchas curaciones obradas por el Señor: "Y andaba Jesús... sanando

(1) Cfr. VALVEKENS: *Foi et raison*, 340.

toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt. 4, 23; 8, 16.17; Mc. 1, 32-34, etc.). Con todo, los Evangelistas no nos refieren más que la producción de treinta y nueve milagros obrados por Jesús, de los que sólo uno es referido por los cuatro Evangelistas: la primera multiplicación de los panes; doce lo son por tres evangelistas; seis, por dos; y veinte, por uno solo.

No están comprendidos en estos cálculos los milagros que llama con razón el P. Uriarte de orden divino-humano, obrados en Jesús mismo, como son la Transfiguración, la Resurrección y la Ascensión del Señor.

III. — DE LOS DEMONIACOS EN PARTICULAR

Ninguno de los milagros del Evangelio se ha librado de los ataques de los enemigos de la fe. En el nombre de una filosofía naturalista se les ha rechazado en globo, por reputarse absurda la misma noción de milagro. La crítica los ha analizado uno a uno y les ha atribuido una génesis legendaria, con base totalmente histórica de orden natural y ordinario; o los ha reducido a simples fenómenos comunes que la imaginación popular tergiversó. La ciencia, especialmente la fisiología y la medicina, se han empeñado en explicar naturalmente los milagros del Evangelio relativos a curaciones de enfermedades normales: para la explicación de los llamados en el Evangelio lunáticos y posesos se ha acudido a todos los recursos de la psiquiatría y neuropatía, tan en boga en nuestros días.

Damos en este artículo someras nociones de la posesión diabólica, con los principios de solución a las dificultades más corrientes, para vindicar la verdad de las curaciones de posesos narradas en los Evangelios (1).

(1) Los conceptos de este artículo son un somero extracto de la primera parte de la obra *De Daemoniacis*, de JUAN SMIT, copioso estudio exegetico-apologético, sobre esta materia: ROMAE, sumptibus Pontificii Institutii Biblici, 1913.

1. **LOS DEMONIÁCOS: POSESIÓN Y OBSESIÓN.** — Los seres humanos sobre cuyo cuerpo ejerce el demonio una influencia malsana, que se manifiesta en forma más o menos violenta, llámense en los Evangelios "vejados por el demonio", "que tienen demonios", "lunáticos": nosotros les llamamos demoníacos o simplemente posesos. Llámense también "energúmenos", en cuanto el poseso tiene un principio intrínseco de operación o fuerza que no es la propia actividad o energía.

Aunque ambos vocablos, *posesión* y *obsesión*, se usan indistintamente para significar la acción diabólica sobre el hombre, llámense los verdaderos demoníacos con más propiedad posesos que obsesos, por cuanto la posesión denota un principio operativo de carácter intrínseco que substituye la actividad propia del hombre, y la obsesión significa una acción más circunstancial y externa que podríamos llamar de carácter accesorio a la propia actividad.

2. **POSIBILIDAD DE LA POSESIÓN DIABÓLICA.** — Conocida la naturaleza del demonio y supuesta la permisión de Dios, no aparece repugnancia alguna en el hecho de la posesión demoníaca. Es el demonio un espíritu puro, en cuanto no entra en su ser composición de materia. Si el Evangelio le llama "inmundo", debe entenderse ello en el orden moral; ser corrompido por haberse desgajado voluntariamente del principio que le comunicaba la santidad y pureza, que es Dios. Es espíritu poderosísimo, que no perdió por su prevaricación ni su fuerza ni su ciencia. Por ello puede penetrar la materia, y puede mover los cuerpos, produciendo en ellos los mismos fenómenos que producen otros agentes de orden natural, y aun otros superiores a las mismas fuerzas de la naturaleza.

Esta simple indicación nos da a comprender toda la acción que puede ejercer un demonio sobre el organismo del hombre. Puede apoderarse del cuerpo humano, considerado en su totalidad, como una masa de materia, y producir en él efectos de orden mecánico: así sucede con el energúmeno de Cafarnaum, a quien el demonio, antes de abandonarle, a la voz imperativa de Jesús, "le arroja al suelo en medio de

todos" (Lc. 4, 35); el joven lunático curado por Jesús al pie del Tabor, "muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua" (Mt. 17, 14), sin duda por la acción o fuerza del demonio que le poseía.

Hay otra acción más íntima, también de carácter físico, del demonio sobre el cuerpo de los posesos. Lo que el alma hace en los elementos orgánicos más profundamente vitales, especialmente en el sistema nervioso, en cuanto es ella el principio inmanente de la actividad fisiológica, puede asimismo hacerlo el demonio en cuanto es una fuerza espiritual entrañada en el mismo cuerpo humano, aunque en forma distinta del alma. Puede por lo mismo el demonio producir en el hombre espasmos y sacudidas nerviosas, retorcimientos del cuerpo, la sordera, la mudez y la ceguera impidiendo las funciones normales de los nervios correspondientes, producir sonidos inarticulados o palabras, haciendo vibrar a su placer los nervios y órganos para ello necesarios, como vemos en algunos pasajes del Evangelio: "Espíritu sordo y mudo..." (Mc. 9, 24), le dice Jesús a un demonio, para significar que a él eran debidos estos defectos del poseso: "Jesús Nazareno, dice un demonio por boca de un energúmeno, ¿viniste a destruirnos?" (Mc. 1, 24). De aquí la semejanza que revisten a veces las manifestaciones de la posesión diabólica con las enfermedades de carácter nervioso, especialmente la catalepsia, la epilepsia, la histeria, etc., y que han hecho que la ciencia moderna identificara los casos de posesión del Evangelio con estas misteriosas dolencias, que acostumbra afectar complicadísimas formas.

A pesar de ello, el demonio nada puede directamente sobre el espíritu del hombre; ni sobre su esencia, ni sobre sus facultades: Dios se ha reservado el santuario de la libertad del hombre, que es la llave de toda su actividad moral. Pero, aun así, es temible el poder del espíritu inmundo, hasta en el orden moral: por el mismo cuerpo, tan íntimamente unido al alma e instrumento de ella hasta en sus más altas funciones, puede entrar el demonio en la fortaleza del espíritu. La conmoción orgánica que produce, por ejemplo, una conversación, una lectura o la visión de una imagen, los movimien-

tos pasionales en que toma parte siempre nuestro organismo, entran en el área de la acción diabólica, y por aquí puede el demonio indirectamente influir en la rectitud moral de los actos humanos.

De lo dicho se infiere que el energúmeno no es responsable de los actos en que no interviene el imperio de su voluntad. Ni el hecho mismo de la posesión puede achacarse a una desviación moral del poseso, bien que en algunos casos el mismo pecado, por los efectos que produce en el orden fisiológico, y hasta por un castigo de Dios, pudiese predisponer el cuerpo humano a la pestífera invasión del espíritu impuro. Jesús dice que cuando el demonio sale de un cuerpo, vuelve a veces a la casa de donde salió, no sin antes tomar otros siete espíritus peores que él: "y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero" (Mt. 12, 45). La misma reiteración del pecado o la comisión de algún crimen atroz puede causar lo que se llama "posesión ética", o moral, cuando el hombre perverso llega a ser el juguete del espíritu maligno: en este sentido deben entenderse las palabras del Evangelio: "Y después del bocado entró en él (Judas Iscariote) Satanás" (Ioh. 12, 27).

Las razones de la providencia de Dios al consentir la invasión del cuerpo humano por su enemigo, pueden ser la manifestación de su gloria por la demostración de su poder sobre el espíritu del mal, el castigo del pecado, la corrección del pecador y nuestra misma enseñanza. Siempre será para sacar algún bien de tamaño mal.

3. REALIDAD DE LAS POSESIONES DEL EVANGELIO. — Para negar la realidad de las posesiones demoníacas que en el Evangelio se refieren, han acudido las escuelas racionalistas a numerosos subterfugios. La "teoría del error" supone que Jesús cayó en el mismo error de sus contemporáneos, que creían que las enfermedades ordinarias, epilepsia, histeria, ceguera histérica, etc., eran verdaderas posesiones demoníacas. La "teoría de la acomodación" no admite el error de Jesús, pero admite que para curar con mayor rapidez y efi-

cia estas dolencias se acomodaba al criterio general que las atribuía a la acción del demonio.

La primera teoría es blasfema: para nosotros, Jesús estaba lleno de Verdad, como Dios y como hombre. No pudo errar, y menos en un punto tan fundamental de la teología como el presente. Por otra parte, la fisonomía intelectual de Jesús, la alteza de sus pensamientos, la justeza de sus doctrinas, tal como se nos ofrecen en las páginas del Evangelio, no se compaginan con la hipótesis de que el Maestro hubiese admitido como verdad una superchería o una necedad, que no otra cosa sería confundir una dolencia ordinaria con el influjo del maligno espíritu.

La teoría de la acomodación es injuriosa para Jesús. La creencia vulgar en la posesión diabólica no hubiese sido un simple error de fisiología o medicina, sino una verdadera superstición, un error en materia religiosa; porque se trata de la existencia de los espíritus malignos y de su influencia en el cuerpo humano: y Jesús no podía condescender con un error vulgar en materia dogmática. Repugna, además, esta teoría a la dignidad moral de Jesús: Él, que en los Evangelios se nos presenta desempeñando su magisterio con la suma dignidad, santidad e independencia que hasta sus enemigos le reconocen, se hubiese rebajado hasta explotar los errores de la plebe para hacerse con un poderoso argumento en pro de su divinidad. Tan lejos de la dignidad de Jesús está este proceder, que más de una vez corrigió los errores de su pueblo en materia religiosa: así destruye la creencia común de que las dolencias corporales eran siempre castigo de los pecados: "Ni pecó éste (el ciego de nacimiento), ni sus padres, sino para que en él se manifesten las obras de Dios..." (Ioh. 9, 3).

En cuanto a la realidad de las posesiones que en el Evangelio se narran, decimos que ella se desprende de la misma forma con que narran los Evangelistas la expulsión de los demonios en los ocho casos de que hacen mención. Son historias vivas, con detalles minuciosos, en que Jesús increpa, impera, disputa; en que el demonio habla, se resiste, abandona el cuerpo del poseso. No cabe en estas narraciones una

interpretación que no sea la obvia de la posesión y del lanzamiento de los espíritus malignos.

Además, Jesús no sólo cura los demoníacos, sino que sienta verdaderas teorías o doctrinas sobre la posesión diabólica. Tal es la del demonio que cuando sale de un cuerpo anda vagando por lugares áridos, hasta que toma otros siete espíritus peores que él y vuelve al lugar de donde salió (Mt. 12, 43-45). Cuando la expulsión del demonio del joven lunático, que se ha resistido al poder de los discípulos, le piden éstos a Jesús la razón de que no hubiesen podido echarle, y Jesús les dice: "Esta casta de demonios con nada puede salir sino con la oración y el ayuno" (Mc. 9, 23). Y para confirmar con una sola frase toda la teoría y la realidad de la posesión demoníaca, confiere a sus discípulos, no una participación de su poder magnético, sino la fuerza sobrenatural de echar a los demonios: "Les dió potestad sobre los espíritus inmundos, para lanzarlos" (Mt. 10, 1; Mc. 6, 7, etc.).

Aun en los tiempos posteriores a Jesús, y a pesar de que vino Él a destruir las obras del diablo, la providencia de Dios ha permitido que se repitiesen los casos de posesión diabólica. Los Hechos Apostólicos narran uno de ellos, típico (19, 13-16). Los autores eclesiásticos de los primeros siglos atestiguan la existencia de posesos en su tiempo. Las prácticas de exorcización son universales en la Iglesia y entran en la Liturgia de algunos sacramentos, especialmente el Bautismo. En el Ritual Romano se indican las señales de la posesión, como son: hablar y entender lenguas que no se han aprendido, descubrir cosas distantes y ocultas, hacer cosas contrarias a las leyes de la naturaleza, como desplegar fuerzas superiores a la edad o condición, andar por una bóveda cabeza abajo; sostenerse en el aire sin apoyo, etc.

¿Por qué la mayor parte de los posesos del Evangelio eran de la Galilea? Porque en aquella provincia, más que en la Judea, imbuída de toda suerte de prejuicios, los habitantes ofrecían menos resistencia al establecimiento del reino de Dios que Jesús predicaba: era preciso que el demonio redoblara sus esfuerzos para esterilizar el ministerio de Cristo y sus apóstoles.

¿Por qué fueron tan frecuentes los casos de posesión en tiempo de Jesús? Por estrategia del espíritu maligno, cuyo imperio iba a destruirse; y para que se manifestara con mayor esplendor el poder del Mesías.

¿Por qué sólo los sinópticos narran curaciones de posesos? Porque San Juan se ocupa principalmente de la doctrina de Jesús y tiene el carácter de Evangelio supletorio, hasta cierto punto, con respecto a los tres primeros: a más de que también el cuarto Evangelio alude a la posesión demoníaca (10, 20).

4. LANZAMIENTO DE LOS DEMONIOS POR JESÚS. — En distintas ocasiones acusaron los fariseos a Jesús de lanzar los demonios en nombre de Beelzebub, o del príncipe de los demonios (Mt. 9, 34; 12, 24-27; Mc. 3, 22); pero Jesús les arguye por el absurdo: "Si Satanás echa fuera a Satanás... ¿cómo subsistirá su reino?" (Mt. 12, 26). No en el poder de los demonios, sino por su propia omnipotencia y como Hijo de Dios echaba Jesús a los espíritus malignos: "Si yo lanzo los demonios por el espíritu de Dios, ciertamente a vosotros ha llegado el reino de Dios" (Mt. 12, 28). Por esto la nota característica de la actuación de Jesús en los casos de posesión es el imperio con que se impone al espíritu maligno: "Enmudece, y sal del hombre" (Mc. 1, 24). "Y les dijo: Id. Y ellos salieron..." (Mt. 8, 32). Los demonios sufren tortura ante Él: "No me atormentes..." (Mc. 5, 7). Era el Señor de la creación, a quien están sujetos los cielos, la tierra y los abismos.

CAPÍTULO VI

Jesús, profeta

I. LA PROFECÍA EN ISRAEL. — Cuando Moisés hubo dado al pueblo de Dios su constitución religiosa y política, en nombre de Dios mismo, pronunció, ya próximo a morir, el famoso oráculo en que predijo que no le faltaría a Israel un profeta de su raza semejante al mismo gran Legislador (Deut. 18, 15).

¿Se refería esta profecía exclusivamente al futuro Mesías, el máximo de los profetas, o era la promesa de una institución, el profetismo, en que se sucederían quienes en nombre de Dios, como Moisés mismo, manifestarían al pueblo el pensamiento y la voluntad divina? Aunque están por la primera interpretación la mayor parte de los antiguos Padres, no hay tampoco dificultad en admitir en las palabras de Moisés la promesa de una serie de profetas, con tal se admita el sentido mesiánico de la profecía mosaica.

Trataba de prevenir Moisés al pueblo de Dios contra el peligro de los adivinos que moraban en la tierra de Canaán en que iban a entrar: "Estos pueblos, de los cuales poseerás la tierra, oyen a los agoreros y adivinos: mas tú has sido instituido por Dios en otra forma: Dios te suscitará un Profeta..." Este profeta, el Mesías, sería como el Cabeza de los Profetas y como la razón de ser de los demás; éstos no desempeñarían en Israel el oficio de profetas sino subsidiariamente, y hasta tanto llegara el Profeta por antonomasia.

La profecía es, pues, en Israel, una institución divina, complemento y sostén de las demás instituciones y como la

medula de la teocracia. La profecía es, como dice Hanneberg, una participación de la ciencia y del poder de Dios, y el profeta un representante de Dios mismo, cuya misión será iluminar, en nombre de Dios, los caminos de Israel enseñándole la verdad, notificándole sus deberes, arguyéndole por sus extravíos, amenazándole en sus prevaricaciones, promulgando los castigos divinos; y esto a todo Israel, a los reyes, a los sacerdotes, al pueblo. Sobre todos ellos estaba el profeta cuando ejercía las funciones de tal.

A veces el profeta recibía de Dios el conocimiento de las cosas futuras y las revelaba a su vez al pueblo: son las funciones de "profeta", en el sentido estricto de la palabra. La predicción de lo futuro, que en este caso tiene lugar, es lo que llamamos profecía, es decir, "la previsión y anuncio, cierto y preciso, de un acontecimiento futuro cuyo conocimiento no puede deducirse de causas naturales".

Es espléndida la serie de los profetas de Israel y divina de verdad la obra que en el pueblo de Dios realizaron. Los nombres de Samuel, Gad, Natán, Elías y Eliseo, hombres de celo que nada dejaron escrito, pero que con fuerza sobrehumana sostuvieron el pueblo teocrático en días difíciles, y más tarde los profetas escritores, que a más de su acción religiosa y política en los tiempos en que vivieron nos legaron en inmortales páginas el depósito de las revelaciones recibidas, junto con el testimonio de las vicisitudes de su época, forman un catálogo de hombres extraordinarios, sin igual, ni siquiera análogo en ninguna otra civilización.

Son ellos los instrumentos de la revelación divina, escogidos por Dios y puestos en contacto con el pensamiento de Dios para que oficialmente comunicaran al mundo la divina palabra. La forma con que recibieron las divinas revelaciones y mandatos es inefable: la psicología desconoce un hecho que está sobre toda ley natural. Dios se abajaba hasta la mente del profeta para tocarla con su luz divina: el alma del profeta era levantada a unas alturas que no se pueden lograr por la meditación y el discurso. Era una verdadera locución íntima, sin estrépito, en la que Dios abría su pensamiento al profeta, para que éste a su vez revelase a los

hombres lo que Dios le había dicho. "El Espíritu de Dios me elevó..."; "Y la palabra de Dios se hizo sobre mí..." (Ez. 11, 1; 12, 1, etc.). Estas locuciones y muchas otras análogas revelan una transfusión, de carácter sobrenatural y extraordinario, del pensamiento de Dios al pensamiento del profeta.

Por aquí venía a la tierra la luz del cielo. Fué el profetismo de Israel como la prolongación de aquellas antiguas teofanías o manifestaciones directas de Dios al hombre, a Noé, a Abraham en el valle de Mambré, a Moisés en la zarza, en el Sinaí, en las que Dios manifestaba de una manera sensible, y en forma más o menos clamorosa, su pensamiento y su voluntad. Así se iba llenando paulatinamente el pensamiento del hombre de las cosas de Dios; se dilataban y esclarecían los horizontes de la verdad divina; se vislumbraba el futuro reino de la verdad en que la "ciencia del Señor llenaría la tierra, como las aguas del mar, que la cubren" (Is. 11, 9).

Y, sobre todo, se dibujaba, cada vez con mayor precisión, y se destacaba en alto relieve en medio de las páginas sagradas de los profetas, la figura del gran Profeta, vaticinado por Moisés, que debía enseñarles a los hombres todas las cosas, como le decía a Jesús la Samaritana (Ioh. 4, 25). Cuando se acabe la visión profética en el pueblo de Dios, hacia el siglo V antes de Jesucristo, en que Malaquías cierra la serie de profetas escritores, crecerá en el pueblo de Dios el ansia de que venga por fin el gran Profeta, y todos le mirarán, al Mesías futuro, como el Profeta único que prometió Moisés. Él debía ser el complemento de todos los profetas, y Él debía realizar todas las profecías del Viejo Testamento.

2. JESÚS PROFETA EN EL EVANGELIO. — El doble carácter de Mesías e Hijo de Dios, constituía a Jesús Profeta sobre todos los profetas. En cuanto era el Mesías, revestía Jesús el carácter de Enviado de Dios para la restauración de la teocracia, no en el sentido terrenal y político, como pudo enseñar la teología y la exégesis de las escuelas posteriores al destierro de Babilonia, sino en el sentido de una cons-

titución de carácter espiritual y divino, que importaba una real conmoración de Dios entre los hombres.

Para esta restauración definitiva y eterna que debía dar lugar al reino mesiánico, era preciso que el Mesías tuviese la plenitud de la unción profética, para enseñarles a los hombres "todas las cosas", con la plenitud del poder para plasmarlas todas, en la realidad de la vida humana, según las exigencias del nuevo reino, tal como Dios quería implantarlo en la tierra. En este sentido podríamos decir que, si el profetismo de Israel fué el complemento de la realeza — porque fué un poder espiritual que representaba el pensamiento de Dios y lo imponía a los reyes y al pueblo —, el Mesías debía ser un Profeta-Rey, en el que ambos títulos se refundiesen para gobernar en la verdad la vasta monarquía de los espíritus. "El reino de Dios está dentro de vosotros", decía Jesús repetidas veces: esta frase representa el fin del profetismo y de la realeza de la antigua teocracia y la inauguración del nuevo reino de la verdad fundado por el Profeta-Rey.

En cuanto Jesús era Hijo de Dios tenía asimismo la plenitud de la unción profética por la unión íntima de la naturaleza humana a la persona del Verbo de Dios. Si el profeta es un vidente de las cosas de Dios en cuanto Dios se las revela para comunicarlas a los hombres, no puede darse un contacto más permanente, más íntimo, más total de la inteligencia humana con la divina que en esta unión substancial de la criatura humana con la Inteligencia de Dios, que es el Verbo, y que es efecto de la Encarnación. En Cristo estaban "todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios", en frase del Apóstol (Col. 2, 3), y, en virtud de su misión — porque, como decía Él mismo, "mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió" (Ioh. 7, 16) —, pudo decirles Jesús a los hombres con imperio, mejor que los antiguos profetas, sus antecesores y representantes: "Esto dice el Señor." Por ello en la oración sacerdotal le decía Jesús al Padre: "Yo les di tu palabra..." (Ioh. 17, 14).

De hecho, los Evangelios dan a Jesús repetidas veces el nombre de Profeta. Así se llama Él mismo: en la sinagoga

de Nazaret les dice a sus paisanos: "Vosotros me diréis: las grandes cosas que oímos decir hiciste en Cafarnaum, hazlas también aquí en tu patria." Y replica Él mismo: "En verdad os digo que ningún profeta es acepto en su patria" (Lc. 4, 23.24). A la intimación de Herodes a que salga de la tierra de su jurisdicción, responde: "Es necesario que yo ande hoy y mañana y otro día; porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén" (Lc. 13, 33). "Un gran profeta ha surgido entre nosotros", decían las turbas (Lc. 7, 16). La mujer de Samaria le dice a Jesús: "Señor, veo que tú eres profeta" (Ioh. 4, 19). Y los discípulos de Emaús, hablando con Jesús resucitado, que finge no saber lo ocurrido en Jerusalén, le dicen en tono ponderativo: Te hablamos "de Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras..." (Lc. 24, 19).

Este doble poder, de la palabra y del milagro, era lo que distinguió a Moisés, a semejanza del cual debía levantarse el gran Profeta en el pueblo de Dios; lo que distinguió a toda la serie de profetas del Testamento Viejo: también fué Jesús gran taumaturgo, y por ello se le llamó profeta: "Y tú, decían los fariseos al ciego de nacimiento, ¿qué dices de aquel que abrió tus ojos? Y él dijo: ¿Qué es profeta" (Ioh. 9, 17).

3. PRINCIPALES PROFECÍAS DE JESÚS. — Una de las funciones de los profetas, y bajo este único aspecto vulgarmente se les conoce, es la predicción de sucesos venideros que no pueden ser conocidos por medios naturales. También fué Jesús profeta en este estricto sentido. Sus profecías fueron numerosas: muchas de ellas realizadas ya en tiempo de los mismos apóstoles que pudieron oír las de labios del gran Profeta; otras cuya realización atestiguan la historia de los siglos siguientes; y otras, relativas al fin del mundo y las señales que le precederán, cuyo cumplimiento está todavía en los arcanos secretos de Dios.

Jesús predijo su pasión y muchas de sus circunstancias con precisión suma. Predice sus tormentos: "Le escarnejarán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida"

(Mc. 10, 34): tomarán parte en ello los ancianos, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas (Lc. 9, 22): Judas le hará traición (Ioh. 6, 71): los apóstoles le abandonarán (Mc. 14, 27): Pedro le negará tres veces al canto del gallo (Ioh. 13, 38): morirá en cruz (Mt. 20, 19).

También predice sus futuras exaltaciones, inverosímiles después de tanta afrenta: Su resurrección, figurada en las alegorías del templo y del profeta Jonás (Ioh. 2, 19; Mt. 12, 40): manifestada más tarde de modo claro y terminante (Mt. 16, 21; 17, 22): su aparición en la Galilea, después de su resurrección (Mt. 26, 32): la venida del Espíritu Santo (Lc. 24, 40).

En orden a su grande obra, la santa Iglesia, predice su fuerza, que hará no prevalezcan contra ella las fuerzas del infierno (Mt. 16, 18): su universalidad, porque no solamente la formarán los judíos, sino que "muchos del Oriente y del Occidente vendrán y tendrán un lugar, en el festín del reino de los cielos, con el padre Abraham" (Mt. 8, 11): la mayor parte de los judíos serán rechazados de la Iglesia (Mt. 21, 43): se levantarán contra ella falsos profetas (Mc. 13, 22): con todo, será el Evangelio anunciado a todo el orbe (Mt. 24, 14). Las parábolas del grano de mostaza y de la levadura, así como el milagro de la gran pesca, son como profecías-hechos de la futura expansión de la Iglesia de Jesús.

En el orden político y religioso de Israel, predice la destrucción y dispersión del pueblo: "Sucumbirán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles" (Lc. 21, 24): Jerusalén será destruída: "Vendrá un tiempo en que todo lo que veis será destruído en forma que no quedará piedra sobre piedra" (Lc. 21, 6). Cuando la toma de Jerusalén por Tito, mandó destruirlo y nivelarlo todo, hasta el punto de ser difícil adivinar la existencia de una gran ciudad: la tentativa de Juliano el Apóstata, al querer restaurar el templo, no hizo más que acabar de confirmar el vaticinio de Jesús.

Asimismo se han cumplido en todos sus puntos las profecías relativas a la Iglesia. ¡Qué contraste divino entre el hecho de la predicción, por un simple hombre en la apa-

riencia, en un rincón de la Palestina, ante gente ruda, y esta estupenda realidad, tan pasmosa como inverosímil, de la expansión, de la vitalidad, de la catolicidad del reino de Dios que predicaba el Profeta de la Galilea!

Quedan aún por cumplirse una serie de profecías: las relativas al fin del mundo y al segundo advenimiento del Hijo del hombre, con todos los episodios, de orden humano y cósmico que les precederán: "Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán grandes señales... Como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del hombre... Y luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas del cielo se conmoverán: y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad" (Mt. 24, 24 y sigs.). Entonces habrá acabado el ciclo del reino de Dios en el mundo para seguir en los cielos por toda la eternidad: "Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino..." (Mt. 25, 34).

El gran Profeta Jesús es el centro del reino de Dios: del reino de la teocracia de Israel que le esperaba; del reino espiritual de la Iglesia, fundada sobre su palabra; del reino eterno de los cielos, donde estará sentado a la diestra del Padre recibiendo las adoraciones de sus escogidos.

El Profeta anunciado por Moisés, que vino en la plenitud de los tiempos, y que predijo las grandes cosas de los últimos días, no faltará a su palabra: se cumplirán todas, porque Él ha dicho: "Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán" (Mt. 25, 35).

CAPÍTULO VII

Jesús, Pastor y Rey

Juntamos en un solo epígrafe estos dos títulos mesiánicos, que Jesús se adjudicó a Sí mismo en distintas ocasiones, porque juntos se hallan en una de las más conocidas profecías relativas al futuro Mesías.

Ezequiel había profetizado el retorno de los israelitas de la cautividad de Babilonia y la unión de los dos reinos, en que se habían dividido las doce tribus, bajo el cetro de un solo rey. Extiéndese luego la visión del profeta al reino mesiánico, cuyas características describe, su perpetuidad, santidad y catolicidad, y dice estas palabras: "Y mi siervo David (es decir, el nuevo David que nacerá de la raza del gran rey), será rey sobre ellos, y pastor único de todos ellos: andarán según mis mandatos, y guardarán mis preceptos, y los practicarán" (Ez. 27, 24).

I. SENTIDO SIMBÓLICO DEL PASTOR, EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. — La vida pastoril ocupa lugar principalísimo en la historia, en las costumbres y en la misma literatura del pueblo de Dios. Los patriarcas de la descendencia de Set fueron grandes pastores: recuérdese el episodio de Abraham y Lot, cuyos pastores no podían vivir en paz (Gen. 13, 7.8). Jacob fué pastor de Labán. Abundaba en la Palestina más la tierra de pastoreo que la de labor: por ello eran numerosos los ganados y muchos los que se dedicaban a la vida pastoril. La literatura, reflejo de la vida de los pueblos, abunda en alusiones y metáforas tomadas de este género de profesión.

El pastor, no el mercenario, sino aquel cuyas ovejas son propias, como dirá más tarde Jesús, ejerce un verdadero señorío y como una paternidad solícita sobre sus rebaños. De aquí que en la literatura del Viejo Testamento, en que abunda tanto la concreción metafórica de las ideas, se aplique con frecuencia a Dios, Soberano Señor y Padre providentísimo de los hombres, el título de Pastor, hasta el punto de que "el pastor", en el lenguaje de los profetas de un modo especial, tiene una bien definida significación teológica: es Dios.

Llamábase pastores a los que ejercían autoridad en el pueblo de la teocracia: "Yo soy quien digo a Ciro: Tú eres mi pastor..." ; "Prevaricaron los pastores contra mí..." (Is. 44, 28; Jer. 2, 8). Pero de una manera especial era Dios el Pastor de Israel por antonomasia: "El Señor me apacienta, decía David, nada me faltará" (Ps. 22, 1). Isaías nos representa a Dios bajo la amabilísima figura del pastor solícito: "Apacentará, como el pastor, su rebaño: recogerá con su brazo los corderos, y los alzaré en su seno, él mismo llevará las ovejas paridas" (40, 11). Y Jeremías, al contraponer los malos pastores a Dios, buen Pastor, dice de Él: "Yo mismo quitaré las ovejas de manos de sus pastores... Yo mismo iré a buscar mis ovejas y las visitaré... Y las sacaré de todos los lugares en que habían sido descarriadas... Las apacentaré en pastos muy fértiles... Yo apacentaré mis ovejas, y Yo las haré sestear, dice el Señor" (Jer. 34, todo el capítulo).

Correlativamente, el pueblo era la grey de Dios Pastor: "¡Ay de los pastores que matan y dispersan el rebaño... de mi dehesa!... Y yo congregaré los restos de mi rebaño..." (Jer. 23, 1-3). "Venid, adoremos..., porque Él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su dehesa, y ovejas de su mano" (Ps. 94, 6.7).

Jahvé es el Pastor de Israel en los escritos del V. T.: también el Mesías será el futuro pastor del pueblo redimido: "Salvaré mi grey..., dice el Señor por Ezequiel: y levantaré sobre mis ovejas un solo Pastor que las apacienta, a mi siervo David: él mismo las apacentará, y él mismo será su Pastor. Y yo el Señor seré su Dios: y mi siervo David príncipe en medio de ellos" (Ez. 34, 23.24).

En esta espléndida visión del profeta dulce y terrible aparece la distinción entre Dios y el Mesías: Jahvé envía a éste para que apaciente su grey: ambos son pastores: Dios Pastor y el Mesías Pastor se identificarán en Jesús, el Buen Pastor de la grey cristiana, porque Jesús es el Mesías Hijo de Dios.

2. JESÚS PASTOR EN LOS EVANGELIOS. — El arte cristiano se ha complacido en representar a Jesús bajo la figura de un pastor buscando afanoso la oveja descarriada, o mejor, llevándola amablemente cargada sobre sus hombros. Es la traducción gráfica de aquella dulcísima parábola del hombre que tiene cien ovejas y deja las noventa y nueve para buscar la que perdió, y la carga alegre sobre sí, y comunica la fausta nueva a sus amigos cuando llega a su casa (Lc. 15, 4-7). Toda la tradición, de la que da testimonio el arte ingenuo de las Catacumbas, ha visto a Jesús en el pastor de la parábola, y a la humanidad pecadora en la oveja descarriada.

Pero Jesús se llama a Sí mismo, en forma enfática, "el Buen Pastor": y no de una manera incidental, sino describiendo un verdadero sistema de acción, sacado de la vida pastoril que se aplica a sí mismo. "Yo soy el buen pastor, dice Jesús. El buen pastor da su vida por las ovejas: mas el asalariado, que no es propietario de las ovejas, ve venir al lobo, y las deja, y huye: y el lobo arrebató y dispersa las ovejas... Yo soy el buen pastor, y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí" (Ioh. 10, 11-14). La condición de propietario de las ovejas supone en Jesús la divinidad.

Cuando Jesús predice a sus apóstoles su defección, se declara a sí mismo Pastor, y se aplica un pasaje del Antiguo Testamento, demostración de la mesianidad del título de Pastor y de la Persona de Jesús: "Todos os escandalizaréis en mí esta noche. Porque está escrito: Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño" (Mt. 26, 31).

Jesús declara en otra ocasión, de una manera solemne, su condición de Pastor propietario de las almas que formarán la grey universal del pueblo redimido. "Simón, hijo de Juan, le dice Jesús a Pedro el apóstol, ¿me amas más que

éstos?", y a la respuesta afirmativa de Pedro, añade Jesús: "Apacienta mis corderos": repite la pregunta Jesús, y a igual respuesta encarga a Pedro que apaciente sus ovejas (Ioh. 21, 15-17). Son las ovejas de toda la tierra, con las cuales se formará un gran rebaño con un solo Pastor: es la Iglesia católica con su Cabeza Jesús: "Se formará un solo rebaño con un solo Pastor" (Ioh. 10, 16).

El mismo Pedro, el Pastor visible de la nueva grey, escribirá luego estas palabras: "Erais como ovejas errantes: pero ahora os habéis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas" (1 Petr. 2, 25). Es el Pastor, Jesús, a quien el mismo Pedro llama "Príncipe de los pastores", y San Pablo llama "el gran Pastor de las ovejas" (1 Petr. 5, 4; Hebr. 13, 20).

Jesús, pues, es el Pastor que ha suscitado Dios en el reino mesiánico para gobernar el divino aprisco con la sabiduría y solicitud con que Él solo puede hacerlo. Es Dios y es Mesías: por ambos títulos le corresponde el nombre de Pastor de la nueva grey (1).

3. EL MESÍAS REY. — Ya hemos indicado la relación de ambos títulos de Pastor y Rey, en la historia y en el pensamiento del pueblo hebreo. Los antiguos patriarcas fueron a un mismo tiempo pastores y reyes, o poderosos jefes de tribu: recuérdese la batalla habida entre los nueve reyes, en la que intervino Abraham (Gen. 14, 8 y sigs.); la vida nómada de Jacob; el carácter de pastor y rey de David, tipo del Mesías y uno de sus más gloriosos ascendientes. Ya Moisés, el primer jefe de la teocracia después de la salida de Israel de Egipto, había recibido su vocación de libertador mientras apacentaba las ovejas de Jetró. Educado Israel en la civilización de Egipto, recordaría la época de los *Hicsos*, o pastores-reyes, durante cuya dominación se efectuó la inmigración de los israelitas, asignándoseles la tierra de Gesén,

(1) Véase JOSÉ M.^a BOVER, S. J.: "Christus Pastor: Messias et Deus". *Verbum Domini*, vol. III (1923), págs. 51-58.

donde, como en Palestina, se dedicaron especialmente al pastoreo.

Por esto en el pensamiento y en la literatura del pueblo de Dios, el futuro Mesías se ofrece con los caracteres de Pastor y Rey. Veamos la profecía y la realidad en lo que atañe a este último título.

David introduce al Mesías proclamándose rey instituido por Jahvé: "Yo he sido constituido Rey por Él, sobre Sión, su monte santo..." (Ps. 2, 6). Rey universal a quien ha dicho el Señor: "Pídeme y te daré en herencia las naciones, y serán posesión tuya los confines de la tierra." Rey poderoso, que gobernará con cetro de hierro a los rebeldes y los triturará como vaso de alfarero (Ibíd. vv. 8,9). En la descripción del reino de la justicia, Isaías dice: "He aquí que el rey gobernará en justicia..." "El príncipe tendrá pensamientos dignos de un príncipe, y se levantará sobre los jefes" (Is. 32, 1,8). También Jeremías, junto con la promesa de un Pastor, le hace a Israel la promesa de un Rey: "Ved que se acercan los días, dice el Señor: y suscitaré de David un descendiente justo: y reinará rey, y será sabio, y hará el juicio y la justicia en la tierra" (Jer. 23, 5). Y Zacarías veía en lontananza la escena jubilosa de la entrada del rey futuro en Jerusalén: "Regocíjate en gran manera, hija de Sión: alégrate, hija de Jerusalén: mira que vendrá a ti tu rey justo y salvador: vendrá pobre, y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna" (Zach. 9, 9).

En tiempo de Jesús, el sentimiento de la realeza del Mesías era universal, y profundamente arraigado en el pueblo. Contribuía a ello el estado lamentable a que había venido a parar la teocracia. Salido el cetro de la real casa de Judá, oprimido el pueblo bajo el yugo del idumeo Herodes y de los procuradores romanos, sentía la nostalgia de los gloriosos tiempos de David y Salomón. Las profecías eran terminantes sobre la restauración de una monarquía poderosa, y se esperaba por momentos el advenimiento del gran rey que salvara al pueblo. Cuando los Magos vienen a Jerusalén para adorar al rey de los judíos, se turba Herodes, y se conmueve toda la ciudad: se congrega el Sinedrion a las

órdenes del monarca, quien pregunta a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas: ¿Dónde debe nacer el Cristo?, y responden aquéllos: "En Belén de Judá, porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará mi pueblo de Israel" (Mt. 2, 2 y sigs.). Tan íntimamente trabado está el concepto de la realeza con el del Mesías en el pueblo, que cuando Natanael se encuentra con Jesús, que le adivina un incidente importante y secreto de su vida anterior, responde: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel" (Ioh. 1, 49). En el desierto, las muchedumbres, entusiasmadas ante el milagro de la multiplicación de los panes, decían: "Éste es el profeta que ha de venir al mundo", e inmediatamente tratan de hacerle rey (Ioh. 6, 14.15). "Bendito el rey que viene en el nombre del Señor", clamaban las turbas vitoreando a Jesús, el primer domingo de Ramos (Lc. 19, 38).

4. JESÚS REY EN LOS EVANGELIOS. — La afirmación prematura de su realeza le hubiera importado a Jesús la imposibilidad de realizar sus planes de evangelización. Por una parte, los prejuicios del pueblo, que tenía un concepto falso del reino mesiánico, le hubiesen impuesto una actuación política y guerrera que no se avenía con su misión. No entrar por el cauce de las reivindicaciones populares, le hubiera enajenado toda consideración. Por otra parte la proclamación de su realeza le hubiese hecho víctima de los celos de los poderes constituidos, el tetrarca y el procurador romano especialmente. Habla, con todo, Jesús, con gran insistencia del "reino de Dios", del "reino de los cielos", cuyas características analizaremos.

Esta forma de hablar de Jesús, junto con los estupendos prodigios que obraba, formaron alrededor de Él una aureola de verdadero rey. Al aclamarle por tal el pueblo, sus enemigos tomaron este título como motivo de acusación ante las autoridades: era la manera más eficaz de perderle. Los jefes de la nación le llevan a Pilatos, y le dicen: "Hemos hallado a éste pervirtiendo al pueblo y vedando dar el tri-

buto al César, y diciendo que él es el Cristo rey" (Lc. 23, 2). Pilatos quiere cerciorarse de la verdad de la acusación: llama a Cristo y le dice: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Jesús responde al procurador con una fórmula explicativa: no quiere que el plenipotenciario del César le tome como un revolucionario político; y le habla de un reino que no es de este mundo. Pilatos insiste: "¿Luego tú eres rey?", y entonces responde Jesús con la plena afirmación de su realeza: "Tú lo dices que soy rey" (Ioh. 18, 33 y sigs.), es decir, es cierto que soy rey.

Pilatos no se engaña sobre la naturaleza de la dignidad real de Jesús: no deberá temer en él un competidor del César: pero al ceder ante la avalancha del odio de los enemigos de Jesús, querrá que conste el motivo de su condenación, y en la tablilla de la Cruz escribirá: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos." Inútil que pretendan los judíos que sustituya el título. Morirá Jesús con esta inscripción mesiánica sobre su real cabeza. Y el Hijo de Dios, que con el título de "rey de los judíos" había sido parangonado con Barrabás (Ioh. 18, 25); que como rey había sido saludado por la soldadesca en el pretorio (Mt. 27, 29); presentado al pueblo como tal después de la flagelación (Ioh. 19, 14.15); y escarnecido por los poderosos del pueblo en la cruz (Mc. 15, 32; Lc. 23, 37), dejará de ser el rey según la mezquina concepción judía, para ser proclamado rey inmortal e invisible de los siglos.

5. NATURALEZA DEL REINO DE JESÚS. — ¿Qué es el reino de Jesús? Es el "reino de Dios", o "reino de los cielos": es todo espiritual: es "en la tierra", en alguna de sus etapas: pero no es de la tierra: "no es de aquí" (Ioh. 18, 36). El detenido examen del reino de los cielos tal como se le caracteriza en los Evangelios, desde el punto de vista teológico, nos daría una amplia síntesis de la doctrina cristiana, especialmente en lo relativo a la vida de la gracia.

Más de ochenta veces ocurre en los Evangelios mención del "reino de Dios" y "reino de los cielos". Bajo el nombre de "vida" se halla no pocas en el Evangelio de San

Juan. La idea significada por estas expresiones informa todo el texto de los Evangelios.

El reino de los cielos es el reino de la verdad. "Tú dices que soy rey", decía Jesús a Pilatos: "Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es de la verdad escucha mi voz" (Ioh. 18, 37). En la oración sacerdotal había Jesús confesado su realeza por la verdad: "Le has dado (a tu Hijo) poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste a él, les dé a ellos vida eterna. Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste" (Ioh. 17, 2.3).

Es la antítesis del reino de Satanás, padre de la mentira, y sobre sus ruinas debe fundarse: "Si en el dedo de Dios echo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado ya a vosotros" (Lc. 11, 19).

El reino de Dios debe ser libremente aceptado: el rehusarle acarrea males irreparables (Mt. 22, 2-14; 11, 21). Por lo que atañe a esta vida, el reino de Dios, en el orden individual, no es otra cosa que la justicia interior: "Si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5, 20). Esta justicia consiste en estar libre de pecado: "Hay en el cielo más alegría por la conversión de un pecador que hace penitencia, que por cien justos que no necesitan de ella" (Lc. 15, 7). El amor de Dios justifica: "Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho" (Lc. 7, 47). La imitación del Padre celestial es la gran ley de la perfección en el reino de Dios: "Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto" (Mt. 5, 48).

En el orden social, el reino de Dios es universal: "Predicad el Evangelio a toda criatura"; "Enseñad a todas las naciones" (Mc. 16, 15; Mt. 28, 20). Consiste en la unidad de la verdad: "No te ruego tan sólo por ellos, sino por todos los que por su palabra creerán en mí para que todos sean una cosa" (Ioh. 17, 20.21), y en la unidad de amor: "Para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos" (Ioh. 17, 26).

Este reino de Dios, que empieza en la tierra por la san-

tificación personal, tendrá un complemento definitivo y eterno, en un lugar que tiene Dios preparado para los justos desde el principio del mundo: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo" (Mt. 25, 34). En este reino se goza propiamente de la vida eterna: "Los justos irán a la vida eterna" (Mt. 25, 46).

Tiene el reino de los cielos en este mundo una expresión visible, que es la Iglesia. El jefe de esta Iglesia es uno, representante del mismo Jesús, fundador del reino: es Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que atares sobre la tierra, será atado en los cielos..." (Mt. 16, 18.19).

Así, en esta forma sentenciosa, destrabada en la apariencia, en esta enseñanza circunstancial, iba vaciando Jesús su pensamiento en lo tocante a su reino. Sin publicar una constitución orgánica que fuese la forma preconcebida del futuro reino, diluyendo la real doctrina en su heterogénea predicación de tres años, dió Jesús la completísima enseñanza del reino de Dios, que desentrañará posteriormente el pensamiento cristiano para formular la maravillosa síntesis de la religión del espíritu y de la verdad, en el orden doctrinal y en la práctica de la vida, en el aspecto individual y social, temporal y eterno.

En verdad que el Reino de Cristo no es de este mundo, porque sólo del cielo podía venir un Rey como Él, que publicara el Evangelio, que es la carta magna de su reino, y que fundara el reino más vasto, más íntegro, más santo y más duradero que han visto jamás los siglos, porque durará más que ellos: "Su reino no tendrá fin" (Lc. 1, 33).

CAPÍTULO VIII

Jesús, Sacerdote y Cordero

Ambos títulos son asimismo mesiánicos. En el Antiguo Testamento se delinea la figura de sacerdote y víctima del futuro Mesías. En el Evangelio aparece Jesús como Sacerdote y Cordero de Dios; y en los mismos tiempos apostólicos, tendrá más amplio desarrollo la teología católica sobre estos dos puntos, especialmente en la carta de San Pablo a los Hebreos y en el Apocalipsis de San Juan, escrito probablemente antes que el cuarto Evangelio.

I. EL SACERDOCIO DEL MESÍAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. — Escasos son los textos del Viejo Testamento en que se afirme de una manera concreta el carácter sacerdotal del futuro Mesías. Con todo, la figura sacerdotal del futuro Salvador se delinea en muchísimas de aquellas páginas. "Mesías" equivale a "Ungido", y el Ungido debía ser Hijo de Dios, o por decirlo mejor, debía ser Ungido por ser Hijo de Dios. El simple hecho de la filiación divina debía hacer del Mesías el Rey, el Profeta y el Sacerdote por excelencia.

Isaías, al hablar de la misión del Mesías, le hace pronunciar estas palabras: "El Espíritu del Señor sobre Mí, porque el Señor me ha ungido..." (Is. 61, 1), palabras que Jesús se aplica a Sí mismo en su discurso de la sinagoga de Nazaret (Lc. 4, 18). En ellas se concretan las funciones sacerdotales del Mesías: él es quien viene a curar a los contritos de corazón y el que predica el año jubilar (Mt. 5, 5), ambas funciones propiamente sacerdotales; y luego se dirige a

la jerarquía futura, dice San Jerónimo, de la que Él será cabeza, y dice: "Vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor..." (Is. 61, 6).

Un sacrificio nuevo exige un nuevo sacerdocio, y el profeta Malaquías vaticina para los tiempos mesiánicos un sacrificio puro y universal, en que toda la exégesis cristiana ha visto profetizado el sacrificio eucarístico: "Desde el orto al ocaso se sacrifica y se me ofrece una hostia pura" (Mal. 1, 11). Este sacrificio puro no lo ofrecerán los sacerdotes según Aarón, porque este sacerdocio debía circunscribir sus funciones dentro de los límites de Israel, y la nueva hostia pacífica deberá ofrecerse en todos los puntos de la tierra: lo hará el sacerdocio de la religión que funde el Mesías, es decir, el mismo Mesías, de cuyo sacerdocio eterno participarán sus sacerdotes.

David, en el salmo 109, que es salmo sacerdotal y real a la vez y que contiene uno de los más claros y definidos vaticinios mesiánicos, llama al Mesías "sacerdote eterno según el orden de Melquisedec" (v. 4).

El sacerdocio del Mesías se colige de aquellos pasajes en que se alude a un sacrificio personal que el mismo Mesías realizará, y en el que será sacerdote y víctima a la vez. David introduce al Cristo futuro ofreciéndose como hostia por los pecados con estas palabras: "No quisiste sacrificio ni ofrenda, pero me diste perfecto oído. No demandaste holocausto ni ofrenda por el pecado. Entonces dije: He aquí que vengo... para hacer tu voluntad" (Ps. 39, 7-9); palabras que San Pablo aplica a Cristo sacerdote (Hebr. 10, 15).

Isaías habla de la muerte del Mesías como sacrificio que hace de sí propio, sacrificio voluntario, sangriento, expiatorio: "Y fué Él llagado por causa de nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros pecados... Ofrecióse porque quiso, y no abrió su boca: será llevado como oveja al matadero... Cuando habrá dado su vida por el pecado, verá una larga posteridad..." (Is. 53, 5-10).

En la misma tipología del Antiguo Testamento hallamos un prelude del sacerdocio del Mesías. Abel, Melquisedec, Abraham, el mismo Moisés en cuanto sufre voluntaria-

mente los trabajos para la redención de su pueblo, son tipos del sacerdocio del Mesías. Particularmente Melquisedec y Abraham son los dos tipos representativos de los dos sacerdocios del Testamento Antiguo: el primero representa el sacerdocio antes de la ley; el segundo, el sacerdocio legal, ya que de Abraham vienen Aarón y Leví, de cuya tribu debían ser los sacerdotes según la ley.

El sacerdocio del Mesías deberá ser según el orden de Melquisedec, no de Aarón: primero, porque el Mesías no será de la tribu de Leví, sino de la de Judá, que no es sacerdotal; y en segundo lugar, porque el sacerdocio de Melquisedec era más perfecto que el de Abraham, de donde nacerá Aarón; era mayor la dignidad del oferente, porque Abraham pagó el diezmo a Melquisedec y recibió de él la bendición (Gen. 14, 19); más perfecta la representación del futuro sacerdote Hijo de Dios, "sin padre, ni madre, ni genealogía", sin padre como hombre, sin madre como Dios y sin genealogía por su inescrutable origen (Hebr. 7, 3); y hasta más perfecto el sacrificio en cuanto a la representación simbólica del futuro sacrificio del Mesías, porque si bien en cuanto al modo de la ofrenda los sacrificios legales, por ser cruentos, representaban mejor el futuro sacrificio de la cruz, en cuanto a la participación de sus frutos, a lo que principalmente tiende la oblación sacrificial, el sacrificio de pan y vino ofrecido por Melquisedec es símbolo más adecuado del eucarístico que los sacrificios de animales de la Ley.

En esta independencia de la genealogía sacerdotal levítica está uno de los más precisos caracteres del futuro sacerdocio del Mesías. Será un sacerdocio nuevo, porque lo será su sacrificio y su religión: extralegal, porque la ley debía ser abolida, substituyéndola un pacto o Testamento nuevo, sellado con la Sangre del nuevo Sacerdote según el orden de Melquisedec: sempiterno, es decir, no dependiente de las generaciones humanas, que fenecen, sino fundado en la unión substancial de la naturaleza humana en la Persona del Verbo, que permanece eternamente: perfectísimo, que no tendrá necesidad de ofrecer hostias por sus pecados, porque será el "Hijo eternamente perfecto" (Hebr. 7, 28).

2. JESÚS SACERDOTE EN EL EVANGELIO. — La misión sacerdotal de Jesús, la naturaleza de su sacerdocio y los frutos de su sacrificio vienen expresados casi ya en su forma teológica definitiva en los escritos apostólicos, especialmente en las epístolas de San Pablo. Tal vez de labios del mismo Jesús, o de la abundante infusión del divino Espíritu, que debía enseñarles todas las cosas, recibieron los Apóstoles, testigos algunos de ellos del sacrificio de la Cruz, la plenitud de la revelación sobre el gran acontecimiento. Con todo, los Evangelios nos ofrecen suficientes elementos para definir la naturaleza del sacerdocio de Jesús.

En la conversación con Nicodemos esboza ya Jesús en sus grandes líneas sus funciones sacerdotales. La primera de ellas es la mediación por el sacrificio expiatorio de sí mismo: la participación, por la fe y el bautismo, de la gracia que brota de la muerte expiatoria de Jesús, es la que reconcilia a los hombres con Dios y les hace capaces de renacer a la vida divina y de ver su reino: "En verdad, en verdad te digo, le decía Jesús a Nicodemos, que nadie podrá ver el reino de Dios si no nace de nuevo"; "Quien no renaciere por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios"; "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado. Para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Ioh. 3, 3.5.14.15). En estas palabras se contiene el velado símbolo de la muerte de Jesús en Cruz, los frutos de vida eterna que del sacrificio derivan y la forma de participarlos.

En otras ocasiones anuncia Jesús en distintas formas su sacrificio personal para el bien del mundo: "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, permanece solo; pero si muere, produce abundante fruto" (Ioh. 12, 24); "Cuando fuere yo levantado de la tierra, todo lo atraeré a mí" (Ioh. 12, 33); "Yo soy el buen Pastor: yo doy mi vida por mis ovejas" (Ioh. 10, 11.15).

Pero donde aparece la grandeza sacerdotal de Jesús es en el Calvario. Allí se nos presenta como agente principal del sacrificio, que se inmola a sí mismo con un acto de su

voluntad libérrima: "No me la quita ninguno (la vida), mas yo la pongo por mí mismo, y poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla a tomar" (Ioh. 10, 18). Los verdugos no son más que instrumentos ejecutores de su voluntad: "No tendrías poder alguno sobre mí si no se te hubiese dado de arriba" (Ioh. 19, 11). Jesús se inmola a Sí mismo por el derramamiento de su sangre, la Sangre del Nuevo Testamento, que la noche antes de morir pone en el Cáliz de la última Cena: "Ésta es la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada para muchos..." (Mt. 26, 28); y que el día siguiente entrega hasta la última gota: "Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió sangre y agua" (19, 34). El sacrificio de Jesús es holocausto, porque glorificó a su Padre de una manera perfecta: "Yo te he glorificado sobre la tierra" (Ioh. 17, 4); es sacrificio por el pecado, porque da su vida "para rescatar a muchos" y "para remisión de pecados" (Mc. 10, 45; Mt. 26, 28); es sacrificio pacífico, porque se propone hacer de Dios y los hombres "una sola cosa" (Ioh. 17, 21).

Jesús, por su sacrificio, fué el gran mediador entre Dios y los hombres. Sus palabras: "Yo soy la puerta: el que entrare por mí será salvo" (Ioh. 10, 9), expresan con una deliciosa metáfora la mediación universal del sacerdocio de Jesús. "Sin mí nada podéis hacer", decía ya próximo a morir, en los momentos que mediaron entre el sacrificio eucarístico y el de la Cruz: porque sin la mediación sacerdotal de Jesús es imposible al hombre acercarse al Padre y vivir la vida de Dios: el sarmiento se seca si no está unido a la vid (Ioh. 15, 5.6).

Toda la vida sacerdotal de Jesús está encerrada en aquellas palabras de su oración sacerdotal: "Por ellos me santifico (me consagro) a mí mismo" (Ioh. 17, 19). Todos los autores que he leído, dice Maldonado al comentarlas, las interpretan en el sentido de que por ellas Jesús se ofrece a sí mismo en sacrificio. La solemnidad del momento y la misma solemnidad de la frase, demuestran que Jesús iba a entrar en la función definitiva de su sacerdocio eterno, aboliendo los viejos sacrificios y el sacerdocio legal con el acto sacer-

dotal que dentro de poco realizará inmolándose a sí mismo en la Cruz.

3. EL CORDERO SIMBÓLICO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. — El cordero es el símbolo de la dulzura y de la mansedumbre, el ser más inofensivo y amable de la naturaleza. Es el más generoso y abnegado: déjase quitar la blanca y fina lana que cubre sus delicados miembros. Se deja sacrificar sin protesta y da su carne sabrosa a sus mismos verdugos. Supuestos los designios de Dios sobre la persecución, tormentos y muerte del futuro Mesías, el cordero era el símbolo más apropiado de la divina Víctima. Como tal aparece en los libros del Éxodo, Isaías y Jeremías y en las prácticas del culto mosaico.

Moisés, en el capítulo 12 del Éxodo, promulga su primera ley: es la de la Pascua, por la que se instituye el año lunar, la fiesta principal del año — que será en lo sucesivo la fiesta religiosa y nacional por excelencia del pueblo de Dios —, y el rito del sacrificio y manducación del cordero. Todo este pasaje es, se ha dicho, el centro y la llave del simbolismo de la redención. "El día diez de este mes (Nisán), tome cada uno un cordero por sus familias y casas... Y el cordero será sin mancha, masculino, de un año... Y lo tendréis guardado hasta el día catorce de este mes: y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde de este día... Y tomarán de su sangre, y pondrán sobre los dos postes, y sobre los dinteles de las casas... Y la sangre os será señal en las casas en donde estuviereis... Y tendréis este día por monumento... No quebraréis hueso de sus carnes..." (Ex. 12, 3.5-7; 13, 46).

La institución del cordero pascual fué para los judíos no sólo un recuerdo de su liberación de la servidumbre de Egipto, sino un símbolo de su liberación futura y definitiva. El tipo real y ritual del cordero tendrá su realización en Cristo: "Nuestra Pascua es el Cristo inmolado" (1 Cor. 5, 7), para pasar, con la plenitud de bendiciones que de su realización proceden, a los tiempos cristianos.

La Pascua es todavía para nosotros no sólo el rito fun-

damental de nuestro año litúrgico, sino que es el núcleo sagrado de todas nuestras fiestas y como la fuente de toda santificación en el pueblo cristiano: el Bautismo y la Eucaristía están vinculados a la fiesta de la Pascua.

Como en la ley Mosaica del Éxodo se nos ofrece el cordero inmolado, símbolo del sacrificio del futuro Mesías, en Isaías se nos describe la paciencia en sus dolores. La profecía de la pasión del Cordero está contenida en el fragmento llamado el poema del Siervo de Jahvé, que comprende todo el capítulo 53. Es un trozo admirable, "el pasaje más extraordinario que hay en la Biblia, y que no tiene análogo en parte alguna", ha dicho el arzobispo de Albi, Mr Mignot. En él se describen minuciosamente los tormentos, la muerte y la resurrección gloriosa del Mesías, su carácter de víctima universal y substitutiva y la redención obrada por su sangre. Después de describir con trazos profundos, enérgicos, la obra del Mesías paciente, que aparece arremolinado en el torbellino de los más amargos dolores, dice el Profeta: "Se ofreció porque él mismo lo quiso: no abrió su boca: como oveja llevada al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca" (Is. 53, 7).

Jeremías nos presenta al futuro Mesías, en las persecuciones de que le harán objeto sus enemigos, bajo la figura de un cordero que es llevado al sacrificio. El Profeta nos describe las asechanzas que contra él han puesto sus enemigos. El pasaje, en su sentido literal, se aplica al mismo profeta: pero éste es el tipo del Mesías. La tradición judía y cristiana así lo ha reconocido: en la Liturgia se han adoptado fragmentos del vaticinio para aplicarlos a los enemigos de Jesús que quieren insidiosamente perderle. El profeta ignoraba lo que se había tramado contra él: al revelárselo Dios, dice del Mesías en su propia persona: "Y yo, como manso cordero que es llevado al degolladero; y no entendí que habían preparado insidias contra mí, diciendo: Metámonos en su pan, y borremosle de la tierra de los vivos, y no haya más memoria de su nombre" (Jer. 11, 19).

El cordero ocupaba un lugar especial en la práctica de

los sacrificios de Israel. A más del cordero pascual, sacrificio el más universal y popular del pueblo judío, había el sacrificio diario de dos corderos, uno por la mañana y otro por la tarde (Ex. 29, 38.39). En las principales fiestas, Neomenias, primer día de la Pascua, Pentecostés, fiesta de las Trompetas y de la Expiación, se inmolaban siete corderos de un año: catorce en la fiesta de los Tabernáculos y los seis días siguientes.

Asimismo recuerdan los sagrados libros los grandes sacrificios de corderos en los más célebres acontecimientos religiosos del pueblo de Dios: en la dedicación del Tabernáculo, cada uno de los jefes de las doce tribus ofrece su cordero (Num. 7, 15.83). Mil corderos se sacrifican cuando la consagración de Salomón (1 Par. 29, 21); cuatrocientos en la dedicación del segundo templo (1 Esdr. 6, 17); y setenta y siete en holocausto por los judíos que retornan de la cautividad de Babilonia (Ibíd. 8, 35).

Así el cordero, especialmente el pascual y los del sacrificio cotidiano, mantenían vivo en el pueblo de Dios el símbolo del Mesías víctima. Si así no lo interpretaron, sobre todo en los últimos siglos inmediatos a la redención, debióse al extravío de la tradición y a las ideas de megalomanía temporal que habían prevalecido entre los intérpretes de la ley.

4. EL CORDERO JESÚS EN EL EVANGELIO. — Cuando aparece Jesús a la vida pública, el Bautista, gran Profeta, sintetizando toda la profecía y la tradición de Israel sobre el Mesías Cordero, señala a Jesús, en forma solemne, como realización del antiguo símbolo: "He aquí el Cordero" (Ioh. 1, 29). Era el Cordero por antonomasia, antitipo del cordero de las profecías y de las instituciones legales del Antiguo Testamento. Y luego, a la luz del divino Espíritu, ve el Bautista, y la revela al pueblo que le oye, la trascendencia espiritual del Mesías Cordero: es el Cordero "de Dios, que quita el pecado del mundo". Estas palabras llenan de extraordinaria luz el Antiguo y Nuevo Testamento: en ellas se realiza la conocida frase de San Agustín: "El Testamento Viejo se revela en el Nuevo."

Jesús es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. La Iglesia repetirá durante todos los siglos esta frase verdaderamente culminante del Bautista. El arte cristiano se apoderará del viejo símbolo, y en mil formas, en la Cruz, en los brazos del Bautista, en el sagrario, sobre el libro de los siete sellos, lo hará representativo del mansísimo Cordero Jesús. Cordero de Dios que quita en verdad el pecado del mundo, no como los corderillos de los sacrificios legales que borraban el pecado legal de un individuo o de una familia, sino Cordero único que con su sangre de valor infinito borra todo pecado de toda el haz de la tierra.

Juan el Evangelista, que en las magníficas descripciones de su Apocalipsis ha desentrañado toda la teología del Cordero Jesús, víctima, redentor y lleno de gloria en el cielo, indica también en su Evangelio la realización, en Jesús, de la gran figura del cordero pascual. A éste no debía quebrarse ningún hueso (Ex. 12, 46): tampoco se rompió ningún hueso a Jesús, contra la costumbre de los crucificados, a los que se quebraban con un mazo las piernas para abreviar sus torturas: así se hizo con los dos ladrones (Ioh. 19, 32.33): "Todo esto fué hecho, dice el Evangelista, para que se cumpliera la Escritura: No romperéis de él ningún hueso", aludiendo a la práctica legal de la manducación del cordero de Pascua.

En el mismo Evangelio y en los escritos apostólicos se leen numerosos detalles del divino Cordero, realización de otros del cordero pascual, misterioso tipo de Jesús Víctima. El Éxodo dice: "El día décimo de este mes (Nisán), tome cada familia y casa un cordero." Y en la historia de la pasión, si seguimos la opinión que sitúa el Viernes Santo en el 15 de Nisán, hallamos que el día de Ramos — este día que el Cordero de Dios fué positivamente escogido en reserva cuando entró en la ciudad del sacrificio — coincide con el día décimo del mes.

El Éxodo continúa: "Y será un cordero sin mancha." Es lo que dice San Pedro de Jesús: "Habéis sido rescatados con el precio de la sangre del Cristo, que era como un Cordero inmaculado y sin mancha" (1 Petr. 1, 19).

Fija luego el Éxodo el tiempo del sacrificio del cordero pascual: será por la tarde (Ex. 12, 6). Y fué también a las tres de la tarde que Jesús, dando una gran voz, expiró (Mc. 15, 34).

Ordena el Éxodo que se tome la sangre del cordero inmolado y se tiñan con ella los postes y dinteles de las puertas (Ex. 12, 7). También con la sangre de Jesús se ha hecho una aspersion, según la explicación de San Pablo: gracias a ella se realiza la mediación y la salvación (Hebr. 12, 24).

Prescribe asimismo el Éxodo: "Comerán sus carnes con pan sin levadura" (Ex. 12, 8). San Pablo, sobre este punto, hace la aplicación siguiente: "Quitad la vieja levadura, para que seáis una nueva masa, como sois ázimos: porque Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado" (1 Cor. 5, 7) (1).

En la institución de la Eucaristía hallamos el complemento de la significación simbólica del Cordero pascual. Nos dice el Evangelio que Jesús comió su Pascua, la noche antes de morir, con sus discípulos. Comido ya el cordero según las prescripciones de la ley, Jesús tomó pan, y lo bendijo, y lo dió a sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed: esto es mi cuerpo." Al mismo tiempo figura la inmolación, que deberá realizarse el día siguiente, poniendo aparte en un cáliz su propia sangre: "Éste es el cáliz de mi sangre: bebed de él todos." Así se consumaba el simbolismo del cordero: a la mactación seguía la manducación: al sacrificio, el sacramento. Ya el símbolo ha fenecido, y le ha sucedido la realidad que sólo pudo inventar la mansedumbre, la suavidad, la delicadeza del Cordero divino: el Sacrificio y la Comunión eucarística, que llenarán la tierra y los siglos. Y acompañarán a la manducación del Cordero de la nueva ley, Jesús, nuestra Pascua, las palabras del Bautista, tan profundamente evangélicas, en las que se suman las esperanzas de dos mil años y todas las realidades de la nueva era: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que borra los pecados del mundo..."

Y damos fin, con estas sencillas nociones, a las cuestiones generales sobre el Santo Evangelio. Ellas habrán pro-

(1) Mgr. BLANC: *L'Agneau de Dieu*, p. 90.

yectado no poca luz sobre los *libros* que contienen la historia y doctrina de Jesús, el *ambiente histórico* en que vivió nuestro divino Redentor y los aspectos principales que nos ofrece su *Persona* histórica.

Ayudará no poco el contenido de las páginas que preceden a aumentar la estima de los divinos Libros y la piedad con que hemos de leerlos, así como a la mejor interpretación de las sagradas páginas del Evangelio en el comentario que sigue, en cuyas lecciones veremos, como en otras tantas miniaturas, el detalle vivo, delicadísimo, profundamente sugestivo, de los distintos episodios de la vida del Señor.

SEGUNDA PARTE

CONCORDIA EVANGÉLICA. — COMENTARIO
LECCIONES MORALES

SECCIÓN PRIMERA
INFANCIA
Y VIDA OCULTA DE JESÚS

Sumario

I. HECHOS PRELIMINARES. — 1. Prólogo. — 2. Generación eterna del Verbo. — 3. Genealogía de Jesús en cuanto hombre. — 4. Visión de Zacarías: Concepción del Bautista. — 5. Anunciación de la Virgen y encarnación del Verbo. — 6. Visitación de la Virgen a su parienta Isabel. — 7. Nacimiento y circuncisión del Bautista. — 8. Congojas de José: Se le revela el misterio.

II. INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS. — 9. Nacimiento de Jesús: Su anuncio a los pastores. — 10. Adoración de los pastores. — 11. La Circuncisión. — 12. Purificación de la Virgen y presentación de Jesús en el Templo. — 13. Adoración de los Magos. — 14. Huída a Egipto. — 15. Del Egipto a Nazaret. — 16. Jesús en medio de los doctores: Su vida oculta (1).

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — Si descontamos los tres primeros números, relativos al prólogo historiográfico de San Lucas, al teológico de San Juan y a las genealo-

(1) Los números de las divisiones que preceden corresponden a los de las lecciones o perícopes en que se ha dividido el texto evangélico y que se comentan en las páginas sucesivas. La indicación que les sigue es el argumento de la lección.

gias de Jesús, que no pueden entrar en el cómputo cronológico de los Evangelios, comprende esta primera sección desde el mes de octubre del año 747 de la fundación de Roma, siete años antes de la era vulgar, en la hipótesis de que naciera Jesús el año 748, hasta el otoño de 779, en que tuvo lugar la aparición del Precursor, anunciando como próximo el ministerio del Mesías. Entonces contaba el Señor treinta años cumplidos.

De todos estos hechos sólo podemos fijar, en cuanto al tiempo en que ocurrieron, y aun sin precisión en lo tocante a sus fechas, algunos sucesos de la vida del Señor: su Nacimiento, el 25 de diciembre del 748, cuya fecha adoptamos como punto de partida, la Circuncisión y Presentación en el Templo — fechas señaladas por la Ley a día fijo después del natalicio —, la pérdida de Jesús, ocurrida en la Pascua de 761, cuando ya había cumplido los doce años, y la aparición del Precursor y la de Jesús, al terminar el año 778, correspondiente al 24-25 de nuestra era.

Cuanto a indicaciones geográficas, en el mapa de la página siguiente se indica con un trazo de líneas y puntos la ruta probable de Nazaret a Belén seguida por la Sagrada Familia.

Creemos que con estas indicaciones de tiempos y lugares, que repetiremos en las secciones siguientes, se facilitará al lector el conocimiento de la vida de Jesús, y se ayudará su memoria.



que eran objeto de la catequesis apostólica: *Habiendo intentado muchos, con buena voluntad y recto fin, ordenar la narración de las cosas, que se referían de diversa manera, que entre nosotros, los que profesamos el nombre cristiano, se han cumplido, o históricamente realizado...*

Muchos de estos escritos, de distintos autores, eran leídos en las públicas asambleas litúrgicas de la primera cristianidad. Entre ellos no deben computarse los evangelios apócrifos, que son posteriores a la redacción del de San Lucas; aunque no aparece dificultad en incluir en su número los Evangelios de San Mateo y San Marcos, testigos y predicadores de la obra del Mesías Jesús, escritos con anterioridad al de San Lucas y que este Evangelista pudo utilizar para su información.

Laudable era el propósito de tantos escritores como ya en los comienzos del Cristianismo emprendieron la redacción de memorias ordenadas de los hechos y doctrinas de Jesús. Todos ellos se proponían narrar las cosas *como nos las transmitieron quienes desde el comienzo de la vida pública de Jesús las vieron por sus ojos*, por haber convivido con el Señor, y fueron ministros de la palabra o Evangelio de Dios, con misión pública de predicarla. Gozaban, pues, estos escritos de la autoridad de verdaderas historias, aunque no convendrían en el modo u orden de narrar los hechos, ni estarían muchos de ellos redactados según las leyes literarias de la historia.

Quizás la misma profusión de escritos, en que cada autor consignaría lo que su temperamento, o memoria, o peculiar instrucción le sugeriría, empezara a engendrar confusión en los lectores, por no ofrecerse en ellos una visión de conjunto de toda la obra de Jesús. Tal vez informaciones poco exactas o copias adulteradas de estos escritos llegarían a ser un peligro para la verdad de los hechos. Sólo sabemos que todos ellos fueron relegados al olvido así que se hicieron lugar los cuatro Evangelios canónicos.

Por ello San Lucas, espíritu cultísimo y con dotes excepcionales de historiador, ignoramos si espontáneamente o a ruegos de alguien — tal vez del mismo San Pablo —, aun-

que el modo de expresarse parece indicar cierta autonomía en la noble empresa, concibe el propósito de componer por su cuenta una historia evangélica: *Me ha parecido también a mí...*

Es completa la preparación del Evangelista para la obra que emprende. No sin algún énfasis, revelador de la convicción plena de que cuenta con todos los elementos de trabajo que para llevarla a cabo son precisos, dice Lucas que escribe *después de haberme cuidadosamente informado de todo lo ocurrido desde el principio*, es decir, desde el origen de todas ellas, no sólo desde los comienzos de la vida pública de Jesús. Por su esfuerzo personal, por la compulsión de documentos, por la información de testigos, probablemente de la misma Santísima Madre de Jesús, conoce Lucas todo lo relativo a la totalidad del tema evangélico a desarrollar en su libro. Aun prescindiendo de la divina inspiración bajo la que fué escrito su Evangelio, y que se compagina con el esfuerzo personal de los sagrados autores, cuenta el Evangelista con toda humana garantía de consignar la pura verdad en su historia. Su talento crítico y genio literario le consentirán hacer una obra perfecta.

Al escribir su narración evangélica se propone el autor seguir un orden: *Escribírtelas por orden*. ¿Será el cronológico o el de una agrupación sistemática de hechos? Knabebauer está por el orden cronológico de los sucesos. Otros creen que sacrifica a veces el orden cronológico para ofrecer una visión de hechos de argumento análogo. Creemos que la obra de Lucas ocupa en este punto un lugar intermedio entre Mateo y los otros dos Evangelistas. Es Mateo el más sistemático en la redacción del Evangelio, y el que prescindiría más de la cronología: Marcos y Juan se atienen más a la sucesión histórica de los hechos: Lucas, acomodándose más a la cronología que Mateo, no deja alguna vez de seguir el orden sistemático, especialmente en la tercera parte de su Evangelio.

El libro, aunque destinado a los cristianos en general, lo dedica Lucas, siguiendo una costumbre de los escritores antiguos, a un personaje llamado Teófilo, a quien saluda con

respetuoso énfasis: *Oh dignísimo Teófilo*, que sería un cristiano honorable por su posición social o por su autoridad, o algún amigo del escritor; pero no un personaje simbólico, como han creído algunos, a la manera que San Francisco de Sales se dirige a Filotea en su "Vida devota", ya que era desconocido este uso en tiempo de San Lucas.

Teófilo era un cristiano instruido ya en las cosas cristianas por la enseñanza catequética. La variedad de narraciones escritas podría hacerle vacilar, por sus divergencias y aparentes contradicciones, en el asentimiento que debía prestar al Evangelio. Por ello indica Lucas la finalidad del libro, que no es otra que hacer inconcusa la verdad de lo que ya aprendió Teófilo en la catequesis, disponiendo por escrito los hechos y verdades aprendidas en una forma que ofrezcan toda garantía de verdad: *Para que conozcas la verdad de aquellas cosas en que has sido instruido.*

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Habiendo intentado muchos ordenar la narración...* — El santo empeño de aquellos cristianos primitivos, que consignaban religiosamente por escrito los hechos y palabras de Jesús, debe servirnos de estímulo para recoger y guardar fielmente en nuestro espíritu los ejemplos y enseñanzas del Señor, contenidas especialmente en los Santos Evangelios. La lectura del Evangelio, que es la luz del mundo y la sal de la tierra, debe ser práctica principalísima de todo cristiano. La Iglesia quiere que diariamente lean sus ministros el Evangelio en la Misa y en el Oficio divino. Antiguamente era práctica de todo buen cristiano la lectura del Evangelio, del que no solía faltar un ejemplar en cada familia. Es hoy facilísima la adquisición de uno de ellos. Sería de gran edificación la lectura de unos versículos cada día, seguida de esta antigua oración: "Creo y adoro, Señor, las verdades que en estos versículos se hallan contenidas; hacedme entrar en los efectos para que las habéis inspirado y revelado; ayudado de vuestra divina gracia propongo observar los preceptos y consejos que en ellos se hallan contenidos, así como también imitar los ejemplos de virtud que en ellos se nos proponen y hallan conservados."

B) v. 2. — *Como nos las transmitieron quienes desde el comienzo las vieron...* — Del Evangelista debemos aprender el

santo respeto a la tradición cristiana. Es una de las fuentes de la revelación. Ella y la Escritura nos brindan todos los tesoros de la verdad que Dios ha querido manifestar a los hombres. Los sagrados escritores son el instrumento de la caridad de Dios para con nosotros, ya que no sólo ha querido revelarnos su verdad, sino que pudiéramos tenerla siempre a la vista, leyendo los libros inspirados por Dios mismo. Fijémonos asimismo en la absoluta verdad histórica de unas narraciones escritas según el testimonio de quienes vieron por sus ojos las cosas narradas.

C) v. 3. — *Después de haberme informado de todo...* — Diligencia que debemos poner en instruirnos en las verdades de nuestra religión, según nuestro estado. Ello nos dará la preparación que se requiere para todo apostolado, en la Iglesia, en la sociedad, en la familia, en la escuela. San Lucas, a pesar de tener un maestro tan excelso como San Pablo, trabaja con frenesí en los estudios preliminares y en la redacción de su Evangelio. El descuido, de todos, en aprender y enseñar las divinas verdades de nuestra fe nos ha acarreado la disminución de creencias religiosas, la falta de piedad y el desorden de costumbres.

D) v. 3.4. — *Oh dignísimo Teófilo, para que conozcas la verdad...* — Teófilo significa "amante de Dios" o "amado de Dios": quienquiera, pues, que desee amar a Dios o ser amado de Él, piense que para sí ha sido escrito el Evangelio, y consérvelo como un don que se le ha hecho y riquísima prenda que se le ha confiado. Y aprenda en el Evangelio la doctrina y los ejemplos de Jesús. Los cristianos de los tiempos apostólicos, nuestro Evangelista y Teófilo se consagran con ardor al estudio de la vida del Señor: debe ser modelo de la nuestra. "Ejercítete tu siervo en leer y practicar tu vida, porque en ello está mi salvación y santidad verdadera", dice el Kempis.

2. — GENERACIÓN ETERNA DEL VERBO: IOH. I, 1-18

**Evangelio de la 3.^a Misa de Navidad,
y último de todas las que no lo tienen propio**

¹ En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ² Éste estaba en el principio con Dios.

El Verbo de Dios es, pues, el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Imagen del Padre, la Sabiduría Eterna, la Verdad inmutable.

Este mismo Verbo interno de Dios, eterno e invisible, se hace para nosotros Verbo o Palabra de Dios, como decían los antiguos, porque cuando tomó nuestra naturaleza fué para nosotros como la Palabra que nos interpretó el pensamiento y la voluntad de Dios.

San Juan, en este prólogo de su Evangelio, habla del Verbo de Dios en cuanto es la Idea substancial que el Padre engendra.

Es cosa particular que en ningún otro libro de la Escritura, y sólo dos veces en los otros escritos de San Juan (1 Ioh. 1, 1; Apoc. 19, 13), se halle usada la palabra *Logos*, o *Verbo*, aunque en algunos pasajes del Antiguo Testamento se dé, más o menos esbozada, la doctrina teológica de un *Logos* personal, consubstancial con Dios (Ps. 32, 6; 106, 20; 146, 15; Is. 55, 11; Sap. 18, 15). En cambio, parece que en la teología judía del tiempo del Evangelista había tomado más relieve la doctrina del *Logos*, y que los primeros herejes, sus contemporáneos, hablaban asimismo del *Logos*, aunque no en el sentido de una Persona divina, sino de una substancia creada, inferior a Dios. San Juan, recogiendo lo que de aceptable tenía la doctrina judía y rectificando los errores de cerintianos, nicolaítas y demás herejes de su tiempo, pero sobre todo iluminado con la plenitud de la luz revelada, quizá exponiendo una altísima doctrina recibida personalmente del mismo Verbo encarnado, Jesús, escribe el admirable proemio teológico de su Evangelio, cuya doctrina no pudo ser tomada del judío Filón, como han pretendido algunos.

NATURALEZA DEL VERBO (1.2). — *En el principio*, al crear Dios el mundo y al empezar con ello el tiempo, por remoto que se le suponga o se imagine, *existía ya el Verbo* que, por lo mismo, es eterno. *Y el Verbo estaba con Dios*, consubstancial con Él, pero distinto de Él. *Y el Verbo era Dios*, por tener la naturaleza divina. *Este Verbo*, tan cefida

y profundamente descrito por San Juan, *estaba en el principio con Dios*, consubstancial con el Padre y coeterno con Él, teniendo con Él unidad de naturaleza y de voluntad.

RELACIONES DEL VERBO CON LA CREACIÓN Y CON EL HOMBRE (3-5). — Por lo que atañe a la creación en general, *todas las cosas*, así tomadas en conjunto como en singular, sin excepción alguna, *fueron hechas por él*, porque Dios no obra sino por la Idea de su inteligencia, que es la Sabiduría concebida desde la eternidad, es decir, el Verbo; y por lo mismo es imposible que haga nada sino por el Verbo, como todo lo que ejecuta el artista lo hace según una idea preconcebida. *Y sin él nada se hizo de lo que fué hecho*, añade enfáticamente el Evangelista, robusteciendo la afirmación de la universal ejemplaridad del Verbo, e indicando al mismo tiempo su cooperación con el Padre.

El Verbo dice una relación especial con el hombre, porque no sólo es el creador universal y único de todas las cosas, sino que es el principio de la vida espiritual del hombre, en el orden natural y especialmente en el sobrenatural. *En él estaba la vida*; porque, como Dios, es vida esencial, santísima, igual a la del Padre: como el Padre la tiene de sí mismo sin depender de nadie, así también el Hijo. *Y la vida del Verbo era la luz de los hombres*, porque el Verbo de Dios, que es Luz esencial — porque es la Inteligencia de Dios, y la inteligencia es luz —, comunicando a los hombres una participación de su vida, ilumina su inteligencia y les hace nacer a la vida de Dios, infundiéndoles un principio de vida sobrenatural. ¡Admirable esbozo del origen y esencia de la vida sobrenatural en el hombre! El Verbo, que es la Inteligencia de Dios, se comunica por la fe — que es una participación de su Luz — a la inteligencia del hombre, y por aquí empiezan las maravillas de la vida de gracia y de gloria, que es vida verdaderamente divina.

Y la luz, esta luz de los hombres, que es la vida del Verbo, *brilla en las tinieblas*: es luz intensísima, indeficiente, que ilumina la más cerrada obscuridad, disipándola, cuando se deja penetrar de ella. Las tinieblas son los hombres que.

por su incredulidad y sus pecados, no se dejan iluminar por la luz del Verbo. *Pero las tinieblas no la recibieron* esta luz del Verbo: no quisieron embeberse de ella los hombres malos: cerraron los ojos de su espíritu, que no absorbió la luz que los envolvía. Es el Verbo hecho hombre, desconocido de los hombres.

EL VERBO Y EL BAUTISTA (6-8).—En el Asia Menor, donde escribía el Evangelista, existía la secta de los "juanistas" que creían aún que Juan el Bautista era el Mesías, luz de los hombres. El Evangelista refuta su error: *Hubo un hombre, vivió no hace mucho, enviado de Dios, pero puro hombre, que se llamaba Juan. Este hombre, el Bautista, vino al mundo para servir de testimonio, y deponer como testigo, para dar testimonio de la luz.* Era la aurora que señalaba la venida del sol, el grande hombre que debía señalar a los hombres al que era más que hombre, *para que todos, en virtud del testimonio de este hombre extraordinario, creyesen por él, dejándose penetrar de la luz y de la vida del Verbo. Él, el Bautista, no era la luz esencial: no era el Verbo-Luz, sino sólo testigo de ella, para que diese testimonio de la luz, como Precursor y gran Profeta que señaló la presencia del Verbo-Luz entre los hombres.*

SIGUE LA DEFINICIÓN DEL VERBO: SE HACE CARNE (9-14). — Juan era el testigo de la luz, pero el Verbo era infinitamente más, porque *era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.* Hace el Verbo, porque es Luz esencial, el oficio de la luz: iluminar. Ilumina a todo hombre, porque no hay hombre iluminado sino por él, tanto en el orden del ingenio natural como en el de la fe sobrenatural. Todo el mundo está lleno de la luz del Verbo: es el Artífice divino que ha estampado su imagen en toda la creación. Estando en Dios desde toda la eternidad, *estaba en el mundo, con presencia de majestad y de poder, creador y pródigo, como está el pensamiento del artífice en su obra, porque el mundo fué hecho por él. Y, a pesar de la intensidad y plenitud y universalidad de la luz del Verbo, que inunda el mundo, el mundo, es decir, los amadores del mundo,*

no le conoció, no supieron los hombres, no obstante la luz brillantísima de Dios que inunda la creación, elevarse al conocimiento de Dios.

No fué sólo el mundo de la gentilidad quien no conoció al Verbo, sino que *a lo suyo vino y los suyos no le recibieron.* Lo suyo era su pueblo peculiar, el pueblo de Israel, que él mismo constituyó pueblo suyo. A él vino por la revelación patriarcal y profética, y por la del mismo Verbo hecho hombre: pero el pueblo judío, en general, no le recibió.

Mas a cuantos le recibieron, no dejándose llevar de la general corriente de la incredulidad, se lo recompensó el Verbo soberanamente: dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre. Los que creen en su nombre, es decir, en él mismo y en toda la plenitud de sus enseñanzas, tienen el poder, la fuerza, el derecho de ser hechos hijos de Dios, porque la fe es el principio de la filiación divina, que se consuma por la caridad. Por ella el Espíritu Santo imprime en nosotros el sello de la viva y filial semejanza con el Verbo. Especial carácter de esta filiación divina es el ser independiente de todo principio de generación humana o de orden fisiológico: ni la genealogía, como sucedía con los hijos de Abraham, ni la concupiscencia de la carne, ni la voluntad de los padres pueden computarse en esta filiación espiritual, que depende absolutamente de la gracia de Dios. De manera que los que por la fe llegan a ser hijos de Dios, son nacidos no de las sangres, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios, no debiendo esta filiación a ningún factor humano de la paternidad, sino sólo a Dios.

Por fin revela el Evangelista el estupendo misterio. *Y EL VERBO, que era Dios, y vida, y luz de los hombres, a quien los hombres no quisieron recibir, FUÉ HECHO CARNE, es decir, se hizo hombre. Dios se abajó hasta el hombre para que el hombre subiera hasta Dios: se hizo Dios hijo del hombre para que nos convenciéramos de que podíamos ser hechos hijos de Dios. Y el Verbo, que estaba en Dios, habitó entre nosotros: hizo un tabernáculo y como una tienda de la naturaleza humana que tomó, y, como hombre que era, moró*

entre los hombres. Y el mundo, atónito, vió la gloria del Verbo encarnado, en sus milagros, transfiguración, resurrección y ascensión a los cielos: *Y vimos su gloria*: no gloria de puro hombre, sino sobre la de todos los hombres y que le corresponde como Verbo de Dios y consubstancial con Él: *gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*, porque es para nosotros el origen fontal de toda gracia y verdad.

TESTIMONIO DE JUAN EL PRECURSOR Y DE JUAN EL EVANGELISTA (15-18). — Después de haber descrito el Evangelista en forma general la generación eterna del Verbo y su encarnación, pasa a concretar la Persona histórica en que se realizó la unión de las dos naturalezas, divina y humana. El Evangelista ha afirmado, v. 14, que ha visto, como sus coetáneos, la gloria del Unigénito del Padre: ahora añade a su testimonio personal la deposición del Bautista, a quien en tan gran estima tenían los judíos: *Juan da testimonio de él, y clama*, abiertamente, en alta voz, ante todo el mundo, porque era la voz del que clama, *diciendo: Éste era el que yo dije* al pueblo que venía para ser bautizado en el Jordán (Cfr. Mt. 3, 11; Ioh. 1, 27.30), antes que personalmente le conociera: *El que ha de venir después de mí*, para cumplir la misión que Dios le ha confiado, como cumplo yo ahora la mía, *ha sido antepuesto a mí*, porque ha sido engendrado desde toda la eternidad por el Padre; o mejor, es superior a mí, como Dios que es, de dignidad infinita, y como hombre, perfectísimo sobre todo hombre: *porque antes que yo existía*; es decir, habiendo yo aparecido históricamente antes que él, el me preexiste a mí, porque desde toda la eternidad existía.

Ahora es el Evangelista el que da testimonio de las perfecciones del Verbo hecho hombre. Ha afirmado que el Verbo encarnado es lleno de gracia y de verdad; ahora añade: *Y de su plenitud recibimos nosotros todos*, por cuanto siendo el origen fontal de la verdad y de la gracia, de la luz y de la vida, nadie puede darla sino Él, ni recibirla fuera de Él. De Él mana continuamente la gracia sobre nosotros, en

forma que una atrae a otra y así sucesivamente, como amplio caño de una fuente que nunca deja de manar: *Y gracia por gracia*, esto es, gracia sobre gracia.

Ya no habrá salvación posible fuera de esta gracia de Jesucristo, cuya eficacia contrapone el Evangelista a la de la ley mosaica: *Porque la ley fué dada por Moisés*; dada, no hecha, porque Moisés fué sólo promulgador de una ley que no era más que una sombra y figura y preparación de la otra ley de gracia: *Mas la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo*: hechas, porque es supremo Autor de la nueva vida, y dadas, porque es el soberano legislador del reino de la gracia.

Termina el Evangelista este magnífico prólogo con una sentencia en que, al par que revela la infinita superioridad de Jesucristo, deja ver la caridad suma que ha tenido con los hombres: *A Dios nadie le vió jamás*, ni Moisés ni los profetas, ni hombre alguno; por esto nadie pudo revelar los secretos de la vida de Dios y la comunicación de esta vida al hombre. *El hijo Unigénito, que está en el seno del Padre*, Jesucristo, que como Dios es consubstancial con el Padre y vive en comunicación esencial con Él, y que como hombre ha vivido con nosotros, éste sí: *Él mismo lo declaró*: como hombre ha tenido su alma en comunicación con la divinidad por la visión beatífica; y, en el lenguaje humano y en las formas humanas de locución, ha manifestado a los hombres los secretos profundos de la nueva revelación. El Evangelista es testigo de mayor excepción, porque ha tratado con intimidad a Jesús y ha recibido de sus labios divinos las lecciones de las profundas cosas de Dios.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *El Verbo era Dios...* — Debemos profunda adoración a la infinita grandeza del Verbo de Dios. Por Él se hizo todo lo del mundo visible e invisible. Esta luz estupenda de la creación, de verdad, de belleza, de orden, de leyes, en el orden natural; y esta otra luz, más brillante aún, de la verdad revelada y de la vida divina en las criaturas, no es más que resplandor de la luz substancial del Verbo de Dios, que es el Hijo de Dios. — Y el Hijo de Dios es Jesús, Verbo de Dios hecho hombre. A través de su Huma-

nidad santísima debemos remontarnos a las alturas de Dios, rindiéndole adoraciones por el poder, sabiduría y amor que ha manifestado en la creación de todas las cosas, y en nombre y como en representación de todas ellas, que por nosotros deben adorar al Dios que para nosotros las hizo. "Todo es nuestro; nosotros somos de Cristo, Cristo es de Dios" (1 Cor. 3, 23).

B) v. 4. — *La vida era la luz de los hombres...* — La vida del Verbo es nuestra luz; no esta luz visible que ilumina los ojos de nuestro cuerpo, sino la luz de la inteligencia que ilumina nuestro espíritu. Por ella somos hombres y nos distinguimos de toda la creación visible y somos superiores a toda ella. El Verbo de Dios, dicen los teólogos, es la Cara de Dios, porque es manifestación eterna de su naturaleza. ¡Cuántas gracias debemos dar a Dios de haber impreso en nosotros, según expresión del Salmista, la luz de su cara, que es vida en el Verbo de Dios! — Pero sobre esta luz intelectual de orden natural nos ha dado Dios la luz sobrenatural de la fe, que es una participación de la luz del Verbo según su misma naturaleza, no una simple similitud de ella. La fe nos hace partícipes de la misma vida de Dios en el orden intelectual, y, si ajustamos a ella toda la vida, vivimos vida de Dios y viviremos de ella por toda la eternidad. Pongámonos, en función de esta vida divina, frases como éstas: "Yo soy el pan de la vida..."; "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios..."; "Vivo yo, mas no yo, sino que vive Cristo en mí...", y otras muchas de que están llenos los escritos apostólicos (Ioh. 6, 35; Col. 3, 3; Gal. 2, 17). Toda la vida cristiana, en su iniciación por la fe y en su consumación por la gloria, viene por el conocimiento sobrenatural de Dios, y éste viene por el Verbo de Dios: "Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo" (Ioh. 17, 3).

C) v. 5. — *Las tinieblas no la recibieron...* — Tenemos obligación primordial, como hombres y como cristianos, de recibir, y no rechazar, la luz del Verbo. Es luz de Dios que viene para iluminarnos a todos y para iluminarnos totalmente de claridad divina. Sólo es iluminado el hombre, dice Bossuet, por el lado de donde recibe la luz de Dios; porque de nosotros no tenemos más que tinieblas. Y luz del Verbo de Dios son los dictámenes de la recta razón, las prescripciones de las leyes justas, en todo orden, las verdades de la fe y especialmente las enseñanzas y direcciones de la Iglesia, depositaria de la luz que

trajo al mundo el Verbo de Dios. Entrar en los caminos de esta luz es entrar en las sendas de Dios, y ser dignos de ser hechos hijos de Dios; y, si lo somos ya por la gracia, serlo más aún, porque la imagen de Dios se graba tanto más profundamente en nuestra alma cuanto más absorbemos la luz de Dios: luz de verdad, luz de ley, luz de imitación de Cristo-Luz, en Él y en los santos que la han recibido de Él. Y pidamos a Dios, con la santa Iglesia, que en tal forma absorbamos y aprehendamos esta luz, que podamos ser llamados "hijos de la luz" y "luz en el Señor" (Ioh. 12, 36; Eph. 5, 8), para que eternamente nos ilumine y nos haga dichosos la luz perpetua de Dios: *Lux aeterna luceat eis...*

D) v. 7. — *Este vino para servir de testimonio...* — Como el Bautista, debemos dar testimonio fidelísimo de la luz: de la que está en nosotros, haciendo con nuestra conducta honor a nuestras creencias que son la luz normativa de nuestra vida, y en este sentido nos dice Jesús: "De tal manera brille vuestra luz ante los hombres, que vean vuestras buenas obras" (Mt. 5, 16); y de la que debemos difundir, enseñando a los demás con la palabra, con el ejemplo, con la pluma, a todos, siempre que podamos, la luz de la verdad de la que debemos ser cooperadores: "Que seáis colaboradores de la verdad" (3 Ioh. v. 8).

E) v. 10. — *Y el mundo no le conoció...* — Nada hay, dice el Crisóstomo, que más turbe y oscurezca la mente que entregarse al amor de las cosas presentes. Tanto la turba, que no nos deja conocer al mismo Dios que hizo este mundo y que tan lleno está de perfecciones que nos hablan de Él. Quitamos a Dios el amor que le debemos, por imperio de su misma ley: "Amarás a tu Dios sobre todas las cosas"; y al amar a éstas en vez de Dios, recibimos el castigo de la terrible ceguera que no nos deja conocer a Dios. Amemos todas las cosas en Dios, por Dios y según Dios, para que se aumente en nosotros el conocimiento de Dios, principio de la vida eterna.

F) v. 14. — *Y el Verbo fué hecho carne...* — La encarnación del Verbo debe ser para nosotros motivo de correspondencia a la verdad y a la gracia, de las que estaba lleno el Dios-Hombre, y que por Él nos vinieron del cielo. De amor, porque el Hijo de Dios se hace Hermano mayor de la gran familia humana al tomar nuestra misma carne y habitar entre nosotros: "Primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8, 29). De humillación, ante el ejemplo de las humillaciones del Dios

altísimo que se abaja hasta hacerse uno de nosotros. De esperanza en nuestra futura glorificación en el cielo, donde veremos, más que sus contemporáneos en la tierra, la gloria infinita del Unigénito del Padre, porque para dárnosla se hizo carne: *Propter nos homines et propter nostram salutem.*

c) v. 16. — *Y de su plenitud nosotros todos recibimos, y gracia por gracia.* — Es decir, de Jesucristo lleno recibimos todos nuestra plenitud, según la medida de la donación de Dios, dador de toda gracia, permaneciendo Jesús con la misma e inalterable plenitud. Es Jesús Cabeza y Corazón de su Iglesia, a la que, en cada uno de sus hijos, como la sangre al cuerpo y la savia al árbol, en circulación incesante, da la vida espiritual y la plenitud de la vida. Como dice el Apóstol, "nos ha bendecido Dios en Cristo con toda suerte de bendición espiritual en el cielo" (Eph. 1, 3). Pondérese la inmensidad de gracia y de verdad que han atesorado las almas de todos los justos, de todos los siglos: toda viene de la plenitud de Cristo: y aun sigue igualmente lleno. Atesoremos gracia sobre gracia, juntándonos cada día más con Cristo para recibirla con mayor abundancia, y no desperdiciando ninguna gracia, porque la gracia es la semilla de la gloria, consumación de toda gracia en cada uno de nosotros.

3. — GENEALOGÍA DE JESÚS EN CUANTO HOMBRE: Mt. 1, 1-17; Lc. 3, 23b-38

Evangelio de las fiestas de San Joaquín, Nacimiento de la Virgen y Vigilia de la Inmaculada

SAN MATEO

¹ Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. ² Abraham engendró a Isaac. E Isaac engendró a Jacob. Y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. ³ Y Judá engendró, de Tamar, a Pharés y a Zara. Y Pharés engendró a Esrón. Y Esrón engendró a Aram. ⁴ Y Aram engendró a Aminadab. Y Aminadab engendró a Naasón. Y Naasón engendró a Salmón. ⁵ Y Salmón engendró, de Rahab, a Booz. Y Booz

engendró, de Ruth, a Obed. Y Obed engendró a Jessé. Y Jessé engendró a David rey. ⁶ Y David rey engendró a Salomón, de la que fué de Urías. ⁷ Y Salomón engendró a Roboam. Y Roboam engendró a Abías. Y Abías engendró a Asá. ⁸ Y Asá engendró a Josafat. Y Josafat engendró a Joram. Y Joram engendró a Ozías. ⁹ Y Ozías engendró a Joatán. Y Joatán engendró a Acaz. Y Acaz engendró a Ezequías. ¹⁰ Y Ezequías engendró a Manasés. Y Manasés engendró a Amón. Y Amón engendró a Josías. ¹¹ Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la transmigración de Babilonia. ¹² Y después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salathiel. Y Salathiel engendró a Zorobabel. ¹³ Y Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Eliacim. Y Eliacim engendró a Azor. ¹⁴ Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Achim. Y Achim engendró a Eliud. ¹⁵ Y Eliud engendró a Eleazar. Y Eleazar engendró a Mathán. Y Mathán engendró a Jacob. ¹⁶ Y Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo. ¹⁷ De manera que todas las generaciones de Abraham hasta David, son catorce generaciones: y de David hasta la transmigración de Babilonia, catorce generaciones: y desde la transmigración de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.

SAN LUCAS

¹⁸ Hijo (Jesús), según se creía, de José, que lo fué de Heli, que lo fué de Mathat, ¹⁹ Que lo fué de Leví, que lo fué de Melchí, que lo fué de Janné, que lo fué de José, ²⁰ Que lo fué de Mathathías, que lo fué de Amós, que lo fué de Nahum, que lo fué de Hesli, que lo fué de Naggé, ²¹ Que lo fué de Mahath, que lo fué de Mathathías, que lo fué de Semeí, que lo fué de José, que lo fué de Judá, ²² Que lo fué de Joanna, que lo fué de Resa, que lo fué de Zorobabel, que lo fué de Salathiel, que lo fué de Nerí, ²³ Que lo fué de Melchí, que lo fué de Addí, que lo fué de Cosán, que lo fué de Elmadán, que lo fué de Her, ²⁴ Que lo fué de Jesús, que lo fué de Eliezer, que lo fué de Jorim, que lo fué de Mathat, que lo fué de Leví, ²⁵ Que lo fué de Simeón, que lo fué de Judá, que lo fué de José, que lo fué de Jonás, que lo fué de Eliakim, ²⁶ Que lo fué de Meleá, que lo fué de Menná, que lo fué de Mathathá, que lo fué de Natán, que lo fué de David, ²⁷ Que lo fué de Jessé, que lo fué de Obed, que lo fué de Booz, que lo fué de Salmón, que lo fué de Naasón, ²⁸ Que lo

fué de Aminadab, que lo fué de Aram, que lo fué de Eson, que lo fué de Pharés, que lo fué de Judá, "Que lo fué de Jacob, que lo fué de Isaac, que lo fué de Abraham, que lo fué de Thare, que lo fué de Nachor, "Que lo fué de Sarug, que lo fué de Ragau, que lo fué de Phaleg, que lo fué de Heber, que lo fué de Salé, "Que lo fué de Cainán, que lo fué de Arfaxad, que lo fué de Sem, que lo fué de Noé, que lo fué de Lamech, "Que lo fué de Matusalem, que lo fué de Henoch, que lo fué de Jared, que lo fué de Malalael, que lo fué de Cainán, "Que lo fué de Henós, que lo fué de Seth, que lo fué de Adán, que lo fué de Dios.

Explicación. — Hay en Jesús dos generaciones: una en cuanto Dios y otra en cuanto hombre. En cuanto es el Hijo de Dios, segunda Persona de la Trinidad Beatísima, es engendrado desde toda la eternidad por el Padre: es la generación del Verbo de Dios, que en forma tan sublime nos describe San Juan en el fragmento que acabamos de comentar.

Pero Jesús es hombre, como nosotros: tomó el Verbo de Dios una naturaleza humana; toda la naturaleza, espíritu y carne, alma y cuerpo: y el cuerpo, o "carne", no lo trajo el Verbo del cielo, sino que lo tomó de las entrañas de una purísima Madre, de las que lo formó el Espíritu Santo por una acción maravillosa: "Fué concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen", decimos en el Credo.

Fuera de la forma de la humana generación de Jesús, es ésta igual a la de todo hombre. Es engendrado sin contacto carnal de varón: pero su carne es carne humana: es de nuestra misma especie, porque por María procede del padre universal de los hombres, Adán: dentro de nuestra especie, pertenece a una raza determinada, la israelita: "De los cuales (los israelitas) es el Cristo según la carne" (Rom. 9, 5): y dentro de la raza israelita, pertenece a una tribu, la de Judá, y a una familia concreta, a la que está ligado con los vínculos del parentesco según la sangre: es de la familia de David: "Jesucristo le fué hecho (a Dios) Hijo del linaje de David" (Rom. 1, 3).

Este vínculo especial de carne y sangre, fundado en el hecho de la generación y que en el orden social e histórico se

concreta en unos individuos de la misma sangre o familia que llevan unos nombres determinados y a través de los cuales, y remontándose en el curso de los tiempos, se puede llegar a un punto común de arranque, "la semilla", es lo que constituye la genealogía, que comúnmente llamamos *árbol genealógico*; por la semejanza natural que hay entre una familia y un árbol, y porque las genealogías tienen en el conocidísimo símbolo del árbol la forma gráfica de expresión más popular.

Antes de entrar en el estudio comparativo de ambas genealogías, notemos las singularidades de redacción de las mismas. La de Mt. empieza así: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*. "Libro" es aquí equivalente a tabla, serie, o catálogo de progenitores de quien se va a tejer la genealogía; por lo mismo, no se debe extender la significación de la palabra más allá del v. 17; no a todo el capítulo, ni menos a todo el Evangelio como quisieron algunos exégetas.

La genealogía que se trata de tejer es la de Jesucristo: al nombre personal, Jesús o Salvador, añade el Evangelista el de dignidad, Cristo, Mesías o Ungido; con lo que el Evangelio de Mateo, que empieza con estas palabras, adquiere desde ellas extraordinario relieve: se trata del origen del Esperado de las naciones y Redentor del mundo.

Antes de tejer la serie de los antepasados de Jesús, se citan de ella dos grandes nombres: David y Abraham. Con el primer nombre del gran rey de Israel se denota la familia de la que Jesús era oriundo: todos los oráculos hacen al Mesías hijo de David; en el Evangelio se conoce muchas veces con este nombre (2 Reg. 7, 14; Ps. 88, 40; Jer. 23, 5; Mt. 9, 27; 12, 23; Mc. 10, 47; Lc. 18, 38; Ioh. 7, 42). David es hijo de Abraham; a David, y no a Jesús, se refiere aquí la palabra "hijo". En el nombre del gran patriarca se concreta la raza del Mesías, ya que éste debía ser de la descendencia del fundador del pueblo de Dios (Gen. 12, 13; 18, 18), como en el de David se había designado la familia. Y empezando por la cabeza o tronco de Israel, Abraham, teje Mt. la genealogía de Jesús, indicando con la palabra "engendró" la

transmisión de sangre de una a otra generación por línea recta.

En cambio Lucas en su genealogía no usa la palabra "engendró", sino "fué de..."; porque, como diremos más abajo, no da siempre la generación natural, sino algunas veces la legal. Por lo demás, Lc. teje la genealogía de Jesús en el momento en que nos le ofrece recibiendo el bautismo de Juan en el Jordán y el testimonio del Padre, que le declara su Hijo amado, diciendo: *Y el mismo Jesús comensaba la misión que el Padre le confió al ser como de treinta años, época de su vida en que se dispone al ministerio público, hijo, según se creía, de José.* Lo creían así los judíos sus contemporáneos, ignorantes como eran del misterio de la encarnación, pero sabedores del matrimonio de José con la Madre de Jesús.

LAS DOS GENEALOGÍAS. — Ofrecen ambas tan distintos caracteres, que los racionalistas las han calificado de inconciliables. No lo son; pero para que su lectura no engendre confusión, las ofrecemos en el siguiente cuadro, dando luego la solución de las dificultades que su cotejo ofrece.

SAN MATEO

SAN LUCAS

Primer período: De Adán a los Patriarcas

Dios
Adán
Seth
Henós
Cainán
Malalael
Jared
Henoeh
Matusalem
Lamech
Noé
Sem
Arfaxad

SAN MATEO

SAN LUCAS

Cainán
Salé
Heber
Phaleg
Ragau
Sarug
Nachor
Tharé

SAN MATEO

SAN LUCAS

Segundo período: De los Patriarcas a David

Común a los dos Evangelistas

Abraham
Isaac
Jacob
Judá
Pharés
Esrón
Aram
Aminadab
Naasón
Salmón
Booz
Obed
Jessé
David

SAN MATEO SAN LUCAS

Tercer período: De los Reyes

David	Natán
Salomón	Mathathá
Roboam	Menná
Abías	Meleá
Asá	Eliakim
Josafat	Jonás
Joram	José
Ozías	Judá
Joatán	Simeón
Acaz	Leví
Ezequías	Mathat
Manasés	Jorim
Amón	Eliezer
Josías	Jesús
	Her
	Elmadán
	Cosán
	Addí
	Melchí
	Nerí

SAN MATEO SAN LUCAS

Cuarto período: De los Jefes de Judá

Jeconías	Salathiel
Salathiel	Zorobabel
Zorobabel	Resa
Abiud	Joanna
Eliacim	Judá
Azor	José
Sadoc	Semeí
Achim	Mathathías

SAN MATEO SAN LUCAS

Eliud	Nahath
Eleazar	Naggé
Mathán	Heslí
Jacob	Nahum
	Amós
	Mathathías
	José
	Janné
	Melchí
<i>José</i>	Leví
	Mathat
<i>Jesús</i>	Heli
	<i>José</i>
	<i>Jesús</i>

COMPARACIÓN DE AMBAS GENEALOGÍAS. — Como se ve, ambas tienen de común la serie que va de Abraham a David. Fuera de esto, no convienen más que en los nombres de Salathiel, Zorobabel y José.

Es diversa la forma de tejer las genealogías: la de San Mateo es descendente, de Abraham a Jesús; la de San Lucas es ascendente, de Jesús a Adán y a Dios. La razón parece ser que Mt. escribía para los judíos, intentando por lo mismo demostrar que Jesús era descendiente del padre y fundador de Israel, según las divinas promesas; mientras que Lc. escribe para los gentiles, y remonta hasta Adán la genealogía de Jesús, por la universalidad de las promesas de redención, que debía extenderse a todo hijo del primer tronco.

Tampoco convienen en el número de generaciones: Mt. enumera tres series de catorce: 14 de Abraham a David; otras tantas de David al destierro de Babilonia; y también 14 de la emigración de Babilonia a Cristo. Aunque suponen algunos que obedece este cómputo a un procedimiento mnemónico, para mejor retener la larguísima serie; pero mejor parece que el Evangelista quiso encerrar en este número un

sentido misterioso, a saber, jalonar las tres grandes etapas de la historia del pueblo de Dios: de su fundación en Abraham a su momento de mayor esplendor y fuerza, en David; de éste a la ruina, por la invasión de los caldeos; y de esta época desgraciada a la restauración definitiva por el Cristo o Mesías, cuya genealogía se describe.

Una particularidad de la genealogía de Mt. es que en ella se omiten tres reyes de la serie que va de David a Josías: Ocozías, Jonás y Amasías. O es una voluntaria laguna por el pie forzado del procedimiento mnemónico o del sentido profético a que aludimos, o se debe, en opinión de San Jerónimo, a que, habiéndose el padre de Ocozías, Joram, aliado con una extranjera, la famosa Atalía, debió borrarse su nombre hasta la cuarta generación.

Otra nota de esta genealogía es que Mt. hace entroncar en ella a mujeres pecadoras, sobre las que fija la atención: *Engendró Judá, de Tamar, a Pharés y Zara...*; y Tamar fué nuera del padre de sus hijos, que, por lo mismo, lo fueron de incesto. *David engendró a Salomón, de aquella que fué de Urias*; y ya sabemos el crimen cometido por el gran rey. Es que Jesús, que vino a destruir el pecado, quiso, aunque sin contaminarse y naciendo de una santísima familia, contar a pecadores entre sus ascendientes, para mayor prueba de su condescendencia y humildad.

Pero la principal dificultad que ofrece el cotejo de ambas genealogías es la casi total desemejanza de los nombres que en ellas figuran. Fuera de los catorce nombres correspondientes a la época patriarcal, pocas son las coincidencias entre ambas genealogías.

Dos sistemas de conciliación se han propuesto. Uno, que no se remonta más allá del siglo xv, supone que San Mateo da la genealogía de Jesús por José, y San Lucas, por María. Esta explicación suprime toda dificultad, pero tiene poco arraigo en la tradición. Por otra parte no hay inconveniente en aceptar la genealogía *legal* de José, sobre todo escribiendo San Mateo para los judíos, toda vez que no se computaba entre ellos la genealogía de la mujer.

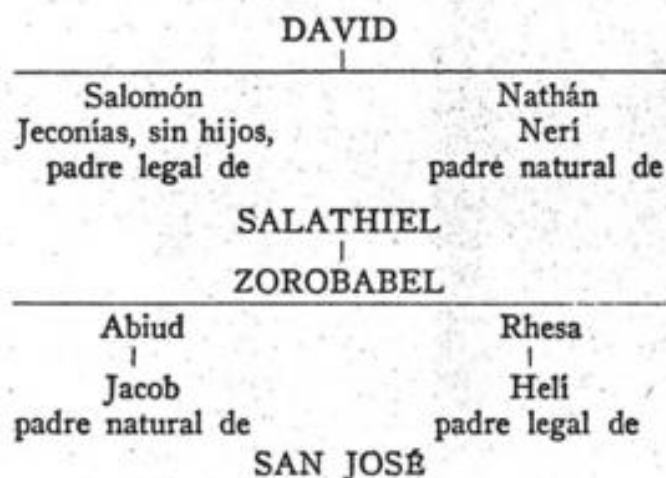
El sistema tradicional de conciliación, propuesto ya a

principios del siglo III por Julio Africano, célebre cronógrafo que dice haber recogido los datos de labios de los parientes del Señor, supone que ambas genealogías son de la rama de José, padre putativo de Jesús, y que las divergencias de las mismas se explican por la aplicación de la ley del levirato entre los ascendientes del Santo Patriarca. Así San Mateo daría la lista de los ascendientes naturales de José, y San Lucas la de los legales.

Prescribía la ley del levirato (Deut. 25, 5.6) que cuando enviudaba una mujer sin hijos, el hermano soltero del marido difunto venía obligado a casar con ella; el primogénito nacido de este segundo matrimonio debía tomar el nombre del primer marido difunto, que resultaba padre legal del hijo de su hermano. Era una ley a la vez de carácter económico y tradicional, en virtud de la cual se conservaba la propiedad y se robustecía el tronco o línea recta de las familias en Israel.

He aquí la explicación de las genealogías según este sistema. Mathán, hijo de David por la línea recta de Salomón y abuelo que debía de ser de San José, casó con Estha, de la que tuvo a Jacob, padre del glorioso Patriarca; muerto Mathán, casó Estha, su viuda, con Mathat, descendiente asimismo de David por la línea colateral de Nathán, y de este segundo matrimonio nació Helí. Jacob y Helí eran, pues, hermanos uterinos. Casado Helí y muerto sin hijos, su esposa, en virtud de la ley del levirato, casó con Jacob, y de este segundo matrimonio nació San José, hijo natural de Jacob y legal de Helí. San Mateo da la genealogía natural de José por la línea de Jacob, y San Lucas la genealogía legal por la de Helí.

Por la misma ley del levirato se explicaría la otra desviación de la línea genealógica. Salathiel sería hijo natural de Nerí, descendiente de David por Nathán, casado por ley de levirato con la esposa de Jeconías, muerto sin sucesión, e hijo de David por la línea de Salomón. Esta concordia de las dos genealogías aparece objetivamente en el siguiente esquema:



Esta explicación es más autorizada que la primera. Tiene en su favor el voto de muchos Santos Padres. Aun en tiempos modernos la adoptan gran número de intérpretes, entre ellos nuestro Maldonado, y entre los actuales, Knabenbauer.

Extrañan algunos que den los Evangelistas la genealogía de José y no la de María. Es debido, en primer lugar, a que entre los judíos no se computaban las mujeres en las genealogías. Además, como nota Patrizi, por testimonios de la Escritura y de los Padres se demuestra el parentesco de José y María, tan próximo, que el citado exégeta supone a José tío paterno de la Santísima Virgen: otros les hacen primos carnales: de donde se infiere que la genealogía de José es la misma de la Virgen, y, por lo mismo, es la genealogía, según la carne, de nuestro amabilísimo Redentor.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Libro de la generación...* — El inconcebible abajamiento de un Dios que se hace carne, tomándola de la masa común de la humana naturaleza y entroncando con una familia humana, y por ella con toda la humanidad, ya que todos procedemos de un mismo tronco, debe fomentar nuestra fe y nuestra esperanza de llegar, por nuestro Hermano Jesús, a Dios, de cuyo seno vino para hacerse hom-

bre. Cuando oigáis decir que el Hijo de Dios es asimismo hijo de David y de Abraham, dice el Crisóstomo, no dudéis que también vosotros podéis llegar a ser "hijos de Dios". No se habría abajado tanto, si no hubiese querido levantaros a Él. Nació de la carne para que vosotros nacierais del espíritu.

B) vv. 3.5.6. — *Judá engendró de Tamar... Salomón, de Rahab... Booz, de Ruth... David, de la que fué de Urias...* — Entre los ascendientes de Jesús hay santos y pecadores. Los nombres de Bethsabé y María no sufren comparación, desde el punto de vista moral. Tamar comete incesto con su suegro. Ruth es moabita, y por consiguiente idólatra antes de casar con Booz. Rahab es de origen gentil y meretriz. Ello debe confundirnos cuando nos avergonzamos de nuestra humilde condición o de la sencillez y rusticidad de nuestros progenitores. Como es un reproche contra quienes consideran los méritos y grandezas de sus mayores como timbre único de su valer personal. Dios no es aceptador de personas, y estima en cada cual la personal cooperación a sus dones de naturaleza y gracia.

C) v. 16. — *Y Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús.* — José, por ser esposo de María y padre legal de Jesús, y María por ser la Madre natural de Jesucristo en cuanto hombre, ocupan un rango elevadísimo en la escala de la dignidad humana y de la santidad que quiso Dios estuviera aneja a esta dignidad. Aprendamos, primero, el amor de Jesús a la santidad y especialmente a la pureza de los dos santísimos esposos, ya que Él, santísimo, que ha consentido entroncar en su genealogía personajes pecadores, no quiere, para su cuidado inmediato y para convivir en familia, más que la flor de la santidad; para que aprendamos nosotros a buscarla y procurarla en nuestros domésticos. — Y en segundo lugar, tengamos en grande estima la devoción a María y José, por su solidaridad con Jesús, por su poderoso valimiento y por las excelsas virtudes de que podemos en ellos tomar ejemplo.

D) v. 17. — *De manera que todas las generaciones de Abraham hasta David son catorce generaciones...* — Estas genealogías son invicto testimonio de la providencia de Dios y de sus designios sobre la redención del mundo. A través de miles de años, y de obstáculos de todo género, ha conducido a la humanidad, a una raza, a una familia, hasta el punto de la historia en que nació este vástago divino, verdadero centro y punto culminante de la historia de la humanidad. Hasta este momento

se conservaron en tal forma las genealogías, especialmente la de la familia de David, que no era posible ignorarlas o adulterarlas: el celo de la religión y de la patria colaboraron en su conservación. Cumplida su finalidad, se han perdido las genealogías del pueblo escogido, en forma que el rabino Maimónides diga: "Nuestras familias están entremezcladas, hasta el punto de que no puedan distinguirse unas de otras." La vana esperanza de los judíos, que aguardan aún que el futuro Mesías restablecerá con su poder todas las genealogías perdidas, es prueba de que no habrá más Redentor que el que de su raza vino. "Jesucristo ayer y hoy, el mismo también en los siglos" (Hebr. 13, 8).

4. — VISIÓN DE ZACARÍAS: CONCEPCIÓN DEL BAUTISTA: Lc. 1, 5-25

Evangelio de la fiesta de San Zacarías y de la Vigilia de San Juan (vv. 5-17)

*Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, cuya mujer era de las hijas de Aarón y se llamaba Isabel. *Eran ambos justos ante Dios, y andaban irreprochablemente según todos los mandatos y preceptos del Señor. *Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos de edad avanzada.

*Y aconteció que ejerciendo Zacarías sus funciones de sacerdote delante de Dios según el orden de su turno, *tocóle en suerte, según la costumbre establecida entre los sacerdotes, entrar en el templo del Señor para ofrecer incienso. *Y toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando, a la hora del incienso. *Y se le apareció un ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar del incienso. *Turbóse Zacarías al verle, y le sobrecogió el espanto. *Mas el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Isabel te parirá un hijo, al que darás el nombre de Juan. *Y será gozo y alegría para ti, y se gozarán muchos en su nacimiento: *porque será grande delante del Señor. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo desde el mismo seno de su madre: *y convertirá a muchos de Israel al Señor su Dios: *e irá delante de Él en el espíritu y virtud de Elías, para inclinar los

corazones de los padres a los hijos, y los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto. *Y Zacarías dijo al ángel: ¿En qué conoceré yo esto? porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada. *Y el ángel le respondió así: Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios: y he sido enviado a hablarte y anunciarte la feliz nueva. *Y he aquí que quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sea esto un hecho, porque no diste crédito a mis palabras, que en su tiempo se cumplirán. *Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se maravillaban de que se detuviese en el templo. *Y habiendo salido, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el templo. Y él se lo significaba por señas, y quedó mudo.

*Y cuando fueron cumplidos los días de su ministerio, se fué a su casa. *Y pasados estos días concibió Isabel, su mujer, y estuvo escondida cinco meses, diciendo: *Esto es lo que por mí ha hecho el Señor en los días en que atendió a quitar mi oprobio entre los hombres.

Explicación. — Este hermoso fragmento, de subido color israelítico y que San Lucas parece haber tomado de algún escrito o narración circunstanciada de alguien que en él intervino, es la portada histórica del Evangelio. Parece haya un cierto paralelismo ideológico entre la forma enfática de San Juan: "Hubo un hombre enviado de Dios...", y esta forma solemne con que empieza San Lucas su Evangelio, después de elegantísimo exordio: *Hubo en los días de Herodes, rey de Judea...* La historia del Bautista ocupa lugar preferente en el comienzo de los cuatro Evangelios: es que no sólo estaba vivo aún el recuerdo del glorioso Bautista, sino que sus gestas entran de lleno en la narración evangélica: es el heraldo del Mesías: el anillo que une los dos Testamentos: de él estaba escrito: "He aquí que envío yo a mi ángel para preparar el camino ante mí" (Mal. 3, 1).

El hecho tiene lugar en los últimos años del reinado de Herodes el Grande, rey de la Judea, es decir, de toda la Palestina, hacia el mes de octubre del año 747 de la fundación de Roma, el anterior al nacimiento de Jesús. Antes de describir la visión, consigna Lucas rápidamente las condiciones

del feliz matrimonio sobre el que va a derramar Dios sus bendiciones copiosas.

ZACARÍAS E ISABEL (5-7). — En tiempos de Herodes el Grande hubo un sacerdote llamado Zacarías, nombre equivalente a "Jahvé se acuerda", del turno de Abías. No era Zacarías Sumo Pontífice, sino simplemente sacerdote, *sacerdos quidam*. Los sacerdotes de Israel, en número de unos veinte mil, estaban divididos en 24 familias u órdenes, de las cuales 16 pertenecían a los descendientes de Eleazar y 8 a los de Itamar, hijos de Aarón: la familia octava, así le había tocado en suerte, era la división u orden de Abías (Cfr. 1 Par. 24, 3-10). Estas familias a su vez se subdividían en 24 grupos cada una, que turnaban por semanas en el servicio del templo, actuando sólo dos semanas al año cada familia.

Zacarías había casado con una mujer de raza sacerdotal como él, según la ley prescribía: *Cuya mujer era de las hijas de Aarón y se llamaba Isabel, o "mi Dios es juramento"*. Cuando la promesa de Dios se realice, como lo indican los nombres de los esposos, porque Dios es fiel en cumplir su palabra, nacerá de ellos un hijo que será también de raza sacerdotal, por línea de padre y madre. Debe ser el Precursor del Gran Sacerdote Jesús.

A la prosapia venerable añadían Zacarías e Isabel la grandeza de sus virtudes: *Eran ambos justos ante Dios, es decir, santos de verdad ante Quien escudriña los corazones; y andaban irreprochablemente según los mandatos y preceptos del Señor, ajustando toda su vida, interior y exterior, a la santísima voluntad de Dios. Ambos de una misma sangre, tenían la misma ley por norma de su vida. Una pena les afligía: Dios no les había bendecido con fruto de sucesión: Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril. Para una hija de Israel, la esterilidad era una desgracia y un oprobio: a veces se reputaba castigo de Dios (Deut. 7, 14; Ex. 23, 26; Ps. 127, 4). Ni tenían esperanza de tenerlos a sus años: Y ambos eran de edad avanzada. Los dos obstáculos a la generación de un hijo, la esterilidad y la vejez, van a hacer más maravilloso el suceso feliz que se aproxima.*

VISIÓN DE ZACARÍAS (8-22). — Tiene lugar en el Templo de Jerusalén, en el "Santo", ante el altar de los perfumes, mientras el sacerdote protagonista de la escena, Zacarías, ejerce la función altísima de ofrecer incienso y quemarlo en el altar de Dios. Probablemente no ha ejercido jamás este ministerio, el más honroso de todos los sacerdotales; ni tal vez le quepa la suerte de repetir esta función sagrada: son muchos los sacerdotes y escasos los turnos; las funciones sagradas se sortean, y la más alta de ellas, la oblación del incienso, recae siempre en quienes no la han ejercido. La hora es la del sacrificio perpetuo, a las nueve de la mañana o a las tres de la tarde, los actos más solemnes del culto de Jahvé. Merecía este aparato el acontecimiento que debía ser preludeo de la nueva era.

Vivían los sacerdotes, si se exceptúan los encargados de la música en las sagradas funciones, lejos de Jerusalén. Sólo acuden todos al templo los días de las grandes solemnidades. Para el culto ordinario de todos los días bastan unos cincuenta sacerdotes, que vienen todos los sábados al templo para substituir a los del turno de la semana anterior. Zacarías vive con Isabel, según la venerable tradición que se remonta al siglo VI, en la localidad llamada hoy Ain Kârim, o San Juan de la Montaña, situada en un risueño valle, a unos 7 kilómetros al Oeste de Jerusalén.

Vino Zacarías a la capital judía desde el lugar de su residencia. Dirigióse al templo: el maestro de ceremonias, dispuesto en círculo el grupo de sacerdotes, sorteó los distintos oficios sagrados, tocándole al esposo de Isabel la función altísima de quemar el incienso, para cuyo ejercicio atravesó Zacarías el atrio de los sacerdotes, subió las gradas del templo propiamente dicho, y entró en el solitario recinto del "Santo". En el centro está el altar de oro de los perfumes, entre el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes de la proposición: *Y aconteció que ejerciendo Zacarías sus funciones de sacerdote delante de Dios, según el orden de su turno, tocóle en suerte, según la costumbre establecida entre los sacerdotes, entrar en el templo del Señor para ofrecer incienso.*

El momento es solemne. Los dos servidores que habían avivado las brasas, y quitado las cenizas y dejado el incienso preparado, han abandonado ya el recinto: *Y toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando, a la hora del incienso.* El sacerdote, con la emoción consiguiente, echará sobre las brasas la aromática mixtura, a la señal del príncipe de los sacerdotes; y luego, inclinado profundamente y andando hacia atrás para no dar las espaldas al santuario, aparecerá ante el pueblo prosternado, al que dará la bendición, mientras las trompetas sagradas y los himnos de los levitas acompañarán la mística oblación. Toda la ciudad sabrá que es el momento del sacrificio.

Mas cuando Zacarías, descalzo, vestido de blanca túnica de lino, ceñida al cuerpo por cingulo de variados colores, había echado sobre las brasas los preciosos perfumes, *se le apareció un ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar del incienso*, es decir, entre el pequeño altar y el candelero de los siete brazos. *Turbóse Zacarías al verle, y se sobrecogió de espanto.* El lugar de la aparición, la derecha del altar, era de buen augurio, según las ideas de los judíos: mas la presencia de un espíritu celestial turba y espanta al santo varón: la pequeñez del hombre no soporta sin terror la presencia de un ser superior a él. Pero renace pronto en él la calma al llamarle amablemente el ángel por su nombre, señal de familiar benevolencia, y mandarle que deponga todo temor: *Mas el ángel le dijo: No temas, Zacarías.* Y le da una primera razón para tranquilizarle: *Porque tu oración ha sido oída.* No era la oración de Zacarías únicamente para que cesara la esterilidad de su esposa: pocas eran sus esperanzas en este punto. Como buen israelita y celoso sacerdote, suspiraba por el advenimiento del Mesías, cuya proximidad debía ser inminente. Dios oye su plegaria y le anuncia por el ángel, y éste es el segundo motivo para quietarse y gozarse, el nacimiento de un hijo, precursor y heraldo de la gran misericordia de la encarnación del Hijo de Dios: *Y tu mujer Isabel te parirá un hijo, al que darás el nombre de Juan, o "misericordia de Dios".*

Colma luego el ángel de alabanzas al futuro hijo de los

santos esposos, diciendo: *Y será gozo y alegría para ti, y se gozarán muchos en su nacimiento:* porque llenará las esperanzas de la paternidad y las ansias sacerdotales del santo hijo de Israel: y porque anunciará a todo el mundo el advenimiento del Salvador. *Porque será grande delante del Señor,* con la verdadera grandeza que sólo Dios concede y conoce. Grande por la austeridad de su vida; porque *no beberá vino ni sidra*, es decir, ningún licor espirituoso o embriagador, como el de dátiles, cebada, mijo o manzanas. Grande por su santidad: *Y será lleno del Espíritu Santo desde el mismo seno de su madre:* la gracia santificante vendrá con plenitud sobre él cuando se halle en presencia del Mesías, encerrado aún en el claustro materno. Grande por los frutos de su ministerio: *Y convertirá a muchos de Israel al Señor su Dios*, levantándolos del pecado a la penitencia y piedad. Grande, sobre todo, por su oficio de Precursor del Mesías: *E irá delante de Él en el espíritu y virtud de Elías*, que es espíritu de fortaleza, austeridad y celo ardiente: todo *para inclinar los corazones de los padres a los hijos*, y viceversa, a fin de que haya unidad de fe y de esperanzas en Israel y desaparezcan las discordias. *Y se inclinarán los incrédulos a la prudencia de los justos*, restaurándose el sentido de obediencia y de justicia, *para preparar al Señor un pueblo perfecto*, dispuesto a recibir al Mesías próximo a venir.

La magnitud de la promesa ensanchaba el corazón del sacerdote: pero quiere una prenda de la verdad del fausto anuncio: *Y Zacarías dijo al ángel: ¿En qué conoceré yo esto? ¿Qué señal me das de la verdad de tu palabra? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada:* no hay humana esperanza de procrear un hijo. *Y el ángel le respondió así*, dándole ante todo la garantía de su persona: *Yo soy Gabriel, "héroe de Dios"*, el mismo que anunció a Daniel los tiempos del Mesías y sus bienandanzas (Dan. 9, 24 y sigs.); el mismo que dentro de poco anunciaré a María el hecho de la encarnación del Verbo: *que asisto delante de Dios*, para ministrarle y recibir sus órdenes, *y he sido enviado a hablarte y anunciarte la feliz nueva.* A la garantía de su persona y de su misión, añade el anuncio del cas-

tigo milagroso: *Y he aquí que quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sea esto un hecho, porque no diste crédito a mis palabras, que en su tiempo se cumplirán.* Zacarías sentirá en su día el gozo de ver realizados los votos de su plegaria: entretanto pasará la pena que mereció por su duda.

Y el pueblo, entretanto, estaba esperando a Zacarías, y se maravillaban de que se detuviese en el templo. Eran momentos de emoción para todo el pueblo, cobijado bajo los pórticos del templo, los de la oblación del incienso. Ella representaba la plegaria de todo Israel: éste se ponía, por medio de su sacerdote, en contacto con la divinidad: la repulsa del sacerdote por parte de Dios hubiese recaído sobre todo el pueblo. Por ello el ministro del Señor se apresuraba en el cumplimiento de su misión para no prolongar la emoción popular. Por fin, Zacarías, *habiendo salido, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el templo: y él se lo significaba por señas, y quedó mudo.* Era la señal milagrosa, el castigo de su incredulidad, gaje al mismo tiempo del cumplimiento de la promesa.

CONCEPCIÓN DEL BAUTISTA (23-25). — No se hizo esperar la realidad de lo prometido por el ángel: *Y cuando fueron cumplidos los días de su ministerio, al cabo de la semana de servicio, durante la cual los sacerdotes estaban obligados a la continencia y a vivir día y noche en el templo, se fué a su casa. ¿Contaría a su esposa lo ocurrido? Es probable que sí: no había prohibición por parte del ángel; es natural le diera a Isabel la razón de su mudez, por signos, como se lo había significado al pueblo, siendo con ella más explícito: de hecho conoció Isabel el nombre de Juan (v. 60).* Ni faltan quienes suponen que Zacarías e Isabel vivían en santa continencia, lo que hubiese hecho necesaria la explicación a Isabel para darle la razón del cambio de vida: *Y pasados estos días concibió Isabel, su mujer, y estuvo escondida cinco meses.* La gran merced que le hace Dios, reclama de ella una vida más solitaria y reconcentrada para agradecerse. Cesará este retiro cuando venga la Virgen a visitarla y podrá mani-

festar públicamente su gozo y gratitud. Ahora debe bendecir en secreto a Dios, por sus bondades para con ella, diciendo: *Esto es lo que por mí ha hecho el Señor en los días en que atendió a quitar mi oprobio entre los hombres.*

Lecciones morales. — A) v. 6. — *Eran ambos justos ante Dios...* — La vida justa ante Dios suele atraer sus bendiciones, hasta contra toda esperanza, en lo que atañe a las mismas cosas de la tierra. Dios es fiel, y no faltará jamás en dar un premio ingente de gloria a quienes viven ajustados a sus mandatos y tienen esta justicia interior que se llama gracia santificante. Pero, para una ejemplaridad de orden social, quiere muchas veces que los justos sean ya premiados y bendecidos en este mundo, hasta en las cosas temporales, como lo fueron Zacarías e Isabel.

B) v. 8. — *Y aconteció que ejerciendo Zacarías sus funciones...* — Debemos ver siempre la intervención de Dios en la humana historia. Eran los días de Zacarías de expectación universal: había llegado la hora de las promesas de Dios: y Dios no falta a su palabra: los nombres de Zacarías e Isabel significan la fidelidad del Señor en cumplir sus promesas. La forma de cumplirlas no responde a la idea del pueblo judío, que se figuraba un Mesías poderoso y triunfador. Dios hace que el primer momento histórico del Testamento Nuevo se realice en la soledad del "Santo", en un misterioso coloquio de un ángel y un sacerdote. Tardará todavía el pueblo judío casi treinta años antes no oiga la voz poderosa del hijo de Zacarías e Isabel: pero los designios de Dios se cumplirán. Los caminos de su providencia son casi siempre ocultos a los ojos de los hombres.

C) v. 10. — *Y toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando...* — En la actitud del pueblo de Israel, que, mientras el sacerdote ejerce su ministerio, ora a Dios, identificándose con la plegaria sacerdotal, debemos aprender a solidarizarnos con las funciones sacerdotales. Es el sacerdote intermediario entre Dios y los hombres: baja a los hombres las cosas de Dios y sube a Dios las cosas de los hombres. Ni el sacerdote puede desentenderse del pueblo en sus ministerios, ni el pueblo dejar al sacerdote que se entienda a solas con Dios. Un ministerio público como el del sacerdote en las funciones propiamente sacer-

dotales, reclama una asistencia pública, social, por parte del pueblo. En la santa Misa, en el rezo del Breviario, en la administración de sacramentos, no debemos olvidar el carácter social de la acción sacerdotal.

D) v. 14. — *Y será gozo y alegría para ti...* — En la descripción del ángel hemos de aprender las virtudes del apostolado semejantes a las del Precursor cuyo nacimiento aquí se anuncia: abnegación, fortaleza, amor a la ley, celo, grande estima de las almas, esfuerzo en llevarlas a Dios y en hacer de ellas un solo reino, por la paz y la caridad, a fin de que el Señor halle preparados sus caminos cuando venga a ellas.

E) v. 20. — *Y he aquí que quedarás mudo...* — Dios suele castigar en aquello por que se peca. Porque Zacarías no obedió o no creyó inmediatamente al anuncio del ángel del Señor, dice Teofilacto, quedó sordo; y porque le contradijo, quedó mudo. Temamos a Dios en todas nuestras faltas e infidelidades, que tiene Él infinitas maneras de darnos la pena correspondiente a ellas. Y temamos sobre todo, en este caso y por este ejemplo, la sordera espiritual o dureza de alma, que suele ser castigo de la desobediencia a la voz de Dios, y la mudez del espíritu o incomunicación con Dios, que viene de no dejarse guiar de Dios.

F) v. 25. — *Esto es lo que por mí ha hecho el Señor...* — De Isabel hemos de aprender la gratitud a los dones de Dios. Todo de Él nos viene: cuando crecen los dones, dice San Gregorio, crece con ellos la responsabilidad, como asimismo el deber de no olvidarnos de la mano que nos los concede; no sea que nos los retire, o se abrevie. Ello exige esta vida interior, de que Isabel nos da ejemplo, y que hace del alma tierra abonada en que crecen los legítimos sentimientos para con Dios y para con nuestros hermanos.

5. — ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN Y ENCARNACIÓN DEL VERBO: Lc. 1, 26-38

Evangelio de la fiesta de la Anunciación

Se lee también íntegro el miércoles de las Téporas de Adviento, y en las fiestas de la Expectación del Parto (18 Dic.), Santísimo Nombre de María (12 Sept.), Santísimo Rosa-

rio (7 Oct.), Traslación de la Santa Casa de Loreto (10 Dic.), y San Gabriel (18 Marzo). — Los versículos 26-28 se leen en la fiesta de la Inmaculada (8 Dic.): los 26-31 en la fiesta de la Aparición, Lourdes (11 Feb.); y los 28-35 en la de la Pureza de la Virgen (Dom. 3 Oct., antes).

Y al sexto mes, el ángel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María.

Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres.

Y cuando oyó ella esto, se turbó con las palabras de él, y pensaba qué salutación fuese ésta. Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: He aquí que concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y le darás el nombre de JESÚS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre: y reinará para siempre en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin. Y María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, porque yo no conozco varón? Y el ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo. Y por esto lo que nacerá de ti, será llamado Santo, Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha concebido también un hijo en su vejez: y este mes es el sexto de aquella que es llamada estéril: porque no hay cosa alguna imposible para Dios. Y María dijo: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y se retiró de ella el ángel.

Explicación. — CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS (26.27). — Este fragmento es bellissimo y llenísimo. Ni se podían decir más cosas en menos palabras, ni podía tratarse con mayor ingenuidad y sencillez el más grave negocio de la humanidad en sus relaciones con Dios. Todo aquí es grande: Dios que envía el ángel mensajero, el motivo del mensaje, la profundidad del misterio, la excelsitud de la Virgen. Pero todo es asimismo pequeño: el país, la ciudad, la casa en que el hecho histórico ocurre. Es el símbolo de la pequeñez humana — la

que el poder y la misericordia de Dios van a levantar a las alturas del mismo Dios.

La Anunciación del nacimiento del Mesías tiene lugar *al sexto mes* del embarazo de Isabel, en marzo del mismo año del nacimiento. Para el fausto anuncio, *el ángel Gabriel fué enviado por Dios*: es Gabriel el ángel de la anunciación: había anunciado el Mesías a Daniel (8, 9); más tarde a Zacarías; hoy es el día de la realización de las promesas. Es el mismo Dios quien le envía a la tierra, porque así lo demandaba la grandeza del mensaje. Gabriel es enviado *a una ciudad de Galilea*, provincia la menos noble de la Palestina, despreciada por los moradores de Jerusalén: la ciudad es llamada *Nazaret*, tan obscura, que de ella no ocurre mención en el Antiguo Testamento y que era tenida en poco por los judíos (Ioh. 1, 46); contaba, según algunos, en aquellos tiempos, unos 12.000 habitantes. Hoy cuenta unos 8.000. Nazaret significa "tallo" o "pimpollo", nombre simbólico de la Virgen que en aquella ciudad moró — tallo salido de la raíz de Jessé —, y del divino Niño, flor delicada de aquel vástago. Está la ciudad emplazada en forma de anfiteatro en medio de una serie de altas colinas, a unos 350 metros sobre el nivel del mar y a 120 kilómetros de distancia al norte de Jerusalén. Toda ella está llena de recuerdos de la Sagrada Familia, a la que por tantos años albergó. El recuerdo de la bella visión de Nazaret y sus contornos no se borra de la memoria de quien una vez estuvo allí.

Va dirigido el mensaje *a una virgen*, que virgen debía ser la madre del Emanuel, según la célebre profecía de Isaías (7, 14). Es una doncella humilde, que la tradición nos dice había sido educada en el templo de Jerusalén, probablemente bajo los cuidados de Zacarías, donde había hecho, ya en su infancia, el voto de perpetua virginidad. A los doce años, época de la mayor edad para las hijas de Israel, retornó la Virgen María a Nazaret, fijando su residencia en la pobre casa de sus padres, que la misma tradición nos dice se llamaban Joaquín y Ana.

La humilde Virgen estaba *desposada con un varón que se llamaba José*. Desposada equivale a verdaderamente casa-

da, aunque no se había celebrado la ceremonia solemne de la entrega de la esposa al esposo en casa de éste. No puede determinarse el tiempo que mediaba entre los desposorios y la entrega solemne, que podía ser de un mes hasta un año, y aun solamente de días antiguamente. El nombre de José equivale a "Dios dé crecimiento": se ha realizado en el humilde nazaretano la significación de su nombre: es hoy Patrón de la Iglesia universal, y el amor del santo varón está entrañado en el alma del pueblo cristiano.

La Virgen era *de la casa de David*, que a Ella, más que a José se refieren las palabras del texto: en los vv. 32 y 69 ya se supone que la Virgen era de la casa de David. También lo era José, como se afirma en Lc. 2, 4. Ambos descendían del gran rey: la virgen, por la línea de Salomón, y José por la de Natán. Así será Jesús Hijo de David en el sentido natural por parte de su santísima Madre, y en el sentido legal por la de su padre putativo (Rom. 1, 3; Hebr. 7, 14). José y María no vivirán bajo un mismo techo hasta que el esposo la haya recibido solemnemente en su propia casa, que será luego la morada común.

Y el nombre de la Virgen era María. Nombre dulcísimo para el cristiano, y lleno de altísimas significaciones: "Señora", "Iluminación mía", "Hermosa", "Robusta", "Estrella del mar", "Mar amargo", "Amada por Jahvé", son, de entre las 50 interpretaciones diversas del santo Nombre, las que cuentan mayor número de votos entre los exégetas. Virgen castísima, que no contaría más que unos catorce años y estaría dedicada a los quehaceres propios de las doncellas de su condición en Nazaret.

LA SALUTACIÓN ANGÉLICA (2-8). — *Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo...* — Entra el ángel con lo que se significa que revistió la forma humana para llevar a la tierra el fausto anuncio: así convenía, dice Santo Tomás, porque se trataba de anunciar la "encarnación" del hijo de Dios; para deleitar a la futura Madre en el espíritu y en los sentidos; y para mayor certeza del estupendo misterio.

El ángel del Señor entra y sale del lugar donde se halla

la Señora, lo que supone se encontraba la Virgen en un recinto cerrado, contra el sentir de los griegos cismáticos, que afirman haberse realizado la anunciación en la fuente pública de Nazaret, seguramente la que conserva aún el nombre de María. Muchas casas de Nazaret constan de dos partes o sistemas de construcción: una interior, cavada en la roca donde la casa se apoya por la parte posterior, y otra, saliente, de mampostería o adobes, terminada por una azotea plana. Probablemente estaría la Virgen en la parte hueca de la peña, donde se halla hoy el altar de la Anunciación con la inscripción, en el suelo y debajo del altar: VERBUM CARO HIC FACTUM EST. Una tradición afirma que en 1291 manos angélicas trasladaron la parte exterior de la Santa Casa a la Dalmacia, y tres años más tarde a la gloriosa montaña de Loreto, en Italia.

María y el ángel, solos en la humilde habitación de aquella, que según común sentir de los expositores estaría en alta contemplación y expresaría, en ardientes súplicas el deseo de que viniera el Mesías, van a parlamentar sobre el negocio más trascendental de la humana historia. Así se ha complacido en representarla, en múltiples formas, el arte cristiano.

Dios te salve, dice el ángel, rompiendo el silencio. Es palabra de paz y de alegría: es, al mismo tiempo, augurio del cúmulo de todos los bienes apetecibles. Es saludo lleno, señal de benevolencia, amistad y amor, y que, por venir del cielo, es gaje de toda suerte de bendiciones.

Llena de gracia, mejor, "la llena de gracia": es participio con que el Evangelista substituye el nombre propio de la Virgen, como si ella fuera la llena de gracia por antonomasia. No sólo "bella" o "hermosa", como quieren los protestantes, tan mezquinos cuando de ensalzar a esta criatura se trata, sino llena de toda suerte de gracia, en el sentido de la nueva Ley, es decir, de gracia divina, de dones y bendiciones de orden natural y sobrenatural: libre por ello de pecado original y actual, y repleta de todo carisma del Espíritu Santo. Llena de gracia antes que conciba a Jesús, autor de la gracia, y en previsión de cuyos méritos quiso Dios hacer de Ella habitación digna del Hijo de Dios encarnado.

El Señor es contigo; no es sentido optativo, "sea contigo", sino en la significación positiva de una inhabitación especial de Dios en esta criatura de privilegio. El señor es contigo por el sumo amor con que quiere darte a su Hijo por Hijo tuyo; para estar en tu corazón y en tus entrañas; para llenar tu espíritu y tu cuerpo. El Señor es contigo desde tu Concepción Inmaculada y de una excelsa manera, porque has sido elegida para ser Madre suya.

Bendita tú entre las mujeres. Es frase de encomio, como la dirigida a Jael (Jud. 5, 24) y Judith (13, 23). Ellas libraron al pueblo escogido de la ruina temporal; María lo librará de la ruina eterna: es una bella indicación de María corredentora del género humano. Todas las mujeres han incurrido en la maldición de la primera: tú eres la única bendita con toda plenitud: todo lo grande que una mujer puede ambicionar, la virginidad y la maternidad: la fecundidad sin contacto carnal y el alumbramiento sin dolor: ser honor de la raza humana y recibir las bendiciones de todos los hombres, de todos los siglos: todo ello te lo alcanza la plenitud de la gracia y la inhabitación de Dios en ti.

EL MISTERIO (29-38). — *Y cuando oyó ella esto, se turbó con las palabras del ángel*. — Túrbase la Señora, no por el temor que pudiera infundir la presencia de un ángel en forma humana, sino por la grandeza del elogio, jamás oído ni leído por ella, versadísima en las Escrituras, y que no puede compaginar con su humildad profundísima. Por ello dialogaba, por decirlo así, consigo misma, para hallar la razón de esta situación peregrina: *Y pensaba qué salutación fuese ésta*.

Disipa el ángel la turbación de la Virgen: *Y el ángel la dijo: No temas, María*. No hubiese la Virgen penetrado toda la grandeza de la promesa que iba a hacerla el ángel en su estado de turbación: es preciso que se serene: por ello la llama por su nombre propio, que es señal de familiaridad y cariño, y la ruega blandamente que aleje todo temor. Y añade la razón altísima: *Porque has hallado gracia delante de Dios*: Dios, que es el Autor de la paz, te ha hecho y halla-

do acepta a sus ojos: espera todavía de su gracia grandes cosas.

Y explica entonces el ángel en forma enfática, categórica, aunque en frase sencilla y clara, el faustísimo anuncio, impregnado todo él del sentido de las viejas profecías mesiánicas, a las que se añade la luz de la revelación nueva: *He aquí que concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y le darás el nombre de JESÚS.* Se señalan aquí las tres primeras etapas de la vida del Verbo humanado: concepción, nacimiento e imposición de nombre: en cada una de ellas tiene la Virgen la principal función, como Madre del futuro Hijo del hombre. Hay en estas palabras manifiesta alusión a las de Isaías: "He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se le llamará Emanuel..." (7, 14). Jesús es el Emanuel, porque es "Dios Salvador": su misma madre le impondrá el nombre, en virtud de los derechos de la maternidad, como otras madres lo hicieron antes que ella (Gen. 4, 1; 19, 37-38; 29, 32-35).

Y luego, con palabra ceñida, luminosísima, en la que aparece la gloriosa figura del Mesías, tal como le esperaba el pueblo de Dios, pero sin las sombras de las aberraciones de un falso patriotismo, describe el ángel las características del futuro Hijo de María: *Este será grande.* Primero, por su origen divino: *Y será llamado Hijo del Altísimo,* es decir, lo será en verdad, y será reconocido como Hijo propio de Dios. En segundo lugar, por su dignidad real: *Le dará el Señor Dios el trono de David, su padre:* será el rey esperado por el pueblo judío: la genealogía de María le da la regia estirpe: Dios le dará el trono de su glorioso ascendiente: David es el tronco y el tipo del futuro Mesías. Tercero, por la perpetuidad de su reino: *Reinará para siempre en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin;* en lo que se revela definitivamente la mesianidad del hijo de María: cuando ha salido ya el cetro de la casa de Judá, lo recoge, en cumplimiento de la antigua profecía, el Mesías prometido (Gen. 49, 10), para dar forma espiritual al reino de Dios y regirle en propiedad hasta el fin de los siglos (2 Reg. 7, 12; Os. 3, 5; Ez. 21, 26). Todas estas promesas del ángel entran en el

espíritu de las antiguas profecías y en el de los mejores tiempos de las esperanzas de Israel. El mismo pueblo contemporáneo de María estaba imbuído de estas ideas, y esperaba por momentos al Hijo de David que restaurara para siempre el reino de Israel.

María ha meditado las profecías: tiene claro concepto del futuro reino mesiánico: en las palabras del ángel comprende se le anuncia la maternidad del Mesías Salvador. Conoce por otra parte el vaticinio de Isaías, según el cual, nacerá el Emanuel de una virgen. Por ello no duda la virgen de Nazaret, como Zacarías, de la verdad del anuncio. Mas ella es virgen; ha hecho a Dios el voto perpetuo de su virginidad; persiste en él, no obstante, la magnífica promesa de Gabriel: *Y, queriendo la seguridad de que su virginidad quedará a salvo, en uso de un legítimo derecho, que arranca de la misma naturaleza del voto libre que ha emitido, María dijo respetuosamente al ángel: ¿Cómo será esto, porque yo no conozco varón?* La intención de la Virgen es conocer la forma como se realizará el misterio: tal vez no tenga clara idea, dice Lepicier, de la concepción y parto virginal: *Y el ángel le respondió,* entrando en la intención de la Señora: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo.* Al Espíritu Santo se atribuyen las obras del amor de Dios: la máxima de ellas es la encarnación del Verbo: vendrá sobre María, con una inhabitación y una eficacia especial, el Espíritu de Dios, para formar el cuerpo santísimo del Hijo de Dios hecho hombre: y la divina omnipotencia, como la nube misteriosa que descansaba sobre el Arca de la Alianza (Ex. 40, 45), vendrá sobre esta Arca santísima del Nuevo Testamento para producir la estupenda obra. Es metáfora castísima que indica la acción de Dios, substitutiva de la obra del varón. Fruto de esta misteriosa acción será la procreación de la humana naturaleza de Jesús y su unión con el Verbo de Dios. Consecuencia lógica y consoladora es lo que añade el ángel: *Y por esto lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios:* será santo lo que nacerá de la Virgen, porque es santo su doble origen: la Madre, que es llena de gracia, y la Santísima ac-

ción del Espíritu de Dios: no hay en la concepción del Hijo de María desorden ni mancha. Y será hijo de Dios, por la forma admirable de la concepción y por la unión de la naturaleza humana a la persona del Verbo.

Revelado el misterio, da Gabriel a la Virgen una razón de su credibilidad, anunciándola la concepción milagrosa del Bautista: *Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha concebido también un hijo en su vejez: y este mes es el sexto de aquella que es llamada estéril: porque no hay cosa alguna imposible para Dios.* Es entonces cuando María, que ve en salvo su virginidad; que ha descubierto, sin duda, a una luz extraordinaria que Dios le ha comunicado en aquellos momentos, la sublimidad del misterio y la forma en que va a realizarse; que tiene una prueba de orden externo que garantiza la verdad del anuncio faustísimo; se anonada ante el Dios que quiere levantarla a la cumbre altísima de la maternidad divina, y con obediencia pronta, con absoluta identificación con las palabras del ángel, pronuncia la sentencia, que lo es de liberación para el humano linaje: *Y María dijo: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra:* es la criatura que se pliega a la voluntad de su Hacedor y hace el honor debido a la palabra de su mensajero. *Y se retiró de ella el ángel:* había entrado saludándola llena de gracia: mayor reverencia la demostraría al despedirse de la que era ya su Reina y Señora, porque era ya la Madre de su Rey y Señor.

Lecciones morales. — a) v. 26. — *Y al sexto mes, el ángel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea...* — Dios vincula casi siempre las grandes cosas a pequeñas causas: San Pablo concreta este gran principio de la política de Dios en el gobierno del mundo en su conocida sentencia: "Las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes..., y aquellas que no son, para destruir las que son" (1 Cor. 1, 27.28). En el misterio de la Encarnación todo es pequeño: el país, la ciudad, la casa, la humilde Virgen, el diálogo silencioso de dos altísimas criaturas. Pero de aquí sale la obra más grande y trascendental de la historia: la Encarnación del Hijo de Dios; la Redención, con todos los misterios que la siguen;

la transformación del mundo; la gloria incomparable del reino de Dios en la tierra y en los cielos eternos.

b) v. 28. — *Dios te salve, llena de gracia...* — En la salutación angélica hemos de aprender y admirar la modestia, la humildad, la prudencia de la Virgen. En las alabanzas que se nos tributen hemos de ver sólo nuestra nada y la generosidad de Dios por quien somos todo cuanto somos: mendigarlas, sería prueba de vanidad e insensatez. Una comparación entre la conducta de la Virgen en su diálogo con el ángel y nuestra conducta ante las palabras de lisonja, nos dará, por contraste, idea excelsa de la grandeza de la Madre de Dios y pobre concepto de lo que nosotros somos.

c) v. 30. — *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios...* — Nada tiene que temer, dice el Crisóstomo, el que ha hallado gracia delante de Dios, porque Dios es la fortaleza de sus amigos, y nadie puede nada contra Dios "Quien a Dios tiene, nada le falta", decía Santa Teresa; y tiene a Dios quien está en su gracia. San Pablo desafiaba a todas las fuerzas contrarias, la tribulación, las congojas, los peligros, el hambre, la vida y la muerte, y de todas se sentía triunfador, porque la caridad de Cristo le unía a su Dios. — Procuremos esta tranquilidad y fuerza del espíritu que da la convicción de estar bien con Dios. Si algo nos reprocha la conciencia, pongámonos en paz con él.

d) v. 33. — *¿Cómo será esto, porque yo no conozco varón?* — Ni debió María dejar de creer al ángel, dice San Ambrosio, ni tampoco prestar a sus dichos un asentimiento temerario. Porque Zacarías no creyó, fué castigado; porque María creyendo — porque no dudó del hecho —, asintió a las palabras del ángel, mereció que éste le explicara en nombre de Dios el profundo misterio. Se revela aquí, y nos da en ello admirable ejemplo, el profundo equilibrio del alma de la Virgen. Cree primero, y busca luego las razones de creer. Ante la autoridad del Dios que revela, debemos abajar nuestra inteligencia; pero Dios no veja la inteligencia del hombre; respeta sus fueros, y es pródigo en luz para quienes humildemente buscan la luz. Aceptemos las verdades reveladas, pero ilustremos nuestra fe buscando los motivos de ella. Se harán nuestras creencias más firmes y hallará mayor descanso nuestro espíritu, tan ávido de luz.

e) v. 38. — *He aquí la esclava del Señor...* — Dios, que res-

peta la voluntad del hombre y la gobierna con suma reverencia (Sap. 12, 18), quiso que a la encarnación del Verbo precediera la voluntad deliberada de la Virgen: no se encarna el Hijo de Dios sin el consentimiento de la que debía ser su Madre. — Tampoco se obra nuestra reparación y santificación sin la cooperación de nuestra voluntad. Son dos los factores de nuestra salvación: la gracia de Dios y nuestra propia voluntad: sin gracia es imposible la vida divina; tampoco viviremos de Dios si no queremos. "Quien te creó sin ti, dice San Agustín, no te justifica sin ti."

f) v. 38. — *Hágase en mí según tu palabra.* — Aprendamos, en este momento culminante de la vida de la Virgen y de la historia del mundo, el precio incomparable de la virginidad, que María santísima antepone a la misma dignidad de Madre de Dios. De la humildad, que atrae al Hijo de Dios, a la humilde palabra de la Virgen, a humillarse a su vez y tomar la forma de esclavo. De la conformidad con la voluntad de Dios, que levanta a una humilde virgen al rango de Madre de Dios, y salva al mundo.

6. — VISITACIÓN DE LA VIRGEN A SU PARIENTA ISABEL: Lc. 1, 39-56

Evangelio de la Visitación de la Virgen y del viernes de las cuatro Témperas de Adviento (vv. 39-47)

"Y en aquellos días, levantándose María, fué con priesa a la montaña, a una ciudad de Judá: "y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel: "Y cuando Isabel oyó la salutación de María, el niño dió saltos en su seno, y fué llena Isabel del Espíritu Santo: "Y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. "Y ¿de dónde esto a mí, que la Madre de mi Señor venga a mí? "Porque he aquí que tan luego como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, dió el niño saltos de gozo en mi seno. "Y bienaventurada tú que creíste, porque tendrá cumplimiento lo que te fué dicho de parte del Señor.

"Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor: "y mi es-

piritu se regocijó en Dios mi Salvador: "porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones: "porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso: y su nombre es santo. "Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen. "Desplegó la fuerza de su brazo: dispersó a los que se ensoberbecían con los pensamientos de su corazón. "Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes. "Colmó de bienes a los hambrientos: y a los ricos dejó vacíos. "Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia. "Tal como lo dijo a nuestros padres, Abraham y su descendencia por los siglos. "Y María permaneció con ella como tres meses: y se volvió a su casa.

Explicación. — El episodio de la Visitación tuvo lugar poco después de la Anunciación, probablemente los meses de abril-junio del mismo año del nacimiento del Señor. La narración de Lucas conserva toda la ingenuidad, sencillez y unción propias del Evangelio de la Infancia. Es un trazo delicioso que une la narración de las dos concepciones y los dos nacimientos, del Bautista y Jesús.

Gabriel había aludido, en la Anunciación de la encarnación del Verbo, a la maternidad de Isabel, parienta de María. Ignórase el grado de parentesco que uniese a las dos benditas mujeres: es opinión antiquísima, sostenida por San Hipólito, que las madres de ambas eran hermanas, de la tribu de Judá, de las que casaría una en la familia de Aarón y otra, la madre de la Virgen, en la familia de David. Serían, en esta hipótesis, primas hermanas.

LA SALUTACIÓN (39-45). — *Y en aquellos días, no inmediatamente después de la visita del ángel, sino después de algunos días que pasaría la Señora en la contemplación y hacimiento de gracias por los altísimos misterios que en ella se habían obrado, levantándose María, en lo que se expresa el propósito y los preparativos de un viaje, fué con priesa a la montaña, a una ciudad de Judá. Va con priesa la Virgen, empujada por el gozo de la fausta nueva que comunicará a su prima y por los solícitos cuidados que desea*

prodigarla: la caridad no sufre demoras. Sola, o en compañía de una sirvienta, quizá aprovechando la coyuntura de algún conocido que subiese a Jerusalén, a pie o montada en humilde asnilla, cabalgadura corriente en su tiempo, como lo es aún hoy en aquel país, sale María de la Galilea, atraviesa la Samaria y parte de la Judea hasta internarse en la región montañosa de Judá y entrar en la ciudad donde mora su prima. El camino es largo e ingrato, 127 kilómetros, en el que invertiría la Virgen unas cinco jornadas. Bájase de Nazaret a los angostos y solitarios valles de la Samaria, para subir luego a Jerusalén, a unos 800 metros de altitud, y descender otra vez al valle de Ain Kârim.

Y entró en casa de Zacarías. La tradición señala dos casas propiedad de Zacarías en Ain Kârim: una a la entrada del pueblo llegando de Jerusalén, en la vertiente oriental del valle; en ella residía habitualmente el santo matrimonio y allí, en una gruta semejante a la descrita en la casa de la Virgen, nació el Bautista: levántase hoy en aquel sitio la Iglesia de la Natividad, con una residencia de Padres Franciscanos. Al lado opuesto del valle y a medio kilómetro de distancia estaría emplazada la otra casa, a la que se refiere el texto y donde tuvo lugar la Visitación. Se levanta hoy allí el Santuario de la Visitación, cuya visita produce emoción profunda: allí se pronunció por vez primera el *Magnificat*, como en la otra casa fué pronunciado el *Benedictus*. Tal vez el mismo Evangelio de Lucas favorezca esta tradición cuando dice que Isabel, después de su concepción, se retiró durante cinco meses (v. 24). Pasaría de su residencia habitual a la otra casa, situada en las afueras.

Y saludó a Isabel: saluda la joven a la anciana, la excelsa Madre de Dios a la menos digna: es señal y ejemplo de humildad. *Y cuando Isabel oyó la salutación de María, el niño dió saltos en su seno, y fué llena Isabel del Espíritu Santo:* la presencia del Verbo encarnado llena de bendiciones al Bautista y a su madre. Las primeras gracias de Jesús al mundo vienen por mediación de María: así será en toda la historia del cristianismo. El niño salta de gozo en el seno de la madre: es una exultación absolutamente sobrenatural,

consciente, según la mayor parte de los intérpretes, por la que el Precursor demuestra conocer y saluda al Mesías. La madre queda llena del Espíritu Santo, con luces abundantes y extraordinarias para conocer los misterios en su prima obrados. *Y exclamó en alta voz,* signo de su emoción y entusiasmo, producidos por la irrupción del divino Espíritu, *y dijo: Bendita tú entre las mujeres:* es la repetición de las palabras del ángel a María. Saludada ésta como la única exenta de toda maldición, Isabel rinde homenaje al Mesías ante el cual se halla: *Y bendito el fruto de tu vientre,* es decir, obra exclusiva de tu concepción virginal, santificado, hasta como hombre, con la plenitud de toda gracia.

Isabel, que a la claridad de la revelación divina ha visto la grandeza de la Madre y del Hijo que van a hospedarse en su humilde casa, se admira de la gran dignación de su Señor y de su Madre al visitarla, y expresa humildemente su indignidad: *Y, ¿de donde esto a mí, que la Madre de mi Señor venga a mí? ¿Dónde están mis méritos para favor tan alto? Y cuenta luego a su parienta la forma con que el Precursor, su Hijo, ha manifestado sensiblemente la presencia de su Dios: Porque he aquí que tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, dió el niño saltos de gozo en mi seno:* es el Precursor, que ha conocido al Mesías y que empieza a ejercer su oficio desde el seno materno. Y dirigiéndose Isabel otra vez a la Madre, alaba la magnitud de su fe: *Bienaventurada tú que creíste,* que tuviste fe; fe, la más heroica que pudo Dios exigir a una criatura, por la magnitud de la promesa, por lo peregrino del hecho anunciado a la Virgen, por la profundidad de los misterios que en él se encierran, por lo nuevo e insólito de la forma de la encarnación del Verbo: y, no obstante todo ello, dócilmente, con plenitud y rapidez de asentimiento, has creído la palabra del ángel y lo estupendo de los hechos que te anunció. Lo has creído y será así, que jamás falta Dios a su palabra: *Porque tendrá cumplimiento lo que te fué dicho de parte del Señor.*

EL MAGNIFICAT (46-55). — A las alabanzas de Isabel responde María con el sublime cántico que perdurará tanto como la humanidad y resonará perpetuamente por todos los ámbitos del mundo: el "Magnificat", canto de un alma agradecida, nobilísima y santísima, "el grito más magnífico que jamás haya salido de humano pecho". Cantó María, hermana de Moisés, dice Alberto Magno, cuando vió al pueblo de Israel libre de las manos del Faraón (Ex. 15); cantó Débora al ser libertado su pueblo de manos de Sísara (Jud. 5); y, ¿no cantará María virgen al Libertador universal? Mejor cantará que cuantos cantaron sólo las figuras del gran misterio. También cantó Moisés al dar al pueblo de Dios su ley; cantó Ana al engendrar al profeta fiel; más dignamente canta María, que da al mundo al Legislador y al Señor de los profetas.

Y dijo María... Como Isabel, y más que ella, está María llena del Espíritu Santo, que ha venido ya sobre la Madre de Dios (v. 35). Pero contrasta el acento, reposado y sereno, de María con los transportes de su prima: es que su alma estaba llena de Dios: habitaba en Ella la plenitud substancial de la divinidad: en sus palabras se transparenta la noble elevación, la paz tranquila que da la posesión de Dios. Acostumbrada la Virgen a la lectura de las Escrituras, conservando en su memoria los rasgos principales de los antiguos cánticos relativos al Mesías, proyecta María en su hermoso poema toda la fuerza y belleza de los mismos, añadiendo la luz nueva que le comunica el divino Espíritu de que está llena.

Tiene el cántico tres estrofas. La primera, vv. 46-49, es una efusión de gratitud hacia Dios, que tales grandezas había obrado en ella. *Mi alma engrandece al Señor*: la que había sido alabada por el ángel y por Isabel, devuelve a Dios todas sus alabanzas, le ensalza y reconoce su excelsitud. *Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador*: son todas las potencias, toda su vida, la que exultó de gozo en el misterio de la encarnación, que fué salvación para ella y el mundo. Alma y espíritu son palabras equivalentes: es la Virgen, todo su ser, que alaba y admira y canta a Dios, y que salta

de gozo santísimo al ver la realidad de la salvación universal.

Y da María la razón de su gratitud exultante: *Porque (Dios) miró la bajeza de su esclava*. En el lenguaje de la Escritura, cuando mira Dios a uno es para colmarle de dones, como volverle el rostro es indicio de males y castigos. Ha mirado Dios benignamente la bajeza de su sierva, *humilitatem*, no la humildad virtud, que la verdadera humildad no se reconoce a sí misma, sino la vileza, la insignificancia, la nada: esto piensa y dice de sí María. No podía darse mayor abajamiento en menos palabras. La ha mirado Dios y la ha hecho su Madre: de la nada la ha levantado por sobre toda pura criatura: esta situación de privilegio en el mundo, única, que constituye a María en un plano sólo inferior a Dios, que la da una relación única con Dios, pues la hace Esposa, Hija y Madre de Dios, atraerá hacia ella pensamiento y corazón de todos los humanos, que la considerarán y alabarán como la más feliz de todas las criaturas: *Pues ya desde ahora*, ha empezado su prima Isabel, *me dirán bienaventurada todas las generaciones*. La historia nos dice cuán magníficamente se ha cumplido esta profecía de María: todos los cristianos, de todos los pueblos y tiempos, han celebrado y celebrarán la maternidad divina de María: ella es la gloria y ornamento perdurable de la humanidad. Ninguna criatura, después de su hijo, ha sido más bendecida que ella.

Como da María la razón del gozo que tan profundamente la conmueve, y que la ha hecho romper en el himno magnífico, así la da del honor que la dispensarán las generaciones: *Porque me ha hecho cosas grandes el que es poderoso*. Mayores no podían ser los prodigios que obró Dios en esta criatura: la sola encarnación del Verbo en sus entrañas es la obra clásica del poder de Dios: "Señor, ésta es tu obra" (Hab. 3, 2); la maternidad divina, el parto virginal que seguirá; la propia concepción inmaculada y la plenitud de gracia de María son un prodigio del poder de Dios. De su poder y de su santidad: *Y su nombre es santo*: sólo de una santidad infinita podía salir la santísima obra de la encarnación, destinada a producir la santidad en el mundo. Porque

la encarnación es como el principio de la gran función de misericordia que ejercerá Dios a través de los siglos por la aplicación de sus frutos a los hombres que le adoren y obedezcan: *Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen.*

En la estrofa segunda, vv. 51-53, canta la Virgen a la Providencia de Dios, que suele anonadar el orgullo y exaltar la humana pequeñez para sus altos fines. Es tesis absolutamente cristiana, y al demostrarla María en las contraposiciones sucesivas no hace más que dar nueva prueba de su humildad. *Desplegó la fuerza de su brazo*: el brazo es el símbolo del poder y del valor: Dios despliega esta fuerza reduciendo a la impotencia a sus soberbios enemigos que alimentaban en su corazón proyectos contra Él, a Satanás ante todo, y a todo hombre que se oponga a los designios divinos: *Dispersó a los que se ensoberbecían con los pensamientos de su corazón.* Derribando de sus pedestales a los dinastas y tiranos que abusaban de su imperio, de su poder, de su fuerza, y colmando de honores y dignidades a los insignificantes y oscuros: *Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes.* Despojando de sus bienes a los hombres de la opulencia, del fausto y del opíparo vivir, para colmar de hartura a los hambrientos: *Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos dejó vacíos.* Recuerda esta estrofa muchos pasajes de la historia del pueblo de Dios: pero las palabras de María recibirán plenitud y confirmación de otras análogas que pronunciará su divino Hijo en la predicación de su Evangelio.

En la última estrofa, 54-55, como buena hija de Israel, se goza la Virgen en el cumplimiento de las promesas que había hecho Dios a su pueblo: *Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia*: tomó Dios como de la mano al pueblo que escogiera un día para su pueblo: y, a pesar de sus prevaricaciones, hizo con él la gran misericordia de levantarle de su postración, enviándole su Salvador: con ello manifiesta Dios que es fiel a su palabra. Tal vez aluda aquí María a la profecía del "Siervo de Dios", de Isaías (42, 1): el siervo de Dios sería Jesús, verdadero Israel, "luchador

con Dios", que con poder divino vence a los enemigos.

Recuerda la Virgen en estos momentos las antiguas promesas de Dios hechas a los famosos patriarcas: *Tal como lo dijo a nuestros padres.* Y, abrazando de una sola mirada la totalidad del pueblo de Dios sobre el que se ha hecho la gran misericordia, dice María al terminar su cántico: *Abraham y su descendencia por los siglos.* Estas últimas palabras no están ligadas a "nuestros padres", sino a "Israel, su siervo": Abraham y su descendencia son el objeto de la misericordia de Dios.

Pronunciado el hermosísimo cántico por "nuestra cantora", como la llama San Agustín, *María permaneció con Isabel como tres meses.* Su presencia llenó la casa de bendiciones, más que el Arca de la Alianza, tipo de la nueva Arca, *Foederis Arca*, llenó la casa de Obededom (2 Reg. 6, 11) de toda suerte de bienes: y los solícitos cuidados de criatura tan santa fueron gozo y alivio de la anciana prima en los últimos meses de su embarazo.

Y se volvió a su casa: regresó a su soledad de Nazaret para prepararse en el recogimiento a la venida de su Hijo, Mesías y Salvador del mundo. Aunque no son pocos los intérpretes que creen lo contrario, parece más probable que María quedó en casa de su prima hasta después de alumbrar ésta al Bautista. La razón de la caridad que, con otras muchas, hace valer nuestro Maldonado en pro de esta opinión, no deja de tener gran fuerza tratándose de la piadosísima Madre de Jesús. Quedara ella allí en la hora del trabajo y del peligro, o regresara a su país, tenía poder bastante para lograr fuera feliz el advenimiento al mundo de quien había saltado de gozo a su sola presencia.

Lecciones morales. — A) v. 40. — *Y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.* — María, en su visita a Isabel, nos da ejemplo de civilidad, de caridad, de humildad, de abnegación. La profesión de la virtud cristiana no nos releva de las obligaciones que la naturaleza nos impone; antes bien las urge y las ennoblece. Parentesco y amistad imponen especiales deberes que no tenemos con la generalidad de nuestros prójimos; y en

el cumplimiento de los mismos debemos observar las virtudes de María: la caridad, que levanta y dignifica, al cristianizarlas, todas las afecciones de carne y sangre; la humildad, hija de la caridad, que facilita el cumplimiento de los deberes y evita choques y rozamientos con quienes debemos convivir; la abnegación, que nos hace prestar con eficacia y mérito los servicios a quienes debemos prestarlos.

B) v. 41. — *Bendita tú entre las mujeres...* — Debemos tener confianza ilimitada en el poder y amor de la Madre de Jesús, cuya sola presencia atrae sobre la dichosa casa de su prima tantas bendiciones del cielo. Como Isabel hizo con ella, debemos alabarla y bendecirla: Dios lo quiere: el ángel lo había hecho ya en nombre de Dios. Debemos abrirle, como su santa prima, los senos de nuestra alma: el amor filial así lo reclama: somos hijos suyos, e hijos de su Hijo.

C) v. 49. — *Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso.* — Dios ha hecho en nosotros, como en María, grandes cosas. Si no nos ha concedido las grandes prerrogativas que a Ella, nos ha hecho partícipes de todas. A cada uno de nosotros han llegado los efectos de la encarnación y redención. Como ella podemos decir que Dios es "mi Salvador". Si el reino del Hijo de María no tendrá fin, nosotros hemos sido llamados a formar parte de él, en el tiempo y en la eternidad. Las mismas grandezas de María han llegado a nosotros en forma de ejemplaridad, de eficaz protección que puede dispensarnos, de demostración de lo que el amor y el poder de Dios son capaces cuando se trata de dignificar a una criatura. Todo ello debe ser incentivo de nuestro celo en alabar y glorificar, con toda nuestra alma y vida, a quien nos ha hecho partícipes de tanta grandeza.

D) v. 51. — *Dispersó a los que se ensoberbecían...* — En esta actitud de Dios debemos aprender el aborrecimiento de toda hinchazón y soberbia, del pensamiento y del corazón y de la vida. Preeminencias, poder, fuerza, riquezas, prestigio, todo debemos subordinarlo al poder y al querer de Dios. No hacerlo, es condenarnos a una absoluta ineficacia para el bien: quizás a una deplorable eficacia para el mal: probablemente a un descrédito en el mismo orden humano; seguramente al peligro de que abrevie Dios su mano con nosotros en el tiempo; o, lo que es mucho peor, que merezcamos una eternidad desgraciada.

E) v. 54. — *Recibió a Israel su siervo, acordándose de su*

misericordia. — Toda la historia de la humanidad en sus relaciones con Dios es como una lucha entre la miseria del hombre y la misericordia divina. Olvidase el siervo de su Señor y le ultraja, infringiendo su ley; pero el Señor le busca y le recibe en su misericordia, si el hombre se arrepiente. ¿Cuántas veces hemos salido del seno misericordioso de nuestro Señor? Y cada vez que hemos querido retornar a él, se ha acordado él de su misericordia. ¿Cuántas acciones de gracias y cuánta fidelidad le debemos a Dios nuestro Señor!

F) v. 56. — *Y María permaneció con ella como unos tres meses...* — Permaneció allí, dice San Ambrosio, no sólo por razón del parentesco y del auxilio que había de prestar a su prima, sino para bien y provecho del Bautista. Porque si el primer instante de su presencia le llevó la santificación y el conocimiento del Hijo, ¿qué no sería durante su permanencia prolongada en aquella casa? — Para que aprendamos el espíritu de continuidad en nuestro bien obrar, que es el que da mayor fecundidad a nuestra acción, en nosotros mismos y en los demás. ¿Cuántas obras bien comenzadas se malogran por el descuido, o por el cansancio, o por la falta de prudencia que nos hace retirar de ellas a destiempo!

7. — NACIMIENTO Y CIRCUNCISIÓN DEL BAUTISTA: Lc. I, 57-80

**Evangelio de la Misa del Nacimiento del Bautista,
24 de junio (vv. 57-68)**

"Y a Isabel se le cumplió el tiempo de parir, y parió un hijo: "Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había señalado su misericordia para con ella, y la felicitaban. "Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban Zacarías, del nombre de su padre: "Pero tomando su madre la palabra, dijo: De ningún modo, sino que será llamado Juan. "Y le dijeron: Nadie hay en tu familia que se llame con este nombre. "Y preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase: "Y pidiendo una tableta escribió esto:

Juan es su nombre. Y se maravillaron todos. "Al instante se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. "Y el temor se apoderó de todos sus vecinos, y se divulgaron todas estas cosas por toda la montaña de Judea: "Y todos los que las oían las conservaban en su corazón, diciendo: ¿Quién piensas que será este niño? Porque la mano del Señor era con él.

"Y Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo: "Bendito el Señor, Dios de Israel, porque visitó y obró la redención de su pueblo: "Y nos suscitó un Salvador poderoso en la casa de David su siervo, "como lo dijo por boca de los santos profetas de los tiempos antiguos: "que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian: para ejercer su misericordia para con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento: "juramento que juró a nuestro padre Abraham que él nos concedería "que, libres de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, "en santidad y en justicia delante de él todos los días de nuestra vida. "Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo porque irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos: "A fin de dar a su pueblo el conocimiento de su salvación para la remisión de sus pecados, "por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, según las que nos visitó de lo alto el Oriente: "para iluminar a quienes están sentados en tinieblas y en sombra de muerte: para enderezar nuestros pies por el camino de la paz.

"Y crecía el niño y se fortalecía en espíritu: y moraba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

Explicación. — Los maravillosos sucesos que en este fragmento se relatan ocurrieron el mes de junio del año del nacimiento del Señor. Hay que distinguir aquí los varios hechos relativos al nacimiento y circuncisión del Bautista y el hermoso cántico proferido por su padre Zacarías.

NACIMIENTO Y CIRCUNCISIÓN DE JUAN (57-66). — Mientras se desarrollaron los sucesos que acaban de narrarse, llegó a la prima de María la hora del parto: *Y a Isabel se le cumplió el tiempo de parir, y parió un hijo:* quedaba cumplida la primera parte de la predicción del ángel a Zacarías. Fué ello causa de admiración y alegría para la parentela y vecindad de los esposos: Dios había dado a la anciana madre

hermosa prueba de su misericordia haciendo desaparecer su esterilidad y el oprobio que ésta llevaba consigo: el hecho del milagroso parto fué para las relaciones de los santos esposos la revelación de cuánto Dios les quería: *Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había señalado su misericordia para con ella. Y la felicitaban: se alegraban con ella, porque si era Isabel dichosa con su hijo, éste, a juzgar por la visión de Zacarías, que era cosa pública, debía ser presagio de bienandanzas para todos.*

Al nacimiento seguía la circuncisión, que se celebraba después de ocho días, ordinariamente en la sinagoga: en este caso tendría lugar en la misma casa de Zacarías, ya que a la ceremonia asiste Isabel, que no puede, según la ley, salir de su casa sino pasados cuarenta días. La circuncisión es el rito de la admisión del varón en el pueblo de Dios (Gen. 17, 12): asociábase a ella la imposición del nombre: era como la inscripción del infante en el catálogo de los hijos de Israel: *Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban Zacarías, del nombre de su padre.* El santo sacerdote no interviene en la ceremonia del niño sino quizás como testigo de vista: era mudo, y probablemente sordo, desde el día de la visión. Es Isabel la que se opone a que se le llame con el nombre de su esposo: ella conocía el secreto de Zacarías, quien por escrito se lo revelaría; y aunque ve en los parientes el deseo de honrar al padre imponiendo su nombre al hijo, *pero tomando su madre la palabra, dijo: De ningún modo, sino que será llamado Juan.* A la decisión de la madre oponen los parientes un atendible reparo: *Y le dijeron: Nadie hay en tu familia que se llame con este nombre. Y, apelando en la duda, quizás en la persistencia con que cada cual defendía su punto de vista, preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase.* A él, como padre, correspondía indicar el nombre: se lo dicen por señas, para dárselo a entender si era sordo también, como creen muchos; o para no ser oídos de Isabel al buscar la solución de la controversia. *Y Zacarías, pidiendo una tableta de madera, recubierta de cera, de las que se usaban en su tiempo para escribir, escribió esto: Juan es su nombre: cumplía con ello*

el mandato de Gabriel. *Y se maravillaron todos*: ya de la coincidencia con el dictamen de la esposa, ya principalmente porque reconocieron había misterio en todo ello.

Juan equivale a "gracia de Dios": la primera gracia la logra el padre tan pronto impone al hijo el nombre de gracia: recobra la palabra al abrirse su boca y soltarse la lengua que el ángel había atado: *Al instante se abrió su boca y su lengua*. Hombre de Dios como era Zacarías, el primer uso que hace de su voz y de su lengua es para alabar y dar gracias a Dios por tal beneficio: *Y hablaba bendiciendo a Dios*. Consecuencia natural de tantos prodigios, el parto de una anciana, el mutismo del padre, la rareza del nombre impuesto, el milagro de la curación del mutismo, es el temor de los vecinos, efecto de tan claras demostraciones del poder de Dios: *Y se apoderó el temor de todos los vecinos*. Y, como los famosos sucesos, y más los de orden sobrenatural, se propagan con rapidez entre los hombres, *se divulgaron todas estas cosas por toda la montaña de Judea*.

Termina el Evangelista esta parte con un detalle histórico revelador de la psicología del pueblo: la narración de tantos prodigios, de los que no cabía duda, se adentraba en el pensamiento y corazón de los ingenuos moradores de la región montañosa de Judea: *Y todos los que las oían las conservaban en su corazón*: y, como espontáneamente se comunican los hombres aquello que profundamente les impresionan, así lo hacían aquellas gentes, *diciendo: ¿Quién piensa que será este niño?*, porque estas extraordinarias ocurrencias permiten augurar cosas mayores en lo futuro. Y con razón se pasmaban y preguntaban, dice por su cuenta el Evangelista: *Porque la mano del Señor era con él*, revelando con tales prodigios los grandes designios que Dios abrigaba sobre el niño.

EL BENEDICTUS (67-79). — Dios es generoso con Zacarías, como suele serlo con sus servidores. No sólo le devuelve el habla, sino que le llena del divino Espíritu y le levanta a las alturas de la profecía, poniendo en sus labios las palabras que Él mismo le dicta, haciéndole su intérprete en el bellí-

simo cántico *Benedictus*, pieza de alto valor lírico y profético que, como el *Magnificat*, ha sido incorporada por la Iglesia al rezo diario de sus ministros. *Y Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo...* Consta el cántico de dos partes: en la primera, 68-75, se narran los bienes que derivan de la salvación mesiánica; en la segunda, 76-79, se describen los oficios del Precursor para con el Mesías.

Primera parte. — Lleno el pecho de santo gozo por su paternidad y por los horizontes que el espíritu profético le descubría, empieza el sacerdote de Israel, amorador de las glorias de su pueblo, con una alabanza llena a su Dios: *Bendito el Señor, Dios de Israel*, en contraposición a las falsas divinidades de los pueblos paganos. Digno es de toda loa, *porque visitó*, mirándolo benignamente, *y obró la redención de su pueblo*, con rescate nuevo y definitivo. Porque ya no se trata de la liberación de la esclavitud de Egipto, ni del cautiverio de Babilonia, sino de la tiranía del demonio y del pecado: es la fuerza de un Salvador poderoso, hijo de la casa de David, el Mesías prometido, la que erigió Dios triunfadora en medio de Israel: es el Verbo encarnado, las glorias de cuyo reino ve Zacarías como si fuesen ya un hecho: *Y nos suscitó un Salvador poderoso en la casa de David, su siervo*. Es la realización de las promesas de Dios hechas a Israel por boca de los santos profetas, cuyos vaticinios conoce Zacarías, y alaba a Dios por su fidelidad en cumplirlos: *Como lo dijo por boca de los santos profetas de los tiempos antiguos*: llámase santos a los profetas, ya por ser inspirados de Dios, ya porque fueron consagrados por Él para llenar una misión santa. La preparación secular con intervención directa de Dios, que por sus profetas anuncia al pueblo de Israel el advenimiento del Mesías y señala, siglo tras siglo, sus características personales y las de su obra, denota la importancia trascendental del hecho que canta Zacarías.

Describe luego el padre del Bautista las gestas gloriosas del poderoso Salvador. El versículo 70 es un paréntesis: la fuerza del Hijo de David hará triunfar al pueblo de Dios de todos sus enemigos, interiores y exteriores, terrenales y

espirituales: romanos, idólatras, el demonio y el pecado: *Que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian.* Doble fin de la acción salvadora del Mesías es manifestar su misericordia con los antepasados de Israel, librándolos del limbo y dándoles una participación de su gloria, y demostrar que recuerda y cumple fielmente la santa alianza que contrajo con su pueblo: *Para ejercer su misericordia para con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento.* Dios había confirmado su pacto con juramento hecho a Abraham (Gen. 22, 16): en virtud de este juramento, Dios se comprometía a conceder a su pueblo la pacífica posesión de la Palestina (Ex. 33, 1; Num. 11, 12; Deut. 1, 8), a fin de que, libre de todo enemigo, le sirviese sin temor, en piedad y religión para con Dios y en la observancia de su ley: *Juramento que juró a nuestro padre Abraham, que él nos concedería que, libres de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor.*

Pero el reino que el Mesías funde sobre las ruinas de sus enemigos no será al estilo de los humanos reinos, constituido y regido por las armas, con fines de orden exclusivamente temporal, sino que sus súbditos deberán servir a Dios *en santidad y en justicia delante de Él*; en santidad, es decir, en piedad y reverencia para con Dios y en la observancia personal y social de las relaciones que derivan del hecho de la creación y redención, especialmente del culto; y en justicia, por la rectificación de la vida según la ley divina, la penitencia y el perdón de los pecados, y por el ajustamiento de toda la humana actividad a las normas del bien obrar según Dios. Y el nuevo reino que fundará el Mesías, la santa Iglesia, no será repudiado, como el pueblo de Dios, tantas veces infiel, sino que durará para siempre: *Todos los días de nuestra vida.* Contrasta la concepción espiritual que Zacarías tiene del reino mesiánico con las preocupaciones terrenales e imperialistas de sus contemporáneos que soñaban en la hegemonía de Israel sobre el mundo y en el goce de las riquezas y bienestar. Es obra de la inspiración de Dios, que hace revivir en el *Benedictus* todo el sentido de las antiguas profecías.

Segunda parte. — Zacarías, en un apóstrofe lleno de en-

fasis y nobleza, se dirige luego a su hijito, y recordando, bajo la acción del divino Espíritu, las promesas de Gabriel en la visión del templo, en orden a la misión del Precursor, le dice: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos:* será llamado Juan, y lo será en realidad, profeta, el último de Israel, el que indicará con su dedo al Mesías, el más grande de los profetas, como le llamará Jesús (Lc. 7, 28). El hijo de Zacarías preparará los caminos del Mesías dando a conocer a su pueblo la naturaleza de la salvación mesiánica, que no vendrá por el triunfo sobre los romanos o de un partido político sobre otro, sino por la remisión del pecado, que es el mayor enemigo del hombre: *A fin de dar a su pueblo el conocimiento de su salvación, para la remisión de sus pecados:* en realidad, fué esto el tema principal de la predicación del Bautista (Lc. 3, 3.7-14; Mt. 3, 7-10).

Esta feliz liberación del pecado vendrá al mundo por la misericordia, tierna y profunda, más que de entrañas maternales, de nuestro Dios: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,* que, ante nuestra miseria, se conmovieron hasta el punto de que, desde las alturas donde mora la Luz eterna, desde el seno del Padre, viniese a visitarnos y ayudarnos el que es "luz del mundo", el Oriente, es decir, el Mesías, representado por las antiguas profecías por el símbolo de la luz (Is. 9, 2; 42, 6; Mal. 4, 2): *Según las que nos visitó desde lo alto del Oriente.* Doble motivo de esta misericordiosa venida de la Luz del cielo señala Zacarías: *Para iluminar a quienes están sentados en tinieblas y en sombra de muerte,* en cuya metáfora se describe, breve y enérgicamente, el estado de ignorancia y error del mundo en su tiempo, cuando estaba sumergido en los errores y miserias de la gentilidad; y *para enderezar nuestros pies por el camino de la paz:* será el Mesías la luz esplendorosa que vió Isaías, que iluminará los pasos de quienes quieran entrar en las sendas de la paz, para lograrla sin tropiezo, en el tiempo y en la eternidad: es la visión del Mesías, doctor y guía de los pueblos, que los llevará por los luminosos caminos de la vida pacífica del espíritu unido a Dios. Suavisima conclusión del

cántico, tan acomodado al espíritu de los antiguos profetas como a la naturaleza del cristianismo.

VIDA OCULTA DEL BAUTISTA (80). — Con un solo trazo abraza luego el Evangelista la vida del Precursor, desde los brazos de su madre hasta la plenitud de su edad, cuando llene, a los treinta años, sus santos oficios: *Y el niño crecía: y, a medida del crecimiento del cuerpo y de las energías físicas, se fortalecía en espíritu*, porque eran cada día más visibles sus progresos en toda virtud y las manifestaciones de la fuerza y eficacia del Espíritu de que estaba lleno. *Y moraba en los desiertos: vivió, hasta que llegara la hora de ejercer su misión, en los parajes que se extienden a lo largo del Mar Muerto y en su lado occidental, conocidos con el nombre de Desierto de Judá; vasta y hórrida región, donde no hay vegetación alguna, azotada por toda inclemencia del cielo, lluvias torrenciales, calores tórridos y frío intenso, sin rastro alguno de poblado. Allí permaneció hasta el día de su manifestación a Israel, preparándose, por la penitencia y contemplación, para la hora en que le llamara Dios a ejercer pública y oficialmente, ante el pueblo de Israel, su ministerio de Precursor.*

Lecciones morales. — A) vv. 57.58. — *Y parió (Isabel) un hijo... Y la felicitaban.* — En el nacimiento y circuncisión del Bautista se nos ofrece una deliciosa escena de familia. De ella debemos aprender la alegría y reverencia con que se ha de recibir a un recién nacido. Es como la prolongación de la vida de los padres: es un nuevo ciudadano: será miembro del cuerpo de Cristo, que es la santa Iglesia: nuevo retoño que será, en frase de David, el encanto de la mesa en que se sienten el padre y la madre. — Por desgracia no suele suceder así en nuestros días, sobre todo en los países de civilización más refinada. Se mira al infante como un intruso. Se ha escrito con razón del "miedo al niño". Es un signo de descristianización de nuestro pueblo, de corrupción de costumbres y de decadencia social. Y es un crimen para el que Dios tiene especiales castigos, que no impunemente se infringe la ley de Dios en punto tan fundamental de la vida de las humanas sociedades.

B) v. 59. — *Y aconteció que al octavo día vinieron a cir-*

cuncidar al niño... — Nos enseñan los santos esposos la fidelidad y prontitud con que deben cumplirse las sagradas ceremonias prescritas por la santa Iglesia relativas a los infantes. No debe retrasárseles indebidamente la administración del santo Bautismo, bajo ningún pretexto: es exponer sus almas a ser excluidas del cielo que tan fácilmente pueden lograr. Lo mismo puede decirse de la Confirmación y primera Comunión. — Cuidan los padres con celo laudable cuanto se refiere a la vida del cuerpo de sus tiernos hijos: mayores cuidados requiere su alma: el descuido puede acarrear responsabilidad enorme. Las madres piadosas, a más de los sacramentos y ceremonias oficiales de la Iglesia, procuran rodear a sus hijos de una atmósfera de religión que predispone sus almas al bien y al culto y reverencia de Dios.

C) v. 66. — *¿Quién piensas que será este niño?* — Es interrogante que aparece al nacimiento de todo hombre: ¿qué será? Casi puede asegurarse que será lo que sus padres le hagan: de ellos puede decirse que el alma de sus hijos está en sus manos. No suele dejar el hombre, ni en la vejez, la ruta emprendida cuando niño; y el niño sigue la ruta que sus padres le indican o por donde lo llevan. — Ya se coligen de aquí los estrictísimos deberes que tienen los padres para con sus hijos. Dios se los ha dado para que hagan de ellos hombres perfectos como ciudadanos y cristianos. Las mejores condiciones del niño se malogran por una educación descuidada o falseada: los temperamentos menos recomendables pueden ser modificados, por la educación, en el sentido del bien. La misión de los padres reclama un esfuerzo concienzudo y penoso para hacer de su hijo, con la gracia de Dios, un "miembro de Cristo", que crezca cada día en la virtud de Cristo.

D) v. 69. — *Y nos suscitó un Salvador poderoso...* — Nuestro poderoso Salvador es Jesús, "fuerza de Dios", como le llama el Apóstol, a cuyo nombre doblan las rodillas los cielos, la tierra y los abismos. Dios nos lo ha dado y ha puesto en nuestras manos su fuerza para que podamos vencer. Pero también ha consentido Dios que tengamos poderosísimos enemigos. La redención por Jesús nos ha logrado en derecho la victoria sobre todos ellos: todo lo podemos en Aquel que nos conforta. Pecado, demonio, concupiscencias, el mundo, todo ha sido vencido por Jesús Salvador. También lo será por nosotros si luchamos con Jesús. Pero ello demanda un esfuerzo personal que

debemos acoplar a la fuerza de Jesús. Ésta no nos faltará jamás: es la gracia que a nadie niega Dios en la medida suficiente para vencer. No desperdiciemos la gracia haciendo mal uso de nuestra libertad. Con ello será la redención un hecho en cada uno de nosotros; sin ello, haremos inútil para nosotros la sangre redentora de Jesús.

E) vv. 74.75. — *Le sirvamos sin temor, en santidad y en justicia...* — Son éstas las características de nuestra religión: servir a Dios sin temor, porque ya no estamos en tiempos de la religión mosaica, en que predominaba el espíritu servil, sino que podemos acercarnos a Dios, que es nuestro Padre que está en los cielos, con la libertad de hijos. Servirle en santidad, que no es otra cosa que la pureza interior, la rectitud del espíritu, que ha de dar claridad a toda nuestra vida, como dice el mismo Jesucristo, y que consiste esencialmente en el amor de Dios. Servirle en justicia, por la observancia de todo precepto legítimo, de Dios y de los hombres. Todo ello "delante de Dios", porque no nos basta la justicia de los fariseos o simple observancia legal externa, ya que Dios mira y quiere el corazón.

F) v. 77. — *A fin de dar al pueblo el conocimiento de la salvación...* — Conocer la salvación es ante todo conocer los caminos de lograrla. La vida eterna está en el conocimiento de Dios y de su enviado Jesús, Salvador del mundo. El Precursor enseñó este camino al mundo de su tiempo, señalándoles a Jesús. La Iglesia nos lo enseña a nosotros en mil formas y sin cesar. No debemos desperdiciar ninguna de sus direcciones, en ningún orden. — Los que tienen misión de enseñar a otros el camino de la salvación, como el Bautista, deben trabajar, oportuna e importunamente, en todas las formas que estén a su alcance, para que nadie pueda alegar ignorancia de los caminos de Dios.

8. — CONGOJAS DE JOSÉ: SE LE REVELA EL MISTERIO: Mt. I, 18-25

Evangelio de la Misa de la Vigilia de la Navidad del Señor, de la fiesta de San José y de los Desposorios de la Virgen

* La generación de Cristo fué de esta manera: Que siendo María, su Madre, desposada con José, antes que viviesen juntos fué hallada que había concebido del Espíritu Santo.

* Mas José, su esposo, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. * Pero mientras pensaba en ello, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella ha nacido viene del Espíritu Santo. * Parirá un hijo: y le darás el nombre de JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

* Y todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el profeta, que dice: * He aquí, la Virgen concebirá y parirá un hijo: y se le dará el nombre de Emmanuel, que quiere decir: * Dios con nosotros. * Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. * Y no la había conocido cuando parió a su hijo primogénito, al que dió el nombre de JESÚS.

Explicación. — Es probable que a la vuelta de la Virgen de casa su prima Isabel, habiendo transcurrido más de tres meses de la encarnación del Verbo en su seno, apareciesen ya exteriormente las señales de su maternidad. Llegada María a Nazaret, donde vivía su esposo José, pudo éste notar, con la natural congoja, el hecho, para él inexplicable, no sabiendo conciliar lo que parecía una falta, que la ley castigaba severamente, con la virtud que claramente resplandecía en su esposa, tanto en sus palabras como en su conducta, virtud que nunca había dejado de admirar. Este delicado e íntimo episodio es el que refiere San Mateo, con la explicación de los hechos accesorios, complementándose así los Evangelistas en un punto capital de los sucesos misteriosos ocurridos antes del nacimiento de Jesús.

CONGOJAS Y SUEÑO DE JOSÉ (18-21). — Puesta la genealogía humana de Jesús como preludeo de su Evangelio, San Mateo se preocupa inmediatamente de puntualizar el origen divino del Mesías y su concepción sobrenatural: *La generación de Cristo fué de esta manera...*, es decir, de la manera que va a narrar. José y María habían celebrado sus esponsales, conforme a la costumbre del país: reunidos en casa de la esposa los amigos y parientes de ambos, habiánselo hecho las mutuas promesas: la principal de ellas era la ce-

lebración solemne del matrimonio en el tiempo estipulado, que oscilaba de unas semanas a un año. Estos esponsales, en orden a la mutua fidelidad, importaban los mismos deberes que el matrimonio. En el decurso de este tiempo, y antes que se celebrase la pública y solemne recepción de los esposos en una misma casa, para empezar la convivencia bajo el mismo techo, se ofreció a José una sorpresa desagradable: la vista de los signos externos de la preñez de la esposa. El Evangelista, para evitar la más leve sombra que pudiese empañar el nombre de la Inmaculada Madre, se apresura a afirmar que lo que en su seno llevaba María era obra del Espíritu Santo: *Siendo María, su Madre, desposada con José, antes que viviesen juntos fué hallada que había concebido del Espíritu Santo.* María había celado a todo el mundo, incluso a su esposo, la altísima y ocultísima merced: sierva de Dios como se había declarado, déjase al cuidado de Dios que ha querido hacerla su madre. Sólo por divina revelación habían conocido el misterio Zacarías e Isabel. De aquí la tortura del castísimo y prudentísimo esposo. Varón justo, que amoldaba siempre sus actos a los dictados de la ley y de la conciencia, no podía recibir por mujer a la que veía ya madre sin haberla conocido maritalmente. Pero tampoco podía difamarla, denunciándola a los jueces o dándole el libelo de repudio, porque estaba tan seguro de su castidad e inocencia, que ni sospecha de adulterio podía ocurrirle. Por ello adopta una sapientísima resolución: la de devolverla la libertad de soltera en forma sigilosa y oculta: *Mas José, su esposo, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente;* lo que pudo hacer José yendo a vivir a otra región, o dándole el libelo de repudio ante dos testigos, si la ley del repudio (Deut. 24, 1) se aplicaba también a los simples desposados, ignorándose el tiempo que consentiría Dios las terribles dudas.

Pero mientras pensaba en ello, porque ello sería su preocupación de día y noche, he aquí que, inesperadamente, un ángel del Señor se le apareció en sueños, no soñando, sino a la hora del sueño, en visión nocturna, diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer. Creen al-

gunos sería el mismo Gabriel, el ángel de la Anunciación, que aparecería en forma visible y en propia persona a José; no en simple representación imaginativa. El santo varón debió sentir emoción profunda al oír que se le llamaba por su propio nombre, señal de amable familiaridad; que se le indicaba su noble prosapia, lo que presagiaba algo relacionado con ella; y que se descubrieran sus secretos temores, en lo que aparecía una inteligencia superior. Y vería ya claramente que se le explicaría por qué podía sin temor recibir solemnemente por mujer a María. Efectivamente, el ángel, con sencillez sublime y claridad meridiana, le revela el estupendo misterio: *Porque lo que en ella ha nacido viene del Espíritu Santo,* es decir, lo que en ella ha sido engendrado, por nadie lo ha sido, sino que es obra del Espíritu Santo, que sobre ella ha venido para producir la estupenda obra del amor de Dios. Cuando llegue el tiempo oportuno, *parirá un hijo,* no para ti, como Juan para Zacarías (Lc. 1, 13), sino para todo el mundo: pero tendrás sobre él los derechos de paternidad, porque tú eres el esposo de su madre y el jefe de la familia; y, por ello, *le darás el nombre de JESÚS.* Y añade el ángel la razón de esta denominación del Hijo de María: *Porque él salvará a su pueblo de sus pecados:* el pecado es la máxima de las esclavitudes, porque lo es del espíritu humano al espíritu soberbio e inmundo, el demonio: con ello da a entender el ángel el carácter espiritual del reino mesiánico.

JOSÉ RECIBE A MARÍA (22-25). — José no dudó un momento de la verdad que se le anunciaba: ni pensó más en dejar a su esposa. La aceptación de las palabras del ángel por parte del esposo es una prueba providencial de la concepción virginal de Jesús: ¿cómo, si no, hubiese José accedido a recibirla solemnemente en matrimonio y convivir con ella? A esta prueba histórica de la virginidad de la santísima Madre añade el Evangelista la prueba de la profecía que se ha realizado ya: *Y todo esto fué hecho para que se cumpliera lo que habló el Señor por el profeta, que dice: He aquí, la Virgen concebirá y parirá un hijo.* La profecía es de Isaías (7, 14): es absoluta y directamente mesiánica, como lo reco-

noce toda la tradición judía y cristiana: se trata de una concepción y parto milagrosos y de una virgen que lo será por antonomasia. De hecho, en la historia del cristianismo la Madre de Jesús es "la Virgen": es la misma virgen que el profeta viera en el fondo de su espíritu iluminado por la luz profética: es la misma creación divina, manifestada entonces por Dios mismo, y realizada ahora. Y sigue la profecía: *Y se le dará el nombre de Emanuel, que quiere decir: "Dios con nosotros"*: acostumbra la Escritura, y en este caso es Dios mismo quien impone el nombre, llamar a las personas por sus obras: las obras de Jesús serán obras de Dios; porque Jesús es Dios: Jesús vivirá y tratará con los hombres: por consiguiente se llamará Jesús con razón: "Con nosotros Dios."

José obedece pronta y totalmente al ángel: *Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer.* Concertó con su esposa y sus parientes lo relativo a la solemne ceremonia nupcial, y María, ataviada de sus mejores galas, con el cortejo de costumbre, fué solemnemente recibida en el hogar de José.

El Evangelista añade una afirmación de la que han tomado pie los herejes para impugnar la perpetua virginidad de María: *Y no la había conocido, tratándola maritalmente, cuando parió a su hijo primogénito.* No la conoció carnalmente antes ni después del nacimiento de Jesús: vivieron los esposos en absoluta castidad. Para nosotros es un dogma la virginidad perpetua de la Madre de Dios, antes del parto, en el parto y después de él. De la negación de San Mateo no puede deducirse una afirmación contraria para lo sucesivo; como han hecho Joviniano, Elpidio y otros herejes. La intención del Evangelista es demostrar la concepción y nacimiento virginal de Jesús, y, por lo mismo, que Jesús no era hijo de José, según la carne. Excluida la intervención de José en la generación de Jesús, los lectores del Evangelio de San Mateo, que sabían no tenía María más que un hijo. Jesús, sabían que la Señora permaneció virgen, porque el "primogénito" de la virgen de Nazaret era realmente su "unigénito". De hecho, la tradición histórica, ya desde el

siglo II, es unánime en afirmar la perpetua virginidad de María, y la tradición teológica ha puesto siempre el dogma de la concepción virginal de Jesús en el mismo rango de su resurrección. No puede ser más clara esta verdad de lo que se expresa en las mismas palabras de la anunciación.

Con todo, esta exclusión de José en la obra de la generación de Jesús no amengua su dignidad excelsa. Su matrimonio con María es verdadero matrimonio. Él es quien merece guardar el tesoro de la virginidad de la purísima criatura. Es el jefe de la Sagrada Familia. Tiene sobre el Hijo todos los derechos de la paternidad, salva la concepción virginal: por ello, como verdadero padre, impone su nombre al hijo de María por mandato del ángel: *Al que dió el nombre de JESÚS.*

Lecciones morales. — a) v. 18. — *Antes que viviesen juntos, fué hallada que había concebido...* — De las terribles congojas de José debemos aprender que no hay condición alguna de la vida exenta de dolor. Varón justísimo, sin culpa alguna por su parte, cuando se creía feliz por su próximo matrimonio con la santísima María, viene a turbar la paz de su corazón la desgracia mayor que puede venir sobre un santo desposado. Una simple confidencia de María hubiese devuelto la calma a su corazón. Pero Dios quiere probarle, como el oro en el crisol. El crisol es el dolor, donde es preciso entre toda vida humana: la visita del dolor es la visita del amor de Dios. Él mismo cuidará, como lo hizo con José, de sacar provecho de nuestros dolores si los recibimos como venidos de su mano y si en Él confiamos.

b) v. 19. — *Mas José su esposo, como era justo...* — Para alabar a José, el Evangelio condensa su elogio en una palabra: era justo. Por la justicia quiso dejar a su esposa, porque ni la ley ni su conciencia le consentían vivir con ella. Como justo no quiso difamarla, porque estaba convencido de su inocencia. Como justo, adoptó la justísima resolución de separarse de ella. Siempre fué la justicia su norma de vida. — Tal debe ser también la regla de la nuestra. Justicia, en este caso, es santidad: es el ajuste de toda nuestra acción a las exigencias de la ley y de la voluntad de Dios. La justicia y santidad triunfan siempre en orden a la vida eterna: muchas veces, como

en este trance de la vida de José, ya reciben el premio en esta vida.

c) v. 20. — *He aquí que un ángel del Señor se le apareció...* — Dios es fiel y no nos probará jamás sobre nuestras fuerzas, sino que dará con la prueba la fuerza para resistirla. Prueba de ello es este momento culminante de la vida de José. Cuando le parecía cerrado todo horizonte, y no había poder humano para devolverle la calma, Dios le envía oportunamente un ángel del cielo. La congoja se convierte en dulce calma, y la pena en inefable gozo: el gozo de ser padre putativo del Hijo de Dios y jefe de la familia en que nacerá.

d) v. 22. — *Y todo esto fué hecho para que se cumpliera lo que habló Dios...* — Admiremos la providencia de Dios en el gobierno espiritual del mundo y la fidelidad a sus promesas. En ocasión solemne para la historia de Israel, promete Dios, por boca de Isaías, la venida del Emanuel, que nacerá de una virgen. Llegada la plenitud de los tiempos, Dios cumple escrupulosamente los estupendos vaticinios: Él mismo se hace Emanuel, conviviendo personalmente con los hombres, y nace de una virgen purísima, fuera de toda ley natural. "Todo esto, dice sentenciosamente el Evangelista, fué hecho para que se cumpliera lo que habló el Señor..." La historia de lo pasado es garantía de lo futuro. En la historia general de la Iglesia, como en nuestra vida particular de cristianos, se cumplirán todas las promesas de Dios. Pasará el mundo, pero la palabra de Dios no pasará.

e) v. 24. — *Hizo (José) como el ángel del Señor le había mandado...* — Admiremos la obediencia pronta y exacta de José al mandato del ángel, en quien reconoce el transmisor de la voluntad de Dios. No importa lo arduo del mandato, ni lo humanamente inexplicable de las razones que le da el celeste mensajero. Pensamiento y voluntad de aquel varón justo se doblegan, y sigue la celebración de un acto público y oficial, contra su resolución anterior de dejar ocultamente a la esposa. Es en verdad obediencia heroica, a la que dista mucho de asemejarse la nuestra.

II. Infancia y vida oculta de Jesús

9. — NACIMIENTO DE JESÚS; SU ANUNCIO A LOS PASTORES: Lc. 2, 1-14

Evangelio de la primera Misa de Navidad

¹Y aconteció aquellos días que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. ²Este primer empadronamiento fué hecho siendo Cirino gobernador de la Siria: ³e iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad. ⁴Y subió también José de Galilea de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, porque era de la casa y familia de David, ⁵para empadronarse con su esposa María, que se hallaba encinta.

⁶Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que había de parir. ⁷Y parió a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

⁸Y había unos pastores en aquella comarca, que estaban velando, y aguardando las velas de la noche sobre su ganado. ⁹Y he aquí que apareció junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios les cercó de resplandor, y tuvieron gran temor. ¹⁰Y les dijo el ángel: No temáis, porque he aquí que os anuncio un grande gozo, que será para todo el pueblo: ¹¹Es que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. ¹²Y ésta os será la señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, y recostado en un pesebre. ¹³Y al mismo instante juntóse al ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan a Dios, y decían: ¹⁴Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Explicación. — Tranquilos vivían José y María en su hogar de Nazaret, esperando la hora del advenimiento del

divino Emanuel. Sabrían ellos, conocedora como era María de las Escrituras, que el lugar del nacimiento del Mesías debía ser Belén, y esperan la señal de Dios para subir a la ciudad de David. Dios ordena de tal manera los humanos hechos que, sin violencia alguna, concurren a cumplir sus designios los mismos que los ignoran o que se oponen a ellos. El mismo César romano es quien determina el viaje de los esposos a Belén.

EL EDICTO DEL CÉSAR Y EL VIAJE DE LOS ESPOSOS (1-5). — Empieza el Evangelista la narración del nacimiento de Jesús sentando un hecho histórico que, al par que es un punto de referencia para fijar la época del acontecimiento, da la razón providencial de que se cumpliera la profecía de Miqueas relativa al lugar del nacimiento de Jesús (Mich. 5, 2): el empadronamiento ordenado por César Augusto: *Y aconteció aquellos días que salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. César Augusto, hijo adoptivo de Julio César, había heredado de él, si no sus cualidades guerreras, el método y la sabiduría en el régimen y administración del vastísimo imperio. De aquí que, para remediar el desconcierto que las guerras civiles habían ocasionado en la administración de la cosa pública, y que se traducía en un desconocimiento de los recursos bélicos y en una disminución de las rentas, ordenara un catastro general de las tierras del imperio, en orden a la tributación, y un empadronamiento de todo el mundo, se entiende del romano, que abarcaba la mayor parte de las tierras conocidas. Ignórase el tiempo de la promulgación del edicto: sólo es cierto que se ejecutaba en Judea en tiempos del nacimiento del Señor.*

Esta afirmación de San Lucas ha dado lugar a una famosa controversia cronológica. Ha perdido ya ésta su acuidad, habiéndose demostrado por documentos e inscripciones contemporáneos de Augusto la veracidad del relato evangélico.

Promulgado por el mismo emperador el edicto ordenando el censo personal de todo el imperio, la ejecución del mismo se dejaba a las facultades discrecionales de los gobernadores de las distintas provincias. Correspondía la Pa-

lestina a la provincia romana de la Siria: de aquí que fuese Cirino el encargado de la ejecución del imperial edicto: *Este primer empadronamiento fué hecho siendo Cirino gobernador de la Siria. Califica San Lucas este censo de "primero", porque lo fué de una serie habida en catorce años, y especialmente para distinguirlo de otro más famoso en los fastos de la Judea, al que se refiere el mismo San Lucas (Act. 5, 37), que tuvo lugar diez años más tarde, gobernando otra vez Cirino, y que dió margen a sangrientas revueltas, por estar ordenado al aumento de impuestos y a una leva militar.*

Hacíase el censo de los ciudadanos romanos en el mismo lugar de su residencia, pero se respetaban en la ejecución del empadronamiento las costumbres de las distintas provincias. Los judíos se empadronaban por tribus, familias y casas: en las ciudades que se consideraban como la cuna de las familias se guardaban las tablas o registros de los individuos pertenecientes a las mismas: un censo era, por lo mismo, una revisión de las tablas genealógicas. Belén era la ciudad de David y su familia: José era de la familia de David: a Belén sube, pues, el santo varón para su empadronamiento: *E iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad: y subió también José de Galilea de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, porque era de la casa y familia de David. Acompañó al humilde carpintero de Nazaret en su viaje, que importaba a lo menos cuatro jornadas, su santa esposa María. ¿Debió la Virgen subir a Belén en fuerza de la ley? Si el empadronamiento era por cabezas, con fines tributarios, debió subir, como heredera de los escasos bienes de su familia. Siguiendo la costumbre romana, y aun la misma judía de los censos ordinarios, no debió subir. Quieren algunos que subiera María para no separarse de su esposo en su delicado estado, o por especial impulso del Espíritu Santo, para que la profecía se cumpliera: Para empadronarse con su esposa María, que se hallaba encinta.*

NACE JESÚS (6,7). — En dos simples versículos, de una sencillez en verdad evangélica, refiere San Lucas el gran

acontecimiento que ha cambiado la faz del mundo. Difiere en ello de las narraciones de los evangelios apócrifos, que rodean el hecho de episodios sobrenaturales, luz maravillosa de la Madre y del Hijo, cantos celestes, ejércitos de ángeles, etc.

Belén, "casa del pan", donde debía nacer el "Pan del cielo, que debía dar la vida al mundo", rebosaba de gente forastera los días del empadronamiento. Pequeña era la ciudad. Aunque San Lucas la da tal nombre, San Juan la llama "pueblo" o "caserío" (7, 42): desarrollóse más tarde, hasta contar en la actualidad como 10,000 habitantes, la mayor parte católicos. Como Nazaret y San Juan de la Montaña, y más que estas localidades, distínguese Belén por el natural encanto de su paisaje. Los nazaretanos son de distinguido porte y afables en el trato. Llevan las mujeres con gran nobleza su bello traje indígena. Toda la ciudad ofrece un sello inconfundible que, ya a primera vista, la hace profundamente simpática.

Habían ya llegado los días del alumbramiento de la Virgen, lo que creaba a los esposos, pobres, en pleno invierno y a más de ciento veinte kilómetros de su casa, una situación de congoja: *Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que había de parir.* Para los cristianos, y para cuantos han comprendido lo que el nacimiento de Jesús representa en la historia, las palabras que siguen, por su claridad ingenua, por su simplicidad sublime, deben ser de admirativo pasmo: *Y parió a su hijo primogénito.* Bien dice el Evangelista que parió a "su hijo": ningún hijo fué jamás tan plenamente de madre alguna como Jesús lo fué de María: ella sola lo concibió sin concurso de varón, acumulándose en ella, por decirlo así, los derechos de propiedad de padre y madre. Hijo primogénito y unigénito, porque Jesús no tuvo hermanos: la palabra primogénito era entre los judíos como sagrada y ritual, y se aplicaba siempre al primer nacido, siguieran otros o no, para los efectos de su oblación y rescate en el templo. La teología y la exégesis católica están contestes en este punto. Hasta la misma justicia del esposo es argumento de la virginidad de María después del parto:

¿hubiera el santísimo José osado profanar el templo en que habitó el Verbo de Dios hecho carne?

Dió la Virgen a luz al Rey magnífico de la gloria sin dolor: es común sentir de la tradición cristiana. La que era exenta de pecado original no debía sujetarse a la maldición que Dios fulminara contra la primera madre en el paraíso: "Parirás con dolor" (Gen. 3, 16). Y dió a luz al Rey de la gloria en pobreza y humildad: sin comodidad ninguna y en la soledad de una cueva.

Y lo envolvió en pañales, a guisa de faja, como suelen serlo los recién nacidos; pañales pobres, pero limpiísimos. que la pródiga madre trajera consigo por la inminencia del parto. *Y lo recostó en un pesebre*, cuna improvisada en la que, tendido sobre paja, adorarían José y María a su Dios. Da la razón de ello el Evangelista, que concuerda con lo que más tarde dirá Jesús de su pobreza y desamparo (Mt. 8, 20; Lc. 9, 58): *Porque no había lugar para ellos en el mesón.* Para todo el mundo habría, menos para el Hijo de Dios y sus padres. La extraordinaria afluencia de forasteros había llenado la única hostería situada, como de costumbre, a la entrada del pueblo: era lo que se llama todavía *khan*, recinto rodeado de pobres tapias y a cielo abierto, donde se guardaban las caballerías de los viajeros, quienes ocupaban las galerías superiores de unos pórticos adosados al muro de cierre del recinto. Colmado de viajeros el pobre lugar, su custodio les dice a los santos esposos que no hay ya lugar para ellos.

En las cercanías había unas cuevas naturales, abiertas en la roca caliza que circunda la ciudad: servían ordinariamente de establo para las cabalgaduras. En una de estas cuevas, dependiente tal vez del *khan*, donde había las caballerías que en él no cabían, se refugiaron José y María, y allí vino al mundo el Hijo de Dios, dándole calor, según la tradición, el asnillo y el buey.

Remóntase a la mitad del siglo II la tradición que señala la cueva del Nacimiento. Sirve hoy de cripta a la bellísima basílica que, levantada en aquel sagrado lugar por Santa Elena, ha sido posteriormente restaurada varias veces.

Por unas puertas practicadas a derecha e izquierda del transepto, éntrase en el lugar del Nacimiento, recinto sombrío al que se llega bajando unos peldaños. En la extremidad oriental de la gruta, y entre las dos escaleras que allí convergen, se ve un nicho, y en el suelo una estrella de plata sobredorada a cuyo rededor se lee esta inscripción: HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST: "Aquí nació Jesucristo de la Virgen María". A pocos metros de este lugar, y en la misma cripta, se halla el oratorio del Pesebre donde fué colocado el Niño recién nacido, y en el mismo pequeño recinto y delante del pesebre está el altar de los Magos que señala el sitio en que aquellos santos personajes adoraron a Jesús.

Sobre el año y día del nacimiento del Señor véanse las págs. 151-152: cuanto a la hora, sería probablemente durante la noche por lo que se deduce de los episodios narrados en el siguiente epígrafe.

ANUNCIO A LOS PASTORES (8-14). — Hacia el oriente de Belén se extiende una hermosa llanura tapizada de abundosos pastos: ya el pastor David, tipo del Mesías, había allí ejercido su campestre oficio. El Pastor Jesús, que no ha sido recibido por los bethlemitas, no quiere asistir solos a su nacimiento María y José, y va a revelarse a los sencillos pastores de aquella comarca: *Y había unos pastores en aquella comarca que estaban velando y aguardando las velas de la noche sobre su ganado*. Velaban a campo raso: no es tan duro el clima de la Palestina en diciembre que no lo consienta. Para defender sus rebaños de ladrones y fieras, y poder descansar al mismo tiempo, dividían la noche en cuatro partes de tres horas, que se repartían por turno.

Súbitamente sorprendió a los pastores una aparición celestial: *Y he aquí que apareció junto a ellos un ángel del Señor*: era probablemente el mismo Gabriel que, como había anunciado al Mesías futuro, así le anuncia a los pastores ya nacido. Un gran resplandor, como de nube luminosa, les circuye: es el signo de la presencia de Dios o de sus mensajeros: *Y la claridad de Dios les cercó de resplandor*: Dios

revela con la luz de su gloria la majestad de Jesús, oculta en la cueva de Belén. Como ante toda manifestación de la divinidad, el espanto sobrecogió a los sencillos pastores: *Y tuvieron gran temor*. Pero lo deponen a una palabra del ángel, anunciadora y obradora del gozo y de la paz, para ellos y para todo el pueblo judío a que pertenecían: *Y les dijo el ángel: No temáis, porque he aquí que os anuncio un grande gozo, que será para todo el pueblo*.

Jamás se había anunciado sobre la tierra tan fausta nueva: *Es que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David*. ¡Anuncio llenísimo de realidades presentes y de presagios felices para un buen israelita! Porque el ángel alude seguramente al famoso oráculo de Isaías (9, 4 y sigs.) relativo al Mesías: "Nos ha nacido un niño", que es el *Salvador*, "que romperá el yugo de la cerviz de su pueblo y el cetro de sus tiranos": *Cristo* de Dios, "que se sentará sobre el trono y el reino de David": *Señor*, "sobre cuyos hombros descansará el poder principesco": ha nacido en la ciudad de David, ciudad real, en la que debía nacer el gran Rey. El anuncio era magnífico; y para que no les faltara a los humildes pastores una prenda de su certeza, como se la dió a Zacarías y a María, así se la da a ellos: *Y ésta os será la señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, y recostado en un pesebre*: era la misma humildísima envoltura con que le acababa de cubrir la Virgen, la misma postura en que le dejaba al venir al mundo: así le hallarán los pastores, y tendrán en ello una señal para distinguirlo y una prueba de la verdad que se les anunció.

Y, como para corroborar la verdad del fausto anuncio y para que vieran en el Niño que van a visitar al Cristo de Dios, Señor y Salvador del mundo, *al mismo instante juntóse al ángel una tropa numerosa de la milicia celestial*: milicia angélica, que rendía homenaje a su Rey, recién nacido en carne humana: milicia que aparecía en la tierra para destruir el poder de la infernal milicia: *que alababan a Dios*, porque acababa de realizarse la obra suma del poder, de la sabiduría y de la misericordia de Dios. *Y decían: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena*

voluntad: es éste un corto y llenísimo himno, no de carácter optativo, sino asertivo: no "sea" dada gloria..., sino "es" dada; porque, en los cielos de los cielos, recibe Dios más gloria externa de un solo vagido del Niño recién nacido — porque es una Persona divina que ha tomado una naturaleza humana — que de toda la creación material y espiritual: y en la tierra no puede haber mayor paz que la mesiánica porque es la reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Es el reino de la caridad unitiva, de la gracia, que viene a los hombres, no de su buena voluntad, sino "de la buena voluntad de Dios", es decir, del amor y beneplácito de Dios para con los hombres. Inútilmente buscarían los hombres la paz espiritual, en este mundo y en el reino de la paz, sin la buena voluntad de Dios que se la brinda y concede.

Lecciones morales. — a) v. 1. — *Y aconteció aquellos días que salió un edicto del César...* — En el hecho del empadronamiento de José y María, debemos admirar la traza maravillosa con que Dios hace converger todos los humanos sucesos hacia sus fines providenciales. El Mesías debía nacer en Belén, según la profecía; y en el momento preciso de su vida oculta en el seno de María, que se hallaba distante de la ciudad de David, se produce un hecho extraordinario, el edicto de Augusto sobre el censo, que, sin que nadie pudiera sospecharlo, determina el cumplimiento de la rara profecía. No juzguemos según nuestras ideas mezquinas los humanos hechos, que suele conjugar Dios en forma insólita, para lograr fines altísimos que se escapan a la humana inteligencia y previsión. Es mucha verdad que "los hombres se agitan y Dios los lleva".

b) v. 4. — *Y subió también José de Galilea...* — El edicto del César respondía a una exigencia de la buena administración de las cosas del imperio romano. No lo creemos un simple acto de vanidad del emperador. José obedece la ley civil, porque cuando ésta es legítima obliga a todo ciudadano para la que se dió; obligación que arranca de la misma naturaleza de la sociedad, que no puede subsistir ni progresar sin leyes convenientes. — Debemos de ello recibir ejemplo. Más tarde el mismo Jesús concretará la posición de sus discípulos ante las autoridades: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo

que es de Dios" (Mt. 22, 21). San Pablo sostendrá y explicará la misma teoría. — Tertuliano habla de la inscripción de Jesús en el registro civil de Belén, conservado en el Capitolio en su tiempo: el mismo Hijo de Dios quiso estar en regla con los poderes de la tierra.

c) v. 7. — *Y parió a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales...* — Discurriendo sobre el nacimiento de Jesús dice San Ambrosio: Fué Él infantillo para que pudieses ser tú hombre perfecto: envuelto en pañales, para que fueses libre de los lazos de la muerte: Él en un pesebre, a fin de que te llegases tú a los altares: en la tierra Él, para que estuvieses tú en los cielos: no encontró lugar en el mesón, para que le tuvieras tú en la eterna mansión...

d) v. 7. — *Y lo recostó en un pesebre...* — La cuna de Belén es el humildísimo lugar de donde arranca el Cristianismo, con todas sus glorias y grandezas. Es ley que preside la vida individual y social, en nuestra religión, el que se proceda desde los pobres e ignorados comienzos para llegar a toda cumbre de perfección, de grandeza, de eficacia, de gloria. Si el grano de trigo no se esconde en la tierra, no da fruto. Los mundanos y los espíritus soberbios se han escandalizado siempre de los anodamientos de Belén: "Quitadme, decía Marción, estos molestos empadronamientos, y las estrecheces de un mesón, y los pañales despreciables, y los duros pesebres": a lo que respondía Tertuliano: "Déjame gozar en la ignominia de mi Maestro, y en el deshonor necesario de nuestra fe: no me avergüenzo de ello, porque sería esto vergonzoso: yo creo, porque ello es absurdo (al humano pensamiento): yo estoy cierto de ello, porque es imposible." Si no nos hacemos como niños, no entraremos en el reino de los cielos.

e) v. 9. — *Y he aquí que apareció junto a ellos (los pastores) un ángel...* — Se apareció el ángel a José a la hora del sueño, dice el Crisóstomo, como a hombre que fácilmente será inducido a creer: a los pastores se les ofrece en forma visible, como a gente más ruda. Pero no fué el ángel a Jerusalén a buscar a escribas y fariseos para comunicarles la nueva, pues eran hombres depravados y la envidia les roía. Pero éstos eran sinceros y seguidores de las antiguas tradiciones de los patriarcas y de Moisés; y la inocencia es buen camino para llegar a la sabiduría.

f) v. 14. — *Gloria a Dios..., y en la tierra, paz...* — Jesús

es el centro del mundo espiritual. Está unido a Dios, porque es el mismo Dios que ha tomado una naturaleza de hombre: está unido al hombre, porque es de nuestra especie, y porque vino para que fuésemos un cuerpo con Él: es nuestra Cabeza. Por ello da a Dios la mayor gloria posible, en cuanto es como la síntesis de la creación y la obra más perfecta que salió de las manos de Dios. Y por ello Dios se abaja al hombre, y le mira propicio, y le da su gracia, que es la paz, en la tierra y en el cielo. Toda la gloria que demos a Dios debe subir a Él por Cristo Jesús: y por Cristo Jesús nos vendrán de Dios los dones de la paz: "Por nuestro Señor Jesucristo...", dice la Santa Iglesia: *Per Dominum nostrum Iesum Christum...*

10.—ADORACIÓN DE LOS PASTORES

Lc. 2, 15-20

Evangelio de la segunda Misa de Navidad

"Y aconteció que luego que los ángeles les dejaron y retornaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Lleguémonos hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, que el Señor nos ha manifestado." Y fueron presurosos, y hallaron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre. "Cuando esto vieron, entendieron lo que se les había dicho acerca de aquel niño." Y todos los que lo oyeron se maravillaron: y también de lo que les habían referido los pastores. "Y María guardaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón." Y se volvieron los pastores glorificando y loando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, tal como se les había dicho.

Explicación. — Cumplida su misión, el ángel anunciador de la buena nueva y el ejército angélico que dijo por vez primera el *Gloria in excelsis...*, dejaron a los pastores y regresaron a los cielos, de donde vinieran. Extáticos los pastores en la contemplación del insólito espectáculo, no articularon palabra mientras gozaron de la luminosísima visión y del angelical concierto de voces. Pero ello les dejó en el alma una santa ansia de conocer la realidad; y así que quedan otra

vez solos, mutuamente se incitan a salvar la distancia que de Belén les separa, como de un kilómetro, para ver con sus ojos la verdad de la palabra, o la realidad de los hechos, que el Señor les había manifestado: *Y aconteció que luego que los ángeles les dejaron y retornaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Lleguémonos hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, que el Señor nos ha manifestado.*

Corrieron presurosos los pastores: fe, esperanza, gozo, emoción, todo les fué acicate para ir en busca de Jesús: ¿qué israelita, cuando todos sabían que era inminente la venida del Mesías, no sentiría el estímulo de ver al Cristo de Dios? *Y fueron presurosos.* Buscaron con diligencia el lugar donde se hallaba el recién nacido, y hallaron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre, tal como el ángel les anunció.

El Evangelista no deja aquí la sobriedad exquisita de su narración: pero de los siguientes versículos cabe deducir la escena íntima y deliciosa que ante la cuna de Jesús se desarrolló. Vieron al Niño, reconocieron la verdad de cuanto se les había anunciado y contaron el suceso a los felices esposos. Almas sencillas, a las que no había impuesto sigilo el ángel del Señor, cuentan minuciosamente la visión que han tenido aquella misma noche: *Quando esto vieron, entendieron lo que se les había dicho acerca de aquel niño.* Contáronlo a otros, que el bien es difusivo de sí y los grandes sucesos reclaman el anuncio y el comentario, a más de que sabían los pastores que el gozo era "para todo el pueblo"; y la ingenua narración atraería al pobre establo más gente: *Y todos los que lo oyeron se maravillaron: y también de lo que les habían referido los pastores.* Así fueron éstos los primeros propagadores de la buena nueva, que tuvo de esta suerte el grado de publicidad necesario para que no pasara inadvertido el acontecimiento. Los que creyeron, aguardaron en el silencio la salvación por el Mesías nacido. Los cuidados de la vida pudieron ahogar en otros el recuerdo de aquellas maravillas.

Un alma santísima había para la que nada pasaba inadvertido y que lo guardaba todo en sus más recónditos pen-

samientos y afectos: era María: *Y María guardaba todas estas cosas*; es decir, la narración de los pastores, con todos los detalles que ante ella pondrían de relieve en conversación pintoresca, los mismos sucesos del viaje, y los episodios ocurridos en Belén. Y meditaba todas estas cosas, *ponderándolas en su corazón*, rumiándolas interiormente, y comparándolas con las que personalmente le habían ocurrido a ella. Y en todo veía suma conveniencia: de donde se robustecía su fe y su amor a Dios, que tan pródigo había sido con ella. De esta fuente purísima del Corazón de María bebería San Lucas la narración de los episodios de la infancia de Jesús: los conservaba María para narrarlos a los Apóstoles después de la glorificación de su Hijo.

Ofrecidos por los pastores los homenajes de su amor y fe, quizá, según la tradición, algunos dones propios de su profesión pastoril, *se volvieron glorificando y loando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto*, en el campo, cuando guardaban los rebaños, y en el establo; que no sólo verían a Jesús en el pesebre, sino que oirían de labios de la Virgen dulcísimas palabras que confirmarían la visión angélica, y daban gloria a Dios porque todo era *tal como se les había dicho*.

Lecciones morales. — a) v. 15. — *Y aconteció que luego que los ángeles les dejaron...* — Debemos creer que los ángeles intervienen en las cosas humanas. Como hay espíritus malignos que trabajan para perder a los hombres, así ha puesto Dios a los ángeles buenos para contrarrestar la eficacia de aquéllos y conducirnos a Dios: "Te confió a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos" (Ps. 90, 11.12). En el orden histórico universal, vemos al ángel bueno y al malo en el mismo Paraíso: ellos intervienen en los principales episodios de la vida del pueblo de Dios, hasta anunciar su nacimiento a los pastores de Belén. En el orden personal, Dios ha dado a cada uno de nosotros un ángel que nos guarde y dirija. Podríamos decir que él nos anuncia también a Jesús cuando nos hace sentir interiormente su voz. Debemos profesar a nuestro ángel amor y reverencia. Debemos pedirle con instancia su protección, y se-

guir sus impulsos. En cualquier lugar y acción debemos sentir temor y respeto por la presencia de nuestro ángel.

b) v. 16. — *Y fueron presurosos...* — Cualquiera que sea nuestra posición social, nuestro talento o nuestra cultura, debemos ser siempre sencillos como los pastores. Para los sencillos han sido siempre las comunicaciones y revelaciones de Dios. El mismo Jesús decía: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños" (Mt. 11, 25). El misterio del nacimiento de Jesús es revelado a los pastores y fué oculto a los doctores de Israel. La espiritual simplicidad es una predisposición a la entrada de la ciencia de Dios en nuestras almas. Antes mereció conocer la gracia de Dios la inocencia que el poder, y la simple rusticidad pudo saber la verdad antes que la soberbia realza, dice San Ambrosio.

c) v. 17. — *Cuando esto vieron* (los pastores) *entendieron...* — La fe es, en nuestra religión, el camino de la visión clara. Creyeron los pastores la palabra del ángel, y merecieron ver la realidad del Nacimiento del Señor y saber las cosas que les contaría su santísima Madre. Creamos también nosotros, dice San Beda, cuanto nos enseña la Iglesia, y mereceremos ver la realidad en el cielo, donde no hay fe, porque hay visión clara de Dios, ni enigma, porque Dios se manifiesta a sus escogidos tal cual es.

d) v. 19. — *Y María guardaba todas estas cosas...* — De María debemos aprender la meditación de los beneficios de Dios: la reconcentración espiritual que da estabilidad y arraigo a la fe: el silencio meditativo que guarda y acrece la verdad y la virtud.

II. — LA CIRCUNCISIÓN: Lc. 2, 21

Evangelio de las fiestas de la Circuncisión y del Nombre de Jesús

²¹ Y después que se cumplieron los ocho días, cuando el niño debía ser circuncidado, se le impuso el nombre de JESÚS, como le había llamado el ángel antes que fuese concebido en el seno materno.

Explicación. — El Evangelista no hace más que indicar el hecho de la circuncisión del Señor, y aun se fija más en lo accesorio de la ceremonia, que es la imposición del nombre, que en el mismo hecho. El mismo Evangelio narra más minuciosamente la circuncisión del Bautista y las maravillas que la rodearon.

Era la circuncisión una prescripción legal fundamental en el pueblo de Dios. Dios mismo la había instituido como señal corporal de la alianza que contrajo con Abraham, padre del pueblo israelítico (Gen. 17, 13). Este pueblo, que debía ser el depositario de las divinas promesas y del cual había de nacer el Mesías, Redentor del mundo, tenía en la circuncisión un signo característico que le distinguía i separaba de todas las naciones profanas. Por parte del circuncidado, que por ella era incorporado al pueblo de Dios, importaba la circuncisión el deber de cumplir toda la ley (Gal. 5, 3). Consistía la circuncisión en la excisión del prepucio, y era operación dolorosísima.

Por lo que atañe a su simbolismo espiritual y moral, era la circuncisión un signo colativo de gracia, enseñando muchos teólogos que borraba el pecado original, no en virtud o fuerza de la ceremonia, sino en méritos de la fe y por las oraciones de los circuncidantes, al tiempo que se insinuaba con ella la necesidad de la circuncisión del corazón o represión de los malos afectos y concupiscencias.

La parte ceremonial revestía cierta solemnidad y tenía lugar en casa del infante o, con más frecuencia, en la sinagoga, nunca en el Templo. Practicaba la circuncisión el padre del niño: más frecuentemente aún un operador versado en ello. Asistían por lo menos diez testigos. "Bendito sea el Señor nuestro Dios — decía el operador —, que nos ha santificado con sus preceptos y nos ha dado la circuncisión." — A lo que respondía el padre del circuncidado: "Que nos ha concedido introducir a nuestro hijo en la alianza de nuestro padre Abraham." — Y decía a coro la concurrencia: "Dichoso aquel a quien elegiste y recibiste..." (Ps. 64, 5). Seguía la imposición del nombre y se terminaba con modesto ágape.

No debió Jesús sujetarse a la sangrienta *ceremonia. Ni

estaba sujeto a la ley, ni debió pensar jamás en circuncidar su Corazón de Dios. Con todo, hecho hombre semejante en todo a nosotros, menos el pecado (Hebr. 4, 15), quiso también tomar sobre sí la carga del penosísimo precepto, derramando, ya de niño, las primeras gotas de su Sangre preciosísima. Por otra parte, de no haberse circuncidado se le hubiese considerado entre los suyos como gentil e impuro; y Él "había sido enviado a las ovejas de Israel que habían perecido" (Mt. 15, 24). Por todas estas razones, dándonos Jesús ejemplo de humildad, *después que se cumplieron los ocho días, cuando el niño debía ser circuncidado*, lo fué en realidad, callando el Evangelista todas las circunstancias de la ceremonia, lugar, ministro (que creen algunos fué el mismo San José), concurrentes, etc.

Es verdad que es más para ser meditado que descrito este primer derramamiento de sangre de Jesús; dolorosísimo, porque se trataba de una verdadera operación quirúrgica en sitio de sensibilidad extremada; y consciente, porque el Salvador estaba ya en pleno uso de su inteligencia. Ofrecería ya sin duda las primeras gotas de su sangre y sus lágrimas con espíritu sacerdotal, para la salvación del mundo, en el momento en que se le llamaba por primera vez Jesús, "Salvador".

Sólo dice que *se le impuso el nombre de JESÚS, como le había llamado el ángel antes que fuese concebido en el claustro materno*. Jesús es nombre venido del cielo, y es, por lo mismo, expresivo de la naturaleza, oficios y misión del Hijo de María. Es "Dios Salvador", y no hay otro nombre que el de Jesús en que puedan ser salvos los hombres (Act. 4, 12). Nunca más oportunamente impuesto que cuando derramó por vez primera su Sangre por la que vino la salvación del mundo; y como premio a sus humillaciones en aquel momento.

Lecciones morales. — A) v. 21. — *Y después que se cumplieron los ocho días...* — Empiezan los dolores de Jesús en la misma cuna. La Circuncisión es la inauguración de su Pasión: estas gotas de sangre del infante son preludio de la que a borbotones derramará en las postreras horas de su vida. Al mez-

clar Jesús con sus primeros vagidos los agudos ayes del dolor producido por la cruenta incisión, nos exhorta a que aceptemos la ley del dolor como una ley normal de la vida humana: "El hombre nacido de mujer, dice Job, en los breves días de su vida está colmado de toda suerte de miserias" (Job 14, 1). Con el dolor, voluntariamente aceptado y unido a los dolores de Jesús, podemos cooperar a la obra de nuestra salvación. Es el mayor tónico del espíritu.

b) v. 21. — *Cuando el niño debía ser circuncidado...* — La circuncisión era la señal de la aceptación de toda la ley por los judíos: para nosotros lo es el Bautismo. La circuncisión incorporaba al pueblo de Dios: el Bautismo nos incorpora a la Santa Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesús. Jesús cargó sobre sí toda la responsabilidad y toda la fuerza obligatoria de la ley, para librarnos a nosotros de su yugo y someternos al yugo, mucho más suave, de su fe y de su ley. ¿Cumplimos la ley cristiana conforme a la obligación que contrajimos al ser bautizados en Jesús? La circuncisión del corazón es ley fundamental del Cristianismo, más que del judaísmo. Y son pocos los cristianos que piensan en ello.

c) v. 21. — *Se le impuso el nombre de Jesús...* — El nombre de Jesús es nombre de liberación. Jesús, o Josué, que es una forma equivalente, se llamaba el hijo de Nun que introdujo a los israelitas en la Palestina, tierra de libertad para el pueblo de Dios. Jesús era el nombre del hijo de Josedec, que con Zorobabel sacó a los judíos de la cautividad de Babilonia y los introdujo otra vez en la Tierra Santa. Jesús, Hijo de María, por aquéllos figurado, es nuestro libertador, de la ley ominosa del pecado, del yugo de Satanás, de toda fuerza contraria a la libertad de hijos de Dios que nos conquistó. La gracia no es más que la fuerza liberadora de Jesús: la gloria es el estado definitivo de la humana libertad: y todo ello nos viene de nuestro libertador Jesús. Por todo ello le debemos acciones de gracias, generosa correspondencia, imitación, invocación, mayormente cuando sintamos peligrar nuestra libertad.

d) v. 21. — *Como le había llamado el ángel...* — El nombre de Jesús es el nombre de nuestro Rey. Nombre de majestad y poder, porque "ante él doblan las rodillas los cielos, la tierra y los abismos" (Phil. 2, 10). Nombre de santidad, porque es impuesto al santísimo Jesús por los Santos esposos, y viene del santo cielo. Nombre de dulzura, regalada miel para quienes

le saborean. Es eficaz y santa y dulce la devoción al Santo Nombre de Jesús, alegría del corazón, ambrosía para la boca, armonía para el oído, dice San Bernardo.

12. — PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN Y PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO REGRESO A NAZARET: Lc. 2, 22-39

Evangelio de la fiesta de la Purificación (vv. 22-32) y de la Dominica Infraoctava de Navidad (vv. 33-39)

"Y después que se cumplieron los días de la purificación de ella (de María) según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor," según está escrito en la ley del Señor: Que todo varón primogénito será consagrado al Señor. "Y para dar la ofrenda conforme está mandado en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos palominos.

"Y había a la sazón en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre justo y temeroso de Dios esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo era en él. "Y le había revelado el Espíritu Santo que él no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. "Y vino por espíritu al templo. Y al presentar al Niño Jesús sus padres para cumplir con él según la costumbre de la ley, "tomólo él en sus brazos, y bendijo a Dios, y dijo: "Ahora, Señor, dejas a tu siervo en paz, según tu palabra: "porque mis ojos han visto tu salud, "la cual has aparejado ante la faz de todos los pueblos. "Luz para iluminar a los gentiles, y gloria de Israel tu pueblo. "Y su padre y su madre estaban maravillados de aquellas cosas que de él se decían.

"Y los bendijo Simeón, y dijo a María, su madre: He aquí que éste está constituido para ruina y levantamiento de muchos en Israel, y para señal que excitará la contradicción: "y una espada atravesará tu propia alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.

"Y había una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser: ésta era ya de edad avanzada, y había vivido siete años con su marido desde su virginidad. "Y ésta era viuda, como de ochenta y cuatro años: que no se apartaba del tem-

plo, sirviendo día y noche en ayunos y oraciones. * Y como llegase ella en la misma hora, alababa al Señor, y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Israel.

* Y cuando lo hubieron todo cumplido conforme a la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

Explicación. — Conocemos la fecha de la purificación de la Virgen por la prescripción legal que la ordenaba: tuvo lugar a los cuarenta días después del Nacimiento. Los demás sucesos de este período de la santa Infancia, adoración de los Magos, viaje a Nazaret, matanza de los Inocentes y huida a Egipto, no podemos fijarlos de un modo preciso. Los intérpretes los agrupan en distintas formas: Nacimiento, Circuncisión, adoración de los Magos, martirio de los Inocentes, Presentación, huida a Egipto y regreso a Nazaret. O bien: Nacimiento, Circuncisión, los Magos, huida a Egipto, retorno, Purificación e instalación en Nazaret. Nos parece más ajustado a la narración evangélica este orden que seguiremos: Nacimiento, Circuncisión, Presentación, viaje a Nazaret por breve tiempo y vuelta a Belén, adoración de los Magos, fuga a Egipto, matanza de Inocentes y retorno definitivo a Nazaret.

PURIFICACIÓN DE MARÍA Y PRESENTACIÓN DE JESÚS (22-24). — Toda mujer de Israel que daba a luz un varón quedaba legalmente impura por espacio de cuarenta días; de ochenta si nacía hembra (Lev. 12, 12 y sigs.). Esta impureza legal impedía a la madre entrar en el templo. El hijo se consideraba asimismo impuro por su contacto con la madre. Al cabo de los cuarenta u ochenta días, que pasaban ordinariamente recluidas en su casa las mujeres de Israel, debían acudir al templo para que el sacerdote las declarara relevadas de la impureza, mediante la ofrenda de un cordero de un año en holocausto y un pichón por el pecado, si la madre era rica, o de dos pichones o dos tórtolas si era pobre.

Otra ley urgía a los padres, relativa al varón recién nacido, si era primogénito. En reconocimiento del supremo dominio de Dios y en memoria del exterminio de los primogé-

nitos de los egipcios y liberación de los primogénitos de Israel, toda criatura primogénita, de hombres y animales, debía ser ofrecida a Dios. Los primogénitos de los animales eran ofrecidos en holocausto o rescatados. Los varones primogénitos eran antiguamente dedicados al servicio de Dios en las funciones sacerdotales: cuando éstas se atribuyeron a la tribu de Leví, los primogénitos pudieron ser rescatados, y de hecho lo fueron, por la cantidad de cinco siclos, unas veinte pesetas de nuestra moneda, que se adjudicaban al tesoro sacerdotal.

A esta doble ley se refiere la narración del Evangelio: *Y después que se cumplieron los días de la purificación de ella, María, según la ley de Moisés...* La Virgen no estaba sujeta a esta ley: ésta recordaba simbólicamente la corrupción original de la naturaleza humana, que se propaga por vía de generación carnal: y María había concebido por obra del Espíritu Santo. Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, no contrajo la Madre purísima de Jesús ninguna mancha, personal ni legal, antes fué santificada por la conmoración del Hijo de Dios en su seno. Sólo pudo llevarla al templo su espíritu de humildad y obediencia, y la evitación del escándalo, porque nadie, más que su esposo y sus parientes Zacarías e Isabel, conocía los grandes misterios obrados en ella.

Tampoco obligaba a Jesús la ley de los primogénitos: era Él el Sumo Sacerdote que debía rescatar al mundo. Con todo, *lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, según está escrito en la ley del Señor: Que todo varón primogénito será consagrado al Señor.*

María quiso personalmente acudir al templo de Jerusalén, a pesar de que la distancia la excusaba, pudiendo hacerlo por mediación de una persona amiga: atravesó los pórticos, entró en el atrio de los gentiles y se presentó ante el de los judíos. Declarada libre de la inmundicia legal por el sacerdote en la misma entrada de este atrio, y entregadas al mismo las dos tórtolas o palominos, como pobre que era, penetró hasta el segundo atrio, situándose a la izquierda, lugar de las mujeres, donde entregó su Hijo al sacerdote, de

cuyas manos lo redimió pagando los cinco siclos: *Y para dar la ofrenda conforme está mandado en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos palominos.* No dice el Evangelio que pagara la Virgen los cinco siclos legales para el rescate de Jesús. Lo cierto es que, como la Madre quedaba relevada de la purificación por la misma naturaleza de su concepción virginal, que no la sometía a la ley, así Jesús, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec y Víctima divina, que ya al entrar en el mundo se ofreció en holocausto para la redención de los hombres, según San Pablo (Hebr. 10, 5.6), estaba definitivamente consagrado a Dios y no debía ser rescatado con la paga de los siclos. Lo conocería proféticamente a lo menos el santo Simeón, y ello nos explica el texto del *Nunc dimittis* y le da relieve extraordinario.

SIMEÓN: EL "NUNC DIMITTIS" (25-32). — A cada una de las humillaciones voluntarias de Jesús corresponde una glorificación pasajera. Así sucedió en Belén: así acontece ahora en su presentación en el templo. La presencia de los santos esposos con el Niño pasa inadvertida en el sagrado recinto: serían muchas las familias que a diario cumplían aquellos preceptos legales. Sólo un venerable anciano reconoce en Jesús al Mesías y por su boca le glorifica Dios: *Y había a la sazón en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre justo y temeroso de Dios esperaba la consolación de Israel.* No nos dice el Evangelio quién fuese este hombre, y son inútiles las conjeturas de los intérpretes para determinararlo. Del contexto se infiere que era ya anciano y conocido en la gran ciudad como hombre piadosísimo y exacto cumplidor de la ley, puesto el pensamiento en la consoladora redención de Israel en aquellos días aciagos de Herodes y de la dominación romana.)

Y el Espíritu Santo era en él, por la gracia santificante y por el don de profecía e ilustración carismática. *Y le había revelado el Espíritu Santo que él no vería la muerte sin ver antes al Cristo del Señor:* ello es prueba de que el celo por la salvación de Israel le hacía derramarse en fervientes plegarias para que se acelerara el advenimiento del Mesías. Y

vino por espíritu al templo: fué el mismo Espíritu el que le movió a subir al templo en aquella hora y que le hizo distinguir a Jesús entre los demás infantes. *Y al presentar al Niño Jesús sus padres para cumplir con él según la costumbre de la ley...* Mientras el padre putativo y la madre atravesaban alguno de los atrios del templo, cumplidos ya tal vez los preceptos legales, se acerca a ellos el venerable anciano, lleno de santo júbilo el corazón: y el divino Espíritu, que le había hecho la promesa de ver al Cristo de Dios, le concede la gracia mayor de que pueda estrecharlo en sus brazos, bendiciendo en este momento a Dios por la colmada dicha que le concedía: *Tomólo él en sus brazos, y bendijo a Dios.*

Y dijo... Habló bajo la inspiración directa del Espíritu Santo: sólo ÉL, de quien estaba lleno, pudo dictar a Simeón el dulcísimo cántico, que ha hecho suyo la Iglesia, y que lo pone todos los días en boca de sus ministros al aproximarse la noche, que es hora de descanso y de paz:

Ahora, Señor, dejas a tu siervo en paz, según tu palabra. Señor mío, a quien toda mi vida he servido: me habías revelado que antes de morir vería al Cristo de Dios, por quien he suspirado tantos años: ahora llegó la hora; lo tengo en mis brazos; ya me relevas de vivir, porque en la visión del Cristo de Dios halló mi corazón la paz del gozo y de la seguridad; ya desatas el nudo de mi vida para que vaya a gozar la paz del limbo.

Porque mis ojos han visto tu salud. No ya en esperanza o en visión profética, como los antiguos patriarcas, sino con mis propios ojos del cuerpo, dice enfáticamente el anciano. he visto al Salvador que nos envías y que tengo ahora en mis brazos. Y, olvidándose un momento de sí, dilata su mirada profética y considera la universalidad de la redención que se avecina: Dios ha dispuesto que su Salvador lo sea de todos los pueblos: *Que has aparejado ante la faz de todos los pueblos.*

Para los de la gentilidad, sumidos en tinieblas, porque carecían de la revelación, patrimonio del pueblo judío, será luz de verdad que disipe las obscuridades de la ignorancia y del error: *Luz para iluminar a los gentiles.* Para Israel será

gloria, porque de Israel viene la salvación (Ioh. 4, 22); porque en Israel ha nacido el Salvador; porque allí solamente han sido vistos los prodigios y se ha sembrado la palabra de Jesús: *Y gloria de Israel, tu pueblo.*

Y su padre y su madre estaban maravillados de aquellas cosas que de él se decían. La admiración de José y María era natural: no se maravillaban de que fuese Jesús el Salvador de Israel: lo sabían ambos por revelación del ángel: en Belén habían oído la narración de los pastores. Lo que les pasma es que en Jerusalén, donde son desconocidos, en el centro de la teocracia, en el mismo templo, cerebro y corazón de Israel, sea reconocido Jesús como Salvador del mundo y gloria del pueblo de Dios. A más de que las palabras de Simeón, al recordar las maravillas que ya sabían, producían en su espíritu el reiterado pasmo que produce la meditación de los grandes misterios.

LA PROFECÍA DE SIMEÓN (34-35). — *Y les bendijo Simeón, es decir, les felicitó: se empezaba a cumplir el vaticinio de María: "Me llamarán bienaventurada todas las generaciones."* Les llamó dichosos; pero al propio tiempo, movido el santo anciano por el Espíritu de Dios, pronuncia la siguiente tremenda profecía: *Y dijo a María su madre: He aquí que éste está constituido para ruina y levantamiento de muchos en Israel.* Es brusca la transición en el lenguaje de Simeón: tanto como es suave y magnífico su *Nunc dimittis*, es ruda y trágica esta profecía. El tierno Infante es luz y es gloria; pero es causa de la caída de muchos. Su misión se estrellará contra la dureza de sus hermanos y de Israel, muchos de los cuales se escandalizarán en las humildes apariencias de la persona, de la posición y de la palabra de Jesús. Se cumplirán las profecías antiguas: "Envía ceguera al corazón de este pueblo, y endurece sus oídos y cierra sus ojos, no sea que vea con sus ojos, y con sus oídos oiga, y en su corazón entienda, y se convierta y le salve" (Is. 6, 10). En cambio, otros muchos, del abatimiento y muerte espiritual serán llevados a la vida verdadera y dichosa.

De esta contradicción de los espíritus, que lucharán desde

campos opuestos, Jesús será como la señal visible: *Y para señal que excitará la contradicción.* De hecho, la narración evangélica es la historia de la contradicción de los judíos ante la persona de Jesús: ella culmina en el Calvario: no ha cesado, ni cesará con los siglos. Jesús, como es fuente perenne de gracia y santificación, de bendición y de amor para los que viven según Él quiere, así lo es de reprobación, de despecho y odio para quienes hallan en su doctrina, en sus ejemplos, en sus discípulos, un obstáculo a su orgullo y a sus concupiscencias.

Y si el Hijo ha de sufrir embates y persecuciones de sus enemigos, la madre no puede ser feliz: o mejor, la felicidad de la Madre estará en la mancomunidad de dolores con el Hijo: *Y una espada atravesará tu propia alma:* una espada larga, *romphea*, símbolo de la pena acerba, que hará presa, no del cuerpo, sino del alma de la Virgen, del centro íntimo donde tienen su santuario las emociones y afecciones: se cumplía especialmente la profecía cuando las espinas, clavos y lanza de la Pasión atravesaban las carnes sagradas de su Hijo. Es éste uno de los pasajes clásicos en que aparece María colaborando con Jesús en la obra de la redención del mundo: Redentor y Corredentora van juntos en la mente y en los labios del anciano Simeón.

Por fin, será Jesús la señal de contradicción, con todas sus consecuencias, *para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.* Así que aparezca Jesús como Mesías, ya los hombres no serán indiferentes respecto de Él: tomarán sus posiciones, de orden intelectual primeramente; y como el pensamiento es normativo de la vida, se traducirá en hechos de toda especie que manifestarán los más íntimos pensamientos y afectos de los hombres que tomen partido en pro o contra de Jesús. Veinte siglos de historia han confirmado plenamente la predicción del santo anciano.

LA PROFETISA ANA (36-38). — A las profecías de Isabel, casada, de María, virgen, y de Simeón, el anciano, quiso Dios se añadiera la de una anciana viuda, para que en el con-

cierto profético, dice San Ambrosio, no faltara condición ni sexo.

El Evangelista nos da un retrato exquisito de la santa mujer: *Y había una profetisa llamada Ana: estaba llena del espíritu profético para edificación, exhortación y consuelo de los hombres y por el que a veces se predice también lo futuro (1 Cor. 14, 3.25): hija de Fanuel, de la tribu de Aser, detalles que individualizan la mujer y que concilian mayor credibilidad histórica al relato. Ésta era de edad avanzada, y había vivido siete años con su marido desde su virginidad; casada muy joven, tal vez a los quince años, como era general costumbre, murió su marido después de siete años de matrimonio; aun cuando enviudó joven, llegó a los ochenta y cuatro años sin contraer nuevo matrimonio: Y ésta era viuda, como de ochenta y cuatro años.* Demuestra San Lucas haberse informado con diligencia (1, 3).

A esta descripción añade el Evangelista la de sus costumbres religiosas. Tan amante era de Dios y de sus cosas, que *no se apartaba del templo*, lo que se dice hiperbólicamente para denotar la asiduidad con que acudía a orar a la casa del Señor, *sirviendo día y noche en oraciones y ayunos.* Buena es la oración con el ayuno, dice Tobías (12, 8); y Ana, de espíritu religiosísimo, en ambas formas manifestaba su piedad filial para con Dios. Su vida santa y mortificada le había merecido el don de profecía; porque *como llegase ella al Templo, que tanto frecuentaba, en la misma hora que los santos esposos, el Niño y Simeón, alababa al Señor, juntando su voz al coro de aquellas almas privilegiadas: reconoció en el Infante al Mesías y bendijo a Dios que le había concedido la ventura de verle en su ancianidad por sus propios ojos.*

Llena del gozo que su felicísimo encuentro le proporcionó, se convirtió en mensajera de la fausta nueva ante todos los que, como ella, vivían en la esperanza de la restauración mesiánica: *Y hablaba de él, del Niño, a todos los que esperaban la redención de Israel.*

REGRESO A NAZARET (39). — Cumplidas las prescripciones de la ley, la Sagrada Familia, según San Lucas, regresó a su ciudad de Nazaret, en la Galilea. Allí habían vivido y contraído matrimonio los santos esposos y allí adoleció y llegó a la edad viril el Hijo de María: *Y cuando lo hubieron todo cumplido conforme a la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.*

Es probable que José pensara fijar su definitiva residencia en Belén: así parece colegirse de San Mateo (2, 22). En esta hipótesis, los santos esposos irían por unos días a Nazaret a disponer sus cosas para levantar su pobre casa, ya que de ella habían salido con ánimo de regresar luego de empadronados, y volver después a Belén, donde tendría lugar la adoración de los Magos y episodios siguientes narrados por Mateo. Según otros, como el objetivo de San Lucas no era otro que describir la perfecta sujeción de Jesús a la ley, narrados los episodios de la presentación, prescinde de los demás, y sitúa ya definitivamente en Nazaret a la Sagrada Familia. Ambas interpretaciones son probables.

Lecciones morales. — A) v. 22. — *Y después que se cumplieron los días de la purificación...* — La Virgen no debía sujetarse a purificación alguna. Jesús se había desprendido de su seno como el fruto del árbol, como el rayo de luz se desprende del sol; y como el rayo luminoso atraviesa el cristal sin mancillarlo, así nació Jesús de María sin detrimento de su inmaculada pureza. Con todo, se sujeta a la ley de la purificación para dar público ejemplo de su obediencia y humildad. Nosotros, en cambio, buscamos todo recurso para sacudir el yugo de las leyes; y, siendo pecadores, nos place ocultar nuestras miserias y revestirnos con las externas apariencias de la virtud.

B) v. 23. — *Todo varón primogénito será presentado al Señor...* — Jesús, desde su entrada en el mundo, se ofrece a Dios para el rescate de los hombres, con espíritu pronto y generoso. Su oblación será continua durante su vida: se consumará en la Cruz. Ello importa para sus discípulos y seguidores la obligación de ofrecerse a Dios desde la juventud, y de recortar de la vida todo aquello que puede no ser grato a Dios.

c) v. 29. — *Ahora, Señor, dejas a tu siervo en paz...* — De Simeón debemos aprender la gratitud al gran beneficio de la salvación. Como él, nosotros tenemos a nuestra disposición al divino Salvador. Él le tuvo en sus brazos: nosotros podemos albergarlo en nuestro pecho. A nosotros viene por la Comunión, para individualizar en cada uno de nosotros los frutos de su redención. El gozo exultante del santo anciano es un reproche a nuestra indiferencia con respecto a Jesús y a los bienes inefables que, en todo orden, por Él nos han venido.

d) v. 34. — *He aquí que éste está constituido para ruina y levantamiento de muchos...* — La ruina, dice San Gregorio, significa aquí la caída hasta lo profundo; porque no deben ser castigados en la misma forma aquellos que no conocieron al Mesías que los que, habiéndole visto lleno de verdad y santidad, con todas las garantías externas de su misión divina, le han repudiado. En cambio, el levantamiento significa un encumbramiento en que jamás ha podido soñar hombre alguno fuera de nuestra religión: es el encumbramiento de la santidad por medio de la fuerza de Dios que para ello se nos da; es el encumbramiento de nuestra parte espiritual sobre toda fuerza inferior de nuestra vida; y sobre todo es el encumbramiento definitivo de la gloria y la absorción de nuestra pobre vida mortal en la vida misma de Dios.

e) v. 34. — *Y para señal que excitará la contradicción...* — Jesús es el signo de contradicción de todos los siglos. Los hombres se dividen respecto de Él en dos bandos, de amigos y enemigos. Nosotros nos preciamos de amigos suyos: nos gloriamos de nuestra fe, de nuestra religión. Pero a veces, no pocas, nos avergonzamos de ella y de Él, su autor. Nuestras reservas y nuestro silencio culpable son una resta al campo favorable a Jesús. — Ni es sólo la abstención de nuestra profesión de fe: es a veces la colaboración con los elementos del campo contrario: lecturas, espectáculos, conversaciones, escándalos, nos hacen colaboradores de los ejércitos del mal. Quien no está con Jesús está contra Él.

f) v. 35. — *Y una espada atravesará tu propia alma...* — La historia no nos dice que muriera la Virgen María al filo de una espada, dice San Beda; ni es el alma, sino el cuerpo el que puede ser traspasado por una daga. Se trata, pues, aquí de la espada del dolor de la pasión del Señor. Porque si bien durante ella veía la Virgen al Hijo ofrecerse espontáneamente a

la muerte, de la cual sabía que debía a la postre triunfar, pero, carne de su propia carne como era, no podía dejar de sufrir dolores acerbos. Agradecemos a la Virgen haberlos aceptado ya en la infancia de su hijo y haber llevado clavada en su pecho la espada de la memoria de la tremenda profecía, por toda la vida, uniendo sus sacrificios a los de Jesús para nuestra redención.

13. — ADORACIÓN DE LOS MAGOS: Mt. 2, 1-12

Evangelio de la Misa de la festividad de la Epifanía

¹Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempo del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, ²diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarle.

³Y el rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó, y todo Jerusalén con él. ⁴Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde debía nacer el Cristo. ⁵Y ellos le dijeron: En Belén de Judá, porque así está escrito por el profeta: ⁶Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará a mi pueblo de Israel. ⁷Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella.

Y enviándolos a Belén les dijo: Id, e informaos bien del niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.

⁸Ellos, oído el rey, se fueron. Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando se paró encima de donde estaba el niño. ⁹Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera. ¹⁰Y entrando en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron: y, abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. ¹¹Y habida respuesta en sueños, que no volvieran a Herodes, se volvieron a su tierra por otro camino.

Explicación. — Clara e ingenua como es la narración del Evangelio que precede, ofrece al exégeta no pocas dificultades, relativas principalmente a los altos personajes que vinieron a visitar a Jesús recién nacido. Diremos sobre ello lo más comúnmente admitido en nuestros días. Por lo que atañe al tiempo de la visita de los Magos a Jesús, hay varias opiniones, desde la de San Agustín, que supone fué trece días después de Navidad, fecha en que la Iglesia celebra la Epifanía, pasando por la más corriente de los que sitúan la visita poco tiempo después de la Purificación, hasta los que, como Cornely, la colocan como probable hacia diciembre del año siguiente del Nacimiento, y algunos de los más antiguos Padres que suponen habían ya transcurrido dos años de la Navidad del Señor. Es lo cierto que el arte antiguo, en la escena de la adoración por los Magos representa al Niño, no envuelto en pañales, sino ya crecido, sentado en las rodillas o en el regazo de su Madre.

LOS MAGOS (1-3). — Sólo San Mateo nos refiere el episodio de los Magos. Insinuado no más en brevisima frase el hecho del nacimiento de Jesús, entra de lleno el Evangelista en la descripción del famoso hecho, y lo hace en forma dramática y viva: *Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá...* Belén significa "Casa del Pan"; más tarde dirá Jesús: "Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo" (Ioh. 6, 41). Se añade aquí el nombre de la tribu al de la ciudad, para distinguirla de otra Belén de la tierra de Zabulón, hacia el Norte. *En tiempo del rey Herodes:* se trata de Herodes el Grande, hacia el fin de cuyo reinado nació el Redentor. No sin énfasis, y para poner de relieve lo inesperado de la visita solemne, que llamaría la atención de los ciudadanos de Jerusalén, introduce San Mateo súbitamente a los altos personajes en su narración: *He aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén...*

¿Quiénes eran los Magos? San Agustín y San Jerónimo toman el nombre y los personajes en mala parte, creyéndoles hechiceros, nigromantes, etc.; pero la tradición, casi unánime, alaba su buena intención de conocer al recién na-

cido rey de los judíos. No son pocos los que ponderan la excel-situd de unos personajes que merecieron una revelación de Dios sobre el nacimiento del Mesías. El Martirologio les ha colocado en el catálogo de los santos; y Colonia se gloria en la posesión de sus cuerpos, a los que rinde culto. "Mago", nombre de excelencia y grandeza, designaba entre los Persas, Caldeos y Medos a unos hombres de raza sacerdotal, sabios, filósofos, que cultivaban la medicina y la astrología, consejeros de los reyes, ministros del culto, maestros de religión, a guisa de los mandarines de la China o de los brahmanes de la India. Gozaban de gran consideración. Sólo más tarde, y cuando degeneraron de su primitiva grandeza, sirvió el nombre de mago para designar a los cultivadores de la magia y de los sortilegios.

La tradición les hace reyes: pero el arte cristiano antiguo no les atribuye signo alguno de realeza, sino que les representa con el gorro y manto característicos de los sabios persas. Piensan algunos que se introdujo posteriormente el concepto de la realeza de los Magos por una acomodación, más o menos propia, de las palabras del Salmo 71: "Los reyes de Tarsis y de las islas pagarán el tributo: los reyes de la Arabia y de Sabá ofrecerán dones", y de otros pasajes que figuran en la literatura litúrgica de su fiesta. Es probable fuesen como unos emires o reyezuelos, príncipes más esclarecidos por su ciencia que por su potestad.

El Evangelio no nos indica su patria: el Oriente, con respecto a la Palestina, puede ser la Persia, Caldea, Arabia, Media: la mayor parte de los intérpretes les suponen persas, ya que de este país era originaria la casta de los Magos,

Tampoco se nos dice su número: las antiguas reproducciones artísticas presentan dos, tres, cuatro y seis. Los sirios admiten hasta doce. Orígenes es el primero que fija el número de tres, que después de los sermones de San León el Grande, y definitivamente en tiempo de San Gregorio Magno, prevalece en la Iglesia Romana y demás occidentales. Quizás no tenga este número más fundamento que el número ternario de los dones: oro, incienso y mirra; o la leyenda que les hace representantes de las tres grandes razas

humanas: Sem, Cam y Jafet. Por lo que a sus nombres atañe, los Padres antiguos no indican ninguno; los actuales nombres Gaspar, Melchor y Baltasar se consignan por vez primera en un episcopologio de Ravena redactado en el siglo IX.

¿Cómo los Magos vinieron de remotas regiones a Jerusalén para ver a un rey recién nacido? Históricamente, y siempre dentro de la providencia extraordinaria de Dios que, en su gran misericordia, quiso revelar a los pueblos gentiles el advenimiento del Redentor del género humano, el hecho rarísimo tiene su explicación. La dispersión de los judíos con motivo del cautiverio de Babilonia; el lugar preeminente que en la capital de Caldea llegó a gozar el profeta Daniel, "príncipe de los Magos", como se le llamó en aquella corte (Dan. 5, 11), y anunciador del tiempo preciso en que debía venir el Mesías; la versión griega de los Setenta, y algunos libros apócrifos, como el de Henoc y los Salmos salomónicos; habían difundido extraordinariamente por todo el mundo helénico la idea de que debía nacer un gran rey en la Judea, que debía sojuzgar el mundo; Tácito y Suetonio son, entre los historiadores romanos, testigos de esta arraigadísima creencia.

Prevalecía, por otra parte, entre el pueblo la convicción de la influencia de los astros en la vida del hombre, y de que los grandes personajes eran anunciados por acontecimientos extraordinarios de orden sideral. Los Magos, más astrólogos que astrónomos, profesaban las mismas ideas del pueblo. Tal vez en las regiones orientales había adquirido cuerpo la profecía de Balaam, profeta de la Mesopotamia, que anunció el advenimiento del Mesías por una estrella (Deut. 23, 4). Este cúmulo de factores, y especialmente la gracia de Dios que interiormente les ilustró, hizo que los Magos, al aparecer en el cielo una estrella extraordinaria, relacionaran el hecho sidéreo con el gran suceso histórico que se esperaba como inminente, y que debiendo el rey ser de la Judea, a su capital, Jerusalén, se dirigieran para ser testigos del gran suceso, y rendirle pleitesía.

Y en Jerusalén entraron, diciendo: ¿Dónde está el rey

de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos a adorarle. ¿Qué estrella fué ésta? Quieren unos que fuese una nueva estrella que hiciera aparecer Dios en el firmamento para avisar a los Magos: otros optan por un cometa: quiénes por la conjunción de dos o más planetas que les dieron un brillo extraordinario: es esta última opinión del astrónomo Kepler, que supone que en el año de Roma 747 estuvieron en conjunción Júpiter, Marte y Saturno y que ello fué para los Magos el aviso del cielo. Pero la narración del Evangelio es sencillísima, y no reclama complicados cálculos. La opinión más común, ya seguida de antiguos autores, es que se trataba de un meteoro luminoso, que hizo Dios aparecer en la misma región atmosférica de la tierra. El hecho de que se posara el cuerpo luminoso sobre la casa donde estaba el Niño da valor a esta interpretación. Los astros del firmamento no están sobre una casa, sino por igual sobre todas. Probablemente no les sirvió de guía la estrella a los Magos desde el Oriente a Jerusalén: el Evangelio dice tan sólo que la vieron "en Oriente", mientras estaban en Oriente, o hacia la parte de Oriente. Ni tenían necesidad de guía celeste para ir a la capital judía. Llámamla los Magos estrella del rey, "su estrella", porque Dios la había hecho aparecer para anunciar su nacimiento, y porque la luz de Dios les enseñaba interiormente la relación que había entre el astro y el rey nacido.

INQUIETUD DE HERODES (3-8). — Como reguero de pólvora que se inflama corrió por Jerusalén la nueva de la venida de los Magos y su rara pregunta. Los tiempos eran de plena expectación mesiánica y de ominosa tiranía por parte de un rey extranjero. La voz pública llega hasta Herodes, quien, suspicaz como todo usurpador, teme y se turba al solo pensamiento de que ha nacido un rey de raza judía. Túrbanse con él Herodianos y Saduceos, partidarios del rey y bien acomodados con el régimen y que ejercen hegemonía sobre el pueblo que, a su vez, se deja arrastrar por ellos: *Y el rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó, y todo Jerusalén con él.*

Era preciso salir de congojas: él sabe que está próximo el advenimiento del Cristo, según las ideas judías: las profecías señalarán seguramente el lugar de su nacimiento. Se trata, pues, de una cuestión teológica, que pertenece al depósito de la tradición de Israel: los príncipes de los sacerdotes, jefes de las familias sacerdotales, pontífices que han ejercido el supremo pontificado y los elegibles para el elevado cargo, son la más alta autoridad en la materia: los escribas son los intérpretes de los sagrados libros. Herodes los llama a todos a consejo: *Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde debía nacer el Cristo.* No es probable convocara Herodes al Sinedrio, que más bien se reunía, como tribunal supremo de la nación, para los asuntos de orden judicial. Aquí se trataba de una cuestión de carácter dogmático o doctrinal.

Fácil fué a la asamblea evacuar la consulta del tirano: la profecía era clara y categórica, en Miqueas (5, 2): *Y ellos le dijeron: En Belén de Judá, porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará a mi pueblo de Israel.* Sacerdotes y escribas interpretan la profecía de Miqueas en sentido diverso del en que él la profirió: Miqueas habla de la insignificancia de Belén, que no llegaba a mil familias en su tiempo; los sacerdotes y escribas se refieren a la gloria que vendrá a dicha ciudad por el nacimiento del Mesías en ella. Ello no obsta a la verdad del hecho que se trata de averiguar. Y es la alegación precioso documento para los Magos.

Herodes, maestro en insidias, conocido el lugar del nacimiento del rey presunto, procede con recelosa cautela en un negocio en que corre peligro su posesión del trono de Judá. Llama ocultamente a los Magos para que no tome cuerpo en el pueblo la gran noticia, y les sonsaca con diligencia la fecha en que apareció la estrella denunciadora del nacimiento: así conocerá el lugar donde se halla el rey nacido y su edad: *Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apare-*

ció la estrella: pensaba Herodes, como el vulgo de su tiempo, que coincidía el nacimiento con la aparición del astro que le indicaba.

Sólo faltaba a Herodes puntualizar un hecho para no errar el golpe cuando trate de eliminar a su rival, asesinando: conocerle personalmente. Para lograrlo, finge entrar en los mismos sentimientos de los Magos para que, cuando le hayan hallado, se lo indiquen: *Y enviándoles a Belén les dijo: Id, e informaos bien del niño: y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.* Cuando le conozca, hará con él lo que hizo con toda la familia de los Hasmoneos: los mismos Magos le habrán servido inconscientemente de espías.

LOS MAGOS A BELÉN (9-12). — Partieron de Jerusalén los Magos: *Ellos, oído el rey, se fueron.* El camino de Jerusalén a Belén es de dos horas escasas y harto conocido: ¿viajaron los Magos de noche? La aparición de la estrella parece indicarlo; pero el Crisóstomo supone fueron de día, siendo la estrella un cuerpo luminoso de la baja región de la atmósfera. Más: Knabenbauer opina que el astro no se les reapareció hasta Belén: no lo necesitaban para un fácil camino, pero sí para indicarles la casa donde se hallaba el rey. El que la estrella fuese "delante de ellos", lo interpreta en el sentido de que se les adelantó o anticipó en su viaje: con todo, creen otros que les sirvió de guía durante toda su ruta: *Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando se paró encima de donde estaba el niño.* Pondera el Evangelista la extraordinaria alegría de los Magos al ver la estrella: *Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera:* parece ello demostrar que la aparición de la estrella fué súbita, sobre la casa ante la que se hallaban los Magos: la misma divina señal que en Oriente les anunciaba el nacimiento, les indica ahora el lugar del Niño.

Y entrando en la casa hallaron al Niño con María, su madre. Aunque creen algunos se trataba del mismo establo del nacimiento, es de creer que, descongestionada la ciudad

de la aglomeración de viajeros que a ella vinieron para empadronarse, los santos esposos pudieron hallar una casa en que acogerse. En ella encuentran al Infante, y con él a la dichosa Madre que le contemplaría en su regazo o le tendría abrazado contra el casto pecho. En Belén, en Nazaret, en el Calvario, en la historia del Cristianismo, siempre hallamos a la Madre acompañando al Hijo. ¡Dulce símbolo, en que se complace nuestra fe y nuestra piedad!

Ante el delicioso y humilde espectáculo, la fe de los Magos no titubea: lo primero que hacen es prosternarse en el suelo, adorándole como a su Dios: *Y postrándose, le adoraron*. En Oriente nadie se presenta ante los grandes personajes sin ofrecerles algún presente: *Y abiertos los cofres donde llevaban sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra*, estimadísimos productos en Oriente. El oro es el metal regío; el incienso se ha usado siempre en honor de la divinidad; la mirra se empleaba en Oriente para embalsamar los cadáveres: por estos símbolos reconocían los Magos en Jesús el carácter de Rey, Dios y Hombre. La Iglesia ha consagrado esta significación instituyendo la fiesta de la *Epifanía*, o manifestación de la divinidad y realeza del Hombre-Dios. Los Magos representan la vocación de los gentiles, de quienes fueron las primicias.

Se disponían los Magos, que no podían sospechar la perfidia de Herodes, a darle cuenta de su viaje, cuando por revelación nocturna les dijo Dios no volviesen a Herodes, cuyos planes quizás les manifestaría el Señor. *Y habida respuesta en sueños* — respuesta equivale aquí a simple admonición, sin precedente pregunta —, *que no volviesen a Herodes, se volvieron a su tierra por otro camino*. La intervención de Dios en favor del Niño, por Sí mismo o por un ángel, confirmó la fe de los Magos en la divinidad del Infante.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *He aquí que los Magos vinieron de Oriente...* — Los Magos obedecen con docilidad, humildad, prontitud, confianza ilimitada, las indicaciones de la estrella y las mociones interiores de la gracia de Dios.

Siguen su ruta a través de dificultades y obstáculos. Y porque no se apartan de la luz de Dios, llegan a gozar la dicha de ver a Jesús. No nos falta a nosotros nuestra estrella: es la fe, las mociones e iluminaciones de la gracia, las santas exhortaciones y ejemplos. Si seguimos impávidos sus orientaciones, encontraremos a Jesús, con todos sus consuelos, en este valle de miserias: le veremos, como Dios y Rey inmortal de los siglos, en su Humanidad glorificada, en los cielos, verdadera *Epifanía*, o manifestación de la esencia de Dios a los bienaventurados.

B) v. 3. — *Y el rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó...* — Turbóse porque temió que, nacido un rey de raza judía, él, que era idumeo de nación, sería removido de su trono. Es que a las grandes potestades suele acompañarlas gran temor que no suelen experimentar los de baja condición, dice el Crisóstomo. Porque así como las altas ramas de un árbol se agitan a la más leve brisa, así cualquier noticia suele conmover a los hombres encumbrados, mientras que los humildes, como los valles, suelen gozar de mayor tranquilidad. Gocémonos de las ventajas de la humildad tranquila en que Dios nos ha colocado; o fundemos nuestra debilidad en la fuerza de Dios, si por Él hemos sido encumbrados.

C) v. 5. — *Y ellos le dijeron: En Belén de Judá...* — Los Magos y los judíos se ilustran mutuamente en la cuestión del Mesías, dice el Crisóstomo; los judíos declaran a los Magos las profecías que indican el lugar del nacimiento: los Magos señalan a los judíos el hecho, revelado por la estrella. Pero los judíos, depositarios de la revelación y los primeros llamados, se turban y se quedan en sus casas, sin ver al Infante: son, en frase de San Agustín, como las piedras miliarias de los caminos que enseñan la ruta a los viandantes, y ellas no se mueven. En cambio, los Magos se aprovechan de su saber y del de los demás para la ejecución de sus santos designios. Es que para los hombres de buena voluntad todo coopera al bien, lo suyo y lo de los demás: pero los de voluntad remisa o perversa dejan pasar las oportunidades para el bien, si no es que se aprovechan del bien para el mal, como Herodes.

D) v. 7. — *Y entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos...* — Admiramos la inutilidad de los designios y esfuerzos del hombre contra Dios, revelada en la ocasión presente. Herodes es poderoso, sagaz, con sabios consejeros y auxiliares: oculta cuidadosamente sus planes: no olvida ninguno de

los factores que puedan llevarle al conocimiento de Jesús y matarle. Dios se burla de él. Muchas veces acude Dios a medios extraordinarios de su Providencia para vencer el humano esfuerzo, como en este caso, en que ilustra milagrosamente a los Magos. Herodes morirá desastradamente dentro de pocos meses: Jesús vivirá y será bendecido por toda la humanidad, de todos los siglos. En la historia de la Iglesia se ha repetido el ejemplo centenares de veces.

E) v. 11. — *Y postrándose, le adoraron...* — Como los Magos, debemos humillarnos profundamente ante Jesús, y ofrecerle, como ellos, místicos dones: el oro de la fe y de las buenas obras; el incienso de la oración y de la piedad; la mirra de la mortificación de la carne y la castidad. Junto a Jesús, acostumbremos a ver siempre a María, Madre suya y nuestra.

F) v. 12. — *Se volvieron a su tierra por otro camino.* — No era posible, dice el Crisóstomo, que quienes venían de Cristo volvieran a Herodes. Porque los que dejando a Cristo van al diablo por el pecado, deben volver a Cristo por la penitencia. Quien estuvo en la inocencia mientras no supo lo que era el mal, fácilmente pudo ser engañado; pero cuando experimentó lo que era el mal que halló, y recordó el bien que había perdido, se vuelve a Dios compungido. Pero quien dejando al diablo viene a Cristo, difícilmente vuelve al diablo; porque mientras se goza en los bienes que en él halló, y recuerda los males de que escapó, difícilmente vuelve al mal.

14. — HUIDA A EGIPTO

MATANZA DE LOS INOCENTES: Mt. 2, 13-18

Evangelio de la fiesta de los Santos Inocentes

“Después que ellos (los Magos) se fueron, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te diga: porque ha de suceder que Herodes busque al niño para matarle.” Levantándose José, tomó al niño y a su madre, de noche, y se retiró a Egipto: “y permaneció allí hasta la muerte de Herodes: para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta: De Egipto llamé a mi Hijo.

“Entonces Herodes, cuando vió que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho: y envió a matar todos los niños que había en Belén y su comarca, de dos años y abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos.” Entonces fué cumplido lo que se había dicho por Jeremías el profeta, que dice: “Voz fué oída en Ramá, llanto y copioso llanto: Raquel llorando a sus hijos, y no quiso ser consolada porque no existen.

Explicación. — Corta fué la estancia de los Magos en Belén: creen algunos que no se prolongó más allá de unas horas. Así que ellos salieron de Belén, quizás aquella misma noche, un ángel del Señor aparece a José, y en visión nocturna le manda que tome al Niño y a la Madre y huya al Egipto: *Después que ellos se fueron, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye al Egipto.* La visita de los Magos había sido para Belén, ciudad pequeña, un gran acontecimiento que debió conmoverla; y todos sus vecinos sabrían el lugar o casa donde entraron para adorar al Rey Infante. Era preciso que salieran ellos en seguida hacia su país por camino desconocido y que la Sagrada Familia se pusiera en salvo aquella misma noche. Porque el mismo día, por la escasa distancia de Belén, sabrá Herodes que ha sido burlado por los Magos. Fija su mente en este negocio, para él capitalísimo, se aumentarán sus suspicacias: quizás vea un complot urdido por los Magos para deponerle: el peligro es inminente y hay que poner al Niño en lugar seguro. Ya empieza Jesús a ser señal de ruina y levantamiento para muchos; y ya el pueblo judío empieza a repudiar al Salvador

La orden de fugarse se da por Dios a José: es el jefe de la Sagrada Familia, natural y celoso custodio del hijo y de la madre; así, por esta intimación, lo reconoce Dios mismo. El lugar indicado para la fuga es el Egipto, región que depende directamente de los romanos y sobre la que Herodes no tiene jurisdicción alguna. Aunque lugar de idólatras, es país hospitalario y el más vecino de la Palestina: ocho o

diez días de marcha bastan para ponerse en sus fronteras desde Belén. Al Egipto habían venido los antiguos patriarcas Abraham y Jacob con sus hijos: en las grandes crisis de hambre y guerra de Israel, el Egipto había sido el natural refugio del pueblo de Dios: allí había no pocos judíos de la Diáspora que habían establecido ricas colonias y factorías. Y allí debía permanecer la Sagrada Familia hasta nuevo aviso del cielo, debiendo dejar inmediatamente la ciudad del nacimiento, que va a sufrir tremendas represalias del sanguinario Herodes: *Y estate allí hasta que yo te diga: porque ha de suceder que Herodes busque al niño para matarle.*

José, varón fiel, de pronta y sumisa obediencia, se levanta, y aquella misma noche toma al hijo y a su madre, en cuya expresión se demuestra la paternidad sólo adoptiva de José; y desciende al Egipto: *Levantándose José, tomó al niño y a su madre, de noche, y se retiró a Egipto.* La fuga tiene lugar de noche, para que lo que ya es de sí difícil, lo haga más difícil y peligroso la obscuridad. La pobreza de los esposos agrava su situación; ni tiempo tienen para arreglar su viático. Dios habrá proveído a lo más necesario con los presentes de los Magos. El viaje de Jesús es el símbolo del repudio que le da su pueblo: "los suyos no le recibieron" (Ioh. 1, 11). María empieza a sentir la aguda espada del dolor que hace poco le vaticinó Simeón.

¿Qué camino siguieron los santos viajeros? Se ignora pudieron descender por el litoral del Mediterráneo, aunque era la ruta más peligrosa por ser más aseQUIBLE a los esbirros de Herodes: parece más probable fueran por alguno de los desiertos caminos del interior. Los apócrifos y el arte han llenado de prodigiosos episodios el penoso viaje: arenales que se cubren de flores al paso de los santos personajes; fieras que vienen a rendirse ante el Niño; árboles que doblegan sus ramas para ofrecer a los viajeros sus frutos. Todo es piadosa fantasía: harían su camino como tantos desconocidos y pobres viandantes que de la Palestina bajaban a Egipto.

Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes. ¿Dónde se instaló la Sagrada Familia? No se sabe: una respetable

tradición supone estuvieron en On, hoy Matarieh, a unos diez kilómetros del Cairo: allí se conserva hoy, cuidado con esmero por los Coptos, un viejísimo sicomoro, el "árbol de la Virgen", retoño del que cobijaría un día a la Sagrada Familia. En el viejo Cairo hemos visitado la viejísima iglesia copta de Abu Sergé, metida entre callejas, que se dice emplazada en el sitio donde tuvo su casa la santa familia. ¿Cuánto duró la estancia en Egipto? Suponen los evangelios apócrifos que unos tres años: San Buenaventura llega a siete: hay graves razones para afirmar que sólo se prolongó por unos meses. En efecto, la matanza de los inocentes ocurrió pocos meses antes de la muerte de Herodes: sucedió a éste su hijo Arquelao, con el título de etnarca, no de rey como su padre (Mt. 2, 22), que al poco tiempo también le fué quitado por Augusto, por no haber logrado su confianza por su desastrosa administración. Cualquiera que fuese la duración de la estancia del Salvador en Egipto, quedó por su presencia santificada aquella región, que pocos siglos más tarde pudo ofrecer el espectáculo de la santidad más asombrosa de los tiempos cristianos, profesada por millares de ermitaños y cenobitas, hijos de Antonio y Pacomio.

En el regreso de Jesús del Egipto ve el Evangelista la realización de la profecía de Oseas (II, 1): *Para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el profeta: De Egipto llamé a mi Hijo.* La profecía, en su sentido literal, se refiere al retorno del pueblo de Dios, "hijo de Dios": pero en su sentido espiritual o típico fué pronunciada de Jesús. No se trata, pues, de una simple acomodación sugerida por la piedad a San Mateo en este caso.

MATANZA DE LOS INOCENTES (16-18). — Herodes, fijo su pensamiento en el extraño hecho que en los días de su ancianidad ponía en peligro su trono, esperó con impaciencia el retorno de los Magos. No le sería difícil averiguar, pasado el tiempo prudencial de su regreso, que habían vuelto a su patria sin cumplir el regio encargo de avisarle. Lo que creyó engaño llevó al extremo su furor: *Entonces Herodes, cuando vió que había sido burlado por los Magos, se irritó*

mucho. Habíase con los años exacerbado el temperamento iracundo y sanguinario del poderoso monarca: frisaba ya en los setenta de su edad: y el hombre feroz que en sus pasados años había matado a su esposa e hijos, a sus amigos y a millares de inocentes ciudadanos, no temió mancillar su vejez con la orden más bárbara y cruel que dió tirano jamás: *Y envió a matar a todos los niños que había en Belén y su comarca, de dos años y abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos*. Para que no escapara uno, el que creía su rival, mandó asesinar a muchos: agrandó el espacio, añadiendo a los niños de Belén los de su comarca; y el tiempo, abarcando a todos hasta la edad de dos años, cuando de las averiguaciones que hizo con los Magos pudo deducir que el rey nacido contaría bastante menos de dos años.

Ejecutóse el repugnante crimen: selegiría Herodes para ello los más feroces de sus soldados. No fueron muy numerosas las inocentes víctimas, y ello explica por qué no mencionan la matanza los historiadores contemporáneos. Contando unos dos mil habitantes para Belén y su comarca, y unos sesenta nacimientos por año, de ellos unos treinta varones, y habida cuenta del subido coeficiente de mortalidad en aquel país, y más en aquellos tiempos, nos daría un número aproximado de veinte a treinta víctimas. Algunos no le hacen exceder de doce, quince, o a lo más veinte. Otros, en cambio, han llegado a cómputos exagerados de 3.000 y hasta de 144.000 por la indebida interpretación literal del fragmento del Apocalipsis que se lee en la Epístola de la Misa de Inocentes.

Llenaron los gritos desgarradores de las madres de Belén el ámbito del pacífico lugar: y el Evangelista, al recuerdo de los lamentos, coordena inspiradamente el hecho con una profecía antigua: *Entonces fué cumplido lo que se había dicho por Jeremías el profeta, que dice: Voz fué oída en Ramá, llanto y copioso lamento: Raquel llorando a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no existen*. La profecía está tomada libremente de Jeremías, aunque se reproduce con fidelidad su sentido. Describe Jeremías (30, 4.12.23; 31, 15) la miseria de Israel vencido, los hijos deportados a Babilo-

nia. En Ramá se reúnen los desgraciados antes de partir para el destierro: cerca de allí está el sepulcro de Raquel, la esposa querida de Jacob y madre común de aquellos infelices: el profeta, en hermosa prosopopeya, supone que desde la tumba llora Raquel la suerte desgraciada de tantos hijos suyos. También lo son los inocentes sacrificados por el furor de Herodes. Lo que literalmente dijo el profeta de los desterrados, lo dice San Mateo en sentido místico de los inocentes. Aquéllos fueron el tipo de éstos. Todavía hoy se conserva, a un kilómetro escaso de Belén, junto a la carretera que la une a Jerusalén, la tumba o "monumento de Raquel", que se destaca como blanco cisne en medio de la llanura gris de Efrata.

Lecciones morales. — A) v. 13. — *Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye...* — En los trabajos y peligros de la vida quisiéramos a veces usara Dios con nosotros de los medios extraordinarios de su Providencia: con todo, ni para con su Hijo siempre los utilizó. Pudo Dios evitar el peligro de la persecución de Herodes con la simple muerte del tirano, con un milagro, como ha librado a tantos siervos suyos: y no lo hace. No sólo no lo hace, sino que trata a la Sagrada Familia como a cualquiera otra: ordena su salida de la tierra patria, su estancia entre gente extraña y un penosísimo viaje. Sometámonos con humildad y reverencia a los soberanos designios de Dios sobre nosotros.

B) v. 14. — *Levantándose José tomó al Niño...* — En medio de la pobreza de los santos esposos, agravada por lo precipitado del viaje, que no les consintió hacer acopio de lo necesario para tan largo camino, hay que admirar la Providencia de Dios que les deparó los ricos dones de los Magos con que subvenir a sus necesidades. Dios no nos faltará nunca si en Él confiadamente esperamos, como hijos que tienen mil veces experimentado el bondadoso amor del padre.

C) v. 16. — *Entonces Herodes... se irritó mucho...* — Cuando el alma es mala y son incurables los vicios que la aquejan, dice el Crisóstomo, no cede a ninguna medicina de las que Dios tiene destinadas para sanar sus dolencias. Así sucede con Herodes. Los Magos no le dan cuenta de su viaje, y se exaspera, y se irrita, hasta llegar a la concepción y perpetración del mul-

tipificado infanticidio. Hubiese a tiempo entrado en sí, viendo la mano de Dios en aquellos sucesos, y no se hubiese hecho reo del crimen horrendo. Procedamos con cautela, refrenando con tiempo las perversas inclinaciones, para no llegar a inevitables abismos.

D) v. 17. — *Entonces se cumplió lo que se había dicho por Jeremías...* — Admirable consonancia de los dos Testamentos, que se revela en la vuelta de Jesús de Egipto y en la matanza de los inocentes, anunciadas por antiguos vaticinios. Ello supone, en el régimen espiritual del mundo por parte de Dios, unos designios prefijados, fidelidad inquebrantable en llevarlos a cabo y suave misericordia en dar al hombre evidentes señales externas de la credibilidad de lo que nos propone. Debemos entrar en esta atmósfera intelectual, llena de amor. Y deberíamos ilustrarnos en la historia de la revelación, para arraigar más nuestras creencias, y para dar razón de ellas a quien nos la pida.

15. — DEL EGIPTO A NAZARET: Mt. 2, 19-23

Evangelio de la vigilia de la Epifanía

“ Muerto Herodes, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, ” diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel; porque han muerto los que querían matar al niño.

“ Levantándose (José), tomó al niño y a su madre, y se vino a tierra de Israel. ” Mas oyendo que Arquelao reinaba en la Judea en lugar de Herodes su padre, temió de ir allá; y avisado en sueños, se retiró a las tierras de Galilea. ” Y vino a morar en una ciudad que se llamaba Nazaret: para que se cumpliera lo que habían dicho los profetas: Que será llamado Nazareno.

Explicación. — Para fijar la fecha del retorno de la Sagrada Familia de Egipto, tenemos un punto aproximado de referencia, que es la muerte de Herodes, ocurrida, según testimonio explícito de Josefo, en los primeros días de abril del

año 750 de la fundación de Roma. Tenía Jesús unos quince meses de edad, y habían transcurrido como tres meses, según el cómputo que adoptamos, de la visita de los Magos.

MUERTE DE HERODES (19.20). — Poco tiempo después de la inútil matanza de los Inocentes, moría el poderoso idumeo, lleno de días y de crímenes, después de treinta y siete años de gobierno. Su muerte fué digna de un tirano, según la describen Josefo y Teofilacto: torturado por la gota y un fuego que le abrasaba las entrañas, cubierto de sarna y roídas por inmundos gusanos las partes secretas de su cuerpo, con continuas congojas de asmático y en medio de terribles convulsiones de sus miembros, echó su alma pésima. Y mientras la mano de Dios caía justiciera sobre aquel hombre perverso, un ángel del Señor visitaba al justo en el lugar del destierro, y le decía que retornara a su patria: Y habiendo muerto Herodes, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto. Cumplía Dios lo prometido al santo Patriarca: “Estate allí hasta que te diga.” La locución del Evangelista da a entender que transcurriría escaso tiempo entre la muerte del tirano y el aviso del ángel, bien que no hay dificultad en admitir pasaran algunos meses: porque habiendo ocurrido discordias de carácter político a la muerte del anciano rey, tuvo que intervenir Augusto para componerlas y adjudicar su parte de territorio a cada uno de los hijos de Herodes. Cuando el ángel aparece a José en Egipto, ya Arquelao, su hijo, gobernaba en la Judea.

Intimó el ángel la salida de Egipto a José, diciendo: *Levántate, y toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel.* Israel es nombre de bendición y de promesa: con él se designa de modo general a toda la tierra de la Palestina: toda ella era querida para los hijos de Jacob, y es más dulce para los desterrados el nombre de la patria. Es buen augurio para José, y más aún lo es la razón que añade el ángel: *Porque han muerto los que querían matar al niño.*

REGRESO A NAZARET (21-23). — Con la misma prontitud que cuando se le intima el destierro, obedece José al ordenarsele el regreso a su dulce patria: *Levantándose, tomó al*

niño y a su madre, y se vino a tierra de Israel. Se hermanó en el jefe de la Sagrada Familia la prudencia con la obediencia. Al llegar a tierra de Israel, sabe que en el gobierno de la Judea ha sucedido a Herodes su hijo Arquelao. No ignoraría José que Arquelao, hijo de Herodes y de la samaritana Maltace, había heredado de su padre el espíritu de tiranía y crueldad: a poco de inaugurar su gobierno, sofocó una sedición en el mismo recinto del templo, en que sus soldados mataron a 3.000 peregrinos. Tan cruel fué, que Augusto hubo de destituirle y desterrarle a Viena, en la Galia, sin que llegara jamás a gobernar con el título de rey, y si sólo con el de etnarca, la porción de territorio que en herencia le había dejado su padre, Samaria, Judea e Idumea. Quiso su padre, y así lo dejó consignado en su testamento, que Arquelao fuera rey, con el consentimiento de Augusto; pero éste, que se lo había prometido si se hacía digno de ello, no se lo concedió jamás, antes le depuso. José, que sin duda había pensado instalarse en Belén de Judá, temió con razón por el niño: no era vieja aún la visita de los Magos, ni la matanza de los Inocentes: *Mas oyendo que Arquelao reinaba o gobernaba en la Judea en lugar de Herodes su padre, temió de ir allá.*

Confirmó la razón de sus temores otra visión nocturna: por ello, como lugar más seguro, resolvió dirigirse a tierras de la Galilea, su patria nativa: *Y avisado en sueños, se retiró a las tierras de Galilea*, provincia que regía Herodes Antipas, de carácter indolente y apacible, desde la muerte de su padre Herodes el Grande. Dentro de la Galilea no era dudosa la elección de ciudad: en Nazaret había tenido antes su domicilio con su santísima esposa, que allí recibió al ángel de la Anunciación: y en Nazaret fijó su residencia: *Y vino a morar en una ciudad que se llamaba Nazaret.* Ya conocemos la risueña ciudad, humilde y despreciada por los mismos galileos. Situada en la Galilea inferior, en los confines de la tribu de Zabulón, sin tráfico mercantil, aislada de las grandes vías de comunicación, de vida agrícola, se adaptaba admirablemente a la condición oscura de Jesús, que allí había de pa-

sar los años de vida oculta, hasta que llegara la hora de su manifestación.

También en este hecho nos descubre San Mateo el designio providencial de Dios, que así lo tenía destinado, según oráculo de sus profetas: *Para que se cumpliera lo que habían dicho los profetas: Que será llamado Nazareno.* El Evangelista no se refiere a ningún profeta particular, sino al sentido que se desprende de una serie de profecías. En ellas es llamado el Mesías "tallo", "retoño" (Is. 11, 1; 53, 2), en hebreo *netzer*: es el mismo nombre hebreo de la pequeña ciudad. En ésta debía crecer el tallo airoso salido del tronco de Jesé. Además, el nombre de Nazareno como el de Nazaret, era tenido en menos por los judíos: Jesús es llamado Nazareno repetidas veces en los Evangelios: el evangelista quiere que en Jesús y por Jesús se convierta en honor y gloria la aversión que ambos nombres inspiraban. Es una conjunción histórica, la del divino Nazareno y Nazaret, que responde a un anuncio profético.

Lecciones morales. — A) v. 19. — *Muerto Herodes...* — La muerte de Herodes representa para la Sagrada Familia el principio de un período de bonanza. A los horrores de la persecución suceden las delicias de la vuelta a la patria. El poder del tirano queda aniquilado por la muerte: ya no habrá que temerle. De la tierra de idólatras se pasa a la Tierra Santa, donde forman pueblo los adoradores del Dios verdadero. El trato de extraños cesa para gozar la dulce compañía de deudos y amigos en la propia ciudad. — Este episodio es imagen de la variabilidad de las cosas de la vida: ni bienes ni males son en ella duraderos: Dios tempera los episodios de nuestra existencia en forma tal que nuestro espíritu no halle firmeza sino en el pensamiento de que Dios nos gobierna y nos lleva a un destino definitivo e inmutable.

B) v. 20. — *Han muerto los que querían matar al niño...* — Murieron los que querían matar al niño, y murieron prematuramente. El Evangelista puede referirse aquí solamente a Herodes o también, como cree San Jerónimo, a escribas y sacerdotes que con él maquinaron la muerte de Jesús. Cualquiera que sea la interpretación, debemos ver en el providencial su-

ceso, según San Beda, el prelude de lo que sucederá en los siglos posteriores, a saber, que Dios vengará las persecuciones contra su Iglesia con la muerte de los perseguidores: es elocuente la historia de los emperadores en las diez persecuciones, la de Arrio, de Voltaire, de Zola y tantos otros.

c) v. 22. — *Mas oyendo que Arquelao reinaba en la Judea...* Herodes dejó como sucesor suyo en la Judea a Arquelao, digno hijo de tal padre, por su crueldad; como Herodes Antipas, el matador del Bautista; como la nieta Herodías, la que solicitó la cabeza del Precursor. Hay en muchas familias una como ley de herencia, para el mal, como para el bien. No es que no haya libertad para obrar según ley: es que hay hábitos en las familias, como en los individuos: es que el aire de familia santifica o emponzoña, porque nada hay más eficaz para la formación del hombre que la vida de familia. De aquí la responsabilidad de todos los que la integran de edificarse y corregirse mutuamente.

d) v. 23. — *Y vino (José) a morar en una ciudad que se llamaba Nazaret...* — Mira, dice el Crisóstomo, cómo José fué elegido para cuidar a María: en la ida y vuelta a Egipto, ¿quién hubiese podido llenar tantas necesidades sino aquel de quien era esposa? La solicitud y abnegación del santo Patriarca en medio de tantos trabajos, es título de seguro valimiento ante la Madre y el Hijo en el cielo.

16. — JESÚS EN MEDIO DE LOS DOCTORES SU VIDA OCULTA: Lc. 2, 40-52

**Evangelio de la Misa de la Dominica infraoctava
de la Epifanía (vv. 42-52)**

Léese también en la fiesta de la Sagrada Familia, vv. 43-52; en la de la Maternidad de la Virgen, vv. 43-50, y en la del Inmaculado Corazón de María, vv. 48-51.

“Y el niño crecía y fortalecía, estando lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era en él.

“Y sus padres iban todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua. “Y cuando tuvo doce años, subieron ellos a Jerusalén, según solían en aquella fiesta: “y acabados los días,

cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. “Y creyendo que estaba él con los de la comitiva, anduvieron camino de un día, y le buscaron entre los parientes y conocidos: “y como no le hallasen, se volvieron a Jerusalén, buscándole.

“Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. “Y se pasmaban todos los que le oían de su inteligencia y de sus respuestas. “Y cuando le vieron, se maravillaron: y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. “Y les respondió: ¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que conviene que yo esté en las cosas de mi Padre? “Mas ellos no entendieron la palabra que les habló.

“Y descendió con ellos y vino a Nazaret: y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. “Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia, delante de Dios y de los hombres.

Explicación. — De toda la vida oculta de Jesús, de los doce a los treinta años, sólo conocemos el episodio que aquí nos narra San Lucas, del viaje de la sagrada Familia al templo con motivo de la Pascua de aquel año, y las pocas palabras con que concreta el Evangelista los misteriosos crecimientos de Jesús en determinados órdenes de su vida. Toda narración más o menos verosímil de hechos y costumbres del Señor aquellos años ha de considerarse hija de la invención piadosa de siglos posteriores, tal vez reminiscencia de las narraciones de los evangelios apócrifos, copiosos en la invención de sucesos maravillosos en que intervino Jesús. En cambio, las almas contemplativas tienen mucho que ahondar en las pocas palabras del Evangelista y en la naturaleza y oficios del Salvador durante aquellos años de preparación.

Pero dondequiera que estuvo Jesús en los días de su infancia, y cualquiera que fuese su manera de vivir, *el niño crecía y fortalecía*: se agrandaba y robustecía su cuerpo, siguiendo las leyes normales del perfecto desarrollo, no estando sujeto a las enfermedades comunes a la humana naturaleza, por la perfección de la justicia original. Cuanto a su

alma, estaba llena de sabiduría: *estando lleno de sabiduría*; porque en Él estaban todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Col. 2, 3); ya diremos en qué forma pudo crecer la sabiduría de Jesús. *Y la gracia de Dios era en él*: su espíritu estaba colmado de la gracia santificante en su grado máximo, porque le santificaba esencial y específicamente su unión con la Persona del Verbo: por el hecho de ser el "Cristo de Dios" era Jesús santísimo, con la plenitud de la unión santificadora. Aun añadirá el mismo Lucas algunas palabras a este tema (v. 52).

LA PÉRDIDA (41-45). — El hecho que se nos narra en este fragmento es propio de San Lucas, que seguramente lo recibiría de los mismos labios de la Madre de Jesús. Ocurre el hecho el año 761 de la fundación de Roma, el octavo de la era vulgar, por la Pascua, cuando contaba Jesús doce años cumplidos. Es la primera vez que Jesús se manifiesta, dejando filtrarse a través de su apariencia de niño algún rayo de su divinidad. En los episodios de su infancia ya descritos, son los ángeles, Simón y Ana quienes descubren su grandeza; aquí lo hace Él en persona, y precisamente en ocasión de someterse a la ley de la Pascua judía. De esta suerte Jesús sostenía la atención del pueblo, ya excitada con los maravillosos sucesos de su infancia, a fin de que pasados los años de su vida oculta, a la hora de manifestarse, el recuerdo de los pasados hechos, aunque circunscrito a escaso número de personas, reviviera y atrajera sobre Él las miradas de sus contemporáneos.

Prescribía la ley a todos los varones de Israel que concurriesen al templo de Jerusalén tres veces al año: por las fiestas de Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos (Deut. 16, 16): concentrábase en estas ocasiones la vida del pueblo teocrático alrededor de su único templo. Es probable que en tiempo de Jesucristo la obligación urgía solamente para los varones que habitaban la provincia de Judea. No venían las mujeres obligadas a ello; pero las más piadosas acudían a lo menos en la solemnidad de la Pascua aunque también eran libres. José y María no faltaban ningún año a la so-

lemne fiesta de los ázimos, salvando a pie, o en humilde cabalgadura, los 120 kilómetros que hay de Nazaret a la capital judía, cuatro o cinco jornadas: *Y sus padres iban todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua.*

No nos dice el Evangelio si tomaban consigo a Jesús, antes que la ley le obligara también a Él. Era esto a los doce años; cuando los cumplía el niño, venía a ser "hijo de la ley", obligado, por lo mismo, a los preceptos de fiestas, ayunos, etc. Según costumbre de los años anteriores, y obligado ya Jesús por la ley, subieron con Él José y María al Templo: quizás era la primera vez que Jesús penetraba en el sagrado recinto, después de su Presentación, hacia ya doce años, aunque es más probable que hubiese subido ya otras veces: *Y cuando tuvo doce años, subieron ellos a Jerusalén, según solían en aquella fiesta.*

Duraba la Pascua siete días (Ex. 12, 15, 16), aunque no era obligatoria la permanencia en Jerusalén durante todos ellos: la mayor parte de los peregrinos retornaban a sus hogares pasados los dos primeros días, que eran los de mayor solemnidad. Por la forma de expresarse el Evangelista, y dada la profunda piedad de la Sagrada Familia, es de suponer que permanecerían en Jerusalén hasta el 23 de Nisán, día siguiente de la octava. Fué entonces cuando partieron José y María, sin que advirtiesen que Jesús quedaba en Jerusalén: *Y acabados los días, cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen.* Acostumbrados a la docilidad y prudencia de Jesús, dejábanle María y José en amplia libertad. Cuando no se la hubiesen dejado, Él la tenía. Jesús, como hijo de familia, estaba sometido a sus padres como todo hombre, como quiso estarlo a la ley como ciudadano: pero tenía una misión que cumplir, como Hijo del Padre y Redentor de los hombres, y en el ejercicio de estas altísimas funciones sólo al Padre debía obediencia: esto quiso demostrar Jesús en esta ocasión, cuando, por razón de su corta edad, parecía debía estar más sujeto a sus padres.

No es de extrañar la inadvertencia de José y María. En Jerusalén se concentraba aquellos días una multitud enorme,

que Josefo hace ascender a tres millones de peregrinos. Iban éstos por grupos a veces de centenares, formados por los viajeros de una misma población o de una agrupación de villas. La organización de las caravanas, que integraban hombres y mujeres, viejos y niños, camellos y asnos, con la natural impedimenta de un largo viaje, era difícil. Por otra parte, un niño de doce años, en Oriente, es ya mozo robusto, a quien puede dejarse la iniciativa en el modo de realizar el viaje. De aquí que los santos esposos, saliendo por la mañana de Jerusalén con la caravana de su país, no se preocuparan de que no fuera el niño en su propia compañía: bastábales la creencia de que estuviera con alguno de los grupos de la caravana. Así anduvieron todo el día, hasta que al atardecer, y cuando la caravana se disponía a acampar o pernotar en algún poblado, pudieron advertir la ausencia del ser querido: *Y creyendo que estaba él con los de la comitiva, anduvieron camino de un día.*

Buscáronlo aquella misma noche y en el lugar de descanso, en la hospedería o en las casas del poblado o entre los grupos de gente conocida o de la familia, con los que hubiese podido viajar Jesús: *Y le buscaron entre los parientes y conocidos, es de suponer con qué diligencia y angustia. No pudieron dar con Él: y aquella misma noche, o al apuntar el siguiente día, deshicieron el camino andado, buscándole entre los grupos rezagados que venían aún de la fiesta: Y como no le hallasen, se volvieron a Jerusalén, buscándole.* Es probable llegaron a la gran ciudad al atardecer del día siguiente al de su partida. En las congojas de aquellas dos negras noches y de aquel día de diligente rebusca, recordaría otra vez la Madre aquella espada de dolor que Simeón la profetizó, hacía doce años, en aquella misma ciudad.

EL NIÑO HALLADO (46-50). — No buscarían José y María a Jesús por calles y plazas de la ciudad, ni andarían de casa en casa de los conocidos para hallarle. Sabían ellos lo piadoso que era Jesús, y que si voluntariamente se había quedado en Jerusalén, en el templo le hallarían. Y allí fueron tan pronto pudieron, y le buscaron con la misma diligencia

por las varias dependencias del vastísimo recinto. Y aquel mismo día, el tercero después de su salida, probablemente el 25 de Nisán, le hallaron en aquel santo lugar: *Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, no en el mismo santuario o naos, sino en alguno de los atrios o en alguno de los lugares cerrados que había en los pórticos.*

Costumbre era de los doctores judíos reunirse en las salas del templo para explicar la Ley al pueblo, especialmente los sábados y días de gran fiesta. Sentados en sendos escaños y en semicírculo, dilucidaban los puntos difíciles de la Ley. El pueblo se agrupaba ante ellos, sentados en tierra los oyentes, a guisa de los orientales, o en bajos asientos. El procedimiento para adoctrinar era el socrático, por preguntas y respuestas: el maestro explicaba, y hacía luego preguntas a determinados concurrentes, quienes, al responder, presentaban por su parte a sus maestros las oportunas observaciones y dificultades. En uno de estos momentos, interesantísimo, sorprendieron José y María al Hijo al entrar en la sala donde se hallaba: *Sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles.* Aunque a la curiosidad piadosa le placiera el dulce pábulo, es conjetura cuanto se diga sobre el tema que en su diálogo desarrollarían Jesús y los rabinos, aunque no es aventurado suponer versaría sobre el Mesías. Los evangelios apócrifos han fantaseado mucho sobre este punto. Tampoco puede indicarse, ni siquiera como probable, el nombre de los doctores que intervinieron en una sesión que debía pasar a la historia. Como es despropósito de artistas el representar a Jesús sentado en lugar preeminente, a estilo de maestro, enseñando a los doctores de la Ley: Jesús oía como discípulo, y preguntaba con la discreción y la destreza de un maestro, pero desde el lugar de los oyentes.

Lo que es cierto es el hecho que denuncia el Evangelista con una palabra ponderativa: el pasmo, el estupor, como de éxtasis, que en cuantos le oían produjeron su prudencia y la sabiduría de sus respuestas: *Y se pasmaban todos los que le oían de su inteligencia y de sus respuestas,* lo que supone que también los doctores le preguntaron a su vez. Niño de doce años, revela profundos conocimientos en la ciencia sa-

grada, que ponen pasmo en los doctores: a cada pregunta que le dirigen, descubren profundidades de saber que les aturden. Es el Sol, que envía de lejos sus rayos, iluminando con claridad de aurora las inteligencias de los maestros de Israel.

Su padre putativo y su madre quedaron también estupefactos ante la escena: no por la sabiduría del Hijo, cuya divinidad conocían, sino porque por vez primera le ven manifestarla, y en ocasión tan solemne: *Y cuando le vieron, se maravillaron*: coincide esta manifestación con el sumo dolor de los esposos. *Y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros?* No son estas palabras de reprensión, sino de manifestación del dolor profundo por la pérdida: quizás quiere con ellas María averiguar la razón de una conducta tan misteriosa. *Mira, sigue la madre, poniéndose humildemente después del esposo, cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.* ¿Fueron dichas estas palabras por la Virgen, como quiere Maldonado, después de la sesión de los doctores y a solas con Él, por la modestia de no revelar que era la Madre de tal Hijo? Es más probable que no: hay en las palabras de la Madre la vehemencia de un sentimiento que no puede represarse al hallar al Hijo: a más de que Jesús iba con su respuesta a hacer vislumbrar su divinidad a aquella asamblea.

Jesús responde en forma desabrida en la apariencia, pero que encierra profundos conceptos: *Y les respondió: ¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que conviene que yo esté en las cosas de mi Padre?* Son palabras de instrucción, de consuelo y de legítima excusa. Conociendo ellos su divinidad y el motivo de su venida al mundo, ya podían suponer que no sin razón les había dejado, y que no había motivo para inquietarse. En estas únicas palabras que se conservan de Jesús hasta los treinta años se encierra toda la substancia del Evangelio, a saber: la manifestación de su divinidad, por cuanto Jesús se hace Hijo de Dios, en cuya casa está, delante de José, su padre putativo; y la revelación de su misión, porque se dice ocupado en los negocios de su Padre. Es un anticipo

de la frase: "No vine a hacer mi voluntad, sino la del Padre que me envió" (Ioh. 5, 30).

La versión crítica, en sentido filológico, de esta frase es la siguiente: "¿No sabíais que yo debía estar cerca de mi Padre?" Cerca de mi Padre, es decir, en la casa de mi Padre, o en relación con su persona. María y José sabían perfectamente a quién correspondía en realidad la paternidad de Jesús, en tanto que la paternidad de Jesús se atribuía comúnmente, no a Dios, sino a José. *Mas ellos no entendieron la palabra que les habló*: ellos no se sentían capaces de descubrir su profundo sentido. Aun cuando no desconocían la concepción maravillosa de Jesús, sin embargo, cada nueva revelación, como la del anciano Simeón, la adoración de los Magos, habíales llenado de admiración profunda. Su inteligencia era limitada para comprender todo el alcance de las palabras y de los hechos del Niño Dios. Ni hay dificultad en admitir que la misma Virgen no entendió desde un principio todos los misterios, sino que paulatinamente fué dilatándose el objeto de su fe, como aumentó en gracia y caridad.

Con todo, ateniéndonos a la interpretación tradicional de este pasaje, podemos traducir con gran número de comentaristas: "En los negocios de mi Padre."

No creemos admisible la opinión de aquellos que consideran la sentencia de Jesús como dicha a los circunstantes, no a María y a José: el contexto no consiente esta interpretación. Como tampoco la de aquellos que refieren estas palabras sólo a San José; porque si las palabras: "¿Por qué me buscabais?", se refieren a ambos esposos, no se ve razón de que se excluya a la Virgen de la frase siguiente, pronunciada por Jesús en el mismo plano y sin distinción alguna. Menos nos place aun la opinión de aquellos que creen que los esposos no entendieron que les hablara de su divinidad y del Padre celestial, por cuanto ambos conocían la divina filiación de Jesús.

LA VIDA OCULTA DE JESÚS (51.52). — El episodio del templo es el único de carácter concreto que nos han conservado los Evangelios desde la infancia a la edad madura de

Jesús. Los siguientes versículos contienen más bien una síntesis y como la suma de su vida oculta. Según la humana economía, parece que, una vez empezada su manifestación, Jesús debía continuarla, hasta que brillara, como el sol en el cenit, la luz de su persona y de su doctrina. Dios no lo quiere así: deja que aparezca un momento la claridad de su Hijo, para que se esconda de nuevo en las tinieblas de una vida ocultísima. Es el grano de trigo que cae en el surco: a Nazaret, "pimpollo", va a vivir con sus padres el que allí crecerá en el silencio y apartamiento del mundo, el divino "pimpollo", vigoroso rebrote de la vieja raíz de Jesé (Is. 11, 1): *Y descendió con ellos y vino a Nazaret.*

¿Qué hizo en la sosegada calma de la riente ciudad durante los diez y ocho años que siguieron al retorno de Jerusalén? Pasó su vida en forma irreprochable, pero sin brillo, en la más absoluta sumisión a María y José: *Y les estaba sujeto.* Por un acto de desobediencia y de orgullo vino la ruina del mundo: el Redentor pasará la mayor parte de su vida en la obediencia y obscuridad. Modelo de todos los hombres, escogió Jesús el género de vida más común a los hombres: la sumisión, el trabajo, la estrechez.

El contraste inexplicable entre la soberana excelsitud de la Persona y su humildísimo vivir daría materia de meditación a los santos esposos, especialmente a la ilustradísima Madre: *Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.* Ella, que había oído al ángel llamar a Jesús "Santo, Hijo de Dios", que "se sentaría en el trono de David, su padre" y "reinaría para siempre", que había oído las grandes profecías del *Benedictus* y *Nunc dimittis*, recapacita en su pensamiento y corazón los misterios inenarrables de aquella vida sencillísima de su Hijo, el obrero, el hijo del obrero, como le llaman sus paisanos.

Termina San Lucas su Evangelio de la Infancia con un trazo que parece agrandar la figura y la vida de Jesús hasta ofrecerle en la plenitud de su desarrollo físico, intelectual y moral, en la inauguración de su ministerio público: *Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia, delante de Dios y de los hombres.* Crecía en sabiduría, en conocimiento inte-

lectual. En Jesús había la ciencia divina y la humana, porque era Dios y hombre. Su ciencia como Dios no era capaz de crecimiento, porque era infinita, la misma de la Trinidad beatísima. En la ciencia humana de Jesús hay que considerar un triple aspecto: la ciencia "de visión", o de bienaventuranza, que le correspondía por la unión substancial de la naturaleza humana a la Persona del Verbo, y ésta era llena e incapaz de crecimiento desde su concepción: la ciencia "infusa", que le comunicó Dios desde su encarnación y en virtud de la cual tenía de las cosas un conocimiento más perfecto que todas las criaturas, y tampoco podía crecer en esta ciencia: y la ciencia "experimental", que es la que adquiere el hombre por el uso de sus sentidos y por la elaboración de ideas que la facultad intelectual saca de los elementos que los sentidos le suministran. Y en esta ciencia Jesús creció, como los demás hombres, como dice el Apóstol (Heb. 5, 8), a lo menos según una nueva manera de ver las cosas. Aprendió de José su oficio, y de María y José las lecciones de la experiencia de la vida. Aprendió la lengua de su país, y sus costumbres, y la práctica de la Ley. Se plasmó su fisonomía intelectual, desde el punto de vista humano y de expresión, recibiendo las influencias del pensamiento ambiente, de raza, de nación, de ciudad. Su pensamiento, aun en el orden humano y experimental, debió ponerse al nivel del magisterio que debía ejercer: así lo reclamaba la eficacia de su ministerio futuro.

Crecía en edad: el vocablo original se traduciría mejor por "estatura". Es el crecimiento físico, en su acepción general: desarrollo y armonía del cuerpo, robustez de sus miembros, delicadeza de su sensibilidad, fortaleza de compleción.

Y creció en gracia: no en cuanto al hábito, que Dios con la gracia santificante le llenó de todas las virtudes infusas, sino en cuanto hacía siempre obras de maravillosa santidad. Por todo ello era cada día más acepto a Dios y a los hombres.

Lecciones morales. — a) v. 41. — *Y sus padres iban todos los años a Jerusalén...* — José y María subían todos los años a Jerusalén por la Pascua: cuando la ley le obligó, subió con ellos Jesús: así lo harían los años sucesivos. — La familia es un ser moral: como tal, de la misma manera que el individuo y la sociedad, viene obligada a rendir culto a Dios. ¡Qué bello espectáculo el de nuestros padres, que se hacían una obligación de asistir a las solemnidades religiosas acompañados de sus hijos! Así se mantenía el espíritu religioso en este elemento fundamental de la sociedad, que es la familia; se daba un ejemplo público y simpático; se continuaba la tradición de los mayores; se fomentaba el amor de familia. Hoy, por desgracia, la familia está de hecho en pleno laicismo, cuando no han substituído a las santas costumbres antiguas las modernas de espectáculos y juegos profanos.

b) v. 43. — *Se quedó el niño Jesús en Jerusalén...* — Jesús se queda en el templo. Así lo requerían los intereses de su Padre celestial. Cuando estén en pugna los intereses de los padres con la manifiesta voluntad de Dios, deben ceder a ésta. Así lo reclama la jerarquía de voluntades y la ley del señorío de Dios sobre todas las cosas. Torcer el curso de una vocación a un estado superior de vida, como inclinar con violencia moral a los hijos a que lo abracen, es un gran peligro, para los hijos y para los mismos padres. Dios, que trata con suma reverencia la voluntad del hombre, vigila para que no se falseen los destinos de sus criaturas.

c) v. 46. — *Tres días después le hallaron en el Templo...* — A Jesús se le halla en el templo, dice Orígenes: es la casa de Jesús. Allí está en el Sacramento, en el sacrificio, en la palabra del sacerdote: todo nos habla de él y de su vida y de los que le imitaron. Y debemos buscar a Jesús en el templo como en él buscaba Jesús lo que a su Padre correspondía: oyendo a los doctores, preguntándoles, con gravedad y modestia: asistiendo, como asistiría Él, a los divinos misterios y ceremonias del culto y penetrando con diligencia su espiritual sentido.

d) v. 49. — *¿No sabíais que conviene que yo esté en las cosas de mi Padre?* — Son éstas las primeras palabras de Jesús en los santos Evangelios, y encierran el pensamiento que informó toda su vida: hacer las cosas del Padre, realizar el negocio para el que le envió al mundo el Padre, que era la Redención del mundo. A ello lo subordina todo, aun a costa de la

tranquilidad y paz de su familia. — Como Jesús, cada uno de nosotros tiene un gran negocio que realizar, que es hacer eficaz en nosotros, individualmente, la redención de Jesús: todo lo demás debe subordinarse a este fin primordial de nuestra vida. “¿Qué aprovecha al hombre, dirá más tarde Jesús, ganar todo el mundo, si pierde el alma?” (Mt. 16, 26). Y este negocio es nuestro, personal, entre Dios y nosotros. Es una vocación, es un ministerio, es una función, cualquier exigencia de Dios sobre nosotros. Cuando se atraviesen entre Dios y nuestra alma los intereses humanos para desviarnos de nuestra ruta, debemos decirnos, y decir a los hombres, quienesquiera que sean, la palabra del Apóstol: “Conviene más obedecer a Dios que a los hombres” (Act. 5, 29); conviene que yo esté en las cosas de mi Padre.

e) v. 51. — *Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.* — María guardaba todas estas cosas en su corazón. Madre y asiento de la divina Sabiduría, la Virgen asistía con profundo recogimiento de su espíritu al estupendo misterio del Verbo de Dios hecho hombre en sus propias entrañas y viviendo en su compañía largos años de una vida de oración, recogimiento y trabajo. Ni un hecho, ni una palabra, ni un gesto de Jesús pasarían inadvertidos a su madre: todo lo recogería, como en relicario vivo, en el secreto de su pensamiento y de su corazón. Y ello era el delicioso pasto de su alma, y uno de los secretos de sus prodigiosos crecimientos en la ciencia y en la vida del espíritu. Tenía a su Maestro vivo ante ella, y entera en su Corazón. — Tampoco nosotros deberíamos dejar caer una sola partícula del don divino: las palabras y los hechos de Jesús, no sólo los personales de Él, sino lo que Él ha producido en el mundo cristiano, y que a nosotros llega por vía de inspiraciones, lecturas, ejemplos, predicaciones, etc., deberíamos ponerlo en nuestro corazón para que diera frutos de sabiduría y santidad cristianas.

SECCIÓN SEGUNDA

VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Período de preparación

Sumario

EL BAUTISTA Y JESÚS. — 17. Aparición del Precursor. — 18. Resumen de la predicación del Bautista. — 19. El bautismo de Juan y el de Cristo. — 20. Juan bautiza a Jesús. — 21. Ayuno y tentaciones de Jesús. — 22. Testimonio de Juan a los legados de los judíos. — 23. Otro testimonio de Jesús por el Bautista. — 24. Los primeros discípulos de Jesús. — 25. Las bodas de Caná.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — Los sucesos de este período primero se realizaron en el lapso de tiempo comprendido desde el otoño del año 778 de la fundación de Roma, cuando Jesús tenía treinta años, hasta la Pascua del año siguiente, poco más de tres meses. Se desarrollaron principalmente en Judea, adonde fué Jesús desde Nazaret, y parte en la Galilea. En Judea predicó el Bautista, y Jesús fué bautizado, ayunó cuarenta días, fué tentado, recibió el testimonio del Bautista y eligió a dos de sus discípulos, Andrés y probablemente Juan. Vino luego a la Galilea, eligiendo allí a Felipe y Natanael. En Caná, de Galilea, hace su primer milagro y se retira a Cafarnaúm, a orillas del lago Tiberíades.

En el mapa de la página siguiente se indica con un trazo de líneas y puntos la ruta probable que siguió Jesús de Nazaret al lugar de su bautismo, y de Nazaret a Cafarnaúm.



Período de preparación

17.— APARICIÓN DEL PRECURSOR: Lc. 3, 1-6 (Mt. 3, 1-6; Mc. 1, 1-6)

Evangelio del sábado de las cuatro Témperas y de la Dominica 4.^a de Adviento

Mc. Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios

En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilatos gobernador de la Judea, y Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filippo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilene,¹ siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

Y vino por toda la región del Jordán predicando *en el desierto de Judea* el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados,² y diciendo: *Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos,*³ como está escrito en el libro de las palabras de Isaías profeta:⁴ *He aquí que envío yo a mi ángel delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti* (Mal. 3, 1): *Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor: enderezad sus sendas.*⁵ *Todo valle se henchirá: y todo monte y collado será abajado: y se enderezará lo torcido, y serán allanados los caminos fragosos:*⁶ *Y verán todos los hombres la salud de Dios.*⁷ *Y acudía a él todo el país de la Judea y todas las gentes de Jerusalén,*⁸ y toda la ribera del Jordán,⁹ y confesando sus pecados eran bautizados por él en el río Jordán.¹⁰ *Tráía Juan un vestido de pelos de camello, y un cinto de cuero a sus lomos; y la comida suya eran langostas y miel silvestre.*

Explicación. — En los montes de Judá, probablemente en Ain Kârim, había dejado María a sus primos Zacarías

e Isabel. Los infantes que llevaban las santas madres en sus senos se habían saludado en forma misteriosa. Nacido el Bautista, pasó su juventud en los desiertos, preparándose para su altísimo ministerio de Precursor del Mesías. Hoy hace su aparición pública a orillas del Jordán. Con razón empiezan los Evangelistas la descripción de la vida pública de Jesús por la predicación del Bautista: *Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*. Es ésta como la aurora del Evangelio. Hasta en el orden doctrinal la predicación del Bautista coincide con los comienzos de la predicación de Jesús. Es el gran profeta que llega hasta el mismo umbral del Evangelio, para desaparecer después que ha señalado a las multitudes el Salvador.

ENCUADRAMIENTO CRONOLÓGICO (1.2). — La aparición del Bautista fué un hecho famoso en los fastos del pueblo judío. Por ello es el punto de arranque de la narración evangélica, y todos los datos cronológicos que nos da San Lucas sirven para encuadrar el hecho ruidosísimo. Para ello concreta el Evangelista los nombres de siete autoridades de la Palestina que ejercían sus funciones en el momento de la aparición.

En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César... Fué este emperador hijo adoptivo de su padrastro Augusto, quien le asoció al imperio antes de morir. Poco tiempo duró el imperio bipersonal, porque tres años más tarde moría Augusto y le sucedía Tiberio solo en el gobierno del vasto imperio. El año décimoquinto del cómputo evangélico debe contarse desde la fecha de su asociación al gobierno.

En la Judea, depuesto Arquelao por Augusto el año 6.º después de Jesucristo, había sucedido el régimen romano por medio de procuradores: Poncio Pilatos era el quinto de ellos, habiendo gobernado del 26 al 36 después de Jesucristo: *Siendo Poncio Pilatos gobernador de la Judea*.

Quedaban aún, descontado Arquelao, dos tetrarcas, hijos de Herodes, que gobernaban en las regiones superiores de la Palestina: *Y Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite*.

Cuanto a Lisaniás, no era de la familia de Herodes:

ejercía la tetrarquía de Abilene, región situada entre el Líbano y el Hermón, al noroeste de Damasco y que los rabinos computaban con orgullo entre "las tierras de Israel". Por esto sin duda le nombra el Evangelista: *Y Lisaniás tetrarca de Abilene*.

Entre las autoridades religiosas nombra San Lucas a Anás y Caifás: *Siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás*. El sumo sacerdote en Israel era único, y con cargo vitalicio; pero Anás, que había ejercido el supremo pontificado desde el año 7 al 14 de Jesucristo, fué depuesto por Valerio Grato, sucediéndole más tarde su yerno José, llamado Caifás, que tenía el título oficial de Sumo Pontífice. El suegro conservó la dignidad hasta su muerte. Los siete jefes nombrados en estos versículos ejercieron sus respectivas funciones durante toda la vida pública de Jesús y hasta después de su muerte.

Fué entonces, en medio del rebajamiento político, moral y religioso del pueblo de Dios, cuando, a la manera de los antiguos profetas, recibió el mayor de ellos, Juan, en el desierto donde había pasado su juventud (Lc. 1, 80), una revelación especial de Dios: *Vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto*.

MISIÓN DEL BAUTISTA (3-6). — Y la palabra de Dios le mandó a Juan que saliera del desierto: *Y vino por toda la región del Jordán*: La región del Jordán es poco habitada, más propia para el pastoreo que para el cultivo: San Mateo la llama *el desierto de Judea*: es la parte más baja del desierto a que hemos aludido en el número 7 y que, por estar más próxima al caudaloso río, tiene alguna vegetación. Era un símbolo; por aquellas regiones había entrado el pueblo de Dios a la tierra prometida; del desierto vino para posesionarse de una tierra que manaba leche y miel: por aquí debía empezar el pueblo de Dios a entrar en el verdadero reino de Dios. El lugar era, por otra parte, a propósito para el bautismo de inmersión en las aguas del Jordán, rito nuevo, peculiar del Bautista, figurativo de la reforma interior de vida a que les exhortaba, *predicando el bautismo de penitencia*

para la remisión de los pecados. El bautismo de Juan no perdonaba los pecados como el Bautismo cristiano borra el pecado original o el sacramento de la Penitencia borra los personales. No era más que un símbolo exterior que representaba el cambio de vida y la limpieza de corazón a que les exhortaba al predicarles la penitencia: Dios no repudia los corazones contritos y humillados.

Juan daba a las multitudes la razón del cambio de vida que en ellas debía obrarse, diciendo: *Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos*. El pueblo sabía lo que se encerraba en la palabra del Bautista: era la promesa de la restauración y de la salvación. Como sabía por los antiguos profetas que el reino mesiánico debía tener un heraldo que le anunciara: *Como está escrito en el libro de las palabras de Isaías profeta: "He aquí que envío yo a mi ángel ante mi faz, y preparará tu camino delante de ti"*: el ángel es aquí el heraldo o nuncio: Dios había prometido por Malaquías (3, 1), que enviaría un precursor para anunciar al pueblo la llegada del Mesías Dominador. También por Isaías había dicho: *Voz del que clama en el desierto: aparejad el camino del Señor: enderezad sus sendas...* Es metáfora oportuna, tomada de la costumbre de arreglar los caminos a la llegada de un gran príncipe: *Todo valle se henchirá: y todo monte y collado será abajado: y se enderezará lo torcido, y serán allanados los caminos frágiles*: son los obstáculos de carácter moral que impiden la llegada del reino de Dios a las almas: la soberbia, representada por la turgencia de los montes que no se aviene con la humildad del Salvador futuro; la injusticia, que es una desviación de la rectitud de la ley; la hipocresía, senda tortuosa de la vida, disconforme con la simplicidad de intención que será divisa del reino futuro, etc. Resultado de esta preparación espiritual será que toda la raza humana, porque la redención debe ser universal, verá la salvación que de Dios viene por el Mesías: *Y verán todos los hombres la salud de Dios*.

Fué eficazísima la predicación del gran profeta. El pueblo judío, que vivía en la hipertensión de esperanzas próximas a realizarse, vino en masa a oír al heraldo de Dios:

Y salía hacia él toda la región de la Judea y todos los habitantes de Jerusalén, gente de ciudad y de los poblados y del campo; y confesando sus pecados, probablemente con una fórmula de confesión general semejante a nuestro "Confiteor", eran bautizados por él en el río Jordán, con bautismo peculiar del Bautista, que personalmente les sumergía en las aguas del río, para denotar y preparar al mismo tiempo la purificación del corazón, el cambio de vida y la creencia en el próximo advenimiento del Mesías.

El gran predicador de la penitencia debía mostrar en su persona el amor a esta virtud. Juan enseñaba con el ejemplo lo que su voz predicaba: *Traía Juan un vestido de pelos de camello, no de lana de camello, dice San Jerónimo, sino de los ásperos pelos de este animal, tan común en aquel país. Su ceñidor, en el que tanto lujo solían gastar los antiguos, era paupérrimo, de cuero: Y un cinto de cuero a sus lomos. Su ordinario alimento consonaba con la miseria de su indumentaria: Y la comida suya eran langostas, que fácilmente cogidas en aquellos parajes, secadas al sol o al horno, eran manjar vulgarísimo de la gente pobre; y miel silvestre, no de abejas, que en las Escrituras suele reputarse entre los manjares deliciosos (Cant. 4, 11), sino el humor gomoso que de sus troncos destilan algunos árboles. La vida de Juan era una elocuentísima predicación del tema que solía desarrollar.*

Lecciones morales. — A) v. 1. — *En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César...* — Compárese la opulencia que significan los nombres de los siete personajes, Pilatos, Herodes, etc., con la suma pobreza del Bautista, que en tiempo de aquéllos aparece en la escena del mundo. Ha desaparecido el poder y fausto de aquéllos: la memoria de casi todos es execrada. El nombre del Bautista es veneradísimo; su gloria será eterna, y durará su buena memoria cuanto dure el mundo: el reino que predicaba es la Iglesia y es el cielo. Debemos siempre inclinarnos del lado de la rectitud y no ser víctimas de las apariencias del mundo, que pasa como una sombra.

B) v. 2. — *Vino la palabra de Dios sobre Juan...* — Sobre muchos ministros de Dios se ha hecho la palabra de Dios, como le sucedió al Bautista. Su voz clama en el desierto del mundo.

desierto de virtudes y de pensamientos graves. Es la voz del sacerdote que nos llama a que preparemos en nuestros corazones los caminos para que venga a ellos el reino de Dios. Oigámosles con atención y docilidad, que son los heraldos de Dios.

c) v. 4. — *Preparad el camino del Señor...* — Grande y ancho es nuestro corazón, dice Orígenes, pero hay en él no poco que arreglar para que more en él Dios. Allanemos la hinchazón de la soberbia; llenemos los baches de nuestra pereza y las profundas torrenteras de nuestros malos hábitos, y enderecemos nuestras perversas intenciones, y sigamos el trillado camino que apisonaron los santos con sus buenos ejemplos.

d) Mc. — *Y acudía a él todo el país...* — Hablaba Juan al pueblo lo que quería Dios y en la forma más asequible al pueblo. Dos condiciones fundamentales de la palabra de Dios en boca de sus predicadores: hablar de Dios y de las cosas de Dios, y hacerlo en la forma debida. El hombre sentirá siempre hambre de Dios: si no se le hastía con manjares frívolos, oirá con gusto hablar de Dios. Y gusta que se le hable su propio lenguaje, de lo contrario acaba por dejar solo al predicador. Los sacerdotes tienen mucho que aprender en la predicación del Bautista. El pueblo debiera seguir las huellas de los muchedumbres que fueron adoctrinadas por Juan.

e) Mt. — *Traía Juan un vestido de pelos de camello...* — La austeridad de vida es ley general para aquellos que son llamados a obrar la restauración moral de los pueblos. El Bautista es de ello elocuentísimo ejemplo. ¡Ay! del predicador de quien se puedan decir las palabras del Señor: *Dicunt et non faciunt*: "Enseñan a los demás lo que ellos no practican" (Mt. 23, 3).

18. — RESUMEN DE LA PREDICACIÓN

DEL BAUTISTA: Lc. 3, 7-14

(Mt. 3, 7-10)

* Y decía a las turbas que venían a que las bautizase, viendo a muchos fariseos y saduceos: ¡Raza de víboras! ¿Quién os mostró a huir de la ira que ha de venir? * Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no comencéis a decir * dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que

puede Dios de estas piedras levantar hijos a Abraham. * Porque la segur está ya puesta a la raíz de los árboles. Pues todo árbol que no hace buen fruto, cortado será, y echado al fuego.

"Y le preguntaban las gentes, y decían: Pues ¿qué haremos?" Y respondiendo, les decía: El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene, y el que tiene que comer, haga lo mismo. "Y vinieron a él también publicanos, para que los bautizase, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos?" Y les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. "Le preguntaban también los soldados, diciendo: Y nosotros ¿qué haremos? Y les dijo: No maltratéis a nadie, ni le calumniéis, y contentaos con vuestro sueldo.

Explicación. — La característica de los discursos del Bautista, según los reproduce San Lucas, es la vehemencia del celo, que le hace prorrumpir en terribles apóstrofes, y el lenguaje lleno de metáforas expresivas, que le dan todo el vigor de las requisitorias de los antiguos profetas. Cuando hacía ya cuatrocientos años que había desaparecido el último de ellos, y eran llegados los días del Mesías, es fácil colegir el efecto que la voz austera del austerísimo Juan causaría en las multitudes.

PREDICACIÓN GENERAL (7-9). — Empieza el Bautista con una imprecación y una amenaza de carácter general: *Y decía a las turbas que venían a que las bautizase...* San Mateo supone que el violento apóstrofe que sigue surge en el ánimo de Juan *viendo a muchos fariseos y saduceos* que se hallaban entre la multitud: como ésta estaba dominada por aquéllos, a todos se dirige por igual el profeta. Veía él que se apiñaban las gentes para que las bautizase, más cuidadosas del rito externo que de las disposiciones internas del corazón, y exclamaba: *¡Raza de víboras! ¿Quién os mostró a huir de la ira que ha de venir?* Creía aquel pueblo, a quien el orgullo de sus maestros había inoculado el sentimiento de la indemnidad por la imputación de la fe de Abraham, que todos los anatemas de los antiguos profetas pesaban sobre los gentiles: por ello les llama hijos malos de padres perversos, a quienes nadie es capaz de demostrar que estén exen-

tos del juicio terrible que el Mesías hará de los impíos (Rom. 2, 5; I Thess. 1, 10).

Del apóstrofe lleno de indignación pasa el Bautista a la exhortación paternal: *Haced, pues, frutos dignos de penitencia*: demostrad con vuestro arrepentimiento y buenas obras que habéis enmendado vuestra vida. Y como si adivinara su pensamiento de vana confianza en ser hijos de Abraham, es decir de bendición, ligados con Dios como este patriarca con alianza eterna, añade: *Y no comencéis a decir dentro de vosotros*, como así ahora pensáis: *Tenemos por padre a Abraham*. ¿De qué les servirá ser sus hijos según la carne, si no tienen su fe y su obediencia? Y señalando con su dedo descarnado los guijarros, añadía: *Porque os digo que puede Dios de estas piedras levantar hijos a Abraham*: aun cuando caiga en defeción toda la raza de Abraham, Dios es poderoso para hacer hijos de la fe y de la obediencia a los pueblos paganos. De hecho se ha cumplido la palabra de Juan.

Cuán urgente sea la reforma de vida, se lo indica con una figura expresiva: *Porque la segur está ya puesta a la raíz de los árboles*: el juicio es inminente, y no os valdrá ser hijos de Abraham: seréis arrancados y rechazados del reino mesiánico si no hacéis buenas obras: *Pues todo árbol que no hace buen fruto, cortado será, y echado al fuego*: la expulsión del reino mesiánico importa la condenación.

PREDICACIÓN PARTICULAR (10-14). — La predicación del Bautista no carece de eficacia: el pueblo se bautiza y confiesa sus pecados: y se acercan a él las diversas clases de la sociedad y le piden documentos de bien vivir. *Y le preguntaban las gentes*, de la masa del pueblo, *y decían: Pues ¿qué haremos?* Si es inminente el juicio del Mesías, ¿cómo nos libraremos de él? *Y respondiendo, les decía: El que tiene dos vestidos dé al que no tiene, y el que tiene que comer haga lo mismo*. A la dureza quiere que suceda la misericordia; a la avaricia, la limosna; al egoísmo, la caridad. La limosna redime los pecados, y las misericordias habidas con los pobres borran la propia iniquidad (Dan. 4, 24).

Hasta los publicanos, exactores de tributos, gente dura de corazón, odiados por el pueblo, se estremecieron ante la predicación de Juan. *Y vinieron a él también publicanos, para que los bautizase, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos?* Reconociéndole como maestro, se demuestran preparados para el bautismo y cambio de vida. El Bautista no les exige más que el cumplimiento de su oficio dentro de la más estricta justicia: no les impone, como hacían los fariseos con todo el mundo, cargas insostenibles: *No exijáis más de lo que os está ordenado*.

También los soldados, judíos puestos al servicio de Roma o de Herodes Antipas, quizás encargados de ayudar a los publicanos en la exacción de tributos, quisieron enmendar su vida. *Le preguntaban también los soldados, diciendo: Y nosotros ¿qué haremos?* El Bautista señala los defectos principales de una gente asalariada, reclutada ordinariamente entre los vagabundos, bandidos, tráfugas del hogar paterno. *Y les dijo: No maltratéis a nadie*, con vistas a sacarle dinero: *Ni le calumniéis*, con falsas denuncias para que os pague, redimiéndose de ellas: *Y contentaos con vuestro sueldo*, el que habéis pactado y que os dan, en dinero o en especie.

Como se ve, el lema del Bautista al dar reglas prácticas para la vida, se reduce a justicia y caridad. No impone penitencias ni obras extraordinarias. Es, en verdad, un esbozo del Evangelio en lo que atañe a la generalidad del pueblo.

Lecciones morales. — a) v. 7. — *¿Quién os mostró a huir de la ira que ha de venir?...* — No confiemos excesivamente en nuestro nombre de cristianos, ni en la eficacia de los medios que ha puesto Dios en nuestras manos para salvarnos. Dios exige nuestra cooperación por la adaptación de nuestra vida a sus enseñanzas; lo cual importa la práctica de las buenas obras, únicas que con la gracia de Dios pueden salvarnos. ¿Cómo, en otro caso, podríamos evitar la ira de Dios, aunque fuésemos hijos suyos por la fe?

b) v. 9. — *La segur está ya puesta a la raíz de los árboles...* — Es la guadaña de la muerte, que está siempre dispuesta, a la orden de Dios, a segar el hilo de nuestra vida. ¡Ay de aquel

cuya vida se trunque en el momento en que se halle sin buenas obras que le merezcan premio!

c) v. 10. — *¿Qué haremos?... —* La virtud consiste en el exacto cumplimiento de nuestros deberes generales de cristianos y en los particulares de nuestro estado, no en obras extraordinarias, que Dios ordinariamente no nos pide, y que ni siquiera nos servirían si faltáramos a nuestras obligaciones fundamentales.

d) v. 11. — *El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene...* — La mayor parte de los desequilibrios y de las miserias sociales viene de esta falta de igualdad en la posesión. Quien no tiene nada, es como un enemigo nato del que tiene doble: se levantará, cuando pueda y en la forma que pueda, contra el que tiene para los dos, y le exigirá, a veces en forma cruenta, que le dé su porción. La igualdad en las cosas necesarias para la vida es ley fundamental del equilibrio social. Y algo más que lo necesario para la vida, que es el relativo bienestar de la vida, sobre todo cuando la riqueza social lo consiente, y que sólo puede dar la caridad cristiana. San Juan, como es precursor de Jesús en su persona, lo es en la divina doctrina que predica. Quien da al pobre, no sólo presta a Dios, como dice el refrán, sino que es un gran bienhechor de la sociedad.

e) v. 14. — *Contentaos con vuestro sueldo...* — A la injusticia de los que tienen más, corresponde a veces la injusticia de los que, teniendo lo que es suyo, y que les bastaría para vivir con decencia, quieren absorber lo que tiene el otro, con pretensión de suplantarle en la riqueza. Es otra forma de desequilibrio social. El socialismo y el comunismo se dan la mano sobre las ruinas de la justicia por invasión, como los otros lo hacen por absorción. Son dos formas de un mismo pecado personal: el egoísmo, origen de toda pasión, como dice Santo Tomás.

19. — EL BAUTISMO DE JUAN Y EL DE CRISTO

Lc. 3, 15-18

(Mt. 3, 11.12; Mc. 1, 7.8)

"Y como el pueblo creyese, y todos pensasen en sus corazones si por ventura Juan era el Cristo," respondió Juan, y dijo a todos: Yo en verdad os bautizo en agua *para la penitencia*;

mas vendrá otro más fuerte que yo, *me después de mí*, de quien no soy digno de desatar, *me postrándome*, la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espíritu Santo y fuego: "Cuyo bieldo está en su mano, y limpiará su era, y allegará el trigo en su granero; y quemará la paja en el fuego que no se apaga." Y así anunciaba otras muchas cosas al pueblo en sus exhortaciones.

Explicación. — Llegaba la hora en que debía verificarse la conjunción, ante la faz del pueblo judío, del Precursor y del Mesías. Los espíritus estaban ya preparados por el anuncio de la próxima venida y por la purificación de la vida. Tal era la tensión de las muchedumbres, que ante la vida austerísima de Juan, digna de los antiguos siervos de Dios, la elevación de su doctrina y el ardiente celo con que la hacía penetrar hasta el fondo de las almas, llegaron a pensar si estaban o no en presencia del verdadero Mesías. Contribuía a ello el haber sido ya colmadas las semanas de Daniel, el malestar del pueblo en el orden político y el recuerdo, más o menos preciso, de los prodigios que tuvieron lugar en Belén y Jerusalén treinta años atrás: *Y como el pueblo creyese, y todos pensasen en sus corazones si por ventura Juan era el Cristo...*

Pero Juan no podía consentir por un momento la ambigüedad, en el alma popular, en materia tan fundamental. Como profeta, cumplirá fidelísimamente su misión de señalar al Mesías verdadero; como santo, su humildad no tolera el equívoco; como apóstol, aprovechará este momento vivo de la conciencia de sus oyentes para decirles que él no es el Mesías, pero que es inminente su llegada, señalando sus características, una relativa a la persona, y otra a la función: *Respondió Juan, y dijo a todos: Yo en verdad os bautizo en agua para la penitencia; mas vendrá otro más fuerte que yo, después de mí, de quien no soy digno de desatar, postrándome, la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.* Como si dijera: Yo soy nada ante el Mesías: personalmente, no soy digno de hacer con él lo que hacen los esclavos inferiores con su señor, llevarle las sandalias, o, inclinándose ante él, desligárselas. Cuanto al bautismo, el mío es sólo de

agua en orden a obtener el perdón de los pecados: mero rito externo, que simboliza, no obra, la restauración espiritual de quienes lo reciben: pero el Mesías bautizará de manera que la misma fuerza del Espíritu de Dios, como fuego purificador, penetrará hasta los más profundos repliegues de la vida para transformarla. Es la fuerza íntima y eficaz del Sacramento de la nueva ley la que Juan profetiza. El bautismo de Jesús es "baño de regeneración" (Tit. 3, 5), en el cual queda sepultado el hombre viejo, para salir de él una "nueva criatura" (2 Cor. 5, 17; Col. 3, 9). Es, además, toda influencia directa del divino Espíritu en la transformación de la vida humana; la gracia santificante, las gracias actuales, los dones y frutos del Espíritu Santo, todo aquello, en fin, que puede llamarse vida divina en el hombre: vida que transforma paulatinamente la del hombre, en frase del Apóstol, hasta llevarle a la claridad perpetua de la gloria. Y toda ella es fruto de la Redención por Cristo. Con ello declara Juan la divinidad del Mesías, porque sólo Dios puede dar el Espíritu Santo.

Como final de los puntos que el Evangelista ha referido de la predicación de Juan, vuelve a representar al Mesías en sus supremas funciones de juez de la humanidad. La posesión del Mesías es como una amplia era de trillar: el Mesías está en ella con la pala de aventar: como revuelto montón de trigo, paja y cascarilla, está en la era toda la humanidad, buenos y malos. El Mesías aventea el trigo con su biello, para recoger el grano en los trojes del cielo, y echar la paja de los malos al fuego eterno. *Cuyo biello está en su mano, y limpiará su era, y allegará el trigo en su granero, y quemará la paja en el fuego que no se apaga.*

Y así anunciaba otras muchas cosas al pueblo en sus exhortaciones. Con estas palabras acaba San Lucas su relato, para significar que no ha intentado dar más que un trasunto o espécimen de la predicación del Bautista. Y sin preocuparse del orden cronológico, acaba Lucas la historia del Bautista con su encarcelamiento por orden de Herodes. Más tarde reaparecerá en la escena del Evangelio el santo Precursor.

Lecciones morales. — A) v. 16. — *Mas vendrá otro más fuerte que yo...* — Imitando la sinceridad y la humildad del Bautista, no debemos consentir, ni menos hacerlo nosotros, que se nos atribuya lo que no es nuestro. Es ello un efecto de la vanidad y del orgullo. Aspiramos a ser, siempre más: y llegamos al contrasentido de apropiarnos lo ajeno para crecer nosotros. Pero no engañamos, a Dios, escrutador de corazones y que nos pesa tales cuales somos. Ni ordinariamente a los hombres, que se rien de nuestra fatuidad, o nos compadecen.

B) v. 16. — *De quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos...* — El Bautista es el más grande de los profetas: Jesús dice de él que es el "mayor de los nacidos de mujer" (Mt. 11, 11). No obstante, se reputa ante Jesús menos que un esclavo ante su señor. Y es así: ante Jesús, Hijo de Dios, santidad esencial como Dios y prototipo de la santidad como hombre, es nada la santidad de todo hombre: nuestras justicias son como desviaciones ante la rectitud infinita de Jesús. Seamos imitadores de Jesús: pero no seamos necios creyendo hemos rebasado alguna vez una sola pulgada nuestra propia estatura ante él. Empero, con un sano optimismo debemos trabajar en el crecimiento en Cristo: el más pequeño del reino de los cielos es mayor que cualquiera de los grandes hombres que a él no pertenecen.

C) v. 16. — *Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego...* — No resistamos al Espíritu Santo que quiere apoderarse de nuestra vida: dejémonos abrasar por el fuego de la caridad: "En el Espíritu Santo y fuego." Es la única manera de renovarnos interiormente: "Enviarás a tu Espíritu, y serán creadas todas las cosas, y renovarás la faz de la tierra" (Ps. 103, 30). Todos los demás factores humanos no son capaces de cambiarnos ante Dios. Toda la ciencia de la santidad estriba en desnudarnos del hombre y vestirnos de Dios: "Vestíos de nuestro Señor Jesucristo", dice el Apóstol (Rom. 13, 14).

D) v. 17. — *Cuyo biello está en su mano...* — Acordémonos del Supremo Juez y del extremo juicio. En la era de la vida seamos grano, no paja: que el peso de nuestras buenas obras nos haga caer en el granero del Señor, cuando nos avente a todos con el soplo de su juicio.

20. — JUAN BAUTIZA A JESÚS: Mt. 3, 13-17
(Mc. 1, 9-11; Lc. 3, 21-23a)

Evangelio de la fiesta del Patrocinio de S. José (según Lc.)

¹ Y aconteció que, como recibiese el bautismo todo el pueblo, entonces vino Jesús de Galilea, ² de Nazaret, al Jordán hacia Juan para ser bautizado por él mismo. Mas Juan se lo impedía, diciendo: Yo debo ser bautizado por ti, y ¿tú vienes a mí? Y respondiendo Jesús le dijo: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces lo dejó. Bautizado, pues, Jesús, al punto alzóse del agua. Y he aquí que, ³ estando orando, se le abrieron los cielos y vió al Espíritu de Dios, que descendía ⁴ en figura corporal como paloma que venía sobre sí, ⁵ y que se posaba sobre él. Y al punto ⁶ sonó una voz de los cielos, que decía: Éste es mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias. ⁷ Y el mismo Jesús comensaba al ser como de treinta años.

Explicación. — Hacia septiembre del año 778 de Roma, en el principio del año sabático, había aparecido Juan en la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia. Y aconteció que, unos meses más tarde, a principios del año siguiente, como recibiese el bautismo todo el pueblo, entonces vino Jesús de Galilea, de Nazaret, donde seguramente moraba — dato precioso que debemos a Marcos —, al Jordán hacia Juan para ser bautizado por él mismo. Probablemente siguió el camino que, pasando por el nordeste de Jezrael, conducía a la orilla cisjordánica y bajaba hasta el llano de Jericó. De Nazaret al sitio en que supone la tradición fué bautizado Jesús no habrá menos de 150 kilómetros, que salvó el divino Maestro, tal vez en compañía de las multitudes que de toda aquella región confluían al río sagrado.

Señálase como punto del bautismo de Jesús un delicioso lugar de la orilla izquierda del río, junto al vado de Bethagla, no lejos de Jericó. En la orilla opuesta, debajo de ár-

boles copudos y entre el gorjeo de incontables pajarillos, suele celebrarse hoy la santa Misa, al aire libre, en la que se lee el texto evangélico que explicamos y que tuvimos la dicha de comentar mientras la celebrábamos ante una devota peregrinación. Griegos y rusos se bañan allí en número extraordinario, siguiendo antiquísima costumbre; ya que refiere Teodorico que en 1172 vió una tarde más de 60.000 personas dirigirse con antorchas al río para bañarse en sus aguas, santificadas por el bautismo del Señor.

San Mateo, el más completo de los evangelistas en este punto, nos presenta a Jesús y Juan, en el momento en que pretende bautizarse Jesús, sosteniendo rápido y ceñido diálogo. Jesús, confundido entre las gentes, quiere ser bautizado como uno del pueblo: *Mas Juan se lo impedía, diciendo: Yo debo ser bautizado por ti, y ¿tú vienes a mí?* La oposición de Juan es grave, insistente. Para bautizar se necesita misión divina; su bautismo es de penitencia para la remisión de los pecados: y tiene ante sí al Verbo humanado, al que no tiene pecado, al que debe bautizar en el Espíritu Santo, de cuyo bautismo no es el suyo más que sombra y preparación. Y respondiendo Jesús, no rectificando, sino más bien ratificando el concepto de Juan, *le dijo: Deja ahora; es cierto cuanto dices; consiente en que sea por ti bautizado; pues en este momento es voluntad de Dios, que para mí y para ti debe ser regla del justo obrar, que sea bautizado por ti: Porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces lo dejó,* consintió en bautizarle, aquietado por las razones del Señor.

¿Cómo Juan reconoció a Jesús? ¿Se habían tratado ambos antes del bautismo? El arte cristiano nos ha acostumbrado a la visión de Jesús y Juan viviendo juntos, en escenas apacibles de la infancia de ambos. No tiene ello fundamento en el Evangelio, aunque tampoco es improbable que ambos se hubiesen encontrado en Jerusalén en alguno de sus anuales viajes con motivo de las fiestas sagradas. Con todo, no hay que olvidar que Jesús pasó sus años juveniles en Nazaret, y Juan en la región montañosa de Judá, y muy prematuramente en los desiertos del mismo país, por lo que no

creemos se conocieran personalmente el Bautista y Jesús: el hecho de que Dios le dé al Bautista, como signo para conocer a Jesús, la venida del Espíritu Santo sobre él lo confirma, a más de que el mismo Juan dice: "Y yo no le conocía" (Ioh. 1, 33).

Fué sin duda un instinto sobrenatural, a la vista de aquel israelita en plena virilidad y con los signos de la divinidad en su rostro, o bien una clara revelación divina, la que manifestó a Juan la persona del Mesías que tenía en su presencia. Entonces fué cuando la humildad del Bautista le hizo negarse a bautizar al Redentor: era el humildísimo Jesús, que se presentaba como pecador, al humildísimo Juan, que se consideraba indigno de desatarle la correa de las sandalias, cuanto más de bautizarle. Era preciso que se cumpliera toda justicia, presentándose como pecador, ya que había salido fiador de pecadores, ya porque lo quiere así Dios, a cuya justísima voluntad se somete Jesús.

No sabemos si Jesús recibió el bautismo después del pueblo o mezclado entre la multitud. Sumergióse el cuerpo santísimo de Jesús en el Jordán para que, purificada el agua con el contacto de la purísima carne del Señor, lograrse eficacia para obrar la regeneración espiritual. *Bautizado, pues, Jesús, al punto alzóse del agua:* salió en seguida, dice Knabenbauer, tal vez para significar su deseo de que viniera pronto sobre él la declaración del Padre, para empezar luego su ministerio público, y se manifestase a Juan y a la multitud presente el divino testimonio; como deseó con ardor llegar a la última Cena para comer aquella simbólica Pascua. De hecho, el bautismo de Jesús es uno de los actos culminantes de su vida: es como su introducción oficial al ministerio público.

Salió Jesús rápidamente del agua, y oró en seguida con fervor, encomendando al Padre lo que su bautismo significaba, su carácter de sustituto universal de todos los pecadores, su misión de mediador, la regeneración del mundo por su obra. Mientras oraba, repentinamente, se rasgaron los cielos: *Y he aquí que, estando orando, se le abrieron los cielos.* O se rasgaron las nubes, o se abrió una cavidad en

el firmamento como para dar lugar a una comunicación entre el cielo y la tierra, o apareció en la región superior de la atmósfera un resplandor especial, como si se abriera el cielo: era la señal de que el cielo se asociaba a la gran escena de la tierra. Jesús vió el cielo abierto, "se le abrió" y "vió", dice el texto. También lo vió Juan: "Y yo le vi" (al Espíritu Santo), dice de él el cuarto Evangelio (1, 32-34). Viólo también probablemente el pueblo allí presente; es la opinión de la mayoría de los intérpretes: si no lo vieron todos, allí estará el Bautista para referirles el estupendo prodigio visto por sus propios ojos y transmitirles las palabras que él oyó (Ioh. 1, 32-35).

Seguía orando Jesús, y *vió al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo, dice Lc. (3, 22); que descendía en figura corporal como paloma que venía sobre sí, y que se posaba sobre él.* La paloma es el signo de la paz, de la sencillez, de la caridad, de la fecundidad: aptísimo símbolo externo para significar todas estas condiciones en Jesús. Para significar la paz la utilizó Dios en el diluvio, como vino sobre los Apóstoles para indicar la infusión del Espíritu de Dios. Los rabinos asemejaban el divino Espíritu a la paloma, símbolo de la inocencia y del puro amor. Posóse la paloma sobre Jesús, para indicar al pueblo que era él a quien venía a dar testimonio y no a Juan o a cualquier otro.

Al prodigio de los cielos abiertos y de la paloma que de ellos viene, se añade la pública proclamación, en forma sensible de voz humana, de la filiación divina de Jesús: *Y al punto sonó una voz de los cielos, que decía: Éste es mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias.* Es el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, Hijo esencial y substancial de Dios, segunda Persona de la Trinidad beatísima que allí se manifiesta por la voz del Padre, la presencia corporal del Hijo y la paloma del divino Espíritu. Hijo natural de Dios, en quien Dios Padre se complace desde toda la eternidad; Hijo también natural como hombre — porque por obra del Espíritu Santo fué concebido —, a quien ve ahora el Padre con complacencia porque es santísimo, porque es el representante de la humanidad restaurada por él, porque es el pacifica-

dor de cielos y tierra. Un día dijo Dios que se arrepentía de haber criado al hombre: hoy tiene todas sus complacencias en este Hombre, en quien van a ser restauradas todas las cosas.

Este glorioso aparato del bautismo de Jesús es como una segunda epifanía del Señor, porque es como su proclamación oficial como Hijo de Dios ante los hombres y la inauguración de su ministerio público. Por esto se conmemora este hecho junto con la primera Epifanía, la manifestación a los gentiles, el día 6 de enero, fiesta de los santos Reyes. Y al mismo tiempo el bautismo de Jesús representa los misterios que en nuestro bautismo se obran: porque se nos borran los pecados y somos reconciliados con Dios; se nos abren los cielos, de los que estábamos excluidos por el pecado original; viene la gracia del Espíritu Santo sobre nosotros, y somos declarados hijos de Dios y herederos del cielo. Aptísimamente se coloca la reproducción de la escena de este Evangelio en nuestros baptisterios.

Termina San Lucas esta narración indicando de una manera aproximada la edad de Jesús al inaugurar sus públicas funciones de Mesías, como había indicado el advenimiento del Bautista al Jordán dando el cuadro de las autoridades de su tiempo: *Y el mismo Jesús comenzaba al ser como de treinta años.* Sobre la edad que pudiera tener el Salvador al tiempo de su bautismo, aunque no se puede precisar de los datos de los Evangelios, se puede asegurar que estaba para cumplir los treinta años. No es creíble que "toda la región de Judea y todo Jerusalén" (Mc. 1, 5; Mt. 3, 5) se trasladaran al Jordán para bautizarse en los días tórridos del verano en la cuenca inferior del Jordán, ni en pleno invierno, que suele ser allí muy lluvioso: hay que recordar que el sitio es desierto. Por lo mismo, dado que, después del ayuno de Jesús en el desierto, adonde fué inmediatamente después de su bautismo, y de la elección de sus primeros discípulos y el milagro de Caná, "se aproximaba la Pascua" (Ioh. 1, 29; 2, 13), no creemos pueda situarse la fecha del bautismo del Señor sino a últimos de otoño, tal vez a primeros de diciembre: el 25 de este mes, según nues-

tro cómputo, cumplía Jesús los treinta años. Entonces "comenzaba" su ministerio.

Lecciones morales. — A) v. 13. — *Entonces vino Jesús de Galilea...* — Viene Jesús al Bautista con las multitudes para ser bautizado, no temiendo ser considerado como pecador. Nosotros, en cambio, llenos de miseria y pecado, queremos ser tenidos como selectos, libres de los pecados y defectos generales. Jesús condenará esta presunción en la parábola del fariseo y del publicano.

B) v. 14. — *Mas Juan se lo impedía, diciendo...* — Bajo las manos del Bautista se inclina la cabeza que temen y adoran las Potestades, dice San Bernardo; ¿qué extraño que tiemble el Bautista? ¿Cuán alta estará en el juicio la cabeza que ahora se abaja; y la frente que ahora aparece tan humilde, cuán sublime y excelsa se presentará! Imitemos la humildad de Jesús, para que entonces no nos confunda su poder.

C) v. 15. — *Porque así conviene que cumplamos toda justicia.* — Jesús quiere ser bautizado para cumplir toda justicia, es decir, para amoldarse en todo a la ley. Algunos intérpretes creen que el bautismo se impuso a Jesús por el Padre como precepto. Sea lo que fuere, Él, que había querido estar bajo la ley (Gal. 4, 4), que se había sometido a las prácticas legales de la circuncisión, presentación al templo, celebración de las fiestas religiosas, etc., no quiere substraerse a la práctica del bautismo de penitencia, que según muchos santos Padres estaba prescrita por Dios al pueblo judío de aquel tiempo. Es el Mesías, y se somete a la ley preparatoria de su venida. Nosotros debemos aprender en ello a no buscar exenciones y singularidades en nuestro favor, en ningún orden, si no es en caso de necesidad o de mayor gloria de Dios. Es ello señal de obediencia y humildad, y en estas dos virtudes se amparan todas las demás.

D) v. 17. — *Este es mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias.* — Dondequiera que alguien ve el sello de su bondad, dice Santo Tomás, en ello se complace, como el artista se complace en la bella obra que ha producido. La bondad divina se halla en todas las criaturas de una manera particular; pero en ninguna se halla en su totalidad: sólo en el Hijo y en el Espíritu Santo se halla toda la bondad de Dios, porque tienen la misma bondad de Dios. Por ello el Padre se complace totalmente en el Hijo. — En cambio, los hombres no se complacen

en Jesús muchas veces; no sólo no se complacen, sino que le miran con indiferencia, o le odian. Es que no son de Dios, ni le miran desde el punto de vista de Dios. Prefieren las tinieblas a la luz, el mal obrar a la justicia. Tengamos nosotros, hijos de Jesús y seguidores de su doctrina y sus ejemplos, todas nuestras complacencias en Jesús, y obremos en forma que Él tenga en nosotros todas las complacencias, viéndonos semejantes a Él.

21.—AYUNO Y TENTACIONES DE JESÚS

Mt. 4, 1-11

(Mc. 1, 12.13; Lc. 4, 1-13)

Evangelio de la primera Dominica de Cuaresma

¹Entonces ^{mc} inmediatamente Jesús, ²lleno del Espíritu Santo, fué llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado del diablo: ^{mc} y estuvo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches y era tentado por Satanás, y moraba con las fieras. ³Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. ⁴Y acercándosele el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes. El cual le respondió y dijo: ⁵Escrito está: No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.

⁶Entonces le tomó el diablo, y le llevó a la santa ciudad, ⁷Jerusalén, y le puso sobre la almena del templo, ⁸y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus ángeles acerca de ti, y te tomarán en palmas, porque no tropieces en piedra por tu pie. ⁹Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios.

¹⁰De nuevo le subió el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos ¹¹en un instante de tiempo ¹²y le dijo: Te daré todas estas cosas ¹³y todo el imperio y la gloria de ellas, porque me han sido dadas, y las doy a quien quiero: por lo mismo, si tú, postrándote, me adorares, ¹⁴te las daré todas. ¹⁵Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás; porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás.

¹⁶Entonces, ¹⁷acabada toda tentación, le dejó el diablo ¹⁸por

algún tiempo; y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían.

Explicación.— Todavía, a pesar de la consagración oficial de su misión, Jesús se oculta de nuevo. Primero, en Egipto; luego, en Nazaret; ahora, en un desierto: a cada manifestación de su gloria sucede una ocultación. Mientras esté en el desierto, hará su camino en la masa del pueblo la glorificación del Jordán, y el pueblo se irá disponiendo para el gran día de la predicación, a plena luz, del reino de Dios. Sólo que la humillación de Cristo en este momento nos aturde. Es pleno invierno, durante los meses de diciembre y enero, cuando se retira al desierto, cuando las noches largas, y el clima implacable, y la esterilidad de la naturaleza harán más difícil la vida. Se priva de todo alimento por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Y, lo que es más, el santísimo Jesús deja que se le acerque y se ponga en contacto con él el diablo inmundo. Hecho hombre, y a semejanza de pecador, quiere pasar por todo, menos por el pecado.

¿Cuál fué la naturaleza de las tentaciones de Jesús? ¿Fué una simple sugestión interna, como quisieron algunos Padres, o tuvo carácter objetivo y externo? Debe desecharse, por contraria a la exégesis tradicional y a la verdad histórica, la opinión de unos pocos que quisieron que las tentaciones de Jesús fueran simbólicas, no reales, y propuestas solamente como ejemplar y tipo de las tentaciones que suelen probar a los hombres; ¿a qué vendría la narración de un hambre simbólica o de un Satanás simbólico? Algunos intérpretes católicos han querido que las tentaciones de Jesús fueran solamente internas: no que en Jesús, como en nosotros, hubiera un germen de concupiscencia que en aquellos momentos se levantara contra la razón, que ello sería error manifiesto, por cuanto en Jesús, por su unión hipostática con el Verbo y la plenitud de santificación, no pudo haber principio alguno de desorden; sino que fué tentado por sugestión interna por un agente externo del mal, que es el demonio, que indudablemente puede producir impresio-

nes fantasmáticas en la región sensitiva del hombre. No creemos aceptable esta opinión, contra la cual militan los caracteres absolutamente históricos del relato evangélico y el común sentir de los intérpretes.

Jesucristo fué tentado como nosotros, en todo, pero sin pecado, dice el Apóstol (Hebr. 4, 15). Permaneciendo impecable, quiso ser probado para adiestrarnos a nosotros a la lucha. Ni hay repugnancia alguna en que le tomara el espíritu inmundo, que se le presentaría en forma humana y con voz humana le hablaría, por cuanto en forma corporal venció al primer Adán, y en la misma forma debía ser vencido por el segundo. Instrumentos del diablo fueron, absolutamente históricos, los sayones que en la pasión le flagelaron, escupieron y abofetearon, y Jesús les dió potestad sobre su cuerpo.

PRIMERA TENTACIÓN (1-4). — La primera tentación es de gula, y va directamente contra la mesianidad de Jesús. Ha sospechado el diablo, a la vista de la teofanía del Jordán, que Jesús es el Mesías: le ve hambriento; le juzga pecador como todo hombre; le inducirá a comer, y así empezará su misión con un acto contrario a la voluntad de Dios.

Entonces, cuando se hubo alzado de las aguas del Jordán, inmediatamente Jesús, lleno del Espíritu Santo, fué llevada al desierto por el Espíritu para ser tentado del diablo. Es enérgica la acción del Espíritu de Dios cuando se apodera con plenitud de su criatura. Empujado por Él, sube Jesús desde las profundidades del Jordán a un monte. La prisa que lleva es señal de su deseo de entrar en liza con el enemigo a quien ha venido a perder. Con esta ansia sube al monte, créese que el llamado hoy de la Cuarentena, al oeste de Jericó, no lejos del lugar del bautismo y a unos 500 metros sobre el nivel del Mar Muerto y poco menos de un centenar del Mediterráneo. Hórrido lugar, lleno de precipicios y cavernas. Y estuvo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, sufriendo muchos embates de Satanás antes de la lucha culminante en que nos le presentan Mateo y Lucas: y era tentado por Satanás, y moraba con las fieras, chacales, leon-

cejos y leopardos, que iban a buscar su presa en los valles del Jordán.

Sometióse Jesús en aquel lugar a un ayuno espantoso. Como Moisés, antes de recibir la ley, ayunó cuarenta días, así también Jesús antes de promulgar la ley nueva. No ayunó, como solían hacerlo los hebreos, solamente de sol a sol, sino que no comió nada durante aquellos días, dice Lucas: *Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre.* No la tuvo mientras ayunó, dicen los intérpretes, sino después: levantado su espíritu en altísima contemplación y como en éxtasis, en que trataba con el Padre el negocio futuro de su predicación y de su Iglesia, no sintió el estímulo del hambre hasta acabados aquellos días.

El hambre de Jesús acreció la audacia de Satanás. Espíritu sutilísimo, el ángel del mal barruntaba la divinidad de Jesús: él había oído la voz del Padre y la predicación del Bautista: en su estancia en el desierto habría visto en Él algo extraordinario. Y tomando forma visible, seguramente humana, se presenta a Jesús escuálido, hambriento, no ofreciéndole succulentos manjares, sino induciéndole simplemente a que manifieste su divinidad, convirtiendo en pan las piedras del desierto: *Y acercándosele el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes.* Es tentación de desobediencia en el fondo, como la del paraíso. El Padre te manda al desierto para que ayunes: ni a un esclavo se obliga a esto: ya que eres Hijo del Padre, rompe con tu propia voluntad una condición que te rebaja.

Jesús defrauda a Satanás en sus esperanzas: ni le revela su divinidad, ni siquiera entra en sus intenciones de desviarle de la voluntad del Padre: *El cual le respondió y dijo: Escrito está: No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Es un pasaje del Deuteronomio (8, 3) el que alega Jesús, en el que Moisés dice al pueblo que cuando le afligió la penuria, no le faltó el sustento, porque Dios le proveyó con el maná. El sentido es: la vida del hombre no se conserva únicamente con el pan, sino que puede sustentarse el hombre en cualquier forma que Dios quiera: por consiguiente, si Dios quiere que sufra hambre y viva,

viviré sin pan, como Dios lo quiera. Hacer un milagro para procurarme que comer, sería contrariar la voluntad de Dios.

SEGUNDA TENTACIÓN (5-7). — Es de orgullo y vanidad. Jesús había demostrado suma confianza en Dios en la tentación primera: ahora es tentado para que se exceda ilegítimamente en esta misma confianza. Usando, con permisión de Dios, del poder que tienen los espíritus sobre los cuerpos, toma a Jesús y lo lleva por los aires a la parte más elevada del templo de Jerusalén, probablemente la más alta cima del pórtico real, sobre el abismo del torrente Cedrón: *Entonces le tomó el diablo, y le llevó a la santa ciudad, Jerusalén, y le puso sobre la almena del templo: es la ciudad santa porque es el centro de la teocracia y del culto del pueblo judío.*

Y como Jesús se había valido de la Escritura para vencerle en la primera tentación, así el diablo, falseando otro texto de la misma Escritura (Ps. 90, 11.12), en que promete Dios su especial asistencia a los justos en las circunstancias peligrosas en que pueden ponerles sus deberes de estado: *Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus ángeles acerca de ti, y te tomarán en palmas, porque no tropieces en piedra por tu pie.* Es el diablo mal intérprete de las Escrituras, dice San Jerónimo: interpreta mal aquí el texto del salmista, porque le da el sentido absoluto de la protección milagrosa de Dios, incluso en caso de temeridad en los peligros: quizás se lo aplica a Jesús como una profecía mesiánica. De todas maneras sería ruidosísimo el milagro, porque se realizaría en forma ostentosa, en el centro de la teocracia, en los comienzos del ministerio.

El P. L. Fonck da otra bella razón de esta tentación segunda: Según opinión de los judíos, que consigna el comentario-Yalkut sobre Isaías (60, 1), cuando vendrá el Mesías subirá a lo alto del templo y dirá: "Los que andáis agobiados, sabed que está próxima la hora de vuestra redención." A esta señal del cielo provoca Satanás a Jesús para demostrar su mesianidad, diciéndole que se eche de lo

alto del templo. Dios quiere que el Mesías cumpla su misión en medio de dolores y desprecios: si logra vencer a Jesús, le hará contrario a los designios de Dios (*Verbum Domini*, I, 14).

Jesús con el escudo de la Escritura rechaza los dardos que de la Escritura falseada le vienen; *Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios.* Tienta a Dios quien confía en la divina Providencia más allá de lo debido y justo, o de ella indebidamente desconfía: son los pecados de presunción y pusilanimidad. Echarse abajo del pináculo del templo es presunción manifiesta. Ni quiere el Padre que por esta vía clamorosa entre Jesús en su ministerio. La alegación es del Deuteronomio (6, 16), cuando los israelitas en el desierto, faltos de agua, murmuraron de Dios y le exigieron un milagro.

TERCERA TENTACIÓN (8-11). — Dios había prometido al Mesías la posesión de todos los reinos de la tierra (Ps. 2, 8; 71, 8-11, etc.); pero debía conquistarlos a fuerza de dolores y abatimientos (Is. 49, 4; 50, 4-10, etc.). El diablo intentará persuadirle que invierta el orden de la Providencia, llegando al dominio del mundo con un pacto con el mal: así comprometerá de nuevo su misión mesiánica. Para ello, *de nuevo le subió el diablo a un monte muy alto.* No puede determinarse cuál fuese el monte, si el Tabor, el Nebo, el de la Cuarentena, u otro: *Y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos.* No hay monte alguno desde el que se domine toda la tierra: por ello niegan algunos la realidad objetiva de la tentación: pero tampoco pudo ser puramente subjetiva, porque el diablo no tenía poder sobre el interior de Jesús. Fue como por arte de magia, y en virtud del poder diabólico, que se formó ante los ojos de Jesús, *en un instante de tiempo*, una representación fantástica de la magnitud, riquezas, fausto, etc., de los reinos del mundo. Para dar más verosimilitud a la visión le ha transportado a un alto monte.

Realizado el engaño óptico, propone el diablo a Jesús otro mayor, horrendo: se hace Dios: *Y le dijo: Te daré*

todas estas cosas y todo el imperio y la gloria de ellas. Le promete el dominio y el régimen de toda la tierra y el honor que de ello deriva. Y en una afirmación mentirosa de su orgullo, que suplanta a Dios, Dominador y Dueño de todo, añade: Porque me han sido dadas, y las doy a quien quiero. El diablo es dueño del mundo: el Mesías también debe serlo; lo que debe lograr por el dolor, trabajos y muerte, lo tendrá en un momento sin pena: Por lo mismo, si tú, postrándote, me adorares, te las daré todas.

Jesús rechaza con indignación la sugestión infame, sin descubrirse al diablo y sin caer ante su hinchada soberbia: *Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás.* Le llama Satanás, que significa adversario, para demostrarle que le conoce y que es el reino de Dios el que viene a fundar, no el del diablo, como lo hubiese hecho adorándole. Le repudia y le manda huir, lo que no hizo en las dos anteriores tentaciones, para demostrar que es el vindicador de la gloria de Dios. Y le rebate con otra alegación bíblica: *Porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás* (Deut. 6, 13). Quien buscaba adoraciones oye la palabra que le condena al eterno reconocimiento de la superioridad de Dios: y buscando desviar a Jesús de la voluntad divina, recibe la lección de la absoluta sujeción que el mismo diablo debe a ella.

Entonces, acabada toda tentación, le dejó el diablo. Vergonzosamente derrotado, se retiró el diablo, no definitivamente, sino *por algún tiempo*, hasta que se presente ocasión oportuna para volver al ataque. Las tres tentaciones son toda tentación, porque la gula, la soberbia y la avaricia, que fueron su objeto directo, aunque en el fondo se vió la intención antimesiana del diablo, son como las tres cabezas y las tres semillas de toda tentación. Representan las tres concupiscencias, la de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida, que son las tres fuentes del pecado de los hombres. Pero más tarde se presentará otra vez el demonio para dar a Jesús la batalla definitiva: especialmente de Getsemani al Calvario, desencadenará contra él todas sus furias: logrará una victoria aparente con la muerte de Jesús, pero ésta será la ruina definitiva del reino del diablo.

En el mismo campo de batalla recibió Jesús las coronas del triunfo. Confió en Dios, y Dios le socorre solemne y generosamente en su necesidad, por el ministerio de sus ángeles: *Y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían.* No uno solo, que hubiese bastado, sino muchos, que así convenía a la victoria de su Señor, le sirvieron de comer y en cuanto le plugo mandarles. Ello hizo al diablo más cruel su derrota.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Fué llevado al desierto... para ser tentado del diablo...* — El diablo es nuestro encarnizado enemigo, como lo fué de Jesús: contra él debemos sostener lucha tremenda y oculta, como el Señor la sostuvo. Por lo mismo, debemos prepararnos como él se preparó para el combate: con la oración y el ayuno: la oración nos da firmeza al atarnos a Dios, y multiplica nuestras fuerzas, por el socorro que de Dios nos logra: por ello nos manda Jesús que le pidamos: "No nos dejes caer en la tentación." El ayuno, por una eficacia hasta de orden fisiológico, mitiga el ardor de las concupiscencias, a más de que purifica el alma y es obra meritoria de mayores gracias ante Dios. Por esto los siervos de Dios han sido siempre amigos de ambas prácticas. Nuestra Cuaresma nos introduce en la imitación de Jesús en este punto: es tiempo de oración y mortificación.

B) v. 4. — *No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.* — Es la respuesta que da Jesús al diablo en la primera tentación. Tomando estas palabras en su sentido moral, debemos persuadirnos que la vida del hombre, como tal, exige mucho más que la sola satisfacción de sus apetitos. El que así obra es un hombre mutilado, y llega a menos que los mismos irracionales, porque hace servir la fuerza de su espíritu para el logro de las cosas bajas de la vida: "Vinieron a ser como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento" (Ps. 31, 9). La parte espiritual del hombre, que debe predominar, tiene también sus exigencias: el pensamiento debe nutrirse de verdad; la voluntad, de legítimo y santo amor. Pero, sobre todo, hay la vida sobrenatural, que importa el conocimiento de las verdades reveladas, el amor de Dios y del prójimo y el cumplimiento de todos nuestros deberes religiosos. Debemos siempre vivir de Dios y en Dios, aun en las mismas

cosas que como hombres y en un orden inferior estamos obligados a hacer y tratar.

c) v. 7. — *También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios.* — Jesús es nuestro modelo en la manera de vencer las tentaciones, sean las que fueren. En dejarnos arrastrar al mal, imitamos a nuestros primeros padres, que fueron precisamente vencidos en las tres tentaciones de gula, soberbia y avaricia, que abrieron en nosotros las tres llagas de la concupiscencia. En la lucha contra el mal debemos imitar a Jesús: las lecciones que nos da son, a más de la oración y mortificación, una confianza ilimitada en Dios, que no consentirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas: una firme voluntad de no sucumbir: la palabra de Dios, que es tremenda para el diablo: y sobre todo, la gracia, que Jesús tenía en toda su plenitud y que le hacía impecable, y que nos mereció a nosotros con su victoria.

d) v. 11. — *Y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían.* — Después de la tentación, si vencemos, tendremos el gozo del triunfo, el premio de la victoria y un acrecimiento de fuerzas y de experiencia para luchar en lo sucesivo con mayor ventaja. Los ángeles nos asistirán porque verán nuestra pericia y nuestra decisión en lograr nuevos triunfos.

22. — TESTIMONIO DE JUAN A LOS LEGADOS DE LOS JUDÍOS: IOH. I, 19-28

Evangelio de la tercera Dominica de Adviento

“Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron a él, desde Jerusalén, sacerdotes y levitas a preguntarle: Tú ¿quién eres?” Y confesó, y no negó: y confesó: Que yo no soy el Cristo. “Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?” Y dijo: No soy. ¿Eres tú el Profeta? Y respondió: No. “Y le dijeron: Pues ¿quién eres, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?” Él dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta.

“Y los que habían sido enviados eran de los fariseos.” Y le preguntaron y le dijeron: Pues ¿por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?” Juan les respondió, y dijo: Yo bautizo en agua: pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. “Éste es el que ha de venir en pos de mí, el cual ha sido antepuesto a mí: del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato.” Esto aconteció en Betania de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando.

Explicación. — Después del altísimo proemio en que el evangelista Juan ha explicado la generación eterna y temporal del Verbo, y deshaciendo el error de los “juanistas”, ha explicado las funciones del Bautista para con Jesús, Verbo de Dios hecho hombre: “Éste vino para testimonio...” (número 2), entronca el cuarto Evangelio históricamente con los sinópticos, especificando los diversos testimonios que dió de Jesús el Bautista en los días de su predicación. Así puede decirse que, dejando aparte el evangelio de la Infancia que nos dan Mateo y Lucas, los cuatro inauguran la narración evangélica por la predicación del Bautista. El primer testimonio que Juan da de Jesús es a unos mensajeros que desde Jerusalén le fueron enviados: es el objeto de este fragmento.

TESTIMONIO NEGATIVO DEL BAUTISTA (19-23). — Mientras ayunaba Jesús en el desierto, seguía Juan su predicación. El hecho maravilloso de la voz del cielo que había señalado a Jesús como Hijo de Dios, y las repetidas indicaciones del Bautista de que el Mesías estaba en medio de ellos, acrecerían, sin duda, la expectación del pueblo y serían causa de que aumentase el ya ingente concurso a orillas del Jordán. Por fin, la autoridad religiosa de Jerusalén debió interesarse oficialmente en el magno suceso. Tratábase de abluciones, cuya práctica estaba regulada por la ley; de un bautismo, que debía ser una de las características del Mesías (Ez. 36, 35; Zach. 13, 1); del anuncio de la presencia del Cristo entre los vivos; cuestiones todas de orden doctrinal, de la jurisdicción del Sanedrín. Ello determina la for-

mación de una embajada oficial constituida de sacerdotes, a quienes corresponde lo relativo a las abluciones, tomados de la secta de los fariseos, observantísimos de toda la ley, acompañados de levitas, a quienes también incumbe el conocimiento de ritos y ceremonias. La misión de los mensajeros es averiguar quién sea el Bautista y cuál su carácter: *Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron a él, desde Jerusalén, sacerdotes y levitas a preguntarle.* El mensaje viene de Jerusalén, centro de la teocracia y residencia de los jueces en materia religiosa. El Evangelista dice que viene el mensaje "de los judíos": escribía para quienes no lo eran, mucho después de estos sucesos, y cuando el nombre de judío era ya sinónimo de adversario de Cristo.

Tú ¿quién eres?, le dijeron, que haces cosas extraordinarias y bautizas. Y Juan, que conocería los rumores que por el pueblo se habían propalado, si es que los enviados no le preguntaron directamente si era el Cristo, responde con énfasis, que delata su humildad y que llevaría la convicción a sus interlocutores: *Y confesó, y no negó: y confesó: Que yo no soy el Cristo.* La forma en que viene concretada la respuesta de Juan indica la resolución, la energía, la forma rotunda de la negación de que fuera el Mesías, cuya esperanza tenía aquellos días suspenso el ánimo de aquel pueblo.

Y le preguntaron otra vez, en forma abrupta, que revela cierta animosidad: *¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?* Elías estaba anunciado por Malaquías (4, 5) como precursor del Mesías: *Y dijo Juan: No soy:* y en verdad que no era Elías en persona, aunque le informaba el espíritu y la fuerza de Elías (Mt. 11, 4.14; Mc. 9, 10); pero el Bautista debe responder según la intención de los que a este interrogatorio le sujetan.

Urgen los enviados: *¿Eres tú el Profeta?*, entiéndese el profeta por antonomasia, que había Dios prometido por Moisés (Deut. 18, 15-18), que algunos judíos identificaban con la persona del Mesías — y ésta es la interpretación verdadera — y otros, como estos enviados que interrogan a Juan, le suponían uno de sus precursores. *Y respondió: No.* Cada vez es más breve la respuesta de Juan, para significar la resolución con que rechaza títulos que no le corresponden.

Y le dijeron: Pues ¿quién eres, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? La pregunta es apremiante: son los representantes oficiales de la primera autoridad religiosa. Juan no puede desatenderles, antes por el contrario, aprovechará el momento para hacer llegar al sanedrín de Jerusalén el anuncio, por vía oficial, de que el Mesías ha nacido ya. Pero, pudiendo Juan tomar el título de profeta, maestro, precursor, no se delata sino como una voz que repite la voz del gran profeta Isaías: *Él dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto, voz fuerte, insistente, intrépida, que deberá oír todo Israel: Enderesad el camino del Señor, preparaos para que pueda venir a vosotros, como dijo Isaías profeta, que no sólo anuncia la preparación, sino la manera de hacerla (Is. 40, 3.4).* ¿Qué efecto produciría en los mensajeros aquella palabra severa del hombre austerísimo, que con su predicación había removido toda la Palestina, y que les exhortaba a preparar sus corazones para la venida del Mesías?

REVELACIONES DEL BAUTISTA (24-28). — La indicación del Evangelista en este punto revela el mal efecto que la palabra de Juan produjo en los legados: *Y los que habían sido enviados eran de los fariseos.* Su soberbia y su puritanismo, pasados los momentos de curiosa ansiedad y oída la humilde declaración de Juan, producen en su espíritu un movimiento de desdén hacia el Bautista, y quizás de reprensión por practicar abluciones a que no le autorizaba la ley: *Y le preguntaron y le dijeron: Pues ¿por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?* Sólo el Mesías o algunos de los grandes personajes que debían precederle podían introducir un rito nuevo, según opinión de los legados, con lo que demuestran no haber entendido la naturaleza del reino mesiánico que Juan predica. El Cristo y sus heraldos debían ser grandes conquistadores y taumaturgos, y Juan tiene pobre apariencia, y les habla de purificación espiritual y no de humanas grandezas.

Juan les respondió, con humildad, pero afirmando categóricamente la presencia del Mesías entre los judíos, y *dijo:*

Yo bautizo en agua: pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Mi rito bautismal no es más que un símbolo, una ablución externa que significa la purificación interior por el Espíritu Santo que es la obra del Mesías: como soy su precursor en el nacimiento y predicación, así le anuncio con mi bautismo. Vosotros, aunque está ya en medio de vosotros, y la voz del Padre le anunció, no le conocéis, porque vuestros prejuicios sobre el Mesías no os lo dejan conocer.

Y añade dos conceptos que caracterizan al Mesías que les anuncia: el de una misión que el Mesías, toda vez que está ya entre ellos, vendrá a cumplir luego después de la de Juan: *Este es el que ha de venir en pos de mí;* y el de una superioridad misteriosa del Mesías sobre Juan: *El cual ha sido antepuesto a mí;* en lo que indica su preeminencia personal y su preexistencia por razón de su origen divino (núm. 2, v. 15). Tanta es la grandeza del Mesías que entre ellos está, que Juan, a pesar del gran concepto en que le tienen cuando le han mandado solemne y oficial embajada, no es digno de hacer lo que los esclavos hacen con sus señores: *Del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato.*

Ya conocen los legados quién es el Bautista, y han sabido por su boca que el Mesías está, vivo, entre ellos. Volverán a Jerusalén: también irá Jesús a no tardar mucho a la gran ciudad, y demostrará su poder y autoridad en el templo (Ioh. 2, 14-20); pero los judíos no le reconocerán como Mesías: su protervia hará inútil el testimonio del Bautista.

Tanta importancia concede el Evangelista a este episodio, sin duda por el carácter oficial de la legación y por el mismo testimonio de Juan, que indica el lugar donde ocurrió, como suele hacerlo la historia con los hechos memorables: *Esto aconteció en Betania de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando.* No debe confundirse esta Betania con un poblado del mismo nombre cerca de Jerusalén, residencia de la familia de Lázaro. La del presente episodio se hallaba en la Perea, a la izquierda del Jordán, en un lugar

donde el río podía vadearse; localidad hoy desconocida y que en algunos códices antiguos es llamada Bethabara. Las últimas palabras revelan que el Bautista quedó algún tiempo allí todavía ejerciendo su ministerio.

Lecciones morales.— A) v. 19. — *Y éste es el testimonio de Juan...* — De los testimonios que el Bautista dió de Jesús, éste es el más solemne y explícito: corresponde a la solemnidad de la legación que se le envía, que tiene un carácter público, jurídico, de orden religioso. Como el Sinedrio, y al frente de él el Sumo Sacerdote, tenía el derecho y la obligación de velar por la pureza de la doctrina y de las prácticas religiosas, así también la Iglesia, y en nombre de ella sus legítimos Pastores. Y como Juan reconoció prácticamente estos derechos, así debemos hacerlo nosotros. Todas las indicaciones, direcciones y mandatos de la Santa Iglesia, en sentido positivo de prescripción o negativo de prohibición, sobre libros, maestros, reproducciones artísticas, predicaciones, etc., debemos seguir las escrupulosamente: nada hay más intangible que el depósito de la doctrina que confió Jesucristo a su Iglesia. Es la luz que debe dirigir, sin cambios ni oscilaciones, toda la vida del pueblo cristiano. Éste no tiene más que seguir la ruta de luz que sus Pastores le señalen.

B) v. 19. — *Los judíos enviaron a él... sacerdotes y levitas a preguntarle...* — Sacerdotes, fariseos y levitas, enviados a Juan, no se aprovechan de su testimonio, antes les sirve para su mayor obstinación y obcecación. Con el movimiento general y profundo que en la Palestina había producido la predicación de Juan, hubiese bastado que los directores espirituales del pueblo lo hubiesen consagrado como legítimo. No lo hicieron, y perecieron espiritualmente todos, altos y bajos. Las tinieblas rechazaron la luz. ¡Tremenda responsabilidad la de los que tienen una alta misión ante el pueblo que Dios les ha confiado, y no saben o no quieren cumplirla! ¡Y tremenda sanción la que deja Dios caer sobre los pueblos que fían en sus directores, cuando son éstos evidentemente enemigos de Dios y de la luz de Dios!

C) v. 22. — *¿Qué dices de ti mismo?* — Con notoria impaciencia le preguntan a Juan los legados del Sanedrín quién es él, cuando se han convencido que no es el Mesías, por su propia declaración: *“¿Qué dices de ti mismo?”* Y Juan, imperturbable, mirándose a sí mismo y a la verdad, responde: *“Yo soy*

la voz del que clama en el desierto"; y, con la misma serenidad, da lecciones de bien vivir a aquellos hombres soberbios: "Preparad los caminos del Señor..." — Nos enseña el Bautista en este pasaje a tener de nosotros el justo aprecio, ni más ni menos; y a obrar justamente según lo que somos. Para ello no hay mejor camino que conocernos bien a nosotros mismos, así como el alcance de las atribuciones y obligaciones de nuestros oficios o ministerios. Es ésta una posición inexpugnable en todas las contingencias de nuestra vida. Ni caeremos en vanidad ni en pusilanimidad, ni dejaremos de cumplir nuestros deberes y exigir nuestros derechos, cualquiera que sea el que en nuestro camino se atraviese.

D) v. 26. — *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis.* — ¿Podría decirsenos esta misma palabra a nosotros? ¿Hasta dónde llega nuestra ignorancia de la amabilísima Persona de Jesús? Está en medio de nosotros, con su historia, sus elocuentísimos ejemplos, sus sacramentos, su doctrina: hablándonos por sus predicadores, por las ceremonias, por el arte cristiano, por el libro bueno, por la hoja de propaganda. ¿Hasta dónde llega el conocimiento que de Él tenemos? ¿Qué esfuerzos hacemos para ilustrarnos en su conocimiento? Debemos saber que el conocimiento de Jesús es el principio de la vida eterna: "Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, y a Jesucristo a quien enviaste" (Ioh. 17, 3).

E) v. 27. — *El cual ha sido antepuesto a mí...* — El Bautista da aquí testimonio de la divinidad y eternidad de Jesús. Es un pensamiento terrible y consolador al mismo tiempo. Es terrible el pensamiento de que ha querido vivir con nosotros, tomando nuestra misma naturaleza, el Dios eterno, de quien ha dicho el Apóstol que "es cosa terrible caer en manos de un Dios que vive" (Hebr. 10, 31). Pero ¿qué consuelo el pensar que este Dios, Suma Bondad, ha tomado nuestra carne flaca y ha querido experimentar en ella toda nuestra miseria, menos la de nuestras caídas! ¿Qué consuelo produce entonces el pensamiento de que "está en medio de nosotros el que ha sido antepuesto a mí", porque vive desde los siglos eternos, ejerciendo en el tiempo para con nosotros su dulce y poderosa paternidad!

23. — OTRO TESTIMONIO DE JESÚS POR EL BAUTISTA: IOH. I. 29-34

Evangelio de la Octava de la Epifanía

"El día siguiente vió Juan a Jesús venir hacia él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. "Éste es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón que fué antepuesto a mí: porque primero era que yo." Y yo no le conocía: mas para que sea manifestado en Israel, por eso vine yo a bautizar en agua. Y Juan dió testimonio, diciendo: Que vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía: mas aquel que me envió a bautizar en agua, me dijo: Sobre aquel que tú vieres descender el Espíritu, y reposar sobre él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo he visto: y tengo dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Explicación. — Los sinópticos no relatan otro testimonio que el Bautista diese de Jesús sino el de su bautismo, para luego referir el encarcelamiento de Juan con sus consecuencias. En el cuarto Evangelio se insiste en los varios testimonios del Bautista y se deja el episodio de las tentaciones ya narrado por aquéllos. A la solemne revelación que Juan hace a los legados oficiales, añade la presente, ante la misma persona de Jesús.

Bajaba el Señor del monte de la Cuarentena de cumplir su ayuno, dirigiéndose otra vez a orillas del Jordán, donde seguía Juan bautizando. Estaría éste con sus discípulos, tal vez con los mismos legados de Jerusalén, pues era el día siguiente de su solemne entrevista con ellos, cuando vió llegar a Jesús, que venía hacia él, para darle este gozo y ofrecerle ocasión de que reiterase su testimonio: *El día siguiente vió Juan a Jesús venir hacia él.* Sentiría el precursor estremecerse su alma de israelita y de profeta a la pre-

sencia del Salvador de Israel, él, que había saltado de gozo ya en el seno de su madre, y, señalándole con el dedo a los concurrentes, dijo con énfasis: *He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.*

El Mesías, en las antiguas profecías, venía representado por el cordero, y en este símbolo se significaba la función sacrificial del Redentor, porque Jesús es el sacerdote que se sacrifica a sí mismo, dando voluntariamente su vida, y la víctima que deja sacrificarse para la remisión de los pecados que voluntariamente tomó sobre sí. Cordero de Dios, porque Dios le enviaba para que se sacrificara por los hombres, y porque era Hombre-Dios. La eficacia de su sacrificio será tal, que borraré el pecado del mundo, todo lo que viene comprendido bajo la denominación singular y genérica de pecado. Ya aparece aquí el porqué del "bautismo en el Espíritu Santo": es la infusión de la gracia de Dios, lograda por el sacrificio del Cordero, que importará la completa purificación espiritual significada por el bautismo de agua del Bautista: "Yo bautizo en agua..."

Este Cordero es aquel hombre del que había ya testificado Juan, antes de bautizarle, que existía antes que él, y por lo mismo, puesto que Juan era de más edad que él en cuanto hombre, aquella preexistencia demuestra que Jesús era Dios: *Éste es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón que fué antepuesto a mí: porque primero era que yo.* El sacrificio de este Cordero será por consiguiente de valor infinito, porque será sacrificio de Dios mismo, antitipo de los sacrificios de los corderos que se ofrecían en el templo.

Probablemente, ya lo hemos dicho, Juan no le conocía a Jesús, hasta el momento en que le administró el bautismo: había vivido en el desierto, lejos del mundo, y de allí vino a bautizar y dar testimonio de la persona de Jesús, porque el Espíritu le había dicho que la señal del Mesías sería una paloma que sobre él descendería: *Y yo no le conocía: mas para que sea manifestado en Israel, por eso vine yo a bautizar en agua.* Realizóse el milagro que se le había anunciado, y por él reconoció al Mesías; y, con la certeza de que

lo era, anunció al pueblo que él era el Hijo de Dios. *Y Juan dió testimonio, diciendo: Que vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía: mas aquel que me envió a bautizar en agua, me dijo: Sobre aquel que tú vieres descender el Espíritu, y reposar sobre él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo.* Es decir, que Juan, por señales extraordinarias que viera en Jesús, o por instinto del Espíritu Santo barrunta, en el momento de bautizarle, que Jesús es el Mesías: de aquí el vivo diálogo que se trabó entre ambos. Bautizado ya Jesús, y al salir del agua, vino sobre él el Espíritu en forma de paloma, tal como el mismo Espíritu se lo había indicado al Bautista: y entonces adquiere la absoluta certeza de la persona del Mesías. No hay, pues, contradicción entre la escena de Mateo (3, 14) y la afirmación que hace aquí Juan de que no conocía a Jesús.

Termina Juan este episodio con estas palabras solemnes en que se trasluce el íntimo gozo de haber visto al Mesías y de haberle podido anunciar al mundo: *Y yo he visto: no sólo he recibido revelación interna de que Jesús es el Mesías, sino que mis propios ojos han podido ver el testimonio externo que se me había anunciado y que dió Dios de él el abrirse los cielos, venir el Espíritu en forma visible de paloma y posarse sobre él. Y tengo dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.*

Ha anunciado con ello el Bautista tres verdades fundamentales de nuestra fe: Jesús es el Cordero de Dios, que puede borrar los pecados del mundo: bautiza en el Espíritu Santo, y por lo mismo puede darnos la gracia y los Dones del divino Espíritu: y es Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, que como tal puede lograrnos la filiación de hijos adoptivos de Dios y la herencia del reino de los cielos. Son los tres conceptos que distinguimos en la justificación: remisión del pecado, colación de gracia, adopción de hijos de Dios.

Lecciones morales. — A) v. 29. — *He aquí el Cordero de Dios...* — El arte cristiano nos representa bellamente la escena

de este Evangelio: San Juan señalando al divino Cordero, Jesús, con una banderola o filacteria con esta inscripción: "He aquí el cordero de Dios que borra los pecados del mundo." Es un símbolo suavísimo, al tiempo que es reproducción de una escena histórica. Al ser definitivamente conocido el Mesías en la tierra, quiere que se le señale como cordero, es decir, como víctima que será sacrificada: y lo será por los pecados de los hombres, porque cargó voluntariamente con todos ellos. ¡Cuánta gratitud debemos a Jesús, que aparece como Víctima en el Jordán, que realmente se sacrifica en el Calvario, que perpetúa su sacrificio en nuestros altares, y que, aun en el cielo, según el Apocalipsis, se nos presenta, "como muerto" en la figura de cordero, abriendo el libro de los siete sellos! (Apoc. 5, 6 y sigs.).

b) v. 30. — *Este es aquel de quien yo dije...* — Es admirable la providencia de Dios en la revelación de su Mesías. Procede con suavidad y sin estrépito; pero le caracteriza en forma tal que, a pesar de su sencillez y obscuridad, todo el mundo puede conocerle. Fundador de un reino espiritual, todos son factores espirituales los que le denuncian a los hombres: un profeta de vida austerísima, el Espíritu de Dios en la forma suavísima de paloma, la claridad de los cielos, la voz, llena y dulce a la vez, del Padre: todo en medio de una ceremonia de carácter religioso y de purificación espiritual. ¡Qué contraste con la concepción y con las esperanzas mesiánicas del pueblo de Dios!

c) v. 32. — *Que vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma...* — Y porque así lo vió, dió Juan testimonio de Jesús, declarándole Mesías. Y ¿por qué, dice el Crisóstomo, si los judíos vieron al Espíritu descender sobre Jesús no creyeron? Porque no bastan para creer los ojos del cuerpo, responde, sino que son necesarios los del alma. Si más tarde vieron los milagros, copiosos y estupendos, de Jesús y no sólo no creyeron en él sino que los echaron a mala parte, ¿cuánto menos debían creer a la vista de una simple paloma que viene sobre él? — Es éste el fenómeno de siempre, de los creyentes y de los incrédulos: los mismos motivos de credibilidad y las mismas razones tienen en su mano los unos que los otros: y creen los unos, mientras cierran los otros sus ojos y su corazón a la suave luz de la fe. Es que en la fe, como virtud sobrenatural que es, entran dos factores: la gracia de Dios, que no falta a quien quiere creer, y la voluntad de creer, que Dios respeta en su rebeldía

y que puede negarse a admitir las verdades de la fe. Guardemos el depósito de nuestras creencias inviolable, y demos gracias a Dios de habernos hecho hijos de la santa fe.

d) v. 34. — *Y yo he visto...* — Vió el Bautista los signos externos de Jesús Mesías, tal como Dios se los había anunciado: y porque los vió, dió testimonio de él, a amigos y adversarios. También nosotros hemos visto los motivos de credibilidad de la divinidad de Jesús: la luz de la profecía, del milagro, de su doctrina dogmática y moral, de sus mártires, de la historia, le ofrecen luminosísimo, divino a nuestros ojos. ¿Tenemos valor para dar, siempre que sea preciso, testimonio de él? ¿Testimonio de palabra, confesándonos sus hijos: de obra, amoldando nuestra vida a sus preceptos?

24. — LOS PRIMEROS DISCÍPULOS DE JESÚS

IOH. I, 35-51

Evangelio de la Vigilia de San Andrés Apóstol

"Al día siguiente otra vez estaba Juan y dos de sus discípulos." Y mirando a Jesús que pasaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabbi (que quiere decir Maestro), ¿en dónde moras? Les dijo: Venid, y vedlo. Ellos fueron, y vieron en dónde moraba, y se quedaron con él aquel día: era entonces como la hora de las diez. Y Andrés, hermano de Simon Pedro, era uno de los dos que habían oído decir esto a Juan, y que habían seguido a Jesús. Éste halló decir esto a Juan, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo). Y le llevó a Jesús. Y Jesús le miró, y dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro.

"El día siguiente quiso ir a Galilea, y halló a Felipe. Y Jesús le dijo: Sígueme." Era Felipe de Bethsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, a Jesús, el hijo de José, el de Nazaret. Y Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede haber cosa buena? Felipe le dijo: Ven,

y ve. "Vió Jesús venir hacia sí a Natanael, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño." Natanael le dijo: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús, y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. "Natanael le respondió, y dijo: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel." Jesús le respondió, y le dijo: Porque te dije: Que te vi debajo de la higuera, crees: mayores cosas que éstas verás. "Y le dijo: En verdad, en verdad os digo, que veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.

Explicación. — Ha llegado el momento en que el testimonio reiterado de Juan produzca su efecto. La nueva Iglesia, en la misma presencia del Bautista, va a entroncar con la vieja Sinagoga: el Precursor va a dar, de sus propios discípulos, discípulos a Jesús, quien formará con ellos el primer núcleo de su apostolado. Con todo, no es este episodio la vocación definitiva de los apóstoles, que tendrá lugar más tarde (Cfr. Mt. 4, 18-22; Mc. 1, 16-20; Lc. 5, 1-11). Aquí el evangelista Juan no hace más que describir la forma con que los primeros discípulos entraron en relación personal con Jesús.

ANDRÉS, JUAN Y SIMÓN PEDRO (35-42). — *Al día siguiente*, el tercero después de la entrevista con los legados de los judíos, *otra vez estaba Juan y dos de sus discípulos*, seguramente esperando de nuevo a Jesús, cuando he aquí que éste aparece, no dirigiéndose a él como el día anterior, sino pasando gravemente ante ellos: y Juan, *mirando a Jesús que pasaba*, fijamente, con íntimo gozo de su espíritu, con estupor de su alma, lo designó a dichos discípulos como Cordero de Dios: *Dijo: He aquí el Cordero de Dios*. Juan no añade explicación alguna: sólo trata de impresionar a sus discípulos, que conocían el símbolo mesiánico del Cordero, para que vayan con Jesús. Es el Bautista el "amigo del Esposo" (Ioh. 3, 29), que no habla con éste, sino con la esposa, a fin de conquistarla para el Esposo. Los discípulos son la futura Iglesia, Esposa de Jesús: Juan los toma como de la mano para entregarlos al Esposo.

Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús. La palabra de Juan es eficaz: los discípulos dejan a su antiguo maestro, y siguen al nuevo, tímidamente detrás de él: esperan de él grandes cosas; es el Cordero de Dios; pero no se atreven a hablarle. *Y volviéndose Jesús, sin duda al ruido de sus pasos, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?* La palabra de Jesús es amable: no necesitaba preguntarles quien escudriña los corazones: pero es preciso acortarles todo temor. Querían ellos ponerse bajo el magisterio de Jesús y tratar con él con frecuencia: pero era ya al caer la tarde, y temían serle molestos. Por esto *ellos le dijeron: Rabbi (que quiere decir Maestro), ¿en dónde moras?* ¿Dónde tienes tu habitación? Jesús, gozoso de ver las ansias que tienen aquellos hombres de tratar con él, les invita amablemente a que le acompañen: *Les dijo: Venid, y vedlo*. No dice el Evangelio cuál fuese la habitación de Jesús: no estaría lejos: le acompañaron y fueron huéspedes de Jesús aquella noche: *Ellos fueron, y vieron en dónde moraba, y se quedaron con él aquel día*, pasándolo en trato íntimo con Jesús, bebiendo a sorbos llenos la doctrina del Maestro.

Era entonces como la hora de las diez, hacia las cuatro de la tarde, contando como contaban las horas de sol a sol. Es deliciosa esta descripción del Evangelista, quien, como se verá, era uno de los dos discípulos huéspedes de Jesús. Escribe su Evangelio en el ocaso de su larga vida, transcurridos más de sesenta años de este episodio, y pone en su descripción todo el frescor de una memoria joven. Es que se trata del primer encuentro con Jesús, de quien fué discípulo predilecto; de las impresiones de aquella noche memorable que pasó con el Hijo de María, a la que había recibido como Madre; de la trascendencia del momento en que empezó a ser discípulo del gran Maestro.

¿Quiénes eran los discípulos de Juan? El Evangelista no nombra más que a uno, Andrés, pescador de Bethsaida, a orillas del lago de Genesaret, hermano del futuro príncipe de los Apóstoles, Pedro: *Y Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído decir esto a Juan, y*

que habían seguido a Jesús. El otro era el mismo Evangelista: ya porque todo el relato delata la deposición de un testigo presencial, ya porque Juan acostumbra modestamente esconderse tras el anónimo. Casi toda la tradición lo reconoce así.

La conversación de aquel día entre Jesús y los dos discípulos fué eficazísima: ambos sacaron la convicción de que habían hallado al Mesías. Juan nada dice de sí: pero la tradición admite, y no faltan indicios en los Evangelios, que como Andrés fué a encontrar a su hermano para hacerle partícipe del feliz hallazgo, así lo hizo también Juan con su hermano Santiago.

Hallábase entonces Simón Pedro, el hermano de Andrés, en la Judea, ya porque fuese discípulo del Bautista, o porque fuera a recibir el bautismo de penitencia. Su hermano aprovechará la oportunidad para hacerle partícipe del tesoro hallado: *Este (Andrés) halló primero a su hermano Simón*, lo que parece indicar que también Juan halló posteriormente al suyo, y le dijo: *Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo)*: es el gozo del israelita, que de la conversación con Jesús se convence de que ha llegado la hora de la redención de Israel. Alma generosa, quiere que su hermano participe también de la compañía y del trato de Jesús: *Y le llevó a Jesús. Y Jesús, que empezaba ya a delinear los cimientos de su futura Iglesia, que esperaba encontrarse por vez primera con su Vicario, le miró, viendo con sus ojos escrutadores el alma de Simón, y dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás: manifiesta aquí su divinidad, como lo hará más tarde con Natanael y la Samaritana: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro. "Cefas", en arameo, es "piedra", como Pedro. Es una designación simbólica y una profecía: el hermano de Andrés será la piedra fundamental del espiritual edificio que sobre él levantará Jesús.*

FELIPE Y NATANAEL (43-51). — Suele Dios usar varias maneras de llamar a los hombres. Van unos a Jesús incitados por el Bautista, como Andrés y Juan; otros son presentados por los mismos discípulos, como Pedro; a otros

les llama directamente el Maestro. Así es llamado Felipe. Hallábase Jesús aún en la Judea. *El día siguiente*, el cuarto después de la embajada a Juan, *quiso ir a Galilea, y halló a Felipe*: hallóle porque quiso hallarle: ya antes de hablarle le había atraído por el corazón con su gracia. *Y Jesús le dijo: Sígueme*; el Evangelista no dice más: tal es la fuerza de la palabra de Jesús, que obra lo que expresa: Felipe le siguió. *Era Felipe de Bethsaida, ciudad de Andrés y de Pedro*, situada en la orilla occidental del lago de Genezaret. Más tarde proferirá sobre ella Jesús una tremenda profecía, por su incredulidad (Mt. 11, 21). A pesar de ello, había dado tres miembros al Colegio apostólico, entre ellos el futuro Jefe de la Iglesia.

Fruto de la conversión de Felipe al discipulado de Jesús, es la vocación de Natanael, su amigo: *Felipe halló a Natanael, y le dijo*, con la emoción de un israelita convencido: *Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, a Jesús, el hijo de José, el de Nazaret*. Natanael (don de Dios) es identificado por la mayor parte de los exégetas con Bartolomé (hijo de Tolmai, o Tolmé): el primer nombre, Natanael, es el propio del Apóstol; el segundo, Bartolomé, es el patronímico. Felipe no podía caracterizar más a Jesús como Mesías: le llama hijo de José, porque así era reputado en el pueblo, natural de Nazaret, porque ignoraba todavía su nacimiento en Belén.

Pero Natanael, natural de Caná de Galilea, le objeta a Felipe la mala fama de Nazaret, lugar inferior a Caná, teniendo en poco por judíos y galileos: *Y Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede haber cosa buena?* El amigo no replica: pero en la seguridad de que el trato con Jesús vencerá su prevención y le convencerá de la verdad, *Felipe le dijo: Ven, y ve*. Natanael, solicitado por el faustísimo anuncio, sigue a Felipe. Lo que éste comenzó, lo acaba Jesús, quien revela con las siguientes palabras su divinidad, penetrando la presente disposición de su espíritu, manifestándole el conocimiento de un hecho pasado, y anunciándole la gloria futura: *Vió Jesús venir hacia sí a Natanael, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. El*

verdadero israelita es el hombre sincero y recto, como lo fué Jacob, a quien el ángel apellidó "Israel": sus descendientes deben ser como el antiguo patriarca. Profundamente sorprendido Natanael de que Jesús le conozca a fondo, no negando la verdad de su rectitud, en lo que no se daña la humildad, le dijo al Señor: *¿De dónde me conoces? Respondió Jesús, declarándole dos hechos pasados y ocultos, y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi: estando tú lejos de mí, antes que viniera a ti Felipe y mientras estabas debajo de la higuera, yo, que estoy presente en todas partes, te vi. Los intérpretes están contestes en que Jesús le reveló a Natanael algún hecho importante de su vida interior, ocurrido cuando estaba Natanael debajo de la higuera. Pasmado de aquella ciencia que supera a la de cualquier puro hombre, Natanael le respondió, y dijo: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel: tiene razón Felipe que me trajo a ti, porque en verdad eres el Mesías, Hijo de Dios, unido a Dios con una relación especial, rey de Israel, con autoridad sobre el pueblo teocrático. Son los dos nombres distintivos del Mesías en los libros del Antiguo Testamento, en que parece estaba versado Natanael.*

¿Reconoció Natanael en Jesús la naturaleza divina? Lo creen improbable muchos exégetas. Knabenbauer cree que los judíos, aun creyendo que el Mesías debía ser hijo de Dios de un modo especial, y aun cuando su naturaleza divina se desprende de Isaías (9, 6), no alcanzaron la doctrina de su unidad con Dios. Los secretos del corazón puede revelarlos un hombre a quien se los haya manifestado Dios. A más de que los discípulos por mucho tiempo estuvieron sin conocer la divinidad de Jesús, hasta que Dios se la reveló a Pedro que públicamente la confesó (Mt. 16, 16), a requerimientos del divino Maestro.

Alabando entonces la pronta fe de Natanael, y prometiéndole cosas mayores para lo futuro, *Jesús le respondió, y le dijo: Porque te dije: Que te vi debajo de la higuera, crees: mayores cosas que éstas verás:* refiérese Jesús a los estupendos milagros que posteriormente realizará, que serán gaje de nuevos crecimientos de la fe de sus discípulos.

Y entonces recurre Jesús, para persuadir a sus discípulos, al juramento, o solemne apelación a la veracidad divina: *Y le dijo: En verdad, en verdad os digo...* Esta fórmula reduplicada de afirmar es característica del cuarto Evangelio, que la usa veinticinco veces, mientras que los sinópticos nunca dicen más que una sola vez "En verdad..." ¿Qué es lo que con tanta solemnidad va a anunciar Jesús? *Que veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.* Hallábase entonces probablemente Jesús, camino de Galilea, en la región de Betel, donde había tenido lugar la visión de la escala de Jacob (Gen. 28, 12). Jesús alude al hecho misterioso, manifestando su relación con los espíritus celestes, varias veces testificada en los Evangelios (Mt. 18, 10; 26, 53), y especialmente la reconciliación de cielos y tierra y la efusión de toda suerte de bienes espirituales a los hombres, para cuyos ministerios se sirve Dios de los ángeles (Hebr. 1, 14). Los cielos estarán abiertos, con los tesoros de las gracias de Dios, merced a la redención y mediación de Jesús Mesías, y los ángeles los llevarán sin cesar a los hombres. Sobre la denominación que se atribuye Jesús de Hijo del hombre, más usada por los sinópticos que por San Juan, véase la página 167.

Lecciones morales. — a) v. 37. — *Y siguieron a Jesús.* — En la vocación de los primeros discípulos de Jesús debemos admirar la prontitud y la fidelidad con que responden a las insinuaciones de la gracia, cualquiera que sea el procedimiento usado por Dios en llamarles. Así son los comienzos de la Iglesia. San Juan, que ha podido ya en su vejez apreciar la grandiosidad de la obra de Jesús, y cómo el pequeño grano de mostaza había crecido por modo maravilloso, puntualiza incluso la hora de su llamamiento, reputándolo como el comienzo de su verdadera grandeza, porque fué el momento de empezar la verdadera vida de su espíritu. ¡Cuántas veces nosotros hemos sido llamados, por cien amorosos procedimientos de que se ha valido Dios, para que le siguiéramos, dejando el pecado, subiendo a mayor perfección, llamándonos al ejercicio de algún apostolado, y nosotros quizás no habremos sido dóciles, inutilizándo-

nos con ello para nuestra futura grandeza, en el tiempo y en la eternidad!

B) v. 39. — Y vieron en dónde moraba, y se quedaron con él aquel día... — Moraría Jesús en alguna humilde casa de algún villorrio próximo a los lugares desiertos donde predicaba Juan: tal vez en alguna pobre cabafia, como es frecuente en Oriente. Con todo, los discípulos se quedan con él, y se prendan de él, y se convencen de que han tratado con el Hijo de Dios, y se convierten ellos, y al día siguiente buscan prosélitos a Jesús. — Nosotros hallaremos siempre a Jesús en el retiro de nuestro corazón para aleccionarnos: le hallaremos en el sagrario, pobre morada que se ha hecho él entre los hombres para que vayan éstos a tratar con él. Cuanto más le tratemos, más penetraremos las profundidades de su pensamiento y de su amor: le reconoceremos como nuestro Maestro, sobre todos los maestros: y nos convertiremos en apóstoles suyos, diciéndoles a nuestros hermanos: "Ven, y lo verás."

c) v. 42. — Jesús le miró (a Pedro), y dijo: Tú serás llamado Cefas... — La mirada de Jesús es eficaz. San Agustín le decía: "Mírame, para que te ame." Le hemos de pedir a Jesús que nos mire siempre amorosamente y con misericordia, y que haga en nosotros lo que su mirada quiere. Una mirada y una palabra de Jesús descubren a Pedro el gran misterio de su elevación futura al poder de Vicario de Cristo: "Te llamarás Cefas, o "piedra". Una mirada y una palabra de Jesús son capaces de realizar en nosotros una transformación profunda en el sentido del bien, para nosotros y para nuestros hermanos. ¡Que nos mire y nos llame Jesús!

d) v. 46. — ¿De Nazaret puede haber cosa buena? — Era Nazaret un pueblo ignorado, que ni siquiera se nombra en el Antiguo Testamento; lo que de los nazaretanos se dice en el Evangelio (Mt. 13, 57-58; Mc. 6, 6) les favorece bien poco; y, sin embargo, allí vivieron muchos años, casi toda su vida, Jesús, María y José, los más altos tipos de la santidad en la historia. Es que la santidad no tiene patria, como no la tiene el crimen. Jerusalén, la santa, es testigo del deicidio, que perpetran sus mismos hijos: y en Roma, centro de la corrupción del mundo pagano, brotan, a la influencia de la doctrina de Cristo, las más hermosas flores de la virginidad y del martirio, en forma copiosa, altamente heroica. — Seamos buenos dondequiera que estemos; seamos, como quiere el Apóstol, "buen

olor de Cristo" (2 Cor. 2, 15); y contribuiremos al buen nombre y fama del pueblo en que vivamos. Si la tuviere buena, con nuestro mal ejemplo podríamos destruirla. No es la ciudad, sino los que la habitan, los que la hacen buena o mala.

e) v. 48. — Cuando estabas debajo de la higuera, te vi. — Cuando Natanael estaba debajo de la higuera, tal vez ocupado su pensamiento en las cosas de Dios, Jesús le vió. Jesús nos ve siempre, aunque nosotros no lo advirtamos. Nos ve, y entra en el mundo de nuestro espíritu para gobernarle según su voluntad santísima. Debemos dejarnos penetrar de las intenciones de Jesús sobre nosotros: hacernos solidarios del pensamiento de Jesús: estar siempre al unísono con su voluntad. Sólo así seremos de Él. Por esto la Iglesia le pide todos los días: "Mira a tus siervos, Señor...: hágase sobre nosotros el resplandor del Señor...: y dirige las obras de tus manos", que somos nosotros. Ello exige que nosotros nos dejemos dirigir por el Señor.

25. — LAS BODAS DE CANÁ: IOH. 2, 1-12

Evangelio de la Dominica segunda después de la Epifanía (vv. 1-11)

¹Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la Madre de Jesús. ²Y fué también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas. ³Y llegando a faltar vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino. ⁴Y Jesús le dijo: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aun no es llegada mi hora. ⁵Dijo la Madre de él a los que servían: Haced cuanto él os dijere.

⁶Y había allí seis vasijas de piedra, conforme a la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaros. ⁷Y Jesús les dijo: Llenad las vasijas de agua. Y las llenaron hasta el borde. ⁸Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al maestresala. Y lo llevaron. ⁹Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de dónde era, aunque los que servían lo sabían, porque habían sacado el agua, llamó al esposo el maestresala, ¹⁰y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino: y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan

bueno: mas tú guardaste el buen vino hasta ahora." Éste fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

"Después de esto bajó a Cafarnaum él, y su Madre, y sus hermanos, y sus discípulos: y estuvieron allí no muchos días.

Explicación. — Éste es el postrer episodio del período preparatorio de la predicación de Jesús. Revelado como Hijo de Dios en su bautismo, triunfante del diablo en sus tentaciones, denunciado por el Bautista a la legación oficial del Sinedrio, reconocido por sus cinco primeros discípulos como el Mesías que debía salvar a Israel, demostrada su divinidad con la penetración de corazones y descubrimiento de hechos ocultos en el episodio de Natanael, va Jesús a dar definitiva prueba de la divinidad de su misión con la manifestación de su poder taumatúrgico. Cuando, realizado el milagro de Caná y después de un breve retiro en Cafarnaum, empieza de lleno su ministerio, se presentará al mundo con todas las garantías que su alta misión reclama.

PREÁMBULO HISTÓRICO (1-5). — Desde la Betania de la ribera oriental del Jordán meridional, o Bethabara, subió Jesús a la Galilea; y al tercer día después que hubo dejado Betania, o, según algunos opinan, después de la vocación de Felipe y Natanael, llegaba, salvado el centenar aproximado de kilómetros que separan a las dos localidades, a Caná de Galilea, hoy Kefr Kenná, ciudad situada a unos seis kilómetros al noroeste de Nazaret, convertida hoy en pobre poblado de unos 1.000 habitantes. Celebrábanse allí unas bodas, a las que, por lo que se colige del v. 2, había sido invitada María, la Madre de Jesús. Hace ello suponer que alguna relación de amistad o parentesco unía a los esposos con la familia de Jesús. Duraban las bodas a veces hasta siete días. El hecho de que no se mencione aquí a José, esposo de María, ni en ningún otro paso de la vida pública de Jesús, hace suponer que habría ya muerto: *Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la Madre de Jesús*, no que tuviese allí su resi-

dencia, como han creído algunos, sino en virtud de la invitación.

No era todavía conocido Jesús como personaje insigne. De la forma de la narración se colige que la invitación de la Madre determinó la del Hijo, y, por cortesía de los esposos para con éste, también fueron invitados sus discípulos: *Y fué también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas.* Jesús sabía lo que había de ocurrir en Caná y lo que allí iba a hacer; sólo para los demás debía ser casual su encuentro allí a la hora del apuro de los esposos. Irá a manifestar su poder y a confirmar con ello la fe de los discípulos hace poco llamados.

Aceptando la invitación, Jesús santifica el matrimonio, condenando preventivamente la doctrina de quienes reprobarán el matrimonio como cosa mala; hace profesión de una vida no tan austera como la del Bautista y de no obligar a ésta a sus discípulos, y halla ocasión para dar espléndida prueba de su divino poder.

Tal vez el impensado advenimiento de los nuevos convidados, o que se hubiesen multiplicado los banquetes durante los días de fiesta nupcial, y ciertamente por la pobreza de los esposos, llegó un momento en que faltó el vino: *Y llegando a faltar vino...* La multitud de servidores que aparecen en la casa de los desposados no arguye su riqueza: en Oriente, en las fiestas familiares, todo el vecindario presta todo cuanto tiene para su esplendor. Cuando la situación embarazosa de los esposos iba a ponerse de manifiesto, *la Madre de Jesús*, con fe invicta, con gran generosidad, con ilimitada misericordia, creyendo, al ver a su Hijo rodeado ya de discípulos, que ha llegado la hora de manifestarse, *le dice: No tienen vino.* Breves palabras, que no sólo son la denuncia de un hecho que apena el corazón de la Madre, sino que encierran una modesta pero apremiante súplica, semejante a la que más tarde le harán a Jesús las hermanas de Lázaro (Ioh. 11, 3).

La respuesta de Jesús, tal como aparece del texto, parece desconcertante: *Y Jesús la dijo: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?* Nada tiene de duro el vocativo "mujer": los griegos,

como los orientales, suelen designar en la intimidad con este nombre hasta a las personas más caras y dignas de respeto: equivale a "señora". Por lo que atañe a la pregunta que la sigue, puede expresar, desde la no aceptación de una solidaridad de intereses con los esposos, y el negarse a consentir en una propuesta que se hace, hasta ser una indicación de profundo respeto, según el tono de voz, la inflexión de las palabras, el gesto, el aire personal, etc.

Y añade Jesús: *Aun no es llegada mi hora*. Toman algunos, la mayor parte, esta frase en sentido afirmativo: "No ha llegado todavía la hora de manifestarme, y por tanto, no puedo acceder a lo que me pides, madre: a pesar de ello, en virtud de tu intercesión, yo haré el milagro." Otros la toman en sentido interrogativo: "¿Acaso no ha llegado ya mi hora?", lo cual parece restar fuerza a la eficacia de la intervención de María. La interpretación más obvia es: "No ha llegado aún la hora de darles vino por modo milagroso." Cualquiera que sea la interpretación, la Madre comprendió que su Hijo iba a remediar la necesidad: por esto *dijo la Madre de él a los que servían: Haced cuanto él os dijere*. María estaba segura de que su Hijo había oído su plegaria: Aunque os parezca extraño o inútil, díceles, haced todo lo que os mande.

EL MILAGRO (6-11). — En el milagro de Caná el Evangelista no omite detalle alguno que pueda contribuir a poner de relieve la certeza y la magnitud del hecho. Es un testigo ocular que refiere todos los pormenores. Indica ante todo el número de vasijas, su destino y cabida aproximada: *Y había allí seis vasijas de piedra, conforme a la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaros*. No había en la ciudad más que una fuente, que mana aún, en las afueras. Para los usos domésticos llevaban los vecinos el agua a sus casas. En el mismo lugar del convite hay una serie de vasijas o depósitos de agua, para sacar de ellas la que se necesite para las frecuentes abluciones, de pies y manos, vasos y utensilios de la mesa, etc., según ritual: cada vasija era capaz de dos o tres "metretas", unos 40 litros

cada metreta, lo que daba una capacidad total de unos 5 ó 6 hectolitros para las seis vasijas.

Para que no cupiese duda sobre la realidad del milagro, las vasijas eran destinadas a agua, no a vino, y Jesús mandó llenarlas de agua hasta el borde: no era posible una simulación o mixtificación: *Y Jesús les dijo: Llenad las vasijas de agua. Y las llenaron hasta el borde*. El milagro fué instantáneo, y a la sola voluntad de Jesús: lo indica la palabra "ahora": *Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al maestresala. Y lo llevaron*, en un pequeño vaso, para que lo gustara. Era el maestresala, o "arquitrículo", el director de los convites: disponía las mesas o triclinio, probaba los manjares y bebidas para que nada se sirviese insípido o malo, dirigía a los servidores, etc. Fué aquí el primer testigo del milagro, después de los servidores que llenaron las vasijas. La proverbial sobriedad de los jefes de mesa o cocina, que deben conservar íntegro el sentido del gusto, era garantía de su dictamen sobre la bondad del vino: *Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de dónde era, aunque los que servían lo sabían, porque habían sacado el agua, llamó al esposo el maestresala*. Sabía éste que no se había puesto a su disposición más que una clase de vino, y que estaba ya agotado: en el caso de que se sirvan dos o más vinos era costumbre poner antes el mejor: por ello, extrañado el maestresala de que se rompa la costumbre, habló con el esposo, y *le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino: y después que han bebido bien, y se ha embotado algo el gusto, entonces da el que no es tan bueno: mas tú guardaste el buen vino hasta ahora*. Estas palabras, dichas seguramente con amable gracejo por el técnico del convite, son la mejor prueba de la realidad del milagro y de la excelencia del licor en que el agua fué transubstanciada.

"Milagro de lujo", llaman a éste los racionalistas. Es milagro de generosa bondad. No servirá para el abuso de los convidados, porque la sola presencia de Jesús les contendrá; sino para librar a unos amigos o parientes de un grave apuro y aliviarles, con tal cantidad de vino, en su pobreza.

Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de

Galilea. Con esta afirmación se excluyen todos los milagros inventados por los apócrifos: fué el primero en absoluto, según los exégetas, no sólo en Caná, donde realizará un segundo milagro en la curación del hijo del régulo de Cafarnaum (Is. 4, 16 y sigs.), sino en todo su público ministerio. *Y manifestó su gloria:* porque manifestó su gran poder taumatúrgico, convirtiendo con un acto interno de su voluntad el agua en vino: y manifiesta "su gloria", porque el milagro lo hace como Dios, no como los santos y profetas que pudieron hacerlos en nombre de Dios: es la manifestación del poder y dominio que le corresponde como Unigénito del Padre (Ioh. 1, 14). *Y creyeron en él sus discípulos:* ya creían (Ioh. 1, 37.41.45.49), pero se robusteció su fe. Harto lo necesitaban, porque aquel Mesías era muy distinto del concepto general según el que se le esperaba; y porque debían venir las horas de la contradicción y de la humillación de Jesús.

La actual Caná ha desmerecido mucho desde el tiempo en que Jesús se manifestó en ella por primera vez. Era entonces superior a Nazaret; Natanael, que era natural de Caná (Ioh. 21, 2), hablaba, como hemos visto, en tono despectivo de Nazaret. Pero en medio del abandono musulmán de la actual Kefr Kenná, se siente allí todavía el encanto de la presencia de Jesús. En la bella basílica levantada en el sitio que la tradición señala como lugar del milagro, todo hace revivir la memoria del famoso prodigio: una viejísima cisterna, que se dice la misma de la casa de los esposos; una ánfora judía, de la medida y forma que tendrían las que se utilizaron para la conversión del agua en vino; la sugestiva inscripción: "Aquí Jesús convirtió el agua en vino"; los bellos cuadros alusivos a la rehabilitación del matrimonio: Adán y Eva, María y José, los dichosos esposos que allí vivieron: todo habla de Jesús y de la Virgen. Fuera de la basílica y por las estrechas callejas, unas muchachas ofrecen al peregrino pequeñas ánforas, recuerdo del hecho estupendo, que así revive a través de los siglos. Y más abajo, a la salida del pueblo, una Iglesia levantada en honor de San Bartolo-

mé, nos recuerda el sitio que la tradición señala como emplazamiento de la casa del hijo de Tolmai.

Después de esto bajó a Cafarnaum. De Caná a Cafarnaum el camino es siempre en descenso, de unos 400 metros sobre el Mediterráneo, a — 208, nivel del mar de Genezaret; para salvar la distancia, unos 45 kilómetros, se necesitan nueve o diez horas. Era Cafarnaum, hoy miserables ruinas, ciudad muy importante a orillas del lago Tiberíades. Nótese cómo Jesús se manifiesta paulatinamente: de la soledad del Monte de las Tentaciones baja al Jordán a que Juan dé testimonio de él: luego se hace un grupo de discípulos: manifiesta su gloria en Caná: viene a Cafarnaum, ciudad populosa y de gran tráfico, habitada por gentes de todo aquel país, que convertirá en el principal centro de su apostolado. Dentro de pocos días subirá a Jerusalén, centro de la nación, para inaugurar su ministerio público. Probablemente para unirse a las caravanas que allí se formarían para ir a la gran fiesta de la Pascua, que estaba próxima, fué Jesús por unos días a Cafarnaum con su Madre, parientes y discípulos. *Él, y su Madre, y sus hermanos, y sus discípulos: y estuvieron allí no muchos días,* los suficientes para esperar la gran fiesta pas-cual.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Y estaba allí la Madre de Jesús.* — No sin misterio está allí, donde debe manifestarse por primera vez el poder y la misericordia de Jesús, María, su santísima Madre. Estaba allí, dice un intérprete, como por derecho propio, por razón de su parentesco con la familia de los esposos, y Jesús vino a las bodas por su consanguinidad con la Madre. ¡Qué dulce consuelo recibe de este pasaje el alma devota de la Virgen, y cuán adorables los misterios que la providencia de Dios nos ofrece en esta narración! Estaba allí la Madre, hija de Adán como nosotros, porque está dondequiera que haya una necesidad de sus hijos y hermanos, que lo somos todos. Y está con Jesús, porque Jesús ha venido por María a ser uno de nosotros, y con nosotros estará hasta la consumación de los siglos. En nuestra vida cristiana, en nuestras tentaciones y peligros, en nuestras ansias de perfección, no olvidemos que Jesús está con nosotros, pero que también está con

nosotros María. Y, como en Caná, María hará con nosotros los dulces oficios que le son propios: los de una amantísima madre que atraerá en favor nuestro el poder inmenso de su Hijo.

b) v. 2. — *Y fué también convidado Jesús...* — Jesús tuvo la condescendencia de dejarse invitar a unas bodas y asistió a ellas. También estaba allí su Madre y sus discípulos. Con ello quiso demostrar que son santas las legítimas expansiones de la vida doméstica, porque contribuyen a estrechar los lazos de sangre y amistad de esta institución de la familia, a la que quiso Dios poner como base de la sociedad. Es una prueba, además, de que el espíritu cristiano no es hurafío ni antisocial: la ley que le informa es el "alegrarse con los que se alegran, llorar con los que lloran", del Apóstol (Rom. 12, 15).

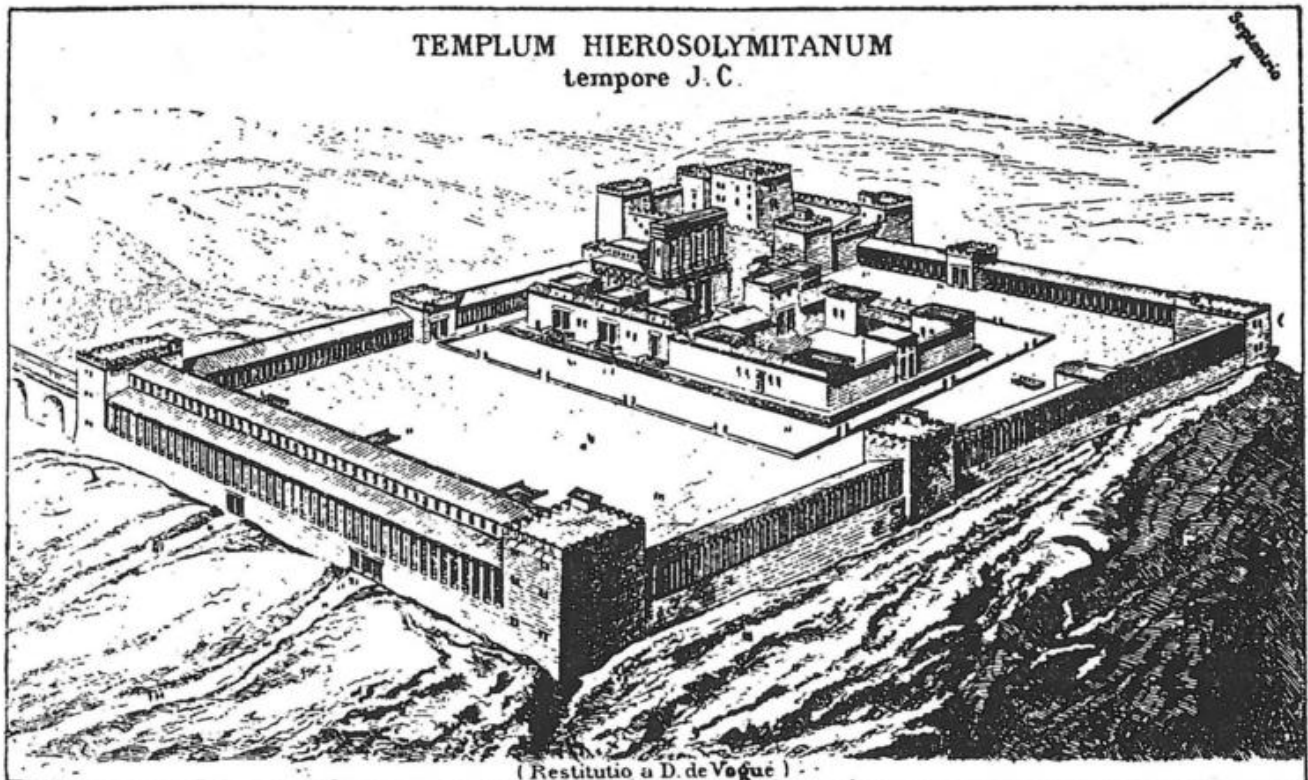
c) v. 2. — *Fué convidado con sus discípulos a las bodas.* — En las bodas de Caná quiso santificar Jesús el matrimonio, llevando el santo vigor de su gracia hasta las mismas entrañas de donde brota la vida natural, y de donde se nutre la sociedad cristiana. Todo ha sido restaurado por Jesucristo: y la unión matrimonial, que entre los pueblos paganos llegó a desnaturalizarse y se mancilló con toda suerte de abominaciones, vino a ser colocada por Jesús en un puesto de honor; hasta el punto de que en unas bodas hace su primer milagro, en favor de los esposos, a petición de su Madre y cuando acababa de reunir en torno de sí sus primeros discípulos. Tan grande ha venido a ser el matrimonio cristiano, que en él viene representada la santísima unión de Cristo con su Iglesia: "Este sacramento es grande, dice el Apóstol: yo os digo que lo es en Cristo y la Iglesia (Eph. 5, 32). En los presentes tiempos de rebajamiento del matrimonio, por la inconsciencia, la frivolidad, y a veces el crimen de quienes lo contraen y pervierten sus fines, es preciso trabajar intensamente para la rehabilitación de este valor primordial, en el orden cristiano y social.

d) v. 3. — *La Madre de Jesús le dice: No tienen vino.* — ¡Qué amorosa sagacidad, qué profunda estrategia, qué entrañable misericordia la de la dulcísima Madre de Jesús en las bodas de Caná! Hasta en el orden humano resulta regaladísimo este episodio de una madre que sufre por el apuro de unos pobres esposos y acude a un supremo remedio para sacarlos de él. Pero, desde el punto de vista de las relaciones sobrenaturales de la Madre con el Hijo y con los hijos de su Hijo, que somos todos nosotros, el episodio de la súplica de la Virgen en

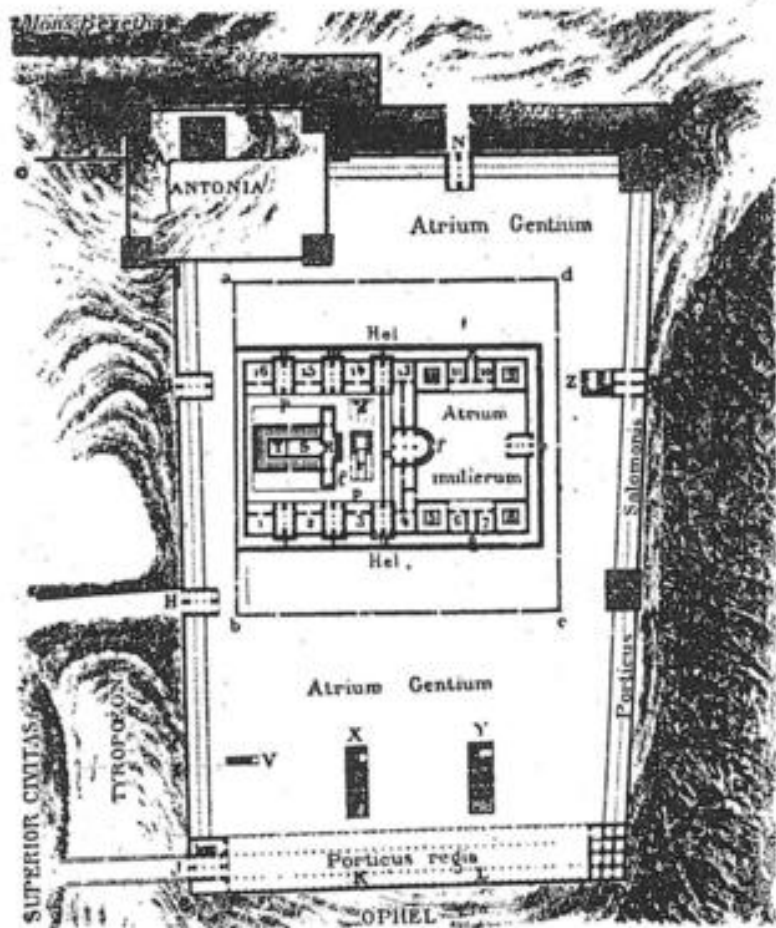
Caná es consolador sobre toda ponderación. Ya sabemos que tenemos en el orden espiritual una Madre que ve todas nuestras miserias, que son tantas: que sufre por ellas, cuanto cabe decirse esto en su estado de goce beatífico: que tiene en sus manos el poder de su Hijo, por graciosa concesión que Dios hace a su Madre, "omnipotente por su intercesión": que atenderá nuestros ruegos, siempre que acudamos a Ella como verdaderos hijos, porque "nunca se ha oído decir que nadie haya sido abandonado de Ella".

e) v. 8. — *Sacad ahora, y llevad al maestresala.* — El milagro de la conversión del agua en vino, en Caná, produjo dos efectos, según el Evangelista: manifestó la gloria de Jesús y confirmó la fe de sus discípulos en Él. Todos los milagros de Jesús debieran producir en nosotros este doble efecto: glorificar por ellos a Jesús, que de tal manera ha querido poner el poder divino en favor de su doctrina, condescendiendo con las naturales exigencias de nuestro pensamiento: y arraigar cada día más nuestra fe, porque los milagros de Jesús ofrecen todas las garantías que pueden pedirse en un hecho milagroso. Especialmente este de Caná es capaz de satisfacer las exigencias del más prevenido espíritu. — Es, además, este milagro, símbolo y como un anticipo de la transustanciación del vino en la Sangre purísima de Jesús, y un motivo especial de credibilidad en orden a la gran realidad de la santísima Eucaristía.

TEMPLUM HIEROSOLYMITANUM
tempore J. C.



(Restitutio a D. de Vogüé)



DESCRIPCIÓN DEL TEMPLO DE JERUSALÉN
EN TIEMPO DE JESUCRISTO

ABCD Area del Templo.
CDEF parte añadida por Herodes, en el lugar del Palacio de Salomón.
GHIJKLMN puertas de Hierón y del atrio exterior-VXYZ escalera a la puerta occidental I, a las puertas Doble y Triple KL, a la puerta de Susa o puerta oriental M.
abcd valla que impide la entrada al atrio interior.
v puerta Especiosa.
f Puerta de bronce o de Nicanor.

ghijklmn puertas laterales de los edificios del atrio interior.
1-16 estancias destinadas al uso sagrado
1 aula de Gazith o del Sinedrio, 12 Gazoftarío.
o atrio de Israel.
p atrio sagrado o de los sacerdotes.
r altar de los holocaustos.
s mesas para sacrificar las víctimas.
t mar de bronce.
RST Santuario, R Vestibulo, S Santo, T Santo de los Santos.

Reproducciones autorizadas por los Sres. Desclée et Co. Tournai (Bélgica).

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. - INTRODUCCIÓN CUESTIONES GENERALES SOBRE EL SANTO EVANGELIO

	<u>Págs.</u>
Razón y objeto de esta introducción	3

SECCIÓN PRIMERA LOS SANTOS EVANGELIOS

CAPÍTULO PRIMERO. — GENERALIDADES

1. Qué es el Evangelio. — 2. Número de los Evangelios. — 3. Símbolos iconográficos de los Evangelistas. — 4. Títulos de los Evangelios. — 5. Orden de los Evangelios. — 6. Origen de los Evangelios. — 7. Lengua en que fueron escritos los Evangelios. — 8. Autógrafos de los Evangelios.	5
--	---

CAPÍTULO II. — AUTORIDAD DIVINA DE LOS EVANGELIOS

1. Naturaleza íntima de los Santos Evangelios. — 2. La inspiración bíblica: Noción. — Concepto negativo y positivo de la inspiración. — Eficacia de la inspiración sobre cada una de las facultades del autor sagrado. — 3. La inspiración: El hecho. — Criterio de la inspiración bíblica. — 4. Consecuencias de la inspiración: Aplicación a los Evangelios. — Divinidad, infalibilidad, autoridad, santidad de los libros inspirados. — Reverencia con que trató siempre la Iglesia las divinas Escrituras	16
---	----

CAPÍTULO III. — AUTORIDAD ECLESIASTICA DE LOS EVANGELIOS

1. Objeto de este capítulo. — 2. Tradición y Escritura: Concepto teológico de ambas. — 3. El canon bíblico. — 4. Los Evangelios en la Liturgia y predicación. — 5. Los Evangelios apócrifos. — Su naturaleza y clasificación. — 6. Sentencias de Jesús extraevangélicas	29
---	----

CAPÍTULO IV. — AUTORIDAD HUMANA DE LOS EVANGELIOS PÁGS.

1. Necesidad de vindicarla. — 2. Autenticidad de los Evangelios. — Testimonios externos de ella. — Testimonios internos. — 3. Su integridad. — 4. Su veracidad. — Veracidad subjetiva de los Evangelistas 43

CAPÍTULO V. — LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS Y LA CUESTIÓN SINÓPTICA

Significación de la palabra "sinóptico" aplicada a los Evangelios. — 1. Evangelio según San Mateo: El autor. — Destinatarios. — Objeto y fecha del libro. — El original arameico del Evangelio de San Mateo y su versión griega. — 2. Evangelio según San Marcos: El autor. — Destinatarios. — Objeto y fecha del libro. — 3. Evangelio según San Lucas: Su autor. — Destinatarios. — Objeto del libro y tiempo de su redacción. — 4. La cuestión sinóptica: Exposición del problema. — Sistemas para resolverlo. — a) Hipótesis de un Evangelio primitivo. — b) Hipótesis de varios fragmentos o documentos primitivos. — c) Hipótesis de los dos documentos. — d) Hipótesis de la mutua dependencia. — e) Hipótesis de la tradición oral 55

CAPÍTULO VI. — EL EVANGELIO DE SAN JUAN Y LA CUESTIÓN JUANISTA

1. Razón de este capítulo. — 2. Evangelio de San Juan: El autor. — Destinatarios. — Objeto y fecha del libro. — 3. La cuestión juanista: Exposición. — 4. Soluciones a la cuestión juanista. — a) La de los racionalistas. — b) Solución progresista. — c) Solución tradicional 69

SECCIÓN SEGUNDA

AMBIENTE HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS

Objeto de esta sección 83

CAPÍTULO PRIMERO. — GEOGRAFÍA DE LOS EVANGELIOS

1. La Palestina. — 2. División geográfica de la Palestina. — 3. División política de la Palestina. — Perea. — Judea. — Samaria. — Galilea. — 4. Clima, fauna y flora de la Palestina 85

CAPÍTULO II. — ESTADO POLÍTICO DE LA PALESTINA EN TIEMPO DE JESUCRISTO

1. El pueblo judío. — 2. Constitución política de Israel: La teocracia. — 3. Los Hasmoneos: Dinastía de los Herodes.

— 4. Los Herodes en los Evangelios. — 5. Los procuradores romanos. — 6. El Sanedrín o Sinedrio. — Tabla general de la historia del pueblo judío. — Genealogía de los Hasmoneos. — Familia de Herodes. 94

CAPÍTULO III. — INSTITUCIONES RELIGIOSAS DE LOS JUDÍOS EN TIEMPO DE JESUCRISTO

1. Lugares sagrados: El Templo. — 2. Las Sinagogas. — 3. Personas sagradas. — 4. Fiestas. — 5. Ideas religiosas del pueblo judío en tiempo de Jesucristo. 110

CAPÍTULO IV. — PARTIDOS POLÍTICO-RELIGIOSOS EN PALESTINA EN TIEMPO DE JESUCRISTO

1. Los Escribas. — 2. Los Fariseos. — 3. Los Saduceos. — 4. Los Herodianos. — 5. Los Esenios 122

CAPÍTULO V. — USOS Y COSTUMBRES DEL PUEBLO DE JESÚS

1. El matrimonio y la familia. — 2. Habitación y ajuar. — 3. Vestido y comida. — 4. Relaciones sociales. — 5. Condiciones económicas: Pesas, medidas y monedas. — 6. Enfermedades y medicina: Muerte y sepelio. — 7. Idioma: Relaciones internacionales 133

CAPÍTULO VI. — CRONOLOGÍA DE LOS EVANGELIOS

1. La era cristiana y el nacimiento de Jesús. — 2. Fecha más antigua que puede adjudicarse al nacimiento de Jesús. — 3. Fecha más reciente posible de la natividad del Señor. — 4. Día del nacimiento de Jesús. — 5. Comienzo de la vida pública de Jesús. — 6. Duración del ministerio público del Señor. — Sinopsis de los sistemas acerca de la Cronología de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. 150

SECCIÓN TERCERA

ASPECTOS DE JESÚS SEGÚN LOS EVANGELIOS

Razón de esta sección. 157

CAPÍTULO PRIMERO. — JESÚS, HIJO DE DIOS

1. El título "Hijo de Dios" en las Escrituras. — 2. Jesús, "Hijo de Dios", en los sinópticos. — 3. El "Hijo de Dios" en San Juan. — 4. Otras pruebas de la divinidad de Jesús en los Evangelios 159

CAPÍTULO II. — EL HIJO DEL HOMBRE

1. El "Hijo del hombre" en las Escrituras. — 2. El "Hijo del hombre" en los Evangelios. — 3. La naturaleza humana

de Jesús. — 4. Las relaciones de Jesús: a) con su Madre; b) con sus "hermanos" y "hermanas"; c) con los Apóstoles; d) con las autoridades; e) con los niños y piadosas mujeres; f) con el pueblo. — 5. La vida ordinaria de Jesús. Págs.
166

CAPÍTULO III. — EL MESÍAS

I. El Mesías, Cristo de Dios. — 2. Las profecías mesiánicas. 3. El mesianismo en tiempo de Jesucristo. — 4. Jesús Mesías 179

CAPÍTULO IV. — JESÚS, MAESTRO

I. *El Mesías debía ser Maestro de los hombres.* — I. Razones de orden antropológico e histórico. — 2. El Antiguo Testamento y el magisterio del Mesías. — 3. El Evangelio y Jesús Maestro. — II. *Caracteres personales de Jesús Maestro.* — 1. Aspecto teológico de la predicación de Jesús. — 2. Aspecto psicológico de la predicación de Jesús. — 3. Caracteres de la elocuencia de Jesús. — 4. Fuentes de la predicación de Jesús. — 5. Objetivo de la predicación de Jesús. — 6. Resumen de la enseñanza dogmática y moral de Jesús. — III. *Los discursos de Jesús.* — 1. Géneros de elocuencia de Jesús en el Evangelio. — 2. Forma literaria de los discursos de Jesús. — 3. Su número: a) en los sinópticos; b) en el Evangelio de San Juan. — IV. *Las parábolas.* — 1. Ocasión de ellas. — 2. Nombre. — 3. Naturaleza. — 4. Elementos de las parábolas. — 5. Su diferencia. — a) De la alegoría. — b) De la fábula. — c) Del mito. 6. Fundamento y fin de la parábola. — 7. Número de las parábolas. — 8. Dificultades de su interpretación. — 9. Leyes de interpretación de la parábola 188

CAPÍTULO V. — JESÚS, TAUMATURGO

I. *Jesús y el milagro.* — 1. El Mesías taumaturgo en el Antiguo Testamento. — 2. Jesús debía obrar milagros. 3. Jesús obró milagros: su credibilidad. — II. *Los milagros del Evangelio en general.* — 1. Nombres y naturaleza de los milagros de Jesús. — 2. Caracteres de los milagros de Jesús. — 3. Objeto de los milagros de Jesús. 4. Su simbolismo. — 5. Clasificación y número de los milagros de Jesús. — III. *De los demoníacos en particular.* — 1. Los demoníacos: posesión y obsesión. — 2. Posibilidad de la posesión diabólica. — 3. Realidad de las posesiones del Evangelio. — 4. Lanzamiento de los demonios por Jesús. 219

CAPÍTULO VI. — JESÚS, PROFETA

I. La profecía en Israel. — 2. Jesús profeta en el Evangelio. — 3. Principales profecías de Jesús Págs.
238

CAPÍTULO VII. — JESÚS, PASTOR Y REY

Razón de unir estos dos títulos de Jesús. — I. Sentido simbólico del Pastor, en el Antiguo Testamento. — 2. Jesús Pastor en los Evangelios. — 3. El Mesías Rey. — 4. Jesús Rey en los Evangelios. — 5. Naturaleza del reino de Jesús. 245

CAPÍTULO VIII. — JESÚS, SACERDOTE Y CORDERO

Mesianidad de estos dos títulos. — I. El sacerdocio del Mesías en el Antiguo Testamento. — 2. Jesús sacerdote en el Evangelio. — 3. El Cordero simbólico en el Antiguo Testamento. — 4. El Cordero Jesús en el Evangelio. 254

**SEGUNDA PARTE. - CONCORDIA EVANGÉLICA
COMENTARIOS. LECCIONES MORALES**

SECCIÓN PRIMERA

INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: Resumen histórico y geográfico. 267

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
	I.—HECHOS PRELIMINARES					
1	Prólogo:			1,1—4		271
2	Generación eterna del Verbo:				1,1—18	275
3	Genealogía de Jesús en cuanto hombre:	1,1—17		3,23b—38		286
4	Visión de Zacarías: Concepción del Bautista:			1,5—25		298
5	Anunciación de la Virgen y Encarnación del Verbo:			1,26—38		306
6	Visitación de la Virgen a su parienta Isabel:			1,39—56		316
7	Nacimiento y circuncisión del Bautista:			1,57—80		325
8	Congojas de José: Se le revela el misterio:	1,18—25				334
	II.—INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS					
9	Nacimiento de Jesús: Su anuncio a los pastores:			2,1—14		341

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
10	Adoración de los pastores:			2,15-20		350
11	La Circuncisión:			2,21		353
12	Purificación de la Virgen y presentación de Jesús en el templo: Regreso a Nazaret:			2,22-39		357
13	Adoración de los Magos:	2,1-12				367
14	Huida a Egipto: Matanza de los Inocentes:	2,13-18				376
15	Del Egipto a Nazaret:	2,19-23				382
16	Jesús en medio de los doctores: Su vida oculta:			2,40-52		386

SECCIÓN SEGUNDA

VIDA PÚBLICA DE JESÚS. PERÍODO DE PREPARACIÓN

Síntesis de esta sección: Resumen histórico y geográfico. . . 399

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
17	Aparición del Precursor:	3,1-6	1,1-6	3,1-6		401
18	Resumen de la predicación del Bautista:	3,7-10		3,7-14		406
19	El bautismo de Juan y el de Cristo:	3,11-12	1,7-8	3,15-18		410
20	Juan bautiza a Jesús:	3,13-17	1,9-11	3,21-23a		414
21	Ayuno y tentaciones de Jesús:	4,1-11	1,12-13	4,1-13		420
22	Testimonio de Juan a los legados de los judíos:				1,19-28	428
23	Otro testimonio de Jesús por el Bautista:				1,29-34	435
24	Los primeros discípulos de Jesús:				1,35-51	439
25	Las bodas de Caná:				2,1-12	447

MAPAS Y GRABADOS

Palestina en tiempo de N. S. Jesucristo	XXIV-1
De Nazaret a Belén.	269
Itinerario de Jesús. Período de preparación	400
Templum Hierosolymitanum, tempore J. C.	456-457
Descriptio Templi Hierosolymitani, tempore J. C.	456-457

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	En rústica Ptas.	En tela Ptas.
Tradición y crítica en exégesis, en 8.º	1	2'50
La Biblia y la Predicación	4	6'—
El nuevo Salterio del Breviario Romano:	5	6'50
Las Modas y el Lujo ante la Ley cristiana, la sociedad y el arte, en 8.º, 2.ª ed.	3	4'50
El valor educativo de la Liturgia Católica, en 4.º	11	13'50
María, Madre y Señora, en 8.º	3	4'50
La Eucaristía y la Vida Cristiana, en 4.º	12	14'—
Santo Tomás de Aquino, en 8.º	3	4'50
La Familia según el derecho natural y cristiano, en 8.º	6	8'—
La Iconografía mariana y la Mediación universal de la Virgen.	1	
María Santísima, reina del universo. Conferencia pronunciada en la Asamblea de Covadonga.	1	
Trascendencia actual del Papado	1	